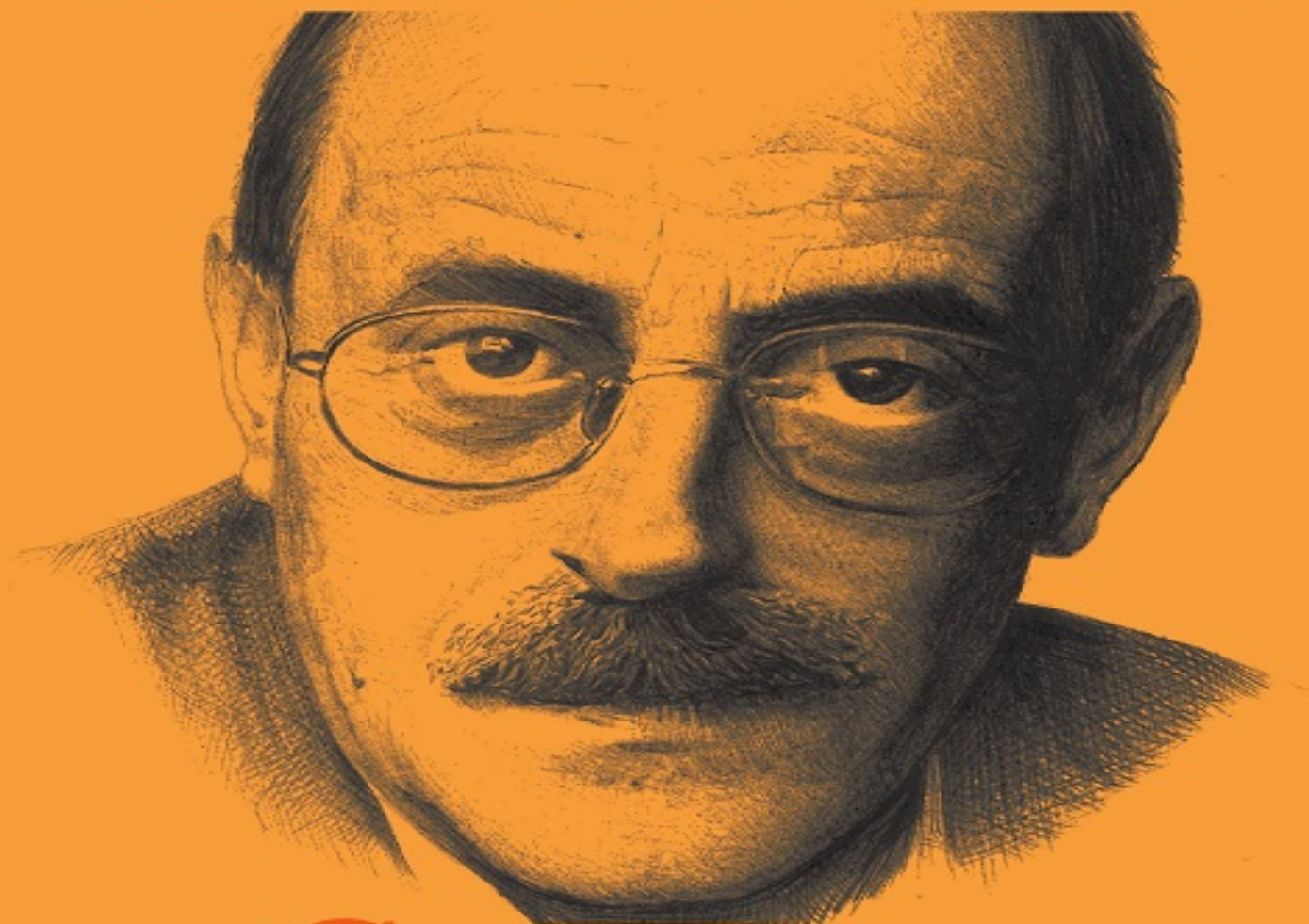


Antonio TABUCCHI



Cuentos

El juego del revés / Dama de Porto Pim
Pequeños equívocos sin importancia
El ángel negro / El tiempo envejece deprisa



ANAGRAMA
COMPENDIUM

Índice

PORTADA

EL JUEGO DEL REVÉS

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN ITALIANA (1988)

EL JUEGO DEL REVÉS

CARTA DESDE CASABLANCA

TEATRO

LAS TARDES DE SÁBADO

EL PEQUEÑO GATSBY*

DOLORES IBÁRRURI LLORA LÁGRIMAS AMARGAS

PARAÍSO CELESTE

VOCES

DOS RELATOS SIN DOMICILIO FIJO (1981-1985)

EL GATO DE CHESHIRE

VAGABUNDEO

UN CUENTO RECUPERADO (1986)

FUEGOS ARTIFICIALES

DAMA DE PORTO PIM

PRÓLOGO

HESPÉRIDES. SUEÑO EN FORMA DE CARTA

I. NAUFRAGIOS, DERRELICTOS, TRÁNSITOS,

PEQUEÑAS BALLENAS AZULES QUE PASEAN POR LAS AZORES

OTROS FRAGMENTOS

ANTERO DE QUENTAL

II. DE BALLENAS Y BALLENEROS

ALTA MAR

DE UN REGLAMENTO

UNA CAZA

DAMA DE PORTO PIM UNA HISTORIA

POST SCRIPTUM UNA BALLENA VE A LOS HOMBRES

APÉNDICE UN MAPA, UNA NOTA, ALGUNOS LIBROS

UN MAPA

UNA NOTA

ALGUNOS LIBROS

PEQUEÑOS EQUÍVOCOS SIN IMPORTANCIA

NOTA

PEQUEÑOS EQUÍVOCOS SIN IMPORTANCIA

ESPERANDO EL INVIERNO

JEROGLÍFICO

LOS HECHIZOS

HABITACIONES

ANY WHERE OUT OF THE WORLD
EL RENCOR Y LAS NUBES
ISLAS
LOS TRENES QUE VAN A MADRÁS
CAMBIO DE MANO
CINE

EL ÁNGEL NEGRO

NOTA

VOCES TRAÍDAS POR ALGO, IMPOSIBLE DECIR QUÉ

NOCHE, MAR O DISTANCIA

ASERRÍN, ASERRÁN

¿EL ALETEO DE UNA MARIPOSA EN NUEVA YORK PUEDE PROVOCAR UN TIFÓN EN PEKÍN?

LA TRUCHA QUE SE AGITA ENTRE LAS PIEDRAS ME RECUERDA TU VIDA

NOCHEVIEJA

EL TIEMPO ENVEJECE DEPRISA

EL CÍRCULO

CLOF, CLOP, CLOFETE, CLOPETE

NUBES

LOS MUERTOS A LA MESA

ENTRE GENERALES

YO ME ENAMORÉ DEL AIRE*

FESTIVAL

BUCAREST NO HA CAMBIADO EN ABSOLUTO

A CONTRATIEMPO

NOTA

NOTAS

CRÉDITOS

Cuentos

El juego del revés

Le puéril revers des choses.

LAUTRÉAMONT

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN ITALIANA (1988)

En esta nueva edición de *El juego del revés* quiero limitarme a anteponer una nota que contenga solo escuetos datos de carácter informativo. El relato que da título al libro, y cuyo espíritu modela todos los demás con una visión análoga de las cosas, fue el primero que concebí, y lo escribí en el verano de 1978. El último, que no es tal sin embargo en el orden del índice, es «El pequeño Gatsby», que fue escrito en el verano de 1981. Entre estas dos fechas en las que este libro llegó a ser, discurrió también mi vida de entonces. Por más que aún no haya sido capaz de comprender cuál es el nexo que une la vida que vivimos y los libros que escribimos, no puedo negar que el primer relato conserva cierto reflejo de autobiografía. «Teatro», «Paraíso Celeste» y «Voces» son, en cambio, relatos que me fueron contados. Mía es la forma de relatarlos, que hace que esos relatos sean esos y no otros. Por último, otros relatos nacieron espontáneamente en mi interior sin ninguna relación aparente con lo que conocía o había vivido. Pero todos, tanto los unos como los otros, están unidos a un descubrimiento: el haberme dado cuenta un día, a causa de las imprevisibles circunstancias de la vida, de que determinada cosa que era «así», era sin embargo también de otra forma. Fue un descubrimiento que me turbó. En rigor, este libro ha sido dictado por el asombro. Aunque decir por el miedo acaso resultara más exacto. El respeto que debemos al miedo me impide creer que la ilusión de domesticarlo con la escritura pueda sofocar la conciencia, en lo profundo del alma, de que a la menor ocasión nos morderá, como es propio de su naturaleza.

Solo me queda añadir que *El juego del revés* fue publicado por primera vez en 1981 en la colección «Le Silerchie», de la editorial Il Saggiatore, por deseo de mi amigo Vittorio Sereni, cuya memoria me es cara.¹

A. T.

EL JUEGO DEL REVÉS

1

Cuando Maria do Carmo Meneses de Sequeira murió, yo estaba mirando *Las meninas* de Velázquez en el Museo del Prado. Era un mediodía de julio y yo no sabía que ella se estaba muriendo. Me demoré contemplando el cuadro hasta las doce y cuarto, después me alejé lentamente procurando transportar en mi memoria la expresión de la figura del fondo, recuerdo que pensé en las palabras de Maria do Carmo: la clave del cuadro está en la figura del fondo, es un juego del revés; crucé los jardines y cogí un autobús hasta la Puerta del Sol, comí en el hotel, un gazpacho bien frío y fruta, y fui a acostarme para engañar el bochorno meridiano en la penumbra de mi habitación. Me despertó el teléfono a eso de las cinco, o tal vez no me despertó, me hallaba en un extraño duermevela, fuera zumbaba el tráfico de la ciudad y en la habitación zumbaba el aparato de aire acondicionado, que en mi conciencia era en cambio el motor de un pequeño remolcador azul que cruzaba el estuario del Tajo al atardecer, mientras Maria do Carmo y yo lo observábamos. Una llamada de Lisboa, me dijo la voz de la telefonista, después oí la pequeña descarga eléctrica del conmutador y una voz masculina, neutra y grave, me preguntó mi nombre y luego dijo: soy Nuno Meneses de Sequeira, Maria do Carmo ha muerto a mediodía, el entierro será mañana a las cinco de la tarde, le llamo por su expresa voluntad. El teléfono hizo clic y yo dije oiga, oiga. Han colgado, señor, dijo la telefonista, la comunicación se ha interrumpido. Cogí el Lusitania Exprés de medianoche. Tan solo llevaba conmigo una pequeña maleta con lo estrictamente necesario y rogué al encargado que me dejara reservada la habitación durante dos días. La estación, a aquellas horas, estaba casi desierta. No había reservado litera y el jefe del tren me asignó un compartimento al final del convoy, donde había otro pasajero, un hombre corpulento que roncaba. Me preparé con resignación para una noche de insomnio, pero, en contra de lo previsto, hasta los alrededores de Talavera de la Reina dormí profundamente. Luego

permanecí acostado, inmóvil y despierto, mirando por la ventanilla oscura el oscuro desierto de Extremadura. Tenía muchas horas para pensar en Maria do Carmo.

2

La saudade, decía Maria do Carmo, no es una palabra, es una categoría del espíritu, solo los portugueses son capaces de sentirla, porque poseen esa palabra para decir que la tienen, lo dijo un gran poeta. Y entonces empezaba a hablarme de Fernando Pessoa. Yo iba a buscarla a su casa de Rua das Chagas hacia las seis de la tarde, ella me esperaba detrás de la ventana, cuando me veía aparecer por Largo Camões abría el pesado portalón y bajábamos hacia el puerto deambulando por Rua dos Fanqueiros y Rua dos Douradores, sigamos un itinerario fernandino, decía ella, estos eran los lugares predilectos de Bernardo Soares, contable auxiliar en la ciudad de Lisboa, semiheterónimo por definición, era aquí donde ideaba su metafísica, en estos locales de barberos. A esas horas, la Baixa estaba atestada de gente presurosa y vocinglera, las oficinas de las compañías de navegación y de las empresas comerciales echaban el cierre, en las paradas de los tranvías se formaban largas colas, se oían los gritos con los que los limpiabotas y los vendedores callejeros de periódicos intentaban atraer la atención. Nos adentrábamos en el ajeteo de Rua da Prata, cruzábamos Rua da Conceição y bajábamos hacia Terreiro do Paço, blanco y melancólico, donde los primeros transbordadores, atestados de gente que volvía a su casa, zarpaban hacia la otra orilla del Tajo. Esta es ya una zona de Álvaro de Campos, decía Maria do Carmo, en pocas calles hemos pasado de un heterónimo a otro.

A esas horas, la luz de Lisboa era blanca hacia el estuario y rosada sobre las colinas, los edificios dieciochescos parecían una oleografía y el Tajo estaba surcado por una infinidad de embarcaciones. Avanzábamos hacia los primeros muelles, esos muelles a los que Álvaro de Campos iba a esperar a nadie, como decía Maria do Carmo, y ella recitaba algunos versos de la «Oda marítima», el pasaje en que el pequeño paquebote dibuja su silueta en el horizonte y Campos siente un volante que empieza a rodar dentro de su

pecho. El crepúsculo estaba cayendo sobre la ciudad, se encendían las primeras luces, el Tajo relucía con reflejos tornasolados, en los ojos de Maria do Carmo brillaba una gran melancolía. Tal vez seas demasiado joven para entenderlo, a tu edad yo no lo habría entendido, nunca me hubiera imaginado que la vida era como un juego al que jugaba en mi infancia de Buenos Aires. Pessoa es un genio porque supo comprender el otro lado de las cosas, de lo real y de lo imaginado, su poesía es un *juego del revés*.²

3

El tren estaba parado, por la ventanilla se veían las luces de la pequeña localidad fronteriza, mi compañero de viaje tenía el rostro sorprendido y descompuesto de quien acaba de despertarse de repente a causa de la luz, el policía hojeó atentamente mi pasaporte, viene a menudo a nuestro país, dijo, ¿qué hay por aquí que tanto le interesa? La poesía barroca, contesté. ¿Cómo dice?, murmuró. Una señora, dije yo, una señora con un nombre un poco raro, Violante do Céu. ¿Muy guapa?, preguntó él con malicia. Supongo, dije yo, murió hace tres siglos y vivió siempre en un convento, era monja. Él meneó la cabeza y se atusó el bigote con aire socarrón, me puso el visado y me tendió el pasaporte. Los italianos siempre tan bromistas, dijo, ¿le gusta Totó? Muchísimo, dije yo, ¿y a usted? He visto todas sus películas, dijo él, me gusta más que Alberto Sordi.

El nuestro era el último compartimento que quedaba por controlar. La puerta se cerró con un golpe seco. Al cabo de unos segundos alguien hizo oscilar un farol en el andén y el tren se puso en marcha. Las luces se apagaron de nuevo, quedó tan solo una bombilla azulada, era noche cerrada, estaba entrando en Portugal como tantas otras veces en mi vida, Maria do Carmo había muerto, notaba una sensación extraña, como si estuviese contemplando desde lo alto a otro yo mismo que en una noche de julio, dentro de un compartimento de un tren casi a oscuras, estuviera entrando en un país extranjero para ir a ver a una mujer a la que conocía bien y que había muerto. Era una sensación desconocida hasta entonces y se me ocurrió pensar que tenía algo que ver con el revés.

El juego consistía en lo siguiente, decía Maria do Carmo, nos poníamos en círculo, cuatro o cinco niños, lo echábamos a pito pito gorgorito y a quien le tocaba se ponía en el centro, escogía a quien quisiera y le lanzaba una palabra, una cualquiera, por ejemplo *mariposa*, y este debía pronunciarla enseguida al revés, pero sin pensárselo, porque el otro contaba uno dos tres cuatro cinco, y al llegar a cinco ya había ganado, pero si conseguías decir a tiempo *asopiram*, entonces eras tú el rey del juego, te colocabas en el centro del corro y lanzabas tu palabra a quien tú quisieras.

Mientras subíamos hacia la ciudad, Maria do Carmo me contaba su infancia bonaerense de hija de exiliados, me imaginaba un patio de arrabal repleto de niños, fiestas melancólicas y pobres, estaba lleno de italianos, decía, mi padre tenía un viejo gramófono de bocina, se había traído de Portugal algunos discos de fados, era el treinta y nueve, la radio decía que los franquistas habían tomado Madrid, él lloraba y ponía sus discos, es así como lo recuerdo en sus últimos meses, sentado en un sillón en pijama mientras lloraba en silencio escuchando los fados de Hilário y de Tomás Alcaide, yo me iba corriendo al patio a jugar al *juego del revés*.

Se había hecho de noche. Terreiro do Paço estaba casi desierto, el caballero de bronce, verde por el salitre, parecía absurdo, vámonos a comer algo a Alfama, decía Maria do Carmo, arroz de cabidela, por ejemplo, es un plato sefardí, los judíos no retorcían el cuello a las gallinas, les cortaban la cabeza y cocían el arroz con la sangre, conozco una taberna donde lo hacen como en ningún sitio, en cinco minutos estaremos allí. Pasaba, lento y traqueteando, un tranvía amarillo repleto de rostros cansados. Sé en lo que estás pensando, decía ella, por qué me he casado con mi marido, por qué vivo en esa casona absurda, por qué estoy aquí jugando a las condesas, cuando él llegó a Buenos Aires era un oficial elegante y amable, yo era una chiquilla melancólica y pobre, ya no podía soportar la vista de aquel patio desde mi ventana, y él me sacó de aquella vida grisácea, de una casa con lámparas de escasas velas y la radio encendida a la hora de la cena, no puedo dejarle, a pesar de todo, no puedo olvidar.

Mi compañero de viaje me preguntó si podía tener el placer de invitarme a tomar un café. Era un español ceremonioso y jovial que cubría con frecuencia ese trayecto. En el vagón restaurante conversamos afablemente, intercambiando impresiones pormenorizadas y formales, llenas de lugares comunes. Los portugueses tienen un buen café, dijo, pero no parece que les sirva de mucho, hay que ver lo melancólicos que son, les falta *salero*, ¿no cree usted? Le dije que tal vez lo hubieran sustituido con la *saudade*, él se mostró de acuerdo, pero prefería el *salero*. Vida no hay más que una, dijo, hay que saber vivirla, señor mío. No quise preguntarle cómo lo hacía en su caso, y hablamos de otra cosa, de deportes creo, a él le encantaba el esquí, la montaña, y desde este punto de vista en Portugal no había absolutamente nada que hacer. Objeté que también allí había montañas, oh, sí, la Serra da Estrela, exclamó, un simulacro de montaña, para llegar hasta los dos mil metros han tenido que plantar una antena. Es un país marítimo, dije yo, un país de gente que se lanzó al océano, que ha dado al mundo locos decorosos y corteses, esclavistas y poetas enfermos de lontananzas. A propósito, preguntó, ¿cómo se llamaba esa poetisa que ha mencionado esta noche? Soror Violante do Céu, dije, en español también tendría un nombre espléndido, Madre Violante del Cielo, es una gran poetisa barroca, se pasó la vida sublimando su deseo por un mundo al que había renunciado. No será mejor que Góngora, preguntó con cierto aire de preocupación. Distinta, dije yo, con menos *salero* y más *saudade*, naturalmente.

El arroz de cabidela tenía un sabor refinadísimo y un aspecto repugnante, nos lo sirvieron en una enorme fuente de barro con una cuchara de madera, la sangre y el vino hervidos formaban una salsa espesa y parda, las mesas eran de mármol, entre una hilera de barriles y una barra de cinc dominada por la corpulencia del señor Tavares, a medianoche aparecía un cantante de fados de aspecto macilento acompañado por un viejecito con una viola y por un atildado señor con una guitarra, cantaba antiguos fados mortecinos y

lánguidos, el señor Tavares apagaba las luces y encendía las velas sobre las repisas, los clientes de paso ya se habían marchado, solo quedaban los más asiduos, el local se llenaba de humo, con cada final había un aplauso discreto y solemne, algunas voces pedían «Amor é agua que corre», «Travessa da Palma», Maria do Carmo estaba pálida, o tal vez fuera la luz de las velas, o tal vez hubiera bebido demasiado, su mirada permanecía inmóvil y en sus pupilas, enormes, bailaba la luz de las velas, me parecía más hermosa que de costumbre, se encendía un cigarrillo con aire de embeleso, ya está bien, decía, vámonos de aquí, saudade sí pero a pequeñas dosis, no sea que nos indigestemos, la Alfama estaba casi desierta, nos deteníamos en el mirador de Santa Luzia, había una tupida pérgola de buganvillas, apoyados en el antepecho contemplábamos las luces del Tajo, Maria do Carmo recitaba «Lisbon revisited» de Álvaro de Campos, un poema en el que una persona se asoma a la misma ventana de su infancia, pero ya no es la misma persona y tampoco es la misma ventana, porque el tiempo cambia a los hombres y las cosas, íbamos bajando hacia mi hotel, ella me cogía de la mano y me decía: escucha, quién sabe qué somos, quién sabe dónde estamos, quién sabe por qué estamos ahí, escucha, vivamos esta vida como si fuese un *revés*, esta noche, por ejemplo, piensa que eres yo y que te estrechas entre tus brazos, yo pensaré que soy tú y que me estrecho a mí misma entre mis brazos.

7

De todas formas no es que a mí me guste mucho Góngora, dijo mi compañero de viaje, no lo entiendo bien, me hace falta un diccionario, y además no me atrae mucho la poesía, prefiero el *cuento*, por ejemplo Blasco Ibáñez, ¿le gusta Blasco Ibáñez? Moderadamente, dije yo, tal vez no sea mi estilo. Pues, entonces, ¿quién?, ¿Pérez Galdós, quizá? Eso sí, mucho mejor, desde luego, dije yo.

El camarero nos sirvió el café en una bandeja reluciente, tenía una cara soñolienta, estoy haciendo una excepción con los señores porque estas no son horas para el vagón restaurante, son veinte escudos. A pesar de todo, estos

portugueses son amables, dijo mi compañero de viaje. Por qué a pesar de todo, dije yo, son amables, seamos justos.

Estábamos cruzando una zona de astilleros fluviales y de fábricas, aún sin la claridad del día. Quieren adaptarse a la hora de Greenwich, pero en realidad para el sol es una hora menos, y además ¿ha visto alguna vez una corrida portuguesa?, no llegan a matar al toro, sabe usted, el torero baila a su alrededor durante media hora y luego al final hace un gesto simbólico con el brazo recto como una espada, entra una manada de vacas con cencerros, el toro se agrega al rebaño y todos a casa, *olé*, si a usted eso le parece *torear*. Tal vez sea más elegante, dije yo, para matar a alguien no siempre hace falta darle muerte, a veces basta un gesto. Qué va, dijo él, el duelo entre el hombre y el toro tiene que ser mortal, pues si no sería una pantomima ridícula. Pero todas las ceremonias son una estilización, objeté, esta mantiene solo el envoltorio, el gesto, me parece más noble, más abstracta. Mi compañero de viaje pareció reflexionar. Puede que sí, dijo sin mucha convicción, ah, mire, ya estamos en las afueras de Lisboa, será mejor que volvamos al compartimento a preparar las maletas.

8

El asunto es bastante delicado, casi no nos atrevíamos a pedírtelo, lo hemos estado discutiendo, puede llegar a presentar inconvenientes, quiero decir que, como mucho, puede ocurrir que te denieguen el visado de entrada en la frontera, verás, no queremos ocultarte nada, antes era Jorge quien nos servía de correo, era el único que tenía un pasaporte de la FAO, ya sabes que ahora está en Winnipeg, da clases en una universidad canadiense, no hemos encontrado aún la forma de reemplazarlo.

Las nueve de la noche, piazza Navona, en un banco. Me lo quedé mirando, con una expresión perpleja en la cara tal vez, no sabía qué pensar, me sentía algo violento, incómodo, como cuando estás hablando con alguien a quien conoces desde hace tiempo y un día te revela algo que no te esperabas.

No es que queramos involucrarte, sería por esta vez y nada más, créeme que sentimos muchísimo tener que pedírtelo, aunque nos digas que no nuestra

amistad por ti no cambiará, ya lo sabes, bueno, piénsatelo, no pretendemos una respuesta de inmediato, solo queremos que sepas que nos echarías una mano.

Fuimos a tomar un helado a una cafetería de la plaza, elegimos una mesita de la terraza, alejados de la gente. Francisco tenía una expresión tensa, tal vez se sintiera violento él también, sabía que se trataba de algo que, incluso aunque me negara, yo no podría olvidar como si nada, eso es, tal vez precisamente lo que le daba miedo eran mis posibles remordimientos. Nos tomamos dos granizados de café. Permanecimos en silencio largo rato, sorbiendo lentamente nuestras bebidas heladas. Son cinco cartas, dijo Francisco, y cierta cantidad de dinero para las familias de dos escritores que fueron detenidos el mes pasado. Me dijo los nombres y esperó a que hablase. Yo no añadí nada y bebí un poco de agua. No creo que sea necesario decirte que es dinero limpio, es la manifestación de solidaridad de tres partidos democráticos italianos a los que hemos pedido ayuda, si lo estimas oportuno puedo concertarte un encuentro con los representantes de los partidos en cuestión, podrán confirmártelo. Dije que no lo consideraba oportuno, pagamos, empezamos a pasear por la plaza. De acuerdo, dije, me voy dentro de tres días. Me dio un apretón de manos rápido y enérgico, agradeciéndomelo, y ahora no te olvides de lo que tienes que hacer, es de lo más sencillo, me escribió un número en una hojita de papel, cuando llegues a Lisboa llama a este número, si te contesta una voz masculina cuelga, insiste hasta que te conteste una voz de mujer, entonces debes decir: ha salido una nueva traducción de Fernando Pessoa. Te dirá cómo veros, ella es nuestro enlace entre los exiliados que viven en Roma y las familias que se han quedado en el país.

Todo resultó facilísimo, tal como había previsto Francisco. En la frontera ni siquiera me hicieron abrir las maletas. En Lisboa me alojé en un hotelito del centro, detrás del teatro de la Trindade, a dos pasos de la Biblioteca Nacional, que tenía un portero del Algarve cordial y parlanchín. En mi primer

intento una voz de mujer contestó a mi llamada y yo dije: buenas tardes, soy un italiano, me gustaría informarle de que ha salido una nueva traducción de Fernando Pessoa, quizá pueda interesarle. Nos vemos dentro de media hora en la librería Bertrand, me contestó, en la sala de las revistas, yo rondo los cuarenta, tengo el pelo oscuro y llevo un vestido amarillo.

10

Nuno Meneses de Sequeira me recibió a las dos de la tarde. Cuando llamé por la mañana me contestó un criado, el señor conde ahora está descansando, esta mañana no podrá recibirle, pásese a las dos de la tarde. Pero ¿dónde están los restos de la señora? No sé bien qué decirle, señor, discúlpeme, venga a las dos de la tarde, haga el favor. Cogí una habitación en mi hotelito de siempre detrás del teatro de la Trindade, me di una ducha y me cambié de ropa. Hacía tiempo que no le veíamos por aquí, me dijo el portero del Algarve, siempre tan cordial. Cinco meses, desde finales de febrero, dije. ¿Y qué tal el trabajo?, preguntó él, ¿otra vez de bibliotecas? Ese parece mi sino, contesté.

Largo Camões estaba inundado por el sol, en la placita había unas palomas posadas sobre la cabeza del poeta, algún jubilado sentado en los bancos, viejecitos dignos y tristes, un soldado y una criada, la melancolía del domingo. Rua das Chagas estaba desierta, y apenas pasaba algún esporádico taxi vacío, la brisa marina no bastaba para aliviar el bochorno denso y húmedo. Buscando un poco de fresco entré en un café, solitario y sucio, en el techo zumbaban inútilmente las aspas de un enorme ventilador, el dueño dormitaba detrás del mostrador, pedí un *sumo* helado, él espantó las moscas con un trapo y abrió cansinamente la nevera. No había comido y no tenía hambre. Me senté en una mesa y encendí un cigarrillo, esperando que llegara la hora.

11

Nuno Meneses de Sequeira me recibió en un salón barroco con muchos

estucos en el techo y dos grandes tapices roídos en las paredes. Iba vestido de negro, tenía la cara reluciente, su cráneo calvo resplandecía, estaba sentado en un sillón de terciopelo carmesí, cuando entré se puso de pie, hizo una imperceptible inclinación con la cabeza y me invitó a sentarme en un sofacito bajo la ventana. Los postigos estaban cerrados y en la habitación flotaba un intenso olor a tapicería vieja. ¿Cómo murió?, pregunté. Sufría una penosa enfermedad, dijo, ¿no lo sabía? Meneé la cabeza. ¿Qué clase de enfermedad? Nuno Meneses de Sequeira cruzó las manos sobre el regazo. Una penosa enfermedad, dijo. Me llamó por teléfono a Madrid hace quince días, no me dijo nada, ni la menor alusión, ¿ya lo sabía? Sí, ya se sentía muy mal, y estaba al corriente. ¿Por qué no me dijo nada? Quizá no lo considerase oportuno, dijo Nuno Meneses de Sequeira, le quedaría muy agradecido si no viniese al funeral, la celebración será estrictamente privada. No tenía intención de asistir, le tranquilicé. Se lo agradezco, murmuró tenuemente.

El silencio en la sala se volvió tangible, incómodo. ¿Puedo verla?, pregunté. Nuno Meneses de Sequeira me miró durante un rato, con aire irónico, tuve la impresión. Me temo que no será posible, me dijo, está en la clínica Cuf, donde murió, y además el médico dio instrucciones para que cerraran el ataúd, no era posible dejarlo abierto, dadas sus condiciones.

Pensé en despedirme, pensé en la razón por la que me había llamado, aunque hubiera sido voluntad de Maria do Carmo, con qué objeto hacerme ir a Lisboa, había algo que se me escapaba, o tal vez no hubiera nada de extraño, aquella situación era simplemente penosa, era inútil prolongarla más. Pero Nuno Meneses de Sequeira no había terminado de hablar, sus manos estaban apoyadas en los brazos de la butaca como quien se dispone a levantarse de un momento a otro, tenía los ojos acuosos y el gesto contraído, hostil, o tal vez fuese la tensión nerviosa que debía de sentir. Usted nunca llegó a comprenderla, dijo, es demasiado joven, era excesivamente joven para Maria do Carmo. Y usted excesivamente viejo, tuve ganas de decirle, pero me callé. Se dedica a la filología, ja, ja, dejó escapar una carcajada, su vida son las bibliotecas, cómo podría comprender usted a una mujer como ella. Explíquese mejor, dije. Nuno Meneses de Sequeira se levantó, se acercó a la ventana, abrió ligeramente los postigos. Quisiera quitarle una ilusión, dijo, la de haber conocido a Maria do Carmo, usted solo ha conocido una ficción de

Maria do Carmo. Explíquese mejor, volví a decir. Bueno, sonrió Nuno Meneses de Sequeira, ya me imagino lo que Maria do Carmo le habrá contado, una historia lacrimógena de una infancia desdichada en Nueva York, un padre republicano que murió heroicamente en la guerra civil española, pues escúcheme bien, señor mío, yo no he estado en Nueva York en mi vida, Maria do Carmo es hija de grandes terratenientes, tuvo una infancia dorada, hace quince años, cuando la conocí, tenía veintisiete años y era la mujer más cortejada de Lisboa, yo volvía de una misión diplomática en España y ambos teníamos en común el amor por nuestro país. Hizo una pausa como para dar mayor énfasis a sus palabras. El amor por nuestro país, repitió, no sé si me explico. Depende de en qué sentido utilice la palabra, dije yo. Nuno Meneses de Sequeira se ajustó el nudo de la corbata, sacó un pañuelo del bolsillo, adoptó un aire irritado e impaciente a la vez. Escúcheme con atención, a Maria do Carmo le gustaba mucho un juego, al que jugó durante toda su vida, lo jugábamos siempre de común acuerdo. Hice un gesto con la mano, como para impedirle que continuara, pero él prosiguió: usted debió de caer en algún revés de los suyos. Un reloj de péndulo, en alguna habitación lejana, resonó. A menos que no sea usted el que cayera en el revés de su revés, dije. Nuno Meneses de Sequeira volvió a sonreír, qué bonito, dijo, hasta podría ser una frase de Maria do Carmo, es legítimo que considere esta hipótesis, por más que no pase de pura presunción, puede creerme. Había un deje de desprecio en su voz apagada. Permanecí en silencio, con la mirada baja, clavada en la alfombra, era una alfombra de Arraiolos de un azul profundo con pavos reales grises. Lamento mucho que me obligue a ser más explícito, prosiguió Nuno Meneses de Sequeira, supongo que le gusta Pessoa. Me gusta mucho, admití. Entonces tal vez esté al corriente de las traducciones que aparecen en el extranjero. ¿Qué quiere decir?, pregunté. Nada en especial, dijo él, solo eso, que Maria do Carmo recibía muchas traducciones del extranjero, ya me entiende usted, ¿verdad? No le entiendo, dije yo. Digamos que no quiere entenderme, me corrigió Nuno Meneses de Sequeira, que prefiere no entenderme, y comprendo que prefiera no entenderme, la realidad es desagradable y usted prefiere los sueños, le ruego que no me obligue a entrar en detalles, los detalles son siempre de lo más vulgar, limitémonos al concepto.

Por la ventana llegó el sonido de una sirena, tal vez una embarcación que entraba en el puerto, e inmediatamente sentí un inmenso deseo de ser uno de los pasajeros de aquel barco, de entrar en el puerto de una ciudad desconocida que se llamaba Lisboa y de tener que llamar por teléfono a una mujer desconocida para decirle que había salido una nueva traducción de Fernando Pessoa, y aquella mujer se llamaba Maria do Carmo, acudiría a la librería Bertrand vestida de amarillo, le gustaban los fados y los platos sefardíes, y todo eso yo ya lo sabía, pero aquel pasajero que era yo y que contemplaba Lisboa desde la barandilla del barco no lo sabía aún y todo sería para él nuevo e idéntico. Y eso era saudade, Maria do Carmo tenía razón, no era una palabra, era una categoría del espíritu. A su manera, también ella era un revés.

Nuno Meneses de Sequeira me observaba en silencio, parecía tranquilo y satisfecho. Hoy es el primer día de la nueva vida de Maria do Carmo, dije, podría al menos concederle una tregua. Hizo un imperceptible gesto con la cabeza como si asintiera, como si dijese es precisamente lo que quería proponerle, y entonces yo dije creo que no tenemos nada más que decirnos, él hizo sonar un timbre y se asomó un criado con chaquetilla a rayas, Domingos, el señor ya se marcha, el criado se hizo a un lado junto a la puerta para dejarme pasar, ah, un momento, dijo Nuno Meneses de Sequeira, Maria do Carmo dejó esto para usted. Me tendió una carta que estaba en una pequeña bandeja de plata sobre una mesita junto a su sillón, la cogí y me la metí en el bolsillo, cuando estaba en el umbral Nuno Meneses de Sequeira me habló de nuevo, qué pena me da usted, dijo, el sentimiento es recíproco, dije yo, aunque con matices probablemente distintos. Bajé las escaleras de piedra, salí a la luz de la tarde lisboeta, pasaba un taxi libre y le hice señas.

En el hotel abrí la carta. En una hoja en blanco estaba escrita, en letras mayúsculas y sin acentos, la palabra SEVER. Le di la vuelta mecánicamente, con el pensamiento, y luego debajo, también con mayúsculas y sin acentos, escribí con un lápiz: REVES. Medité un instante sobre aquella palabra

ambigua, que podía ser española o francesa y tenía dos significados completamente distintos. Pensé que no tenía ningunas ganas de volver a Madrid, enviaría un cheque desde Italia y escribiría al hotel madrileño para que me mandaran el equipaje, llamé a la recepción y le pedí al portero que me buscara una agencia, necesitaba un billete de avión, para el día siguiente, con la compañía que fuera, el primero disponible. ¿Cómo, ya se marcha?, dijo el portero, nunca se había quedado tan poco tiempo. ¿Qué hora es?, pregunté. Por mi reloj son las cuatro y cuarto, señor. Está bien, despiérteme para cenar, dije, hacia las nueve. Me desvestí con calma, cerré los postigos, las sábanas estaban frescas, me llegó de nuevo el silbido lejano de una sirena amortiguado por la almohada sobre la que descansaba la mejilla.

Tal vez Maria do Carmo hubiera alcanzado por fin su revés. Le deseé que fuera como lo había anhelado y pensé que la palabra española y la francesa tal vez coincidieran en un punto. Me pareció que era el punto de fuga de una perspectiva, como cuando se trazan las líneas de la perspectiva de un cuadro, y en aquel momento la sirena volvió a silbar, el barco atracó, yo bajé lentamente por la pasarela y empecé a recorrer los muelles, el puerto estaba completamente desierto, los muelles eran las líneas de la perspectiva que convergían hacia el punto de fuga de un cuadro, el cuadro era *Las meninas*, de Velázquez, la figura del fondo en la que convergían las líneas de los muelles tenía aquella expresión maliciosa y melancólica que me había grabado en la memoria: y qué curioso, aquella figura era Maria do Carmo con su vestido amarillo, yo le estaba diciendo: ya entiendo por qué tienes esa expresión, porque puedes ver el revés del cuadro, ¿qué se ve desde ese lado?, dímelo, espérame que voy yo también, ahora voy a ver. Y me encaminé hacia aquel punto. Y en ese momento me encontré en otro sueño.

CARTA DESDE CASABLANCA

Lina:

No sé por qué empiezo esta carta hablándote de una palmera, cuando llevas dieciocho años sin saber nada de mí. Tal vez porque aquí hay muchas palmeras, las veo por la ventana de este hospital mientras ondean sus largos brazos bajo el viento tórrido en los paseos abrasadores que se pierden hacia lo blanco. Delante de nuestra casa, cuando éramos pequeños, había una palmera. Quizá tú no te acuerdes, porque la abatieron, si la memoria no me engaña, el mismo año en que ocurrió todo, es decir, en el cincuenta y tres, creo que fue en verano, cuando yo tenía diez años. Tuvimos una infancia feliz, Lina, tú no puedes acordarte y nadie ha podido contártelo, la tía con la que te criaste no puede saberlo; claro, puede haberte hablado de papá y de mamá, pero no puede haberte descrito una infancia que no conoció y que tú no recuerdas. Vivía demasiado lejos, allá en el norte, su marido trabajaba en un banco, se consideraban superiores a la familia de un guardavía, nunca llegaron a venir por casa. La palmera fue abatida a raíz de una disposición del Ministerio de Transportes que sostenía que estorbaba la visibilidad de los convoyes y que podía provocar un accidente. Ya ves tú qué accidente podía provocar una palmera como esa, tan alta y tan derecha, con un penacho de ramas que peinaba nuestra ventana del primer piso. Lo que si acaso podía molestar un poco, desde la caseta, era el tronco, un tronco más fino que un poste de la luz, y que desde luego no podía estorbar la visibilidad de los trenes. En cualquier caso, hubo que echarla abajo, no nos quedó más remedio, el terreno no era nuestro. Mamá, que a veces tenía grandes ocurrencias, una noche mientras cenábamos nos propuso escribir una carta al ministro de Transportes en persona firmada por toda la familia, como una especie de solicitud. Rezaba así: «Excelentísimo Señor Ministro, en relación con la circular número tal de cual, registro tal de cual, referente a la palmera situada en el pequeño terreno que linda con la caseta tal de cual de la línea RomaTurín, la familia del guardavía quiere informar al Excelentísimo Señor Ministro que dicha palmera no constituye obstáculo alguno para la visibilidad

de los trenes de paso. Se ruega por lo tanto se nos permita dejar en pie dicha palmera, al tratarse del único árbol del terreno, aparte de una escuchimizada pérgola de vid que crece sobre la puerta, y ser muy apreciada por los hijos del guardavía, pues hace mucha compañía al niño, quien, siendo de naturaleza enfermiza, se ve obligado a guardar cama a menudo y así por lo menos puede ver una palmera en el recuadro de la ventana, y en caso contrario solo vería el aire, que despierta melancolía, y como testimonio del amor que los hijos del guardavía sienten por dicho árbol baste decir que lo han bautizado y no la llaman palmera sino que la llaman Giosefine, debiéndose este nombre a la circunstancia de que al haberles llevado nosotros una vez al cine de la ciudad, a ver *El fantasma es un vivo*, con Totò, en el noticiario se veía a la célebre cantante negra francesa de dicho nombre, que bailaba con un tocado precioso hecho con hojas de palmera, de modo que nuestros hijos, dado que cuando sopla el viento la palmera se mueve como si bailara, la llaman su Giosefine».

Esta carta es una de las pocas cosas que conservo de mamá, es el borrador de la solicitud que mandamos, mamá la escribió de su puño y letra en mi cuaderno de redacción, y así, por pura casualidad, cuando me mandaron a la Argentina me la llevé sin saberlo, sin imaginarme el tesoro que acabaría significando esa página para mí. Otra cosa que me queda de mamá es una imagen, aunque casi no se la vea, una fotografía que sacó el señor Quintilio bajo la pérgola de casa, en torno a la mesa de piedra, debía de ser en verano, sentados a la mesa están papá y la hija del señor Quintilio, una muchachita delgada con largas trenzas y un vestido de flores, yo estoy jugando con una escopeta de madera y hago como si le disparara al objetivo, sobre la mesa hay unos vasos y una garrafa de vino, mamá acaba de salir de la casa con una sopera, justo cuando entra en la foto el señor Quintilio hace clic, ha entrado por casualidad y se está moviendo, por eso se la ve un poco desenfocada y de perfil, hasta cuesta reconocerla, así que yo prefiero evocarla como la recuerdo. Porque yo me acuerdo muy bien de aquel año, me refiero al año en que abatieron la palmera, yo tenía diez años, era verano sin duda, y todo ocurrió en octubre, una persona guarda perfectamente memoria de sus diez años, y yo no podré olvidar jamás lo que ocurrió aquel octubre. Pero ¿y del señor Quintilio?, ¿no te acuerdas? Era el capataz en una finca a unos dos kilómetros de la caseta, a la que íbamos en mayo a recoger cerezas, un

hombrecillo nervioso y alegre que siempre estaba contando chistes, papá le tomaba el pelo porque bajo el fascismo había sido centurión o algo parecido, y le daba mucha vergüenza, meneaba la cabeza, decía que aquello era agua pasada y entonces papá se echaba a reír y le daba una palmada en el hombro. ¿Y de su mujer?, ¿te acuerdas de la señora Elvira, de aquella mujerona melancólica? Siempre estaba horrorosamente sofocada, cuando venían a comer a casa se traía el abanico, sudaba y resoplaba, después se sentaba fuera, bajo la pérgola y se quedaba dormida en el banco de piedra, con la cabeza apoyada contra el muro, no la despertaba ni el paso de los mercancías. Era estupendo cuando venían el sábado después de cenar, a veces venía también la señorita Palestro, una vieja solterona que vivía sola en una especie de caserón dependiente de la finca, rodeada por un regimiento de gatos, y estaba obsesionada por enseñarme francés, porque de joven había sido institutriz de los hijos de un conde, decía siempre «*pardon*», «*c'est dommage*» y su exclamación preferida, usada en toda circunstancia, fuera para resaltar un hecho grave o simplemente si se le caían las gafas, era «*eh-lá-lá*». En veladas como esas mamá se sentaba ante el pequeño piano –lo que le gustaba aquel piano, testigo de su educación, de una juventud acomodada, de un padre secretario judicial, de sus vacaciones en los Apeninos toscanos–, ¡cuántas veces nos habrá contado esas vacaciones tuyas! Y además estaba diplomada en economía doméstica.

¡Si tú supieras, durante mis primeros años en Argentina, la de veces que deseé haber vivido yo esas vacaciones! Las deseaba de tal manera, me las imaginaba tan a menudo que a veces se producía un extraño sortilegio y me acordaba de las vacaciones que había pasado en Gavinana y en San Marcello, estábamos tú y yo, Lina, de pequeños, solo que tú, en vez de ser tú, eras mamá de niña, y yo era tu hermano y te quería un montón, me acordaba de cuando íbamos a un riachuelo cerca de Gavinana a pescar renacuajos, tú, es decir, mamá, llevabas una redcilla y un gracioso sombrero de alas como el de las monjas vicentinas, siempre te me adelantabas corriendo, farfullando «¡vamos, date prisa, que los renacuajos nos están esperando!», y a mí me parecía una frase divertidísima y me reía como un loco, no podía mantener el paso a causa de las carcajadas, entonces tú desaparecías en el castañar junto al riachuelo y gritabas «¡a que no me pillas!», y entonces yo, echando el

resto, te alcanzaba, te sujetaba de los hombros, tú soltabas un gritito y resbalábamos, el terreno estaba en pendiente y empezábamos a rodar y entonces yo te abrazaba y te susurraba: «mamá, mamá, abrázame fuerte, mamá». Y tú me abrazabas con todas tus fuerzas, mientras rodábamos te habías convertido en mamá, tal como la conocí, sentía tu perfume, te besaba el pelo, todo se confundía, la hierba, el pelo, el cielo y en ese momento de éxtasis la voz de barítono del tío Alfredo me decía: «entonces, niño, ¿los platinados están prontos?» No estaban listos, no. Me veía de pronto ante las fauces abiertas de un viejo Mercedes, con la caja de los platinos en una mano y un destornillador en la otra, el suelo estaba constelado de manchas azules de aceite mezclado con agua, «pero en qué estará pensando este chico», decía afablemente el tío Alfredo, y me daba un afectuoso coscorrón. Estábamos en Rosario, en 1958, el tío Alfredo, al cabo de tantos años de Argentina, hablaba una extraña mezcla de italiano y español, su taller se llamaba LA MOTORIZADA ITALIANA, y arreglaba de todo, aunque sobre todo tractores, viejas carrocerías de Ford; en el rótulo, junto a la concha de la Shell, tenía una torre inclinada de neón que solo se encendía a medias, porque el gas de los tubos se había agotado y nadie se preocupó nunca por sustituirlos. El tío Alfredo era un hombre corpulento, impetuoso, paciente y de buen paladar, con la nariz surcada por minúsculas venitas azules y una tendencia constitutiva a la hipertensión, justo lo contrario de papá, nunca te habrías imaginado que eran hermanos.

Ah, pero te estaba hablando de esas veladas en nuestra casa después de cenar, cuando venían visitas y mamá se sentaba al piano. La señorita Palestro se extasiaba con los vales de Strauss, pero a mí me gustaba mucho más cuando cantaba mamá, era tan difícil conseguir que cantase, daba largas, se ponía colorada, «si ya no tengo voz», decía sonriendo, pero acababa cediendo ante la insistencia de la señora Elvira, a ella también le gustaban las romanzas y las canciones más que los vales, y mamá acababa cediendo, entonces caía un gran silencio, mamá empezaba con cancioncillas divertidas, para animar el ambiente, al estilo de «Rosamunda» o «Eulalia Torricelli», la señora Elvira se deleitaba entre risas, con un leve jadeo, emitiendo el cacareo de una gallina clueca y elevando su enorme pecho, mientras se refrescaba con el abanico. Mamá interpretaba después un interludio al piano, sin cantar, la señorita

Palestro pedía algo más dificultoso, mamá levantaba la vista hacia el techo, como buscando inspiración o hurgando en la memoria, sus manos acariciaban el teclado, era una hora muerta para los trenes, no había ruidos que molestaran, por la ventana abierta de par en par a las marismas entraba el canto de los grillos, alguna polilla chocaba con las alas contra la rejilla tratando en vano de entrar, mamá cantaba «Luna rossa», «All'alba se ne parte il marinaio» o bien una romanza de Beniamino Gigli, «Oh begli occhi di fata». ¡Qué hermoso era oírle cantar! La señorita Palestro tenía los ojos relucientes, hasta la señora Elvira dejaba de abanicarse, todos miraban a mamá, llevaba un vestido azul algo vaporoso, tú dormías en tu habitación, ajena a todo, no viviste esos momentos para recordarlos después toda tu vida. Yo me sentía feliz. Todos aplaudían. Papá, rebosante de orgullo, deambulaba con la botella de vermouth y llenaba los vasos de los invitados diciendo «¡venga, por favor, que aquí no estamos en casa del turco!». También el tío Alfredo empleaba siempre esa curiosa expresión, era muy gracioso oírsele entre sus frases españolas, me acuerdo bien, estábamos sentados a la mesa, a él le volvían loco los callos a la parmesana, decía que los argentinos eran idiotas porque de las vacas solo apreciaban los bistecs, y sirviéndose generosamente de la enorme sopera humeante me decía: «Anda a comer, niño, *non siamo mica in casa del turco.*» Era una frase de su infancia, del tío Alfredo y de papá, quién sabe a qué antigua época se remontaba, yo entendía la idea, lo que quería decir era que aquella era una casa en la que se nadaba en la abundancia y cuyo dueño era generoso, quién sabe por qué, lo contrario de lo que se atribuía a los turcos, tal vez fuera una expresión que se remontaba a las invasiones sarracenas. Y el tío Alfredo, efectivamente, fue muy generoso conmigo, me crió como si fuera su propio hijo, por lo demás, hijos no tenía: generoso y paciente, exactamente igual que un padre y lo probable es que hiciera falta bastante paciencia conmigo, yo era un chico melancólico y distraído, y a causa de mi carácter siempre acababa montando algún lío, la única vez que le vi perder la paciencia fue terrible, aunque no por culpa mía, estábamos comiendo, yo la había armado buena con un tractor, tenía que hacer una maniobra complicada para meterlo en el taller, quizá me distrajera, y además justo en ese momento en la radio sonaba Modugno cantando «Volare» y el tío Alfredo lo había puesto a todo volumen porque le gustaba

muchísimo, el caso es que al entrar rocé contra el lateral de un Chrysler, causando un buen estropicio. La tía Olga no era mala persona, era una véneta parlanchina y gruñona que se había mantenido tozudamente apegada a su dialecto, cuando hablaba casi no se la entendía, mezclaba el véneto con el español, un auténtico desastre. El tío y ella se habían conocido en Argentina, cuando decidieron casarse eran ya mayorcitos; en definitiva, que no podía decirse que hubiera sido un matrimonio por amor, digamos que resultaba conveniente para los dos, ella pudo así dejar de trabajar en la fábrica de carne enlatada y al tío Alfredo le hacía falta una mujer que se encargara de la casa. Pese a todo, se tenían cariño, o por lo menos aprecio, y la tía Olga lo respetaba y lo mimaba. Quién sabe por qué aquel día le salió aquella frase, tal vez estuviera cansada, o de mal humor, tal vez se le hubiera agotado la paciencia, el caso es que no venía a cuento, el tío Alfredo ya me había echado la bronca antes y yo tenía un disgusto enorme, no levantaba los ojos del plato, cuando la tía Olga, de repente, pero no para ofenderme, pobre mujer, sin más, casi como constatando un hecho, dijo: «Si es que es el hijo de un loco, solo un loco podía hacerle eso a su mujer.» Y entonces vi cómo el tío Alfredo palidecía, se levantaba con calma y le soltaba un bofetón espantoso. El golpe fue tan violento que la tía Olga se cayó de la silla y en su caída se agarró al mantel, arrastrando consigo todos los platos. El tío Alfredo salió lentamente del comedor y bajó al taller a trabajar, la tía Olga se levantó como si no hubiera pasado nada, se puso a recoger los trozos de loza, barrió el suelo, puso un mantel nuevo, porque el otro estaba en unas condiciones deplorables, volvió a poner platos y cubiertos y se asomó al hueco de las escaleras. «¡Alfredo», gritó, «la comida está en la mesa!»

Cuando me marché a Mar del Plata tenía dieciséis años. Cosido en la camiseta llevaba un fajo de pesos y en el bolsillo una tarjeta de visita de la Pensión Albano, «*agua corriente fría caliente*», y una carta para el dueño, un italiano amigo del tío Alfredo, amigo de juventud, habían llegado a la Argentina en el mismo barco y nunca habían perdido el contacto. Iba a acudir a un internado de salesianos italianos que regían un conservatorio o algo parecido. Fueron los tíos quienes me animaron, ya había acabado la escuela obligatoria, trabajar de mecánico no era lo mío, eso se notaba a simple vista, y además la tía Olga confiaba en que la ciudad me cambiara, le había oído

decir una noche «a veces sus ojos me dan miedo de lo asustados que están, lo que habrá visto ese pobre chico, quién sabe qué recuerdos tendrá». Desde luego había algo preocupante en mi manera de ser, lo reconozco. No hablaba nunca, me sonrojaba, tenía la lengua de trapo, lloraba a menudo. La tía Olga se quejaba de que lo que me estaba echando a perder eran todas esas cancioncitas, con sus estúpidas letras, el tío Alfredo procuraba espabilarme explicándome el árbol de levas y los embragues, y por la noche intentaba convencerme de que le acompañara al café Florida, donde había muchos italianos jugando a la escoba, pero yo prefería quedarme junto a la radio para escuchar las emisiones musicales, adoraba los viejos tangos de Carlos Gardel, las sambas melancólicas de Wilson Baptista, las cancioncillas de Doris Day, aunque la verdad era que la música me gustaba toda. Pues lo mejor será que estudie música, si ese era su camino, pero lejos de las praderas, en un lugar civilizado.

Mar del Plata era una ciudad subyugante y excéntrica, desierta en el período de frío y abarrotada en los meses de vacaciones, con sus mastodónticos hoteles blancos, de principios de siglo, que durante la temporada baja provocaban melancolía; en aquella época era una ciudad de equipajes exóticos y de viejos que la habían escogido para pasar allí los últimos años de sus vidas y procuraban hacerse compañía los unos a los otros quedando a tomar el té en las terrazas de los hoteles o en los cafés cantantes, donde humildes orquestillas desafinaban tocando cancioncillas y tangos. Estuve dos años en el conservatorio salesiano. Con el padre Matteo, un vejete medio ciego de manos mortecinas, estudiaba en el órgano Bach, Monteverdi y Pierluigi da Palestrina. Las clases de cultura general las impartían el padre Simone, en la parte de ciencias, y el padre Anselmo, en la parte de letras, que se me daba especialmente bien. Estudiaba de buena gana el latín, pero prefería la historia, las vidas de santos y las vidas de los hombres ilustres, entre las que mis preferidas eran las de Leonardo da Vinci y Ludovico Antonio Muratori, que supo ganarse su instrucción yendo a escuchar bajo la ventana de un colegio, hasta que un día el maestro lo sorprendió y le dijo: «Pero ¡entra de una vez en clase, pobre muchacho!»

Por la noche volvía a la Pensión Albano, donde me aguardaba el trabajo, porque la mensualidad que el tío Alfredo me mandaba no daba para mucho.

Me ponía una chaqueta que la señora Pepa hacía lavar dos veces por semana y ocupaba mi sitio en el *Comedor*, una sala pintada de azul claro, con unas treinta mesas y paisajes de Italia en las paredes. Nuestros clientes eran jubilados, viajantes de comercio, algún emigrante italiano de Buenos Aires que podía permitirse el lujo de pasarse quince días en Mar del Plata. De la cocina estaba a cargo el señor Albano, su especialidad eran los *pansoti* con nueces y las *trenette al pesto*, era ligur, de Camogli, y partidario de Perón, decía que había sabido levantar un país de desharrapados. Y, además, Evita era igual que un hada.

Cuando encontré un trabajo estable en el Bichinho escribí al tío Alfredo para que dejara de mandarme la mensualidad. No es que ganara un sueldo como para hacer locuras pero a fin de cuentas me bastaba, y no me parecía justo que el tío Alfredo se dedicara a reparar tractores para mandarme ese puñado de pesos cada mes. O Bichinho era un restaurante y nightclub dirigido por un brasileño rechoncho y risueño, el senhor João Paiva, donde uno podía cenar a medianoche y escuchar música típica. Era un local con pretensiones de respetabilidad, se esforzaba por distinguirse de otros locales más equívocos, si bien a quien acudiera buscando compañía no le costara encontrarla, aunque siempre con discreción y con la complicidad de los camareros, porque aquellas transacciones no eran ostentosas, todo tenía una apariencia respetable, cuarenta mesas con sus velitas; en dos mesas al fondo de la sala, cerca del guardarropa, había dos señoritas sentadas ante un plato siempre vacío bebiendo despacio un aperitivo, como esperando que llegara lo que habían pedido; y si entraba un hombre, el camarero lo guiaba con destreza y le preguntaba discretamente: «¿Prefiere cenar solo o le apetece la compañía de una señora?» Yo trucos como ese me los sabía al dedillo, porque me encargaba de la zona trasera de la sala, mientras que Ramón se encargaba de las mesas más próximas a la tarima del escenario. Para hacer propuestas como esas hacía falta tacto, donaire, había que comprender al cliente para no herir su susceptibilidad y, quién sabe por qué, yo a los clientes los intuía a la primera, vaya, que tenía olfato, y al acabar el mes resultaba que las propinas superaban el sueldo. La verdad es que Anita y Pilar eran dos chicas muy generosas. El plato fuerte del espectáculo era Carmen del Río. Su voz no era ya la de los buenos tiempos, claro, y sin embargo seguía siendo

una atracción. Con el paso de los años, el timbre ronco que le confería ese atractivo en los tangos más desesperados se había debilitado, se había vuelto más límpido, y ella intentaba en vano recobrarlo fumándose dos puros antes de las actuaciones. Pero lo realmente espectacular en ella, lo que utilizaba para llevar al público al delirio no era a fin de cuentas la voz sino todo un conjunto de recursos: el repertorio, su forma de moverse, el maquillaje, los vestidos. Detrás del cortinaje de la tarima tenía un camerino abarrotado de perifollos y un guardarropa majestuoso, con todos los vestidos que usaba en los años cuarenta, cuando era la gran Carmen del Río: largos vestidos de chifón, maravillosas sandalias blancas con altísimos tacones de corcho, boas de plumas, mantones de tanguista, una peluca rubia, otra pelirroja y dos pelucas azabache con la raya en medio y un enorme moño con una peineta blanca, a la andaluza. El secreto de Carmen del Río era el maquillaje, ella lo sabía, se pasaba horas maquillándose, sin descuidar el menor detalle: la tonalidad de base, las largas pestañas postizas, el *bâton* reluciente en los labios como era usanza en sus tiempos, las uñas larguísimas, fatales, pintadas de rojo. Me llamaba a menudo para que la ayudase, decía que tenía un toque delicado y un gusto exquisito, era la única persona del local de la que se fiaba, abría el guardarropa y me pedía que la aconsejase. Yo hacía que me explicara el repertorio de la velada, para los tangos ya sabía ella lo que ponerse pero el maquillaje para las canciones patéticas lo escogía yo, por lo general optaba por tonos claros, vestidos vaporosos y pasteles, qué sé yo, el color albaricoque, que le sentaba de maravilla, o un índigo pálido que me parecía insuperable para «Ramona». Y después le pintaba las uñas y las pestañas, ella cerraba los ojos y se distendía en la butaquita, con la cabeza reclinada hacia atrás y me susurraba como en sueños «una vez tuve un amante tan delicado como tú, me malcriaba como a una niña, se llamaba Daniel, era del Quebec, quién sabe lo que habrá sido de él». De cerca y sin maquillaje, a Carmen se le notaban todos los años que tenía, pero bajo la luz de los focos y después de que la maquillara, seguía siendo una reina. Yo cargaba mucho la base de fondo y el color, como es natural, y en cuanto a los polvos la había obligado a usar un Guerlain de un rosa subido, en vez de esas marcas argentinas excesivamente blancas que ponían en evidencia las arrugas: el resultado era extraordinario, ella me estaba agradecidísima, decía

que era como si le borrara el tiempo. Y para el perfume la había convertido al de violeta: mucha, muchísima violeta, y eso que al principio protestó porque el violeta es un perfume vulgar y de crías, sin darse cuenta en cambio de que era ese contraste lo que fascinaba al público: una vieja belleza ajada que cantaba tangos maquillada como una muñeca rosa. Era aquello lo que creaba esa atmósfera de patetismo y hacía que se te saltaran las lágrimas de los ojos.

Después yo me iba a cumplir con mis cometidos al fondo de la sala, deambulaba entre las mesas con pasos ligeros, «¿más carabineros a la plancha, señor?», «¿le gusta el vino rosado, señorita?»; sabía que Carmen, mientras cantaba, me buscaba con la mirada, y cuando encendía el cigarrillo que algún cliente acababa de llevarse a los labios con el encendedor de oro del dueño, dejaba brillar un instante la llama a la altura del corazón, era una señal acordada entre Carmen y yo, quería decir que estaba cantando divinamente, que llegaba derecha al corazón, y yo notaba que su voz vibraba más, que ganaba calidez. ¡Cuánta falta le hacía que la animaran, a la vieja espléndida Carmen!, sin ella O Bichinho no hubiera sido nada.

La noche en que Carmen dejó de cantar se desató el pánico. No lo hizo por voluntad propia, como es lógico, estábamos en el camerino, yo ocupado maquillándola, ella reclinada sobre la butaca delante del espejo, fumando su cigarro puro, con los ojos cerrados y de repente los polvos empezaron a apelmazarse sobre su frente, me di cuenta de que sudaba, la toqué, era un sudor frío, «no me siento bien», murmuró, y ya no dijo nada más, se llevó una mano al pecho, le tomé el pulso, no conseguía encontrárselo, corrí a llamar al director de la sala, Carmen temblaba como si tuviera fiebre, pero no tenía fiebre, estaba helada. Para llevarla al hospital llamamos a un taxi, yo la acompañé, sosteniéndola, hasta la salida secundaria, para que el público no la viera, «adiós, Carmen», le dije, «ya verás como no es nada, mañana me pasaré a verte», y ella esbozó una sonrisa. Eran las once, los clientes estaban cenando, sobre la tarima el foco dibujaba un círculo de luz vacío, el pianista tocaba en sordina para llenar la ausencia, después llegó desde la sala un breve aplauso de impaciencia, reclamando a Carmen. El señor Paiva, detrás del cortinaje, nerviosísimo, daba ansiosas chupadas a su cigarrillo, llamó al director de sala y le dijo que sirviera gratis una copa de vino espumoso, tal vez fuera una buena idea para apaciguar al público. Pero en aquel momento

un pequeño grupo empezó a corear «¡Car-men, Car-men!» y entonces no sé lo que me impulsó, fue sin pensar, sentí una fuerza que me empujaba hacia el camerino, encendí las luces del tocador que rodeaban el espejo, escogí un vestido muy ceñido, de lentejuelas, con una abertura en el costado, de estudiada vulgaridad, unos zapatos blancos de tacón vertiginoso, guantes negros de noche que me cubrían medio brazo, una peluca rojiza con largos rizos. Me pinté los ojos exageradamente, de color plateado, pero para los labios escogí un *bâton* suave, un *abricot* opaco. Cuando aparecí en el escenario el foco me iluminó de lleno, el público dejó de comer, veía todos aquellos rostros con los ojos clavados en mí, muchos tenedores se habían quedado suspendidos en el aire, a aquel público yo lo conocía bien pero nunca lo había visto de frente, colocado así en semicírculo parecía un asedio. Empecé con «Caminito», el pianista era un tipo inteligente, captó enseguida el timbre de mi voz, su acompañamiento fue muy discreto, todo en tonos bajos, y entonces le hice un gesto al electricista, que puso un disco azulado, yo aferré el micrófono y empecé a susurrar en él, dejé que el pianista hiciera dos intermedios para alargar la canción, porque los ojos del público no se apartaban de mí; y mientras él tocaba yo me movía lentamente sobre la tarima y el cono de luz azulada me seguía, de vez en cuando movía los brazos como si estuviera nadando en aquella luz y me acariciaba los hombros, con las piernas ligeramente abiertas y balanceando la cabeza, para que los rizos me acariciaran los hombros, tal como había visto hacer a Rita Hayworth en *Gilda*. Y entonces el público rompió a aplaudir con arrebató, comprendí que todo estaba saliendo bien y quise pillarles a contrapié: para no dejar que el entusiasmo se atenuase, antes de que los aplausos terminaran, empalmé con una nueva canción, esta vez fue «Lola Lolita la Piconera» y después un tango bonaerense de los años treinta, «Pregunto», que les llevó al delirio. Recibí un aplauso como los que solo recibía Carmen en sus veladas en estado de gracia. Y entonces no sé de dónde me vino la inspiración, una locura, me acerqué al pianista, hice que me diera su chaqueta, me la puse sobre el vestido y como en broma, pero con infinita melancolía, empecé a cantar la romanza de Beniamino Gigli «Oh begli occhi di fata» como si estuviese dirigida a una mujer imaginaria por la que suspiraba de amor; y a medida que iba cantando, aquella mujer que evocaba acudía a mí convocada por mi canto, al mismo

tiempo que me quitaba lentamente la chaqueta, y mientras susurraba al micrófono la última estrofa, «*della mia gioventù cogliete il fiore*», me abandonaba a mi amante, pero mi amante era el público, a quien miraba con arrebatos, yo era otra vez yo y alejaba con el pie la chaqueta que había dejado caer sobre la tarima. Y a continuación, antes de que el hechizo terminara, acariciando el micrófono con los labios, empecé a cantar «Acércate más». Ocurrió algo indescriptible, los hombres se pusieron de pie para aplaudirme, un anciano con una chaqueta blanca me lanzó un clavel. Un oficial inglés, desde una mesa de la primera fila, subió al tablado e intentó besarme. Yo me fui a toda prisa al camerino, creía enloquecer de excitación y de alegría, sentía una especie de estremecimiento en todo el cuerpo, me encerré dentro, jadeaba, me miré al espejo, era hermosa, era joven, era feliz, y entonces me entró un capricho, me puse la peluca rubia, me coloqué alrededor del cuello la boa de plumas azules dejando que arrastrara por el suelo detrás de mí y volví a la sala dando saltitos como un duende.

Primero interpreté «Qué será será» al estilo de Doris Day, e inmediatamente después «Volare» a ritmo de chachachá, moviendo las caderas, invitando al público a acompañarme marcando el ritmo con las palmas de las manos, y cuando yo cantaba «*vo-la-re!*» un coro me respondía «¡oh-oh!», y yo, «*can-ta-re!*», y ellos «¡oh-oh-ohoh!». La sala se venía abajo. Cuando volví al camerino dejé tras de mí la excitación y el ruido, permanecí allí, en la butaca de Carmen, llorando de felicidad mientras oía al público que coreaba «*¡el nombre!, ¡el nombre!*». Entró el señor Paiva, atónito y radiante, con los ojos relucientes, «tienes que salir a decirles tu nombre», dijo, «no conseguimos calmarlos». Y yo volví a salir, el electricista había puesto un disco rosa que me inundaba con una luz cálida, tomé el micrófono, tenía dos canciones que pugnaban en mi garganta, canté «Luna rossa» y «All'alba se ne parte il marinaro». Y cuando el largo aplauso empezaba a apagarse susurré en el micrófono un nombre que me brotó espontáneamente de los labios, «Giusefine», dije, «Giusefine».

Lina, han pasado muchos años desde aquella noche, y yo he vivido mi vida como sentí que debía vivirla. Durante mis peregrinaciones por el mundo siempre pensé en escribirte pero nunca reuní valor para hacerlo. No sé si llegaste a saber lo que ocurrió cuando éramos pequeños, es posible que los

tíos no hayan sido capaces de contarte nada, no son cosas fáciles de explicar. En cualquier caso, tanto si lo sabes ya como si llegas a saberlo algún día, recuerda que papá no era malo, perdónalo, como yo lo he perdonado. Yo, desde aquí, desde este hospital de esta ciudad lejana, quiero pedirte un favor. Si lo que estoy a punto de afrontar por voluntad propia tuviera un fatal desenlace, te ruego que acojas mis despojos. He dejado disposiciones precisas ante un notario y ante la embajada italiana para que mi cadáver sea repatriado, recibirás en tal caso cierta cantidad, lo suficiente para las exequias, y una cantidad aparte como recompensa, porque el dinero no me ha faltado en la vida. El mundo es necio, Lina, la naturaleza abominable y yo no creo en la resurrección de la carne. Sí creo, en cambio, en los recuerdos y te ruego que me complazcas en lo que te pido. A unos dos kilómetros de la caseta donde pasamos nuestra infancia, entre la finca en la que trabajaba el señor Quintilio y el pueblo, tomando por una vereda a través de los campos donde en otros tiempos campeaba el letrero «Turbinas», porque conducía a la planta de desecación, pasando las compuertas, a pocos centenares de metros de un grupo de casas rojas, se llega a un pequeño cementerio. Allí descansa mamá. Quiero que me entierren a su lado, y en la lápida colocarás una ampliación de una fotografía de cuando yo tenía seis años. Es una fotografía que se quedaron los tíos, quién sabe la de veces que la habrás visto, estamos tú y yo, tú muy pequeñita, un bebé tumbado sobre una manta, yo estoy sentado a tu lado y te sujeto una mano, me han puesto un delantal y tengo los rizos recogidos con un lazo. No quiero fechas. No pongas ninguna inscripción en la lápida, te lo ruego, solo mi nombre, pero no Ettore, sino el nombre con el que firmo esta carta, con el afecto de la sangre que a ti me une, tu

GIOSEFINE

TEATRO

A don Caetano de Lancastre, que me contó una historia como esta

1

El jardín del pequeño cuartel se perdía en la masa oscura de la selva que asediaba el claro. Era una edificación colonial, con la fachada de un rosa desvaído y las persianas amarillas, que se remontaba probablemente a 1885, a la época de las escaramuzas con Cecil Rhodes, cuando podía servir de decoroso cuartel general para el comandante que controlaba la frontera occidental próxima al Zambeze. Desde 1890, cuando nuestras tropas se retiraron de la región de Nyasalandia, el cuartel no había vuelto a contar con guarnición. Lo ocupaban un capitán de complemento, que permanecía destinado allí durante todo el período de su servicio militar, y dos soldados negros con sus mujeres, dos «cipayos» entrados en años y silenciosos, cuyo único cometido, aparentemente, era el de hacer las veces de ortopédicos para los habitantes de la cercana aldea que trabajaban en la compañía maderera. El día de mi llegada hubo un frenético ir y venir de gente cojeando, por más que el capitán me tranquilizara diciendo que se trataba de una circunstancia excepcional, una pila de leña que se había desmoronado sobre los embarcaderos del Zambeze. Lo habitual era que los negros prefirieran curarse ellos solos, con métodos tribales, los sengas eran gente muy particular, lo sabía mejor que él, desde luego; y además las instalaciones médicas del cuartel dejaban mucho que desear, era inútil hacerse ilusiones. El capitán era un hombre locuaz y amable, de modales desmañados, me llamaba excelencia, debía de tener mi edad o poco más: su acento y sus formas de tratamiento, provincianas y arcaicas, revelaban su origen septentrional, de Oporto, tal vez, o de Amarante; la mandíbula tosca, la barba azulada, los ojos pacientes y humildes hablaban de generaciones de campesinos o de serranos cuya breve permanencia en el ejército no había sido capaz de borrar. Estudiaba derecho,

estaba matriculado en la Universidad de Coímbra, cuando finalizase el período de la leva africana pretendía entrar en la judicatura, aún le quedaban ocho exámenes. Para sus estudios le sobraba tiempo en aquel lugar.

Dispuso que me sirvieran un zumo de tamarindo fresco en el pequeño mirador invadido por las enredaderas y entabló una conversación cortés y llena de tacto de la que se traslucía su afán por mostrar una actitud de desenvoltura y confidencialidad que sin embargo no acababa de asumir. Se interesó con gesto compungido por mi viaje. Gracias, todo había ido muy bien, en la medida que trescientos kilómetros en camión pueden ir bien, con una carretera como la que conocía; Joaquim era un chófer excelente; hasta Tete fui en tren, como es lógico; no, el clima de Tete no era precisamente de los mejores; las noticias que tenía de Europa eran de seis días atrás, nada de particularmente interesante, diría yo; en teoría iba a permanecer allí doce meses, si es que requería tanto tiempo mi encargo, un censo preliminar del distrito de Kaniemba. Pero quizá diez pudieran ser suficientes. Gracias por el generoso ofrecimiento de ayuda, probablemente iba a necesitarla. Le estaría muy agradecido si ponía a mi disposición algún «cipayo» que supiera escribir. A propósito, ¿el cuartel disponía de archivo? Estupendo, empezariamos por ahí. ¿Que tenía cierta experiencia en archivos? Excelente, jamás me hubiera esperado una suerte semejante. Por lo demás mis conclusiones no pasarían de ser bastante aproximadas; digamos que puramente orientativas para un futuro censo que el gobierno tenía intención de llevar a cabo en la zona de Kaniemba.

Al zumo de tamarindo le siguió un aguardiente fortísimo que los «cipayos» destilaban en el cuartel y pasamos a hablar de cosas más fútiles, más amigables. La noche que empezaba a caer sobre nosotros iba llenándose de los poco tranquilizadores ruidos de la selva, los mosquitos se volvían temibles, una ligerísima brisa traía el olor acre de la maleza. El capitán mandó echar la mosquitera, encendió la lámpara de petróleo y me pidió permiso para retirarse a dar instrucciones para la cena, ¿sabría disculparle por dejarme solo?, proseguiríamos la conversación en la mesa. Le disculpé de buen grado. No me desagradaba permanecer en silencio, bajo la claridad de la lámpara, contemplando la noche. Me había parecido superfluo decírselo, pero aquel día se cumplía mi cuarto año en África. Tenía ganas de pensar en ello.

En 1934 Mozambique era una colonia poblada por gente extravagante y grandes soledades, con inquietantes sombras serviciales, presencias raras y fantasmales, figuras aventureras, improbables y fugaces. Tenía algo de los relatos de Conrad, acaso el desasosiego, la abyección y la secreta melancolía.

Había desembarcado en Lourenço Marques cuatro años atrás con una recién estrenada titulación en Ciencias Políticas y Coloniales en el bolsillo, un apellido que provocaba reverencias en las oficinas gubernamentales y el recuerdo de un breve altercado con mi padre, que aún escocía mi espíritu, a quien le parecía indecoroso, para un linaje como el nuestro, un puesto de *Chefe de circunscrição* en un país salvaje, en definitiva, de funcionario colonial. Tal vez tampoco me pareciese del todo adecuado a mí. Pero Lisboa me resultaba tan incómoda como un traje prestado: el Chiado, el café de la Brasileira, las vacaciones de verano en Cascais en la villa de la familia, las ociosas jornadas de la juventud de mi alcurnia, los caballos en el club de la Marinha, los bailes en las embajadas: todo esto se había vuelto sofocante. Pero ¿qué podía hacer, si quería vivir mi vida, con un título en Ciencias Coloniales? Tal vez el error estaba en haber emprendido esos estudios. Pero ya no había remedio. Me quedaba la disyuntiva entre el ocio de Lisboa y África. Elegí África. Me sentía solo, disponible, desapegado y tranquilo. Tenía veintiséis años.

Inhambane, después de dos años en Tete, casi me había parecido Europa, por más que fuera una ciudad somnolienta y sucia, de una belleza ajada, recorrida por gente interina. En cierto modo, el pequeño puerto comercial resguardado tras la Punta da Barra, donde hacían escala los barcos de vapor de Port Elisabeth y de Durban que se dirigían al Mar Rojo, daba todos los meses cierta ilusión de civilización, constituía un remoto enlace con el mundo. Un paseo hasta los muelles, cuando llegaban los pequeños barcos de vapor ingleses o el paquebote de línea desde Lisboa, suponía un más que humilde consuelo, pero era todo cuanto se nos deparaba: y el humo de la nave que se alejaba por el horizonte despertaba la nostalgia de una Europa tan remota como un cuento infantil, ya inestable en los recuerdos, acaso inexistente. África, con su inmanencia y su laxitud, agigantaba las distancias

y atenuaba las memorias. Los periódicos referían que en Austria el canciller Dollfuss había sido asesinado, que en Estados Unidos había diecisiete millones de desempleados, que en Alemania ardía el Reichstag. Mi padre me escribía cartas prolijas e informativas: uno de mis hermanos estaba pensando en tomar las órdenes religiosas, habían instalado el teléfono en la villa de Cascais, la causa monárquica había sufrido un duro golpe con la muerte de don Manuel. Su desaparición dejaba como aspirante al trono a un joven desconocido y extranjero, vinculado a la facción miguelista, mientras que mi familia pertenecía a la aristocracia liberal. La nueva constitución portuguesa, que tenía abierta ante mí, definía mi patria como «un estado unitario y corporativo», y un despacho del gobierno ordenaba colgar en todas las oficinas públicas la fotografía de un joven profesor de Coímbra, convertido en ministro del Consejo, de rostro despectivo y presuntuoso: António de Oliveira Salazar. Lo había colgado a mis espaldas con un vago sentimiento de desazón. Pero sobre mi mesa conservaba el retrato de don Manuel, al que me había unido un afecto casi familiar. Era una contradicción, pero África consentía a las contradicciones convivir en perfecta tolerancia. El último vapor inglés me había traído una novela de moda en Europa que se desarrollaba en la Costa Azul, pero yacía intacta sobre la mesa. Las noches de Inhambane estaban demasiado alejadas de las luces de Antibes de las que hablaban las novelas de moda. Aparentemente la vida era semejante: había bosques de palmeras, la luna era escenográfica, en el club se cenaba langosta, se amaba con pasiones intensas y volubles, la pequeña orquesta se aventuraba con el jazz, las señoras aceptaban que se les hiciera la corte con una facilidad descorazonadora. Pero todo se vivía como si fuese ajeno y lejano. África era un espacio del espíritu, una imprevisibilidad, un azar. En África todos teníamos la sensación de estar lejos, incluso de nosotros mismos.

El viaje no había resultado bueno en absoluto, al capitán no le había dicho la verdad. Se había revelado dificultoso y constelado de incidentes, entre ellos un atasco en una poza de agua que nos había robado una mañana entera.

Afortunadamente Joaquim era un mecánico de primera y conocía las carreteras a la perfección. Era un anciano mulato paciente y amable, acostumbrado a las adversidades y resignado a las desgracias, que encaraba la vida como una obligación y los inconvenientes de los caminos como una distracción del tedio del viaje.

Tumbado en la litera del camión, mientras la selva africana discurría en lo alto, volví a pensar en la varita del vicegobernador moviéndose por el mapa colgado de la pared, en su despacho de Inhambane, señalándome el itinerario más adecuado. Hacía calor, el ventilador zumbaba estruendosamente, por la ventana abierta de par en par entraban la luz del mediodía y el murmullo de un mercado mitigado por los árboles del jardín. La varita se desplazaba lentamente siguiendo la carretera apta para camiones de Tete, se desviaba hacia el noroeste, la pista del mapa no era, a esas alturas, más que un tenue hilo blanco que cruzaba el verde oscuro de la selva, sin ciudad alguna en un radio de trescientos kilómetros, el primer centro importante era Kaniemba, luego nos quedaban dos días de camión, eso si no había ninguna avería. Ahora estaba recorriendo el trayecto de la varita, para cumplir aquella orden incomprensible, acaso un poco absurda. Un censo en la región fronteriza de Kaniemba, a más de quinientos kilómetros de mi destino, una tarea que en teoría podía durar diez meses, que tenía todo el aire de un castigo y a la vez de una amenazadora advertencia. No dejaba de preguntarme por las razones que habían podido inducir a mi superior a encargarme ese cometido: volvía a ver la fotografía de don Manuel sobre mi escritorio; el proceso contra un rico colono, en el que me había constituido en parte civil, a causa de su prepotencia con sus subordinados; las amenazas de un excelentísimo personaje, cuyos manejos me había puesto indiscretamente a indagar. Tal vez tuviera que ver con algo de todo ello, o acaso con algo más que no era capaz de imaginar. Pero la cuestión es que saberlo no cambiaba mucho las cosas, a esas alturas.

El «cipayo» me trajo el tarjetón mientras nos tomábamos un café; el

capitán me estaba contando una historia muy portuguesa de miseria y nobleza. Era una tarjeta de invitación, impresa, de esas que se usan con ocasión de alguna ceremonia entre personas asiduas a una cierta vida mundana. Estaba ligeramente arrugada, con un aspecto francamente antiguo. Decía en inglés que Sir Wilfred Cotton tenía el honor de invitar a cenar a (debajo un espacio en blanco con mi nombre escrito en tinta) el jueves 24 de octubre, a las diecinueve horas. Recomendable traje de etiqueta. Se ruega confirmación.

Me quedé con el tarjetón entre los dedos. Mi expresión debía de ser de perplejidad, y la situación no era para menos. Un cuartel habitado por un militar y dos viejos «cipayos», la ciudad de Kaniemba, si es que podía llamársele ciudad, a dos días de camino, la selva más intrincada en un radio de kilómetros: y una invitación a cenar con traje de etiqueta y ruego de confirmación. Pregunté al capitán quién era Sir Wilfred Cotton. Un inglés, bueno, claro, eso ya me lo imaginaba; pero qué clase de inglés, quién era, a qué se dedicaba. Había llegado hacía pocos meses, tal vez viniera de Salisbury, al menos eso creía, vivía en un pequeño cottage en las afueras de la aldea, no tenía la menor idea de quién podía ser, llevaba una vida apartada, era un hombre ya anciano, no, digamos más bien de unos cincuenta años, o quizá un poco más, de aspecto elegante, a juzgar por su apariencia era una persona refinada.

Hice el gesto de meterme la invitación en el bolsillo, pero el «cipayo» me miraba con aire afligido, sin salir de la habitación. Le pregunté qué más quería. Resultaba que el criado del señor Cotton seguía en la puerta de la cocina, excelencia, eso es lo que quiero, saber si tengo que decirle que se vaya. Le encargaba decir a su excelencia que se permitía recordarle que el día siguiente era jueves, eso era exactamente lo que había dicho.

El cottage del señor Wilfred Cotton había pertenecido a la administración de la compañía maderera, antes de que la fábrica se trasladara dos kilómetros más al sur, hacia el Zambeze; en la columnita de madera de la entrada, bajo

una capa de pintura reciente, aún podía verse un hacha con la hoja en forma de cola de golondrina: el emblema de la compañía. Un pequeño platanal agreste lo separaba de la aldea: al fondo, en dirección al río, pasaba la carretera apta para camiones que llevaba a Tete; sobre el resto se cernían los tentáculos de la selva.

Eran las siete en punto. Cotton me estaba esperando de pie en el mirador. Llevaba una chaqueta blanca con una pajarita de seda. Me dio la bienvenida, la cena ya estaba lista, si quería hacer el favor de pasar, mi chófer podía cenar en la cocina, ahora mandaba al criado a llamarle, ¿me apetecía un aperitivo? Un mozo con pantalones negros y camisa blanca aguardaba junto a un aparador, con una botella de vino en la mano; en la mesa había un *meat-pie* recubierto de mermelada de arándanos. Fue una cena breve, agradable, distendida, con una conversación formal y neutra. ¿Tenía pensado quedarme mucho tiempo? Un año, tal vez. No me diga, confiaba en que semejante perspectiva no me aterrorizase, ¿me gustaba el sitio?, ¿moderadamente? Ya, claro, le parecía comprensible, pero el clima no estaba nada mal, ¿no creía?, la humedad era soportable. En un gramófono, en la sala de estar, sonaba quedamente Haydn.

Al llegar al té hablamos del té. El que estábamos bebiendo, tan oscuro y aromático, era una mezcla propia: hojas de Li-Cungo, de las diminutas, que dan un color intenso y contienen un alto porcentaje de teína, mezcladas con cierta variedad de Niassa, muy fragante y ligera. Un reloj de carillón dio las ocho y Wilfred Cotton me preguntó si me gustaba el teatro. Me gustaba mucho, admití con cierta añoranza, en Lisboa era muy aficionado, tal vez fuese la expresión artística de la que más había disfrutado. Mi anfitrión se puso de pie, con cierto apresuramiento, eso me pareció. Estupendo, dijo, entonces creo que esta noche tendremos función. Si hace el favor de seguirme por aquí, tendré el placer de invitarle. Lo mejor será darse prisa.

La cabaña se encontraba en el centro de la explanada que separaba el cottage de la selva. Era una amplia cabaña circular, de cañizo, como las de

los negros, pero de aspecto más robusto. En su interior, las cañas estaban blanqueadas con cal. En el centro había una pequeña tarima con un atril, y apoyado en la pared un modesto escaño: no había nada más. Wilfred Cotton me rogó que me sentara, subió a la tarima, abrió un libro que llevaba bajo el brazo y dijo: «*William Shakespeare, King Lear. Act One, Scene One. A state room in King Lear's palace.*»

Leyó, o mejor dicho declamó con una intensidad sorprendente, todo el primer acto y la mitad del segundo. Fue un Lear devastado por una mortal melancolía, pero también un bufón en el que relampagueaba el genio, cínico e hiriente. Hacia la mitad del segundo acto a su voz pareció traicionarle el cansancio, el coloquio entre Lear y Regania resultó lento, algo desmañado acaso. Pensé en levantarme, en decirle que era suficiente, Sir Wilfred, se lo ruego, deténgase, ha sido muy hermoso, pero tal vez esté usted cansado, me parece incluso algo pálido, está sudando. Pero en aquel momento habló el duque de Cornualles. Tenía una voz profunda, conturbada, repleta de presagios. «*Let us withdraw, 'twill be a storm!*», resguardémonos, dijo, se acerca una tempestad. Y de este modo recobró la tragedia su fervor, las voces se animaron, Gloucester se acercó de un salto para decir que el rey se hallaba en extremo furioso, que la noche se les echaba encima y que los vientos bramaban con violencia. Y en aquel momento la voz sombría del duque de Cornualles, como si retumbase en la amplia estancia de un palacio de techos altísimos, gritó que atrancasen las puertas, en aquella noche de tempestad, para resguardarse del huracán.

Es el descanso, dijo Wilfred Cotton. ¿Nos acercamos al foyer a beber algo?

El criado estaba aguardándonos en el mirador del cottage, donde estaban preparados los licores. Bebimos un coñac de pie, apoyados en la delgada balaustrada de madera, contemplando la noche frente a nosotros. Los monos, que durante todo el crepúsculo habían armado un alboroto espantoso, ahora dormían silenciosos en los árboles. De la selva solo nos llegaban crujidos, ruidos sofocados, algún grito de pájaro. Sir Wilfred me preguntó si la

tragedia era de mi agrado. Admití que sí. Y de la interpretación, ¿qué pensaba?, ¿prefería a King Lear o al bufón? Confesé que la interpretación del bufón me había parecido fascinante, tan agresiva y furibunda, casi demencial. Pero la verdad era que había quedado conquistado por la interpretación de Lear: tenía algo de enfermizo, como de deleznable, una languidez metafísica, una condena. Él asintió. Por eso la interpretación del bufón había sido tan histérica, alucinada, febril: porque era necesario un fuerte *comic relief* para subrayar la languidez tenebrosa de Lear. Ese Lear, dijo, el de esta noche, quería rendir un homenaje a Sir Henry Irving. ¿No lo conocía? Era normal, cuando murió tal vez yo ni siquiera hubiera llegado al mundo, Henry Irving, 1838-1905, el más grande actor shakespeariano de todos los tiempos, tenía los gestos de un rey y la voz de un arpa, Lear era su personaje más excelso, nadie podría igualarle jamás, su tristeza era tan profunda como el infierno, y no había manera de resistirse a su desgarró cuando en la tercera escena del quinto acto se llevaba las manos a las sienes como si quisiera protegerlas de un estallido interior, y murmuraba: «Se fue para siempre. Yo sé cuándo una persona está muerta y cuándo está viva... ¡Está muerta como la tierra!»

Pero quizá podamos continuar nuestra conversación en otro momento, dijo sin pausas Sir Wilfred Cotton, está a punto de empezar el tercer acto.

8

Durante seis meses, hasta finales de 1934, acudí cada jueves a las representaciones teatrales de Wilfred Cotton. Fue, uno tras otro, un desmañado Hamlet, desgarrado y cobarde, pero también un amable Laertes; un Otelo enloquecido, pero también un pérfido Yago; un Bruto atormentado y amargo, pero también un Antonio presuntuoso y despectivo. Y muchos más personajes aún, en la ficción de la dicha y del dolor, de la victoria y de la derrota, sobre la mísera tarima de la cabaña. Nuestras conversaciones nocturnas, tanto durante la cena como en el foyer, fueron siempre amables sin llegar nunca a ser amistosas, cordiales sin llegar nunca a ser confidenciales, afables sin llegar nunca a ser íntimas. Hablamos mucho de teatro, y además del clima, y de comida, y de música. Nos estimamos sin llegar a

confesárnoslo jamás, unidos por una complicidad que la explicitación habría comprometido irremediabilmente.

La víspera de mi partida, fuera de programa –era un sábado por la noche–, Wilfred Cotton me invitó a una cena de despedida. Aquella noche, en honor a una alegría que se me traslucía en el rostro a pesar de mi esmerado control, representó *A Midsummer Night's Dream*, porque dijo que esa comedia, escrita para celebrar augustas bodas, se adecuaba también para festejar mi divorcio con una parte del globo terrestre que quizá no había llegado a amar especialmente.

Nos despedimos en el teatro. Le pedí que no me acompañase hasta el camión, prefería que nos separásemos en aquel extraño lugar que había sido el espacio escénico de nuestra curiosa relación. No volví a verle nunca más.

En octubre de 1939, en mi gabinete de Lourenço Marques, cayó en mi mesa un despacho diplomático. Era una solicitud del consulado inglés de Mozambique para la repatriación del cadáver de un súbdito de Su Majestad Británica fallecido en territorio portugués. El súbdito en cuestión se llamaba Wilfred Cotton, de sesenta y dos años, natural de Londres, fallecido en el distrito de Kaniemba. Solo entonces, cuando el tácito pacto que había estipulado en otro momento ya no tenía razón de ser, la curiosidad humana se impuso en mí y me precipité al consulado inglés. Me recibió el cónsul, un buen amigo mío. Pareció sorprendido cuando le revelé mi antiguo trato con Wilfred Cotton, y pareció también ligeramente asombrado de que no supiese que se trataba de un gran actor shakespeariano, muy amado por el público inglés, desaparecido hacía años del mundo civilizado sin que nadie hubiese conseguido volver a dar con su paradero. Con una familiaridad que no era la habitual en él, el cónsul quiso revelarme asimismo las razones que habían inducido a Sir Wilfred Cotton a ir a morir a aquel remoto rincón del mundo. Considero que referirlas no añadiría gran cosa a esta historia. Eran razones generosas y nobles, patéticas acaso. No habrían desmerecido en una obra de Shakespeare.

LAS TARDES DE SÁBADO

Iba en bicicleta, dijo la Nena, llevaba un pañuelo anudado en la cabeza, lo he visto perfectamente, él también me ha visto, quería algo de aquí de casa, eso se le notaba, pero ha pasado como si no pudiese detenerse, eran las dos en punto.

La Nena llevaba entonces un aparato de metal en los dientes de arriba, que se empeñaban en crecerle torcidos, tenía un gato de pelaje rojizo al que llamaba «mi Belafonte» y se pasaba el día canturreando «Banana Boat», o preferiblemente silbándola, porque gracias a los dientes el silbido le salía de maravilla, mejor que a mí. A mamá parecía molestarle mucho, pero por lo general no la reñía, se limitaba a decirle pero deja ya en paz a ese pobre bicho, o bien, cuando se la veía melancólica y fingía estar descansando en el sillón y la Nena corría por el jardín, bajo los oleandros, donde había montado su *pied-à-terre*, se asomaba a la ventana apartándose un mechón de pelo que se le había quedado pegado a causa del sudor y, con voz cansada, no como si le estuviera reprochando nada, sino como si fuera una queja para sus adentros, una letanía, le decía pero deja ya de silbar esas tonterías, menuda ocurrencia, y además ya sabes que las niñas como es debido no silban.

El *pied-à-terre* de la Nena consistía en la tumbona de lona azul que había sido la preferida de papá y que ella había apoyado contra las dos tinajas de barro con alheñas, como si fuera una pared. Sobre el parterre que le servía de suelo había colocado todas sus muñecas (sus «amiguitas»), al pobre Belafonte atado con una correa y un teléfono rojo de hojalata, un regalo que la tía Yvonne me había hecho el año anterior por mi santo y que yo luego le había pasado. Lo cierto es que no me hizo ni pizca de ilusión, era un juguete insulso y totalmente inadecuado para un chico de mi edad, pero había que tener paciencia y ser educados, decía mamá, la tía Yvonne no tenía hijos, no porque no hubiera querido, pobre mujer, y no tenía la menor idea de cuáles eran los juguetes apropiados para un chico. La verdad es que la tía Yvonne no tenía ni idea de nada, ni siquiera de lo que se debe decir en determinadas circunstancias, siempre estaba en las nubes, llegaba tarde a todas partes y

cuando venía a casa siempre se había dejado algo olvidado en el tren, pero aun así no podemos quejarnos, decía mamá, menos mal que te has olvidado algo, porque si no, pobres de nosotros; y la tía Yvonne sonreía como una niña pillada en falta, mirando muy azorada todas las maletas que había depositado en el vestíbulo, mientras en la calle el taxi tocaba el claxon para recordarle que aún no le había pagado. Y así, a causa de ese carácter suyo, había cometido «una torpeza imperdonable», como dijo empeorando la situación mientras mamá sollozaba en el sofá (aunque después mamá la había perdonado enseguida), cuando llegó a nuestra casa después de la desgracia anunciándose con una llamada a la que había atendido el viejo Tommaso, del que se despidió diciendo mis respetos al señorito oficial, y el idiota de Tommaso nos lo refirió llorando como una Magdalena, pero qué se le iba a hacer, era un viejo chocho, aunque no es que de joven fuese particularmente despierto, eso había oído decir siempre; nos lo refirió mientras mamá hablaba con el notario en el salón, aquel día infernal en el que tuvo que pensar en todo, «en todo menos en lo que de verdad habría querido pensar, a solas con mi dolor». El caso era que hacía años que la tía Yvonne solía repetir esa forma de despedirse, era una broma que se remontaba al año cuarenta y uno, cuando papá y mamá eran novios, él estaba de oficial en La Spezia, y para las vacaciones de ella y de la tía Yvonne había alquilado un chalecito en Rapallo cuya propietaria era una señora muy redicha que no perdía ocasión para poner de manifiesto sus orígenes aristocráticos, bastante discutibles por otro lado, y a la que le gustaba entablar conversación mientras regaba el jardín cuando mamá y la tía Yvonne estaban en la terraza tomando el fresco, y al despedirse decía siempre mis respetos al señorito oficial, lo que hacía partirse de risa a la tía Yvonne, quien se apresuraba a apartarse de la terraza para desahogarse como una loca.

De modo que mamá, en aquellas tardes de verano, derrumbada en el sillón con los ojos tapados por un pañuelo, cuando oía a la Nena silbar «Banana Boat» suspiraba y lo dejaba correr. Pero qué quieres, pobre tesoro, le había oído decir a la tía Yvonne, si no es feliz a su edad cuándo quieres que lo sea, déjala en paz. Y mamá, con los ojos relucientes, había asentido retorciéndose las manos.

La tía Yvonne había venido a despedirse a principios de mayo, sumando

una expresión afligida a su aire de despiste, había dicho cariño mío, ya me entiendes, no nos queda más remedio, qué se le va a hacer, Rodolfo ya no puede seguir aquí, ya sabes que todos se le han echado encima como buitres, no pasa un día que no aparezca en las páginas de economía, así no se puede vivir, ni que fuera el presidente del Banco de Italia, y además, sabes, ese cargo en Suiza es muy prestigioso, hijos no hemos tenido, para desgracia nuestra, su única satisfacción a estas alturas es su carrera, no puedo obstaculizar lo que da sentido a su vida, sería *inhumano*, además Lausana no está en la otra punta del mundo, ¿verdad?, una vez al año por lo menos nos veremos, mejor dicho en septiembre sin ir más lejos estaremos aquí, y cuando queráis venir vosotros nuestra casa estará abierta. Era un domingo por la mañana. Mamá se había puesto un velete negro, porque ya estaba lista para ir a misa, permanecía inmóvil en una silla con la mirada fija hacia delante, sin ver a la tía Yvonne sentada frente a ella, sin ver el buffet del salón que estaba detrás de la tía Yvonne, y asentía con la cabeza lentamente, con calma y resignación, y con un aire de comprensión y de ternura.

Los domingos se habían vuelto mucho más tristes, sin las visitas de la tía Yvonne. Cuando venía, había por lo menos un poco de movimiento, de jaleo incluso, porque aparecía de repente y el teléfono no dejaba de sonar mientras estaba en casa, e incluso después; además, solía ponerse un delantalito de cocina que nos hacía mucha gracia sobre la ropa de gran señora que llevaba siempre –largas faldas de seda, blusas de chifón, el elegante sombrerito con la camelia de organza– y con esas pintas proclamaba que nos iba a preparar algún manjar francés, una mousse Versailles, por ejemplo, dado que en nuestra casa la comida era «de una obviedad espeluznante». Al final lo que pasaba era que, en el último momento, mamá tenía que recurrir a la obviedad espeluznante, chuletas de ternera al limón y guisantes con mantequilla, porque entre una llamada telefónica y otra la tía Yvonne no terminaba la mousse hasta las cuatro de la tarde, y la Nena y yo, impacientes, rondábamos por la cocina sisando bastoncitos de pan y taquitos de queso. Pero, a pesar de todo, aquel alboroto nos daba al menos un poco de alegría, aunque después a mamá le tocase lavar seis o siete pírex; en cualquier caso, la mousse quedaba para el día siguiente, y era realmente exquisita.

Durante todo mayo y parte de junio los días pasaron bastante deprisa.

Mamá estaba de lo más ocupada con sus azaleas, que aquella primavera iban muy retrasadas, parecían reacias a manifestarse, como si ellas también hubieran sufrido con toda la familia, las flores son muy sensibles, decía mamá removiendo el mantillo, se dan cuenta perfectamente de todo lo que pasa, son sensitivas; y yo me afanaba como podía con la tercera declinación, especialmente con los parisílabos y los imparisílabos, era incapaz de acordarme de los que acababan en *um* y de los que acababan en *ium*, la profesora había dicho este niño empezó con mal pie desde principios de curso, confunde todas las declinaciones, y además qué quiere usted, estimada señora, el latín es una lengua exacta, es como las matemáticas, hay a quien se le dan bien y a quien no, su hijo va mucho mejor haciendo redacciones, de todas formas puede compensarlo a base de estudio. De modo que me había pasado todo el mes de mayo tratando de compensar, pero evidentemente no había compensado lo suficiente.

Junio transcurrió sin más. Las azaleas acabaron floreciendo, aunque no tan majestuosas como el año anterior, mamá estuvo muy ocupada construyéndoles un pequeño invernadero con esteras, porque había que tener cuidado con el sol, podía marchitarlas en un abrir y cerrar de ojos, y colocó las macetas al fondo del jardín, al pie de la tapia, donde no daba el sol hasta después de las cinco. El pobre Tommaso se afanaba como un poseso, a pesar del temblor en las manos y el paso, que ya no era el de antes: procuraba ser útil en todo lo que podía, cortaba la hierba con la podadera, oscurecía de rojo las tinajas de los limoneros de la terraza, intentó incluso sulfatar la pérgola de moscatel frente a la puerta de la cochera, que estaba infestada de parásitos. Pero los resultados dejaban que desear y él se daba cuenta, parecía aterrorizado, sin motivo por lo demás, pero no había manera de que lo entendiera, y se pasaba el día repitiéndole a mamá que no le mandase al asilo, por amor del señorito oficial a quien él había querido como a un hijo, porque en el asilo le meterían en una cama y le harían hacer pis en una chata, se lo había dicho un primo suyo al que iba a ver los domingos, y antes que eso prefería morirse, no había llegado a casarse, la última en verlo desnudo había sido su madre cuando él tenía catorce años, y la idea de una señorita que le hacía hacer pis en una chata le horrorizaba. Entonces a mamá se le ponían los ojos brillantes, le decía pero no digas tonterías Tommaso tú morirás aquí esta

es tu casa, y Tommaso hubiera querido besarle las manos, pero mamá se retraía y le decía que se dejase de tantas historias, que bastantes penas tenía ella ya y que se dedicara más bien a extirpar toda aquella gramínea que había echado raíces bajo las alheñas y acabaría matando todas las plantas.

Los días peores llegaron a finales de julio, cuando estalló un bochorno como no se recordaba desde hacía años, según decían. Por la mañana, más o menos, era soportable, yo me ponía los patines y hacía un poco de ejercicio por el caminito de ladrillos que iba desde la puerta de la casa hasta la verja, mamá estaba ocupada con la comida, a veces hasta tenía encendida la radio, y eso era ya una buena señal, aunque solo programas en los que se hablaba, como las noticias o *Los oyentes nos escriben*, y si ponían canciones cambiaba enseguida de emisora. Pero después de comer las horas se volvían sofocantes y monótonas, henchidas de melancolía y de silencio, incluso el zumbido lejano de la ciudad se apaciguaba, parecía como si sobre la casa y el jardín hubiera descendido una campana de cristal empañado en la que las únicas supervivientes eran las cigarras. Mamá se sentaba en la butaca del salón con un pañuelo húmedo sobre los ojos y reclinaba la cabeza sobre el respaldo, yo me sentaba ante el pequeño escritorio de la antesala de mi cuarto, desde donde podía verla si estiraba el cuello, procurando grabar en mi memoria *nix-nivis* y *strix-strigis* para ver si aprobaba en septiembre, y a la Nena la oía trajinar en su *pied-à-terre* canturreando «Banana Boat» o bien chancletear por el caminito mientras llevaba de paseo a su Belafonte hasta la verja, pobre animal, y le susurraba salgamos a ver un rato el mundo, cariñito: como si delante de nuestra casa hubiera quién sabe qué. Pero el paseo a aquellas horas estaba completamente desierto, si bien no es que a otras horas estuviese muy transitado. Al otro lado de la calle, detrás de la explanada donde surgían los primeros chalecitos, se veía la ciudad, inmersa en una niebla temblorosa, y a la izquierda el paseo moría en los campos amarillos salpicados de árboles y de caserones aislados. Hacia las cinco, aunque no todos los días, pasaba el carrito del heladero con un cajón en forma de góndola en el que estaban dibujados una vista de San Marcos y el letrero ESPECIALIDADES VENECIANAS. Era un hombrecillo que pedaleaba afanosamente, tocaba una corneta de latón para llamar la atención y bramaba a voz en grito: «¡Dos cucuruchos, cincuenta francos!» Y luego, por lo demás, reinaban el silencio y la soledad.

Desde que mamá, después de lo que había pasado, empezó a cerrar la verja con llave para que no pudiese entrar nadie y nosotros no pudiésemos salir, hasta ver al heladero era mejor que nada. Mi profesora había dicho que lo más oportuno era que recibiese clases particulares, pero mamá había contestado que le parecía un poco complicado, llevábamos todos una vida muy retirada, confiaba en que la entendiera, y que de no haber sido por los repartidores habría mandado quitar incluso el teléfono, lo conservaba solo porque lo necesitaba para eso o por si alguna vez alguien se encontraba mal, y en realidad lo tenía descolgado todo el día porque no soportaba los timbrazos. Precaución tal vez excesiva, porque, la verdad, ¿quién quería que llamase desde que la tía Yvonne se había ido a vivir a Lausana?

La Nena se había tomado peor que yo esa nueva costumbre de mamá de no salir nunca, pues ella no tenía la suerte de poder ocupar las tardes con los plurales en *ium*, no tenía nada que hacer, la pobre, en primaria no te dejan para septiembre, y durante un rato procuraba matar el tiempo en su *pied-à-terre* o arrastrando de la correa a su Belafonte hasta la verja para ver algo de mundo, pero luego se hartaba, y hasta se le pasaban las ganas de cantar «Banana Boat» y se acercaba de puntillas hasta mi ventana y me decía me aburro, ven un rato a mi *pied-à-terre* a jugar a las visitas, yo seré la señora y tú el arquitecto que me hace la corte. Yo le pedía que se fuera en voz baja para no molestar a mamá, y cuando se ponía pesada le decía *strix-strigis strix-strigis*, que era un insulto, ella lo entendía perfectamente y se alejaba con aire furibundo sacándome la lengua.

Pero mamá no estaba durmiendo y yo lo sabía. Me había dado cuenta de que a veces lloraba en silencio, con la cabeza reclinada, veía dos lágrimas que le resbalaban por las mejillas, bajo el pañuelo que cubría sus ojos; y las manos sobre el regazo, inmóviles aparentemente, temblaban con un estremecimiento imperceptible. Entonces cerraba mi gramática latina, me quedaba un rato con la mirada perezosamente clavada en la Minerva color sepia de la cubierta y luego me escabullía hacia el jardín por la puerta con mosquitera de la trascocina, en la zona de la cochera, para que la Nena no me enredara en esos estúpidos juegos suyos en los que me tocaba hacer de arquitecto. Por aquel lado la hierba estaba bastante alta, porque Tommaso no había podido cortarla aún, y me gustaba pasear por allí, inmerso en aquel

bochorno pegajoso, sintiendo cómo los hierbajos me acariciaban las piernas desnudas, hasta la red metálica del murete que lindaba con campo abierto. Iba en busca de lagartijas, que habían hecho sus nidos por aquella zona y que tomaban el sol inmóviles sobre las piedras, con la cabeza erguida y los ojitos fijos en el vacío. La verdad es que habría podido cazarlas con un lazo de junco que me había enseñado a hacer un compañero de escuela, pero prefería observar aquellos cuerpecitos incomprensibles y celosos ante el menor ruido, como absortos en una plegaria indescifrable. A menudo me entraban ganas de llorar y no sabía por qué. Se me caían las lágrimas sin que pudiera hacer nada, aunque no era por el latín, eso desde luego, los parisílabos y los imparisílabos ya me los sabía de memoria, en el fondo mamá tenía razón, para cosas así no hacía falta ir a clase y salir de casa, bastaba con un poco de estudio. Solo que me entraban ganas de llorar y entonces me sentaba sobre el murete mirando a las lagartijas y pensando en los veranos precedentes. El recuerdo que más me hacía llorar era una imagen: papá y yo en un tándem, él delante y yo detrás, mamá y la Nena en otro tándem con el que nos seguían gritando esperadnos, de fondo el pinar oscuro de Forte dei Marmi y ante nosotros el azul del mar, papá llevaba pantalones blancos y el primero en llegar a los baños Balena era el primero en tomarse un helado de arándanos. Y entonces no conseguía contener los sollozos y tenía que taparme la boca con las manos para que no me oyera mamá, mi voz sofocada era un borboteo apagado que se parecía al ronroneo de Belafonte cuando se negaba a ser arrastrado de la correa; y la saliva, mezclada con las lágrimas, empapaba el pañuelo que me metía desesperadamente en la boca, y entonces empezaba a morderme las manos, pero muy muy despacio, con mordiscos pequeños, qué extraño, y en ese momento todo se confundía y sentía en el paladar, agudo, nitidísimo, con un aroma inequívoco, el sabor del helado de arándanos.

Solo ese sabor conseguía que me calmara, me sentía repentinamente exhausto, sin fuerzas ya para llorar, para moverme, para pensar. A mi alrededor, entre la hierba, zumbaban los mosquitos y se paseaban las hormigas, era como si estuviera en un pozo, sentía dentro del pecho un peso enorme, ni siquiera podía tragar y me quedaba contemplando por encima de los setos la costra de calor que enturbiaba el horizonte. Después, lentamente, me levantaba y volvía a la cocina. Mamá seguía simulando que dormía en el

sillón o quizá se hubiera quedado dormida de verdad. Oía a la Nena que regañaba a su Belafonte, le decía mira que eres bobo, será posible que no te des cuenta de lo precioso que es este lazo, por qué te empeñas en estropearlo, so bobo, ya les gustaría tenerlo a muchos gatos. Subía la mosquitera de la ventana y la llamaba en voz baja, pss pss Nena entra en casa que vamos a merendar, quieres pan con requesón o prefieres mermelada, voy a abrir un tarro. Y ella venía corriendo de lo más contenta, dejando plantado a Belafonte, que intentaba en vano quitarse el lazo del cuello, muy satisfecha de que por fin me hubiese acordado de ella, con la esperanza quizá de poder convencerme de que hiciera de arquitecto.

Por lo general, mamá no daba señales de vida hasta las seis, paseaba por la casa poniendo en orden lo poco que había que poner en orden, qué sé yo, desplazando algún adorno dos o tres centímetros, alisando un centro de mesa de encaje que se había arrugado debajo de un jarrón. Luego iba a la cocina, fregaba los platos que no se había sentido con ánimos de lavar después de comer y se disponía a preparar la cena, pero sin prisas, total, no tenía nada más que hacer el resto de la tarde, Tommaso no volvería antes de las diez, le darían un plato de sopa en el asilo donde ahora se pasaba el día entero porque su primo no se encontraba bien y las señoritas le permitían estar a su lado todo el rato, es más, si alguien barre por ellas, vamos, encantadas, había dicho mamá con desprecio.

Era la parte más agradable de todo el día, por lo menos estábamos con mamá, por fin hablábamos un poco, y aunque conversaciones de verdad no es que fueran, siempre había alguna pequeña satisfacción. Por ejemplo, la radio, que se podía encender, y aunque emitieran canciones mamá no cambiaba de emisora, con tal de que la pusiéramos baja, porque la Nena imploraba anda mamá por favor un poquitín de música, y no había quien resistiera cuando ponía aquella voz entre zalamera y desconsolada. Pero yo prefería a un señor que hablaba de todo el mundo, citaba las capitales que aparecían en mi libro de geografía, ¡cómo me gustaba oírle!, decía hoy en París el general De Gaulle en las consultas sobre el problema de Suez... y yo cerraba los ojos y veía la Tour Eiffel de mi libro, esbelta y completamente agujereada, las pirámides y la esfinge con el rostro corroído por el tiempo y por el polvo del desierto.

En la cama me costaba conciliar el sueño. Me quedaba con los ojos abiertos mirando fijamente la claridad del recuadro de la ventana, escuchando la respiración regular de la Nena que dormía tranquila. Antes de acostarse mamá venía de inspección porque Belafonte se escondía a menudo bajo la cama de la Nena y luego durante la noche dormía acurrucado a sus pies y mamá decía que no era higiénico. Pero Belafonte, a esas alturas, siempre se salía con la suya porque había entendido el mecanismo y no salía de debajo de la cama hasta que en la casa reinaba el silencio. Yo no decía nada, aunque Belafonte no me gustara, porque era evidente que a la Nena le hacía falta un poco de compañía. Así, en la oscuridad de la habitación, mientras la Nena dormía y Belafonte ronroneaba o arañaba la sábana con las uñas, me quedaba escuchando el ruido de los trenes que salían de la ciudad y silbaban. Me imaginaba a menudo que me iba. Me veía montando en uno de esos trenes en plena noche, a escondidas, cuando el convoy aminoraba la marcha a causa de las obras en el balasto. Llevaba conmigo un minúsculo equipaje, mi reloj de agujas fosforescentes y mi libro de geografía. Los pasillos tenían una alfombra mullida, los compartimentos estaban tapizados de terciopelo rojo con reposacabezas de tela blanca, reinaba un olor a tabaco y a tapicería, los escasos viajeros dormían, las luces eran débiles y azuladas. Me instalaba en un compartimento desierto, abría mi libro de geografía y decidía ir a una de aquellas fotografías, a veces *La ville lumière vista desde lo alto de Notre-Dame*, a veces *El Partenón de Atenas visto al crepúsculo*; pero la fotografía que más me atraía era el puerto de Singapur, que bullía de bicicletas y de gente con sombreros cónicos sobre un fondo de casas de líneas extravagantes. Me despertaban los vapores de calor de un amanecer neblinoso, el primer sol que dibujaba en el suelo, a través de los listones de la persiana, una escalinata amarilla que subía de través sobre los ribetes de la colcha de la Nena.

No me apetecía en absoluto levantarme, sabía que estaba a punto de empezar un día idéntico a los demás: aceite de hígado de bacalao, pan con mantequilla y mermelada, café con leche, una mañana perdida esperando la comida y por último la tarde interminable, mi latín, mamá que dormitaba en el salón, la Nena que canturreaba «Banana Boat» en el *pied-à-terre* llevando a rastras a Belafonte. Todo esto hasta aquella tarde en que la Nena cruzó corriendo el jardín, se asomó a la ventana del salón, llamó mamá mamá, y

dijo aquella frase. Era un sábado por la tarde. Me acuerdo del día porque el sábado por la mañana venía el repartidor del colmado, aparcaba la furgoneta frente a la entrada de la verja y descargaba lo que mamá le había encargado por teléfono. Esa mañana precisamente había traído también los flanes de caramelo que a la Nena la volvían loca, también a mí me habría gustado comérmelos, pero procuraba contenerme porque después me dolía la caries de la muela y me tocaba esperar a septiembre para ir al dentista, porque en septiembre la tía Yvonne vendría a pasar una semana con nosotros y ya se encargaría ella, ni pensar siquiera en que mamá se sintiese con ánimos para bajarme a la ciudad, por el momento. Yo estaba concentrado repasando *Iuppiter-Iovis*, que tenía una declinación infame, aunque por suerte le faltaba el plural, de modo que en un principio casi ni oí la frase, además la Nena venía a menudo para molestarme o para distraer a mamá con frases del estilo venid corriendo Belafonte se ha hecho daño, o mamá, cuando sea mayor, ¿podré teñirme el pelo de color azul como la tía Yvonne?, y si le hacías caso estabas perdido, se ponía de lo más pesada y no había quien la parase, lo mejor era desanimarla desde el principio haciendo como si no la oías. Así que aquella vez pasó un minuto quizá antes de que me diera cuenta de lo que había dicho. Tenía la cabeza entre las manos y estaba repitiendo desesperadamente el ablativo, la frase de la Nena me pareció una de sus tonterías de siempre. Pero de repente sentí una llamarada de calor que me subía hasta la frente, después empecé a temblar y me di cuenta de que mis manos temblaban sobre la Minerva de mi gramática latina, que se había cerrado sola.

No sé durante cuánto tiempo permanecí inmóvil, con las manos inertes sobre el libro, incapaz de levantarme. Me parecía como si una campana de cristal hubiese descendido sobre la casa y la hubiese sumergido en el silencio. Desde mi mesa podía ver a mamá, que se había levantado del sillón y estaba apoyada en el alféizar de la ventana, muy pálida, el pañuelo se le había caído al suelo, se sujetaba en el alféizar como si fuera a caerse y la veía mover la boca mientras hablaba con la Nena, pero por un extraño sortilegio no oía nada, sus labios, que se movían lentamente, me parecían la boca de un pez agonizante. Después hice un movimiento brusco, la mesa con la que había tropezado mi rodilla gimió sobre el solado y fue como si hubiese accionado

un interruptor: el sonido volvió a mi alrededor, oí de nuevo el concierto de las cigarras en el jardín, el silbido de un tren en la lejanía, el zumbido de una abeja que se ensañaba con la mosquitera y la voz inexpresiva de mamá, automática y distante, que decía ahora entra en casa, cariño, hace demasiado calor, es preferible que te eches una siesta, no puedes estar fuera con este bochorno que sienta muy mal a los niños.

Fue una tarde de lo más extraña. La Nena se resignó sin hacer caprichos a echarse a descansar en el sofá, algo que jamás había ocurrido, y cuando se despertó se quedó tranquila en la cocina pintando. Yo aquel día no conseguí estudiar latín, por mucho que lo intentase. Me esforzaba por concentrarme en los adjetivos de tres terminaciones, y los repetía con tozudez; pero mi mente estaba lejos, corría como loca tras aquella frase de la Nena que tal vez fuera un equívoco mío, que sin duda era un equívoco mío, que mamá me habría dicho que era un equívoco, de habérselo preguntado. Pero el caso es que no tenía ningunas ganas de preguntárselo.

El lunes llegó una carta de la tía Yvonne y poco faltó para que nos echásemos a llorar. Al final no vendría a vernos en septiembre, como nos había prometido al irse. Rodolfo y ella se iban a Chamonix, no porque le gustase Chamonix, «qué va, yo la montaña no la soporto, me pone melancólica, pero es que aquí en verano va todo el mundo, todo el mundo por decirlo de alguna manera, ya sabéis, los compañeros de trabajo de Rodolfo, y aquí si no haces un mínimo de vida social, quiero decir si no te dejas ver un poco, te miran como si fueses un mico, ya con los italianos tienen complejo de superioridad, si encima les das a entender que no te gustan los sitios chic estás listo, nadie vuelve a mirarte a la cara, casi casi era preferible Roma, aparte de los incordios y del sueldo, pero por lo menos hacía sol, no este clima, que es horroroso...».

Tal vez fuera a causa de esa carta por lo que empezaron los silencios de mamá, o a lo mejor por esa estupidez que había dicho la Nena, quién sabe, aunque es más probable que por la carta. No es que mamá estuviese sombría ni tampoco melancólica. Más bien estaba ausente, se veía que algo ocupaba sus pensamientos, le decías perdona mamá ¿puedo tomarme el flan de caramelo que ha sobrado de la comida?, o cualquier otra cosa, y ella no te respondía, al cabo de unos minutos decía ah, ¿qué me preguntabas?, y su

mirada estaba fija en la lejanía, más allá de la ventana de la cocina, en el paseo que moría en los campos, como si fuera a venir alguien. Y tú le repetías la misma pregunta de antes, te había pedido el flan que ha sobrado, mamá, pero tampoco esta vez llegaba la respuesta, solo un vago gesto en el aire que podía querer decir es igual haz lo que quieras, ¿no ves que estoy pensando en otra cosa?, y así hasta que se te acababan quitando las ganas de algo dulce, porque ¿qué sentido tenía ya tomarse el flan de caramelo?, era mejor irse a estudiar latín para tener la cabeza ocupada.

La cuarta declinación me la aprendí a la perfección. Es verdad que no presentaba las mismas dificultades que la tercera, vamos, que ni comparación, lo decía también la advertencia del primer párrafo: «la Cuarta Declinación no presenta particularidades de ningún tipo, salvo raras excepciones que conviene aprender de memoria, véase a este respecto el párrafo cuatro», y casi casi echaba en falta la tercera declinación, así esa semana habría tenido al menos algo realmente difícil que aprender y me habría distraído un poco, pero con aquella estúpida *domus-domus* no hacía más que pensar en la frase de la Nena, en la tía Yvonne, que al final no iba a venir, y en los silencios de mamá. Escribía breves frases en mi cuaderno al estilo de *silentium domus triste est*, que luego tachaba con muchas crucecitas pegadas una a otra, como una alambrada, era un método que me había enseñado mi compañero de pupitre –él lo llamaba tachadura reticular– y me gustaba mucho.

La Nena, después de aquel día excepcional en el que se había echado una siestecita después de comer, había reanudado sus costumbres y se pasaba otra vez las tardes en el *pied-à-terre*, pero ya no cantaba «Banana Boat», se había dado cuenta de que no era lo más adecuado. Y ya no se acercaba a la ventana a molestarme o a invitarme a jugar al arquitecto que la cortejaba. Se había resignado a estar sola en el jardín, quién sabe cuánto debía de aburrirse, pobre Nena, de vez en cuando, escudriñando a través de la mosquitera de la ventana, la veía empeñada en peinar a Belafonte con un enorme peine rosa que le había llegado de Lausana junto con unos bigudíes y un secador de pelo a pilas que soltaba aire caliente de verdad, en una cajita en la que estaba representada una muñeca llena de rizos con el letrero *La petite coiffeuse*. Pero jugaba cansinamente, como sin ganas, y quién sabe cuánto le habría gustado

venir a pedirme que hiciera de arquitecto. Y también a mí, a veces, me habría gustado cerrar aquel estúpido libro, acercarme hasta donde estaba y decirle he decidido ser el arquitecto que te corteja, venga, vamos a jugar, no estés tan callada, por qué no cantas un rato «Banana Boat», así me pongo alegre; y en cambio me quedaba con la barbilla apoyada en la palma de la mano mirando la lejana campiña tremolante bajo el aire denso del verano.

Pero al sábado siguiente volvió a ocurrir. Eran las dos de la tarde, mamá estaba en el sillón con las persianas bajadas, yo estaba haciendo un ejercicio titulado *Domus Aurea*, repleto de adjetivos de terminaciones referidas a sustantivos de la cuarta declinación, un suplicio. La Nena debía de estar cerca de la puerta de la verja, tal vez hubiera sacado a Belafonte a dar un paseo, la había perdido de vista hacía unos minutos. La vi llegar jadeante, asomó por una esquina de la casa, por el lado del mirador, luego se detuvo aturullada, miró hacia atrás, echó a correr muy deprisa otra vez, se paró, volvió a mirar atrás. El ruido de la gravilla bajo la suela de sus sandalias era el único sonido en el silencio de la sobremesa. Al principio pareció indecisa sobre qué ventana escoger, acabó descartando la ventana de mamá, tal vez porque las persianas estaban completamente cerradas, se acercó a mi ventana, me llamó, pero no pronunció mi nombre, tan solo decía escucha escucha, por favor escucha; y tenía una voz implorante, pero no como cuando se ponía caprichosa, ahora era completamente distinta, nunca la había oído así, a la Nena, era como si estuviese llorando sin llorar.

No sé por qué no me acerqué a la ventana. O, mejor dicho, lo sabía perfectamente porque lo sentía. Comprendí, con una enorme sensación de vacío y de desconcierto, lo que iba a decirme, y sabía que lo que iba a decirme me resultaría insoportable, no me sentía capaz de escucharlo, quizá empezara a gritar y a pegarle salvajemente, a tirarle de esas estúpidas trencitas de las que tan orgullosa se sentía, y después me echaría a llorar sin recato, sin miedo ya a que me oyeran, sollozando como quería. Permanecí en silencio, conteniendo la respiración. Estábamos muy cerca, a escasos centímetros, solo nos separaba la mosquitera de la ventana. Pero la Nena no llegaba al alféizar y no podía mirar hacia dentro. Confié con todas mis fuerzas en que me creyera dormido y toqué el metal del tintero con el calendario, como hacía cada vez que deseaba que ocurriese algo, como

conjuro. La Nena se calló, oía su respiración profunda y agitada, después, por el ruido de sus pasos sobre la gravilla comprendí que se estaba dirigiendo hacia la puerta del mirador. Descalzo, evitando hacer el menor ruido, fui hasta la ventana y cerré los postigos. Dejé entreabierta la puerta del pasillo, una rendija apenas, y me tumbé en la cama. Desde aquella posición podría oírlo todo, aunque hablaran en voz baja. Si me acercaba a mirar por la rendija de la puerta podría ver a mamá en el sillón, pero prefería no arriesgarme a que me vieran a mí, me bastaba con escucharlas, por más que ya lo supiera todo.

Mamá esta vez lloró. Tal vez fuera incapaz de contenerse, no sé, a lo mejor le pilló en un momento de mayor debilidad, el caso es que no fue como la primera vez, que había reaccionado casi con indiferencia. Atrajo a la Nena entre sus brazos y le dijo tesoro mío, y luego la apartó de nuevo y se secó las lágrimas profiriendo pequeños sollozos ahogados, como cuando uno traga algo. Y luego le preguntó si yo lo sabía y la Nena le dijo que estaba durmiendo, pues mejor, dijo mamá, déjalo en paz, está muy ocupado con el latín, pobrecillo, se pasa el día entero estudiando. Y luego suspiró pero ¿por qué me cuentas esas cosas, Maddalena, es que no te das cuenta de lo mucho que mamá sufre? Yo hundí la cara en la almohada para que no me oyesen, me llegaba atenuado el parloteo de la Nena, pero total ya sabía lo que le estaba contando, le decía porque sí, porque es así mamá te lo juro, iba en bicicleta, llevaba un pañuelo anudado en la cabeza, quería algo de aquí de casa, eso se le notaba, le he visto perfectamente, también él me ha visto, pero ha pasado como si no pudiera detenerse, créeme mamá por favor.

No sé cómo transcurrió aquella semana. Deprisa, eso es, transcurrió muy deprisa. Tenía que haber hecho un ejercicio de recapitulación de todas las excepciones, pero lo dejé correr. Lo que me salía en la página eran garabatos, borrones absurdos tras los que me perdía, reticulados con los que tachaba una frase que se me venía a la cabeza una y otra vez, obsesivamente: la Nena, el sábado próximo, le llevará un sombrero y una nota de mamá. Hasta había traducido al latín aquella frase, y en aquella lengua me parecía aún más extravagante, como si la extrañeza de la lengua subrayase lo absurdo de su significado, y me daba miedo. Pero a ellas no les dije nada, ni di a entender que lo había entendido todo. Aparentemente mi comportamiento era el de

siempre: por la mañana regaba las azaleas de mamá, a esas horas el jardín era muy agradable, se notaba aún el frescor nocturno, los pájaros saltaban de rama en rama entre los oleandros y las cigarras todavía no habían arrancado su plañido, la ciudad se veía nítidamente en la atmósfera tersa, a nuestro alrededor flotaba algo dichoso y ligero. Después de comer ayudaba a mamá a recoger la mesa, como siempre, y cuando acababa decía voy a hacer deberes, entraba en mi habitación, cerraba la puerta de la antesala, entornaba los postigos y me tumbaba sobre la cama mirando al techo donde los listones de las contraventanas dibujaban un arco iris en claroscuro. No tenía ganas de pensar, se me cerraban los ojos pero no me quedaba dormido, bajo mis párpados pasaban las imágenes más dispares, yo que llegaba al puerto de Singapur, qué curioso, era idéntico a la fotografía de mi libro, lo único distinto era que dentro de esa fotografía también estaba yo. Y enseguida llegó el sábado.

Yo aquella mañana no dije nada, no hice nada, procuré que se me viese lo menos posible. Mamá estaba en la cocina, y yo me quedaba en el salón, ella entraba en el salón y yo me iba al jardín, la Nena salía al jardín y yo me iba a mi cuarto. Pero ellas se comportaban así solo para que viera que su actitud era normal, lo que era una complicación horrible, porque me obligaban precisamente a hacer como si no me hubiera dado cuenta de nada. El peor momento de ese juego del escondite fue cuando entré de repente en la cocina pensando que ambas estaban fuera y sorprendí a mamá mientras le daba un papel a la Nena. La muy idiota se puso coloradísima y escondió el papel detrás de la espalda, pero todo resultó tan evidente que no podía fingir no haberme dado cuenta, pues de lo contrario sí que hubieran recelado, por lo que tuve que recurrir a un paripé vergonzoso y dije como quien no quiere la cosa es inútil que escondas las cartas de la tía Yvonne, ya sé que te escribe a ti y a mí no, siempre has sido su preferida; y entonces mamá dijo venga no os peleéis por celos que entre hermanos es un pecado mortal, y yo sentí un gran alivio, pero tenía la camisa pegada por el sudor.

Nada más acabar de comer dije que me iba a echar una siesta, que sentía una enorme pereza encima, debía de ser el bochorno, y mis palabras fueron recibidas con mucha comprensión. Desde mi cama las oía trajinar en la cocina, pero no era más que una puesta en escena, en realidad hablaban muy

bajito, oía un parloteo ininteligible, en cualquier caso me era indiferente, no tenía el menor interés en descifrar lo que decían.

La Nena salió a las dos menos cuarto exactas, justo cuando el reloj de péndulo daba el primer toque y luego los tres toques seguidos del minuto cuarenta y cinco. Oí el rechinar de la puerta de tela metálica de la cocina y el trotecillo ligero que se alejaba sobre la gravilla hacia la cancela de la verja. Y eso me provocó una ansiedad angustiosa, porque me di cuenta de que yo también me hallaba a la espera, y eso tenía algo de absurdo y de atroz a la vez, como un pecado. El péndulo dio dos toques y yo empecé a contar uno dos tres cuatro cinco seis siete ocho nueve diez. Sentía que no había cosa más estúpida que pudiera hacer, pero no podía impedírmelo, y mientras pensaba en lo absurdo de aquella cuenta seguía contando para marcar los segundos, como si fuese un conjuro, una especie de protección: contra qué, no lo sabía, o mejor dicho no tenía el valor de confesármelo. Cuando llegué a ciento veinte oí los pasos de la Nena. Los distinguí mientras aún estaba lejos, al comienzo del sendero, a la vuelta evitaba la gravilla pero yo la oí igualmente y me levanté empapado en sudor, de puntillas, y a través de los listones de las contraventanas la vi avanzar lentamente, con la mirada gacha, tenía en la cara una expresión de tristeza como nunca le había visto, ella que siempre estaba tan alegre, en una mano sostenía un sombrero y en la otra una hoja de papel que martirizaba entre el índice y el pulgar. Entonces volví a la cama y me quedé dormido.

Y fue como si me despertase al sábado siguiente. Porque aquella semana transcurrió rapidísima en su lentitud, forrada de silencio, entrelazada por las miradas que la Nena y mamá se intercambiaban, mientras yo procuraba estar presente lo menos posible, con la excusa de que los ejercicios de recapitulación me tenían ocupado toda la tarde. Pero en realidad no me tenían ocupado en absoluto, porque mi cuaderno estaba lleno de reticulados.

El sábado siguiente por la mañana mamá hizo raviolis con requesón. Hacía mucho tiempo que no comíamos raviolis con requesón, casi los teníamos olvidados, hacía meses que solo comíamos platos de una obviedad espeluznante. Mamá se levantó prontísimo, yo me desperté a las seis y oí que se movía despacio en la cocina, trabajando. Fue una mañana agradable. Cuando la Nena y yo nos levantamos encontramos la mesa cubierta de tiras

de pasta, listas ya para ser recortadas con el molde en forma de concha, que luego había que rellenar de requesón. Tuvimos que tomar el café con leche en la mesita de la radio, luego corrimos a cortar la pasta, mejor dicho, era la Nena quien la recortaba con el molde, yo la rellenaba con una cuchara y se la pasaba a mamá, que se encargaba de cerrarla por los bordes con un pequeño doblez y una ligera presión de los dedos, con mucho cuidado, porque si se apretaba con demasiada fuerza el relleno se salía y adiós al ravioli.

Hoy estamos de celebración, dijo mamá, es un día especial. Y entonces yo, sin saber exactamente por qué, sentí de nuevo aquella llamarada de calor dentro del pecho que había sentido cuando la Nena había dicho aquella frase, y después empecé a sudar y dije pero qué calor hace ya esta mañana, y mamá dijo sí claro hoy estamos a tres de agosto, acordaos de este día, hoy es sábado tres de agosto, y yo dije si no te importa mamá me voy un rato a mi cuarto, si os hace falta mi ayuda me llamáis. No sé por qué no salí afuera, tal vez hubiera sido lo mejor, el bochorno aún no había caído sobre el jardín, habría podido comprobar el estado de la pérgola, en definitiva hacer algo. Pero prefería la penumbra de mi habitación.

Mamá se mostró alegre durante la comida, demasiado alegre. Los raviolis eran deliciosos y la Nena quiso repetir, pero mamá parecía tener prisa para que acabásemos y miraba a menudo el reloj. A la una y cuarto terminamos de comer y mamá recogió la mesa apresuradamente, dijo es mejor dejar los platos para después, ahora vámonos todos a descansar, también a vosotros os sentará bien, esta mañana nos hemos levantado todos muy temprano. La Nena, contrariamente a lo habitual, no protestó y se fue derecha al sofá del comedor. Mamá se instaló en el salón en su butaca de costumbre, con las contraventanas cerradas y un pañuelo sobre los ojos. Yo me acosté vestido, sin deshacer la cama, a la espera. En el silencio de la habitación notaba mi corazón latiendo tumultuosamente, y me parecía que aquel ruido sordo podía llegar a oírse desde las demás habitaciones. Quizá llegué a quedarme dormido, pero probablemente solo fuera durante unos minutos, después me sobresalté con el ruido del reloj de péndulo al dar las dos menos cuarto y permanecí inmóvil a la escucha. Me levanté cuando oí el crujido de la butaca del salón, fue el único ruido, mamá guardaba un silencio absoluto. Aguardé algunos segundos detrás de las contraventanas, me di cuenta de que estaba

temblando, pero desde luego no era de frío, tuve que apretar los dientes para que no me castañeteasen. Luego la puerta de la trascocina se abrió lentamente y mamá salió afuera. Al principio ni siquiera me pareció ella, qué raro, era la mamá de aquella fotografía de la cómoda en la que iba cogida del brazo de papá, detrás de ellos estaba la basílica de San Marcos y debajo estaba escrito *Venecia, 14 de abril de 1942*. Llevaba el mismo vestido blanco de grandes lunares negros, los zapatos con una graciosa correíta abrochada en el tobillo y un tul blanco que le tapaba la cara. En la solapa de la chaqueta tenía una camelia azul de seda y colgado del brazo un bolso de cocodrilo. En la mano, con delicadeza, como si llevase un objeto precioso, llevaba un sombrero de hombre que reconocí. Caminó ligera hasta el arranque del sendero, entre los macetones de los limoneros, con unos andares graciosos que nunca le había visto, viéndola así por detrás parecía mucho más joven y solo entonces me di cuenta de que la Nena caminaba exactamente igual que ella, con un leve balanceo y la misma posición de los hombros. Desapareció tras la esquina de la casa y oí sus pasos sobre la gravilla. El corazón me latía con más fuerza que nunca, estaba completamente empapado en sudor, pensé que debía ir a buscar el albornoz pero en aquel momento el péndulo dio las dos y yo no logré apartar mis manos del alféizar. Separé ligeramente dos listones de la contraventana para ver mejor, me pareció un tiempo interminable, pero cuánto rato lleva allí, pensaba yo, pero por qué no vuelve; y en aquel momento mamá asomó por la esquina, avanzaba con la cabeza alta, miraba fijamente al frente con aquella mirada distraída y lejana que le hacía parecerse a la tía Yvonne, y en sus labios flotaba una sonrisa. Se había colgado el bolso en bandolera, lo que le daba un aire aún más juvenil. De repente se detuvo, abrió el bolso, sacó la cajita redonda de la polvera con el espejito dentro de la tapa, presionó el cierre y la cajita se abrió sola. Cogió la borla, la restregó sobre los polvos, y mirándose en el espejito se empolvó ligeramente los pómulos. Y entonces sentí un enorme deseo de llamarla, de decirle estoy aquí mamá, pero no fui capaz de pronunciar una sola palabra. Lo único que notaba era un sabor agudísimo de arándanos que me llenaba la boca, la nariz, que invadía la habitación, el aire, el mundo circundante.

EL PEQUEÑO GATSBY3

Las tardes eran lentas, demoradas, ensangrentadas por crepúsculos magníficos. Seguían noches cálidas y lánguidas, salpicadas por el balbuceo verde del faro, al otro lado del golfo. ¿Te gustaría que mi cuento empezara así, verdad? Siempre has tenido una cierta predilección por lo amanerado. Bajo ese refinamiento tuyo discreto y contenido –tu *charme*– siempre has ocultado un velo de mal gusto que tal vez te perteneciera en lo más íntimo. ¡Y mira que odiabas «el mal gusto»! Te horrorizaba. Y lo trivial, lo cotidiano: eran cosas monstruosas. Pues bien, puedo empezar así mi cuento. Por supuesto que me gustaba la villa. Las tardes eran lentas, demoradas, ensangrentadas por crepúsculos magníficos. Seguían noches cálidas y lánguidas, salpicadas por el balbuceo verde del faro, al otro lado del golfo. Yo estaba en la ventana. Siempre he dormido poco, nunca llegaste a darte cuenta. Me levantaba y me ponía en la ventana, detrás de las cortinas. Hacia las dos se levantaba a veces una ligera brisa que encrespaba la superficie del agua. Se deslizaba sobre las tejas recalentadas del porche y llegaba a mi rostro casi tibia, reconfortante. Había siempre algún barco que cruzaba el recuadro de la ventana, generalmente mercantes, creo, guiados por la llamada del faro. Al fondo, a la izquierda, se veía el puerto pululante de luces. Tenía la impresión de estar esperando. ¿El qué? ¿Esperaba algo? Los minutos pasaban lentos, la brisa hinchaba las cortinas. Sentía un desasosiego que me recorría las venas. A duras penas lograba contenerlo, apoyado en el antepecho de la ventana, frente al mar. La costa era una promesa, sus luces refulgían, parecía una fiesta. Me repetía que mi cuento estaba dentro de mí, algún día lo escribiría. Me sentaría, como en sueños, frente a la mesa, sin mirar siquiera la hoja en blanco que tenía delante, y el cuento brotaría como un manantial: y entonces escribiría como por encanto, las palabras se dispondrían sobre la página por arte de magia, atraídas por un imán que se llama inspiración. ¿Te imaginabas que pudiera pensar algo así, apoyado en la ventana? No llegué a pensarlo, como es natural. Nunca se me pasó por la cabeza, no habría escrito una sola línea.

Había otra cosa mucho más urgente. Susurraba el comienzo de una novela. *Sí, seguramente, si hace bueno mañana, dijo mistress Ramsay. Pero tendrás que levantarte con el alba*, el viento movía las cortinas, tú dormías, el faro balbuceaba, la noche era apacible, tropical casi; pero yo no tardaría en llegar a mi faro, lo sentía, estaba cerca, bastaba esperar a que en la noche me enviara una señal de luz, y yo lo entendería, no dejaría que se me escapara esta ocasión (*esa única ocasión mía*), no me pasaría la vejez reprochándome una fallida excursión al faro. Y mientras tanto ya me iba haciendo viejo, me daba perfectamente cuenta. Y sin embargo seguía siendo joven, «qué hombre más guapo», notaba que me decían las miradas de tus amigas, aprobatorias y furtivas, cuando bajaba a la terraza; pero la edad que sentía nada tenía que ver con el registro civil, era una sensación de ahogo, como un velo alrededor del rostro. Me miraba las manos apoyadas en el alféizar: eran largas, fuertes, ágiles. Y eran viejas. Tú no. La vejez que tú temías era otra. Tratabas de conjurarla con cremas y lociones, tenías miedo a esas pequeñas manchas que aparecen en el dorso de las manos; tu peor enemigo era el sol del mediodía, y cuando sonreías dos pequeñas arrugas amenazadoras te marcaban las comisuras de los labios. Mirabas con envidia a tus invitados que se tostaban al sol, que se zambullían en la piscina, que bajaban a la playa indiferentes al salitre. Qué tonta, sufrías por nada. Tú eras *realmente* joven, la vejez no es esto, lo entenderías más tarde, lo entiendes ahora; tenías un cuerpo espléndido, yo te miraba las piernas, la única parte de tu cuerpo que te atrevías a exponer al sol, piernas largas y suaves. Era el mediodía mediterráneo. Gino deambulaba por el mirador sirviendo Calvados, Bacardí y Mazagrán. Algunos se levantaban perezosamente: «Nos bajamos a la playa, Martine, te esperamos allí...» Entornabas los párpados, una sonrisa imperceptible te marcaba las comisuras de los labios, solo yo me daba cuenta porque conocía aquellas dos pequeñas arrugas; no te movías, seguías en la tumbona inmersa en una charca de sombra, tan solo tus piernas reluciendo al sol, con la brisa que movía los flecos de la sombrilla.

Claro que me gustaba la villa. Me gustaban las dos buhardillas con las coronas de ladrillos tendidas a plomo sobre las tejas, los soportales con su campanita, igual que la de un convento, las contraventanas blancas cambiadas cada verano. Por la mañana temprano, cuando tú aún dormías, el

palmeral pertenecía entero a las gaviotas, iban a pasar la noche allí, dejaban tramas de idas y venidas sobre la arena. Las tardes eran bochornosas, muy mediterráneas, olían a pino y a mirto, me sentaba en la silla de mimbre bajo la columnata, junto a las escaleritas de granito invadidas por la hiedra, esperando a que Scottie se despertara. Hacia las cuatro aparecía descalza, con las marcas de la almohada en su rostro enrojecido y arrastrando una muñeca de una pierna.

–¿Cómo prefieres que te llamen, Scottie o Bárbara?

–Scottie.

–Pero Scottie no es tu verdadero nombre.

–Me lo puso la señorita Bishop, dice que te lo inventaste tú.

–Yo no me lo inventé.

–Bueno, pues un amigo tuyo, uno que es escritor, yo cuando sea mayor seré tontita.

–¿Eso también te lo ha dicho la señorita Bishop?

–Sí, porque dice que no se puede escapar al destino de todas las nenuchas.

–¿De qué?

–De las nenas, quiero decir, pero la señorita Bishop las llama las nenuchas, porque lo decía también una señora que se llamaba Zelda.

Por las noches hablábamos de Fitzgerald mientras escuchábamos a Tony Bennett que cantaba «Tender is the Night». La verdad es que la película no le había gustado a nadie, ni siquiera al señor Deluxe, que no es que fuera de gustos difíciles. Pero Tony Bennett tenía una voz «tan conmovedora como la novela», y escucharlo contribuía a crear ambiente, y quién sabe la de veces que Gino tenía que volver a poner el disco. Era inevitable que me pidieran el comienzo del libro, a todos les parecía *delicioso* que me supiese de memoria los principios de las novelas de Fitzgerald: solo los principios, que eran una de mis pasiones. El señor Deluxe, tan serio como de costumbre, invitaba al silencio a los presentes, yo trataba de escabullirme, pero no había manera de negarse, el disco de Tony Bennett sonaba en sordina, Gino había servido los Bacardí, yo te miraba fijamente, tú sabías que aquel comienzo estaba dedicado a ti, era casi como si lo hubiese escrito yo, encendías un cigarrillo y lo introducías en la boquilla, aquello también formaba parte de la puesta en escena, jugabas a la *flapper*, pero no tenías nada de *flapper*, ni la melena ni

las medias de rayón, mucho menos el espíritu: tú pertenecías a otra categoría, quizá pudieras encajar en una novela de Drieu, a lo mejor, o de Pérez Galdós, tenías un sentido trágico de la vida, acaso era tu egoísmo infranqueable, como una condena. Y entonces empezaba, entre la impaciencia que ya comenzaba a manifestarse, Gino dejaba de servir para no molestar, y tan solo se oía la voz de Tony Bennett y el chapoteo del Mediterráneo: *En la apacible costa de la Riviera francesa, a medio camino aproximadamente entre Marsella y la frontera con Italia, se alza orgulloso un gran hotel color rosado. Unas amables palmeras refrescan su fachada ruborosa, y ante él se extiende una playa corta y deslumbrante. Últimamente se ha convertido en lugar de veraneo de gente distinguida y de buen tono, pero hace una década se quedaba casi desierto una vez que su clientela inglesa regresaba al norte al llegar abril.*

Indefectiblemente, la señorita Bishop iba a cambiar de disco. Así llegaba el almíbar de las canciones de Cole Porter, una auténtica obsesión de la señorita Bishop, pensaba que Cole Porter se adaptaba a Fitzgerald; o bien ponía a Nat King Cole que cantaba «Quizás, quizás, quizás». Por lo demás también a mí me gustaba la canción de King Cole, me sentía preocupado, me provocaba una sutil melancolía, *Siempre que te pregunto, que cuándo, cómo y dónde...*, intentaba continuar, todos mirabais, por encima de mí, el mar y las luces de la costa, *al amanecer, la imagen lejana de Cannes, el rosa y el crema de las viejas fortificaciones, y los Alpes púrpuras lindantes con Italia, se reflejaban en el agua tremulosos entre los rizos y anillos que enviaban hacia la superficie las plantas marinas en las zonas claras de poca profundidad...*, pero algo me lo impedía, mi voz era imprecisa, lo sentía. ¿Por qué me costaba tanto seguir? ¿Era acaso la noche? ¿Eran las luces de la costa? ¿Era Nat King Cole? Te escrutaba en la penumbra, *y así pasan los días, y yo, desesperando...*, habrías podido hacerme una señal de complicidad por lo menos, y en cambio no, me mirabas tranquila como los demás, como si no supieses que *todo aquello* me concernía, lo mío es la noche, ¿verdad, Martine?, te lo decía con la mirada, durante unos breves instantes nocturnos, y luego tú te quedas dormida, y duermes, duermes, duermes, el viento hincha las cortinas, allá al fondo están las luces de la costa..., pero al llegar el día,

¿qué es tu Perri de día?, es el personaje de un juegucito, la figurita de un cuento.

Basta. Ya no tenía ganas de declamar, y por otra parte tampoco los demás tenían ganas de seguir escuchándome, el juego estaba en marcha, había bastado aquel comienzo para dar la señal de arranque, ahora la señorita Bishop se sentía Rosemary Hoyt concentrada en bailar un slow *muy* sentimental, convengamos en que ya no tenía dieciocho años y que en el agua ya no le salía ese «pequeño crol afilado» de Rosemary, pero ¿qué más daba?, al fin y al cabo todo estaba mezclado: Rosemary Hoyt bailaba con Tom Barban, que habría debido bailar contigo, pero eso ocurriría al día siguiente por la noche, quizá, por esa noche ya estaban distribuidos los papeles, y el señor Deluxe se acoplaba perfectamente al papel del exaviador insatisfecho y aventurero, nada mal en efecto, si acaso algo excesivamente distinguido como legionario, demasiado bien alimentado. En cuanto a los otros dos, no se requería mucha imaginación para situarlos. Eran tan anodinos, y por lo tanto tan intercambiables, el guapo de Brady y su rubita. Y en lo que a ti se refiere, sí, tú eras una espléndida Nicole, lo hacías a la perfección, te parecías a Lauren Bacall, te lo decía tu Tom Barban, le oí susurrártelo. Qué pena. ¿Y sus torpes intentos de ocultar con el borde de la chaqueta esa erección visible bajo el lino de los pantalones? Intolerable. Pero él era Tom Barban, el legionario: los legionarios son muy viriles, ya se sabe, bailando con una señora que se parece a Lauren Bacall...

Pero yo, ¿quién era yo? Yo no era Dick, por más que me tocara su papel, en la realidad, me refiero. Y tampoco era Abe North, no, a pesar de mi vieja novela, jamás sería capaz de escribir otra, aunque todos fingieran pensar lo contrario, y mucho menos escribiría la historia de nuestras penosas historias. Yo solo me sabía de memoria principios de novelas ajenas, pertenecía a una historia afín, era un personaje transmigrado de otra novela, su estilización en una dimensión menor, sin grandezas y sin tragedias; mi modelo poseía por lo menos cierta grandeza de gángster; pero mi papel no contemplaba locuras, ni siquiera un sueño por el que sacrificar la vida, ni siquiera una perdida Daisy, o peor aún, mi Daisy eras tú, que sin embargo eras Nicole. Yo era un juego dentro de nuestro juego: era tu querido pequeño Gatsby.

La noche avanzaba dando pequeños pasos. También esta frase te habría

gustado en un cuento mío, ¿verdad? Pues te voy a complacer: la noche avanzaba dando pequeños pasos. Mejor dicho: la tierna noche avanzaba dando pequeños pasos. Ahora en el gramófono sonaba «Easy to Love» de Charlie Parker, aquel disco lo había comprado yo, por debajo de la trompeta llorosa del pobre Bird se oía el charloteo casi alegre del piano de Stan Freeman, casi risitas sofocadas, un pequeño fraseo de alegría. Yo hubiera preferido a Jelly Morton, pero para Rosemary era un tostón, era imposible bailar con Jelly Morton. Pues bien, ¿qué hacer a aquellas horas de la suave noche que avanzaba dando pequeños pasos? ¿St. Raphaël o el Hôtel du Cap? Mejor St. Raphaël, ¿qué hace uno en el Cap, después de tomarse un Negroni?, palmarla de aburrimiento; y el guapo de Brady (pero ¿cómo se llamaba en la vida real el guapo de Brady?) transigía con cualquier plan con tal de mirarte con ojitos tiernos, su rubita estúpida le seguiría a cualquier parte, «*c'est cocasse*», gorjeaba, «*c'est cocasse*», todo era cocasse. También el viejo Benz de Deluxe era cocasse, con los guardabarros beige y el cristal divisorio en el interior; había pertenecido a un taxista parisino jubilado, él presumía de haberlo comprado por cuatro cuartos, «lo único que me da rabia es que quisiera quedarse con el taxímetro, ¡a veces hay gente que le coge cariño a las cosas más estúpidas!...», y se reía con todos aquellos dientes blanquísimos. Tenía demasiados dientes: dientes de luxe. ¿O es una ocurrencia facilona?

Pero ¿quién era el señor Deluxe, un musicólogo refinado? Vamos, ¡con ese nombre! Creo que también él era un poco cocasse, igual que su Benz, «me gustó mucho su novela por su musicalidad», me decía. Menudo idiota. «Pero en la próxima novela –porque está usted escribiendo otra, ¿no es verdad?–, en su próxima novela échele valor y haga explícito su amor por la música, no le tenga miedo a las citas, atibórrela de nombres, de títulos, así es como nacen las novelas mágicas, mencione el nombre de Coltrane y de Alban Berg, yo sé que a usted le gustan Coltrane y Alban Berg, y yo no puedo estar más de acuerdo.» Decía que le gustaba Alban Berg, le hubiera gustado «disponer de más tiempo para hablar de él», pero luego no iba más allá de Gershwin. Pero ¿cómo podía entender la muerte, con aquella flamante sonrisa suya? Tampoco tú podías entender la muerte, estaba fuera de tu alcance, por el momento. Tú podías entender al muerto, pero la muerte y el cadáver son dos

cosas distintas. *La muerte es la curva del camino, morir es solo no ser visto*, ¿te acuerdas de estos versos? Los recité una noche pero os engañé, no eran de Fitzgerald, aunque todos creísteis que sí, era una cita falsa, y para mis adentros disfruté del engaño. Íbamos por la carretera costera, me parece, cerca de Villefranche, yo cité la frase y dije: Fitzgerald, *This Side of Paradise*. Deluxe frenó casi de golpe. Susurraba algo así como «sublime, sublime», una estupidez por el estilo, y quiso que bajásemos a la playa, tuvimos que quitarnos los zapatos y caminar hasta la orilla dándonos la mano, un hombre y una mujer, en cadena, era urgente hacer *algo lustral*, esas fueron sus palabras, era un homenaje al ser, al estar allí, al hecho de hallarnos en la recta de la vida: en definitiva, los cuernos contra las curvas, esa era la idea.

Tu madre sí que entendía la muerte. Yo entendí enseguida que era una mujer que entendía la muerte, cuando la conocí. Y ella también entendió lo mismo de mí. Entendió que había algo de eso en mi mediocre novela, por eso se empeñó en que llegara a ser un libro, me impidió llegar a Menton, me sacó de la condición de «joven pobre aspirante a escritor hijo de emigrantes que regresa a su país de origen con un manuscrito en el bolsillo». ¿O es que creíais que mi amor por Fitzgerald era tan vasto como para impulsarme a peregrinar por su itinerario?, ¿que mis descripciones de su hotel de Baltimore eran el resultado de una pasión maniática? Pues no fue exactamente así. Digamos que soy un cronista. En ese hotel transcurrió mi infancia. Prefiero pasar por alto los detalles. Mi padre trabajó veintinueve años allí de camarero, él sí que conoció a Fitzgerald, tenía libros suyos dedicados, me hablaba a menudo de él y también de Zelda, quien le tenía mucho aprecio, le había cogido cariño porque mi padre le preparaba brebajes muy comprensivos, le metió incluso en *Save Me the Waltz*, con otro nombre. Más tarde el hotel, con el paso de los años, entró en decadencia, la clientela ya no era la de antes, a mi padre y a mí nos asignaron una habitación en el ala posterior, tras la muerte de mamá no sabía con quién dejarme, al menos allí estaba a salvo, o al menos eso es lo que suponía, se pasó sus últimos años sirviendo la cena a viejas putas envueltas en pieles, a morfinómanos distinguidos, a pederastas quisquillosos... Ahí lo tienes, ese es mi Fitzgerald. Tu madre entendió muchas cosas de mí. Y también yo de ella. ¿Te gustaría

saber cuál fue exactamente nuestra relación? La verdad, no es algo que pueda decirse en pocas líneas. La quise mucho, creo que con eso es suficiente.

Todos preferían St. Raphaël, pero al final la velada acababa arrastrándonos hasta el Hôtel du Cap. Tal vez los Negroni fuesen un poco fuertes. Y además había Gershwin en abundancia, para el señor Deluxe. Y además estaban los Arrighi, instalados en la terraza, quién podía resistirse a aquellos dos, eran dos perfectos McKisco, quisquillosos y amargos, demasiado cocasse, a las diez de la noche ya estaban absolutamente embalados, como si acabaran de salir de *Tender is the Night*, imposible abandonarlos para ir a St. Raphaël. Nunca llegaron a saber que eran los McKisco, los pobres, a lo mejor ni siquiera sabían quién era Fitzgerald. «Y su novela, Perri, ¿qué tal va su novela?» La señora McKisco repetía siempre la misma pregunta, con expresión educada, compungida, llevaba siempre fulares muy elegantes y un trébol de perlas en la solapa de la chaqueta blanca. Jamás vi a la señora McKisco sin su chaqueta blanca. Yo le decía que no iba mal, no, no podía decirse que fuera mal, iba bastante adelantada, la verdad, la historia ya estaba entera, dramática, como es lógico, pero con unas gotas de frivolidad, al drama le sienta bien la frivolidad: dos destinos que no se cruzan, una vida equivocada, dos vidas equivocadas... ¿Desesperación?, desde luego, pero con medida. Una muerte tal vez. La de él o la de ella, aún no lo sabía: o tal vez, qué sé yo, una grave traición. Pero sobre todo inadaptación a la vida, como si todo no bastara, y una sensación de derroche, y a la vez algo así como un sinsentido: y además un egoísmo perverso. La señora McKisco suspiraba comprensiva, como si dijese: pero ¿a quién puede bastarle esta vida? Erguía su voluminoso pecho, el trébol de perlas refulgía, el señor McKisco la miraba con aire torvo, como si estuviera a punto de darle un mordisco, qué melancolía la de ella, cuánta incongruencia, su infelicidad era de una simplicidad conmovedora; vamos, señora McKisco, habría querido consolarla, apoye su generoso pecho sobre mi hombro y desahóguese, solloce: es cierto, ha echado a perder su vida, su marido es un orangután repleto de Pernod, tienen demasiado dinero y ahora se pregunta usted para qué le hace falta el dinero, de qué le sirven sus fábricas de papel, que se vaya todo al diablo, ¿verdad, señora McKisco?, hijos es lo que usted hubiese querido, y en cambio aquí está usted poniendo diques a la vejez y a la

soledad, intentando convencerse de que los hijos no lo son todo, observa las luces de Cannes y le entran unas enormes ganas de llorar. Véngase conmigo hasta la balaustrada, contemplaremos el mar, yo le contaré una novela frívola y desesperada y nos reiremos como locos, todo muy fitzgeraldiano, él es un escritor de un único libro, ha tenido una infancia cariada que de vez en cuando le duele con punzadas agudas, en la vida ha salido adelante con medios no del todo limpios, digamos que es un pequeño delincuente, pero en el fondo una buena persona, ¿le gustaría oír el principio?, pues empezaría así, por ejemplo: *En 1959, cuando el Protagonista de esta historia cumplió los treinta y cinco años, habían transcurrido ya dos años desde que la ironía –el Espíritu Santo de estos últimos tiempos– descendiera, al menos teóricamente, sobre él. La ironía era como el toque final a los zapatos, como la última pasada de cepillo a la ropa, una especie de «¡Ya está!» intelectual; sin embargo, al comienzo de esta historia no ha hecho más que alcanzar el uso de razón...* A decir verdad el principio no es mío, estimada señora McKisco, lo único mío son las fechas, pero da casi lo mismo.

Hacia medianoche el señor McKisco caía desplomado sobre la mesa, había que levantarlo en vilo. La señorita Bishop también estaba bastante bebida, soltaba una risita tras otra, las suyas eran siempre borracheras alegres, ahora se sentía con muchas ganas para una escapadita a St. Raphaël, vamos, un viaje rápido a tomarnos unos camarones, y ese era el momento en que yo me desmarcaba, prefería esperarte en casa, total, al cabo de una hora estarías de vuelta. ¿Te gustaría saber por qué no volví a casa la noche del doce de agosto? Nunca me he preguntado por qué no volviste tú, no quiero saberlo, no me interesa. Pero quiero decirte por qué no volví yo, es de lo más cómico. Porque era San Macario. Mi padre se llamaba Macario, quería recordarlo solo, lejos de tu casa, sin interferencias. Y además llevaba en el bolsillo la fotografía de Scottie. También ahora la tengo aquí, delante de mí. Es una foto de cuando tenía cuatro años. Scottie lleva un vestido de flores, calcetines blancos y las trenzas quemadas por el sol. Sujeta un muñeco en la mano, una especie de basset hound con los ojos tristes, lo lleva colgando de una oreja, se llamaba Sócrates, ¿te acuerdas de Sócrates?, se lo compré yo. Hay un agujero en la fotografía; esa eres tú. Y también está la villa, al fondo, vista desde el lado oeste, las escaleritas cubiertas de viña americana que llevaban a las

habitaciones de Scottie, la puerta blanca con pequeños cristales biselados, a la inglesa. De modo que llevaba en el bolsillo la fotografía de Scottie y me senté en un café. Mejor no podía sentirme. Mi plan era perfecto, y además en alguna localidad próxima a Menton se veían fuegos artificiales, debía de ser la fiesta de algún patrón, me parecieron de buen agüero. Desde hacía un mes y medio, todos los sábados por la noche cruzaba la frontera con mi automóvil. Había un aduanero que empezaba a las diez en punto el turno de noche, un chico de Benevento, ya se había acostumbrado a verme, yo iba a tomar un café a Italia, a las diez y media volvía a cruzar la frontera, «¿nostalgia del café italiano, señor?», me saludaba con la mano en la visera, yo respondía al saludo, a veces me paraba a charlar un rato, para él yo era un ricachón con la manía del café italiano, jamás se le ocurriría registrar el coche, dormida bajo una manta Scottie pasaría perfectamente.

Deambulé ocioso por el paseo marítimo, mirando los fuegos artificiales cerca de Menton. Lo haría al día siguiente por la noche. Era San Macario, la noche era hermosa, pensaba en mi padre muerto en un hotel pestilente de Baltimore, entré en el Racé para retirar dinero, tenía mis contactos pero era la última vez, aquel dinero me hacía falta para montar una actividad honrada en Italia, no es que me faltara el dinero, pero cuanto más tuviera, mejor: los primeros tiempos no resultarían fáciles. En el Racé había una jam session con un tipo increíble que imitaba a la perfección a Rex Stewart, un trompetista de Ellington de los años treinta, de lo más alegre, tocaba «Trompet in Space» y «Kissing my Baby, Goodnight», qué casualidad, yo también me sentía alegre, me entretuve un rato allí y luego salí y recorrí un largo tramo a pie porque tenía ganas de respirar aire fresco. Eso es. Por una nimiedad puede cambiar toda una vida. O seguir igual.

El tiempo es péfido, nos hace creer que no pasa nunca, y cuando miramos hacia atrás ha pasado demasiado deprisa. ¿Te gustaría una frase así en uno de mis cuentos, verdad, Martine? Concedido. El tiempo es péfido, miro hacia atrás, ha pasado demasiado deprisa, ¡y con qué lentitud ha pasado! Han pasado casi veinte años, y Scottie sigue teniendo cuatro años, para nosotros. Pero en el fondo yo también tengo la edad de entonces, para ti. Porque soy inalcanzable, en cierto sentido soy eterno, aquí, donde me hallo. Estoy al otro lado de la curva del camino, ¿entiendes el concepto? Veinte años deberían

bastar para entender un concepto como ese. Tú en cambio no, te has quedado en una recta, expuesta. Has envejecido, Martine, es normal. Dejarás por fin de temer la llegada de la vejez: pues ahora ya ha llegado. La señorita Bishop no volvió a dar señales de vida, desapareció en Inglaterra. Pero yo sé lo que ha sido de ella: se ha vuelto medio monja, no llegó a casarse, vive en un internado de Sussex, enseña cultura americana a jovencitas de buena familia. También Deluxe ha envejecido, qué caramba. Ha perdido completamente su aspecto de aviador. Ha venido a verte algunas veces, pero es imposible reanudar el juego, ya nada lo consiente. Es un hombre corpulento con un Citroën azul que trabaja de asesor fiscal en la *banlieue*: adiós, Tom Barban. Y también la villa, cómo ha envejecido. Hace poco pasé por delante y me imaginé que entraba. En la tapia, junto a la verja de entrada, hay una pequeña placa de azulejos azules con un bergantín con las velas hinchadas. Lo compramos en Èze Village, ¿te acuerdas? En la verja de hierro forjado la pintura blanca está desconchada. Donde se ha levantado la pintura, a causa del sol y del salitre, en gruesas ampollas que crujen bajo el dedo, se ha formado un óxido fino y muy amarillo, hay que empujar los batientes con fuerza, pues de lo contrario no se abren porque los goznes están anquilosados. Cuando, tras haberla sacudido con cierta impaciencia, por fin se consigue abrir la verja, esta emite un chirrido quedo y prolongado, como un gemido que viniera de lejos, frente a nosotros. En otros tiempos acostumbraba a levantar los ojos mecánicamente, en busca del emisor de aquel lamento, y entonces veía el celeste del mar. A la derecha de la verja, una vez dentro, bajo una palmera, hay una caseta pintada de amarillo, un trastero con aspecto de una casa en miniatura. En su momento tenía allí sus herramientas el guarda, ahora ya me imagino lo que habrá: un cochecito de bebé de esos con la capota de fuelle, como se ven en las fotografías de los años treinta, un xilofón de juguete, viejos discos muy rayados. Son objetos insostenibles, es imposible mirarlos, pero a la vez es imposible deshacerse de ellos: hay que encontrar un trastero. Pero ¿para qué te describo cosas que conoces mejor que yo? ¿Para introducir una nota conmovedora en mi relato, un cierto sentido de disipación? Siempre mostraste predilección por las vidas fútiles y desesperadas: Francis y Zelda, Bessie Smith, Isadora... Hago lo que puedo: es todo lo que tenemos. Pues sí, la villa está realmente de capa caída,

le haría falta una buena sesión de maquillaje: fachada, ventanas, jardín, enrejados... Pero el dinero escasea, desaparecieron los tejemanejes discretos de Perri, tan dudosos pero tan rentables: de tradición no se come. Tal vez podrías empezar a pensar en utilizar el conjunto. Su ubicación es de una rara elegancia, los locales son magníficos, tan deliciosamente Art Nouveau; podrías retirarte a las habitaciones que pertenecieron a Scottie, así estarías todavía más unida a su recuerdo y además a ti, a estas alturas, con dos habitaciones te basta, y el resto transformarlo en hotel. Un hotel pequeño, pero muy de élite: diez habitaciones, comedor en la planta baja con lamparitas de pantalla verde sobre las mesas, un pianista en la terraza para las veladas nocturnas, mucho Gershwin, claro de luna y Bacardí. Los suizos ricos de mediana edad adoran lugares como este. Deberías buscarle un nombre adecuado, refinado pero ocurrente: por ejemplo «Au petit Gatsby». Y tú podrías enfrentarte así a una vejez tranquila, pasarte las tardes en santa paz contemplando la costa y pensando en el futuro *que año tras año retrocede ante nosotros. Se nos escapa ahora, pero no importa... Mañana correremos más, alargaremos más los brazos y llegarán más lejos... y una hermosa mañana...* Es un final de Fitzgerald, naturalmente.

DOLORES IBÁRRURI LLORA LÁGRIMAS AMARGAS

Era un niño alegre, alegre de verdad, siempre estaba riéndose, de lo más alegre, y también tenía sentido del humor, por ejemplo mi hermana Elsa tenía la manía de contar chistes, se los sabía a centenares, y él en cuanto la veía corría a su encuentro y le gritaba: ¡tía Elsa, cuéntame un chiste!, ¡tía Elsa, cuéntame un chiste! Y se reía, pero cómo se divertía, igual que un adulto. Aquella alegría quizá la hubiera sacado precisamente de Elsa, que era muy vital, demasiado incluso, quizá un poco cabeza loca, en todo caso ella por lo menos ha sabido disfrutar de la vida, en fin, a su manera. Y también era cariñoso. Y siguió siéndolo de mayor. Alegre tal vez no, pero cariñoso mucho. Ni una sola vez se olvidaba de mi cumpleaños, hasta cuando estaba lejos, siempre algo, una rosa con Interflora, un telegrama, ¿quiere ver sus telegramas?, los tengo en esta cajita de cacao Droste, mire, del setenta hasta hoy son ocho telegramas, este de aquí, por ejemplo, es de hace cuatro años, escuche, dice: *Piensa en ti agradecido, por la vida que le has dado*, sí, está firmado Piticche, así es como le llamábamos nosotros, en los periódicos nunca lo han dicho, no lo sabe nadie, era una cosa que no salía de la familia, para nosotros era un gesto de ternura, le agradecería que usted tampoco lo mencionase, luego en los periódicos aparece entre comillas, después de su verdadero nombre: más conocido como «Piticche», es atroz, ¿no le parece? ¿Cómo va a entender la gente que es un nombre cariñoso? Tampoco usted lo entiende, podría explicarle el origen del nombre, su significado, pero lo que quiere decir para nosotros, eso no puede entenderlo nadie, en los nombres está el tiempo que hemos vivido juntos, las personas que se nos han muerto, las cosas que hicimos juntos, lugares, otros nombres, nuestra vida. Piticche quiere decir pequeñín. Él era muy pequeñín, de chiquitito. Era rubito, mire esta fotografía, tiene cuatro años, esa no, ahí tiene ocho años, esta de aquí, acurrucado junto a Pinocho, ¿no ve que Pinocho es más alto que él?

En nuestra casa había un limonero, había crecido recostado contra la fachada, orientado al sur, sus ramas llegaban hasta la ventana del piso de arriba. Él se pasó la infancia jugando con un Pinocho, ese de la fotografía. «A

correr, a saltar, que Pinocho va a pasar...», aún puedo oír su voz que repite la cantinela, abajo en el patio. En aquella época Rodolfo ya estaba enfermo, yo me pasaba mucho tiempo en la habitación atendiéndole, desde la ventana me llegaba su vocecita, siempre estaba trajinando con su Pinocho, era su única compañía, por lo general hacía que muriera ahorcándolo en el limonero, como en el libro hacen el gato y la zorra disfrazados de bandoleros, y luego le hacía un pequeño túmulo de tierra con una cruz de cañas, aunque naturalmente a Pinocho lo escondía en otro sitio. Entonces llegaba el hada de cabellos turquesa que iba a llorar ante la tumba de su Pinocho, es decir, ante el alcorque del limonero, el hada era yo, y él se quedaba observándome con gesto malicioso, porque ya nos habíamos puesto de acuerdo los dos, yo me arrodillaba ante el limonero y lloraba: «Pinochito, pobre Pinochito mío, nunca más volveré a verte, ¡ay, ay, ay!» Y entonces oía un hilillo de voz, porque fingíamos que venía de debajo de la tierra, que decía: «Hermanita guapa, no te desesperes así, si le quieres tu Pinocho está vivo.» Yo miraba a mi alrededor sorprendida, buscando esa voz, y lo veía a él de pie con las piernas muy tiesas como un muñeco, que me tendía los brazos moviéndolos como una marioneta, y yo corría a abrazarlo y le estrechaba contra mi pecho. Y mientras tenía lugar esta escena él se reía como un loco, daba brincos con las manos detrás de la espalda y hacía una especie de baile cantando: «A correr, a saltar, que Pinocho va a pasar.» Y así acababa el juego.

El nombre se lo puso la señora Yvette: Pitì, pero él era quien se llamaba a sí mismo Piticche, señalándose el pecho. Era el cuarenta y nueve. A la señora Yvette y al señor Gustave los trajo Elsa, se los había encontrado en la estación de Livorno unos años antes, no sabían adónde ir, llevaban encima cuatro cazuelas y un gato siamés que murió un mes más tarde, se llamaban Mayer, él era apicultor en las Ardenas, huían hacia el sur sin una meta precisa, con tal de huir, pues de lo contrario los habrían deportado, Elsa les dijo que podían venirse a nuestra casa, un plato de sopa no les faltaría, dijeron que se marcharían cuando hubiese pasado el frente, al final se quedaron cuatro años, eran personas de gran delicadeza, nos volvimos casi parientes, la señora Yvette se murió el año pasado, tienen un hijo dentista en Marsella, luego ella se quedó embarazada de regreso a Francia, ¿que estoy divagando?, ya sé que divago, déjeme divagar, enseguida vuelvo a lo que iba,

pues claro que lo quisimos, ¿tiene usted hijos?, ¿quiere usted a sus hijos?, ya lo sé, hay formas y formas. Mire, nos costó diez años el que llegara, lo intentamos todo, yo tenía un fibroma, no es que me molestase, pero si quería un hijo tenía que operarme, le hablo del año treinta y nueve, entonces no había penicilina, cogí una septicemia, para salvarme me dieron inyecciones de petróleo en un muslo, así la infección se localiza allí, sale un absceso y el cirujano lo corta, tengo las piernas repletas de cicatrices. Nació en el cuarenta y seis, no era un buen momento para nacer, anda que no nacieron en el cuarenta y seis, los soldados volvían a casa, los que no habían muerto. No, Rodolfo no cogió su enfermedad durante la guerra, volvió sano, aunque un poco más delgado, enfermó por primera vez en el cincuenta y uno, quién sabe por qué, si uno supiese por qué enferma nunca enfermaría, pero duró mucho tiempo, hasta el sesenta y uno, diez años, mejor dicho un poco más, murió en diciembre, discúlpeme si lloro, no quería llorar, pero las lágrimas se me salen solas, ¿que hago bien en llorar?, tiene usted razón, hago bien en llorar. La película que más me ha gustado en mi vida se llama *Vacaciones en Roma*, no es que haya visto muchas, pero de esa me acuerdo como si fuese ayer, con Gregory Peck, a mí me gustaba mucho Gregory Peck, de la actriz no me acuerdo, era una muy delgadita. Ya sé que no le interesa, pero verá como tiene que ver, era solo para decirle que Rodolfo nos había prometido irnos de excursión a Roma los tres juntos, parecía que estaba mejor, hacía años que parecía curado, habíamos hecho tantos proyectos durante tanto tiempo, Rodolfo incluso se había comprado un mapa de carreteras para estudiar el itinerario turístico que debíamos cubrir en dos días, no se lo voy a repetir ahora pero podría hacerlo, lo recuerdo perfectamente, pero luego de repente a Rodolfo le hizo falta la diálisis, dinero para ir a Roma no teníamos, así que nos fuimos a ver *Vacaciones en Roma*, y nos llevamos al niño también, aunque quizá para un niño de once años era una película aburrida, de todas formas se veían muchos monumentos de Roma, hay una escena muy divertida cuando él y ella van a visitar varios monumentos, y en un momento dado él mete la mano en la boca de un mascarón de piedra que está en el atrio de una iglesia y del que la leyenda cuenta que si uno dice una mentira la boca le muerde la mano, se vuelve hacia ella, ah, eso es, era Audrey Hepburn, y me parece que le dice «te amo», y en ese momento da un grito y saca el brazo

sin mano porque la ha escondido en la manga de la chaqueta, y los dos se echan a reír y se abrazan.

Siempre estuvimos muy cerca de él, cariño nunca le faltó, si era eso lo que pensaba. Fuimos una familia muy unida y él nunca nos dio quebraderos de cabeza, con Rodolfo en aquellas condiciones, si acaso consuelo, era tan inteligente, particularmente dotado para los estudios, siempre fue un alumno excepcional, diplomas, medallas, premios, yo no quería mandarlo a cursar el bachillerato, no me parecían estudios adecuados a nuestra condición, y además con el título de bachiller ¿qué haces?, en cambio con un diploma de contabilidad o de aparejador siempre puedes encontrar un empleo, pero fue su profesor quien me lo impidió, dijo que era un crimen, eso fue lo que dijo, un niño de excepcional inteligencia, con nueve en italiano y latín, mandarlo a formación profesional era un crimen. Por lo demás para sus estudios nunca tuve que gastar nada, ni siquiera más tarde, siempre se mantuvo solo, con su espléndida inteligencia: es un pequeño poeta, me dijo su profesor. Eso lo ha sacado de Rodolfo. ¿Dice usted que también sus ideas políticas? Dejémosnos de tonterías. Cuando Rodolfo murió, él no tenía ni quince años, qué ideas quiere que tenga uno a esa edad. Claro que Rodolfo tenía sus ideas políticas, eran de sobra conocidas, me siento orgullosa de él, sí, participó en la Resistencia, claro, también en la guerra de España con las Brigadas Internacionales, tomó parte en la batalla del Ebro, conocía a los grandes personajes de aquel momento, Longo, El Campesino, la Pasionaria, de eso sí que hablaba siempre, sabe usted, eran sus recuerdos preferidos, sobre todo en los últimos años, cuando hablaba de la Pasionaria la llamaba la Dolores, o la Ibárruri, como si fueran íntimos, es como si estuviera viéndolo en el sofá, se pasaba las tardes en el sofá con una manta, estaba demacrado, las mejillas hundidas, la sombra de mi Rodolfo... y él que no dejaba de escucharle con los ojos muy atentos, hay que ver cómo le gustaban las historias de su padre, después cantaban juntos canciones españolas que Rodolfo se sabía, también Piticche se las aprendió enseguida, por ejemplo «Gandesas», «*Si me quieres escribir ya sabes mi paradero, en el frente de Gandesa, primera línea de fuego...*», no, no era comunista, era socialista libertario, nos contaba que había sido incluso amigo de la Pasionaria, que habían combatido hombro con hombro, que era una mujer excepcional, luego una vez tuvieron una discusión

furibunda, ella le soltó algunas palabras de más y él le contestó que un día ella lloraría amargamente por los errores cometidos, hablaba de ella con mucha pena, decía que se había vendido a los rusos, que había cometido atrocidades con sus camaradas, era un soñador, mi Rodolfo, eso fue lo que le enseñó a nuestro hijo. Y además amaba la cultura, los libros, la de libros que llegó a leer, una especie de adoración, decía que en cada libro siempre hay un hombre y que quemar un libro es como quemar a una persona, fue él quien le enseñó el placer de leer... y también a escribir. Se escribían cartas, jugaban a un juego, era un juego precioso, lo que quiero decir es que era algo muy poético, creo yo, leían libros y después se escribían cartas como si cada uno de ellos fuese un personaje de los libros que habían leído, personajes inventados o personajes históricos, fue el último año de Rodolfo con vida, se escribieron docenas de cartas, el que recibía una carta la leía por la noche en la cena, para mí eran momentos muy hermosos, discúlpeme si lloro, Rodolfo recibió muchas cartas de Livingstone, a Piticche le gustaba muchísimo hacer de Livingstone, y luego de Huckleberry Finn, de Kim, de Gavroche, de Pasteur, estaban escritas con mucha madurez, todavía debo de tenerlas en algún sitio, a ver si uno de estos días me decido a buscarlas, y eso que solo tenía quince años, un niño. Rodolfo murió en diciembre del año sesenta y uno, ya sé que se lo he dicho, se pasó los últimos días muy inquieto, pero no por la enfermedad, estaba angustiado por lo que estaba sucediendo en el mundo, o sea en Rusia, no sé exactamente qué, sé que Kruschchev había revelado las atrocidades cometidas por sus predecesores, y él se atormentaba, ya no dormía, ni los somníferos le hacían efecto, después un día llegó una carta para él, el remite decía: La Pasionaria, Moscú. Y dentro estaba escrito: Dolores Ibárruri llora lágrimas amargas.

Pues eso, así era mi hijo. ¿Qué le han hecho? He visto su foto en los periódicos, le han hecho pedazos, y yo ni siquiera he podido verlo, han escrito que ha hecho cosas... me falta valor para decirlo... atroces. ¿Han dicho atroces? Pues usted ha podido escuchar otra historia, la historia de una persona a la que usted no conoce, yo le he hablado de mi Piticche, le agradecería que no mencionase este nombre en su periódico, discúlpeme si lloro, no quería llorar, pero las lágrimas se me salen solas, ¿que hago bien en llorar?, tiene usted razón, hago bien en llorar.

PARAÍSO CELESTE

*A Isabella G., que me contó
la historia de «Paraíso Celeste»*

Hasta el día en que conocí a Madame Huppert no había oído hablar nunca del ikebana. Yo iba muy a la defensiva, aquella tarde, me había preparado psicológicamente para decir toda clase de mentirijillas, si me servían con fines «promocionales». Por aquel entonces consideraba las mentirijillas como un ingrediente necesario para resultar interesante, para escapar a la mediocridad, y me ejercitaba para decirlas con desenvoltura. A fin de cuentas tenía la impresión de ser lo bastante convincente, cuando mentía, tal vez más que cuando decía la verdad. Pero al verme de frente a una pregunta directa, sin puntos de apoyo, sin el menor atisbo siquiera de quién o qué podía ser eso del ikebana, toda mi buena predisposición hacia la mentira se desmoronó inexorablemente y me vi obligada a admitir mi ignorancia.

Madame, para la entrevista, me recibió en la terraza. Estaba reclinada sobre una tumbona de mimbre muy austera, sin almohadones, al estilo de las de la meditación del yoga, y llevaba un kimono azul pálido. Hasta el último momento estuve indecisa entre ponerme la falda azul plisada con el suéter rojo, estilo «adolescente de buena familia asidua del club de tenis», o bien el traje de chaqueta de tweed avellana con una blusa beige. Al final me decidí por el traje de chaqueta, no sin cierta perplejidad sobre mi resolución, porque la época no era precisamente la ideal para un tweed más bien grueso como el mío. Aquel año, un octubre radiante parecía prolongar sin excesiva fatiga un verano que había sido majestuoso y los últimos turistas aún deambulaban en shorts por las orillas del lago como si quisieran hacer acopio del último sol.

Pero qué caramba, al fin y al cabo aquel conjunto me había costado casi el sueldo de un mes, a pesar de haberlo comprado de rebajas a finales del invierno anterior, y además no había tenido aún ocasión de ponérmelo. Era un Saint Laurent falda-pantalón, de hombreras cuadradas con relleno rígido,

estilo años cuarenta, y solapas anchas con dos botones, de corte masculino. De mucha clase: en *Vogue* había visto a Deborah Kerr con uno idéntico apoyada en la galería de su rancho. Pero, en aquella estúpida escuela, ¿quién quieres que aprecie un Saint Laurent como el mío? Mis compañeras llegaban por la mañana con unas pintas espantosas, solo les faltaba el delantal y los bigudíes en la cabeza, más valía ponerme el Saint Laurent para la entrevista con Madame, así por lo menos alguien podría apreciarlo. O por lo menos eso suponía yo, y creía estar cargada de razones. Vamos a ver, una villa de esa clase no era un lugar en consonancia con ninguna de esas estúpidas criaturas, del nivel de mujeres de charcuteros ricos, que habían infestado las colinas del lago con chalecitos de un gusto a la altura de Disneylandia y que se dejaban caer por la galería a final de temporada, cuando el propietario organizaba UNA SUBASTA SIN PRECEDENTES y se llevaban unos pintarrajos que harían desmayarse a un caballo para colgarlos de las paredes de sus moradas urbanas. En realidad, bastaba con observar la verja de hierro forjado de la que arrancaban dos hileras rectas de cipreses, las torretas con arabescos estilo principios de siglo, con sus respectivos pararrayos, el jardín a la italiana, la terraza inundada de buganvillas. Y además pensaba que a una persona perspicaz, para entender algo a propósito de la clase de una señora, le bastaba incluso con un simple anuncio en el periódico. Las ofertas de trabajo, que el sábado revisaba con avidez, estaban llenas de propuestas burdas e insinuantes, o, todo lo más, insulsas y previsibles, en las que la «posibilidad de una brillante carrera» enmascaraba la sordidez de ventas a domicilio de alguna enciclopedia para niños retrasados. No era muy corriente ver un anuncio de ese tipo, solicitando una secretaria: «Inteligencia, discreción, cultura. Francés indispensable.»

Consideré que eran cuatro cualidades que yo poseía sin temor a equívocos. Lástima que el director de la escuela, aterrorizado porque les hablaba a los chicos de la *Maja desnuda*, y el dueño de la galería, que solo pensaba en desplumar a las señoras de Varese, no hubieran llegado a darse cuenta. Peor para ellos.

Decir que Madame era *charmante* podría parecer una futilidad, pero sirve para dar la idea. Si tenía cincuenta años los llevaba de manera excelente; si tenía cuarenta los llevaba dignamente: pero yo me incliné por la primera

hipótesis. Tenía el pelo de un rubio tan poco natural que uno acababa por aceptarlo inmediatamente, porque la ficción declarada es mucho más aceptable que la ficción simulada (por entonces tenía yo toda una teoría propia sobre la variedad de las ficciones); y, gracias al cielo, no llevaba permanente. No es que yo tuviera nada en contra de la permanente por principio, faltaría más, pero el hecho de que mis compañeras viniesen siempre al colegio con aquellas permanentes tan lamentables había conseguido que al final acabara por detestirlas.

Madame empezó hablándome muy relajada, en francés. Era evidente que empleaba el francés para cerciorarse de mi conocimiento del idioma, tal como se requería en el anuncio, pero en ese sentido tenía las espaldas a cubierto, gracias a Charleroi, aunque me guardara mucho de decirlo. De todas formas no hice nada para disimular mi marcado acento belga, aunque no me resultaba difícil, era solo una cuestión de tónicas y de nasales.

Comenzamos por la literatura. Madame se informó, con mucha discreción, acerca de mis gustos; no sin haberme puesto al corriente de los suyos, para que me sintiera cómoda, que eran el Montherlant de *La reine morte* («tan humano y conmovedor», dijo) y la melancolía hechicera de Alain-Fournier. Pierre Loti, en cualquier caso, tampoco era digno de desprecio, habría que rescatarlo, sobre todo el de *Ramuntcho*, estaba convencida de que tarde o temprano lo haría alguien, un crítico americano quizá: los americanos tenían un olfato indiscutible para los *repêchages*. A decir verdad, Loti me traía a la memoria el olor a cerrado de las aulas del internado del Sacré Cœur de Charleroi, donde *Pêcheurs d'Islande* era una de las escasas lecturas permitidas, pero traté de mostrar conformidad. Había empleado ocho años para borrar de mi existencia el internado de Charleroi, y no iban a ser los gustos de Madame los que me devolvieran a aquellos recuerdos. Habría podido dárme las de intelectual arriesgándome con Sartre, de quien había leído un cuento (horroroso, por otra parte), pero preferí ser más cauta y mencioné a Françoise Sagan, que en el fondo algo tenía que ver con el existencialismo también. Y después mencioné el Hemingway de *Las nieves del Kilimanjaro* (había visto la película con Ava Gardner) y *Vinieron las lluvias* de Louis Bromfield. Madame me preguntó si conocía los trópicos.

Dije que no, *desafortunadamente*, pero que tarde o temprano tendría que ir, hasta ahora no había surgido la ocasión. Y luego pasamos a la pintura.

Ahí fue donde me relajé por completo, porque ese era mi terreno, y si añadí alguna mentirijilla no fue con fines «promocionales», sino solo para adornar un poco la conversación. Dije que me había diplomado en el Instituto Estatal de Bellas Artes hacía dos años (lo que era cierto), pero que Italia era de una mezquindad intolerable. ¿Qué se le ofrecía a una joven artista en Italia? Un puesto de interina en el primer ciclo de secundaria.

Por suerte, en verano podía cultivar mis intereses trabajando en una galería de arte local (esperé ardientemente, mientras se lo decía, que jamás hubiera cruzado sus puertas); solo que al final de la temporada turística la galería cerraba y nuestra pequeña ciudad volvía a sumirse en las tinieblas de la incultura. Y por lo tanto, *me voilà*.

Pensé que había llegado el momento de preguntas más concretas. En particular, temía que Madame me interrogase acerca de mis habilidades mecanográficas, habilidades que yo consideraba indispensables en toda secretaria. Las mías eran nulas. Las raras ocasiones en las que tenía que escribir una carta, en la galería, empleaba una tarde entera (me sirvo solo del dedo índice de la mano derecha), y a pesar de toda mi aplicación el resultado dejaba bastante que desear. Por el contrario, Madame no dio muestras del menor interés por hacerme preguntas «técnicas», parecía tener la cabeza completamente ocupada por la pintura, y vi el cielo abierto al secundarla. Al principio hablamos de los amarillos de Bonnard, no recuerdo a propósito de qué, probablemente a causa de la luz de aquel otoño y de la mancha dorada de los castaños que se divisaba en la ladera del monte, al otro lado del lago. Luego yo, en un arranque de astucia, aposté por los *fauves*. Sobre Matisse no había nada que discutir, evidentemente lo daba por descontado. Pero personalmente *sentía* más a Dufy, el Dufy de las marinas, de los geranios y de las palmeras de Cannes. «Con Dufy», dije, «la alegría mediterránea canta sobre la tela.» En una pared junto a su escritorio, en la salita de la galería La Paleta del Lago, el dueño tenía un calendario con una reproducción de Dufy para cada mes. Yo venía de una convivencia forzosa durante treinta tardes consecutivas (treinta y una en julio y agosto) con cada reproducción, desde las cinco hasta las nueve: La Paleta del Lago, en los meses de verano, no

cerraba nunca. Digamos, para ser más exactos, que Dufy me salía por las orejas. Pero en la galería el panorama oscilaba entre las reproducciones de Dufy y los rostros alelados de las señoras que admiraban los pintarrajos colgados de la pared, y a las que, además, debía dedicar acogedoras sonrisas, según pretendía el dueño: era lógico que prefiriese a Dufy. Me lo sabía de memoria.

Le pregunté a Madame qué pensaba de *Bal à Antibes* (era la reproducción de junio), con esas salpicaduras de azul y de blanco de los marineros en primer plano, en medio de una avalancha de colores. ¿Y el hechizo azulado de *La mer* (julio), con aquellas risitas (eso fue exactamente lo que dije) de las velas? ¿Y esa armonía en los pasteles de *Plage de Sainte-Adresse*, la de 1921, creía recordar (agosto), no le hacía pensar en una pequeña sinfonía? Madame asintió. En cualquier caso, dije perentoria, consideraba insuperable *Jardins publics à Hyères* (septiembre). Me parecía *definitivo*. Para mí Dufy después de aquel cuadro dejaba de existir. (Y era la pura verdad.)

El calendario causó cierto efecto en Madame, que no me escatimó elogios. Y entonces, pues bueno, dije con toda la desenvoltura que la ocasión me parecía merecer, que para estudiar a los *fauves* había ido «expresamente» a París. Naturalmente me guardé muy bien de decir qué era lo que conocía de París, porque toda mi experiencia se remontaba a un viaje escolar con las monjas cuando papá trabajaba en las minas de Charleroi. Fue un viaje de cuatro días, en autobús, con breves paradas para bocadillos y pises, y luego todas de nuevo a bordo, a cantar «En passant par la Lorraine» bajo el inflexible alborozo de sor Marianne, que temiendo las largas conversaciones y los largos silencios, ambos aportadores de malicia, resolvía el dilema con la alegría de una sana canción. De París se me había quedado marcado el atroz recuerdo del Musée de l'Histoire de France, del Panthéon, de mis pies hinchados como bolsas de agua caliente y de la primera menstruación que me vino la segunda noche de nuestra estancia en la ciudad, después de una caminata memorable. El último día sor Marianne nos había guiado en una visita de quince minutos al Louvre, con tiempo apenas para asomar la nariz ante Corot y Millet, y en el quiosco de la salida cada una de nosotras había tenido que aportar una pequeña cuota para comprar una reproducción del *Angelus*, que luego sor Marianne, durante el viaje de vuelta, había colgado de

la ventanilla trasera del autocar. Yo tenía trece años, me sentía fea, desdichada e incomprensida, y me pasé el viaje soñando con una venganza feroz: algún día me convertiría en una gran pintora con un majestuoso estudio en el Quartier Latin, sor Marianne vendría a pedirme de rodillas que pintara unos frescos en el refectorio del internado de Charleroi donde la gran artista había realizado sus primeros estudios, pero yo le respondería con altivez que me resultaba del todo imposible, tenía que preparar mi triunfal exposición en el Grand Palais, París iba a consagrarme un gran homenaje, el mundo entero reclamaba mis cuadros y hasta el mismo presidente de la República participaría.

–¿Y el ikebana? –dijo Madame–. ¿Le gusta el ikebana?

Respondí que *decididamente* no lo conocía. (Me sentía pillada en falta y opté por mostrarme seca y contundente.)

–Qué lástima –dijo Madame–, pero no tiene mayor importancia, estoy segura de que aprenderá a amarlo. Por favor, acérqueme la botella de ginebra y dé una voz a Constance para que me traiga más agua tónica.

Mientras esperaba el agua tónica, Madame se interesó distraídamente por mis aficiones, si por casualidad sentía pasión por la enología: ¿ah, sí?, espléndido, ella no, prefería los cócteles, pero el señor ingeniero, sí, su marido, sentía pasión por los vinos, como buen italiano –italiano adoptivo aunque no por ello menos italiano–, obviamente por vinos raros, claro está, a ella también le hubiera gustado entender un poco más, pero no podía pretender como es lógico que el señor ingeniero le enseñara, estaba siempre de viaje, siempre tan absorbido por sus negocios, mi pobre amor. Pero, a propósito, mi francés era excelente.

Respondí que sí, efectivamente era cierto, el pobre papá se había desvivido siempre por mi educación, a pesar de no tener ni un minuto libre en toda su vida (trabajaba en el sector de la minería): quiso que nuestra gobernanta fuese francesa, obviamente, la vieja, querida, austera Francine (me conmoví levemente al recordarla), que prácticamente me había hecho de madre, era valona, ese inequívoco acento belga que en otros tiempos detestaba y que ahora encontraba delicioso se lo debía a ella; oh, no, no, no era huérfana de madre, solo que mamá era tan frágil, tan delicada, y además su piano no le daba tregua.

Madame empujó el carrito de los aperitivos hacia mi sillón y me invitó a servirme.

—¿De modo que la enseñanza no le interesa, no es su vocación?

Dije que en realidad vocación no es que me faltara, pero ya hacía dos años que me había sacado el título y aún me tocaba lidiar con interinidades. Y santo cielo: tenía *casi* veintiún años. Le expliqué el concepto de suplencia, que Madame parecía desconocer completamente, y para ser sintética dije que la semana siguiente, cuando la profesora a la que yo sustituía hubiese acabado el puerperio, el director me diría que el colegio me quedaba muy agradecido por mi valiosísima colaboración, que adiós muy buenas y hasta la próxima. Y tampoco es que broten como setas las señoras embarazadas a las que sustituir, hoy en día la gente se lo piensa dos veces antes de tener hijos, con lo que cuesta la vida, ya se lo imaginaba. No sé si estaba al corriente de las estadísticas relativas a los nacimientos en Italia.

Estaba cayendo el crepúsculo sobre el lago, y desde donde nos hallábamos veíamos un verdadero lienzo, muy lejos de Dufy. Desde la terraza se dominaba el jardín, repleto de limoneros y de cipreses, surcado por la geometría de los setos de boj que ribeteaban los senderos de guijarros. El pueblo, recostado en la lengua de tierra que se adentraba en el lago, estaba ya en sombras, y sobre los tejados aleteaban vagos jirones de luz de un azul pálido. La última luz del día era para el embarcadero frente a la verja y para las torretas de la villa, de un amarillo cálido, tostado por el tiempo. Las golondrinas armaban un alboroto maravilloso, enloquecidas en su vuelo rasante. Madame me estaba explicando que temía poder llegar a aburrirse mucho, durante el invierno, acostumbrada como estaba a París, no podía decir que fuera exactamente una secretaria lo que le hacía falta, digamos más bien una compañía; sí, algunas cartas de vez en cuando a ciertas galerías suizas a las que solía comprar, o cosas por el estilo: pero fundamentalmente buscaba a una persona de buen gusto con la que intercambiar impresiones, con la que poder hablar de cosas inteligentes, *naturalmente* no pretendía que tomase una decisión allí mismo sin más, podía darle una respuesta al día siguiente, pero *naturalmente* comida y alojamiento, mejor dicho, ¿me gustaría echar un vistazo a mi eventual habitación?, llamó a Constance.

Durante todo el resto del mes de octubre Madame estuvo muy ocupada en la concepción de un ikebana no realista, un equilibrio extremadamente delicado de los matices del otoño. La base era un jarrón belle époque color oro viejo, un cristal de Gallé de 1906, de cuello fino y alargado.

Madame me dejó a mí la tarea de dar un título a la composición (todas las composiciones de fantasía debían titularse, porque una de las finalidades del ikebana era precisamente la de estimular nombres, hacer que se concretasen en palabras las sensaciones que la composición había suscitado en nuestro ánimo). Lo que más me impactaba de aquella composición era «su corazón de luz», dije, y Madame decidió que no habría podido encontrar nombre mejor. Lo cierto era que empezaba a poseer cierta competencia en el tema. Había devorado literalmente *Ikebana: l'art des fleurs, Les fleurs et l'antique tradition japonaise, Ikebana et Hai-Kai* y, por último, *La peinture japonaise*, un magnífico volumen en papel satinado, todo de reproducciones. Por la noche leía a Kawabata, por consejo de Madame, que era «tan zen desde la primera hasta la última página». Me aburría mortalmente, con todas esas cretinas mujeres que se quedaban contemplando melancólicamente paisajes invernales, pero me guardé muy bien de decirlo para no pasar por materialista. Madame detestaba el materialismo, y Kawabata era «*un petit souffle* que acaricia las planicies del alma».

Con el sueldo de octubre, que Madame insistió en pagarme por entero aunque no hubiera entrado a su servicio a principios de mes, me compré una chaqueta de piel verde oscuro, que me pareció indispensable, y un juego de accesorios de carey de un carmesí encendido para el bolso: polvera, peine y encendedor. Con el dinero que me sobró adquirí un elegantísimo *nécessaire* de escritorio, que consideré obligado para una secretaria ya de cierto nivel y que contenía un minúsculo cortapapeles de plata, una pluma estilográfica de laca, un frasquito de tinta azul y un paquete de hojitas para cartas, con sus correspondientes sobres, de un espléndido papel de arroz color amarillo claro. Me pareció que mi habitación adquiría un aspecto más intelectual. Hice algunas leves modificaciones en la disposición de los objetos, desplazé la pantalla del jarrón de jade de la cómoda a la mesa junto a la ventana, coloqué a su alrededor los objetos recién adquiridos y conseguí así un escritorio de verdad. Como complemento dejé bien a la vista las *Poesías completas* de

Vittoria Aganoor Pompilj y *La vie des abeilles* de Maeterlinck que me había comprado en un puesto callejero.

A principios de noviembre Madame me confió dos encargos que venían que ni pintados para mis recientes adquisiciones de papelería. Había llegado el catálogo de una galería de Zúrich en el que se mencionaban dos grabados de Utamaro, sin ulteriores especificaciones: tenía que pedir información sobre dimensiones, precios, y eventualmente fotografías. Y además debía ponerme en contacto con una empresa de San Remo para que nos enviase con su sistema de expedición los bulbos de trasplante señalados en su catálogo con las siglas tal y cual.

Escribí a la galería de Zúrich una carta escueta y cortés, con elegante caligrafía, en mi papel de arroz. Les rogaba que su respuesta fuese muy detallada, que indicasen el precio en francos suizos, y que *por lo menos* me mandasen dos fotografías en color a formato 16 × 24. Por último daba a entender la posibilidad de una adquisición inmediata en el caso de que se confirmara la calidad de las obras, y firmaba atentamente Lisabetta Rossi-Fini, secretaria de Madame Huppert. Se me ocurrió que en mi firma podía empezar a usar perfectamente el apellido de mamá y el de papá unidos por un guión, al fin y al cabo era hija de los dos, no utilizaba nombres que no me correspondieran. A la tienda de San Remo, junto con los bulbos, les encargué una docena de claveles azules que había visto en el catálogo y que me habían dejado fascinada. El clavel es una flor sencilla y popular, significa franqueza y simpatía, pero aquella variedad de invernadero de un azul intenso, con matices de violeta en sus bordes rizados, era verdaderamente singular: parecían flores exóticas y misteriosas, tenían algo de orquídeas sin poseer su fría vulgaridad.

En aquellos días Madame me tuvo infatigablemente ocupada en la realización de un Gashu, un *moribana* tradicional para el que hacía falta, más que dotes de sensibilidad y de creación, un exacto conocimiento de la antigua pintura japonesa en la que el *moribana* se inspiraba. El *moribana* es una variedad de ikebana realizado sobre un jarrón plano y amplio, rectangular por lo general, o también redondo. Mi colaboración en el *moribana*, en realidad, se limitó a la búsqueda de la materia prima, puesto que tuve que darme un paseo de lo más aburrido por las colinas del lago en busca de nogales y de

brotos de enebro. Había llovido hacía poco y el terreno estaba lejos de resultar ideal para paseos campestres. Acabé ganándome una molestísima irritación en los tobillos, tal vez a causa del polen y de la hojarasca en putrefacción, que me obligó a estar rascándome una semana.

La galería de Zúrich respondió a vuelta de correo. Mandó las fotografías de Utamaro, lamentando que los colores no fueran excesivamente felices y que el formato no fuese el requerido, pero era todo lo que tenían en sus ficheros. Se trataba de dos pequeñas acuarelas, una figura femenina bastante trivial y un insecto sobre una hoja de nenúfar, todo en tonos verdes y marrones, que entusiasmaron a Madame. La información que facilitaba la galería, además de las dimensiones y los precios, consistía en lo siguiente: «Utamaro, 1754-1806. Num. 148/a: *Femme de Yedo*, 1802 environ, gouache sur papier de Chine, état de conservation parfait. Num. 148/b: *Libellule sur nénuphar*, 1790 environ, gouache sur papier de Chine, quelque légère tache d'humidité sur le dos.»

Fue por pura casualidad el que aquella noche, antes de acostarme, se me ocurriera echar un vistazo al capítulo de la *Peinture japonaise* dedicado a la obra y a la escuela de Utamaro. La primera diferencia con el catálogo suizo que me llamó la atención fue la fecha de su muerte, 1797, que me fue confirmada por el *Larousse* de Madame. Encontré muy singular que una galería tan seria pudiera cometer un error tan idiota y me puse a indagar mejor. Decididamente la galería no tenía suerte. Mi libro dedicaba amplio espacio a un discípulo menor de Utamaro, un tal Torii Kiyomine (siglo XIX), de indudable talento y ubérrima traza pero sin la melancólica gracia de su maestro, que había dedicado su obra a la vida de las cortesanas. Comprendí de inmediato que la metedura de pata de los suizos era aún más grave, y no me pareció oportuno pasarlo por alto. Aquella misma noche, en mi escritorio, redacté una carta magistral que al día siguiente sometí a la aprobación de Madame. Con la premisa de que la persona en cuyo nombre me veía obligada a escribirles era una experta de nivel internacional en pintura japonesa, y que la humilde firmante de la carta hacía lo posible por estar a la altura de sus investigaciones, me permitía educadamente hacerles notar cuanto seguía: 1) Me parecía de una singularidad notable que la fecha de la muerte de Utamaro, unánimemente establecida por los más eminentes estudiosos contemporáneos

en 1797, fuese retrasada de forma arbitraria nada menos que nueve años. 2) Dicho error, que evidentemente no se trataba de una errata tipográfica, conducía a un error más lamentable aún: llevaba a pensar que el Maestro había pintado una obra una vez difunto. 3) La figura femenina con la referencia n.º 148/a del catálogo, señalada como *Femme de Yedo* de Utamaro, era en realidad una cortesana de Torii Kiyomine, como testimoniaban, incluso para quien no fuese capaz de leer los ideogramas a la izquierda de la figura, no solo las volutas del traje y la posición manifiestamente decimonónica de la figura, sino también el inequívoco zueco alto y negro que asomaba de las volutas del kimono. Daba a entender, no sin cierta perfidia, que los clientes de la galería se sentirían obviamente alarmados en cuanto a la garantía de las obras de su propiedad si llegaran a enterarse por casualidad de un error tan deplorable; me permitía sugerir en consecuencia una rápida fe de erratas en el catálogo, que nos habría tranquilizado «a todos»; y por último proponía la adquisición, además del auténtico Utamaro, por el que estaba dispuesta a pagar su justo precio, también de la cortesana de Kiyomine, por la mitad del precio requerido. Firmaba, atentamente suya, Lisabetta RossiFini, secretaria de Madame Huppert.

A principios de diciembre regresó el señor Huppert de un largo viaje por Costa de Marfil con un precioso regalo para Madame. Era una estatuilla de piedra que representaba a un hombre en cuclillas empuñando un curioso fusil de hechuras arcaicas. Nos explicó que la escultura en piedra es extremadamente rara en África, porque exige una organización artesanal que tan solo es posible en determinadas culturas con una estructura social lo bastante desarrollada. Aquella pieza, por ejemplo, procedía de un poblado mintadi, en el alto Congo, y ornaba las antiguas necrópolis. Era una imagen-relicario de gran antigüedad, como atestiguaban ya las crónicas del rey del Congo Alfonso I en 1514. Pero su auténtico valor, por lo menos para mí, estribaba en el brazalete que la estatua llevaba en la muñeca, una finísima tira de oro con una sucesión de minúsculos diamantes, una preciosidad.

—Esta, sin embargo, es una pieza moderna —sonrió el ingeniero mientras se lo ponía en la muñeca a Madame. Me pareció un detalle de gran delicadeza.

Monsieur Huppert era un hombre agradable y de amabilidad exquisita, algo tímido, que mostró su complacencia en que Madame hubiese encontrado una compañía tan agradable «que la ayudara a hacer menos agobiante su convalecencia» (eso fue lo que dijo). Salvo el día de la llegada de Monsieur Huppert, cené siempre con los señores. Era una costumbre inaugurada desde que entré en la villa, y a Madame no le pareció oportuno interrumpirla. Por otra parte, era yo la que me ocupaba de la mesa, de las flores (cada tarde componía un minúsculo ikebana sencillo y gracioso), del vino. La muy idiota de Constance no poseía el don de la delicadeza, aunque como cocinera fuera una delicia, y desde luego para las cosas de buen gusto no se podía contar con ella. En cuanto a Giuseppe, bueno, era ya un milagro que supiera manejarse con la chaqueta a rayas y los guantes blancos, sostenía la bandeja como si empuñase unas tijeras de podar; pero con él había que ser indulgente, al fin y al cabo había sido contratado como jardinero.

Nuestras conversaciones se centraban, por lo general, en la pasión de Monsieur Huppert, es decir, el continente negro, por el que abrigaba un amor rayano en la idolatría. Su trabajo de importador de materias primas por cuenta de importantes empresas europeas le consentía considerar a África, tras diez años de viajes, como su tierra de adopción. Y de hacer caso a sus relatos, África parecía aún el continente de Livingstone, de Stanley y de Savorgnan di Brazzà; hasta tal extremo conocía Monsieur Huppert su corazón más secreto, sus más arcanos sortilegios, los itinerarios menos turísticos. Oyéndole hablar yo tenía la sensación de regresar a mis lecturas escolares o a los sueños de mi infancia, a los cuentos de Tarzán, a las aventuras de Cino y Franco, a las películas de Ava Gardner y de Humphrey Bogart. Parecía saberlo todo sobre las pistas menos transitadas, por ejemplo qué safaris escoger de cuantos salían de Fort-Lamy y de Fort-Archambault, qué períodos evitar para no caer en el guirigay de los ricachones americanos en busca de escalofríos, conocía a los mejores guías de Nairobi, los poblados paleolíticos de Olorgesailie, las pinturas rupestres de Cheke, las misteriosas ruinas de Zimbabue, que algunos consideraban las míticas minas del rey Salomón. Pero también conocía el hechizo de las cataratas Victoria, el lujo del Hotel N'gor de Dakar, los pintorescos cottages en las laderas del Kilimanjaro, donde pasan sus

vacaciones los ricos rodesianos, el esmeralda de los campos de golf de Sudáfrica.

Durante la cena yo permanecía en silencio escuchando sus relatos –¿qué otra cosa podía hacer, por otra parte?– y una vez en mi habitación tomaba notas confusas en una libreta que había titulado *Voyage en Afrique*: construía un itinerario turístico ideal que tarde o temprano, estaba convencida, los señores Huppert me invitarían a recorrer con ellos. Me daba cuenta, con perfecta objetividad, de que mi prestigio iba en nítido ascenso. Entre otras cosas, la victoria frente a la galería de Zúrich, que había contestado dando las gracias y aceptando mis condiciones, marcaba un indiscutible punto a mi favor.

Cuando llegó la llamada telefónica de Monsieur Delatour, yo estaba sola en casa, los señores habían ido a la ciudad de compras (Madame tenía que adquirir los adornos navideños) y me habían confiado la villa, como era ya habitual cada vez que se ausentaban. En tales casos contestaba al teléfono, firmaba los recibos de posibles certificados, pagaba a los repartidores, daba instrucciones a Constance para la cena.

Más que sorprendida, Madame dio muestras de gran nerviosismo cuando se enteró de la llegada de Monsieur Delatour el día siguiente. Dijo que era una catástrofe, Dios mío, en casa no había nada, nos faltaba de todo, y, además, ¿venía solo o con Madame Delatour? ¿No lo sabía? ¡Pero santo cielo!, si era *fundamental*, qué embarazoso resultaba recibir a los invitados de cualquier manera, y ¡además nada menos que a los señores Delatour! Ah, qué tonta había sido por no haber comprado flores en la ciudad, ni siquiera teníamos material para un ikebana decente.

El día siguiente fue una jornada febril. Por la mañana Madame intentó componer un Shinsei con pino y hojas de magnolia, pero el resultado se le antojó pobre y sin gracia, y lo deshizo. Le sugerí un Jushoku de buen auspicio, con crisantemos, helechos y una rama de palosanto. Tenía la ventaja de ser de fácil composición, y además el palosanto del jardín, con sus relucientes frutos encarnados, era una verdadera maravilla. Como base utilizamos un jarrón moderno, un Venini azul turquesa, muy elegante. La

composición resultó satisfactoria, aunque como centro de mesa ni siquiera podía tomarse en consideración. Como mucho, podía encajar sobre la cómoda de la sala de estar, o mejor aún para el aparador: en medio de la fruta daba un tono pictórico, pero poco más.

Vinieron inesperadamente en nuestra salvación los claveles azules que había encargado a la tienda de San Remo, casi ni yo misma me acordaba, se me habían ido de la cabeza. Vino a entregarnos una furgoneta de la empresa, junto con los bulbos. Que no eran de un color natural una mirada experta lo descubría de inmediato: nunca llegué a saber si les hacían absorber las sustancias colorantes a través del terreno o si las rociaban sobre la flor. En cualquier caso nos llegaron en un óptimo estado, fresquísimos, una auténtica bendición. Madame y yo nos disculpamos con el ingeniero, confiábamos en que lo entendiera, aquel día nos resultaba imposible acompañarle en la comida. Tomamos un tentempié a toda prisa, un sándwich y un zumo de pomelo, y pasamos enseguida al ikebana. Optamos por lo majestuoso. A decir verdad la composición no era demasiado ortodoxa; pero probablemente Monsieur Delatour no fuera un especialista en la materia, y nos concedimos algunas libertades. Nuestro *moribana* tendía un poco a *épater*, con aquella bandeja Celadon de un blanco lácteo, los helechos y la mancha azul de los seis claveles en el medio. Pero como centro de mesa tenía una personalidad fortísima, hasta el extremo de condicionar todo el resto. Resto con el que tuve que lidiar yo sola, porque Madame se retiró a su habitación para maquillarse, abandonándome en la atroz duda de la elección. Acabé decidiéndome por una elegancia muy contenida, sin pompa: mantel de hilo blanco, sencillísimo, porcelana holandesa del siglo XIX, vasos de cristal tallado. A las siete, justo cuando acabé, oí rechinar un coche sobre la gravilla del jardín. Por la ventana vi que era un Bentley azul oscuro, con chófer, pero no me dio tiempo a divisar cuántas personas había en el asiento trasero. En cualquier caso, no tenía un minuto que perder, me quedaba una hora escasa para correr a mi habitación y adecentarme todo lo posible. Me había sido confiada la responsabilidad del *flambé* en la cena, y aunque no había tenido tiempo aún de probarme el traje de noche de Madame, estaba convencida de que me avejentaba demasiado. Y estaba exhausta.

Madame fue un cielo al presentarme como su «artística secretaria

Mademoiselle Rossi-Fini», me ayudó a encontrar la desenvoltura que tanta falta me hacía. No es que me sintiese cohibida, eso no, pero algo emocionada desde luego, no lo niego. Y además los señores Delatour no eran exactamente esa clase de personas que te hacen sentirte cómoda, especialmente Madame Delatour. De joven debió de ser una preciosidad; ahora cultivaba cierta clase de belleza austera, a lo Grace Kelly, pero más altiva y glacial: cejas muy finas, cabello rubio ceniza recogido en la nuca, el rostro estirado, propio de mujeres asiduas a clínicas suizas. A Monsieur Delatour los años le daban en cambio un toque de fascinación, como a veces ocurre con los hombres que no son excesivamente guapos: sienes plateadas, arrugas y patas de gallo en torno a los ojos, bronceado ligero, ojos azules. Al estilo de Von Karajan, pero más sólido, menos ascético.

Giuseppe entró trayendo los cócteles de aguacate. En las copas de plata el verde pistacho del aguacate en cubitos rociado por un ligerísimo velo de hielo triturado y una gota de kétchup tenía un aspecto magnífico. Oh, una nadería, fingí rechazar los cumplidos subrayando que fingía rechazarlos, me había enseñado a hacerlos la vieja Francine, a papá le gustaban tanto los aguacates, por lo demás adoraba toda la fruta exótica, acaso por razones estéticas, quién sabe, tenía un sentido estético tremendo, papá. ¿Artista?, no, no, del sector minero, eso sí, un sentido estético tremendo, por otra parte determinadas frutas exóticas son un auténtico placer para los ojos, ¿verdad?, una piña, una papaya, una guayaba, un aguacate juntos, ¿no forman a su modo un ikebana?, un ikebana sin título, eso es todo.

—¿Y este cómo se llama?

La pregunta de Madame Delatour nos cogió desprevenidas, una auténtica ducha de agua fría. Con las prisas de la preparación, con los nervios de la llegada imprevista, ni a Madame ni a mí se nos había pasado por la cabeza el ponerle un nombre. Permanecí en silencio, esperando la respuesta de Madame. En cambio, Madame salió del paso con elegancia dirigiéndome un ademán de invitación. «Se lo ruego, querida, dígaselo usted» significaba: «no quiero privarla de este placer».

Me debatí desesperadamente en busca de un título a la altura de la situación. Los ojos de Madame Delatour me atravesaban como dos alfileres, escépticos e inquisitivos.

–Paraíso... «Paraíso celeste» –dije–. Es un *moribana* tradicional –proseguí de un tirón–, significa el sortilegio que nace en el ánimo de los anfitriones ante la llegada de unos gratos invitados.

Madame Delatour dejó por fin que se diluyera su expresión glacial. Su rostro tenso se relajó (me pareció más fea, debo decir), se abrió en una afable sonrisa. Estaba a punto de ceder. De conquistarla definitivamente se encargó Giuseppe entrando con el carrito. El faisán asado, reclinado sobre la fuente, era soberbio. Antes de encomendarme el carrito Giuseppe retiró las plumas de la cola que adornaban la fuente, descorchó el champán y abrió el coñac con una flema impresionante, y solo entonces dijo:

–Monsieur Delatour, una llamada telefónica desde París para usted.

Así que tenía dotes insospechadas, el bueno de Giuseppe, tal vez lo hubiera subestimado. Mientras tanto, las señoras se habían coaligado contra Monsieur Huppert, a propósito de la caza. Partiendo del faisán, la conversación había derivado hacia la caza en general, y Monsieur Huppert, de forma bastante incauta, había confesado su pasión por los safaris.

–¡Pero cómo! –Madame Delatour hablaba con su tono distante, pero estaba visiblemente escandalizada. ¿Abatir a una gacela, esa masa de *élan vital* encerrada en la gracia de un esbelto cuerpo, abatir esa maravilla de la creación no era un delito contra natura?

Monsieur Huppert intentó explicar, sin excesivo ímpetu, que en los safaris no solo se abatían gacelas, o por lo menos no exclusivamente. Invocó el estremecimiento ante el peligro, el hombre contrapuesto al animal, hasta citó a Hemingway. Pero estaba claramente en desventaja. Y aislado además. Me guardé muy bien de meter baza, me pareció arriesgado.

Monsieur Delatour regresó con un aire bastante preocupado, se sentó distraídamente, parecía ausente. La conversación se reanudó con cierta fatiga, era justo el momento de *flamber*, contribuiría a reavivar un poco la atmósfera.

–¡Hale hop! –dije sosteniendo la cerilla de chimenea como si fuera una antorcha–. El infiel ha sido condenado a la hoguera, hágase justicia. –Me pareció una ocurrencia ingeniosa, pero nadie se rió. Me llevé un chasco.

–Pero ¿es que no ha establecido en Dakar los contactos que habíamos acordado? –preguntó de repente Monsieur Delatour mirando fijamente a Monsieur Huppert.

Monsieur Huppert dio un leve respingo, permaneció un instante en silencio, como azorado, bebió un sorbo de champán.

–Se lo explicaré más tarde –dijo–, esta vez no ha resultado nada fácil.

–No creo que sea necesario –le reprendió Monsieur Delatour–. Acabo de recibir información *muy reservada* de París, ya sabe usted de qué fuente. – Hablaba con un tono seco y neutro, sin asomo de cortesía, como si fuera la primera vez que veía a Monsieur Huppert–. El negocio lo han cerrado los alemanes, como era de esperar. Ahora podemos dejarlo todo en el almacén para que vaya adquiriendo cuerpo.

El coñac estaba ardiendo alegremente sobre el faisán, con una llama azulada y crepitante, repleta de promesas. La receta ordenaba como mínimo un minuto de llama, pero probablemente no duró tanto, había echado poco coñac. De todas formas era mejor así, me parecía que había llegado el momento adecuado de ir al grano: la vista ya había sido contentada, ahora le tocaba al estómago. Corté apresuradamente y llamé a Giuseppe para que sirviese. Madame Delatour cogió un pedacito de pechuga que cabía justo debajo de una trufa. Seguía una dieta férrea, aquella belleza embalsamada, qué caramba. Madame Huppert, tal vez para no hacer sentirse incómoda a su invitada, siguió su ejemplo. Cuando Giuseppe me presentó la fuente titubeé en hacer lo mismo. Había un contramuslo con dos tiritas de carne, de dimensiones muy reducidas, que quizá hiciera al caso: al fin y al cabo, después de cenar siempre podía hacer una escapadita para ir a ver a Constance. Luego se me pasó por la cabeza la posibilidad de que Giuseppe y esa tragaldabas de Constance arramblaran con los restos, más contentos que unas pascuas ante la falta de apetito de los señores, y me serví un generoso trozo de pechuga. Qué narices, prácticamente no había probado bocado desde por la mañana; el sándwich del mediodía había sido una mera caricia en el estómago, había tenido un día agotador... y en el fondo aquel faisán era mérito mío.

–No sé si es usted consciente de los problemas que su falta de celeridad nos está creando –dijo con el mismo tono de antes Monsieur Delatour.

Monsieur Huppert dijo que era perfectamente consciente.

–Estupendo –prosiguió Monsieur Delatour–, entonces trate de traducir esos problemas en dólares.

Es probable que Monsieur Huppert hiciera mentalmente la traducción, porque se puso pálido, el tenedor con la trufa permaneció suspendido en el aire, su frente se perló con un velo de sudor.

–Monsieur Huppert –dijo con tono hiriente Monsieur Delatour–, ¿se da usted cuenta de que nosotros le pagamos para que venda? Si usted deja de vender, nosotros dejamos de pagar.

Bendije a Giuseppe, que entraba con el postre. Era una mousse de piña helada adornada con cerezas confitadas, una obra maestra de Constance que yo me sabía de memoria, me volvía loca. Cuando Giuseppe me sirvió le susurré que trajese más champán (había metido otras dos botellas en la nevera una hora antes, por si acaso). Y que se diese prisa. Después me levanté para encender la chimenea, no sin dejar caer que esa noche me sentía una verdadera vestal. Vestal o pirómana, a elección de los señores. Madame Huppert soltó una alegre carcajada y Monsieur Delatour le hizo eco. Por fin se estaba serenando el ambiente. Pensé que no había nada mejor que un buen fuego en la chimenea para relajar los nervios. Y además Giuseppe entró con el balde de hielo y el Dom Pérignon envuelto en una servilleta de un blanco immaculado (impecable, el viejo Giuseppe se estaba comportando como un *grand-mâitre*), hizo saltar el tapón y llenó las copas.

–Se dará usted cuenta –siguió diciendo Monsieur Delatour a Monsieur Huppert (pero ahora tenía una voz más relajada, más conciliadora)–, se dará usted cuenta, espero, de que si quiere recuperar el terreno perdido, a estas alturas no le queda más elección que la X-21. En realidad, de haber seguido mi consejo, estaría ya estipulado desde hace un año.

Monsieur Huppert aún no parecía del todo restablecido de la leve disputa. Seguía estando pálido, me percaté de que le temblaban ligeramente los labios. Habló con los ojos bajos, a la defensiva, el bobo de Monsieur Huppert, como si lo hiciera a propósito para estropear definitivamente una velada que hasta ese momento había aguantado de modo bastante precario.

–Pero eso es imposible... –farfulló–, tiene que entenderlo, Monsieur Delatour..., no se trata de un mero capricho mío..., quiero decir, es que...

Como yo preveía, Monsieur Delatour perdió definitivamente la paciencia, la sangre le afluyó al rostro, los músculos del cuello se le tensaron. El cabezota de Monsieur Huppert había conseguido echar a perder la velada.

–¿Es que...? –dijo procurando contenerse–. ¿Es que qué?

–Digamos que provoca alteraciones celulares –dijo Monsieur Huppert.

–¡Oh! –murmuró con gesto de desolación Monsieur Delatour–, el progreso tiene sus riesgos, apreciado Monsieur Huppert, ¿no cree usted? Por la civilización hay que acabar pagando siempre, de un modo u otro. No se pasa impunemente de las cavernas a la nevera.

Monsieur Huppert permanecía en silencio, mirando obstinadamente la mousse de piña que había dejado en el plato. Hubo un larguísimo momento de silencio, lo único que se oía era el crepitar del fuego en la chimenea.

Monsieur Delatour adoptó un tono conciliador, casi bonachón; parecía estar hablando a un niño que había cometido una involuntaria estupidez.

–Y además permítame que le diga que con métodos como los suyos difícilmente se conquista el mercado. No pretendo enseñarle su oficio, faltaría más, pero, a fin de cuentas, no se puede pretender colocar determinados productos adjuntando certificados de garantía. ¿Cuántas otras veces ha llevado a esa pobre gente los refinados productos de nuestra civilización sin componer a tal propósito tratados de ética?... Elegancia es lo que hace falta..., ya me entiende usted..., delicadeza... Busque un nombre un poco menos inocuo y... convencional, eso es, y a ser posible apetecible. Son seres primitivos, créame, Monsieur Huppert, y a los seres primitivos les gustan los nombres poéticos, los nombres míticos. Y sin contar además que si queda algún papel escrito siempre es mejor dejar..., a ver cómo lo digo..., un seudónimo.

Dirigió la mirada a su alrededor, sus ojos se posaron en la chimenea, en Madame Huppert, que contemplaba el fuego, en mí, que le miraba fijamente, en el champán, en el ikebana del centro de mesa.

–Por ejemplo –susurró de modo insinuante, con el tono de quien ha tenido una idea excelente–, por ejemplo, empiece por venderles un millón de dólares de «Paraíso Celeste».

Justo en aquel instante se asomó Giuseppe para preguntar si debía servir el café.

–Dentro de unos minutos –dijo Madame–, lo tomaremos junto al fuego.

VOCES

*Para mi amiga Maria Ivone,
que una vez me confió un secreto*

La primera llamada fue la de una chica que telefoneaba por tercera vez en tres días y repetía sin cesar que ya no podía más. En muchos casos hay que estar atento, porque existe riesgo de psicoddependencia. Es necesario mostrarse afectuoso pero con circunspección, quien llama debe sentir que al otro lado de la línea tiene un amigo, no un *deus ex machina* del que depende su vida. Además, la regla principal es que no coja apego a una voz en particular, de lo contrario se crean situaciones difíciles. Con los depresivos sucede con extrema facilidad, sienten necesidad de un confidente personalizado, no se conforman con una voz anónima, quieren que sea *esa* voz y se apegan a ella a la desesperada. Pero con determinada clase de depresivos, de esos que tienen una idea fija con la que construyen un muro a su alrededor, la cosa se complica ulteriormente. Las tuyas son llamadas que te dejan helada, es raro que se llegue a establecer un contacto. Esta vez sin embargo la cosa salió bien, porque tuve la suerte de descubrir algo que le interesaba. Otra regla, que por lo general sirve en un buen número de casos, es reconducir la conversación hacia un tema que interese a quien llama, porque todo el mundo, hasta los más desesperados, tiene algo que en el fondo le interesa, hasta quienes más alejados parecen de la realidad. A menudo es una cuestión de buena voluntad por nuestra parte, aunque haya que recurrir a pequeños trucos, a expedientes; yo a veces logro desbloquear situaciones que parecían imposibles con el juegucito del vaso, y así consigo establecer un cierto grado de comunicación. Supongamos que suena el teléfono, descolgáis el auricular, soltáis la formulita habitual o algo por el estilo, y al otro lado nada, el silencio más absoluto, ni siquiera oís respirar. Entonces insistís, procurando hablar con tacto, decís que sabéis que os está escuchando, que diga algo, lo que quiera, lo primero que se le ocurra: algo absurdo, una

imprecación, un grito, una sílaba. Nada, silencio total. Y sin embargo, si ha llamado alguna razón habrá, pero tú no puedes saberlo, no sabes nada, puede que sea extranjero, puede que sea mudo, puede que sea cualquier cosa. Y entonces cojo un vaso y un lápiz y digo: escúcheme, en esta tierra vivimos millones y millones de personas, y sin embargo, somos justo nosotros dos los que nos hemos encontrado, solo por teléfono, es verdad, sin conocernos y sin vernos, pero nos hemos encontrado, no echemos a perder este encuentro, algo debe de querer decir, escúcheme, juguemos a un juego, yo tengo aquí un vaso, delante de mí, voy a hacerlo sonar con un lápiz, *tilín*, ¿me oye?, si me oye haga usted lo mismo, dos golpes, o si no tiene nada delante dé unos toquitos en el auricular con la uña, así, *toc-toc*, ¿me oye?, si me oye responda, se lo ruego, escuche, ahora yo empezaré a enumerar algunas cosas, lo primero que se me pase por la cabeza, y usted me dice si le gustan, por ejemplo, ¿le gusta el mar?, para decir que sí dé dos golpes, un golpe solo significa que no.

Pero vete tú a saber qué es lo que le interesa a una chica que marca el número, permanece callada durante casi dos minutos y luego empieza a repetir: ya no puedo más, ya no puedo más, ya no puedo más, ya no puedo más. Así, hasta el infinito. Fue una pura casualidad, porque justo antes yo había puesto un disco, al fin y al cabo, pensaba, el 15 de agosto no habrá mucho trajín; y de hecho hacía más de dos horas que había empezado mi turno y no había llamado nadie. Hacía un calor espantoso, el pequeño ventilador que me había traído no me daba alivio alguno, la ciudad parecía muerta, todos fuera, de vacaciones, me arrellané en el sillón y me puse a leer pero el libro se me cayó sobre el pecho, no me gusta quedarme dormida cuando estoy de guardia, soy un poco lenta de reflejos y si alguien llama me quedo aturdida los primeros segundos y a veces son precisamente esos primeros segundos los que cuentan, porque quizá el otro cuelgue y luego quién sabe si tiene valor para volver a marcar el número. Por eso puse de fondo la marcha turca de Mozart, es alegre, con no sé qué de estimulante, mantiene alta la moral. Ella telefoneó mientras sonaba el disco, permaneció callada durante largo rato y luego empezó a repetir que ya no podía más, yo la dejé hablar porque en estos casos la mejor regla es que el que llama se desahogue, lo mejor es que diga todo lo que quiera y cuantas veces quiera;

cuando ya lo único que se oía por el auricular era su respiración afanosa le dije: espera un momento, si no te importa, voy a quitar el disco, y ella contestó: déjalo si quieres. Claro, dije yo, lo dejo encantada, ¿te gusta Brahms? No sé cómo había intuido que la posibilidad de una comunicación podía proporcionármela la música, el truco me salió espontáneo, a veces una mentirijilla resulta providencial; en cuanto a Brahms, probablemente jugó en mi inconsciente la sugestión del título de Françoise Sagan, un título que uno lleva siempre adormecido en la memoria. Eso no es Brahms, dijo ella, es Mozart. ¿Cómo que Mozart?, dije yo. Claro, Mozart, dijo ella con vivacidad, es la marcha turca de Mozart. Y gracias a eso empezó a hablarme del conservatorio, donde estudiaba antes de que le pasase aquello, y todo fue muy bien.

El tiempo, después, se me pasó muy lento. Oí tañer las siete en el campanario de la iglesia de San Domenico, me asomé a la ventana, sobre la ciudad se extendía un ligero velo de calina, y eran escasos los automóviles que pasaban por la calle. Me arreglé las pestañas, a veces me parezco mona, luego me tumbé en el sofacito junto al tocadiscos y me puse a pensar en las cosas, en la gente, en la vida. El teléfono volvió a sonar a las siete y media. Yo pronuncié la consabida fórmula, acaso con cierto cansancio, al otro lado hubo un ligero titubeo, después la voz dijo: me llamo Fernando pero no soy un gerundio. Es siempre una norma aconsejable apreciar las ocurrencias de quien llama, revelan el deseo de establecer un contacto, y me reí. Le contesté que yo tenía una abuela que se llama María, pero que no era un condicional; y también él se rió un poco. Y después dijo que de todas formas tenía algo en común con los verbos, que tenía una de sus cualidades. Que era intransitivo. Todos los verbos sirven para la construcción de la frase, dije yo. Me parecía que la conversación consentía un tono alusivo, y además siempre hay que secundar el registro escogido por quien llama. Pero es que yo soy deponente, dijo. Deponente en qué sentido, pregunté yo. En el sentido de que depongo, dijo él, depongo las armas. Tal vez el error estribaba en pensar que las armas no tenían que ser depuestas, ¿no le parecía?, tal vez nos habían enseñado mal la gramática, era mejor dejar que las armas las utilizaran los beligerantes, había mucha gente desarmada, podía estar seguro de contar con una compañía numerosa. Él dijo: pues... será, y yo dije que nuestra conversación

parecía la tabla de las conjugaciones, y esta vez le tocó a él reírse, una risita breve y áspera. Y luego me preguntó si conocía el ruido del tiempo. No, dije yo, no lo conozco. Pues bien, siguió él, basta con sentarse sobre la cama, durante la noche, cuando uno no consigue quedarse dormido, y permanecer con los ojos abiertos en la oscuridad, y al cabo de un rato se oye, es como un mugido en lontananza, como el aliento de un animal que devora a la gente. Por qué no me explicaba mejor esas noches, tenía todo el tiempo del mundo, y yo no tenía otra cosa que hacer más que escucharle. Pero entretanto él ya estaba en otra parte, se había saltado un nexo indispensable para que yo pudiera seguir el hilo de la historia; a él ese pasaje no le hacía falta, o tal vez prefiriera soslayarlo. Pero yo dejé que hablara, no hay que interrumpir nunca por ningún motivo, y además no me gustaba su voz, era algo estridente y a veces un susurro. La casa es muy grande, dijo, es una casa antigua, hay muebles de mis antepasados, horribles muebles estilo imperio con patas de animales; y también alfombras raídas y cuadros de hombres huraños y de mujeres altivas y desdichadas, con el labio inferior imperceptiblemente colgante. ¿Sabe por qué su boca tiene esa forma tan curiosa?, porque la amargura de toda una vida se dibuja en el labio inferior y este acaba cayendo, esas mujeres se pasaban las noches insomnes junto a maridos estúpidos e incapaces de ternura, y ellas también, esas mujeres, se quedaban con los ojos abiertos en la oscuridad, cultivando el resentimiento. En el vestidor adosado a mi habitación aún están sus cosas, las que se dejó aquí: algunas prendas de ropa interior atrofiadas sobre una banqueta, una pequeña cadena de oro que llevaba en la muñeca, un pasador de carey. La carta está sobre la cómoda, bajo la urna de cristal que en otros tiempos custodiaba un mastodónico despertador de Basilea, aquel despertador lo rompí yo cuando era pequeño, un día que estaba enfermo, nadie subía a verme, me acuerdo como si fuera ayer, me levanté y saqué el despertador de su estuche, tenía un tictac espantoso, le quité la tapa del fondo y lo desmonté metódicamente hasta que la sábana quedó cubierta con todos sus minúsculos engranajes. Si quiere puedo leérsela, me refiero a la carta, mejor dicho, se la repito de memoria, la leo todas las noches: Fernando, si solo supieras cómo te he odiado durante todos estos años... Así empieza, el resto puede deducirlo usted sola, la urna de cristal custodia un odio macizo y comprimido.

Y luego volvió a saltarse un pasaje, pero esta vez me pareció comprender el nexo, dijo: y Giacomino ¿cómo será ahora? ¿En qué se habrá convertido? Será ya un hombre, en algún lugar del mundo. Y entonces yo le pregunté si aquella carta llevaba como fecha el quince de agosto, porque lo había intuido, y él dijo que sí, que era justo el aniversario, y que lo iba a celebrar como convenía, tenía ya preparado el instrumento de la celebración, estaba allí sobre la mesa, al lado del teléfono.

Se quedó callado, yo aguardé a que dijera algo más, pero él no volvió a hablar. Entonces dije: por qué no espera a otro aniversario, Fernando, intente esperar un año más. Me di cuenta enseguida de lo ridículo de la frase, pero en aquel momento no se me pasó nada mejor por la cabeza, había hablado por hablar y en el fondo lo que contaba era el concepto. Con la cantidad de llamadas que habré tenido que escuchar, de todas clases, con las situaciones más absurdas, y sin embargo tal vez fuera en aquel momento cuando mi habitual habilidad vaciló, y me sentí yo también perdida, como si me hiciera falta otra persona que me escuchase a mí y me hablara con amabilidad. Fue un instante, él no replicó, yo me recobré con prontitud, ahora sabía lo que podía decirle, podía hablarle de las microperspectivas y le hablé de las microperspectivas. Porque en la vida hay muchas clases de perspectivas, las llamadas grandes perspectivas, que todo el mundo considera fundamentales, y las que yo llamo microperspectivas, que serán insignificantes, lo admito, pero si todo es relativo, si la naturaleza admite que existan águilas y hormigas, por qué no podemos vivir, igual que las hormigas, me pregunto, de microperspectivas. Sí, microperspectivas, insistí, y a él le pareció divertida mi definición, pero en qué consiste eso de las microperspectivas, preguntó, y yo me puse a explicárselo con todo detalle. La microperspectiva es un *modus vivendi*, ¿de acuerdo?, podemos decirlo así, es una forma de concentrar la atención, *toda* la atención, en un pequeño detalle de la vida, del trasiego cotidiano, como si ese detalle fuese lo más importante de este mundo; pero con ironía, sabiendo que no es en absoluto lo más importante de este mundo, y que todo es relativo. Puede servirnos de ayuda el elaborar listas, tomar notas, marcarnos horarios férreos y no transigir. La microperspectiva es una forma concreta de apegarse a cosas concretas.

No me pareció muy convencido, pero mi objetivo no era hacer obra de

convicción. Me daba perfectamente cuenta de que no estaba revelando el secreto de la piedra filosofal; sin embargo, el mero hecho de que sintiera que alguien podía interesarse por sus problemas debía de servir de algo. Era todo lo que podía hacer. Me preguntó si me podía llamar a casa. Una lástima, no tenía teléfono. ¿Y ahí? Claro que sí, ahí cuando quisiera, no mañana no, desgraciadamente, pero claro que podía dejarme un recado, es más, debía hacerlo, habría un amigo en mi lugar que luego me lo pasaría, me encantaría que me contara cuál había sido la microperspectiva de su jornada.

Se despidió educadamente, con un tono de voz que parecía pedir disculpas. Había caído la noche y ni me había dado cuenta, a veces ciertas conversaciones exigen una concentración espantosa. Vi por la ventana a Gulliver mientras cruzaba la calle, venía a darme el relevo, a Gulliver se le podía ver hasta desde lo alto de un rascacielos, por algo le llaman Gulliver, recogí mis cosas y me preparé para marcharme. Solo entonces me di cuenta de que eran las nueve menos diez, caramba, le había prometido a Paco que a las nueve en punto estaría en casa y por mucha prisa que me diese, dada la hora que era, no llegaría antes de las nueve y media. Por si fuera poco, en transporte público, que si ya es un desastre hasta en los días normales, imagínate el quince de agosto. Tal vez fuera mejor incluso ir andando. Me crucé con Gulliver como una flecha, sin darle siquiera tiempo para saludarme, me gritó algo en son de broma a mis espaldas, le contesté desde las escaleras que tenía una cita, y que la próxima vez fuese puntual, por favor, le dejaba el ventilador aunque no se lo mereciera. Ni que fuera a propósito, nada más salir del portal vi el 32 que doblaba la esquina, aunque no me lleva hasta casa me ahorra un buen trozo de camino, de modo que lo cogí al vuelo, estaba completamente vacío, qué sensación tan rara el 32 así de vacío si se piensa en cómo va siempre. El conductor iba tan despacio que me daban ganas de decirle algo, pero no lo hice, tenía un aire tan resignado, los ojos apagados. Bueno, pensé, si Paco se enfada peor para él, no puedo echar a volar, me bajé en la parada frente a los grandes almacenes, caminaba a buen ritmo pero ya eran las nueve y veinticinco, era inútil correr para llegar tarde de todas formas, completamente sudada y jadeando como una desesperada. Metí la llave procurando no hacer ruido. La casa estaba oscura y silenciosa, me impresionó, quién sabe por qué pensé en algo desagradable y me dejé

vencer por la ansiedad. Dije: Paco, Paco, soy yo, ya estoy aquí. Por un momento me sentí arrollada por el desconuelo. Dejé los libros y el bolso sobre el escabel del recibidor y me acerqué a la puerta del salón. Paco, Paco, se me ocurrió decir de nuevo. El silencio es a veces una cosa atroz. Sé lo que habría querido decirle, si hubiese estado allí: por favor, Paco, le habría dicho, no ha sido culpa mía, he recibido una llamada kilométrica y hoy los transportes funcionan a medias, estamos a quince de agosto. Fui a cerrar la terracita de atrás, porque en el jardín hay mosquitos y en cuanto ven la luz entran a montones. Se me vino a la cabeza que en la nevera quedaba aún una lata de caviar y otra de paté, me pareció el momento de abrirlas, y también de destapar una botella de vino de Mosela. Puse la mesa con los bajoplatos de lino amarillo y coloqué en el centro una vela roja. Mi cocina tiene muebles de madera clara, con la luz de la vela adquiere una atmósfera reconfortante. Mientras lo preparaba todo volví a llamar débilmente: Paco. Golpeé ligeramente un vaso con una cuchara, *tilín*, más fuerte después, ¡*tilín!*!, el sonido aleteó por toda la casa. Luego de repente tuve una inspiración. Puse frente a mi sitio otro bajoplato, un plato, los cubiertos y un vaso. Llené ambos vasos y fui al cuarto de baño a arreglarme un poco. Imagínate que volviera de verdad. A veces la realidad supera a la imaginación. Llamaría con dos timbrazos breves, como solía hacer él, y yo entreabrirla la puerta con un gesto de complicidad: he puesto la mesa para dos, le diría, te estaba esperando, no sé por qué pero te estaba esperando. Quién sabe qué cara pondría.

DOS RELATOS SIN DOMICILIO FIJO (1981-1985)

EL GATO DE CHESHIRE

1

Y después de todo no era verdad. Digamos más bien palpitaciones, si bien las palpitaciones no son más que un síntoma, y por eso. Pero miedo no, se dijo, qué estupidez, la simple emoción, eso es. Abrió la ventanilla y se asomó. El tren estaba disminuyendo la velocidad. La marquesina de la estación temblaba a través del aire tórrido. Un calor exagerado, pero si no hace calor en julio, ¿cuándo lo va a hacer? Leyó el cartel de Civitavecchia, bajó la cortina, oyó algunas voces, después el silbido del jefe de estación y el ruido de las portezuelas al cerrarse. Pensó que si fingía que estaba durmiendo quizá nadie entraría en el compartimento, cerró los ojos y se dijo: no quiero pensar en ello. Y después dijo: debo hacerlo, esto no tiene sentido. Pero ¿por qué?, ¿es que las cosas tienen sentido? Tal vez sí, pero un sentido secreto, se comprende después, mucho más tarde, o no se comprende, pero tienen que tener un sentido: un sentido propio, que a veces no nos concierne, aunque parezca que sí. Por ejemplo, la llamada telefónica. «Hola, Gato, soy Alicia, he vuelto, ahora no te lo puedo explicar, solo tengo dos minutos para dejarte un mensaje.» Unos segundos de silencio. «... Tengo que verte, tengo absolutamente que verte, es lo que ahora más deseo, he pensado siempre en ello durante estos años.» Unos segundos de silencio. «¿Cómo estás, Gato, te ríes todavía de aquella manera? Perdona, la pregunta es estúpida, pero es tan difícil hablar sabiendo que la voz se está grabando, tengo que verte, es muy importante, te lo ruego.» Unos segundos de silencio. «Pasado mañana quince de julio a las quince horas, estación de Grosseto, te esperaré en el andén, tienes un tren que sale de Roma hacia la una.» Clic.

Uno vuelve a casa y se encuentra un mensaje así en el contestador. Después de tanto tiempo. Todo engullido por los años: aquel período, aquella ciudad, los amigos, todo. E incluso la palabra gato, también engullida por los años, que reaparece en la memoria junto a la sonrisa que aquel gato llevaba consigo porque era la sonrisa del gato de Cheshire. Alicia en el país de las

maravillas. Era una época de maravillas. Pero ¿lo era de verdad? Ella era Alicia, y él el gato de Cheshire: todo era un divertimento, como una bella historia. Pero mientras tanto, el gato había desaparecido, exactamente como en el libro. Quién sabe si no había quedado la sonrisa, pero la sonrisa solamente, sin el rostro al que pertenecía aquella sonrisa. Porque el tiempo pasa y devora las cosas, tal vez quede solo la idea. Se levantó y se miró en el espejo colgado sobre el asiento del centro. Sonrió. El espejo le devolvió la imagen de un hombre de cuarenta años, de rostro delgado y bigote rubio, con una sonrisa incómoda y forzada como todas las sonrisas hechas ante el espejo: sin malicia, sin diversión, sin la astucia del que toma el pelo a la vida. Bien distinto del gato de Cheshire.

La señora entró en el compartimento con aire tímido. ¿Está ocupado? Claro que no, está todo vacío. Era una señora anciana con un esfumado celeste en los cabellos blancos. Sacó la labor y se puso a hacer punto. Llevaba unas gafas redondas con una cadenita. Parecía haber salido de un anuncio televisivo. ¿Usted también va a Turín?, preguntó enseguida. Preguntas de tren. Respondió que no, que él se bajaba antes, pero no dijo en qué estación. Grosseto. ¿Qué sentido tenía? Y, además, ¿por qué Grosseto, qué hacía Alicia en Grosseto, por qué le había citado allí? Sintió cómo el corazón le latía con fuerza y pensó de nuevo en el miedo. Pero ¿miedo de qué? Es la emoción, se dijo, ¿miedo de qué, vamos, miedo de qué? Del tiempo, del gato de Cheshire, el tiempo que ha hecho que todo se evapore, incluida tu preciosa sonrisita de gato de Alicia en el país de las maravillas. Y ahora de nuevo aquí, su Alicia de las maravillas, el quince de julio a las quince horas, muy típico de ella, que amaba los juegos con los números y coleccionaba mentalmente fechas incongruentes. Del tipo: *Perdóname, Gato, pero ya no es posible. Te escribiré para explicártelo todo. 10 del 10, a las 10 (dos días antes del descubrimiento de América)*. Alicia. Era el mensaje de despedida, lo había dejado en el espejo del baño. La carta había llegado casi un año después, explicaba todo con lujo de detalles, pero en realidad no explicaba nada, solo decía cómo funcionaban las cosas, su mecánica de superficie. Por eso la había tirado. La nota, en cambio, la conservaba todavía en la cartera. La sacó y la miró. Estaba amarillenta en los pliegues y se había abierto una hendidura en el centro.

Hubiera querido abrir la ventanilla, pero quizá a la señora le molestara. Y además un cartel metalizado rogaba que no se abriera para no perjudicar el efecto del aire acondicionado. Se levantó y salió al pasillo. Tuvo tiempo de ver la mancha clara de las casas de Tarquinia antes de que el tren tomara la curva lentamente. Cada vez que pasaba por Tarquinia recordaba a Cardarelli. Y después que Cardarelli era hijo de un ferroviario. Y después el poema «Liguria». Algunos recuerdos escolares se resisten a morir. Se dio cuenta de que estaba sudando. Volvió a entrar en el compartimento y cogió su pequeña bolsa de viaje. En el lavabo se echó desodorante en las axilas y se cambió de camisa. Quizá pudiera también afeitarse, para matar el tiempo. Verdaderamente no le hacía mucha falta, pero quizá le diera un aspecto más fresco. Había llevado el neceser de baño y la maquinilla eléctrica, no había tenido el valor de confesárselo, pero era por la posibilidad de pasar la noche fuera. Se afeitó solamente a contrapelo, con mucha atención y se cubrió de after shave. Después se lavó los dientes y se peinó. Mientras se peinaba intentó sonreír, le pareció que había mejorado, no era la sonrisa algo idiota que había esbozado antes. Se dijo: tienes que hacer algunas hipótesis. Pero no se sentía capaz de hacerlas mentalmente, se le cruzaban en forma de palabras, se enmarañaban y se confundían, no era posible.

Volvió al compartimento. Su compañera de viaje se había quedado dormida con la labor en el regazo. Se sentó y sacó un cuaderno. Si quería, podía imitar con cierto grado de aproximación la caligrafía de Alicia. Pensó en escribir una nota como la que hubiera podido escribir ella, con esas absurdas hipótesis suyas. Escribió: *Stephen y la niña han muerto en un accidente de coche en Minnesota. No puedo vivir ya en Estados Unidos. Te lo ruego, Gato, consuélame en este terrible momento de mi vida.* Hipótesis trágica, con una Alicia devastada por el dolor que ha comprendido el sentido de la vida gracias a un tremendo destino. O bien una Alicia avispada y desenvuelta, con una pizca de cinismo: *Se había convertido en una vida de infierno, en una cárcel insoportable, de la niña se encargará el niño de Stephen, están hechos de la misma madera, adiós Estados Unidos.* O bien una nota entre lo patético y lo sentimental, estilo novela rosa: *A pesar de todo*

este tiempo, jamás has salido de mi corazón. Ya no puedo vivir sin ti. Créeme, tu esclava de amor, Alicia.

Arrancó la nota del cuaderno, la arrugó y la echó en el cenicero. Miró por la ventanilla y vio una bandada de pájaros que volaban sobre un espejo de agua. Ya habían pasado por Orbetello, por lo tanto aquello era la zona de Alberese. Para Grosseto faltaban unos diez minutos. Sintió de nuevo que el corazón se le subía a la garganta y una especie de ansia, como cuando uno se da cuenta de que está llegando tarde. Pero el tren era puntualísimo y él estaba dentro del tren y, por lo tanto, él también era puntual. Solo que no se esperaba estar tan cerca de la llegada, estaba retrasado consigo mismo. En la bolsa tenía una chaqueta de lino y una corbata, pero le pareció ridículo descender tan elegante, con la camisa estaba bien, y además con aquel calor... El tren se desvió en un cruce y el vagón osciló. El último vagón oscila siempre más, es siempre un poco molesto, pero en la estación de Termini no había tenido ganas de recorrer todo el andén y se había metido en el último vagón, con la esperanza, además, de que hubiera menos gente. Su compañera de viaje balanceó la cabeza en señal afirmativa, como si se dirigiera a él para aprobarle, pero era solo el efecto del balanceo, porque siguió durmiendo tranquilamente.

Guardó el cuaderno, arregló un poco la chaqueta que se había arrugado ligeramente, se pasó una vez más el peine por la cabeza, cerró la cremallera de la bolsa. Por la ventanilla del pasillo vio los primeros edificios de Grosseto y el tren comenzó a disminuir la velocidad. Intentó imaginarse el aspecto de Alicia, pero ya no había tiempo para esas hipótesis, las podía haber hecho antes, quizá se habría entretenido mejor. El pelo, pensó, ¿cómo tendrá el pelo? Lo tenía largo, pero quizá se lo haya cortado, seguro que se lo ha cortado, ahora el pelo largo no se lleva. Su vestido se lo imaginó blanco, quién sabe por qué.

El tren entró en la estación y se detuvo. Él se levantó y bajó la cortina. A través de la rendija echó una ojeada fuera, pero estaba demasiado lejos de la

marquesina, no conseguía ver nada. Cogió la corbata y se hizo el nudo con calma, después se puso la chaqueta. Se miró al espejo y sonrió un rato. Estaba mejor. Oyó el silbato del jefe de estación y las portezuelas que se cerraban. Entonces alzó la cortina, bajó el cristal y se apoyó en la ventanilla. El andén comenzó a desfilarse lentamente a lo largo del tren que se ponía en marcha, y él se asomó para ver a las personas. Los viajeros que habían descendido se dirigían al paso subterráneo, bajo la marquesina había una viejecita vestida de oscuro con un niño de la mano, un mozo de estación sentado en su carro y un heladero con la chaqueta blanca y la caja de los helados en banderola. Pensó que no era posible. No era posible que ella no estuviera allí, bajo la marquesina, con el pelo corto y un vestido blanco. Corrió al pasillo para asomarse a la otra ventanilla, pero el tren estaba ya fuera de la estación y empezaba a coger velocidad, apenas tuvo tiempo de ver el letrero de *Grosseto* que se alejaba. No es posible, pensó otra vez, estaba en el bar. No ha resistido con este calor y ha entrado en el bar, tan segura estaba de que yo vendría. O tal vez estaba en el paso subterráneo, apoyada en el muro, con ese aire suyo ausente y a la vez estupefacto de eterna Alicia en el país de las maravillas, el pelo todavía largo y un poco enmarañado, y con las mismas sandalias azules que él le había regalado aquella vez en la playa, y le habría dicho: me he vestido así, como antaño, para complacerte.

Recorrió el pasillo en busca del revisor. Estaba en el primer compartimento ordenando papeles: evidentemente, había entrado con el nuevo turno y no había comenzado todavía la vuelta de control. Se asomó y le preguntó cuándo había un tren de regreso. El revisor le miró con un aspecto ligeramente perplejo y le preguntó: ¿de regreso adónde? En sentido contrario, dijo él, hacia Roma. El revisor se puso a hojear el horario. Hay uno en Campiglia, pero no sé si llegará a tiempo para cogerlo, o si no... Miró el horario con mayor atención y preguntó: ¿quiere un expreso o le vale uno local? Él se quedó pensando y no respondió enseguida. No importa, dijo al final, ya me lo dirá más tarde, total, hay tiempo.

VAGABUNDEO

A Sergio Vecchio, viejo amigo

1

A veces empezaba así, con un rumor imperceptible, como una pequeña música; y también con un color, una mancha que nacía en el interior de los ojos y se ensanchaba sobre el paisaje y después invadía nuevamente los ojos y de estos pasaba al alma: el añil, por ejemplo. El añil tenía un sonido de oboe, a veces de clarín, en los días más felices. El amarillo, en cambio, tenía sonido de órgano.

Miraba las hileras de los álamos que emergían del colchón de niebla como tubos de un órgano y sobre ellos vio la música amarilla de la puesta de sol, con alguna nota dorada. El tren corría por el campo, el horizonte era un hilo incierto que aparecía y desaparecía entre las oleadas de niebla. Aplastó la nariz contra el vapor condensado del cristal: añil, en el violeta de la noche. Alguien le tocó en un hombro y se sobresaltó.

–¿Le he asustado? –dijo un hombre. Era un anciano señor corpulento, con una cadena de oro sobre el chaleco. Tenía un aire sorprendido y contrariado a la vez–. Perdóneme, no creía...

–Oh, no es nada –dijo él, y con la mano borró rápidamente las palabras del cristal.

El hombre se presentó diciendo primero su apellido. Era un corredor de ganado de Borgo Panigale.

–Voy a la feria de Módena –dijo–, y usted, ¿va lejos?

–No lo sé –respondió–, no sé adónde va este tren.

–Entonces ¿por qué lo ha cogido? –preguntó el hombre con lógica–, si ni siquiera sabe adónde va.

–Para viajar –respondió–, porque los trenes viajan.

El Corredor sonrió y sacó un cigarro. Lo encendió y echó el humo.

–Claro que los trenes viajan, y nosotros viajamos dentro. ¿Cómo se llama usted?

–Me llamo Dino.

–Es un nombre bonito. ¿Y qué más?

–¿Y qué más qué?

–De apellido.

–Artista.

–¿De apellido?

–Sí, Artista. Señor Dino Artista.

–Es un apellido curioso, nunca lo había oído.

–Lo he inventado yo, es un seudónimo.

–¿Qué quiere decir?

–Quiero decir que es un nombre artístico. Y ya que es un nombre artístico, he elegido Artista.

–Entonces ¿es usted artista?

–Efectivamente –dijo él. Y escribió en el vaho del cristal: Dino Artista.

–¿Y artista de qué, de variedades?

–De todo, de todo. Saltimbanqui, principalmente, y también acróbata. Ahora se me ha ocurrido una acrobacia, un día la haré; antes o después, iré a Estados Unidos.

–¿A hacer de acróbata?

–No, iré en tranvía, esa es la acrobacia.

–¿En tranvía? ¡No se puede ir a Estados Unidos en tranvía, de por medio está el mar!

–Se puede, se puede –dijo–, es difícil, pero no imposible.

–¿Ah, sí? –dijo el Corredor–, ¿y cómo se hace?

–Magia –dijo él–, magia del arte. –Después, cambió de pronto de conversación y miró alrededor circunspectamente–. El revisor no ha pasado todavía, ¿verdad?

El Corredor negó con la cabeza y entendió enseguida.

–No tienes billete, jovencito, ¿no es así?

Él asintió y bajó los ojos como si se avergonzara.

–Debo encerrarme en los lavabos, por lo menos hasta que haya pasado.

El Corredor se rió.

–Estamos llegando a Módena –dijo–, si quieres bajar conmigo te invito a comer en I Fratelli Molinari.

2

El Corredor no paraba de hablar, era un hombre jovial, le gustaba ir en carruaje, dar órdenes al conductor, asumir aquel tono hospitalario de persona generosa, se veía que le daba satisfacción. Le dijo al conductor que pasara por el centro, porque quería mostrar a su invitado la Ghirlandina: no se puede venir a Módena sin ver la catedral y la torre. Con la mano enguantada mostraba por la ventanilla las bellezas de la ciudad y las ilustraba con las palabras obvias de quien no es instruido, pero con el tono caluroso de quien ama a las cosas y a la gente.

–Esta es la plaza Real –decía–, y ahora vamos a la plaza Grande, mira hacia lo alto, asómate por la ventanilla.

Después la carroza enfiló una calle larguísima flanqueada por antiguos palacios.

–Este es el Corso de la Via Emilia –decía el Corredor–, se llama así porque prosigue el camino fuera de las murallas, de una parte hacia Bolonia y de la otra hacia Reggio. Nuestro restaurante está allí, en la esquina con la calle San Carlos.

I Fratelli Molinari era un restaurante amplio y lleno de gente, con mesas de mármol y grandes percheros de los que colgaban los abrigos de los parroquianos. El Corredor era un hombre conocido y muchos le saludaban. Estaba muy animado, debido al mercado del día siguiente. Eligieron una mesa en la esquina, y el dueño llegó con una botella de vino como obsequio de la casa. En aquel restaurante había esa costumbre. El joven miraba a su alrededor con ojos despiertos. Toda aquella animación le alegraba, en el local hacía calor y había humo, tras los cristales se divisaba una muralla con penachos de alcaparras en los intersticios de las piedras, la niebla había descendido todavía más y hacía irreales los perfiles.

Con la comida y con el vino las mejillas del Corredor habían enrojecido y los ojos le brillaban.

–Mi hijo era un jovenzuelo como tú, se llamaba Pietro –dijo conmoviéndose–, murió de fiebres en 1902, hace ya cuatro años. –Después se sonó las narices en la servilleta y dijo–: Él también llevaba bigote.

Cuando salieron estaba cayendo la noche y los faroleros encendían los primeros fanales. Algunas tiendas tenían antorchas encendidas cerca de sus letreros y sobre los estípites de algunas hosterías había ramas de laurel. Un niño con una máscara de cartón pasó bajo los soportales de la mano de una mujer. Era febrero.

–Es el último día de carnaval –dijo el Corredor–, quédate a hacerme compañía, tengo una habitación en el Hotel Italia y puedo alojarte, vamos a divertirnos juntos.

El joven lo siguió en silencio por las calles ya desiertas. Sus pasos resonaban en el empedrado y ninguno habló. Atravesaron soportales y llegaron a un edificio de piedra gris, con un pesado portón. El Corredor tiró de la manilla de una campana y en el portón se abrió una pequeña puerta. Subieron una larga escalera y entraron en un vestíbulo con una vidriera llena de colores. Les recibió una señora muy rubia, con un vestido floreado, que les hizo pasar a un saloncito. En las paredes había algunos retratos de bellas muchachas y el joven se puso a observarlas con atención.

–Ahora ya no es como antaño –susurró el Corredor–, cuando la madame era Ana la de Ferrara. Ella sí que sabía, tenía siempre chicas de primera calidad. Pero se ha casado con un viejo bobalicón de Roma, un profesor, se ha convertido en una señora honesta. Ahora hay que conformarse con lo que pase el convento. –Rió brevemente y se puso a observar el retrato de una muchacha morena fotografiada con las manos en el corazón–. Yo elijo a esta –dijo–, me gustan sus ojos. ¿A cuál eliges tú?

El joven le miró con ojos desencajados.

–¿Por qué debo elegir? –balbució.

–¿Cómo que por qué?

–¿Para qué?

–¡¿Para qué?! ¿Cómo que para qué?

–¿Para hacer qué?

El Corredor se llevó una mano a la frente y dijo:

–¡Por Dios! –Y luego añadió–: Pero ¿es la primera vez?

–Sí –susurró el jovenzuelo.

–Pero ¿cuántos años tienes, muchacho?

–Veintiuno.

–¿Y nunca lo has hecho?

–No.

–Bueno, mira, no tiene importancia, ellas te enseñarán, verás que es la cosa más fácil del mundo.

Agitó la campanilla que estaba en la mesita y en el pasillo se oyeron rumores y risitas.

–Ya vamos, ya vamos, un poco de paciencia –gritó una voz de mujer.

3

Se estaba desmontando la feria. Por el suelo quedaban cartones y los puestos estaban recogiendo. Un niño pasó con una trompeta de papel que se desenrollaba al tocarla. Cerca de correos aparcaban las carrozas y las carretas de mercancías que partían hacia Bolonia o Reggio. En la puerta de correos había un mercachifle. Era un vagabundo delgado, con un pequeño acordeón y un loro en una pequeña jaula. Vestía un traje de fustán y llevaba una cajita al hombro en bandolera.

–Este es Regolo –dijo el Corredor al joven–, va a Reggio e incluso más lejos, va por todas las ferias, te hará compañía.

El joven y el mercachifle se estrecharon la mano.

–Te lo confío –susurró el Corredor al mercachifle–, cuida de él por un tiempo, me recuerda a mi hijo, es un artista, se llama Dino.

El carretero hizo restallar el látigo y el caballo de tiro se puso en movimiento con lentitud. Los dos se sentaron en el carro, de espaldas al conductor y con las piernas colgando.

–Adiós –gritó el Corredor–, buen viaje.

El joven saltó y corrió a su encuentro.

–Me he olvidado de darte esto –dijo deprisa–, es un retrato de la mujer que conocí anoche, te lo dejo como recuerdo. –Y volvió corriendo al carro que ya enfilaba la Via Emilia.

El Corredor abrió la nota. Era una hoja arrugada, de papel de embalar. Dentro estaba escrito: «Prostituta... ¿Quién te llamó a la vida? ¿De dónde vienes? ¿De los ásperos puertos tirrenos, de los mercados cantarines de Toscana o en las arenas ardientes sufrió violencia tu madre bajo los sirocos? La inmensidad dibujó el estupor en tu cara felina de esfinge. El hálito bullicioso de la vida trágicamente, como una leona, te agita tu melena negra. Y tú miras al sacrílego ángel rubio que no te ama y que no amas y que sufre por ti y que cansado te besa.»

4

Regolo vendía *marañas* de todos los colores, que eran pequeñas madejas de hilo para remiendos: y también novelas de folletín de entregas mensuales y papelitos de la fortuna. Los papelitos de la fortuna eran hojitas amarillas, rosas y verdes que tenían el lunario y la suerte y que se entregaban al comprador por el pico casual del loro Anacleto, pescador del Destino. Anacleto era viejísimo y tenía una pata enferma. Regolo lo curaba con un unguento chino comprado en Sottoripa, en Génova, donde a veces los chinos instalan un mercadillo y venden baratijas y remedios contra la artritis, el envejecimiento viril y las úlceras. Pero Anacleto era testarudo, protestaba por las curas aleteando con furia. Luego se dormía en la percha, con la cabeza bajo el ala, y de vez en cuando, durante el sueño, tiritaba e hinchaba el plumaje, como si soñara.

Quizá los loros también sueñan con el añil, pensaba Dino. El carro andaba con lentitud, bamboleándose, con el ruido monótono de las llantas de las ruedas. El campo era hermoso y sin confines, siempre idéntico, con hileras de árboles frutales y tierras aradas. Dino pensó en el añil, y la música del añil sustituyó al chirriar cadencioso de las ruedas. Y cuando se despertó, Regolo le estaba sacudiendo por el hombro, porque habían llegado a Reggio Emilia.

Descendieron en la Porta Santa Croce, era una tarde clara, el carretero dijo «¡Arre!», y restalló el látigo y el caballo prosiguió lentamente. Regolo debía recoger unos artículos de un mercader que estaba detrás de la fábrica de los Bagni, por lo que se citaron en el café Vittorio de la plaza Cavour, y Dino se

fue solo de paseo por la ciudad, ya que quería ver la casa donde había nacido Ariosto. Se llevó a Anacleto encaramado en su palo, porque era un estorbo para Regolo, mientras que a él le hacía compañía. Se sentía feliz caminando por las calles de aquella ciudad desconocida en compañía de un loro. Y así, caminando, empezó a acompañar sus pasos con una cancioncilla inventada en aquel momento y que decía: «Me marchó por calles estrechas, oscuras y misteriosas: veo asomarse tras los cristales a Gemas y Rosas.»

5

Cuando Regolo llegó al café Vittorio, Dino acababa de terminar de trabajar en aquel momento. Sobre la mesa estaban colocados en tres mazos los papelitos de la fortuna ordenados según el color.

–Tengo que explicarte algo –dijo Dino–. Si me quedo contigo algunos días quiero dar mi contribución al negocio, y por ello te he completado los papelitos, he inventado una frase para cada uno.

Regolo se sentó y Dino le explicó en qué consistía su aportación. Consistía en embellecer cada hojita con una frase artística, porque era bello que el arte llegara así a la gente, llevada por el pico de un loro que elegía al azar entre las hojitas del destino. Y aquella era la extraña función del arte: llegar con el azar a personas al azar, porque todo es azar en este mundo, y el arte nos lo recuerda, y por eso nos pone melancólicos y nos reconforta. Nada explica, como no explica el viento: llega, agita las hojas y los árboles quedan atravesados por el viento, y el viento vuela y se marcha.

–Léeme alguna frase –dijo Regolo.

Dino cogió un papelito rosa y leyó:

–Y me marchaba errando sin amor, dejando mi corazón de puerta en puerta. –Después cogió un papelito amarillo y leyó–: Oro, mariposa dorada polvorienta, ¿por qué han brotado las flores del cardo? –Finalmente, tomó un papelito verde y leyó–: Tú me trajiste un poco de alga marina en tus cabellos y un olor de viento. –Y explicó–: Esta frase está dedicada a una mujer que un día encontraré en un puerto, pero ella no sabe todavía que nos encontraremos.

–¿Y cómo sabes tú que os encontraréis? –preguntó Regolo.

–Porque a veces soy un poco adivino. Bueno, no es exactamente así.
–Entonces ¿cómo es?
–Imagino algo tan fuertemente que luego ocurre de verdad.
–Entonces, lee otra frase –dijo Regolo.
–¿De qué color la quieres?
–Amarilla.
–Es el color de la música de órgano. El violeta, en cambio, tiene música de oboe, a veces de clarín.
–Me gustaría oír una amarilla.
Dino cogió un papelito amarillo y leyó:
–Porque se revela un rostro, hay como un peso desconocido sobre el agua corriente, la cigarra que canta.

6

Iban de casa en casa, vendiendo madejas y distribuyendo papelitos de la fortuna. Atravesaron el valle del Crostolo y tomaron la carretera hacia Mucchiatella y Pecorile.

Por la noche, dormían en pajares de caseríos y hablaban de muchas cosas, especialmente de la bóveda celeste, porque Regolo conocía bien las estrellas y sabía su nombre.

Regolo tenía una enamorada en Casola que les hospedó durante cinco días. Se llamaba Alba, era una mujer sola, con un viejo padre enfermo, y Regolo le hacía de marido una vez al año.

En esos días, Dino trabajó en el establo para pagar la hospitalidad. Era un establo pobre, con un cerdo y dos cabras.

Al sexto día partieron y siguieron el lecho del torrente Campola para llegar a Canossa.

Había caseríos diseminados por los alrededores, pero los saltaron para ir a ver las ruinas del castillo. Desde aquella altura, la vista era magnífica, con la vasta llanura del Po a sus pies.

Allá, en aquella llanura, corría la Via Emilia, como una larga cinta de promesas, por el norte hacia Milán: y más allá estaba Europa, las metrópolis

modernas llenas de electricidad y de talleres donde la vida pulsaba como la fiebre. También Dino tenía fiebre; le latía de nuevo en las sienes como aquel día en que subió al tren en la estación de Bolonia empujado por la inquietud del viaje. El cielo era amarillo, con manchas violetas. Dino escuchó una música de oboe y se lo dijo a Regolo. La música era aquella carretera que le llamaba desde lejos. Puso la percha de Anacleto en el suelo y abrazó a Regolo con fuerza. Lo dejó sentado en una piedra de Canossa y corrió deprisa hacia la llanura, hacia la carretera. La carretera, y su voz de sirena. Pensaba: «Áspero prelude de sinfonía sorda, tembloroso violín de cuerda electrizada, tranvía que corre en una línea en el cielo de hilos curvos.» Y se decía: «Ve, Dino, camina más deprisa, corre lejos, la vida es pequeña y demasiado vasta es el alma.»

Este cuento es enteramente imaginario. Aunque la figura de Regolo Orlandini es recordada en las confesiones recogidas por el doctor Pariani, aquí se utiliza de un modo totalmente arbitrario. Las únicas cosas no imaginarias son los versos de Dino Campana; y también las ciudades, los lugares, la Via Emilia.

A. T.

UN CUENTO RECUPERADO (1986)

FUEGOS ARTIFICIALES

Fue mérito de Giacomo si llegué a conocer «La Cerisaie». Como siempre, todo era mérito de Giacomo porque Giacomo tenía todos los méritos, o para ser más precisos era exactamente lo contrario que yo: era agradable, era brillante, era mundano, era listo, era arquitecto. Y era diez años mayor que yo. Pero era como si me doblara en edad, o más bien como si yo tuviera el doble de años menos, decía papá, lo que significaba que faltaba todavía un año para que yo naciera, dado que ese doce de junio se cumplía mi vigésimo cumpleaños. Aniversario digno de no ser celebrado, bien me daba cuenta. Permanecía encerrado en mi habitación, pensando en el joven Holden, hacía un día radiante, pero había cerrado las contraventanas y había puesto en el tocadiscos los *Nocturnos* de Chopin interpretados por Rubinstein, estaba tumbado en la cama pensando que si me suicidaba a mis padres les entrarían remordimientos de los buenos, pero el caso es que no podía suicidarme por venganza, de todas formas nada me impedía pensar que había muerto estando vivo, de modo que podía asistir a mi entierro desde el tejado, mi padre seguía el féretro con la cabeza alta, parecía una estatua de mármol, la misma imagen del dolor viril; mi madre, abatida, llevaba un velo para ocultar su rostro devastado por las lágrimas, al fin y al cabo me quería, por más que nunca hubiera hecho nada por demostrarlo mientras estuve vivo, y yo desde el interior de mi ataúd saboreaba mi sublime venganza.

Entonces mamá llamó a la puerta y dijo que ya había llegado Giacomo, que la cena estaba lista, con velas y todo, que íbamos a celebrar mi cumpleaños. Lo cual no era cierto, era evidente, pues lo que se celebraba era el regreso de Giacomo y sus éxitos profesionales en el mundo. De modo que me resigné a bajar al comedor, la mesa estaba preparada como había que preparar la mesa cuando volvía Giacomo, y fue una bonita fiesta. Entre otras cosas porque él no dejó de hablar, como siempre hacía, mientras papá y mamá en silencio se bebían sus palabras y yo subrayaba mi torpeza diciendo frases entrecortadas y aparentemente sin sentido, para acabar derramando una copa de oporto como remate. Pero Giacomo tenía unas fotografías, y así se

salvó la situación. Por lo tanto: todo había ido estupendamente, y Provenza era maravillosa, la lavanda y los molinos y los cursos de agua y el monte Ventoux, y Petrarca con *son y lumière*, y además Saint-Rémy y Nostradamus y Mirèio y todo lo demás, y tal vez el Ayuntamiento de Arles le aprobara un pequeño proyecto, pero la perla del viaje no era esa, se llamaba «La Cerisaie», por un jardín de cerezos asombroso, una mansión del siglo XVIII, cuya renovación el actual propietario quería encargarle a él, *voilà*. Aplausos.

No los hubo por parte de papá y mamá debido a las migajas de decencia que les quedaban, pero se morían de las ganas, así que los saqué del apuro y el aplauso corrió por mi cuenta, muy caluroso. Después me levanté, hice una reverencia al estilo inglés, pregunté si me concedían el privilegio de retirarme a mi suite y dije: mis respetos, profesor Le Corbusier, buenas noches a todos.

Volví a verme de nuevo en mi tranquila posición horizontal como antes de la interrupción, siguiendo desde el tejado la ulterior evolución de mis exequias, cuando Giacomo entró en mi habitación.

Él entraba en mi habitación sin llamar, dadas todas las cualidades anteriormente mencionadas que pertenecían a su naturaleza de ser superior, y los seres superiores no llaman a las puertas. Se sentó en la cama y empezó a hablarme dando rodeos y más rodeos: ¿y te acuerdas de eso?, ¿y te acuerdas de lo de más allá?, te he echado mucho de menos, juntos habríamos hecho cosas asombrosas. Asombroso era su adjetivo. El funeral se hallaba en su fase conclusiva y los sepultureros estaban depositando mi ataúd en la tierra desnuda. Mamá se estará preguntando, desesperada, por qué mis últimas voluntades han dictado una sepultura tan humilde, suspiré. Pero ¿qué dices?, exclamó Giacomo, ¿te encuentras bien? Puedes decirle que deseo la tierra desnuda, proseguí implacable, porque mucho me temo que la tumba familiar acabará siendo restaurada a partir de uno de tus geniales proyectos. No siguió un altercado con sus correspondientes portazos, y eso me sorprendió. Pero la razón no era su bondad, como es natural, era tan solo su hipocresía, que se concretó de inmediato en la exposición de sus planes futuros. Escúchame, so idiota, y trata de no interrumpirme.

Él hablaba así, como si la exposición de sus empresas de hombre de mundo fuera el capítulo más arduo de la *Crítica de la razón pura*. Pues venga, habla, maravilloso arquitecto que has sabido conjugar la divina

perspectiva de Witelo con la pragmática elegancia de Le Corbusier, expresa con sufrimiento tus elevadísimos conceptos. En cualquier caso, eran inútiles los detalles geográficos, Sète no me decía nada, aparte del cementerio marino, por la sencilla razón de que nunca había estado allí, ni probablemente iría en un plazo breve, dada mi condición de paria, de miserable, o, mejor dicho, de difunto. De modo que, si no le importaba, mi entierro estaba en lo mejor y no tenía la menor intención de perderme el momento culminante: ¿quién arrojaría el primer puñado de tierra sobre mi ataúd?

Giacomo esparció sobre la cama unas cuantas fotografías y adoptó un gesto de inmensa paciencia. Esa era «La Cerisaie» en fotografías tomadas desde un helicóptero. Ese es el lado oriental, este el occidental, esta la fachada. Ahí está el porche más de cerca. Y la terraza. Esa señora morena es la tía de Albertine, o su prima, o algo por el estilo, pero no hay mayor problema, de ella me encargo yo, y, además, respecto a la reestructuración está totalmente de acuerdo. La chica rubia de la tumbona, con el libro en la mano, es Albertine. El problema. Y ahora, si quería sacar partido por una sola vez en la vida a todo mi talento literario, este era el plan. Era un plan predecible, como era predecible Giacomo. Simplemente tenía que escribir a la dueña y conquistarla con la hermosura de mis frases. Del resto ya se encargaba él.

Estimada Mademoiselle, soy el hermano de Giacomo. Me doy perfecta cuenta de que sería más correcto presentarme con mi nombre, pero es que en realidad mi nombre es: el hermano de Giacomo. No debe sorprenderle mi excelente nivel de francés: hablar francés es *lo único* que se me da bien. Me lo enseñó desde mi más tierna edad un tío mío cuya trágica pérdida, hace seis años, comprometió inexorablemente el desarrollo normal de mi personalidad, según sostiene mi profesor de psicología de la edad evolutiva. Espero no estar aburriéndola si prosigo con el asunto tío, porque hablar de ello me alivia y me libera, siempre según la opinión de mi profesor. Mi tío vivió en Francia durante doce años, trabajando como comparsa en el teatro La Huchette de París.

Era hermano de mi padre, pero, siendo tan caprichosa la Naturaleza, era su

exacto contrario. Para darle a entender cómo era mi tío, le diré sucintamente que mi padre es un hombre práctico, sensible, que goza de notable reconocimiento, buen profesional, de escasas lecturas. Presumo que a estas alturas ya se habrá dado cuenta usted de a quién me parezco yo.

En aras de la exhaustividad quisiera añadir que la mecánica del accidente en el que mi tío perdió la vida nunca llegó a ser aclarada de forma satisfactoria. Se estrelló con su coche contra un árbol, y oficialmente fue una desgracia, pero como podrá usted argüir, incluso las desgracias pueden ser buscadas. A modo de inciso, he de confesarle que el suicidio es un hecho al que he dedicado y dedico con frecuencia mis pensamientos. No como problemática, entendámonos, sino puramente como espectáculo: en el sentido de que me gusta imaginarme mi suicidio, sin que me interese lo más mínimo ponerlo en práctica. Usted, llegados a este punto, se estará preguntando por qué le escribo. Voy a satisfacer su legítima curiosidad: le escribo porque me lo ha pedido mi hermano Giacomo. Pero antes de explicarle en detalle las razones que han inducido a mi hermano Giacomo a sugerirme que le escriba esta carta, deseo proporcionarle, si me lo consiente, un rápido perfil mío.

Cumplí veinte años ayer. Estoy matriculado en segundo de Filosofía y Letras, pero hasta este momento solo me he presentado a un único examen, psicología de la edad evolutiva, buscando acaso las razones de mi fallida evolución hacia la edad adulta, que, según dicen todos, estoy muy lejos de haber alcanzado. Ni que decir tiene que las respuestas que he encontrado son en amplia medida insatisfactorias: lo que confirma, si acaso hubiera necesidad, que una vez más las disciplinas humanísticas, por mucho que se disfracen de ciencias exactas, siguen siendo aleatorias, puesto que el alma humana no está hecha como una escala de Richter. Aparte de eso, carezco absolutamente de complejos (en sentido estrictamente freudiano) consistentes e interesantes. Lo cual, como puede usted argüir fácilmente, complica bastante mi caso.

Si padeciera un simple complejo de Edipo, el nudo tal vez pudiera quedar resuelto de alguna manera. Pero es que, como sin duda usted sabe, este complejo presupone una atracción hacia la madre y celos y/o identificación con el padre. Lo que no habla muy bien de los sentimientos que abrigo hacia mis padres, ya me doy cuenta, pero me parecería impropio fingir

hipócritamente unos complejos freudianos para demostrar cierta forma de apego hacia quienes me trajeron al mundo. Nos quedaría el complejo de Caín (¿o de Abel?), y si se trata de que me aflija, mi hermano Giacomo podría proporcionarme una amplia gama de elementos. Lamentablemente no he logrado adquirirlo aún, por más que me haya esforzado todo lo posible. Puede considerar, si así le place, esta misiva mía como un tímido paso hacia ese ambicioso objetivo.

Es usted propietaria de una hermosa mansión llamada «La Cerisaie», de tan dulce nombre chejoviano. En esa morada vive usted con un familiar, mujer práctica y enérgica, que quisiera convertir la casa en un hotel de lujo, gracias entre otras cosas a una posible subvención del Patronato de Turismo y de un banco de Arles (como ve, lo sé todo). La operación, no puedo negarlo, representa una segura fuente de ingresos. Pero usted es una chica sensible, tendente a la soledad, algo excéntrica, adora de forma «exagerada» la pintura y la literatura: la idea de una transformación semejante no llega a convencerla del todo.

Mi hermano Giacomo, que está preparando un lucrativo proyecto de reforma, para cuya aprobación solo falta la aprobación de usted, está convencido de poder hacer mella con su «simpatía» en la señora que vive con usted, y que sobre usted puede ejercer una influencia razonable, pero no decisiva. Llegados a este punto, el brillante arquitecto, después de haberle hablado de mí, Mademoiselle, describiéndome sin duda alguna como un fino hombre de letras y un escritor de radiante porvenir, me ha hablado largamente de usted, alabando las virtudes de su inteligencia, así como su dulce cara (y hasta me trajo una fotografía).

El plan de mi hermano, ya me lo imagino, le parecerá hasta ridículo, en su espeluznante obviedad: en agosto, cuando el arquitecto Giacomo detenga su Volkswagen ante la puerta de «La Cerisaie», estará acompañado por el hermano de Giacomo que esta suscribe. Seguirá una velada de galante, señoril conversación. Él se ganará la simpatía incondicional de la señora que vive con usted; yo, después de la lectura de algunas de mis prosas, discutiré con usted de Jean Santeuil o de Mallarmé, le daré exquisitos consejos dignos de una persona exquisita, y usted plasmará en el documento su codiciada

firma. ¿O tal vez prefiera hablar de Chateaubriand, de quien estoy bastante bien informado? Era el autor favorito de mi tío, y con él aprendí mi francés.

Debo prevenirle de que lo que más me gusta es *Les Natchez*, porque me seduce su regusto por la aventura desgarrada y sin adornos, como un huevo caído en el suelo. Pero también me gusta lo suficiente *Les Mémoires d'outre-tombe*, mientras que nunca he sido capaz de digerir *Le Génie du Christianisme*, en el que hallo un indeleble olor a sacristía. He leído todos los libros, como decía nuestro sumo poeta, pero no estoy convencido de que la carne sea triste. Es más, digamos que estoy buscando a una mujer, aunque dudo llegar a encontrarla nunca. A menudo me siento el joven Holden, el de Salinger, con la desafortunada diferencia de que soy demasiado viejo para ser un joven Holden, lo que me hunde en la más negra de las depresiones. ¿Qué hacer en situaciones así, además de seguir mis exequias desde el tejado y tratar de construirme pacientemente algunos razonables complejos freudianos? Pues escribir.

He escrito una comedia de enredo titulada *Un hombre, una cerilla*, que tiene algo de teatro de bulevar, aunque un poco más intelectual. Mejor dicho, la he completado, porque las primeras escenas las escribió mi tío, que tenía cierto talento de comediógrafo, y que me dejó el texto mecanografiado en herencia (entre paréntesis, la única herencia que he recibido). Me gustaría escribir además una novela corta de estilo dieciochesco, llamémosla eufemísticamente «galante», titulada *El escondrijo de Pulgarcito*, cuya lectura, obviamente, no recomendaría a una muchacha como usted.

Seguro que no le cuesta argüir, con su sutileza, qué es el pulgarcito ni cuál es su escondrijo, y comprenderá igualmente la dificultad de realizar una obra como esta. Pero la obra más ambiciosa que desde hace tiempo cultivo es una especie de diario titulado *Autobiografía verdadera y mendaz*, escrita en primera persona como toda autobiografía que se respete, y que es de hecho una autobiografía en su acepción más clásica, en el sentido de que soy yo su protagonista, solo que yo no soy el protagonista de mi vida, sino de la vida que me gustaría vivir. El deseo de salir de mi vida proyecta el texto en una zona de ficción que, obviamente, atañe a la mentira, con la diferencia sustancial de que la mentira la vive este yo vivo y real que soy yo.

Soy consciente de que todo lo que le estoy diciendo puede parecerle

confuso y contradictorio, y no me sorprendería si su opinión sobre mi equilibrio mental no fuera excesivamente favorecedora. Pero lo aceptaría con cierta satisfacción íntima, convencido como estoy de que la esquizofrenia es propia de la gran literatura, pertenece a lo sublime, ha pertenecido a escritores que antes que yo recorrieron el calvario embriagador del Arte.

Quiero esperar que esta confusa carta mía, tediosa a ratos, sepa iluminarla acerca de lo que ha de hacer. Quédese con su mansión campestre tal como está, no permita que su nombre chejoviano sea contaminado por la vulgar presencia de turistas con sus raquetas de tenis. Y sepa vivir en ella como corresponde a un alma bella. Su muy devoto

HERMANO DE GIACOMO

Como había previsto, Giacomo no dejó de silbar. Él era de esos que silban al volante, que era su forma elemental de expresar los conceptos siguientes: qué bien conduzco, qué satisfecho me siento, qué hermosa es la vida. Su gratitud hacia mí era desbordante, casi pegajosa. La lacónica nota que había recibido no merecía tanto entusiasmo, yo era perfectamente consciente de ello, y la volví a leer con él por enésima vez: «Estimado hermano de Giacomo, te espero con el mayor interés, Albertine.» Pero él puso una expresión de beatitud y por toda respuesta arrancó a silbar «Malafemmena», lo que significaba máxima alegría.

Nos detuvimos decenas de veces, e invariablemente, cada vez que nos bajábamos y cerrábamos las puertas, Giacomo daba unas afectuosas palmaditas en el parachoques de su Volkswagen, tap, tap, como queriendo decir: querido, ya casi está hecho. Me llevó a rastras hasta el Museo Matisse en Niza y consideré del todo superfluo manifestar mi discrepancia: el decorativismo de Matisse era demasiado afín a sus gustos como para que pudiera entender las pinturas libertinas de Fragonard. Y después hicimos una visita a la Fundación Rothschild de Cap-Ferrat, pero por suerte me había vacunado mentalmente. Su polaroid disparaba a lo loco hacia los jardines, hacia el parterre, hacia el patio, hacia el templete Trianon: probablemente su proyecto de reforma preveía atrocidades similares. Hicimos una parada

nocturna en Hyères, y al día siguiente salimos muy tarde «para no llegar demasiado pronto», especificó mi hermano con aire calculador.

Su Volkswagen frenó en la gravilla de «La Cerisaie» a las siete de la tarde, el sol ya estaba bajo entre las ramas de los cerezos y dibujaba garabatos de sombra sobre la fachada clara de la villa; una fámula de aspecto huraño vino a recoger nuestras maletas: la señorita Albertine estaba tomando un aperitivo en la terraza del lado norte, donde se está más fresco. Estúpidamente, mientras seguíamos a la vieja criada, mi corazón latía con cierta emoción.

Hice algunos ejercicios respiratorios para tratar de suavizar su ritmo, a pesar de ser consciente de que no dependía del cansancio ni mucho menos de la escalinata: era un encuentro que llevaba esperando un mes y medio después de una intensa correspondencia, y por fin se acercaba el momento. El interior de «La Cerisaie» era magnífico, y Giacomo tendría mucho trabajo si quería desfigurarlos. Pavimentos antiguos de terracota, de un ocre pálido, paredes de cal con zócalos de granito de un metro de altura, vigas y dinteles de madera oscura, altillos.

¿Cuántas estrellas adjudicaría la Guía Michelin al hotel reformado por el arquitecto italiano? Con este arduo interrogante llegamos a la cristalera de la terraza. Pero aquello no era una cristalera, era un lienzo. El terreno de «La Cerisaie» terminaba en la cuesta de la colina y por debajo de nosotros, a plomo, se dibujaban la plaza medieval y las tejas oxidadas del pueblo. Y además viñedos hasta donde se perdía la vista. Y en medio del paisaje, como una cara de Watteau que hubiera entrado en un cuadro de Manet, me sonreía Albertine. Nos sonreía, debería decir, porque evidentemente nos sonreía a los dos, pero yo sentí con toda la evidencia de la convicción que esa sonrisa era exclusivamente para mí. Siempre había pensado que la gentileza del alma refina el rostro, pero ante Albertine pude darme cuenta de lo inadecuado de esa convicción mía.

Porque ella era extraordinaria, hermosísima, si yo hubiera sido Giacomo habría dicho asombrosa. Y pensé, si me vuelve a sonreír me enamoraré perdidamente de ella. Ella nos sonrió, y nosotros nos sentamos. Así dio comienzo el suplicio, en aquel escenario de cuadro impresionista, delante de

aquel rostro angelical, mientras que a nuestro alrededor la naturaleza reclamaba más bien palabras aladas y elegantes, o acaso el silencio. Pero Giacomo no podía perder el tiempo: con la delicadeza y sentido de la oportunidad que lo caracterizaban, desenrolló con la mayor soltura sus planos, se abrió espacio en la mesa apartando los vasos de zumo y dijo: si tiene la bondad de dedicarme unos minutos, Mademoiselle Albertine, me gustaría someter a su atención el proyecto. Y solo entonces me di cuenta de la delicadeza de espíritu de aquella muchacha.

Porque en vez de dejar traslucir la menor señal de impaciencia, como hubiera sido lo natural, fingió a la perfección un interés extraordinario, clavando los ojos en los planos. Supo incluso lanzarme una mirada distraída, como si yo fuera un inoportuno que pasaba casualmente por allí; y yo de aquel mensaje descifré perfectamente el significado: sé paciente, mi delicioso hermano de Giacomo, pospongamos nuestro encuentro hasta un momento más íntimo y propicio. De modo que me resigné a esperar, apoyado en el pretil de la terraza, contemplando el panorama a mis pies, mientras Albertine planteaba sus preguntas a Giacomo. ¡Qué desenvoltura, qué saber estar en las preguntas precisas y técnicas planteadas por una muchacha cuyo gusto hubiera hallado expresión mejor en una conversación muy diferente!

Me lanzó otra mirada de disculpa y yo comprendí que requería mi ayuda. Así que dije: Giacomo, tal vez Mademoiselle Albertine esté algo cansada, ¿no crees que podríamos proseguir en otro momento? Pero antes de que Giacomo pudiera responder, ella replicó con amabilidad: no, no, gracias, no estoy cansada en absoluto, todo lo contrario, el asunto me interesa mucho. Y entonces, casi orgulloso de su finura, que en el fondo ponía de resalte la torpeza de mi hermano, descendí la escalinata que conducía al terraplén subyacente. Era un jardín que se extendía por pequeños huertos con invernáculos de limoneros e invernaderos y bancos de piedra. Desde esa posición se abrazaba completamente la fachada norte de «La Cerisaie», las escaleras de madera, la hilera de ventanas blancas, las buhardillas, los palomares. Después se abrió una ventana y se asomó una mujer.

Llevaba una túnica de vivaces colores, como una vestidura árabe, y se estaba cepillando el cabello en un gesto tan lánguido e íntimo que sentí vergüenza de mirarla y fingí estar concentrado en las vistas; pero ella me vio

y me hizo un amplio gesto con el brazo, y entonces comprendí que era la pariente de Albertine, la que había tenido la brillante idea de la reforma. Le devolví el saludo fingiéndome distraído, pero ella me hizo señas de que entrara, y luego, volviendo la mirada, vi que también Albertine y Giacomo me indicaban que volviera, porque probablemente iba a servirse la cena.

Mi habitación y la de Giacomo eran contiguas pero afortunadamente no se comunicaban. Las ventanas daban al pueblo, y desde aquella altura las casas y una plaza medieval parecían una maqueta arquitectónica. En mi habitación había un armario de nogal rojo, una amplia cama de latón y un lavabo con una jarra de cerámica. Me lavé y me puse una chaqueta clara. Me coloqué un pañuelo azul en el bolsillo, me di discretamente colonia, traté de peinarme el pelo hacia atrás como lo llevaba mi tío, pero a él se le quedaba en su sitio porque utilizaba brillantina.

La mesa había sido preparada bajo el porche en la entrada, las ramas de los cerezos llegaban a las columnas y hubiera bastado con estirar una mano para coger las cerezas que aún no habían sido recolectadas. La fámula que nos había recibido llevaba un delantal blanco con tirantes trenzados, el ambiente era de lo más refinado, velas y música procedente de la sala. Hoy es noche de fiesta, dijo Albertine, hoy es San Luis, en el pueblo habrá fuegos artificiales.

Esperé fervientemente que ese tema impulsara a mi hermano a una conversación de un nivel aceptable, pero parecía completamente absorto en cortar los calabacines, así que traté de llevar la conversación hacia Caravaggio, con la excusa de preguntar si conocían la iglesia de San Luis de los Franceses en Roma. Albertine fue muy delicada y dijo que no le gustaba en exceso la pintura italiana. Y en ese momento intervino Edith, es decir, su tía o lo que fuera; Albertine quiere decir que prefiere a los impresionistas, dijo haciendo un gesto como si en un lugar como aquel a nadie pudiera gustarle otra cosa que los impresionistas; y esto puso fin a mi conversación sobre pintura.

Edith se había recogido el pelo en la nuca y parecía mucho más joven de lo que me había imaginado, podría ser de la edad de Giacomo, a lo sumo dos o tres años más. La cena fue penosa. Giacomo se sentía a esas alturas con

derecho a retomar el tema que más le importaba y volvió a hablar de su proyecto. La amabilidad de Albertine superaba todos los límites: no solo supo tolerar la arrogancia de mi hermano, sino que fue capaz incluso de mostrarse interesada, hasta el extremo de que al llegar al café, cuando Giacomo le sugirió que echaran un vistazo también a la distribución de los muebles, ella accedió con alegría. Giacomo estaba tan entusiasmado que cuando nos levantamos para dar un paseo entre los cerezos la tomó del brazo, sin cejar en su perorata y manejándola a su antojo. En la plaza del pueblo se había reunido una gran multitud en espera de los fuegos artificiales, se oían las risas y la música; al rato, el reloj del campanario dio las diez y las campanas tocaron un doble tañido de celebración.

Pasamos a la terraza norte para asistir al espectáculo pirotécnico, pero nada más lanzarse el primer cohete Giacomo invitó a Albertine a bajar a los jardines con el pretexto de que desde allí lo verían mejor, y ella lo siguió. Y entonces yo renuncié a la educación y me disculpé con Edith, si no le importaba, iba a retirarme a mi habitación, el viaje había sido largo y sentía cierto cansancio.

Abrí de par en par la ventana y me apoyé en la barandilla. El pueblo estaba iluminado con coronas de lamparillas. Me esforzaba por averiguar adónde habían ido a parar Giacomo y Albertine, pero en los jardines subyacentes reinaba una total oscuridad. Estaba a punto de alejarme de la ventana cuando ella entró. Se había soltado el pelo y tenía un chal blanco sobre los hombros. Desde aquí el espectáculo es magnífico, dijo, ¿quieres que lo veamos juntos? En ese momento una girándula se incendió y difundió por el cielo un halo rojo y rosa.

Bajo esa luz miré a Edith, y ella me sonrió. Me gustaría que me contaras *El escondrijo de Pulgarcito*, dijo, te aseguro que puedes hacerlo. La miré de nuevo, después miré hacia la oscuridad de los jardines, y luego de nuevo su rostro.

Me parece que alguien no ha entendido bien los papeles de esta comedia, susurró Edith, riéndose. Pero entonces, balbuceé, entonces tú... Pero ella dijo: chsss, y me tomó de la mano, y yo solo supe decir: te he encontrado.

Y los demás, ¿se habrían encontrado? ¿Se encontrarían? No nos lo preguntamos, era una cuestión que no nos interesaba. En el cielo ardían los

fuegos artificiales, que se dibujaban en el hueco de la ventana brotando en la noche como manantiales de fuego: blancos, verdes, naranjas, multicolores.

Dama de Porto Pim

PRÓLOGO

Siento un gran afecto por los honestos libros de viajes, de los que siempre he sido un asiduo lector. Poseen la virtud de ofrecer un *doquier* teórico y plausible a nuestro *donde* imprescindible y rotundo. Pero una elemental lealtad me obliga a poner en guardia a quienes esperasen hallar en este librito un diario de viaje, género que presupone tempestividad de escritura o una memoria inmune a la imaginación que la memoria produce (cualidad que por un paradójico sentido de realismo he desistido de perseguir). Llegado a una edad en la que me parece más digno cultivar ilusiones que veleidades, me he resignado al destino de escribir según mi propia índole.

Dicho esto, sería sin embargo deshonesto hacer pasar estas páginas por pura ficción: la musa que las ha dictado, de un género confidencial y casi diría de bolsillo, no puede compararse ni siquiera remotamente con aquella majestuosa de Raymond Roussel que fue capaz de escribir sus *Impressions d'Afrique* sin descender de su yate. Efectivamente yo puse pie en tierra y este librito procede, además de mi disponibilidad hacia la mentira, de un período de tiempo transcurrido en las islas Azores. Sus temas son fundamentalmente las ballenas, que más que animales parecen metáforas; y con ellas los naufragios, que en su acepción de actos fallidos y de desastres, parecen asimismo metafóricos. El respeto que siento por las imaginaciones que concibieron a Jonás y al capitán Achab me preserva afortunadamente de la pretensión de aventurarme, con la literatura, entre los mitos y los fantasmas que pueblan nuestro mundo imaginario. Si he hablado de ballenas y de naufragios es solo porque en las Azores disfrutaban de una inequívoca concreción.

En este librito hay sin embargo dos historias que no sería del todo impropio definir como ficción. La primera historia es, en sus hechos esenciales, la vida de Antero de Quental, excelso e infeliz poeta que midió los abismos del universo y del espíritu humano con el breve compás del soneto. Debo a la sugerencia de Octavio Paz de que los poetas carecen de biografía y de que su obra es su biografía, el haberla relatado como si se tratase de una

vida imaginaria. Por lo demás, las vidas que se perdieron en el camino, como la de Antero, son tal vez las que mejor toleran ser referidas según los cánones de lo hipotético. A las confidencias de un hombre que imagino haber encontrado en una taberna de Porto Pim debo en cambio la historia que cierra este volumen. No excluyo haberla modificado con añadidos y razones propios de la presunción de quien cree extraer de la historia de una vida el sentido de una vida. Tal vez sirva de atenuante confesar que en aquel local se consumían bebidas alcohólicas en abundancia y que me pareció indelicado sustraerme a la costumbre vigente.

El fragmento de historia titulado «Pequeñas ballenas azules que pasean por las Azores» puede en cambio considerarse como una ficción dirigida, en el sentido de que fue sugerido a mi imaginación por un fragmento de conversación escuchado por azar. Ni yo mismo conozco el antes y el después de la historia. Presumo que pueda tratarse de una especie de naufragio: de ahí el estar incluido en el capítulo en que está incluido.

Las páginas tituladas «Sueño en forma de carta» se deben en parte a una lectura de Platón y en parte al traqueteo de un parsimonioso autocar que iba de Horta a Almojarife. Puede haber ocurrido que al pasar del estado de sueño al estado de texto haya sufrido nocivas alteraciones, pero cada uno tiene derecho a tratar sus propios sueños como mejor le parezca. Por el contrario, las páginas tituladas «Una caza» no aspiran a ser más que una crónica, y reivindican la única virtud de ser fidedignas. Asimismo, muchas otras páginas, y me parece superfluo decir cuáles, son meras transcripciones de lo real o de lo que otros escribieron. Por último, el texto titulado «Una ballena ve a los hombres», al margen de un viejo vicio mío de espiar las cosas desde el otro lado, se inspira sin disimulo en una poesía de Carlos Drummond de Andrade, que antes y mejor que yo supo ver a los hombres a través de los lastimeros ojos de un lento animal. Y es a Drummond a quien este texto está humildemente dedicado, también en recuerdo de una tarde de Ipanema donde, en casa de Plínio Doyle, me habló de su infancia y del cometa Halley.

Vecchiano, 23 de septiembre de 1982

HESPÉRIDES. SUEÑO EN FORMA DE CARTA

Después de haber surcado las aguas durante muchos días y muchas noches, he comprendido que el Occidente no tiene fin sino que sigue desplazándose con nosotros, y que podemos perseguirlo a nuestro antojo sin jamás alcanzarlo. Así es el mar ignoto que se extiende más allá de las Columnas, infinito e igual a sí mismo, del que emergen, como la pequeña espina dorsal de un coloso desaparecido, pequeñas crestas de islas, nudos de rocas perdidos en el azul.

La primera isla que se encuentra, vista desde el mar es una extensión de verdor en cuyo centro brillan frutas como piedras preciosas, y a veces extrañas aves de plumas purpúreas se confunden con ellas. Las costas son muy escarpadas, de negra roca habitada por halcones marinos que lloran cuando descende el crepúsculo y que revolotean inquietos con aire de siniestra desdicha. Las lluvias son abundantes y el sol despiadado: y debido a este clima y a la tierra negra y rica los árboles son altísimos, los bosques exuberantes y las flores abundan: grandes flores azul y rosa, carnosas como frutas, que jamás he visto en ningún otro lugar. Las restantes islas son más rocosas, pero con igual abundancia de flores y frutas; y gran parte de su sustento los habitantes lo sacan de los bosques: y lo demás del mar, que tiene aguas templadas y ricas en peces.

Los hombres son de tez clara, con los ojos atónitos como si en ellos aletease el estupor de un espectáculo visto y olvidado, son silenciosos y solitarios, pero no tristes, y se ríen a menudo y de nada, igual que niños. Las mujeres son hermosas y altivas, de pómulos prominentes y frente despejada, caminan con cántaros sobre la cabeza y al bajar las empinadas escalinatas que conducen al agua no se mueve nada de su cuerpo, con lo que parecen estatuas a las que algún dios hubiese concedido el caminar. Esta gente no tiene rey, y no conoce las castas. No existen los guerreros, porque no tienen necesidad de guerrear, al no tener vecinos; tienen sacerdotes, pero de una forma muy especial que más adelante te explicaré, y todos pueden llegar a serlo, hasta el campesino más humilde y el mendigo. Su Panteón no está habitado por

dioses como los nuestros que presiden el cielo, la tierra, el mar, los infiernos, los bosques, las cosechas, la guerra y la paz y los asuntos de los hombres. Son, en cambio, dioses del espíritu, del sentimiento y de las pasiones; los principales se cuentan en número de nueve, como las islas, y cada uno tiene su templo en una isla distinta.

El dios de la Añoranza y de la Nostalgia es un niño con cara de viejo. Su templo se levanta en la isla más lejana, en un valle defendido por montes inaccesibles, cerca de un lago, en una zona desolada y salvaje. El valle está siempre cubierto por una bruma tenue como un velo, hay altas hayas que el viento hace susurrar y es un lugar de una gran melancolía. Para llegar al templo hay que recorrer un sendero excavado en la roca que semeja el lecho de un torrente desaparecido: y por el camino se encuentran extraños esqueletos de enormes e ignotos animales, tal vez peces o quizá pájaros; y conchas; y piedras rosáceas como la madreperla. He llamado templo a una construcción que más bien debería llamar cabaña: porque el dios de la Añoranza y de la Nostalgia no puede vivir en un palacio ni en una casa ostentosa, sino en una morada pobre como un gemido que está entre las cosas de este mundo con la misma vergüenza con la que una pena secreta se aposenta en nuestro ánimo. Ya que este dios no concierne únicamente a la Añoranza y a la Nostalgia, sino que su deidad se extiende a una zona del espíritu que alberga el remordimiento, la pena por lo que fue y que ya no causa más pena sino tan solo la memoria de la pena, y la pena por lo que no fue y habría podido ser, que es la pena más lacerante. Los hombres van a visitarle vestidos con míseros sacos y las mujeres cubiertas con oscuros mantones; y todos permanecen en silencio y a veces se oye algún sollozo, en medio de la noche, cuando la luna derrama su luz de plata sobre el valle y los peregrinos echados sobre la hierba arrullan la añoranza de su vida.

El dios del Odio es un pequeño perro amarillo de aspecto macilento, y su templo se levanta en una minúscula isla que tiene forma de cono: y para llegar hasta ella son necesarios muchos días y muchas noches de viaje; y solo el odio verdadero, el que hace henchir el corazón de forma intolerable y que incluye a la envidia y a los celos, puede inducir a los desdichados a una travesía tan fatigosa. Luego está el dios de la Locura y el de la Piedad, el dios

de la Magnanimidad y el del Egoísmo: pero yo jamás los he visitado y de ellos solo he oído vagos y fantasiosos relatos.

De su dios más importante, que me parece el padre de todos los dioses así como del cielo y de la tierra, me han contado cosas muy distintas y no he podido contemplar su templo ni acercarme a su isla; no porque no se acepte a los extranjeros, sino porque incluso los ciudadanos de esta república solo pueden acceder a él tras haber alcanzado una disposición del espíritu que rara vez se consigue, y luego ya no vuelven. En su isla se levanta un templo que los habitantes de estos lugares denominan de una forma que podría ser traducida como «Las Maravillosas Moradas» y consiste en una ciudad toda ella virtual en el sentido de que no existen los edificios sino tan solo su planta trazada sobre el terreno. Dicha ciudad tiene la forma de un tablero de ajedrez circular y se extiende a lo largo de millas y millas: y cada día los peregrinos con una simple tiza mueven los edificios a su antojo como si fuesen fichas de ajedrez de forma que la ciudad es móvil y variable y su fisonomía cambia constantemente. En el centro del tablero se levanta una torre sobre cuya cima reposa una enorme esfera dorada que recuerda vagamente la fruta que abunda en los jardines de estas islas. Y esta esfera es el dios. No me ha sido posible descubrir exactamente quién es este dios: las definiciones que me han sido dadas hasta ahora son imprecisas y reticentes, y quizá poco comprensibles para el extranjero. Deduzco que está en relación con la idea de la totalidad, de la plenitud y de la perfección: una idea altamente abstracta y poco comprensible para el intelecto humano. Por eso he pensado que podría tratarse del dios de la Felicidad: pero la felicidad de quien ha comprendido tan plenamente el sentido de la vida que para él la muerte ya no tiene ninguna importancia; y por eso los pocos elegidos que van a rendirle honores ya no vuelven. Velando a este dios se halla un idiota de rostro cretino y hablar inconexo que quizá está en contacto con el dios por misteriosas vías desconocidas para la razón. Cuando he manifestado el deseo de rendirle homenaje la gente ha esbozado una sonrisa y con aire de profundo afecto, que tal vez contenía un amago de compasión, me ha besado en las mejillas.

En cambio sí pude rendir homenaje también yo al dios del Amor cuyo templo se levanta en una isla de playas gualdas y arqueadas sobre la arena clara acariciada por el mar. Y la imagen del dios no es un ídolo ni nada

visible, sino un sonido, el puro sonido del agua marina que penetra en el templo a través de un canal excavado en la roca y que se estrella en una pila secreta: y allí, por la forma de las paredes y la amplitud de la construcción, el sonido se reproduce en un eco infinito que embelesa a quien lo oye y produce una especie de ebriedad o de enajenación. Y a muchos y extraños efectos se expone quien honra a este dios, porque su principio gobierna la vida, pero es un principio extravagante y caprichoso; y si bien es cierto que es el alma y la concordia de los elementos, también puede producir ilusiones, delirios y visiones. Y yo he asistido en esta isla a espectáculos que me han turbado por su verdad inocente: hasta el extremo de que he puesto en duda el que dichas cosas existieran realmente y no fueran más bien fantasmas de mi sentimiento que salían de mí y adquirían apariencia real en el aire al haberme expuesto al sonido embrujado del dios: y con semejantes pensamientos eché a andar por un sendero que lleva al punto más alto de la isla, desde donde puede contemplarse el mar desde todos los ángulos. Y entonces me di cuenta de que la isla estaba desierta, de que no había ningún templo sobre la playa y de que las figuras y los distintos rostros del amor que había visto como cuadros vivientes y que comprendían múltiples gradaciones del espíritu como la amistad, la ternura, la gratitud, el orgullo y la vanidad; todos estos rostros, que creía haber visto en formas humanas, eran solo espejismos provocados en mí por quién sabe qué sortilegio. Y de esta forma alcancé la cima propiamente dicha del promontorio y cuando, observando el mar infinito, ya estaba abandonándome al desaliento que provoca el desengaño, una nube azul descendió sobre mí y me transportó a un sueño: y soñé que te escribía esta carta, y que yo no era el griego que zarpó en busca del Occidente y que jamás volvió, sino que solo lo estaba soñando.

I. NAUFRAGIOS, DERRELICTOS, TRÁNSITOS, LEJANÍAS

PEQUEÑAS BALLENAS AZULES QUE PASEAN POR LAS AZORES

FRAGMENTO DE UNA HISTORIA

Me lo debe todo, dijo el hombre con fogosidad, todo: el dinero y el éxito. La he hecho yo, la he plasmado con estas manos, podría decir. Y al decirlo se miró las manos abriendo y cerrando los dedos en un gesto extraño, como si quisiese aferrar una sombra.

El barquito empezó a cambiar de rumbo y una ráfaga de viento alborotó el cabello de la mujer. No digas eso, Marcel, te lo ruego, murmuró mirándose los zapatos, baja la voz, nos están observando. Era rubia y llevaba unas enormes gafas de sol con los cristales ahumados. El hombre sacudió levemente la cabeza, un gesto que denotaba fastidio. Tampoco van a entender nada, replicó. Arrojó al mar la colilla de cigarrillo y se tocó la punta de la nariz como para ahuyentar algún insecto. Lady Macbeth, dijo con ironía, la gran trágica. ¿Sabes cómo se llamaba el lugar donde la encontré yo?, se llamaba La Baguette y ella no hacía exactamente de Lady Macbeth, ¿sabes qué es lo que hacía? La mujer se quitó las gafas y las restregó nerviosamente contra la blusa. Por favor, Marcel, dijo. Mostraba el trasero a una platea de viejos viciosos, la gran trágica, eso es lo que hacía. Ahuyentó de nuevo al invisible insecto de la punta de su nariz. Todavía tengo las fotografías, dijo.

El marinero que revisaba los billetes se detuvo ante ellos y la mujer rebuscó en su bolsito. Pregúntale cuánto falta todavía, dijo el hombre, me encuentro mal, esta carraca hace que se me revuelva el estómago. La mujer se las ingenió para formular la pregunta en aquella lengua extraña y el marinero respondió sonriendo. Una hora y media aproximadamente, tradujo ella, el barco hace una parada de dos horas y luego regresa. Se puso nuevamente las gafas y se anudó el foulard. Las cosas no son siempre como creemos, dijo. ¿Qué cosas?, preguntó él. Ella esbozó una vaga sonrisa. Las cosas, dijo. Y luego prosiguió: pensaba en Albertine. El hombre hizo una mueca como de impaciencia. Albertine, dijo como si sopesase el nombre, Albertine. ¿Sabes cómo se llamaba la gran trágica en la época de La Baguette? Se llamaba

Carole, Carole Don-Don. ¿Bonito, eh? Se puso a mirar el mar con aire ofendido y estalló en una pequeña exclamación: ¡mira!, y señaló con el dedo hacia el mediodía. La mujer se dio la vuelta y se puso a mirar también ella. En el horizonte se veía el cono verde de la isla que emergía netamente del agua. Estamos llegando, dijo el hombre muy contento, en mi opinión falta menos de una hora y media. Luego entornó los ojos y se apoyó en el parapeto. También hay escollos, añadió. Movi6 el brazo hacia la izquierda y señaló dos excrecencias turquesa, como dos sombreros posados sobre el agua. Qué escollos más feos, dijo, parecen almohadones. No los veo, dijo la mujer. Allí, un poco más a la izquierda, exactamente frente a mi dedo, ¿los ves?, dijo Marcel. Con su brazo derecho rodeó los hombros de la mujer, manteniendo la mano extendida hacia delante. Exactamente en la dirección de mi dedo, repitió.

El revisor se había sentado en un banco cerca de la barandilla, había terminado la ronda y estaba observando sus movimientos. Quizá intuyó el significado de la conversación, porque se acercó sonriendo y habló a la mujer con aire divertido. Ella escuchó con atención y luego exclamó: ¡nooo!, y se llevó una mano a la boca con aire travieso e infantil, como para reprimir una carcajada. ¿Qué dice?, preguntó el hombre con ese aire ligeramente estólido de quien no sigue una conversación. La mujer lanzó al revisor una mirada de complicidad. En sus ojos bailaba la risa y estaba muy hermosa. Dice que no son escollos, dijo dejando en suspenso a propósito lo que había sabido. El hombre la miró con aire inquisitivo y tal vez algo molesto. Son pequeñas ballenas azules que pasean por las Azores, exclamó ella, eso es exactamente lo que ha dicho. Y finalmente liberó la carcajada retenida, una ligera carcajada breve y estentórea. Súbitamente cambió de expresión y se recogió el cabello que el viento arrojaba sobre su rostro. ¿Sabes que en el aeropuerto te he confundido con otro?, dijo evidenciando cándidamente su asociación de ideas. No tenía ni siquiera tu estatura y llevaba una camisa increíble que tú no te habrías puesto ni en carnaval, ¿no es extraño? El hombre hizo un gesto con la mano para pedir la palabra: me quedé en el hotel, ya lo sabes, se acerca el plazo de entrega y todavía tengo que revisar el texto. Pero ella no dejó que la interrumpiese. Debe de ser porque he pensado mucho en ti, prosiguió, en estas islas, en el sol. Ahora hablaba casi en voz baja, como si hablase consigo

misma. No he hecho otra cosa que imaginarte, durante todo este tiempo, ha llovido siempre, te veía sentado en una playa, creo que ha sido demasiado largo. El hombre le cogió una mano. También para mí, dijo, pero a la playa apenas he ido, lo que más he visto ha sido la máquina de escribir. Y además llueve también aquí, ya lo creo, no puedes imaginarte cómo, a cántaros. La mujer sonrió. Ni siquiera te he preguntado si has podido terminarlo, y pensar que si la teoría contase también yo habría escrito diez comedias, a fuerza de imaginarme la tuya: dime cómo es, me muero de curiosidad. Oh, digamos que es una relectura de Ibsen en clave de comedia, dijo él sin ocultar un cierto entusiasmo, comedia aunque un poco ácida, como acostumbran a ser mis cosas, y desde la perspectiva de ella. ¿En qué sentido?, preguntó la mujer. Oh, bueno, dijo el hombre con convicción, como mínimo creo que por cómo sopla el viento es conveniente ver las cosas desde la perspectiva de la mujer, si quiero que dé que hablar, aunque no la he escrito por este motivo, claro está. La historia en el fondo es banal, es el final de una relación, pero todas las historias son banales, lo importante es el punto de vista, y yo salvo a la mujer, ella es la verdadera protagonista, él es egoísta y mediocre, ni siquiera se da cuenta de qué es lo que está perdiendo, ¿comprendes?

La mujer asintió. Creo que sí, dijo, no estoy segura. De todas formas he escrito otras cosas, prosiguió él, estas islas son de un aburrimiento mortal, para pasar el rato no hay más remedio que escribir. Y además quería cotejarme con una dimensión distinta, me he pasado la vida escribiendo ficción. A mí me parece más noble, dijo la mujer, al menos es más gratuita, y por lo tanto, ¿cómo diría?, más ligera... Oh, sí, se rió el hombre, la delicadeza: *par délicatesse j'ai perdu ma vie*. Pero en un momento dado hay que tener el valor de cotejarse con la realidad, al menos con la realidad de nuestra vida. Y además, mira, la gente está sedienta de vida realmente vivida, está harta de la fantasía de los novelistas sin fantasía. La mujer preguntó quedamente: ¿son memorias? Había una vibración ligeramente ansiosa en su voz susurrante. Algo así, dijo él, pero sin pasar por la elaboración de la interpretación y del recuerdo; los hechos desnudos y crudos: eso es lo que cuenta. Será un escándalo, dijo la mujer. Digamos que dará que hablar, corrigió él. La mujer se quedó unos instantes absorta. ¿Ya tienes el título?,

preguntó. A lo mejor *Le regard sans école*, dijo él, ¿qué te parece? Me parece ingenioso, dijo ella.

El barco trazó una curva muy amplia y se puso a costear la isla. De la pequeña chimenea salían bocanadas de humo oscuro con un fuerte olor a nafta y el motor había adoptado un ritmo pausado, como si avanzase por puro placer. Eso explica por qué se tarda tanto tiempo, dijo el hombre, el embarcadero debe de estar al otro lado de la isla.

Sabes, Marcel, continuó la mujer como siguiendo una idea fija, este invierno he pasado mucho tiempo con Albertine. El barco avanzaba a pequeñas sacudidas, como si el motor se estuviera embarbascando. Pasaron ante una iglesita justo a la orilla del mar y estaban tan cerca que casi podían descifrar la fisonomía de la gente que se disponía a entrar en la iglesia. Las campanas que llamaban a la misa dominical tenían un tañido desentonado, como cojo.

¿Qué?! El hombre apartó al invisible insecto de la punta de su nariz. Pero ¿qué estás diciendo?, dijo. Su rostro reflejaba estupor y grandes dosis de desaprobación. Nos hemos hecho mucha compañía, explicó ella. Es importante hacerse compañía, en la vida, ¿no te parece? El hombre se levantó y fue a apoyarse a la barandilla, luego volvió de nuevo a sentarse en la butaca. Pero ¿qué estás diciendo?, repitió, ¿te has vuelto loca? Parecía muy inquieto y no lograba tener las piernas quietas. Es una mujer desdichada y generosa, dijo ella siempre siguiendo su razonamiento, creo que te ha querido mucho. El hombre abrió los brazos en un gesto desconsolado y murmuró algo incomprensible. Oye, dejémoslo estar, dijo finalmente con esfuerzo, y además mira, estamos llegando.

El barquito estaba haciendo los preparativos para atracar. Dos hombres en camiseta, a popa, desenroscaban los cables de amarre y gritaban frases dirigidas a un tercer hombre de pie en el embarcadero que los miraba con las manos en las caderas. Una pequeña turba de parientes estaba esperando a los pasajeros y hacía señales de saludo. En primera fila había dos viejecitas con pañuelo negro y una niña vestida de primera comunión que saltaba a la pata coja.

Y para la comedia, preguntó de pronto la mujer como si repentinamente se hubiese acordado de una pregunta olvidada, ¿ya tienes el título para la

comedia?, no me lo has dicho. Su compañero estaba introduciendo algunos periódicos y una pequeña máquina fotográfica en una bolsa con las siglas de una compañía de aviación. Se me han ocurrido cientos, y los he descartado todos, dijo mientras permanecía inclinado sobre la bolsa, ninguno acaba de encajar del todo, tiene que ser un título agudo pero a la vez muy pegadizo para una cosa como esta. Se incorporó y en su mirada brilló una vaga expresión de esperanza. ¿Por qué?, preguntó. Por nada, dijo ella, así, pensaba en un posible título, pero quizá sea demasiado frívolo, desentonaría en un *affiche* responsable, y además no tiene nada que ver con el tema, resultaría incongruente por completo. Pero en fin, suplicó él, quítame al menos la curiosidad, a lo mejor es genial. Tonterías, dijo ella, es una idea absolutamente peregrina.

Los pasajeros se agolparon hacia la salida y Marcel fue engullido por la multitud que empujaba. La mujer permaneció apartada, sujetándose a la cuerda de la barandilla. ¡Te espero en el muelle, gritó él sin darse la vuelta, tengo que seguir la corriente! Levantó un brazo entre la selva de cabezas agitando la mano. Ella se apoyó en la barandilla y se puso a mirar al mar.

OTROS FRAGMENTOS

En abril de 1839 dos ciudadanos británicos desembarcaron en la isla de Flores, que junto a Corvo es la isla más remota y solitaria del archipiélago de las Azores. Les conducía la curiosidad que es siempre un óptimo guía. Atracaron en Santa Cruz, un pueblo situado en el extremo septentrional de la isla, que poseía un pequeño puerto natural y que hasta el presente es el lugar más seguro para desembarcar en Flores. Desde Santa Cruz emprendieron un viaje por la costa, a pie y en palanquín, hasta Lajes de Flores, a unos cuarenta kilómetros de distancia, porque querían ver una iglesia que habían construido los portugueses en el siglo xvii. El palanquín, que ocho hombres del lugar llevaban a hombros, estaba hecho con la vela de un barco, y por la descripción de los viajeros se parecía más a una hamaca atada a dos palos.

Como todas las demás islas del archipiélago, Flores es de formación volcánica, pero a diferencia de São Miguel o de Faial, por ejemplo, que poseen playas claras y bosques verdísimos, esta es una mole de lava negra en medio del océano. Sobre el volcán crece bien la flor, como diría Bécquer; los dos ingleses atravesaron un paisaje increíble: un suelo de pizarra florida en el que súbitamente se abrían tremebundos abismos, precipicios, abruptos acantilados sobre el mar. A mitad del viaje se detuvieron para pasar la noche en un pueblecito de pescadores. Era una minúscula aldea encaramada en lo alto de un acantilado, y los viajeros silencian su nombre: no por desatención, creo, dado que su narración es siempre minuciosa y exhaustiva, sino tal vez porque carecía de nombre. Es muy probable que se llamase simplemente *Aldeia*, es decir «aldea», y que al ser el único lugar habitado en un radio de muchos kilómetros le bastase, como nombre propio, un nombre de antonomasia. Desde lejos les pareció bonito y de ordenada geometría, como acostumbran a ser los pueblecitos de pescadores. Las edificaciones, sin embargo, se les antojaron de formas extrañas. Cuando entraron en el pueblo comprendieron por qué. Casi todas las casas tenían como fachada la proa de un barco: eran casas de planta triangular, algunas de madera noble, cuya única pared de piedra era la que cerraba los dos lados del triángulo. Algunas

eran casas muy hermosas, cuentan los atónitos ingleses, cuyo interior tenía muy poco de casa porque de los muebles –lámparas, sillas, mesas e incluso camas– casi todo había sido rescatado del mar. Muchas tenían ojos de buey haciendo las veces de ventanas y como daban a la sima acantilada y al mar era como estar en un barco fondeado en lo alto de una montaña. Aquellas casas estaban construidas con los restos de los naufragios que los escollos de Flores y de Corvo han ofrecido durante siglos a las naves de paso. Los ingleses encontraron hospitalidad en una casa sobre cuya fachada se destacaban en blanco las letras the plymouth baltimore, y tal vez eso les ayudase a sentirse casi como en su casa. De hecho pasaron una noche reparadora y al día siguiente reemprendieron su viaje en la vela.

Los dos viajeros se llamaban Joseph y Henry Bullar, y su viaje merece ser referido.

En noviembre de 1838 el médico londinense Joseph Bullar, que había aplicado con escaso éxito sobre su hermano Henry las terapias entonces conocidas contra la tisis, con el agravamiento de la enfermedad de Henry decidió emprender un viaje con él hasta la isla de São Miguel. A pesar de la lejanía y de la enorme soledad, São Miguel era, entre todas las islas cálidas del Atlántico, la única que aseguraba una constante comunicación con Inglaterra. Durante la temporada de las naranjas, es decir desde noviembre a mayo, se podía escribir a Inglaterra cada semana recibiendo la respuesta al cabo de unos veinte días, porque el velero que llevaba las naranjas a Inglaterra efectuaba también un servicio postal. São Miguel era entonces un enorme naranjal que abarcaba toda su extensión y los naranjos llegaban hasta la orilla del mar.

Tras un viaje bastante agitado en el velero de los naranjos, los dos hermanos llegaron a Ponta Delgada en diciembre de 1838 y permanecieron en São Miguel hasta abril de 1839. Hay que suponer que la salud de míster Henry debió de mejorar, porque en aquella fecha los dos hermanos decidieron embarcarse en pequeños veleros de pescadores y visitar las Azores centrales y occidentales. De su estancia en el archipiélago, especialmente en Faial, en Pico y en la remota Corvo, resultó un espléndido diario de viaje que en 1841, nuevamente en Londres, los hermanos Bullar publicaron en la editorial de John van Voorst: *A Winter in the Azores and a Summer at the*

Furnas. Hoy se lee con estupor y admiración, aunque a fin de cuentas las cosas en las Azores no hayan cambiado mucho.

Las *almas* o *alminhas*: ánimas o animitas. Una cruz sobre un cubo de piedra con en medio un azulejo azul y blanco que representa a San Miguel. El dos de noviembre se aparecen las ánimas, porque San Miguel las pesca del purgatorio con una cuerda. Se necesita una cuerda para cada ánima. São Miguel está llena de cruces, y por tanto de ánimas que merodean entre los escollos, entre las simas acantiladas, por las playas de lava donde el mar se embravece. Al caer la tarde o por la mañana temprano, si se está atento, se pueden oír sus voces. Son lamentos confusos, letanías y susurros que a poco escéptico o distraído que se sea pueden confundirse fácilmente con el ruido del mar o el grito de los buitres. Muchas son ánimas de náufragos.

Aquí se estrellaron las primeras naves de los portugueses en misión de exploración, los barcos piratas de Sir Walter Raleigh y del Earl de Cumberland, la flota española de don Pedro de Valdez, que quería anexionar las Azores a la corona filipina. A decir verdad los españoles consiguieron desembarcar y su naufragio se consumó en Terceira, en 1581, en la batalla de la Salga. Los azorianos esperaron al ejército español en lo alto de una colina y arrojaron sobre él rebaños de toros enfurecidos que lo arrollaron. Entre los combatientes estaban Cervantes y Lope, que recordó la salvaje batalla en un cuarteto.

Y luego vinieron los naufragios de moda, que eran noticia en los periódicos y en las revistas ilustradas. Eran las peripecias de viajeros ricos y extravagantes que se hacían fotografiar en sus embarcaciones de lujo cuando salían de Nueva York o de New Bedford. Rizos de platino al viento, blazers con botones dorados, foulards. Ha saltado el tapón del champán y el vino asoma espumoso fuera de la botella. Imagínese un fox-trot u otras musiquillas por el estilo. Los barcos tienen nombres caprichosos como las vidas de sus propietarios: *Ho Ho*, *Anahita*, *Banana Split*. Buen viaje, señores, les desea una omitible autoridad ciudadana, venida a cortar las amarras con tijeras de plata.

También el mundo está naufragando, pero ellos no parecen darse cuenta.

A finales del siglo XIX, Alberto I, príncipe de Mónaco, pasó por estas islas a bordo de su *Hirondelle*. En estos mares realizó muchos de sus excelentes estudios oceanográficos, se sumergió en las aguas más profundas con la escafandra, catalogó moluscos desconocidos, extrañas formas de vida de contornos vagos e inciertos, peces y algas. Sobre las Azores ha dejado páginas de una gran viveza, pero sobre todo me ha impresionado su descripción del final de un cachalote, descalabro de un mastodóntico animal que aparece tan majestuoso y aterrador como el naufragio de un trasatlántico:

... Los balleneros, para obedecer a las habituales prescripciones de las autoridades marítimas, se apresuraron a llevar al mar el cadáver del cachalote cuya descomposición habría infectado rápidamente toda la zona circundante. No es esta una empresa fácil, porque aunque parecería suficiente arrastrar el cadáver a doscientos o trescientos metros de la orilla y confiar en que alguna corriente favorable se lo lleve de allí, el viento que cambia caprichosamente puede al instante hacerlo retroceder; y puede llegar a ocurrir que los balleneros intenten durante días y días liberarse de la mole pestilente sin conseguirlo. Si además el mar se embravece puede suceder que el indeseable despojo quede atrancado por el oleaje bajo acantilados inaccesibles donde, por la contundencia de su hedor, constituirá durante meses y meses un suplicio para los habitantes de la región. Hasta que por fin, un hermoso día de sol, el intestino grueso, hinchado de gas, estalla con gran estruendo cubriendo la zona circundante de detritos que constituyen un codiciado manjar para los multicolores cangrejos carroñeros. A veces estos siniestros animales se dan cita, para su obsceno *five o'clock*, con elegantes gambas que llevan de paseo a sus delicadas antenas sobre la enorme empanada, si la marea alta tiene la delicadeza de servirles como medio de transporte. En cualquier caso, pues, el pobre cachalote recorre progresivamente el camino de la derrota, desde la primera herida inferida por el hombre hasta la acción de las ínfimas criaturas que le conducen al cumplimiento del ciclo fatal con el que se resuelve el destino de los seres vivos. La muerte del cachalote es majestuosa como un enorme desmoronamiento, y en la necrópolis que los balleneros disponen en las pequeñas ensenadas, sus despojos se acumulan como las ruinas de una catedral.

Durante mucho tiempo he conservado en mi memoria una frase de Chateaubriand: «*Inutile phare de la nuit*». Creo haberle atribuido siempre un poder de desencantada consolación: como cuando nos apegamos a algo que se revela un *inutile phare de la nuit* y sin embargo nos permite hacer algo solo porque creíamos en su luz: la fuerza de las ilusiones. En mi memoria esta frase iba asociada al nombre de una isla lejana e improbable: *Île de Pico*, *inutile phare de la nuit*.

Cuando tenía quince años leí *Les Natchez*, libro incongruente y absurdo y a su manera magnífico. Me lo regaló un tío mío que abrigó durante toda su no larga vida el sueño de ser actor y que probablemente amaba en Chateaubriand la teatralidad y la escenografía. El libro me fascinó, cautivó mi imaginación y la arrastró con prepotencia entre los bastidores de la aventura. Recuerdo algunos pasajes con toda precisión y durante años he venido creyendo que la frase del faro le pertenecía. Se me ha ocurrido citar el pasaje exacto en este cuaderno, de forma que he vuelto a leer *Les Natchez*, pero no he encontrado mi frase. Primero he pensado que se me habría pasado por alto por haber releído el libro con las prisas de quien busca simplemente una cita. Luego he comprendido que no encontrar una frase como esta pertenece al sentido más íntimo de la propia frase y eso me ha consolado. También me he preguntado qué papel ha podido jugar la fuerza evocadora y de sugestión, tal vez inconsciente, de esta frase para llamarme a una isla donde no había nada que allá me llamase. A veces los pasos de nuestra vida pueden estar guiados también por la combinación de pocas palabras.

Solo me resta decir que en Pico, por la noche, no brilla ningún faro.

Breezy y Rupert me invitan a su barco para una copa de despedida. Se van por la tarde porque para salir quieren aprovechar la calma de las siete, que también aquí funciona. El *Amadeus* permanece atracado frente a los depósitos de agua, es azul y blanco, cabecea, y me parece imposible que un barco tan pequeño pueda cruzar océanos.

Rupert tiene el pelo color panocha, pecas, una cara divertida de Danny Kaye. Quizá me ha dicho que es escocés o quizá yo lo considero como tal por su fisonomía. En Londres trabajaba en una compañía de navegación: años y años sentado ante una mesa, con la luz eléctrica encendida, soñando con puertos lejanos de los que llegaban mercancías exóticas. Hasta que un día pidió el finiquito, vendió cuanto tenía y se compró este barco. Mejor dicho, se lo hizo construir a propósito sobre un diseño de un arquitecto náutico neoyorquino, y cuando descendo al *Amadeus* comprendo que no es exactamente el frágil cascarón de nuez que aparenta visto desde tierra. Breezy se fue con él y ahora viven en el barco. Bienvenido a nuestra casa, dicen

riéndose. Breezy tiene un rostro franco y muy cordial, una espléndida sonrisa y lleva un vestido largo de flores como si debiese vérselas con un *garden-party* y no con una travesía oceánica. El interior es de madera noble y tejidos de colores cálidos, comunica enseguida una sensación de bienestar y de seguridad. Hay una pequeña y nutrida biblioteca. Me pongo a curiosear: Melville, naturalmente, y Conrad y Stevenson. Pero también Henry James, Kipling, Shaw, Wells, los *Dubliners*, Maugham, Forster, Joyce Cary, M. E. Bates. Cojo el *Jacaranda Tree* e inevitablemente la conversación deriva hacia Brasil. Ellos solo han llegado hasta Fortaleza do Ceará, descendiendo a lo largo de las costas de América. Pero Brasil se lo reservan para otra ocasión, antes Rupert tiene que organizar el alquiler del *Amadeus* para un pequeño crucero de lujo. Así viven, alquilando el barco, y normalmente Rupert se queda como marinero. El resto de la vida les pertenece por completo.

Levantamos los vasos en un brindis por el viaje. Que tengáis buenos vientos, les deseo, ahora y siempre. Rupert corre la puertecita de un estante e introduce una cinta en el aparato estereofónico. Es el *Concierto K 271* para piano y orquesta de Mozart, y solo ahora comprendo por qué el barco se llama *Amadeus*. En el estante hay una colección de cintas con la obra completa de Mozart, catalogada con extremo cuidado. Pienso que Rupert y Breezy cruzan los mares acompañados de clavicémbalos y de melodías mozartianas, y la cosa me parece de una extraña belleza, tal vez porque siempre he asociado la música a la idea de la tierra firme, del teatro o de una habitación insonorizada y en penumbra. La música va adquiriendo un tono solemne que acaba envolviéndonos. Los vasos están vacíos, nos levantamos y nos damos un abrazo. Rupert pone en marcha el motor, enfilo la escalerilla y de un salto estoy en el muelle. Hay una luz mórbida sobre el recinto de casas de Porto Pim. El *Amadeus* realiza un amplio viraje y parte velozmente. Breezy lleva el timón y Rupert está izando la vela. Me quedo agitando la mano hasta que el *Amadeus*, ya con todas las velas desplegadas, entra en mar abierto.

Para los navegantes que recalán en Horta es habitual dejar en el dique del muelle un dibujo, un nombre, una fecha. Es un muro de unos cien metros de

largo donde se superponen dibujos de barcos, colores de banderas, números, frases. Recojo una entre otras muchas: *Nat, de Brisbane. Voy donde me lleva el viento*.

En julio de 1895 los vientos llevaron hasta Horta al capitán Joshua Slocum, el primer navegante solitario alrededor del mundo. Su barco se llamaba *Spray*, y viéndolo en fotografías parece una barcaza tosca e insegura, más apropiada para una navegación fluvial que para un viaje alrededor del mundo. Sobre las Azores el capitán Slocum ha dejado algunas páginas muy hermosas. Las leo en su *Sailing Alone around the World*, en una viejísima edición con una cubierta adornada por un festón de anclas.

Los vientos trajeron también hasta aquí a la única mujer ballenera de la que tengo noticia. Se llamaba Miss Elisa Nye, tenía diecisiete años y para reunirse en las Azores con su abuelo materno, el naturalista Thomas Hickling, que la había invitado a pasar un año en su casa de São Miguel, no dudó en embarcarse en la ballenera *Sylph*, que navegaba a vela desde New Bedford hasta las «Islas Occidentales», como los americanos llamaban entonces a las Azores. Miss Elisa era una muchacha emprendedora y despierta, crecida en una familia americana de costumbres puritanas y frugales. En la ballenera no se desanimó e hizo cuanto estuvo en su mano para poder ser útil. Su viaje duró desde el diez de julio hasta el trece de agosto de 1847. En su simpático diario, redactado con rapidez y desenvoltura, habla del mar, del viejo capitán Gardner, huraño y paternal, de los delfines, de los tiburones y naturalmente de las ballenas. En sus ratos libres, además de atender a su diario, leía la Biblia y *The Corsair* de Byron.

Peter's Bar es un café del puerto de Horta, cerca del club náutico. Es algo intermedio entre una taberna, un lugar de encuentro, una agencia de información y una oficina de correos. Allí se reúnen los balleneros, pero también la gente de los barcos que cubren la travesía atlántica u otros recorridos más largos. Y como los navegantes saben que Faial es un punto de apoyo obligatorio y todos pasan por aquí, Peter's ha pasado a ser el destinatario de mensajes precarios y venturosos que de otra forma no tendrían otra dirección. Del tablón de madera del Peter's penden notas, telegramas,

cartas a la espera de que alguien venga a reclamarlas. *For Regina, Peter's Bar, Horta, Azores*, dice un sobre con sello canadiense. *Pedro y Pilar Vázquez Cuesta, Peter's Bar, Azores*: una carta de Argentina, y también ha llegado. Una nota ya algo amarillenta dice: *Tom, excusemoi, je suis partie pour le Brésil, je ne pouvais plus rester ici, je devenais folle. Écris-moi, viens, je t'attends. C/o Enghenheiro Silveira Martins, Avenida Atlántica 3025, Copacabana. Brigitte. Y otra implora: Notice. To boats bound for Europe. Crew available!!! I am 24, with 26.000 miles of crewing/cruising/cooking experience. If you have room for one more, please leave word below! Carol Shepard.*

Es esbelto, muy estilizado, ha sido construido con material de primera calidad. Debe de haber navegado bastante. A este puerto llegó por azar. Los viajes son siempre un azar, por otra parte. Se llama *Nota azul*.

Montes de fuego, viento y soledad. Así describía las Azores, en el siglo XVI, uno de los primeros viajeros portugueses que desembarcó allí.

ANTERO DE QUENTAL

UNA VIDA

Antero fue el último de nueve hijos de una gran familia de las Azores que poseía pastizales y naranjos, y su infancia conoció el austero y frugal desahogo de los propietarios isleños. Contó entre sus antepasados con un astrónomo y un místico, cuyos retratos, junto al del abuelo, adornaban las paredes de un salón oscuro que olía a alcanfor. Su abuelo se llamaba André da Ponte Quental y había vivido el exilio y la cárcel por haber participado en la primera revolución liberal de 1820. Esto se lo contaba su padre, un hombre afable a quien gustaban los caballos y que había combatido en la batalla de Mindelo contra los absolutistas.

Sus primeros años estuvieron acompañados de pequeños potrillos moteados y de cantilenas arcaicas de sirvientas que venían de los montes de São Miguel, donde los pueblos son de lava y tienen nombres como Caldeiras y Pico do Ferro. Era un niño sereno y pálido, de cabello rojizo y ojos tan claros que a veces parecían transparentes. Pasaba las mañanas en el patio de una sólida casa, donde las mujeres custodiaban las llaves de los armarios y las ventanas tenían cortinas de grueso encaje. Él corría y lanzaba pequeños gritos alegres, y era feliz. Amaba mucho a su hermano mayor, en quien una silenciosa locura ofuscaba durante largos períodos una inteligencia rara y extravagante: con él inventó un juego que llamaban El Cielo y la Tierra, donde las fichas eran guijarros y conchas, y que jugaban sobre un tablero circular trazado sobre el polvo.

Cuando el niño se halló en edad de aprender, el padre llamó a su casa al poeta portugués Feliciano de Castilho y le confió su instrucción. Castilho era considerado entonces un gran poeta, quizá en virtud de sus traducciones de Ovidio y de Goethe, y quizá también por su desgraciada ceguera que, en ocasiones, confería a sus versos un tono de vate muy del agrado de los románticos. En realidad era un erudito irascible y huraño que privilegiaba la

retórica y la gramática. Con él, el pequeño Antero aprendió el latín, el alemán y la métrica. Y entre estos estudios llegó a la adolescencia.

Una noche de abril en la que había cumplido su decimoquinto año, Antero se despertó sobresaltado y sintió que una fuerza le empujaba hacia el mar. Era una noche de gran quietud y la luna estaba en creciente. Toda la casa dormía y el viento hinchaba las cortinas de encaje. Se vistió en silencio y descendió hacia la escollera. Se sentó en una roca y contempló el cielo, intentando adivinar qué podía haberle inducido a encaminarse a aquel lugar. El mar estaba tranquilo y respiraba como si durmiese, y la noche era idéntica a todas las demás noches. Solo que él sentía una gran inquietud, como una ansiedad que le oprimía el pecho. Y en aquel momento percibió un sordo bramido que procedía de la tierra, la luna se tiñó de sangre y el mar se hinchó como un vientre enorme y se abalanzó sobre las rocas. La tierra tembló y los árboles se doblegaron bajo la fuerza de un viento impetuoso. Antero corrió atónito hasta su casa y encontró a su familia reunida en el patio; pero ahora el peligro ya había pasado, y en las mujeres el pudor por la vestimenta nocturna era superior al pánico experimentado. Antes de volver a la cama, Antero cogió un pedazo de papel y escribió atropelladamente, sin poder controlarse, palabra tras palabra. Y mientras escribía se dio cuenta de que las palabras se iban ordenando sobre el papel, casi por sí solas, según la combinación métrica del soneto: y él se lo dedicó, en latín, al dios desconocido que se lo estaba inspirando. Aquella noche durmió serenamente y al amanecer soñó que un diminuto simio de morro irónico y triste le tendía un papelito. Él lo leía y entendía un secreto que a nadie le era dado saber y que solo el animal conocía.

Iba haciéndose hombre. Estudiaba astronomía y geometría, se dejó seducir por la hipótesis cosmogónica de Laplace, por la idea de la unidad de las fuerzas físicas y por la concepción matemática del Espacio. Por las noches escribía sus pequeños artificios misteriosos y abstractos en los que traducía en palabras su idea de la máquina cósmica. Ahora ya se había resignado a soñar con el pequeño mono de morro irónico y triste, y casi se sorprendía las noches en que no le visitaba.

Cuando tuvo edad de estudios universitarios marchó a Coímbra, como quería la tradición familiar, y anunció que había llegado el momento de

abandonar el estudio de las leyes cósmicas para dedicarse a las de los hombres. Se había convertido en un joven alto y corpulento, con una barba rubia que le confería un aspecto majestuoso, casi soberbio. En Coímbra conoció el amor, leyó a Michelet y a Proudhon, y en lugar de por las leyes que aplicaba la justicia de entonces se entusiasmó por la idea de una justicia nueva que hablaba de la igualdad y de la dignidad de los hombres. Persiguió esta idea con la pasión que había heredado de sus antepasados isleños, pero también con la razón del hombre que era, porque estaba convencido de que la justicia y la igualdad participaban de la geometría del mundo. En la forma cerrada y perfecta del soneto inscribió el ardor que le dominaba y su ansia de verdad. Marchó a París y se hizo tipógrafo, como otro habría podido hacerse fraile, porque quería conocer la fatiga del cuerpo y la concreción de las herramientas. Después de Francia se fue a Inglaterra y a Estados Unidos, vivió en Nueva York y en Halifax, para conocer las nuevas metrópolis que el hombre estaba construyendo y las distintas maneras de vivir en ellas. Cuando regresó a Portugal se había hecho socialista. Fundó la asociación nacional de los trabajadores, viajó y ganó adeptos, vivió entre los campesinos, pasó por sus islas como un tribuno de verbo ardiente, conoció la arrogancia de los poderosos, la adulación de los avispados, la timidez de los siervos. Le animaba el desdén, y escribió sonetos de sarcasmo y de furor. Conoció también la traición de algunos compañeros y la ambigua alquimia de quien consigue conjugar el interés común con su propio interés.

Comprendió que debía dejar en otras manos, más hábiles que las suyas, la continuación de la obra que él había iniciado, casi como si ya no le perteneciera. Era un momento de hombres prácticos, y él no lo era: y esto le infundió un sentimiento de desolación, como un niño que pierde la inocencia y descubre de pronto la vulgaridad del mundo. Todavía no tenía cincuenta años pero su rostro estaba muy marcado. Sus ojos se habían hundido y en su barba aparecían las primeras canas. Empezó a padecer insomnio y a proferir gritos ahogados en los raros momentos de reposo. A veces sentía que sus palabras no le pertenecían y frecuentemente se sorprendía hablando solo, como si fuese otro que hablaba con él. Un médico de París le diagnosticó histeria y le recetó un tratamiento eléctrico. Antero anotó que padecía infinito, y tal vez fuera una enfermedad para él más plausible. Tal vez solo

estaba cansado de la forma transitoria e imperfecta del ideal y de la pasión, y su afán se dirigía ahora a otro orden geométrico. En sus escritos empezó aparecer la palabra Nada, que le parecía la forma más perfecta de perfección. Entraba en su cuadragésimo noveno año y regresó a su isla.

La mañana del once de septiembre de 1891 salió de su casa de Ponta Delgada, bajó a pie la empinada calle sombreada hasta la Igreja Matriz y entró en una pequeña armería de la esquina. Vestía un traje negro y sobre la camisa blanca llevaba una corbata fijada con un alfiler con una concha. El propietario era un hombre cordial y obeso, amante de los perros y de los grabados antiguos. Había un ventilador de latón que giraba lentamente en el techo. El propietario mostró a su cliente un hermoso grabado del siglo XVII, adquirido recientemente, que representaba una jauría de perros persiguiendo a un ciervo. El viejo comerciante había sido amigo de su padre, y Antero recordaba que siendo niño los dos hombres le llevaban consigo a la feria de Caloura, donde se daban cita los caballos más hermosos de São Miguel. Estuvieron hablando largamente de perros y de caballos, luego Antero compró un pequeño revólver de caña corta. Cuando salió del establecimiento, el campanario de la Matriz daba las once. Antero recorrió lentamente todo el malecón hasta la capitanería y permaneció largo rato en el muelle contemplando los veleros. Luego cruzó la franja costera y entró en la plaza de la Esperança, rodeada de esbeltos plátanos. El sol era feroz y todo era blanco. La plaza estaba desierta, a aquellas horas, debido al fuerte calor. Un borrico triste, amarrado a la argolla de una pared, hacía oscilar su cabeza. Mientras atravesaba la plaza Antero oyó una música. Se detuvo dándose la vuelta. En la esquina opuesta, a la sombra de un plátano, había un vagabundo que tocaba un organillo. El vagabundo le hizo una seña y Antero se dirigió a él. Era un gitano flaco y tenía un mono subido a su hombro. Era un ser diminuto de morro irónico y triste y llevaba un uniforme rojo con botones dorados. Antero reconoció al mono de sus sueños y comprendió quién era. El animal le tendió la minúscula mano negra y Antero dejó caer en ella una moneda. A cambio el animal agarró un papelito coloreado de los muchos que el gitano tenía ensartados en la cinta del sombrero y se lo ofreció. Él lo cogió y lo leyó. Atravesó la plaza y se sentó en un banco bajo el fresco muro del convento de la Esperança donde había un ancla azul dibujada sobre la pared encalada.

Sacó el revólver del bolsillo, se lo llevó a la boca y apretó el gatillo. Tuvo un instante de estupor al seguir viendo la plaza, los árboles, el resplandor del mar y al gitano que tocaba el organillo. Sintió un hilillo tibio deslizarse por su cuello. Accionó el mecanismo del revólver e hizo fuego por segunda vez. Entonces el gitano desapareció con el paisaje y las campanas de la Matriz empezaron a tañer el mediodía.

II. DE BALLENAS Y BALLENEROS

ALTA MAR

Hacia el final de la última guerra una ballena exhausta y tal vez enferma embarrancó en la playa de una pequeña ciudad alemana, no sé decir cuál. Al igual que la ballena, también Alemania estaba exhausta y enferma, las ciudades estaban derruidas y la gente tenía hambre. Los habitantes de la pequeña ciudad acudieron a la playa a ver a aquel mastodóntico visitante que yacía allí, obligado a una innatural inmovilidad, y respiraba. Pasaron algunos días, pero la ballena no se murió. Todos los días la gente iba a ver a la ballena. En aquella ciudad nadie sabía cómo se mata a un animal que no es un animal sino un enorme cilindro oscuro y brillante que hasta entonces habían visto tan solo en las ilustraciones. Hasta que un día alguien cogió un enorme cuchillo, se acercó a la ballena, extrajo un cono de aquella carne grasienta y se la llevó apresuradamente a casa. Toda la población empezó a arrancar pedazos de ballena. Iban por la noche, a escondidas, porque tenían vergüenza unos de otros, por más que sabían que todos hacían lo mismo. La ballena siguió viviendo aún durante muchos días, a pesar de mostrar unas llagas horrendas.

Esta historia me la contó en una ocasión mi amigo Christoph Meckel. Creía haberla borrado de mi memoria y en cambio he vuelto a recordarla de repente cuando desembarqué en la isla de Pico y había una ballena que flotaba muerta cerca de la escollera.

Cuando las ballenas flotan en pleno océano parecen submarinos a la deriva víctimas de un torpedo. Y en su vientre imaginamos una tripulación de muchos pequeños Jonás, cuyo radar es ahora inservible, que han desistido de ponerse en contacto con otros Jonás y que esperan con resignación la muerte.

He leído en una revista científica que las ballenas se comunican entre sí mediante ultrasonidos. Tienen un oído finísimo y consiguen captar sus

llamadas a centenares de kilómetros de distancia. Tiempo atrás los bancos se comunicaban entre sí desde las posiciones más alejadas del globo; normalmente eran llamadas amorosas u otros tipos de mensajes cuyo significado nos es desconocido. Ahora que los mares están llenos de ruidos mecánicos y de ultrasonidos artificiales, los mensajes entre las ballenas tienen demasiadas interferencias para que puedan ser captados y descifrados. Ellas siguen lanzándose inútilmente señales y llamadas que vagan errantes por los abismos.

Hay una posición adoptada por las ballenas que los pescadores designan con la expresión de «ballena muerta» y que tiene lugar casi siempre con animales adultos y aislados. Cuando la ballena está «muerta» parece abandonada por completo a la superficie del mar, fluctuando sin esfuerzo aparente, como si fuese presa de un sueño profundo. Los pescadores sostienen que este fenómeno solo se produce los días de excesiva bonanza o de sol intenso, pero las causas reales de la catalepsia cetácea siguen siendo desconocidas.

Los balleneros sostienen que las ballenas son totalmente indiferentes a la presencia humana incluso durante la cópula y que permiten acercarse a ellas hasta el extremo de poder tocarlas. El acto sexual se realiza por yuxtaposición ventral, como en la especie humana. Según los balleneros, la pareja saca el hocico fuera del agua, pero los naturalistas sostienen que la posición de los cetáceos es la horizontal y que la posición vertical es solo fruto de la imaginación de los pescadores.

También sobre las fases del parto de las ballenas y sobre los primeros momentos de la vida de la cría los conocimientos son bastante escasos. En cualquier caso, algo «distinto» de lo que se conoce sobre los demás mamíferos marinos debe de suceder para que la cría no se ahogue o no muera asfixiada al romperse el cordón umbilical que le une al sistema vascular materno. Como es sabido, los momentos del parto y de la cópula son los únicos de la vida de los demás mamíferos marinos durante los cuales parecen recordar su ancestralidad terrestre; tanto es así que vienen a tierra solo para

emparejarse y para parir, permaneciendo en ella apenas el tiempo indispensable para las primeras fases de la vida de la cría. Sería, pues, este acto de la vida terrestre el último en desaparecer de la memoria fisiológica de los cetáceos, que entre todos los mamíferos acuáticos son aquellos en los que la ancestralidad terrestre es más remota.

«Ninguna relación entre esta dulce raza de mamíferos que poseen como nosotros sangre roja y leche, y los monstruos de edades anteriores, horribles abortos del limo primigenio. Las ballenas, mucho más recientes, encontraron un agua purificada, el mar libre y el globo en paz. La leche del mar, su aceite, sobreabundaba; su calor graso, animalizado, fermentaba con increíble fuerza, quería vivir. Todos estos elementos fermentaron, se organizaron en estos colosos, *enfants gâtés* de la naturaleza a los que esta dotó de una fuerza incomparable y de algo todavía más precioso: una hermosa sangre roja como el fuego. Por vez primera la sangre hizo su aparición. He ahí la verdadera flor del mundo. Todas las criaturas de sangre pálida, avara, lánguida, vegetante, parecían no tener corazón comparadas con la vida generosa que bulle en esta púrpura, circule por ella la cólera o el amor. La fuerza del mundo superior, su atractivo, su belleza es la sangre... Pero, con este don magnífico, aumenta infinitamente la sensibilidad nerviosa. Se es mucho más vulnerable, mucho más susceptible de sufrir y de gozar. Como la ballena carece en absoluto del sentido de la caza, y no tiene el olfato y el oído muy desarrollados, todo en ella depende del tacto. La grasa, que la defiende del frío, no la protege en absoluto de posibles impactos. Su piel dispuesta sutilmente en seis tejidos distintos se estremece y vibra a cada estímulo. Las tiernas papilas que la recubren son instrumentos de delicadísimo tacto. Y todo ello está animado, vivificado por un borbotón de sangre roja que, dada también la mole del animal, no es mínimamente comparable en cuanto a abundancia con la de los mamíferos terrestres. La ballena herida inunda el mar de sangre en un instante, lo tiñe de rojo a enorme distancia. La sangre que nosotros poseemos a gotas le ha sido prodigada a torrentes.

»La hembra gesta nueve meses. Su leche sabrosa, algo azucarada, tiene la dulzura tibia de la leche de mujer. Pero como siempre tiene que hendir las

olas, si las mamas estuvieran situadas en el pecho la cría quedaría expuesta a toda clase de golpes; y por tanto están situadas un poco más abajo, en un lugar más protegido, en el vientre del que ha salido la cría. Y el hijo se refugia allí, y disfruta del oleaje que su madre rompe por él.» (Michelet, *La Mer*, p. 238.)

Dicen que el ámbar gris es el residuo del caparazón queratinoso de los crustáceos que la ballena no consigue digerir y que se le acumula en determinados segmentos del intestino. Pero otros sostienen que es el resultado de un proceso patológico, una especie de litiasis intestinal circunscrita. Actualmente el ámbar gris está destinado casi exclusivamente a la fabricación de perfumes de lujo, pero en la historia de su comercio tiene aplicaciones tan dispares como lo es la imaginación humana: fue bálsamo propiciatorio en ritos religiosos, pomada afrodisíaca, testimonio de consagración religiosa para los peregrinos musulmanes que visitaban la Piedra Negra de La Meca. Se dice que era un aperitivo indispensable en los banquetes de los mandarines. Milton habla del ámbar gris en el *Paradise Lost*. También Shakespeare habla de él, no recuerdo dónde.

«L'amour, chez eux, soumis à des conditions difficiles, veut un lieu de profonde paix. Ainsi que le noble éléphant, qui craint les yeux profanes, la baleine n'aime qu'au désert. Le rendez-vous est vers les pôles, aux anses solitaires du Groënland, aux brouillards de Behring, sans doute aussi dans la mer tiède qu'on a trouvée près du pôle même.

»La solitude est grande. C'est un théâtre étrange de mort et de silence pour cette fête de l'ardente vie. Un ours blanc, un phoque, un renard bleu peut être, témoins respectueux, prudents, observent à distance. Les lustres et girandoles, les miroirs fantastiques, ne manquent pas. Cristaux bleuâtres, pics, aigrettes de glace éblouissante, neiges vierges, ce sont les témoins qui siègent tout autour et regardent.

»Ce qui rend cet hymen touchant et grave, c'est qu'il y faut l'expresse volonté. Ils n'ont pas l'arme tyrannique du requin, ces attaches qui maîtrisent le plus faible. Au contraire, leurs fourreaux glissants les séparent, les

éloignent. Ils se fuient malgré eux, échappent, par ce désespérant obstacle. Dans un si grand accord, on dirait un combat. Des baleiniers prétendent avoir vu ce spectacle unique. Les amants, d'un brûlant transport, par instants, dressés et debout, comme les deuxtours de Notre-Dame, gémissant de leurs bras trop courts, entreprenaient de s'embrasser. Ils retombaient d'un poids immense... L'ours et l'homme fuyaient épouvantés de leurs soupirs.» (Michelet, *La Mer*, pp. 240-242.) Un fragmento tan intenso y poético como este de Michelet no se merece el menoscabo de una traducción.⁴

Se me ha ocurrido pensar que los días de excesiva bonanza y de sol intenso, cuando sobre el océano pesa un calor tórrido, fuesen los raros días permitidos a las ballenas para regresar con la memoria fisiológica a su ancestralidad terrestre. Se ven obligadas a una concentración tan intensa y total que caen en un sueño profundo, como una muerte aparente: y así flotando, como lustrosos troncos ciegos, consiguen recordar, como en un sueño, un pasado remotísimo en el que sus toscas aletas eran extremidades secas capaces de gestos, saludos, caricias, carreras sobre el prado, entre flores espigadas y helechos, sobre una tierra que era un magma de elementos todavía en busca de una combinación, de una hipótesis.

Los balleneros de las Azores cuentan que cuando una ballena adulta es arponeada a una distancia de cinco o seis millas de otra, esta última, aunque se halle en un estado de muerte aparente, se despierta bruscamente y huye despavorida. Las ballenas cazadas en las Azores son predominantemente cachalotes.

«*Cachalote*. Esta ballena, conocida vagamente entre los antiguos ingleses como la Ballena Trumpa, o Ballena Physeter, o Ballena de Cabeza de Yunque, es el actual *cachalot* de los franceses, el *Pottfisch* de los alemanes y el *Macrocephalus* de las palabras largas. Es, sin duda, el mayor habitante del globo, el ballenáceo más temible de encontrar, el más majestuoso de aspecto, y finalmente, con mucho, el más valioso para el comercio, siendo la única criatura de la que puede obtenerse esa valiosa sustancia que es el espermaceti. Sobre sus peculiaridades me extenderé en otros lugares; ahora deseo

ocuparme principalmente de su nombre inglés, *sperm-whale*: filológicamente considerado, es absurdo. Hace unos siglos, cuando el cachalote era casi desconocido en su auténtica individualidad y su aceite se obtenía solo accidentalmente de los ejemplares embarrancados, en aquellos días el espermaceti, parece ser, se consideraba vulgarmente derivado de una criatura idéntica a la entonces conocida en Inglaterra como Ballena de Groenlandia, o Franca. Se creía asimismo que ese espermaceti era aquel humor fecundante de la Ballena de Groenlandia, según indican las primeras sílabas de la palabra. En aquellos días, además, el espermaceti era enormemente escaso y no se usaba para el alumbrado, sino solo como unción y como medicamento. Solo se obtenía de los farmacéuticos, como hoy día se compra una onza de ruibarbo. En mi opinión, cuando con el transcurso del tiempo llegó a conocerse la verdadera naturaleza del espermaceti, los comerciantes conservaron su nombre original, sin duda para realzar su valor con una alusión tan llamativamente expresiva de su escasez.» (Melville, *Moby Dick*, cap. XXXII.)

«Los cachalotes son grandes cetáceos que viven en zonas de los dos hemisferios donde la temperatura del agua es bastante alta. Existen diferencias importantes entre su conformación y la de las ballenas: las láminas córneas y elásticas, que guarnecen la boca de estas últimas y que les sirven para triturar un alimento de reducidas dimensiones, son reemplazadas en los cachalotes por potentes dientes sólidamente implantados en la mandíbula inferior con los que pueden aferrar enormes presas; su cabeza, una masa enorme que termina verticalmente como la proa de un barco, ocupa una tercera parte de todo el cuerpo. Estas divergencias anatómicas entre los dos grupos les confieren reinos distintos: las ballenas encuentran sobre todo en las aguas frías de las regiones polares los apretados bancos de organismos microscópicos que absorben con la misma naturalidad con que nosotros respiramos; los cachalotes en cambio se alimentan preferentemente de cefalópodos que abundan en las aguas templadas. También en el comportamiento de estos gigantes se dan sustanciales diferencias que los balleneros han aprendido a conocer perfectamente en interés de su propia

incolumidad. Mientras las ballenas son animales plácidos, los viejos cachalotes machos, tornándose solitarios con el tiempo como ocurre entre los jabalíes, se defienden y se vengan. Muchas balleneras aferradas entre las mandíbulas de estos gigantes tras el arponazo han acabado hechas pedazos; y muchos de sus tripulantes han perecido al darles caza.» (Albert Ier Prince de Monaco, *La Carrière d'un Navigateur*, pp. 277-278.)

«No pocos de estos balleneros proceden de las Azores, donde atracan frecuentemente los barcos de Nantucket en su viaje de ida para engrosar sus tripulaciones con los curtidos campesinos de aquellas costas rocosas. (...) No se sabe por qué, pero el caso es que los isleños resultan ser los mejores balleneros.» (Melville, *Moby Dick*, cap. XXVII.)

La isla de Pico es un cono volcánico que sobresale de repente del océano: no es más que una elevada y abrupta montaña posada sobre el mar. Tiene tres pueblos: Madalena, São Roque y Lajes; todo el resto es roca de lava sobre la que de vez en cuando crece un solitario viduño y algún ananás silvestre. El pequeño ferry atraca en el embarcadero de Madalena, es domingo y muchas familias se desplazan entre las islas más próximas con canastas y fardos. De los cestos asoman ananás, plátanos, botellas de vino, pescados. En Lajes hay un pequeño museo de ballenas y yo quiero verlo. Pero los autobuses tienen hoy horario reducido por ser día festivo, y Lajes está a unos cuarenta kilómetros, en la otra punta de la isla. Me siento pacientemente en un banco, bajo una palmera, frente a la extraña iglesia de la placita. Tenía idea de ir a bañarme, hace un hermoso día y la temperatura es muy agradable. Pero en el ferry me han puesto en guardia, porque cerca de la escollera hay una ballena muerta y el mar está lleno de tiburones.

Tras una larga espera bajo el calor meridiano veo un taxi que tras depositar a un pasajero en el pequeño puerto está dando la vuelta. El conductor se ofrece a llevarme gratuitamente hasta Lajes, porque ya ha hecho la carrera y ahora vuelve a casa; el precio pagado por el pasajero incluía también el retorno, y él no quiere dinero que no le corresponda. En Lajes solo hay dos taxis, me dice con satisfacción, el suyo y el de su primo. La única carretera de Pico corre a lo largo de la escollera, con curvas y baches, sobre un mar

espumoso. Es una carretera estrecha y entrecortada que atraviesa un paisaje pedregoso y sombrío, con raras casas solitarias. Me bajo en la plaza principal de Lajes, que es un pueblo silencioso dominado por la incongruencia de un enorme convento del siglo XVIII y por la imponencia de la estela de un *padrão*, la señal de dominio en piedra que los navegantes portugueses erigían en nombre del rey allí donde atracaban.

El museo de las ballenas está en la calle principal, en el primer piso de una noble casa restaurada. Me hace de guía un muchacho de aspecto vagamente cretino que emplea un lenguaje obvio y ceremonioso. Me intereso principalmente por los objetos de marfil que antiguamente trabajaban los balleneros, y luego por los libros de navegación y por algunos arcaicos utensilios de formas fantasiosas. Sobre una pared están expuestas viejas fotografías. En una se lee: *Lajes, 25 de Dezembro 1919*. Quién sabe cómo se las han arreglado para arrastrar al cachalote hasta el atrio de la iglesia. Habrán sido necesarias unas cuantas parejas de bueyes. Es un cachalote tremendamente grande, parece increíble. Hay seis o siete chiquillos que han trepado hasta su cabeza: han apoyado contra el morro una escalera de mano y desde allá arriba hacen ondear sombreros y pañuelos. Los balleneros están en fila en primer plano, con aire orgulloso y satisfecho. Tres de ellos llevan un gorrito de lana con una borla, uno tiene un sombrero de hule que parece de bombero. Todos están descalzos, solo uno lleva botas, debe de ser el patrón. Creo que luego todos salieron de la fotografía, se quitaron el sombrero y entraron en la capilla, como si fuese la cosa más natural del mundo dejar una ballena en el atrio de la iglesia. Así pasó la Navidad en Pico, en 1919.

Cuando salgo del museo me espera una sorpresa. Por el fondo de la calle, siempre desierta, aparece una orquesta. Son viejos y jóvenes vestidos de blanco, con un sombrero marinero; los cobres están relucientes y reflejan el sol, tocan de forma excelente una tonadilla melancólica que parece un vals. Les precede una niña que enarbola una vara en cuya punta están ensartados dos panes y una paloma de azúcar. Sigo a la pequeña comitiva en su solitario desfile por la calle principal hasta una casa de ventanas azules. La banda se dispone en semicírculo y ejecuta una marcha briosa. Se abre una ventana y aparece un viejo de aspecto distinguido que saluda, se inclina, sonrío, desaparece y vuelve a aparecer al cabo de un rato en el umbral de la puerta.

Le aguarda un pequeño aplauso, un apretón de manos del director de la orquesta, un beso de la niña. Evidentemente es un homenaje. A quién o a qué lo ignoro, pero preguntarlo no tiene demasiado sentido. La brevísima ceremonia toca a su fin, la banda se dispone de nuevo en dos filas, pero en lugar de volver por donde ha venido se dirige hacia el mar, que está allí mismo, al final de la calle. Siguen tocando, y yo tras ellos. Cuando llegan al mar se sientan en los escollos, depositan los instrumentos en el suelo y encienden unos pitillos. Charlan y contemplan el mar. Disfrutan del domingo. La niña ha dejado la vara apoyada contra una farola y juega con otra niña de su misma edad. El autobús arma una escandalera tremenda, desde el otro extremo del pueblo, porque a las seis hace el único viaje a Madalena, y faltan cinco minutos.

«Pueden encontrarse, en las Azores, dos clases de balleneros. Los primeros vienen de Estados Unidos a bordo de pequeñas goletas con arqueo de unas cien toneladas. Parecen tripulantes de barcos piratas, debido a la mezcla de razas de la que están compuestos: negros, malasios, chinos, individuos indefinibles fruto de cruces cosmopolitas se encuentran mezclados con desertores y rufianes que se sustraen en el océano a la justicia de los hombres. Una caldera enorme ocupa el centro de la goleta: aquí es donde los trozos de grasa seccionados del cachalote amarrado al costado del barco se transforman en aceite mediante una cocción infernal atormentada por el cabeceo y el balanceo, mientras torbellinos de humo nauseabundo se esparcen en derredor. ¡Y cuando el mar se agita, durante esta operación, qué salvaje espectáculo! En efecto, antes que renunciar al fruto de una presa arrancada heroicamente al vientre del océano, prefieren poner en peligro su vida. Para reforzar los cabos que sujetan la ballena a la embarcación, algunos hombres se aventuran, arriesgando su vida, sobre aquella enorme masa untuosa que el mar sacude con el oleaje y que amenaza, con su mole propulsada por las olas, con hacer pedazos los costados de la goleta. Después de haber reforzado los amarres se espera, se prolonga el riesgo hasta el momento en que es insostenible. Entonces se cortan las maromas, y toda la tripulación acompaña con imprecaciones de una violenta cólera al cadáver que se aleja sobre el oleaje

dejando un terrible hedor en lugar de los sueños de riqueza que había suscitado.

»La otra clase de balleneros está compuesta por personas más similares a los comunes mortales. Son los pescadores de las islas, o incluso agricultores de espíritu aventurero, y a veces simples emigrantes retornados a su país con el ánimo templado por otros temporales en las Américas. Diez personas constituyen la tripulación de dos barcos balleneros que pertenecen a minúsculas sociedades con un capital de unos treinta mil francos. Una tercera parte de las ganancias corresponde a los accionistas, los otros dos tercios se dividen en partes iguales entre la tripulación. Las chalupas balleneras, que están construidas admirablemente para la velocidad, están pertrechadas de velas, de remos, de pagayas, de un timón normal y de un remo-timón. Los instrumentos de la caza consisten en numerosos arpones con la punta cuidadosamente protegida por una funda, en varias lanzas de filo muy cortante y en quinientos o seiscientos metros de cuerda dispuesta en espiral dentro de cestos de los que se desliza hacia una horquilla levantada en la proa de la embarcación.

»Estos pequeños barcos permanecen a la espera agazapados en pequeñas playas o en las ensenadas rocosas de aquellos islotes inhóspitos. Desde un promontorio de la isla, un vigía escruta continuamente el mar como hacen los gavieros en los navíos; y cuando avista la columna de vapor áqueo que los cachalotes despiden por sus respiradores, el vigía convoca a los balleneros con una señal convenida. En escasos minutos las embarcaciones se hacen a la mar, en dirección al lugar donde se consumará el drama.» (Albert Ier Prince de Monaco, *La Carrière d'un Navigateur*, pp. 280-283.)

DE UN REGLAMENTO

1. De los cetáceos

Art. 1. El presente reglamento es válido para la pesca de los cetáceos abajo indicados, cuando se efectúe en las aguas territoriales de Portugal y de las islas que le pertenecen:

Cachalote, *Physeter catodon* (Linnaeus)

Ballena común, *Balenopectera physalus* (Linnaeus)

Ballena azul, *Balenopectera musculus* (Linnaeus)

Ballena enana, *Balenopectera acustorostrata* (Linnaeus)

Ballena gibosa o «Ampebeque», *Megaptera nodosa* (Linnaeus)

2. De las embarcaciones

Art. 2. Las embarcaciones empleadas en la caza son las siguientes:

a) *Chalupas balleneras.* Embarcaciones de quilla descubierta, con propulsión a remos o a vela, utilizadas en la caza propiamente dicha para arponear o matar a los cetáceos.

b) *Lanchas.* Embarcaciones de propulsión mecánica utilizadas para la asistencia a las chalupas balleneras, para el remolque de dichas embarcaciones y de los cetáceos muertos. Pueden eventualmente desarrollar funciones de caza, circundando y arponeando a los cetáceos, cuando se haga necesario y en los términos del presente reglamento.

Art. 44. En términos legales las dimensiones de las chalupas balleneras quedan establecidas en las siguientes medidas: longitud, de 10 a 11,50 metros; anchura, de 1,80 a 1,95 metros.

Art. 45. Las lanchas no pueden tener un peso inferior a las 4 toneladas ni una velocidad inferior a los 8 nudos.

Art. 51. Además de los utensilios y los aparejos indispensables para la caza, todas las embarcaciones balleneras deberán tener a bordo los siguientes

objetos: una hachuela para cortar el cable del arpón cuando sea necesario; tres banderitas: una blanca, una azul y una roja; una caja de galletas; un recipiente con agua dulce; tres antorchas luminosas del tipo Holmes.

3. Del ejercicio de la pesca

Art. 54. Está expresamente prohibido practicar la caza a los cetáceos con menos de dos embarcaciones.

Art. 55. Está prohibido lanzar el arpón cuando las embarcaciones se hallen a tal distancia una de otra que no puedan prestarse auxilio mutuamente en caso de siniestro.

Art. 56. En caso de siniestro todas las embarcaciones que se hallen en las inmediaciones del accidente deberán prestar auxilio a los siniestrados, aunque para tal fin sea necesario interrumpir la caza.

Art. 57. Si un hombre de la tripulación cayera al mar durante las operaciones de caza, el patrón de la embarcación en la que se haya producido el accidente interrumpirá toda operación, procediendo eventualmente al corte del cable y ocupándose exclusivamente de la recuperación del naufrago.

Art. 57 A. Si en el lugar del accidente se halla una embarcación a las órdenes de otro patrón, esta no podrá rechazar la asistencia necesaria.

Art. 57 B. Si el hombre caído al mar fuese el patrón, el mando pasa al arponero, a quien corresponderá cumplir el reglamento indicado en el art. 57.

Art. 61. La dirección de la caza corresponde al patrón de más edad, salvo acuerdo contrario declarado precedentemente.

Art. 64. En el caso de que en el mar o en la costa se encuentren cetáceos muertos o agonizantes, quien los encuentre debe comunicar inmediatamente el hecho a las autoridades marítimas, las cuales procederán a realizar las averiguaciones necesarias para descubrir eventuales arpones registrados. En caso positivo, los cetáceos serán entregados a los legítimos propietarios de los arpones. El descubridor tendrá derecho a una compensación que será liquidada en los términos del art. 685 del Código Comercial.

Art. 66. Está expresamente prohibido lanzar sobre los cetáceos arpones sueltos (no asegurados a la embarcación con un cable) cualesquiera que sean

las circunstancias, y quien lo haga no adquiere ningún derecho sobre el cetáceo arponeado.

Art. 68. Ninguna embarcación podrá, sin previa autorización, cortar los cables de otras embarcaciones, a menos que se vea obligada a hacerlo por razones de peligro.

Art. 69. Arpones, cables, señales de identificación, etc., encontrados en un cetáceo por otras embarcaciones serán devueltos a sus legítimos propietarios sin que ello comporte ningún tipo de remuneración ni de indemnización.

Art. 70. Está prohibido arponear o matar ballenas de la especie *Balaena*, vulgarmente denominadas *ballenas francas*.

Art. 71. Está prohibido arponear o matar a las hembras sorprendidas durante la lactancia o a los ballenatos todavía en período de lactancia.

Art. 72. A efectos de la conservación de la especie y de una mejor explotación de la caza, corresponde al ministro de la Marina establecer las dimensiones de los cetáceos que pueden ser capturados, establecer períodos de prohibición de la caza, limitar el número de los cetáceos capturables y fijar otras medidas restrictivas que se estimen necesarias.

Art. 73. La captura de los cetáceos con finalidades científicas únicamente puede ser efectuada previa autorización ministerial.

Art. 74. Está expresamente prohibido cualquier tipo de caza deportiva.

(*Reglamento de la caza de los cetáceos*, publicado en el *Diario do Governo* del 19-5-1954 y actualmente en vigor.)

En Horta, el primer domingo de agosto, es la fiesta de los balleneros. Alinean sus barcos frescos de pintura en la bahía de Porto Pim, la campana toca brevemente un redoble ronco, llega el cura y bendice las embarcaciones. Luego se organiza una procesión que asciende hasta el promontorio que domina la bahía, donde está la capilla de Nossa Senhora da Guia. Tras el cura van las mujeres y los niños, por último los balleneros, cada uno con el arpón al hombro. Marchan muy circunspectos y van vestidos de negro. Entran todos en la capilla para asistir a la misa y dejan los arpones apoyados contra el muro exterior, uno al lado del otro, como en otros lugares se apoyan las bicicletas.

La capitanería está cerrada, pero el señor Chaves me recibe igualmente. Es un hombre distinguido y cortés, con una sonrisa abierta y ligeramente irónica, y ojos azules de algún antepasado flamenco. Ya casi no quedan, me dice, no va a ser fácil encontrar un embarque. Pregunto si se refiere a los cachalotes, y se ríe divertido. No, hablaba de los balleneros, especifica, han emigrado todos a América, todos los azorianos emigran a América, las Azores están desiertas, ¿no se ha dado cuenta? Sí, claro, ya lo he visto, le digo, lo siento. ¿Por qué?, pregunta él. Es una pregunta embarazosa. Porque las Azores me gustan, respondo con poca lógica. Entonces más le gustarán desiertas, objeta. Y luego sonrío como para hacerse perdonar el haber sido brusco. En cualquier caso vaya pensando en hacerse un seguro de vida, concluye, de lo contrario no podré darle el permiso. De embarcarlo ya me encargo yo, hablaré con el señor António José que quizá zarpe mañana, parece que se acerca un banco. Pero no le prometo un permiso superior a dos días.

UNA CAZA

Es un banco de seis o siete, me dice el señor Carlos Eugénio mostrando con su sonrisa satisfecha una dentadura tan resplandeciente que se me ocurre pensar que se la haya hecho él mismo con marfil de cachalote. El señor Carlos Eugénio tiene setenta años, es ágil y todavía juvenil, es *mestre baleeiro*, que literalmente significa «patrón ballenero», pero en realidad es el capitán de esta pequeña tripulación y tiene capacidad de decisión absoluta sobre todas las operaciones de la caza. La lancha a motor que guía la expedición es de su propiedad, es una vieja embarcación de unos diez metros que maniobra con economía y desenvoltura; y también con calma, total, me dice, las ballenas están chapoteando y no van a escaparse. Ha dejado abierto el contacto radio con el observador que se encuentra en un faro de la isla y que nos guía con voz monótona y ligeramente irónica, me parece. Un poco más a la derecha, *Maria Manuela*, dice la voz estridente, vas por donde te da la gana. *Maria Manuela* es el nombre de la embarcación. El señor Carlos Eugénio hace un gesto de enfado, pero vuelve a reírse, luego se dirige al marinero que está con nosotros, un hombre delgado y ágil, casi un muchacho, de ojos muy vivaces y tez oscura. Ya miraremos por nuestra cuenta, decide, y apaga la radio. El marinero trepa ágilmente por el único mástil del barco y se acuclilla sobre la cruceta cruzando las piernas. También él señala hacia la derecha con la mano, por un instante pienso que las ha avistado, pero ignoro la semiología de los balleneros, el señor Carlos Eugénio me explica que la mano abierta, con el índice hacia arriba, significa «ballenas a la vista», y el vigía no ha hecho esta señal.

Echo una mirada a la chalupa que estamos remolcando. Los balleneros están tranquilos, se ríen y hablan entre sí pero las palabras no llegan hasta mí, parece que vayan de excursión. Son seis y están sentados en las planchas dispuestas oblicuamente sobre el barco. El arponero en cambio está de pie y parece seguir con atención los gestos de nuestro vigía: es un hombre de enorme barriga y espesa barba, es joven, no tendrá más de treinta años, he oído que le llaman *Chá Preto*, es decir «té negro», y trabaja como

descargador en el puerto de Horta. Pertenece a la cooperativa ballenera de Faial y me han dicho que es un arponero de excepcional habilidad.

Reparo en la ballena cuando ya no está a más de trescientos metros: una columna de agua que salpica con fuerza contra el cielo como cuando se rompe una tubería en la calle de una gran ciudad. El señor Carlos Eugénio ha apagado el motor y la lancha sigue avanzando por inercia hacia aquella curiosa forma negra que parece una enorme burbuja sobre el agua. En la chalupa los balleneros se están preparando en silencio para las operaciones de ataque: se muestran tranquilos y prontos, resueltos, se saben de memoria los gestos que hay que efectuar. Reman con brazadas vigorosas y pausadas, en un instante se alejan, efectúan un amplio viraje, buscando a la ballena de frente, para evitar la cola y porque si se le acercasen por los costados quedarían expuestos a sus ojos. Cuando están a un centenar de metros arrojan los remos al interior del barco e izan una pequeña vela triangular. Todos maniobran velas y cuerdas: solo el arponero permanece inmóvil en la punta de proa: de pie, con una pierna flexionada hacia delante y empuñando el arpón como si lo sopesase, espera con concentración el momento propicio, cuando el barco esté lo bastante cerca para permitirle alcanzar un punto vital pero lo bastante lejos para no ser acometido por un coletazo del cetáceo herido. En pocos segundos todo se lleva a cabo con sorprendente rapidez. El barco da un brusco viraje mientras el arpón todavía está describiendo su parábola en el aire. El instrumento mortal no es lanzado de arriba abajo, como esperaba, sino de abajo arriba, como una jabalina; y el enorme peso del hierro y la velocidad del descenso son los que lo convierten en un proyectil mortífero. Cuando la enorme cola se levanta y azota primero el aire, y luego el agua, la chalupa ya está lejos, los remeros han vuelto a remar con furia y un extraño juego de cuerdas, que hasta ahora se desarrollaba bajo el agua y que yo no había visto, me hace comprender de repente que también nuestra lancha estaba atada al arpón, mientras la chalupa ballenera ha soltado su cable. De una cesta de paja situada en una cuneta en medio de la lancha empieza a desenroscarse una gruesa cuerda que chirría al pasar por una horquilla de la proa, mientras el marinero que sirve para todo se encarga de enfriarla con un cubo de agua para que no se rompa por el roce. Luego el cable se tensa y nosotros salimos disparados, con una sacudida, tras la ballena

herida que huye. El señor Carlos Eugénio gobierna el timón y mastica una colilla de cigarrillo; el marinero con cara de niño vigila preocupado los movimientos del cachalote: lleva en la mano un hacha pequeña y afilada dispuesto a cortar el cable en el caso de que el cetáceo se sumerja en las profundidades, porque nos arrastraría con él bajo el agua. Pero la afanosa carrera dura poco, tal vez ni siquiera un kilómetro: la ballena se detiene en seco, como exhausta, y el señor Carlos Eugénio tiene que accionar la hélice en sentido contrario para que la inercia del impulso no nos precipite sobre el cetáceo inmóvil. Le ha apuntado bien, dice con satisfacción, y exhibe su radiante dentadura. Como para confirmar su afirmación, la ballena, resollando, levanta completamente la cabeza y respira; y el surtidor que surca sibilante el aire es de color de sangre, en el mar se extiende una charca carmesí y una llovizna de gotas rojas, traídas por la brisa, llega hasta nosotros manchándonos la cara y la ropa. La chalupa de los balleneros se ha aproximado hasta el costado de la lancha: Chá Preto arroja sobre el puente sus instrumentos y luego se sube a ella con una agilidad verdaderamente insospechada en un hombre de su corpulencia. Deduzco que quiere llevar a cabo el ataque siguiente desde la lancha, pero el *mestre* no parece conforme: ello da lugar a un enardecido conciliábulo del que el marinero con cara de niño se mantiene al margen. Luego, evidentemente, Chá Preto ha impuesto su parecer, se coloca en la proa en su posición de lanzador de jabalina, ahora ha reemplazado el arpón por un instrumento de análogas dimensiones pero de punta afiladísima en forma de corazón alargado, como una alabarda. El señor Carlos Eugénio avanza con el motor al mínimo, vamos en dirección de la ballena que respira inmóvil en la charca de sangre mientras su cola, inquieta, azota el agua con movimientos espasmódicos. Esta vez el instrumento de muerte descende de arriba abajo, arrojado oblicuamente, y traspasa la carne blanda como si fuese mantequilla. Una zambullida: la enorme mole desaparece agitándose bajo el agua. Luego aflora de nuevo la cola, impotente y lastimosa, como una vela negra. Y por último emerge la gran cabeza y ahora oigo el grito de muerte, un lamento agudo como un silbido, estridente, desgarrador, insostenible.

La ballena está muerta, flota en el mar inmóvil. La sangre coagulada forma un banco que parece coral. No me había dado cuenta de que el día tocaba a su

fin y el crepúsculo que desciende sobre nosotros me sorprende. Toda la tripulación anda atareada en las operaciones de remolque, se practica apresuradamente un orificio en la aleta de la cola y se pasa por él un cable con una barra que hace de tranca. Estamos a más de dieciocho millas de la costa, me dice el señor Carlos Eugénio, tardaremos toda una noche en volver, es un cachalote de unas treinta toneladas y la lancha tendrá que ir a una velocidad muy reducida. En una curiosa cordada marina encabezada por la lancha y cerrada por la ballena, nos dirigimos hacia la isla de Pico, a la fábrica de São Roque. En medio va la chalupa de los balleneros, y el señor Carlos Eugénio me invita a trasladarme a ella, porque así podré descansar un poco: el motor de la lancha, sometido a un gran esfuerzo, hace un estruendo infernal y sería imposible dormir. Nos acercamos para el trasbordo y él también viene conmigo, confía la dirección de la lancha al joven marinero y a dos remeros que ocupan nuestro lugar. Los balleneros me preparan un jergón junto al timón; ha caído la noche y en la chalupa han encendido dos lámparas de petróleo. Los pescadores están agotados por el esfuerzo, presentan un rostro tenso y serio, que la luz de las lámparas hace aparecer amarillento. Izan la vela para no ser un peso muerto que grava sobre el esfuerzo de la lancha, luego se acuestan como mejor pueden sobre cubierta y caen en un sueño profundo. Chá Preto duerme boca arriba y ronca sonoramente. El señor Carlos Eugénio me ofrece un cigarrillo y me habla de sus dos hijos, que emigraron a América y a los que no ve desde hace seis años. Solo han vuelto una vez, me dice, a lo mejor vuelven el próximo verano, querrían que me fuese con ellos pero yo quiero morirme aquí, en mi casa. Fuma lentamente y contempla el cielo estrellado. Pero usted ¿por qué ha querido participar en esta jornada?, me pregunta, por simple curiosidad. Titubeo pensando en la respuesta: me gustaría contestarle la verdad, pero me retiene el temor de que pueda resultar ofensiva. Abandono una mano en el agua. Si estirase el brazo llegaría casi a tocar la enorme aleta del animal que estamos remolcando. Quizás porque estáis los dos en extinción, le digo finalmente en voz baja, vosotros y las ballenas, creo que es por eso. Probablemente se ha dormido, no replica nada. Pero entre sus dedos brilla todavía el rescaldo del cigarrillo. La vela chasquea lúgubrementemente, los cuerpos inmóviles en el sueño son pequeños

bultos sombríos y la chalupa se desliza sobre el agua como un buque fantasma.

DAMA DE PORTO PIM

UNA HISTORIA

Todas las noches canto, porque para eso me pagan, pero las canciones que has escuchado eran *pesinhos* y *sapateiras* para los turistas que están de paso y para aquellos americanos que se ríen allá al fondo y que dentro de poco saldrán tambaleándose. Mis canciones de verdad son solo cuatro *chamaritas*, porque mi repertorio es reducido, y yo casi soy viejo, y además fumo demasiado, y tengo la voz ronca. Tengo que ir vestido con este *balandrau* azoriano que se llevaba antaño, porque a los americanos les gusta lo pintoresco, luego vuelven a Texas y cuentan que han estado en un tugurio de una isla remota donde había un viejo vestido con una capa arcaica que cantaba el folklore de su gente. Quieren la viola con cuerdas de cobre, que da este sonido de feria melancólica, y yo les canto *modinhas* empalagosas en las que la rima siempre es la misma, pero tanto da porque ellos no lo entienden y como ves beben gin-tonic. Pero tú, en cambio, ¿qué andas buscando, por qué vienes aquí todas las noches? Tú eres curioso y buscas algo más, porque es la segunda vez que me invitas a beber, pides vino de *cheiro* como si fueses uno de aquí, eres extranjero y finges hablar como nosotros, pero bebes poco y además te callas y esperas que hable yo. Has dicho que eres escritor, y quizá tu oficio tenga algo que ver con el mío. Todos los libros son estúpidos, nunca hay mucha verdad en ellos, y sin embargo cuántos he leído en los últimos treinta años, no tenía nada mejor que hacer, he leído muchos e italianos también, naturalmente todos traducidos, el que más me ha gustado se llamaba *Canaviais no vento*, de una tal Deledda, ¿lo conoces? Y además tú eres joven y te gustan las mujeres, he visto cómo mirabas a esa mujer tan guapa de cuello largo, la has estado mirando toda la noche, no sé si estás con ella, también ella te miraba y tal vez te parezca extraño pero todo esto ha despertado algo en mí, será porque he bebido demasiado. Siempre he elegido el demasiado en la vida, y eso es una perdición, pero no se puede hacer nada cuando se nace así.

Frente a nuestra casa había una *atafona*, en esta isla se llamaba así, era una especie de noria que giraba sobre sí misma, ahora ya no existen, te hablo de hace muchos años, tú todavía no habías nacido. Cuando pienso en ella oigo todavía su chirrido, es uno de los ruidos de mi infancia que permanece en mi memoria, mi madre me mandaba con el cántaro a buscar agua y yo para aliviar el esfuerzo acompañaba el movimiento con una canción de cuna, y a veces me dormía de verdad. Además de la noria había un muro bajo pintado de cal y luego la sima acantilada y al fondo el mar. Éramos tres hermanos y yo era el más joven. Mi padre era un hombre lento, comedido en sus gestos y en sus palabras, con los ojos tan claros que parecían de agua, su barco se llamaba *Madrugada*, que era también el nombre de la casa de mi madre. Mi padre era ballenero, como lo había sido su padre, pero en cierta época del año, cuando las ballenas no pasan, se dedicaba a la pesca de las morenas, y nosotros íbamos con él, y también nuestra madre. Ahora se ha perdido la usanza, pero cuando yo era niño se practicaba un rito que formaba parte de la pesca. Las morenas se pescan de noche, con luna creciente, y para llamarlas se usaba una canción sin palabras: era un canto, una melodía primero susurrante y lánguida y después aguda, jamás he oído un canto tan lastimero, parecía que viniese del fondo del mar o de ánimas perdidas en la noche, era un canto antiguo como nuestras islas, ahora ya nadie lo conoce, se ha perdido, y quizá más vale así porque llevaba en sí una maldición, un destino, como un sortilegio. Mi padre salía con su barca, era de noche, movía los remos muy despacio, a plomo, para no hacer ruido, y nosotros, mis hermanos y mi madre, nos sentábamos en el acantilado y empezábamos el canto. Había veces en que los demás callaban y querían que las llamase yo, porque decían que mi voz era más melodiosa que la de nadie y que las morenas no podían oponer resistencia. No creo que mi voz fuese mejor que la de los demás: querían que cantase yo únicamente porque era el más joven y se decía que a las morenas les gustaban las voces claras. A lo mejor era una superstición sin fundamento, pero eso es lo de menos.

Luego nosotros crecimos y mi madre murió. Mi padre se volvió más taciturno, y a veces, por la noche, se sentaba sobre el muro del acantilado y miraba al mar. Ahora solo salíamos para las ballenas, nosotros tres éramos altos y fuertes, y mi padre nos confió arpones y lanzas, como su edad

mandaba. Luego, un día, mis hermanos nos dejaron. El mediano se fue a América, lo dijo el mismo día en que se iba, yo fui al puerto a despedirle, mi padre no vino. El otro se fue a hacer de camionero al continente, era un muchacho alegre al que siempre le había gustado el ruido de los motores, cuando el agente de policía vino a comunicarnos el accidente yo estaba solo en casa y a mi padre se lo conté en la cena.

Los dos seguimos con lo de las ballenas. Ahora era más difícil, había que recurrir a jornaleros, porque no se puede salir siendo menos de cinco, y mi padre hubiera querido que me casase, porque una casa sin mujer no es una verdadera casa. Pero yo tenía veinticinco años y me gustaba jugar al amor, todos los domingos bajaba al puerto y cambiaba de novia, en Europa eran tiempos de guerra y en las Azores la gente iba y venía, cada día atracaba un barco aquí o en otro lugar, y en Porto Pim se hablaban todas las lenguas.

La encontré un domingo en el puerto. Iba vestida de blanco, tenía los hombros descubiertos y llevaba un sombrero de encaje. Parecía salida de un cuadro y no de uno de aquellos barcos cargados de personas que huían a las Américas. La miré largamente y ella también me miró. Es extraño cómo el amor puede entrar dentro de nosotros. En mí entró al observar dos arruguitas apenas insinuadas que tenía en torno a los ojos y pensé: ya no es muy joven. Pensé eso porque quizá a aquel muchacho que era yo entonces una mujer madura le parecía más vieja de lo que en realidad era. Que tenía poco más de treinta años lo supe solo mucho más tarde, cuando saber su edad ya no servía para nada. Le di los buenos días y le pregunté si podía serle útil. Me indicó la maleta que se hallaba a sus pies. Llévala al Bote, me dijo en mi lengua. El Bote no es un lugar para señoras, dije yo. Yo no soy una señora, respondió, soy la nueva propietaria.

Al domingo siguiente volví a bajar a la ciudad. El Bote en aquellos tiempos era un local extraño, no era exactamente una fonda de pescadores y yo solo había entrado una vez. Sabía que había dos reservados en la parte de atrás donde decían que se jugaba dinero, y la estancia del bar tenía una bóveda baja, con un espejo de cuerpo entero con arabescos y mesitas de madera de higuera. Los clientes eran todos extranjeros, parecía que estuviesen todos de vacaciones, en realidad se pasaban el día espiándose, cada uno fingiendo ser de un país que no era el suyo, y en los intervalos

jugaban a las cartas. Faial, en aquellos años, era un lugar increíble. Detrás del mostrador había un canadiense bajo, con las patillas en punta, se llamaba Denis y hablaba el portugués como los de Cabo Verde, le conocía porque el sábado iba al puerto a comprar pescado, en el Bote se podía cenar el domingo por la noche. Él fue quien más tarde me enseñó el inglés.

Quería hablar con la dueña, dije. La señora no llega hasta las ocho, respondió con superioridad. Me senté a una mesa y pedí la cena. Hacia las nueve entró ella, había otros clientes, me vio y me dirigió un saludo distraído, y luego fue a sentarse a un rincón donde estaba un señor mayor con bigote blanco. Solo entonces me di cuenta de lo hermosa que era, de una hermosura que hacía arder mis sienes, era eso lo que me había traído hasta allí, pero hasta aquel momento no había logrado comprenderlo con exactitud. Y, en aquel momento, lo que comprendía se ordenó dentro de mí con claridad y casi me dio vértigo. Me pasé toda la noche mirándola, con los puños apoyados en las sienes, y cuando salió la seguí a una cierta distancia. Caminaba ligera, sin darse la vuelta, como a quien le tiene sin cuidado que le sigan o no, atravesó la puerta de la muralla de Porto Pim y emprendió el descenso de la bahía. Al otro lado del golfo, donde termina el promontorio, solitaria entre las rocas, entre un cañaveral y una palmera, hay una casa de piedra. Quizás la hayas visto, ahora es una casa deshabitada y las ventanas se están cayendo, tiene un algo siniestro, tarde o temprano se derrumbará el tejado, si no se ha derrumbado ya. Ella vivía allí, pero entonces era una casa blanca, con recuadros azules en torno a puertas y ventanas. Entró y cerró la puerta y la luz se apagó. Yo me senté sobre una roca y esperé. En medio de la noche se encendió una ventana, ella se asomó y yo la miré. Las noches en Porto Pim son silenciosas, basta susurrar en la oscuridad para oírse a distancia. Déjame entrar, le supliqué. Ella cerró la persiana y apagó la luz. Estaba saliendo la luna, con un velo encarnado de luna estival. Sentía una congoja, el agua chapoteaba en torno a mí, todo era tan intenso y tan inalcanzable, y me acordé de cuando era niño y por la noche llamaba a las morenas desde el acantilado: y entonces tuve una fantasía, no pude contenerme, y empecé a cantar aquel canto. Lo canté muy despacio, como un lamento o una súplica, con una mano en la oreja para guiar la voz. Al poco

rato la puerta se abrió y entré en la oscuridad de la casa y me encontré en sus brazos. Me llamo Yeborath, dijo tan solo.

¿Tú sabes lo que es la traición? La traición, la de verdad, es cuando sientes vergüenza y desearías ser otro. Yo habría deseado ser otro cuando fui a despedirme de mi padre y sus ojos me seguían mientras envolvía el arpón en el hule y lo colgaba de un clavo de la cocina y me ponía en bandolera la viola que me había regalado al cumplir veinte años. He decidido cambiar de oficio, dije rápidamente, voy a cantar a un local de Porto Pim, vendré a verte el sábado. Pero aquel sábado no fui, ni al otro tampoco, y mintiéndome a mí mismo me decía que iría el próximo sábado. Y así llegó el otoño, y pasó el invierno, y yo cantaba. También hacía otros pequeños trabajos, porque a veces algunos parroquianos bebían demasiado y para sostenerles o echarles a la calle hacía falta un brazo robusto que Denis no poseía. Y luego escuchaba lo que decían los parroquianos que fingían estar de vacaciones, es fácil escuchar las confidencias de los demás cuando se canta en una taberna, y como ves también es fácil hacerlas. Ella me esperaba en la casa de Porto Pim y ahora ya no tenía que llamar. Yo le preguntaba: ¿quién eres?, ¿de dónde vienes?, por qué no dejamos a todos estos individuos absurdos que simulan jugar a cartas, quiero estar contigo para siempre. Ella se reía y me daba a entender la razón de aquella vida que llevaba, y me decía: espera un poco más y nos iremos juntos, debes confiar en mí, es todo lo que puedo decirte. Luego salía desnuda a la ventana y me decía: canta tu reclamo, pero en voz baja. Y mientras yo cantaba me pedía que la amase, y yo la poseía de pie, ella apoyada en el antepecho, mientras miraba la noche como si esperase algo.

Ocurrió el diez de agosto. Por San Lorenzo el cielo está lleno de estrellas fugaces, conté trece al volver a casa. Encontré la puerta cerrada, y llamé. Luego volví a llamar, con más fuerza, porque estaba la luz encendida. Ella me abrió y se quedó en la puerta, pero yo la aparté con un brazo. Me voy mañana, dijo, la persona que esperaba ha vuelto. Sonreía como si me diera las gracias, y quién sabe por qué pensé que pensaba en mi canto. En el fondo del cuarto se movió una figura. Era un hombre anciano y se estaba vistiendo. ¿Qué quiere?, le preguntó en aquella lengua que ahora yo ya entendía. Está borracho, dijo ella, antes era ballenero pero ha dejado el arpón por la viola,

durante tu ausencia me ha hecho de criado. Dile que se vaya, dijo él sin mirarme.

Sobre la bahía de Porto Pim había un claro reflejo. Recorrí el golfo como si fuese un sueño, cuando de pronto te encuentras en la otra punta del paisaje. No pensaba en nada, porque no quería pensar. La casa de mi padre estaba a oscuras, porque él se acostaba temprano. Pero no dormía, como suele sucederles a los viejos que yacen inmóviles en la oscuridad como si fuese una forma de sueño. Entré sin encender la luz, pero él me oyó. Has vuelto, murmuró. Yo fui a la pared del fondo y descolgué mi arpón. Me movía a la luz de la luna. No se va a cazar ballenas a estas horas de la noche, dijo él desde su jergón. Es una morena, dije yo. No sé si entendió lo que quería decir, pero no replicó ni se movió. Me pareció que hacía un gesto de despedida con la mano, pero tal vez fuese mi imaginación o un juego de sombras de la penumbra. No he vuelto a verlo, murió mucho antes de que yo cumpliera mi condena. Tampoco he vuelto a ver a mi hermano. El año pasado me llegó una fotografía suya, es un hombre gordo con el pelo blanco rodeado de un grupo de desconocidos que deben de ser sus hijos y sus nueras, están sentados en el mirador de una casa de madera y los colores son muy exagerados, como en las postales. Me decía que podía ir a vivir con él, allí hay trabajo para todos y la vida es fácil. Me pareció casi grotesco. ¿Qué quiere decir una vida fácil, cuando la vida ya ha sido?

Y si te quedas un poco más y la voz no se quiebra, esta noche te cantaré la melodía que marcó el destino de esta vida mía. No la he cantado desde hace treinta años y a lo mejor la voz no aguanta. No sé por qué lo hago, se la regalo a esa mujer de cuello largo y a la fuerza que tiene un rostro para aflorar en otro, y esto tal vez me ha tocado alguna fibra. Y a ti, italiano, que vienes aquí todas las noches y se ve que estás sediento de historias verdaderas para convertirlas en papel, te regalo esta historia que has escuchado. También puedes poner el nombre de quien te la ha contado, pero no este con el que me conocen en este tugurio, que es un nombre para turistas de paso. Escribe que esta es la verdadera historia de Lucas Eduino, que mató con el arpón a la mujer que había creído suya, en Porto Pim.

Ah, al menos en una cosa no me había mentado, lo descubrí en el proceso. Se llamaba realmente Yeborath. Si eso tiene alguna importancia.

POST SCRIPTUM

UNA BALLENA VE A LOS HOMBRES

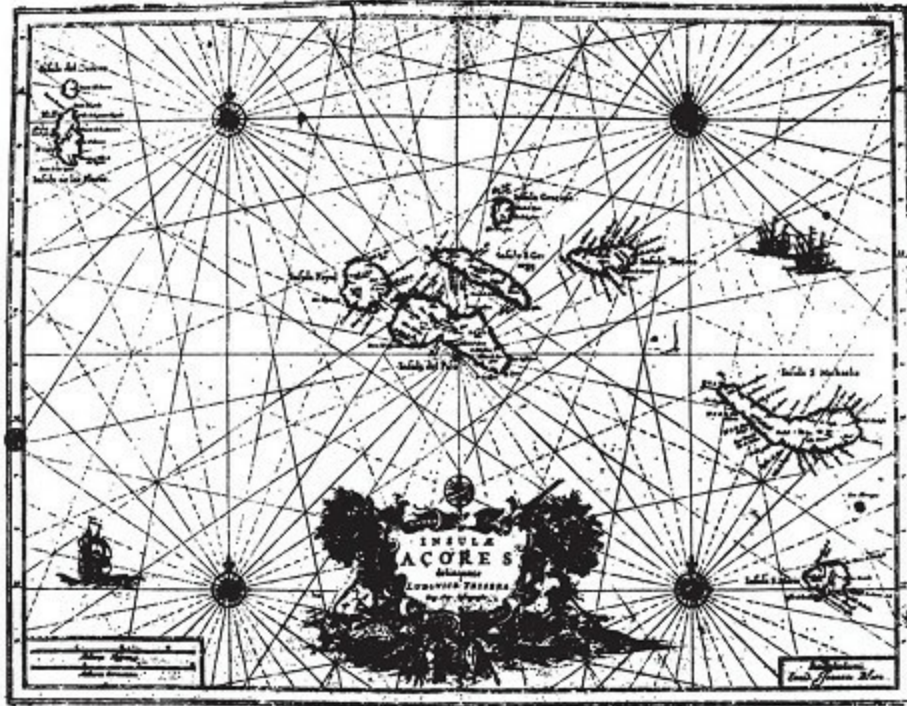
Siempre tan ajetreados, y con largas extremidades que agitan con frecuencia. Y qué poco redondos son, sin la majestuosidad de las formas consumadas y suficientes, pero con una minúscula cabeza móvil en la que parece concentrarse toda su extraña vida. Llegan deslizándose sobre el mar, pero no nadando, como si fueran pájaros, e infieren la muerte con fragilidad y grácil ferocidad. Permanecen largo rato en silencio, pero luego gritan entre ellos con repentina furia, con un galimatías de sonidos que apenas varían y que carecen de la perfección de nuestros sonidos esenciales: reclamo, amor, llanto de duelo. Y qué penoso debe de resultarles amarse: e hispido, casi brusco, inmediato, sin una mullida capa de grasa, favorecido por su naturaleza filiforme que no prevé la heroica dificultad de la unión ni los magníficos y tiernos esfuerzos para conseguirla.

No les gusta el agua, y la temen, y no se entiende por qué vienen tan a menudo. También ellos van en bancos, pero no llevan hembras, y se adivina que están en otra parte, pero son siempre invisibles. A veces cantan, pero solo para ellos, y su canto no es un reclamo sino una forma de lamento desgarrador. Enseguida se cansan, y cuando cae la noche se reclinan sobre las pequeñas islas que los transportan y tal vez se duermen o contemplan la luna. Se alejan deslizándose en silencio y es evidente que están tristes.

APÉNDICE

UN MAPA, UNA NOTA, ALGUNOS LIBROS

UN MAPA



UNA NOTA

En pleno océano Atlántico, aproximadamente a medio camino entre Europa y América, a una latitud Norte que varía de 36° 55' a 39° 44', y a una longitud comprendida entre los 25° y los 31°, se encuentra el archipiélago de las Azores, formado por nueve islas: Santa María, São Miguel, Terceira, Graciosa, São Jorge, Pico, Faial, Flores, Corvo. El archipiélago se extiende a lo largo de 600 kilómetros en dirección N.O.-S.E. El nombre se debe a un error de los primeros navegantes portugueses que confundieron con gavilanes (en portugués *açores*) a los numerosos neblías que pueblan las escolleras de las islas.

La colonización portuguesa comenzó en 1432 y continuó durante todo el siglo XV, pero en aquella época las Azores recibieron también una sensible colonización flamenca, a raíz de matrimonios que emparentaban la corona portuguesa con Flandes. Los flamencos han dejado huellas evidentes, no solo en los rasgos somáticos de sus habitantes, sino también en la música popular y en las tradiciones folklóricas en general. La naturaleza del suelo es de origen volcánico. Los acantilados costeros son a menudo capas de lava durísima, mientras que en las zonas llanas existen extensiones de piedra pómez reducida a polvo. Las características físicas del paisaje revelan inequívocamente las trazas de la actividad volcánica y sísmica. Además de toda una serie de actividades volcánicas menores (fumarolas, géisers, fuentes y pantanos calientes, etcétera.) abundan los lagos volcánicos que han ocupado antiguos cráteres y el paisaje se ve a menudo interrumpido por profundos surcos excavados por la lava ardiente. El interior y las montañas son de una belleza selvática y a menudo lúgubre. La cumbre más alta, con 2.345 metros, es Pico, en la isla homónima. Las erupciones volcánicas de las que tenemos noticia son innumerables: los terremotos más espeluznantes se produjeron en 1522, en 1538, en 1591, en 1630, en 1755, en 1810, en 1862, en 1884, en 1957. Los estragos del terremoto de 1978, que afectó especialmente a la isla de Terceira, son bien visibles para el viajero que se detenga en Angra. A través de esta incesante actividad volcánica, el paisaje

de las Azores ha sufrido importantes transformaciones e innumerables islotes han aflorado a la superficie para luego desaparecer. El hecho más curioso en este sentido es el descrito por el capitán inglés Tillard, que a bordo del buque de guerra *Sabrina* asistió en 1880 al nacimiento de una islita en la que hizo desembarcar a dos hombres con la bandera inglesa, tomando posesión de ella en nombre de Inglaterra y bautizándola «Sabrina». Pero al día siguiente, antes de levar el ancla, el capitán Tillard tuvo que constatar con disgusto que la isla de Sabrina había desaparecido y el mar había recobrado su antigua calma.

El clima de las Azores es benigno, con lluvias abundantes pero de breve duración y veranos muy cálidos. La naturaleza es exuberante y las especies vegetales innumerables. Junto a una flora de tipo mediterráneo en la que predominan el cedro, el naranjo, la viña y el pino, coexiste una vegetación tropical en la que destacan el ananás, el plátano, el maracuyá y una gran variedad de flores. Abundan los pájaros y las mariposas. Los reptiles se desconocen. La caza de la ballena, según los métodos arcaicos descritos en este libro, se practica actualmente tan solo en Pico y en Faial. En nuestro siglo una fuerte emigración, por razones de naturaleza esencialmente económica, ha despoblado considerablemente el archipiélago. Corvo, Flores y Santa María están casi deshabitadas.

ALGUNOS LIBROS

Albert Ier Prince de Monaco, *La Carrière d'un Navigateur*, Mónaco, 1905 (sin indicación de editor).

Raúl Brandão. *As Ilhas desconhecidas*, Bertrand, Río-París, 1926.

Joseph and Henry Bullar, *A Winter in the Azores and a Summer at the Furnas*, John van Voorst, Londres, 1841.

Diário de Miss Nye, en «Insulana», vol. XXIX-XXX, Ponta Delgada, 1973-1974.

J. Mousinho Figueiredo, *Introdução ao estudo da indústria baleeira insular*, Astória, Lisboa, 1945.

Gaspar Frutuoso, *Saudades da Terra*, 6 vol., Lisboa, 1569-1591 (una edición moderna con ortografía actualizada: Ponta Delgada, 1963-1964).

Jules Michelet, *La Mer*, Hachette, París, 1861.

Antero de Quental, *Sonetos*, Coímbra, 1861 (innumerables ediciones sucesivas).

Capitán Joshua Slocum, *Sailing Alone around the World*, Rupert Hart-Davis, Londres, 1940 (1.a edición 1900).

Bernard Venables, *Baleia! The Whalers of the Azores*, The Bodley Head, Londres Sidney-Toronto, 1968.

Pequeños equívocos sin importancia

NOTA

Los escritores del barroco amaban los equívocos. Calderón y sus contemporáneos elevaron el equívoco a metáfora del mundo. Supongo que les animaba la confianza de que el día que despertemos del sueño de estar vivos, nuestro equívoco terrestre quedará finalmente aclarado. Les deseo que no hayan encontrado un Equívoco sin apelación. Esto, de todos modos, ya se verá.

También yo hablo de equívocos, pero no creo amarlos; soy más bien propenso a *encontrarlos*. Malentendidos, dudas, comprensiones tardías, inútiles añoranzas, recuerdos tal vez engañosos, errores tontos e irremediables: las cosas fuera de lugar ejercen sobre mí una atracción irresistible, casi como si fuera una vocación, una especie de pobre estigma desprovisto de sublimidad. Saber que se trata de una atracción recíproca no me sirve precisamente de consuelo. Podría consolarme la convicción de que la existencia es equívoca por sí misma y que nos provee de equívocos a todos, pero creo que sería un axioma, tal vez presuntuoso, no muy distinto de la metáfora barroca.

De los relatos que aquí reúno deseo ofrecer apenas unos cuantos datos referentes a su aparición. La historia titulada «Enigma» la robé una noche de 1975 en París, y ha permanecido el suficiente tiempo dentro de mí como para ser devuelta en una versión que traiciona de forma aciaga la versión original. No tendría nada que objetar a que «Los hechizos» y «Any where out of the world» fueran considerados dos relatos de fantasmas, en el sentido más amplio del término; ello no impide, naturalmente, que también puedan ser leídos de otra manera. Al primero no le resulta ajena una sugestiva teoría de la doctora Françoise Dolto, mientras que para el segundo tal vez resulte superfluo especificar que su numen tutelar es *Le spleen de Paris* de Baudelaire y en especial el poema en prosa de cuyo título me he apoderado. «El rencor y las nubes» es un relato realista. «Cine» le debe mucho a una tarde de lluvia, a una pequeña estación de la costa y al rostro de una actriz ya fallecida.

Sobre los restantes relatos no tengo mucho que añadir. Quisiera decir únicamente que habría preferido que «Esperando el invierno» lo hubiese escrito Henry James y «Los trenes que van a Madrás», Kipling. Los resultados habrían sido indudablemente mejores. Más que el pesar por lo que yo he escrito es una añoranza de lo que nunca podré leer.

A. T.

PEQUEÑOS EQUÍVOCOS SIN IMPORTANCIA

Cuando el ujier ha dicho: de pie, ha entrado el tribunal, y en la sala se ha hecho el silencio por un instante; justo en ese momento, cuando Federico ha aparecido por la puertecita al frente de la pequeña comitiva, con la toga y el pelo ya casi blanco, me he acordado de «Strada anfosa».5 Los he visto sentarse, como si asistiera a un ritual incomprensible y lejano pero proyectado hacia el futuro, y la imagen de esos hombres graves sentados detrás del estrado coronado por un crucifijo se ha disuelto tras la imagen de un pasado que para mí era el presente, exactamente igual que en una película antigua, y en el cuaderno de apuntes que había traído, mi mano ha escrito, casi por cuenta propia, «Strada anfosa», mientras yo estaba ya en otro lugar, dejándome llevar por el reflujo de la evocación. Y también Leo, sentado dentro de esa jaula como un animal peligroso, también él ha perdido ese aire enfermizo que tienen las personas profundamente desgraciadas, lo he visto apoyarse en la consola estilo imperio de su abuela, con ese aire aburrido y astuto que solo poseía Leo y que era parte de su encanto, y decir: Tanino, pon de nuevo «Strada anfosa». Así que le he vuelto a poner el disco, Leo se merecía bailar con Maddalena, llamada también la Gran Trágica porque en la representación escolar de fin de año, mientras interpretaba Antígona, se puso a sollozar de verdad y no conseguía parar; y ese era justo el disco apropiado para ellos, para bailar apasionadamente en el salón estilo imperio de la abuela de Leo. Y así ha comenzado el juicio, con Leo y Federico que se alternaban bailando con la Gran Trágica mirándola perdidamente a los ojos, fingiendo ambos que no eran rivales, que aquella chica pelirroja no les importaba gran cosa, que lo hacían para bailar, y sin embargo estaban locos por ella, incluido yo, naturalmente, que ponía el disco como si no sucediera nada.

Entre uno y otro baile llegó el año siguiente, que fue el año de una frase que se convirtió en una divisa, la utilizábamos hasta la saciedad porque servía para las más variadas circunstancias: llegar tarde a una cita, gastar más de lo que teníamos, faltar a un compromiso solemne, leer un libro considerado excelente y que en cambio era mortalmente aburrido; todos los errores, los

malentendidos, las distracciones que nos ocurrían eran «un pequeño equívoco sin importancia». El hecho inicial le sucedió a Federico, fue causa de carcajadas memorables porque Federico había programado su vida, por otra parte como todos nosotros, y se había matriculado en literatura clásica, en griego siempre había sido un genio y en *Antígona* hacía de Creonte; nosotros nos matriculamos en literatura moderna, era más actual, decía Leo, ¿cómo vas a comparar a Joyce con esos autores latosos? Estábamos en el café Goliárdico, cada cual con su resguardo de matrícula, escrutábamos los planes de estudio con los programas desplegados sobre el billar; Memo se había unido al grupito, venía de Lecce y estaba muy metido en política, siempre muy preocupado porque se hiciera política *correctamente*, de modo que le apodamos el Diputadillo, y más tarde toda la clase le llamó siempre así. En un momento dado llegó Federico con aire alterado, agitando su resguardo de matrícula, jadeaba y casi no conseguía explicarse, estaba fuera de sí: por error le habían matriculado en Derecho, no conseguía entenderlo. Para animarlo lo acompañamos a secretaría, nos atendió un empleado amable y despreocupado, era un viejecito que había visto desfilar delante de él a millares de estudiantes, examinó el resguardo de Federico y su aire preocupado:

–Es un pequeño equívoco sin remedio –dijo–, es inútil preocuparse tanto.

Federico le miró atónito, con la cara congestionada, y balbuceó:

–¿Un pequeño equívoco sin remedio?

El viejecito no se descompuso:

–Discúlpeme –dijo–, ha sido un lapsus, quiero decir un pequeño equívoco sin importancia, antes de Navidad estará usted correctamente matriculado, mientras tanto si lo desea puede asistir a las clases de Derecho, así por lo menos no pierde el tiempo.

Salimos desternillándonos de risa: ¡un pequeño equívoco sin importancia! Y venga a reírnos todos del aire furibundo de Federico.

Hay que ver lo curiosas que son las cosas. Una mañana, pocas semanas después, Federico apareció por el Goliárdico dándose aires de suficiencia. Salía de una clase de filosofía del Derecho, había ido por ir, por hacer algo: pues bien, chicos, que no le creyéramos si no queríamos pero en una hora había entendido determinados problemas que en toda su vida nunca había

llegado a entender, en comparación los trágicos griegos no explicaban absolutamente nada, había tomado la decisión de seguir en Derecho, además, los clásicos ya los conocía.

Federico ha dicho algo en tono interrogativo, me ha parecido una voz lejana y metálica como si la oyera por teléfono, el tiempo ha trastabilleado y se ha precipitado verticalmente: rodeado de burbujas, flotando en una charca de años, ha aflorado el rostro de Maddalena.

Tal vez no deba uno ir a ver a la chica de la que ha estado enamorado el día en que se disponen a cortarles los senos. Aunque solo sea por autodefensa. Pero yo no tenía ningunas ganas de defenderme, ya me había rendido. De modo que fui. La esperé en el pasillo delante de los quirófanos, donde les retienen unos minutos en espera de su turno. Llegó sobre la camilla de ruedas, su rostro reflejaba la inocente alegría de la preanestesia, la cual creo que procura una emoción inconsciente. Tenía los ojos brillantes y le estreché la mano. Seguía teniendo miedo, pero obstruido por la química, me di cuenta. ¿Debía decirle algo? Me habría gustado decirle: Maddalena, siempre he estado enamorado de ti, quién sabe por qué no fui capaz de decírtelo antes. Pero no se puede decir algo semejante a una chica que está entrando en un quirófano para una operación como esa. Y entonces le dije a toda velocidad: *muchas son las maldades del mundo pero el hombre las supera todas incluso más allá del mar de espuma bajo el impetuoso viento del sur él avanza y atraviesa las peligrosas olas que rugen a su alrededor*, que era una frase de *Antígona* que yo le decía en la representación tantos años atrás; quién sabe cómo me salió tan bien y no sé si ella la recordaba, si era capaz de entender, me estrechó la mano y se la llevaron. Yo bajé al bar del hospital, el único alcohol disponible era el aperitivo Ramazzotti, me hicieron falta diez vasos para conseguir emborracharme; cuando comencé a sentirme mareado fui a sentarme en un banco frente a la clínica y tuve que hacer esfuerzos por convencerme de que presentarme ante el cirujano era una tontería, era un deseo provocado por la borrachera, porque tenía unas ganas enormes de ir a ver al cirujano y decirle que no arrojara al crematorio aquellos senos, que me los diera a mí porque quería conservarlos, y aunque por dentro estuvieran enfermos no me importaba, porque siempre llevamos una enfermedad u otra dentro de nosotros, y yo amaba aquellos senos, en fin, ¿cómo explicarlo?,

tenían un significado, esperaba que lo entendiera. Pero la pizca de raciocinio que me restaba me lo impidió y conseguí tomar un taxi, en casa dormí toda la tarde, me despertó el teléfono cuando ya era de noche, ni siquiera me fijé en la hora, era la voz de Federico que me decía:

–Tonino, soy yo, ¿me oyes, Tonino?, soy yo.

–Pero ¿dónde estás? –le contesté con voz pastosa.

–Estoy en Catanzaro –dijo él.

–¿En Catanzaro? –dije yo–, ¿y qué haces en Catanzaro?

–Estoy haciendo oposiciones a fiscal –dijo–, he oído que Maddalena está enferma, que está en el hospital.

–Exacto –le dije–, ¿te acuerdas de sus pechos?, pues ya no están: zas.

Él me dijo:

–Pero ¿qué dices, Tanino, estás borracho?

–Claro que estoy borracho –dije yo–, estoy borracho como un borracho y la vida me horroriza, y tú también me horrorizas haciendo oposiciones en Catanzaro, ¿por qué no te casaste con ella? Estaba enamorada de ti, no de Leo, y tú siempre lo supiste y no te casaste con ella por miedo, ¿por qué te has casado con la sabihonda de tu mujer, se puede saber?, me das asco, Federiquillo.

Oí un clic porque había colgado, yo dije alguna otra inconveniencia en vano y luego me volví a la cama y soñé con un campo de amapolas.

Y así los años han seguido revoloteando adelante y atrás, a su antojo, mientras Leo y Federico no dejaban de bailar con Maddalena en el salón estilo imperio. En un instante, todavía como en una película antigua, mientras estaban sentados allá al fondo, uno con la toga y el otro dentro de la jaula, el tiempo ha comenzado a girar en desorden como un tiovivo, tipo hojitas de calendario que vuelan y se pegan de nuevo una sobre otra, y mientras tanto ellos bailaban con Maddalena mirándola intensamente a los ojos mientras yo ponía el disco. Y así seguíamos, en verano todos juntos en la colonia alpina del Comité Olímpico Nacional, los paseos por los bosques, la manía por el tenis que se nos había contagiado a todos, pero quien jugaba en serio era Leo, con aquel revés imparable y a la vez aquella elegancia, las camisetas atildadas, el pelo brillante, la toalla alrededor del cuello después del partido. De noche tendidos sobre el césped, hablando del mundo: ¿en qué pecho

apoyaría la cabeza Maddalena? Y luego aquel invierno que nos sorprendió a todos. Sobre todo por Leo, quién lo habría dicho, él, tan elegante y tan ostentosamente fútil, abrazado a la estatua en el vestíbulo del rectorado, arengando con exaltación a la masa de estudiantes. Vestía un anorak verdoso de tipo militar que le sentaba a las mil maravillas, yo lo elegí azul pensando que entonaba mejor con mis ojos claros, pero después Maddalena ni se fijó, o por lo menos no me dijo nada, contemplaba, por el contrario, el anorak de Federico que le iba ancho y le engordaba un poco, a mí me parecía ridículo aquel muchachote envarado con las mangas demasiado largas, pero evidentemente a las mujeres les inspiraba ternura.

Después Leo ha empezado a hablar en voz baja y monótona como si estuviera contando un cuento, y esta es la ironía de Leo, yo lo sabía, en la sala no se oía volar ni una mosca, todos los periodistas están concentradísimos tomando notas como si les contara el Gran Secreto, y también Federico lo escuchaba con extrema atención; Dios mío, he pensado, pero por qué tienes que fingir que estás tan atento, no te cuenta nada extraño, aquel invierno tú también estabas ahí. Y casi he imaginado que, en determinado momento, Federico se levantaría en medio del tribunal y diría: señores del jurado, con su permiso esta parte me gustaría contarla a mí, la conozco perfectamente porque la he vivido; la librería se llamaba Mondo Nuevo, estaba en piazza Dante, en su lugar ahora hay una perfumería elegante, donde, si no me equivoco, se venden incluso bolsos de Gucci. Era una sala espaciosa con un pequeño trastero a la derecha donde había un cuartito y a continuación el retrete. En el cuartito nunca tuvimos bombas ni ninguna clase de explosivos, guardábamos las rosquillas de Puglia que traía el Memo cuando iba a pasar las vacaciones a su pueblo, y todas las noches nos reuníamos allí y comíamos rosquillas con olivas. El tema de conversación era casi siempre la Revolución Cubana, de hecho, también había un póster del Che Guevara encima del mostrador de la caja; pero también se examinaban las demás revoluciones de la historia y yo era quien las exponía desde un punto de vista histórico-filosófico, mis amigos eran bastante ignorantes, yo, sin embargo, estaba estudiando la historia del pensamiento político para un examen en el que saqué la máxima nota, y, por tanto, les di unas cuantas clases, que nosotros llamábamos seminarios, sobre Babeuf, Bakunin y Carlo Cattaneo; aunque, a

decir verdad, a mí las revoluciones no me interesaban mucho, lo hacía porque había una chica pelirroja que se llamaba Maddalena de la que estaba enamorado, pero yo estaba convencido de que estaba enamorada de Leo, o, mejor dicho, yo sabía que estaba enamorada de mí, pero tenía miedo de que se enamorara de Leo, en fin, fue un pequeño equívoco sin importancia, que era una frase que repetíamos entre nosotros en aquella época, y también ocurría que Leo se reía de mí, siempre ha tenido una gran capacidad para tomar el pelo a la gente, es una persona con facilidad de palabra y el don de la ironía, así que me hacía preguntas trampa, un poco pérfidas, para que todos se dieran cuenta de que yo era un reformista y él un auténtico revolucionario, muy radical: pero Leo nunca ha sido tan radical, lo hacía para hacerme quedar como un trapo delante de Maddalena, de todos modos, en parte por convicción y en parte por azar, se encontró desempeñando un papel de primer plano, se convirtió en el más importante del grupo, pero también para él fue un pequeño equívoco que él creía sin importancia. Y ya se sabe lo que pasa, que el papel que uno asume acaba por convertirse en verdadero, la vida es una experta en esclerotizar las cosas, y las actitudes se convierten en opciones.

Pero Federico no ha dicho nada de todo esto, estaba muy atento escuchando las preguntas del fiscal y las respuestas de Leo, y yo he pensado: no es posible, todo esto es una representación. Pero no era una representación, no, era de verdad, estaban realmente juzgando a Leo, y también las cosas que Leo había hecho eran reales, y él las estaba confesando con candor, impasible, y Federico le escuchaba impasible, y entonces he pensando que tampoco él podía hacer otra cosa, porque aquel era su papel en la comedia que estaban interpretando. Y en ese instante me ha invadido un impulso de rebelión, como una voluntad de oponerme a aquella historia que ya parecía escrita, de intervenir, de modificarla. ¿Qué podía hacer?, he pensado, y la única solución me ha parecido Memo, era lo único que se podía hacer, he salido de la sala y he ido al vestíbulo mostrando mi pase a los carabineros; mientras marcaba el número he pensado a toda velocidad en lo que iba a decir: están condenando a Leo, le diría, ven aquí, tienes que hacer algo, está cavándose su propia tumba, es absurdo, sí, ya sé que es culpable, pero no hasta ese punto, solo es la ruedecilla de un engranaje que le ha

triturado, y ahora él está interpretando el papel del que manipulaba las palancas de aquel engranaje, pero lo hace por fidelidad a su figura, él nunca ha manipulado ninguna máquina y tal vez ni siquiera pueda delatar a nadie, solo es Leo, un Leo exactamente igual al que jugaba a tenis con la toalla al cuello, solo que también es inteligente, es un estúpido inteligente, y todo esto es absurdo.

El teléfono ha sonado largo rato y luego ha contestado una voz femenina educada y fría con un marcado acento romano:

–No, el diputado no está, está en Estrasburgo, ¿qué desea?

–Soy un amigo –he dicho–, un viejo amigo, me gustaría que lo localizara, es un asunto muy importante.

–Lo siento –ha dicho la voz educada y fría–, pero no creo que sea posible, el diputado en este momento está reunido, si lo desea puede dejar un mensaje, se lo transmitiré en cuanto pueda.

He colgado y he entrado en la sala pero no he ocupado mi lugar, me he quedado en lo alto del hemiciclo, detrás de la fila de los policías; en ese momento en la sala se oía una cháchara difusa, creo que Leo había soltado una de las suyas, en su cara se veía aún la expresión maliciosa de quien ha dicho una frase páfida, y yo he leído en esa expresión una enorme tristeza. Y también Federico, que estaba ordenando los papeles que tenía delante, me ha parecido oprimido por una enorme tristeza, como si sintiera un peso sobre los hombros, y entonces me han entrado ganas de cruzar la sala y de llegar hasta el estrado entre los flashes de los fotógrafos y de hablarles, de estrecharles la mano a los dos, en fin, algo parecido. Pero ¿qué podía decirles?, ¿que se trataba de un pequeño equívoco sin remedio? Porque mientras pensaba esto he pensado precisamente que todo era de veras un enorme pequeño equívoco sin remedio que la vida se estaba llevando consigo, ahora los papeles estaban asignados y era imposible dejar de interpretarlos; y también yo, que había venido con mi cuaderno de notas, también mi simple acto de mirarles a ellos que interpretaban su papel no dejaba de ser tampoco un papel, y en esto consistía mi culpa, en entrar en el juego, porque nadie escapa a nada y tenemos la culpa de todo, cada cual a su manera. Y entonces me ha invadido un gran cansancio y una especie de vergüenza, y al mismo tiempo se me ha ocurrido una idea repentina y que no he sabido descifrar, algo que podría

llamar el deseo de la Simplificación. En un instante, siguiendo un ovillo que se estaba desovillando a una velocidad de vértigo, he comprendido que nosotros estábamos allí a causa de algo que se llama Complicación, y que durante siglos, durante milenios, durante millones de años ha condensado, capa a capa, circuitos cada vez más complejos, sistemas cada vez más complejos, hasta formar lo que ahora somos y lo que estamos viviendo. Y me ha entrado la nostalgia de la Simplificación, como si los millones de años que habían producido unos seres que se llamaban Federico, Leo, Maddalena, el Diputadillo y yo mismo, estos millones de años se disolvieran por arte de magia en una brizna de tiempo hecha de nada, y me he imaginado a todos nosotros sentados en una hoja. Quiero decir, sentados exactamente no, porque nuestros organismos se habían vuelto microscópicos y mononucleares, sin sexo, sin historia y sin razón: pero conservaban todavía una pizca de conciencia que nos permitía reconocernos, saber que éramos nosotros cinco, allí sobre una hoja, sorbiendo gotas de rocío como si estuviéramos tomando un refresco en una mesita del café Goliárdico, y nuestra función era solo estar allí, mientras otra clase de gramófono tocaba para nosotros otra clase de «Strada anfosa», de una forma diferente, pero que en sustancia era la misma.

Y mientras yo permanecía absorto sobre aquella hoja, el tribunal se ha puesto en pie, y también el público; Leo ha permanecido sentado en la jaula y ha encendido un cigarrillo, tal vez se trataba de una pausa en la sesión, no lo sé, pero he salido de puntillas, fuera el aire era límpido y el cielo turquesa, frente al Palacio de Justicia un carrito de helados parecía abandonado y pasaban pocos coches; he echado a caminar hacia la dársena; en el canal había una gabarra oxidada que se deslizaba en silencio como si no tuviera motor, he pasado a su lado y en ella estaban Leo y Federico, uno con su aire sarcástico y el otro con su aire grave y pensativo, que me miraban con expresión inquisitiva, esperaban una frase de mí, era evidente; y al final de la gabarra, como si llevara el timón, estaba Maddalena, resplandeciente de juventud, que sonreía como puede sonreír una muchacha que se sabe resplandeciente de juventud. Chicos, he pensado en decirles, ¿os acordáis de «Strada anfosa»? Pero la inmovilidad de los tres era absoluta, y me he dado cuenta de que eran imágenes de yeso realizadas de manera realista y con demasiados colores, con esas poses extravagantes y caricaturescas que tienen

a veces los maniqués de los escaparates. Y, como es natural, no he dicho nada, solo les he insinuado un saludo mientras la gabarra se los llevaba y he proseguido por el muelle con pasos pausados y lentos, procurando no pisar los intersticios del empedrado, como cuando era niño y con un ingenuo ritual intentaba regular sobre la simetría de las piedras mi infantil desciframiento de un mundo todavía sin ritmo y sin medida.

ESPERANDO EL INVIERNO

Y además el olor de todas aquellas flores: nauseabundo. Pero también la casa, la lluvia que velaba los árboles, los objetos en las vitrinas de vidrio, abanicos españoles, una Virgen cuzqueña encinta, los ángeles barrocos, las pistolas del siglo XVII: todo nauseabundo, lo sentía, y eso también era dolor, una de sus manifestaciones que alberga la pena, la intolerabilidad de los objetos que nos circundan, su necia y maciza perentoriedad que no prevé los cambios de la vida y que vive en su inmanencia inalcanzable, en una corporeidad flagrante e inocente, y, por ello, inalcanzable. Ah, dijo, no seré capaz, creo que no seré capaz. Dijo eso y se tocó la frente, que le ardía, y se apoyó en el respaldo de una silla. Sintió un nudo de llanto que le oprimía la garganta y se miró al espejo. Vio una imagen austera, noble, quizá altiva; y también pensó: ¿Soy yo esa? No puede ser. Y sí que «era» ella, y en eso también consistía su pena; pues su dolor de vieja mujer herida por la muerte albergaba también la pena por esa imagen suya de vieja mujer pálida, elegante, con el cabello cubierto por una mantilla de encaje negro; una mantilla tejida con tedio y pericia en lóbregas habitaciones por mujeres ibéricas taciturnas e infelices, pensó. Y se le vino a la cabeza Sevilla, muchos años antes, la torre de la Giralda, la Virgen de la Macarena, una conmemoración solemne por un poeta muerto siglos atrás en una sala con muebles austeros y oscuros. Pero en ese momento oyó que llamaban a la puerta y Françoise se asomó. Señora, el ministro desearía ser recibido, dijo. ¡Qué tesoro, Françoise! Parecía tan menuda, tan frágil, con esa carita de ratón y las gafitas redondas que le daban un aspecto de niña sin tiempo. Pensó en su inteligencia, total y obtusa. Dile que me espere en el saloncito, dijo, iré dentro de un instante. Le gustaba hablar así. «Un instante», «un momento», «que me espere un rato»: era una forma cortés de mostrarse soberbia y distante de sí misma, como un actor al que le gusta ser otro en el escenario para olvidar el vacío que siente dentro de sí. Se miró otra vez en el espejo y se arregló la mantilla. No debes llorar, dijo a la hermosa vieja que la observaba, recuerda que no debes llorar.

Pero llorar hubiera sido imposible. Porque el ministro era rosáceo, regordete, y vestía de negro, y le besó la mano haciendo una reverencia; era un hombre consecuente con la situación, y culto también, cosa rara en los ministros, y admiraba sinceramente al difunto: todo lo cual no propiciaba el llanto. Si al menos se hubiese tratado de un hombre mediocre e indiferente, de esos que vienen de visita por deber y por civismo, acostumbrados a frases tópicas, a fórmulas cargadas de pompa, a palabras de ministro: entonces sí que habría llorado, para desfogar su profunda pena, difusa, equívoca. Pero con ese hombre no, porque su pesar por el luto de la Cultura era sincero. Eso dijo, en efecto: nuestra cultura pierde hoy a su voz más excelsa. Lo cual era justo e irrefutable, no daba cabida al llanto. Ella le agradeció con una frase sincera y clara, escandida con aplomo: algo que también formaba parte de la congoja cortés y honesta inventada por los hombres, y que no prevé las formas ocultas del dolor. Ah, cómo habría querido llorar. Y luego él se refirió a la gratitud, que conmueve y que es una manera atenuada de sentir dolor, localizada en un rincón de su espíritu, donde anidaba la nostalgia. Y además de gratitud habló de proyectos, de iniciativas, de una deuda de reconocimiento que el Estado quería saldar: una fundación, tal vez un museo, con becas y celebraciones oficiales. Con regularidad, aclaró. Lo cual la alegró, le hizo sentir un alivio desconsolado, pensar en un futuro ya cumplido, en el convencionalismo de un monumento. Pensó también en cómo la nación había crecido, en cómo se había hecho madura, inteligente a su manera, cosa que había deseado toda la vida: y dijo que sí, sí, claro, el país merecía esa herencia, agradecía la oferta y la propuesta; pero en esa casa aún vivía ella, viviría por poco tiempo, la vida no dura mucho, y no quería compartirla con el afecto de una nación, por muy noble que fuese.

Y mientras tanto la mañana había avanzado y en el jardín se agolpaba una multitud. El ministro se fue y ella se acercó a la ventana. La fuerte lluvia había dejado paso a una llovizna brumosa que parecía ascender desde la tierra. Vio que llegaban automóviles silenciosos, de los que descendían señores de aspecto adusto que el maestro de ceremonias recibía con el paraguas para luego acompañarlos hasta la entrada. La eficaz y práctica formalidad de esos funerales de Estado le hicieron sentir un ligero alivio al despertar su sentido pragmático del ritual. Sintió que no debía demorarse en

su retiro solitario; echó las cortinas y se encaminó hacia la escalera, que bajó sin apoyarse en el pasamano: lentamente, con la cabeza erguida, pálida, altiva, tensa, con los ojos secos, mirando a la gente a la cara y mostrando que no miraba a nadie, que su vista estaba en otro lugar, en su pasado, tal vez, o dirigida al interior de su alma: pero allí sin duda no, no entre el mobiliario de aquella impecable cámara ardiente decorada con gusto y clase. Ocupó su lugar junto al cabezal del féretro, esperando, como se vela a un vivo y no a un difunto, que pasaran por delante de ella, que le besaran la mano, que le hicieran reverencias, que le murmuraran fórmulas de condolencia y saludo. Y mientras esperaba, de pie, distante incluso de sí misma, el corazón le latía despacio, pausado, tranquilo, ajeno a la absoluta desolación que, era curioso, sentía sin embargo físicamente sobre los hombros: la terrible e inapelable evidencia de la constatación.

Se dejó interrumpir por Françoise, a la que atendió casi como a una visitante más, con el mismo sereno distanciamiento, y a quien siguió sin replicar, abandonándose a órdenes reconfortantes, dejándose llevar de la mano por el corredor, que le pareció de una longitud infinita; y el consomé hirviente también le pareció necesario y obligatorio. No, no quiero descansar, replicó a la solicitud afectuosa de la muchacha; no me siento cansada, no se preocupe por mí, resistiré sin problemas. Pero eran palabras distantes, como pronunciadas por otro en su lugar: y dejó que Françoise la obligara a reclinarsse sobre el diván, que le quitara los zapatos, que le pasara por la frente un pañuelo empapado de colonia. Veía una playa, con las ruinas de un templo griego detrás, y a él corriendo, desnudo. Desnudo como un dios pagano, con una corona de laurel sobre la frente; y al correr sus testículos se balanceaban cómicamente, y ella no pudo contener la risa, y rió tanto, tanto que le pareció sofocarse; y se despertó.

Se despertó sobresaltada, angustiada, segura de haber dormido más de lo debido; de que todo habría terminado, discursos, visitas, ceremonia, funeral; quizá también el día, y ya era noche cerrada, y seguro que Françoise estaba en el corredor, con los ojos tumefactos, insomne, con su aire de gorrioncillo estoico, que le diría: tuve que dejarla dormir, señora, no estaba en condiciones de soportar más. Se asomó a la puerta, desde donde pudo oír el rumor de los invitados en la planta baja. Pero ¿qué hora es, Dios mío? Fue a

la ventana, y al abrir las batientes se vio acometida por la luz lechosa del día. Y oyó las dos campanadas frívolas del reloj de péndulo chino que estaba en el vestíbulo. Ese dengoso reloj de péndulo lacado, tan enano, tan... monstruoso: sintió que lo odiaba, claramente, de improviso, por primera vez. A pesar de haberlo comprado ella misma, de estar convencida de que le gustaba. No, se dijo con firmeza, no pensaré en Macao, por hoy ya no quiero recordar nada más. Había dormido diez minutos. Se encerró en el baño y se rehizo el maquillaje. El breve sueño le había descompuesto el peinado, y se le habían formado dos profundos surcos en el colorete claro. Pensó en cubrir la palidez con un cosmético, luego desistió. Se lavó los dientes para eliminar el sabor de alcanfor que sentía en la boca; sabor de alcanfor, qué extraño: tal era la sensación de náusea que le provocaban las flores que llenaban la casa. Salió, segura de que Françoise la esperaba en el saloncito; había fijado la cita con el editor alemán para las dos, y no quería hacerlo esperar. Al entrar, el solemne señor se puso de pie e hizo una breve reverencia. Era obeso, lo que curiosamente la reanimó. Françoise estaba sentada con un cuaderno de notas sobre las rodillas. Si prefiere hablar en su lengua mi secretaria hará de intérprete. El corpulento señor asintió, le ahorró los discursos de circunstancias, era preciso, concreto, lealmente venal, y eso tenía su ventaja. Compro el diario, dijo en francés. Su marido ha vivido en mi país en unos años cruciales, ha conocido personajes relevantes de la política y la cultura, sus memorias son un documento de altísimo valor para nosotros. Tosió e hizo una pausa, esperando una respuesta que no llegaba. Lo cual quizá lo desconcertó, porque se puso rígido y pasó heroicamente al terreno mercantil. Pago en marcos, dijo, en el acto y sin contrato, me basta una opción. Eso lo dijo en alemán y Françoise tradujo sin demora. La mediación de la traducción hacía menos vulgar la propuesta, y ella le agradeció que tuviera al menos esa fineza. Y eso facilitó la respuesta, porque ella igualmente renunció a hablar en francés, pronunciando palabras que, transmitidas por Françoise en palabras distintas e incomprensibles, tenían una vida propia que no le atañía, ya no le pertenecían, no tenían «ningún» significado. Le escribiría por intermedio de su secretaria, ese no era el momento de adoptar decisiones, esperaba que la comprendiera; claro que tomaría en cuenta que su propuesta había sido la primera, pero en ese instante, si podía perdonarla, debía atender

otros compromisos. Miró a Françoise. Otros compromisos como..., no lo sabía, no le importaba, Françoise miraba su libreta y pensaba en todo. Se abandonó a esa sensación infantil, siguiendo a Françoise, y el sentirse como una niña olvidada que perforando escombros de años emergía desde honduras sepultadas en su cuerpo de vieja cansada, le renovó unas ardientes ansias de llorar, de sollozar sin reserva; pero además se sintió ligera, casi exaltada: por un instante le pareció que esa niña que se había asomado en su interior podría haber comenzado a brincar, a bailar en corro, a canturrear. Y lo mismo que la impulsó a llorar le quitó las ganas de llorar: y además desde la biblioteca se expandía una luz hiriente, el suelo estaba atravesado por cables y alguien hablaba elevando mucho la voz. Piden una entrevista para el telediario de la tarde, dijo Françoise, el propio director de televisión ha llamado por teléfono, he impuesto un límite máximo de tres minutos, pero si no está dispuesta los despido. *Ils sont des bêtes*, añadió con desprecio.

Lo que a fin de cuentas no era cierto. Porque el periodista, un jovenzuelo de aspecto desmedrado e inteligente que torturaba el micrófono con sus manos huesudas, parecía conocer profundamente la obra del difunto, citando primero un libro juvenil con una refinada desenvoltura bajo la cual ella percibió cierta turbación. Le pidió la interpretación de una frase que se había convertido en lema, casi en símbolo de toda una generación, y hasta la escuela la había hecho suya, en una acepción positiva, naturalmente, porque la escuela adora las definiciones positivas, en todo caso, se lo preguntaba a ella: ¿esa definición de los hombres no contenía tal vez una esquivia ironía, no disfrazaba un germen negativo y algo pérfido? La insinuación la alegró, podía dar una respuesta evasiva simulando sorpresa: era una pregunta que propiciaba generosamente su refugio en el papel de viuda del escritor, de quien puede hablar de las corbatas preferidas por él, y su respuesta fue trivial, desarmante, muy inferior a la pregunta: que era todo lo que el periodista esperaba de ella. Demostró de manera sublime ser una mujer fina, inteligente, la perfecta «compañera», y que podía proporcionar testimonios preciosos. Lo que inevitablemente condujo a la indiscreción biográfica, una indiscreción elegante, porque el jovenzuelo era una persona cortés, que se complacería en nombre de los televidentes si ella contara algún episodio de su vida. Lo que quería decir, se sobreentendía, un episodio de la vida de él. Y ella contó uno,

por qué no iba a hacerlo, y escogió uno virtuoso, naturalmente, virtuoso y con un rasgo de nobleza, porque la gente, especialmente la vulgar, ama la nobleza. Y al hacerlo sintió un sordo rencor contra sí misma, porque habría deseado contar un episodio bastante distinto; pero no podía, claro, contárselo a ese amable jovencuelo bajo esos reflectores prepotentes. Calló. Y dibujó una abatida sonrisa plena de dignidad.

Del trayecto hacia la catedral no guardó nada, salvo imágenes confusas, rápidas, de esas que los sentidos perciben pero no retienen. La llevaron en un automóvil oscuro, forrado de gris, de motor silencioso y conductor no menos silencioso; y también en la ceremonia estuvo presente como si no lo estuviera, presente solo con su cuerpo, dejando que su mente vagase por otro lugar, a su antojo, por la geografía de los recuerdos. París, Capri, Taormina; y luego brotó una casita humilde y pintoresca, que no pudo localizar, y le pareció cómico, se concentró con todas sus fuerzas en una habitación que recordaba por detalles insignificantes y vivísimos; una modesta cama de bronce, y encima de la cama una sagrada familia pintada según la iconografía popular; pero, cosa increíble, no recordaba el sitio. ¿Dónde estaba? Y mientras tanto el arzobispo había pronunciado su larga homilía fúnebre, seguramente a la altura de las circunstancias. Sentía frío. Tal era la única sensación, más aún, el único «sentimiento», pensó, que podía mantenerle la mente ocupada: un frío enorme en el vientre, como si un bloque de hielo le oprimiera las paredes del estómago, hasta el extremo de que durante el resto de la ceremonia permaneció con las manos en el regazo. Y el frío luego se extendió invadiéndole las articulaciones: no a las manos, que le ardían; pero sí a los hombros y a los antebrazos, y también a las piernas y a los pies, que ya no sentía, como si los tuviese congelados, pese a mover espasmódicamente los dedos en el interior de los zapatos. Sintió escalofríos y le resultó imposible disimularlos. Para evitar que le castañetearan los dientes apretó las mandíbulas, hasta que los músculos de la cara y el cuello comenzaron a entumecerse. Françoise notó su malestar y le estrechó las manos entre las suyas, le susurró al oído algo que no entendió, quizá que debía salir, pero ya no tenía importancia, porque la ceremonia había concluido, el féretro avanzaba por la nave central cargado a hombros, y ella volvió a encontrarse sin darse cuenta en el mismo automóvil y con el mismo

conductor que la llevaba de regreso a casa, mientras Françoise la arropaba con su abrigo y le ceñía los hombros con un brazo para darle calor. Y le costó deshacerse de ella con amabilidad, hacerle entender dulcemente pero con firmeza que esa noche no quería tenerla cerca, que quería entrar sola y permanecer sola en esa enorme casa desierta, que le bastaría el cuidado de la criada, en el caso de necesitar algo, que esa era la primera tarde de su soledad y que quería entrar sola en su soledad. Al final se apartó, Françoise la besó con ojos brillantes y ella entró en el silencioso vestíbulo, de inmediato llamó al timbre para deshacerse de la criada y dijo que podía retirarse, que no necesitaba nada, que por favor solo descolgara el teléfono. Al subir la escalera oyó las siete campanadas que tocaba el odioso reloj de péndulo chino. Se detuvo en el corredor y abrió casi golosamente la puertecilla de vidrio que protegía el cuadrante. Comenzó a girar las agujas con un dedo, con resuelta lentitud, y el reloj tocó alegremente las ocho, y luego las nueve, las diez, las once, las doce. Les dio una vuelta completa, y dijo: ya es mañana. Y luego les dio otra vuelta, y dijo: ya es pasado mañana. Y luego las volvió hacia atrás, y el reloj obediente tocó todas las horas en orden decreciente. Bajó la escalera y entró en la biblioteca, donde persistía un vago olor de cigarrillos. Para atenuarlo encendió una varilla de incienso y entreabrió la ventana. Llovía con fuerza. La camarera había dejado preparado en la chimenea un pequeño montón de leña, atestada de piñas resinosas. Fue suficiente un fósforo para que el fuego flameara en un instante, tan esplendente y luminoso que hasta podía apagar la luz central. La apagó. Abrió la caja fuerte y sacó el cofre de caoba. Los manuscritos estaban colocados en orden, en manojos atados con elástico, como billetes. Cada manojito tenía una fecha, y la firma de él. Los sacó todos y los miró uno por uno. Era muy difícil escoger. Pensó en la novela, pero descartó la idea. La novela al final, quizá en febrero. Tampoco la comedia. Reflexionó sobre la correspondencia. Los poemas podían servir, aunque tal vez fuera mejor el diario. Lo sopesó y miró las páginas. Trescientas, ese era el número escrito a lápiz en la última página. Caramba. Se acomodó en el sillón frente a la chimenea y estrujó la primera página, para lanzarla a las llamas sin necesidad de moverse demasiado. La vio volverse de color tabaco, antes de quedar reducida a cenizas. Pobre estúpido, dijo, pobre querido estúpido. Se

abandonó sobre el sillón y miró al techo. El invierno sería largo, estaba apenas comenzando. Sintió que las lágrimas le cubrían los ojos, y dejó que le resbalaran por el rostro, abundantes, incontenibles.

JEROGLÍFICO

Esta noche he soñado con Miriam. Vestía una larga túnica blanca que desde lejos parecía un camisón; avanzaba por una playa, las olas eran pavorosamente altas y rompían en silencio, debía de ser la playa de Biarritz, pero estaba completamente desierta, yo estaba sentado en una tumbona, la primera de una interminable hilera de tumbonas vacías, pero tal vez fuera otra playa, porque en Biarritz no recuerdo tumbonas como aquellas, era solo la idea de una playa, y yo le he hecho una seña con el brazo invitándola a sentarse, pero ella ha seguido caminando como si no me hubiera visto, con la mirada fija hacia delante, y cuando ha pasado por mi lado me ha invadido una ráfaga de aire glacial, como si llevara consigo un halo, y entonces, con el estupor sin sorpresa de los sueños, he comprendido que estaba muerta.

En ocasiones una solución parece plausible solo de este modo: soñando. Tal vez porque la razón es miedosa, no consigue llenar los vacíos entre las cosas, establecer la plenitud, que es una forma de simplicidad, prefiere una complicación llena de agujeros, y entonces la voluntad confía la solución al sueño. Pero mañana mismo, u otro día, soñaré que Miriam está viva, pasará junto al mar y responderá a mi llamada y se sentará a mi lado en una tumbona de la playa de Biarritz, u otra idea de playa, se arreglará el cabello como hacía ella, con un gesto lento y lánguido, cargado de sentidos, y mirando el mar me señalará una vela, o una nube, y reirá, y iremos juntos por haberlo conseguido, porque estar ambos allí, por habernos encontrado en nuestra cita.

La vida es una cita, sé que estoy diciendo una banalidad, Monsieur, solo que nunca sabemos el cuándo, el quién, el cómo, el dónde. Y entonces uno piensa: si hubiera dicho esto en lugar de aquello, o aquello en lugar de esto, si me hubiera levantado tarde en lugar de pronto, o pronto en lugar de tarde, hoy sería imperceptiblemente diferente, y tal vez todo el mundo sería imperceptiblemente diferente. O sería lo mismo, y yo no podría saberlo. Pero, por ejemplo, yo no estaría aquí contando una historia, proponiendo un jeroglífico que no tiene solución, o tiene una solución que es inevitablemente la que tuvo y que yo ignoro, y de ese modo se lo cuento a algún amigo, de

vez en cuando, rara vez, tomando una copa, y digo: te propongo un enigma, veamos cómo lo resuelves. Pero, dígame, ¿por qué le interesan a usted los enigmas? ¿Le apasionan los pasatiempos o tal vez solo es la curiosidad estéril de quien observa las vidas ajenas?

Una cita y un viaje, también esto es una banalidad, me refiero a la vida, naturalmente, la de veces que se habrá dicho; y además en el gran viaje se hacen viajes, son nuestros pequeños recorridos insignificantes en la corteza de este planeta que a su vez viaja, pero ¿hacia dónde? Todo es un rompecabezas, debo parecerle un maníaco. Pero en aquel tiempo yo estaba parado, era una época de estancamiento, mis días se remansaban en un pozo de indolencia, con esa tranquilidad de cuando ya no se es demasiado joven pero todavía no se es demasiado adulto, y simplemente se espera la vida.

Y en cambio llegó Miriam. Soy la condesa du Terrail, tengo que ir a Biarritz. Y yo soy el marqués de Carabás, pero por lo general no salgo nunca de mis propiedades. Comenzó exactamente así, con estas frases. Estábamos en Chez Albert, cerca de la Porte SaintDenis, que a decir verdad no es lo que se dice un lugar para condesas. Por la tarde, cuando cerraba el taller, me iba a tomar unas copas a aquel *bistrot*, ahora ya no existe, en su lugar hay una de esas tiendas que venden carne humana en películas, los tiempos son así. A Albert le habría gustado que le enterraran en el Pere Lachaise, porque está Proust, pero creo que le tocó el cementerio de Ivry, en la periferia, los tiempos también son así. Eran otros tiempos, no quiero ponerme nostálgico, pero desde luego eran otros tiempos, pruebe a mirar los coches de hoy, tienen todo el motor de una sola pieza, encerrado en un pañuelo, no hay espacio ni para desmontar el carburador. Albert no era exactamente mi socio, pero era como si lo fuese, muchos de los coches me los conseguía él, había sido piloto de rallyes cuando las carreteras no estaban asfaltadas y se usaban gafas antipolvo, era un hombrecillo diminuto al que la barra del bar había vuelto melancólico y solo se reía cuando había tomado una copa de más, entonces servía cerveza de Alsacia y te lanzaba la jarra sobre la barra, como en las películas de vaqueros, diciendo: *la vitesse!* La vitesse había sido su ruina, pero no demasiado, solo estaba un poco cojo y con la mano izquierda no agarraba bien los objetos. Él era quien había conseguido poseer el automóvil de Agostinelli. De Proust, quiero decir. Quién sabe cómo lo había hecho.

Agostinelli era el chófer de Proust, un buen chico, juntos habían recorrido las catedrales góticas de toda Normandía, no sé si entre ellos había algo, eso no tiene demasiada importancia, como sabe Proust era un hombre que tenía sus gustos. De todos modos, para volver al tema, yo había escrito algo unos cuantos años antes, cuando estudiaba el primer curso de letras, y pensaba que podía convertirse en mi tesis, pero luego lo había plantado todo, la Sorbona y sus profesores, me parecían todos inválidos, mi tesis tenía que llamarse *Les impressions de Proust en automobile*, pero no me interesaba Proust, evidentemente, me interesaba su automóvil, y así que un buen día me decidí y la publiqué en dos entregas en una revista infame, una mala imitación del *Harper's Bazaar*, no le diré el nombre porque así no la encontrará, y vaya usted a saber cómo había llegado a manos de Albert, pero a él le parecía normal, todo llegaba a sus manos. Y después, ya sabe cómo es la vida, es como un tejido, todos los hilos se entrecruzan, esto es lo que algún día me gustaría entender, ver todo el dibujo, y así fue como una buena tarde me dejé caer en Chez Albert con mi revista bajo el brazo y pedí una copa. Me paseaba por Saint-Denis porque me habían dicho que por allí había un taller que pertenecía a un viejecito que arreglaba automóviles antiguos, yo sabía todo lo que puede saberse de mecánica, había crecido en un garaje de Meudon, sí, allí donde vivía Céline, pero nunca le conocí, dicen que era un mal tipo, si bien un buen médico, por lo menos eso parece, especialmente con la gente pobre. Albert vio la revista que llevaba en la mano, ahí dentro hay un artículo sobre el automóvil de Proust, dijo, lo ha escrito un mentecato que firma el Marqués de Carabás. El marqués de Carabás soy yo, dije, pero de momento ando algo venido a menos, busco el taller Pégase, me han dicho que necesitan un ayudante. Albert me miró para ver si bromeaba, vio que no lo hacía, en realidad estaba un poco bajo de moral, no te enfades, muchacho, el taller está en ese patio, también está el automóvil de Agostinelli, lo traje el pasado domingo, lo compré en un cementerio de coches de Suresnes, ni sabían lo que era, ahora hay que repararlo.

Nos pasamos el verano reparándolo. Este no lo venderé, decía Albert, será el automóvil sobre el que quiero hacer mi última carrera, montado en él quiero irme al Père Lachaise, y detrás de él una orquestina que toque *En passant par la Lorraine*, Albert era de Lorena, por supuesto. No sé si

recuerda usted el automóvil de Proust, conocerá la fotografía, parece un monumento, tiene dos faros como dos reflectores, en realidad le servía también para iluminar el tímpano de las catedrales, él y Agostinelli llegaban a veces de noche, atravesaban la ciudad desierta, se detenían en la plaza, ligeramente en cuesta para que el haz de los faros se dirigiera hacia arriba, encuadra el tímpano, Agostinelli, decía Proust, y abría el Ruskin, que era su biblia, son anécdotas auténticas, está todo escrito, se publicaron en *Le Figaro* en 1907, se llamaba *Impréssions de route en automobile*. Naturalmente nunca he estado seguro de que el nuestro fuera el verdadero automóvil de Proust, en el desguace donde Albert lo había comprado ya no tenían el permiso de circulación, era imposible remontarse al propietario inicial, pero era idéntico, y dentro de la guantera había un par de guantes que según Albert eran inconfundibles, y además a él le gustaba creer que así era, qué había de malo en ello. Solo que para el funeral no le sirvió, pero esta es otra historia.

Cuando el propietario del taller murió la empresa pasó a mis manos. Oficialmente todavía no era mía, aunque por aquel entonces yo ya era el jefe, porque Monsieur Gélin, el propietario, me había dado carta blanca, y yo había hecho negocios fabulosos, en buena parte gracias a Albert, que me conseguía los coches. De los compradores me ocupaba yo, había abierto una pequeña oficina para las relaciones públicas, porque los clientes no podían ser recibidos en el taller, era una oficina microscópica pero muy elegante, en la Avenue Foch, barrio fino, salita de espera y despacho forrado de madera, dos butacas de cuero, escritorio de anticuario de pacotilla, rótulo de latón en la puerta: *Pégase. Voitures de luxe*. Recibía dos veces por semana, el sábado por la tarde y el domingo por la mañana, de acuerdo con el horario indicado en el anuncio, y en general me aburría mortalmente, porque aparecía más o menos un cliente al mes, pero bastaba con vender siete u ocho automóviles al año para ganar todo lo que queríamos, Albert conseguía encontrar trastos viejos que nos costaban cuatro chavos, y además se había puesto en contacto con un taller de Marsella que nos proporcionaba piezas de museo a precios irrisorios. No había más que trabajar en ello, y el trabajo no era despreciable, pero a mí aquel trabajo me gustaba y ahora tenía incluso un aprendiz, el hijo de una prima de Albert, un chico espabilado con unas manos de oro, se llamaba Jacob, también él de Lorena. Durante tres o cuatro años reparamos

de todo: Delage, Aston Martin, un Hispano Suiza, un Isotta Fraschini, un majestuoso Ford blanco e incluso un Fiat Mefistotele de 1922, el automóvil de carreras más famoso del mundo, aquello no era un coche, era un torpedo, era una copia del prototipo de 1908, y en el veinticuatro batió el récord mundial de velocidad. Los clientes solían ser americanos que llegaban a París y querían coches de época, ricachones con la manía de Europa y un francés atroz, se sentían unos Fitzgerald llenos de genio y de futilidad, Montmartre, champán y *Sous le ciel* de París. También eso era típico de esos tiempos. La gente había pasado tanto miedo con las bombas y las carnicerías que quería estar de juerga, quería sentirse viva, divirtámonos y alegrémonos, la vida es un regalo que hay que saber disfrutar, no hagamos como las vírgenes necias. Había también un egipcio que se había convertido en nuestro mejor cliente, era un gordinflón jovial, cada tres meses quería un coche, uno para cada cambio de estación, decía riendo como un niño, y luego generalmente lo destrozaba, bebía como una esponja. Creo que luego acabó muy mal, fue arrestado por la policía francesa, nunca llegué a saber por qué, dijeron que fue por motivos políticos, pero vaya usted a saber. Albert habría querido que me casara, búscate una mujer, Carabás, me decía, ya has pasado de los treinta, necesitas una mujer como es debido, qué hace un hombre solo en casa después de haber reparado un capó, se envejece pronto, sabes, el tiempo pasa que ni te das cuenta. Era un poco filósofo, Albert, todos los buenos mecánicos lo son, tal vez usted no lo crea, Monsieur, pero estudiando los automóviles se aprenden muchas cosas, la vida es un engranaje, una ruedecilla aquí, una bomba allí, y además hay una correa de transmisión que lo une todo y transforma la energía en movimiento, exactamente igual que en la vida, un día me gustaría entender cómo funciona la correa de transmisión que une todas las piezas de mi vida, el concepto es el mismo, habría que abrir el capó y quedarse allí estudiando el motor que zumba, unirlo todo, todos los instantes, las personas, las cosas, decir: esto es el hueco del motor, eran mis días de entonces, esto es Albert, fue el motorcito de arranque, esto era yo, los pistones con la cámara de explosión, y esto es la bujía que hizo saltar la chispa del encendido; y ahora, arriba, nos vamos. La chispa fue Miriam, naturalmente, ya se habrá dado usted cuenta, pero ¿cuál debió de ser la correa de transmisión? No la inmediata, esa fue un Bugatti Royale, eso es lo que le

dije a Albert; sino la verdadera, la oculta, la que une todas las piezas, la que hace que un coche se mueva de una manera determinada, con su ritmo, sus latidos, su impulso, su velocidad y su frenazo.

No se puede resistir a un Bugatti Royale, le dije a Albert, yo me voy. Él me miró, estaba limpiando la barra, me pareció que sus ojos se ensombrecían de melancolía, te traerá complicaciones, dijo, lo sabes mejor que yo, pero te entiendo, es tu carrera, siempre has estado parado en la línea de salida y la pista está ahí invitándote, eres demasiado joven, nadie escapa a la llamada del peligro. Pero antes tengo que retroceder un poco, porque nuestra conversación no había terminado allí, quiero decir entre Miriam y yo, cuando yo le dije que era el marqués de Carabás y que no saldría de mis tierras. Por favor, no bromeo, dijo ella. No bromeo en absoluto, dije yo. Y entonces ella repitió: por favor, no bromeo. Y cogiendo la copa con un gesto distraído, como si lo que estaba a punto de decir fuera la cosa más natural del mundo, dijo: quieren matarme. Lo dijo con la voz de esas mujeres que en la vida han bebido demasiado, han conocido demasiado, han amado demasiado, y por tanto están más allá de la mentira; y yo la miré como un estúpido, sin saber qué contestar, y luego objeté de forma indigna: ¿y yo qué gano con ello? Y entonces ella vació su copa apresuradamente y esbozó la sonrisa melancólica de quien pierde una ilusión, muy poco, dijo, es cierto, casi nada, dejó las monedas sobre la mesa, se levantó y se arregló el pelo con su gesto cansado, disculpe, dijo, y se fue. Yo no la llamé, junto a la copa había dejado una caja de cerillas y había escrito encima: Miriam, y a continuación un número de teléfono. Y yo me dije: es mejor dejarlo correr. Pero el sábado siguiente conocí al conde. Estaba en mi despacho de la Avenue Foch, comenzaba el verano y desde la ventana veía el verdor joven de los árboles, leía el libro de un petimetre italiano que había ido a Pequín en automóvil a comienzos del siglo xx, ahora ya no recuerdo cómo se llamaba, y de pronto apareció el conde. Naturalmente yo no tenía ni idea de quién era; se trataba de un hombre corpulento, con una perilla pelirroja, no demasiado joven, con blazer azul sobre pantalones claros, gafas de sol anticuadas, bastón y periódico, tipo banquero o abogado con muchísimo dinero. Se sentó presentándose y cruzó las piernas con dificultad, porque era demasiado corpulento. Creo que mi mujer se ha puesto en contacto con usted para hacerle una oferta de trabajo,

dijo lentamente, me gustaría concretar los términos de la cuestión. Tenía una voz monótona, casi insulsa, como si el asunto no le concerniera y quisiera resolver cuanto antes aquel problema con un talón. Tenemos un coche antiguo, continuó, es un Bugatti Royale del veintisiete, a mi mujer se le ha metido en la cabeza llevarlo a Biarritz para un rallye que se celebra en San Sebastián. Tal y como yo esperaba sacó el talonario, y escribió una cifra que para mí valía más que un Bugatti y a continuación firmó. Mostró una expresión más aburrida que nunca, y yo me sentí arder de furia, pero procuré controlarme. Francia está llena de chóferes, estaba a punto de decirle, un simple anuncio en el periódico y tendrá un montón de criados a la puerta, y ahora, si no le molesta, estoy muy ocupado. Pero en cambio él dijo: deseo que se niegue a acompañarla. Y me ofreció el talón. Se quedó con el talón entre los dedos, porque yo le miraba con la expresión atónita de cuando te han pillado por sorpresa, y al mismo tiempo percibía que en aquella historia había algo turbio, todo era demasiado vago y demasiado contradictorio. No supe por qué, fue el instinto: no conozco a su mujer y nunca he recibido ofertas de trabajo, mentí, no entiendo de qué me está hablando. También él se quedó sorprendido, estoy seguro, pero no se alteró. Rompió el talón y lo arrojó a la papelera, en tal caso disculpe la molestia, dijo, mi secretario debe de haberse equivocado, buenos días. Apenas salió telefoneé a aquel número. Me contestó el Hôtel de Paris, la señora condesa y el señor conde han salido, ¿desea dejar un recado? Es un recado personal, dígame a la condesa que ha telefonado el marqués de Carabás, con esto basta.

Era exactamente un Bugatti Royale, un cupé de ciudad, no sé si le suena a usted de algo, Monsieur, entiendo que puede que no le suene. Fui a buscarlo con Albert a un pequeño garaje del Quai d'Anjou, una puerta de madera sobre un pequeño patio mohoso, como en una casa inglesa y, debajo, el Sena. Albert no daba crédito a sus ojos, no es posible, repetía, no es posible; y acariciaba los guardabarros fuselados y largos, no sé si consigue usted entenderlo, pero en el Bugatti está la idea del cuerpo femenino, una mujer tendida de espaldas con las piernas hacia adelante. Era un ejemplar soberbio, con la carrocería en excelentes condiciones, también la tapicería, de terciopelo adamascado, estaba en un estado aceptable, apenas algún agujero de polilla, y un desgarrón. El problema eran las ruedas y el tubo de escape,

por lo menos a primera vista. El motor no parecía dañado por la larga inactividad, esperaba solamente que alguien lo despertara del letargo. Conseguimos despertarlo y llevamos el coche al taller. Faltaba el elefante sobre el capó, fue la única sorpresa desagradable, porque no se puede ir a un rallye con un Bugatti Royale sin elefante. Puede que usted no lo sepa, o no se haya fijado nunca, pero los Bugatti llevaban sobre el capó, justo en el ápice de la parte superior de la rejilla, la estatuilla de plata de un elefante. Era una escultura del hermano de Ettore, Rembrandt Bugatti, y no solo era una marca de la casa, como la Victoria Alada del Rolls o el cisne del Packard, aquello era un auténtico símbolo, difícil de descifrar como todos los símbolos, era un elefante erguido sobre sus patas posteriores y la probóscide erecta en un berrido de agresión o de cópula. ¿Que es una asociación de ideas demasiado fácil? Es posible. Pero imagínese usted: un Bugatti Royale echado hacia atrás, en ligera pendiente, los alerones tendidos hacia adelante, dispuesto para la velocidad, la ebriedad, con aquella rejilla fabulosa, una retícula detrás de la cual pulsán la energía y la vida: y encima un elefante con la trompa erguida.

Yo quería mantenerme a distancia, Albert telefoneó al Hôtel de Paris, por si la condesa sabía dónde podía estar el elefante, simplemente, había desaparecido, bah, perdido, dijo Albert, el coche llevaba demasiado tiempo sin moverse, han dicho que había que hacer una copia. De modo que tuvimos que buscar una solución en esas tres semanas, mientras abrillantábamos motor y carrocería. Un cilindro necesitaba una pequeña rectificación, pero no fue demasiado problemático. El tapicero era un jovencito con una tienda en la Rue Le Peletier, un vivales, hacía reparar las telas antiguas a las monjas de un convento que él conocía, nada mejor que las monjas para los trabajos que exigen paciencia, créame, remendaron el adamascado sin una huella, todo el trabajo estaba en el envés, una maraña de hilos como una central telefónica. Lo peor fue el elefante. Podíamos encontrar algún escultor dispuesto a hacer una copia de barro y camuflarla con metal, pero los baches de la carretera lo habrían resquebrajado, no valía la pena. Luego Albert se acordó de un maestro ebanista que vivía en el Marais, también él de Lorena, me doy cuenta de que esta historia está llena de loreneses, un viejecito que esculpía la madera al estilo naturalista. Encontramos fácilmente fotografías del elefante, se las llevamos al viejecito junto con las medidas y le dijimos que hiciera una

copia idéntica en cada uno de sus detalles. Luego se planteó el problema del cromado, pero el resultado fue aceptable. Claro que si uno se ponía a examinar la escultura de cerca se veía que era falsa, pero con el coche en marcha parecía auténtica.

La mañana de la marcha fue un acontecimiento. Albert había asumido por completo el papel de padre y me preguntaba si me faltaba esto y si me había acordado de aquello. El día antes yo me había comprado una maleta de piel, aquel coche y aquel viaje se merecían una maleta de piel, y también una chaqueta de lino color crema, otra de ante y un fular de seda italiana. Cuando llegué al Hôtel de Paris un portero de librea me abrió la portezuela y me hizo una reverencia, le dije que avisara a la condesa, me sentía realmente el marqués de Carabás. Un mozo trajo un maletín y un neceser, ella bajó acompañada de su marido, me dirigió un saludo distraído y montó detrás. Fue la primera sorpresa de la jornada, porque yo temía el encuentro con el conde, quiero decir, no me agradaba; pero él me saludó como si nunca nos hubiéramos visto, fingiendo a la perfección. Era un lunes de finales de junio. Nos vemos dentro de una semana en Biarritz, querida, dijo en tono afable, si te parece podrías enviar a tu chófer a la estación, mi tren llega a las veinte y treinta y cinco, si no, nos vemos en el Palais. Yo puse la primera, y ella hizo un breve adiós con la mano fuera de la ventanilla.

La segunda sorpresa fue cuando me dijo: tome la nacional número 6, y el tono de su voz. Era un tono seco, decidido, como dictado por una fuerte voluntad o por una fobia, y yo objeté: esa no es la carretera de Biarritz. Quiero tomar otra carretera, contestó secamente, le agradecería que no pusiera objeciones. Y además había una tercera sorpresa, porque cuando la había conocido en Chez Albert estaba tan indefensa y tan transparente que tenías la impresión de leerle la vida en la cara: y ahora había desaparecido detrás de una máscara de reserva y de lejanía, en el papel de una auténtica condesa. Y además era hermosa, claro, aunque esto no era una sorpresa, pero aquel día me pareció de una belleza absoluta, porque entendí que no hay belleza en el mundo superior a la belleza de una mujer, ya me entiende, Monsieur, y esto me produjo una especie de frenesí. Y mientras tanto, el Bugatti corría por las suaves carreteras de Francia, carreteras rectas y con cuestas, como las que hay aquí, tan acogedoras, flanqueadas por plátanos. La

carretera huía detrás de mí, delante de mí se abría, y yo pensaba en mi vida, en mi indolencia, en lo que había dicho Albert, y sentí vergüenza por no haber conocido nunca el amor. No el amor físico, naturalmente, ese había existido como en todas las vidas: sino el amor verdadero, el que arde dentro y se propaga fuera y gira como un motor mientras las ruedas siguen su camino. Fue exactamente así, una especie de remordimiento, como una conciencia de mediocridad o de cobardía; mis ruedas habían girado hasta entonces, lentas, apáticas, por una carretera ya larga, y yo no recordaba ni un solo paisaje. Y ahora viajaba por otra carretera que no conducía a ningún lugar, en compañía de una mujer hermosa y distante que huía de no sé qué o que evitaba no sé qué: era una carrera inútil, lo presentía, en una carretera vacía como las anteriores, en medio de Francia. Eso pensaba yo, en aquel momento. Limoges no quedaba lejos, estábamos en el campo y los campesinos trabajaban en los frutales. Limoges, pensé entonces, ¿qué tiene que ver Limoges con mi vida? Acerqué el coche a la cuneta y me paré. Me volví hacia ella y dije: oiga. Pero sin darme tiempo a continuar ella me puso un dedo sobre los labios, muy dulcemente, y murmuró: no seas estúpido, Carabás. No añadió nada más, bajó y se sentó delante, a mi lado. Sigue, dijo, ya sé que estamos haciendo un recorrido absurdo, pero puede que todo sea absurdo, y yo tengo mis buenas razones.

Es una sensación curiosa llegar a una ciudad desconocida y saber que allí amarás con un amor que nunca has experimentado. Así fue. Nos detuvimos en un pequeño hotel cerca del río, no recuerdo qué río pasa por Limoges, una habitación con papel pintado viejo y muebles vulgares, en aquellos años había muchos hoteles así, por otra parte basta ver las películas de Jean Gabin. Miriam me pidió que dijera que era mi mujer, no quería mostrar su documentación, y en aquel hotel no prestaban atención a las parejas. Desde la ventana se veían el agua y los sauces; la noche era hermosa, no dormimos hasta el alba. Yo le pregunté: ¿de quién huyes, Miriam, dímelo, por favor, qué hay en tu vida? Pero ella me puso un dedo sobre los labios.

Un recorrido absurdo, ya lo he dicho, primero bajamos a Rodez, y luego a los viñedos albigenses, porque Miriam quería ver un paisaje. Yo creía que se trataba de un panorama, pero era un cuadro, y lo encontramos. Y luego saltamos a Toulouse y fuimos a Pau, porque su madre había pasado allí la

infancia, y disfruté imaginándome a su madre de niña, interna en un colegio que buscamos inútilmente; era la primera vez que pensaba en la infancia de la madre de una mujer que estaba conmigo, era un sentimiento nuevo y extraño. Y luego contemplamos las casas de Pau, y aquella espléndida plaza, y las mansardas, con sus pequeñas ventanas blancas colgadas de los tejados de pizarra, y yo imaginé un invierno en aquella ciudad, detrás de una de aquellas ventanas, me habría gustado decirle: oye, Miriam, dejémoslo todo, vengamos a vivir aquí, este invierno, en una ciudad donde nadie nos conoce, detrás de una de esas ventanas.

Cuando entramos en Biarritz era sábado, el rallye era al día siguiente, yo creía que iríamos al Hôtel des Palais y tomaríamos dos habitaciones, pero ella eligió otro hotel, el Hôtel d'Angleterre, y se hizo inscribir con mi nombre, en los hoteles de lujo tampoco piden los papeles a las señoras. Se estaba ocultando, era evidente, y yo pensaba de manera obsesiva en aquella extraña frase suya de nuestro primer encuentro, era un tema que siempre se había negado a tocar de nuevo, y entonces yo le puse las manos en los hombros mirándola a los ojos, habíamos bajado a la playa de Biarritz, era la hora del crepúsculo, había gaviotas en tierra, señal de mal tiempo, dicen, unos cuantos niños jugaban con la arena; quiero saber, dije, y ella me contestó: mañana lo sabrás todo, después de la carrera, mañana por la noche, fijemos una cita aquí en la playa, demos un paseo en coche, por favor, no insistas.

La carrera preveía trajes de época, cada automovilista tenía que vestirse según la época de su coche, yo me había comprado un par de pantalones a la zuava y una gorra de tela clara con visera, esto es una fantochada, le dije a Miriam, no es una carrera, es un desfile de moda, pero ella dijo que no, que ya vería. No fue una auténtica competición, pero casi. El recorrido abarcaba toda la costa, que está llena de curvas cortadas a pico sobre el Atlántico: Bidart, Saint Jean de Luz, Donibane, hasta San Sebastián. Salíamos de tres en tres, por sorteo, sin que tomaran en consideración el tipo de automóvil, al fin y al cabo era una carrera cronometrada y la puntuación se establecería después según las cilindradas. Con nosotros salieron un Hispano-Suiza del veintiocho, el Boulogne, y un Lambda del veintidós de un rojo flamante, un ejemplar soberbio, no por casualidad el Lambda fue el coche de Mussolini; pero tampoco el otro era como para despreciarlo, de gran elegancia, con el

cupé verde botella y el largo capó cromado. Salimos de los primeros, a las diez de la mañana. Era una hermosa jornada atlántica, con un viento fresco y un sol atravesado por nubes veloces. El Hispano-Suiza salió como un relámpago, dejémosle, dije a Miriam, no quiero basar mi carrera en la de los demás, lo alcanzaremos cuando me parezca. El Lambda se había quedado detrás, bastante tranquilo. Lo conducía un jovencito con bigotes negros acompañado por una chica, italianos ricos probablemente, que sonreían y de vez en cuando nos saludaban con la mano. Los llevamos detrás durante todo el trayecto con curvas hasta Saint Jean de Luz, luego nos adelantaron en Hendaya, en la frontera, y empezaron a aminorar la velocidad en la recta hasta Donibane. Me pareció extraño que frenaran justo en la recta, al Hispano-Suiza lo habíamos adelantado antes de Irún, ahora yo tenía intención de apretar el acelerador y esperaba que el Lambda hiciera otro tanto. En vez de eso se dejó adelantar con facilidad, permanecieron un centenar de metros a nuestro lado, la chica reía y hacía gestitos de saludo, son unos juerguistas, dije a Miriam. Se nos pusieron al lado y nos adelantaron al final de la recta. En ese punto hay una doble curva muy mala que habíamos probado la noche anterior y que se me había quedado grabada en la memoria. Miriam gritó cuando vio que se nos echaban encima acorralándonos hacia el precipicio. Yo frené y luego aceleré de golpe: fue algo instintivo, porque conseguí darles con la parte trasera, fue un golpe seco y rápido pero bastó. El Lambda derrapó a la izquierda, rozó el terraplén durante unos veinte metros, yo seguía la escena por el espejo retrovisor, perdió un guardabarros contra un poste, derrapó hacia el centro de la carretera y volvió de nuevo a la izquierda, ahora ya sin velocidad, hundiéndose en un montón de grava. No se habían hecho nada grave, era evidente. Yo estaba sudado de pies a cabeza, con un sudor frío. Miriam me estrechaba un brazo. No te pares, dijo, por favor, no te pares. Proseguí la carrera, San Sebastián estaba justo debajo de nosotros, creo que nadie había presenciado la escena. Después de haber cruzado la meta entré en el box preparado al aire libre, pero no bajé. Ha sido intencionado, dije, lo han hecho adrede. Miriam estaba palidísima, no decía nada, parecía petrificada. Voy a la policía, dije, quiero denunciar lo ocurrido. Por favor, murmuró ella. Pero no entiendes que lo han hecho adrede, grité, querían matarnos. Ella me miró, tenía una expresión alterada y al mismo tiempo implorante. Ocúpate tú

del automóvil, dije entonces, haz que enderecen el parachoques, yo voy a dar una vuelta. Salí cerrando violentamente la portezuela, el coche no tenía nada grave, podía haber sido una pesadilla. Vagué por San Sebastián, dando vueltas por el paseo marítimo, es hermoso San Sebastián con esos blancos edificios modernistas, luego entré en un café enorme con paredes cubiertas de espejos ennegrecidos, cafés como solo hay en España, que también tienen restaurante, y me tomé una fritura de pescado.

Miriam me esperaba en el coche, cerca de los boxes. Se había arreglado y recompuesto el maquillaje, el susto ya se le había pasado, los mecánicos habían enderezado el parachoques, la carrera había terminado, la gente se estaba yendo. Le pregunté si habíamos ganado. No lo sé, contestó, no tiene importancia, volvamos al hotel. No presté atención a la hora, debían de ser las tres de la tarde. Hasta Irún ninguno de los dos habló, en la frontera nos hicieron pasar con un gesto de la mano cuando vieron que se trataba de un coche del rallye, estábamos de nuevo en Francia. Y fue entonces cuando lo descubrí. Lo descubrí por pura casualidad, porque teníamos el sol de espaldas y su reflejo sobre la estatuilla del capó me molestaba como si centellease en un espejo. También a la ida, por la mañana, teníamos el sol de espaldas, pero no me molestaba porque la madera había absorbido parcialmente el cromado que se había vuelto opaco. Paré el coche, no necesitaba bajar a comprobarlo porque estaba más que seguro. Han cambiado el elefante, dije, esto es una estatuilla de metal, de acero o de plata, no lo sé, pero no es la misma de antes. Y después también pensé otra cosa, fue una idea sin más, un poco absurda, pero la dije: quiero saber qué hay dentro. Miriam me miró y palideció. Estaba de nuevo demacrada como cuando había ocurrido el accidente, y me pareció que temblaba. Te lo diré esta noche, dijo, por favor, mi marido llega dentro de pocas horas, quiero irme. Y entonces le pregunté: ¿es a él a quien le tienes miedo, cuando te conocí me confesaste algo, recuerdas, es a él a quien le tienes miedo? Ella me estrechó la mano, temblaba, vamos, dijo, por favor, no perdamos tiempo, quiero volver al hotel.

Nos amamos con un amor intenso, casi convulso, como si fuera un acto extremo dictado por un impulso de supervivencia. Me quedé aletargado entre las sábanas pero no me dormí, yacía en aquella especie de languidez del cuerpo que permite a la mente vagar libre de imagen en imagen, y delante de

mis ojos desfilaban Albert y el taller Pégase, y la plaza de Pau y sus mansardas, y un elefantito de metal y la cinta de una carretera y un despeñadero sobre el océano. Miriam estaba de pie al borde de aquel precipicio, entonces el conde se acercaba sin hacer ruido y le daba un empujón y ella se precipitaba en el vacío mientras sujetaba contra el pecho su bolso, que nunca abandonaba. El mecanismo de mis pensamientos fue más o menos este, después Miriam se levantó y se fue al baño, mi brazo derecho se deslizó por el suelo en busca del bolso, lo abrí con delicadeza e introduje la mano en él, noté la culata de una pistola, sin saber por qué la cogí, me levanté a toda prisa y me vestí. Miré el reloj, tenía mucho tiempo por delante. Miriam salió del baño y entendió de inmediato, pero no puso objeción. Le dije que hiciera las maletas y que me esperara. No, dijo, te esperaré en la playa, me da miedo quedarme sola en una habitación. A las nueve y media, dije yo. Déjame a mí el coche, dijo ella, es más prudente que vayas en taxi. Bajé a pagar la cuenta y tomé un taxi. Estaba cayendo un poco de niebla. Hice que me dejaran cerca de la estación y deambulé por las calles, pensaba en qué haría y sabía perfectamente que no lo sabía, me parecía ridículo estar allí esperando a un hombre al que había visto dos veces en toda mi vida, ¿para qué, para amenazarle, para decirle que yo sabía que quería matar a su mujer? Y que si no desistía de su propósito... ¿Qué haría si llegaba a reaccionar? Daba vueltas en el bolsillo a aquella pequeña pistola que parecía de juguete, debajo de la marquesina de la estación había poca gente, el altavoz anunció la llegada del tren, yo me oculté con aire indiferente detrás de una columna del andén, porque él me conocía. Pensaba: ¿me encaro a él o bien le sigo por la calle? La mano que daba vueltas a la pistola estaba completamente sudada, luego comenzaron a bajar los viajeros, un grupo de españoles alegres, una niñera con dos niños rubios, una pareja de recién casados, algún turista: poca gente. Y por último los empleados de los ferrocarriles, con escobas y mangueras, abrieron todas las portezuelas y comenzaron la limpieza. Necesité unos cuantos segundos para darme cuenta de que él no estaba en el tren: cuando lo entendí, de repente, me invadió el pánico. No exactamente el pánico, sino una gran ansiedad, crucé deprisa el vestíbulo de la estación, tomé un taxi e hice que me llevara al Hôtel des Palais, podía ir a pie pero tenía prisa por llegar. El Palais era un hotel magnífico, uno de los más antiguos de

Biarritz, blanco y majestuoso, pero ligero en sus grandes volúmenes. El empleado de la recepción miró atentamente el registro desde el principio hasta el final y desde el final hasta el principio, pasando el dedo sobre el nombre de los clientes. No, dijo, esta persona no consta entre nuestros huéspedes. Es posible que todavía no haya llegado, dije yo, compruebe las reservas, por favor, tendrían que ser un señor y una señora. Cogió el registro de las reservas y lo examinó con idéntico cuidado. No, señor, lo siento, pero no tenemos ninguna reserva a este nombre. Les pedí el teléfono y llamé al Hôtel d'Angleterre. La señora salió poco después de usted, dijo el empleado de la conserjería. ¿Está seguro? Segurísimo, me ha entregado las llaves de la habitación y se ha ido en coche, el mozo ha cargado las maletas. Salí del Palais y me dirigí a pie hacia la playa, está a dos pasos. Bajé la escalinata, caminé lentamente sobre la arena, eran las nueve y media, la niebla había descendido y el mar se había hinchado, a veces hace frío, en Biarritz, en las noches de verano. En el lugar de nuestra cita había un establecimiento balneario con una hilera de tumbonas. Me senté en una de ellas y estuve contemplando el mar. Oí el campanario de Biarritz que daba las diez, y luego las once, y después medianoche. Seguía teniendo la pistola en el bolsillo, sentí la tentación de arrojarla al mar y después no fui capaz de hacerlo, no sé por qué.

¿Sabe usted que una vez llegué a poner un anuncio en *Le Fígaro*? *Elefante perdido busca Bugatti del veintisiete*. ¿Gracioso, verdad? Pero hace ya mucho tiempo, ahora me parece ridículo. Ah, usted me ha hecho beber demasiado, Monsieur, pero en lo que se refiere a ir de copas es una buena compañía. Sabe, a veces, cuando se ha bebido un poco, la realidad se simplifica, se saltan los vacíos entre las cosas, todo parece encajar y uno dice: ya está. Como en los sueños.

Pero ¿por qué le interesan a usted las historias ajenas? Usted también debe de ser incapaz de rellenar los vacíos entre las cosas. ¿No le bastan sus propios sueños?

LOS HECHIZOS

Por ejemplo, mira, estos son los pies de mi padre, yo le llamo Constantino Dragacete, que fue el último emperador de Bizancio, un hombre valeroso y desgraciado, todos lo traicionaron y murió solo en una brecha de las murallas de la ciudad, pero a ti solo te parecen dos pies de celuloide, los encontré en la playa la semana pasada, el mar trae a veces trozos de muñecas, encontré estas dos piernas y entendí inmediatamente que se trataba de papá, el cual, desde el lugar donde se hallaba, me enviaba la representación de sus pies para introducirse en mi recuerdo, lo *sentí*, no sé si me entiendes.

Y yo le decía, sí, bueno, claro que lo entiendo, pero en fin también podríamos jugar a otra cosa, un juego al aire libre, en el jardín, en casa todos dormían, era tan emocionante escabullirse cuando todos dormían la siesta y la casa estaba envuelta en el silencio. De todos modos, si de verdad no le apetecía, podíamos echarnos boca abajo en la alfombra de su habitación y leer *El fantasma de la Ópera*, esta vez no haría ni el más mínimo movimiento para no distraer su lectura, prometido, me gustaba tanto cuando ella leía con su voz susurrante cerca de mi oído, me parecía estar soñando: seré tu humilde oyente, te lo juro, Cleliuccia. Y en aquel momento me di cuenta de que lo había estropeado todo, me entraron ganas de abofetearme, al diantre con mi torpeza que siempre me llevaba a confundir a Cleliuccia con Melusina, la bruja desgraciada.

Me lanzaba una mirada feroz a través de la única lente, y luego se quitaba aquellas ridículas gafas con un cristal tapado con cartón y dejaba moverse tranquilamente su defecto focal izquierdo, que cuando estaba irritada se acentuaba notablemente. Para Melusina las palabras importaban mucho, ¿cuántas veces tenía que repetírmelo? Porque las palabras *son* las cosas, claro, claro, no hacía falta que me lo repitiera, lo había entendido perfectamente, eran las cosas convertidas en puro sonido, su fantasma, y había que prestar mucha atención a las cosas de este mundo, las cosas son susceptibles, de acuerdo. Pero ¿cómo objetar que su estrabismo no se sentiría ofendido si lo llamaba simplemente estrabismo en lugar de defecto focal

izquierdo? Tampoco se notaba tanto, salvo si se ponía nerviosa, y además tenía largos cabellos rubios, y a mí me gustaba igual, y tampoco me preocupaba gran cosa su escasa aptitud física para los ejercicios gimnásticos, es lo que me habría gustado decirle. Pero habría sido desastroso hablarle de su escasa aptitud física para los ejercicios gimnásticos, después del imperdonable error de haberla llamado Cleliuccia, Cleliuccia, nada menos. Que era como la llamaba la tía Ester, casi la odiaba por esto si no hubiera sido la tía Ester, a la que era imposible odiar, incluso con toda la buena voluntad del mundo, porque ¿quién puede odiar a una persona como mi madre?, me preguntaba Clelia como para obtener mi asentimiento, por supuesto, contestaba yo rápidamente muy aliviado, es imposible odiar a la tía Ester, es demasiado buena. Es estúpida, me corregía ella, no se puede odiar a las personas estúpidas, mi odio se dirige a las personas inteligentes, las personas inteligentes y astutas. Y yo entendía a quién hacía alusión y prefería cambiar de conversación. No es que me incomodara, tal vez no me interesaba mucho, habría preferido jugar en el jardín, en el fondo solo tenía tres años menos que ella, yo no era precisamente una compañía despreciable. Y además todo el día en casa, a la sombra, entre muñecas, ¿crees que te sienta bien, no ha insistido el médico en que necesitas deporte y aire libre?, le decía. Miraba al otro lado de la ventana y me entraban unos deseos enormes de ir al pinar, una verdadera ansia. Pensaba en los veranos anteriores y me parecía entender que ya nunca sería igual, y tampoco podía contar con el hijo de los guardas, en un año se había hecho altísimo y le había crecido una fina pelusa debajo de la nariz, fumaba a escondidas detrás del garaje y paseaba por la carretera de la costa en bicicleta, ahora se llamaba Ermanno y basta, ya no aceptaría hacer de Lotar a su Mandrake, ni se me ocurría proponérselo. En poco tiempo todo había cambiado. Pero ¿qué era todo, y por qué? Pensaba en cuando Clelia era Diana, la novia del Hombre Enmascarado, o bien la terrible reina Maona, encantadora de serpientes, y Ermanno y yo intentábamos descubrir el secreto de su elixir, y casi me parecía ridículo incluso a mí, como sabía que lo consideraba ridículo ella, tendida en la penumbra de su habitación leyendo Gaston Leroux, Arsène Lupin y *El beso de una muerta*. Nuestras escapatorias al pinar, las correrías entre los matorrales, el mar que se divisaba desde las dunas: todo había terminado, lo presentía. Ahora lo

máximo que hacíamos era dar el paseo por la playa, pasar dos horas de aburrimiento debajo de la sombrilla y tomar un helado el sábado por la noche en las mesitas de los baños Andrea Doria. Y así sucesivamente, un día tras otro, solo habían pasado diez días y el verano no terminaría nunca. Así que el principio había pensado escribir una carta a papá, pero ¿qué excusa encontrar para que viniera a buscarme, tal vez que ya no me gustaba estar allí? ¿Y podía contarle lo que Clelia me había dicho de su nuevo padre? No podía, lo había jurado, y tenía que llamarle tío Tullio, y ser amable con él, como, por otra parte, él era amable conmigo; el sábado, cuando llegaba, traía siempre dos cajas, una para mí y otra para Clelia, y en la de Clelia había siempre una muñeca, porque a Clelia le gustaban las muñecas, las coleccionaba, aunque ya no jugara con ellas. ¿Y qué podía decir, además? A mí me gustaba mucho el tío Tullio, era el hombre más alegre del mundo, cuando él estaba la casa dejaba por fin de ser un funeral, el sábado por la noche nos llevaba a la heladería de los baños Andrea Doria y podía comer hasta dos helados, incluida la copa Nerón, con guindas. También me gustaba muchísimo su manera de vestir, tan elegante, con su chaqueta de lino y su pajarita, él y la tía Ester hacían realmente buena pareja, cuando llegaban al paseo marítimo la gente se volvía a mirarles y yo me sentía contento por la tía Ester, no tenía por qué seguir siendo viuda durante toda la vida, había dicho mamá, mi hermana ha hecho muy bien en rehacer su vida, pobrecita. Y al verla caminar por el paseo marítimo con su hermoso vestido azul, el pelo corto como una muchacha, todo el mundo habría dicho que era una mujer feliz del brazo de su marido, que había olvidado los horrores de la guerra. También la gente parecía haber olvidado la guerra, se la veía feliz en los baños; y yo, por mi parte, no me acordaba en absoluto de ella, cuando hubo los bombardeos yo estaba naciendo. Pero vista desde dentro la vida de la tía Ester no me parecía tan maravillosa, esto podía asegurarlo. Desde el primer día en que llegué y ella me había hecho pasar al saloncito donde estaba la espineta (pero ¿por qué recibirme allí como si yo fuera un invitado de honor?), y me había rogado que aquel verano me divirtiera, me divirtiera mucho: juega mucho, mucho, te lo pido por favor, chiquillo mío. Como ruego era bastante absurdo, yo había ido allí precisamente para pasar unas buenas vacaciones, como los veranos anteriores. Y, además, ¿por qué se retorció la tía Ester tanto las manos?

Quiere mucho a Cleliuccia, por favor, no te apartes de su lado, ¡juega mucho con ella! Y se había ido precipitadamente como si estuviera a punto de llorar.

Jugar con Clelia. Era fácil de decir. Y habría sido fácil, con el tiempo maravilloso que hizo inmediatamente después del horroroso temporal de garbino que destrozó el tejado y arrastró arena hasta el salón a través del agujero hecho por un jarro de flores que había rodado contra la cristalera de la terraza. Pero un día tocaba *El misterio del cuarto amarillo* y otro *Carmilla, la reina del aquelarre*; y además todas aquellas muñecas alineadas sobre los estantes y la habitación siempre en penumbra, ya no sabía qué juegos proponer, había agotado todos mis recursos. La tía Ester siempre tenía los ojos brillantes y un aire vagamente ausente, después de comer se retiraba a su habitación y se pasaba allí toda la tarde, y luego se paseaba un poco por la casa con la mirada contrita hasta que se sentaba ante la espineta y tocaba penosamente las polonesas de Chopin. Así que no podía hacer otra cosa más que ir de puntillas de una habitación a otra en busca de una idea, procurando no tropezarme con la antipática de Flora, que me habría mirado con reprobación porque mi señora tía tenía necesidad de descansar y yo hacía todo lo posible por molestarla: ¿por qué no me iba al parque a tomar un poco el aire, eh?

Fue una revelación. Porque podía imaginármelo todo menos aquello. Y de buenas a primeras lo recibí con incredulidad, pensándolo bien era perfectamente creíble, yo me acordaba de la tía Ester de hacía dos años, era una mujer divertida y vital, muy enérgica, nos llevaba incluso a la playa en bicicleta, Clelia y yo sobre el portapaquetes, y llegaba al establecimiento completamente roja y acalorada, con los ojos relucientes, se cambiaba en un santiamén en la cabina y de cabeza al agua pues nadaba como un pez. Tenía que haber sucedido algo importante, algo increíble para reducirla a ese estado. Había sucedido *esto*, me dijo Clelia, ¿eres capaz de entenderlo? Claro que lo entiendo, pero ¿quién había sido? El ojo de Clelia giraba como enloquecido, señal de gran nerviosismo, su boca permanecía cerrada como si temiera pronunciar aquel nombre, de todos modos no importaba, lo había entendido igualmente. Y además hechizada no era la palabra adecuada, digamos que *poseída*, dado que el maleficio era obra de un ser diabólico. Casi me entraron ganas de reír, el tío Tullio como Satanás, vamos, con su pajarita

y la gomina en el pelo, siempre tan mesurado y con unos modales tan delicados, si me permitía una confidencia, estaba seguro de que mi padre lo encontraba incluso ridículo. Pues bien, si eso era lo que pensaba, quería que me dijera cómo estaban *realmente* las cosas, quería que me dijera de qué había sido capaz aquel ser de cabello engominado y sonrisa diabólica, ¿de veras quería saberlo? Había matado a su padre, eso, el apuesto Tullio de la pajarita, él había sido el autor de todo. Es decir, matarlo realmente con sus propias manos, no, evidentemente; pero era como si lo hubiera hecho, porque lo había denunciado él a los alemanes, tenía pruebas, había encontrado cierta carta, incluso la había copiado, podía enseñársela, y todo esto, ¿por qué?, ¿quería saber por qué?, para hechizar a la estúpida de su madre, para apoderarse de sus bienes y de su vida, ahí tenía el porqué. Y esto me había parecido demasiado, imposible imaginármelo, pero no le había llevado la contraria porque el ojo de Clelia giraba demasiado vertiginosamente, y la tía Ester me había recomendado que no la contrariara, no era bueno para su salud, le provocaba las crisis; pero luego por la noche no conseguí dormir, soñé con el tío Tullio vestido con un impermeable, que mandaba un pelotón de ejecución, en los labios lucía su hermosa sonrisa y por el cuello del impermeable le asomaba la pajarita; y el condenado era el tío Andrea, al que, sin embargo, yo no había conocido, pero en realidad no podía verle porque estaba lejos, pegado a un muro, pero entendía que era el tío Andrea porque gritaba: ¡soy el papá de Clelia! Aquel grito me había despertado en plena noche, el parque estaba lleno de grillos y la carretera de la costa estaba completamente desierta, me quedé escuchando el rumor del mar no sé durante cuánto tiempo, quizá hasta el alba. Y luego por la mañana todo seguía igual, mi idea de escribir a papá me pareció absurda, la casa era tan hermosa, tan luminosa, la tía Ester me había propuesto que la acompañara a hacer las compras para el fin de semana, Clelia estaba trabajando con cera y parecía de excelente humor, el tío Tullio llegaría al día siguiente, seguramente nos llevaría a la heladería, en el cine al aire libre daban *El hijo de Tarzán*, puede que fuéramos el domingo por la noche, y además las promesas deben cumplirse, y yo a Clelia le había prometido fidelidad y silencio.

El tío Tullio llegó con un gatito. Era un gatito negro con una mancha

blanca en la frente y me pareció un animalito encantador. Estaba en un cesto de paja forrado de tela, era minúsculo, pobrecillo, había que darle la leche con cuchara, llevaba un lazo rosa al cuello y se llamaba Cecé, era para Clelia; puede que la distraiga un poco, no perdemos nada con intentarlo, oí que le decía el tío Tullio a la tía Ester. Recuerdo la forzada sonrisa de Clelia, mientras bajaba las escaleras, la mirada de alarma que me lanzó de reojo, y también una seña rápida que capté pero que no acabé de descifrar, un gesto que me pareció que significaba: tranquilo, no te dejes asustar. Pero, vamos a ver, ¿asustar de qué? Y recuerdo también la sonrisa de la tía Ester, no menos forzada, o, mejor dicho, temerosa: tenía miedo de que el gatito no le gustara a Clelia, de que encontrara algo que objetar. Pero en cambio ella dijo que era una monada de animal, un auténtico ovillito; y se comportó de forma muy desenvuelta, dio las gracias con soltura y casi con distracción: pero aquel día no se encontraba bien, y además estaba muy ocupada con un muñeco de cera que tenía que terminar, de momento Flora podía empezar a ocuparse del gato, además los gatos están bien en la cocina, es el lugar que prefieren. Más adelante, en su habitación, me enteré del porqué. Un porqué que no me gustó, ya era suficiente, de veras, ya no quería escuchar semejantes explicaciones, en serio, y puede que escribiera a mi padre para que viniera a buscarme, y, además, ¿por qué insistía en asustarme?, era como si disfrutara con ello. Fue en aquel momento cuando Flora gritó: un grito penetrante como un berbiquí, y luego un lamento, una invocación, y el llanto, un sollozo como un estertor; Clelia me estrechó una mano y dijo: Dios mío, y pronunció unas palabras incomprensibles haciendo extraños gestos, y yo entendí que estaba sucediendo algo terrible, algo misteriosamente terrible y repugnante, Clelia se quitó las gafas y las dejó en la cama como si temiera romperlas, y su ojo izquierdo empezó a girar enloquecidamente, nunca lo había visto agitarse así, noté que el miedo invadía mi cuerpo como la fiebre, ella se había puesto muy pálida y apretaba los puños, y luego la boca se le paralizó con los dientes descubiertos como si riera, cayó de espaldas y permaneció rígida en el suelo moviéndose a sacudidas como si la corriente eléctrica atravesara su cuerpo, yo bajé las escaleras casi a trompicones, recuerdo mi desastrosa entrada en la cocina corriendo el peligro de romperme la crisma en la mancha de aceite que encharcaba el suelo y de la que me di cuenta demasiado tarde, recuerdo a la

tía Ester y al tío Tullio que intentaban quitarle las medias a Flora, que gemía sentada en una silla, recuerdo mi horror al ver que las medias al deslizarse se llevaban consigo trozos de piel dejando manchas pardas en las piernas, recuerdo mi balbuceo, mi imposibilidad de explicarme, la náusea que me invadía la boca: hasta que conseguí gritar con todo el aliento que tenía que Clelia se estaba muriendo, y comencé a llorar.

El día siguiente fue silencioso. Clelia me miraba con calma, como si no hubiera ocurrido nada, como si la noche anterior no hubiera estado a punto de morir. El sol entraba en su habitación por la ventana abierta de par en par, a última hora de la mañana, la casa parecía ahogarse en la espera. ¿Conseguía entender ahora que aquel accidente horrible sucedido a Flora le estaba destinado a ella? ¿Y aún seguía pensando en irme? ¿Seguía pensando en escribir a mi padre y dejarla abandonada allí, en aquella casa, sería capaz de hacerlo?

El día transcurrió cansadamente. A la hora de almorzar comimos un bocado, tardísimo, porque la tía Ester y el tío Tullio pasaron la mañana en el hospital y regresaron trayendo a Flora con las piernas completamente vendadas. Eran quemaduras de segundo grado. Naturalmente ni se habló de *El hijo de Tarzán*, además, ¿a quién le apetecía? Al final de la tarde el tío Tullio regresó a la ciudad y la vida continuó como siempre, con la pequeña diferencia de que ahora había que estar alerta, muy alerta, porque el peligro se cernía sobre nosotros, y tal vez hubiera que hacer algo cuanto antes. Pero ¿por qué se cernía sobre *nosotros*? Eso era lo que me habría gustado entender: por qué motivo yo, que no tenía nada que ver, también me veía involucrado, el problema solo le concernía a ella, a Clelia. Y, además, ¿qué era eso de que había que hacer *algo* cuanto antes? El corazón me latía con fuerza. Estaba cayendo el crepúsculo y las cigarras parecían enloquecidas, una de ellas debía de haberse subido al antepecho de la ventana y llenaba la habitación de sonido. Contemplaba todas las muñecas de Clelia alineadas en la estantería, no me gustaban aquellas muñecas, tenían algo perverso, amenazador; la maleta sacada de debajo de la cama con circunspección, no quería mirar en su interior, prefería irme, de veras, por favor, Melusina. De repente la cigarra había enmudecido, y su silencio subrayaba el silencio de la casa, del parque, de la tranquila noche. Había que actuar inmediatamente,

tenía que entenderlo, el péfido mecanismo se había puesto en marcha, le había tocado a Flora, pero el objetivo no era Flora, ella lo sabía perfectamente, y yo también lo sabía, había que hacer lo siguiente, eso, mira pequeño estúpido, un muñequito así, de cera, lo he hecho esta noche, no te quedes con la boca abierta como un idiota, solo es un animalito, ¿te resulta familiar? Y luego una risita por mi exclamación, ja, ja, como Cecé, tontito, el animal que me ha dado no se llama Cecé, este es el nombre que le ha puesto para engañar a los idiotas como tú, ahora te digo cómo se llama realmente, Matagot, sí, ese es su nombre, por favor no me mires como si estuviera loca, no lo soporto, ya sé que el nombre no te dice nada, da igual, a mí no me engaña, no sabes quién era, es normal, somos pocos quienes lo sabemos, es el gato de Belcebú, van siempre juntos, el gato camina a su izquierda, tres pasos por delante, para preparar el maleficio para su amo, pásame aquel abrecartas. Contemplaba aquel delicioso muñequito como si estuviera apestado, sin embargo lo había hecho ella, pobrecito, era exactamente igual que Cecé, le había salido muy bien, pero yo no entendía un pimiento, el maleficio se cernía sobre nuestras cabezas, claro, pobre ingenuo, también sobre ti, que estás ahí, tieso como un espantapájaros. Cuidado, no puedes tocar la víctima con las manos, solo con el instrumento, tienes que levantarlo tú, y deja de llamarlo Cecé, si no lo echas todo a perder, más bien procura concentrarte, y repite mentalmente: Dies, mies, jasquet, benedo, efet, douvema, enitemaus. Le golpeó el cuello con el abrecartas, con el filo, y la cabeza se separó de golpe, sin que la cera se resquebrajara, apenas alguna venilla blanca como un cristal golpeado por una piedra, Clelia se quitó el paño blanco de la cabeza y apagó la vela, pero yo no había repetido nada, mañana veremos qué pasa, dijo, el hechizo está hecho.

Así comenzó el juego, como si estuviéramos en un libro de Carmilla. Y por fin yo también tenía algo que hacer, ya no me pasaría el día vagando por el salón. Pero después, al día siguiente, el juego no fue tan apasionante como había imaginado, se trataba simplemente de no perder de vista a Cecé ni un momento, toda mi responsabilidad se resumía en eso, y es posible que yo fuera el gran emisario de la sacerdotisa Melusina y él el diabólico Matagot, pero no dejaba de ser un gato y como tal se comportaba, como un estúpido felino doméstico sin el menor misterio. Pasó una parte de la mañana

dormitando en su cesta, lo que me obligó a entrar numerosas veces en la cocina o a moverme por sus alrededores, suscitando las sospechas de la estúpida de Flora, que veía en mí quién sabe qué peligro para sus mermeladas, como si me gustaran aquellas melazas enlatadas conservadas celosamente en la despensa. A eso de las doce del mediodía Cecé se dignó salir del cesto, Flora le había puesto leche en un bol, evidentemente no le guardaba rencor por el incidente, y él lamió el borde del recipiente de mala gana como un niño mimado. Y luego siguió haciendo de gato sin la más mínima sombra diabólica, revolcándose sobre el lomo con las patitas al aire como para aferrar un imaginario objeto gatuno. Clelia había prometido que me relevaría antes de comer, pero no mantuvo su promesa, y tuve que resignarme a esperar sentado en el canapé de la entrada, fingiendo leer la enciclopedia infantil y sin perder de vista la puerta de la cocina. Por fin Flora puso la mesa y avisó, la tía Ester llegó del jardín con unos geranios que colocó en la consola de la entrada, el timbre del piso de arriba repiqueteó en la cocina con su sonido áspero y metálico. Yo ya sabía lo que significaba, y también la tía Ester: en efecto, Flora bajó la escalera con aire malhumorado, la señorita Clelia no se sentía bien y prefería almorzar en su habitación, la tía Ester inclinó la cabeza sobre el plato y suspiró, y yo me puse la servilleta sobre las rodillas. Fue un almuerzo silencioso, como siempre. Había melón con jamón, y el melón era tan dulce que de buen grado habría comido otra raja, y en cambio la tía Ester comía sin ganas la suya, la había cortado a cuadraditos minúsculos y se los llevaba a la boca con una lentitud increíble, contemplando la servilleta con expresión ausente. Luego se levantó y dijo que se iba a echar una siesta, tampoco a mí me convendría dar vueltas por ahí fuera, la luz era intensa y el sol entorpecía la digestión, nos veríamos a las seis para la merienda. Flora acabó de ajetrear con los platos en la cocina y salió a la galería trasera, dirigiéndose sin titubeos hacia la tumbona en la que sesteaba en las horas de calor. El reloj de pared dio las dos, y la tarde se alzó inmensa como un pozo de luz y de silencio punteado por las cigarras. Pensé de nuevo en escribir una carta a papá para que viniera a recogerme. Pero ¿me contestaría? ¿Y si la carta me era devuelta con la inscripción «desconocido»? ¿Qué diría Clelia? Quién sabe qué historia inventaría, seguro que diría que mi padre no era como el suyo, no era como Constantino Dragacete que le

enviaba incluso la representación de sus pies para salir al encuentro de su recuerdo, el mío era indiferente a cualquier tipo de mensaje, completamente inalcanzable. Vaya idea. Por qué motivo papá no me habría contestado. Claro que me contestaría. Voy a buscarte inmediatamente, chiquillo miedoso, habría dicho, entiendo que esta casa no es adecuada para tus vacaciones, el sábado próximo tomo el primer tren, o no, mejor aún, voy a comprar un Aprilia rojo igual al que has visto delante de los baños Andrea Doria, yo sé que ese coche te gusta y que confías en que un día u otro llegue con un automóvil como ese; pues bien, voy a comprar un bonito coche y paso inmediatamente a recogerte. Y si no me es posible ir este sábado llegaré el sábado siguiente, o si no el otro, en cualquier caso no temas, que un día u otro me verás llegar. Cecé se asomó por la puerta de la cocina y miró a su alrededor. Parecía indeciso sobre lo que debía hacer, yo no me moví, fingiendo dormir. Persiguió una mosca que revoloteaba e hizo alguna pirueta sobre sí mismo, luego se paró desorientado y apuntó hacia la escalera. ¿Y si comenzaba a subir? Dicha posibilidad me dio sudores fríos. Imaginé el revuelo que esto provocaría, los gritos de Clelia, tal vez una crisis. Tenía que impedirselo. Pero no podía tocarlo, Clelia lo había dejado claro, tocarlo significaba romper el hechizo, y además era muy peligroso. Por suerte Cecé retrocedió, hizo unas cuantas zalamerías a la alfombrilla de la escalera, probó en ella las uñas y comenzó a dar vueltas como un loco para agarrarse la cola. Luego alcanzó con tres saltos festivos la puerta de entrada y salió al parque. Le seguí por hacer algo, más que por curiosidad: de todos modos la tarde se presentaba vacía e inerte, y resultaba absurdo escribir a papá, yo sabía que antes o después llegaría con un automóvil rojo, también él había captado mi deseo, ah, pero ¿por qué había habido una guerra? Mejor no pensar en ello y disfrutar del día, así como del espectáculo de aquel estúpido gato, que era tan estúpido, pero por ello mismo tan divertido, corría dando saltos detrás de una mariposa, sin pensar en nada más, y acabó en un macizo de rosas. No le gustó y enarcó el lomo furibundo, como si le atacara un perro. Yo gruñí en voz baja, para no molestar a las personas de la casa, pero fue suficiente para aterrorizarle y hacer que se le erizara el pelo. ¡Estúpido gato en miniatura que quería imitar a un gato adulto! De repente se tiró hacia un lado y arrancó a correr hacia la tapia. Comprendí que estaba huyendo e intenté apaciguarle,

Cecé, Cecé, ven aquí, minino, pero ya era demasiado tarde, pasó por los arabescos de hierro colado de la verja y cruzó la carretera. Vi suceder el accidente con una lentitud impresionante, como algunas cosas a cámara lenta que había visto en el cine. El hombre en Vespa llegaba tranquilamente por su derecha, Cecé se había parado en el arcén de la carretera indeciso sobre si cruzar o no, el hombre previó su indecisión y por precaución se desplazó hacia el centro de la calzada, a lo largo de la línea blanca, Cecé en aquel momento se lanzó, pero cuando llegó al centro se detuvo, el hombre, ondeando, se desplazó de nuevo hacia su derecha, Cecé permaneció inmóvil en el centro, luego se arrepintió y retrocedió justo cuando la Vespa estaba a pocos metros, el hombre viró brutalmente para no atropellarle, pero lo atropelló igual, aunque de refilón, Cecé maullando dio un salto hacia atrás y se metió en la verja lamentándose y arrastrando una pata, el hombre dibujó una especie de hélice a lo largo de la carretera, afortunadamente no venía nadie en sentido contrario, luego el manillar se le fue de las manos y giró sobre sí mismo, la aleta de la Vespa rozó el asfalto despidiendo una estela de chispas y el hombre voló hacia mí rodando dos o tres veces hasta el poste eléctrico. Se levantó casi de inmediato y me di cuenta de que no debía de ser nada demasiado grave, aunque se hallaba en un estado deplorable, los pantalones hechos trizas, una rodilla hinchada y las manos ensangrentadas. La primera persona en acudir fue Flora, a la que había despertado el ruido de la Vespa al estrellarse contra la pared, se precipitó sobre el hombre y le llevó adentro, luego acudió también la tía Ester, Clelia no, debía de hallarse detrás de las persianas de su cuarto y no bajó, sin duda estaba aterrorizada, ya imaginaba lo que me diría.

Que el peligro se cernía sobre nosotros cada vez más, que todo era peor que antes, que había que atacar al verdadero responsable: esto era lo único que podíamos hacer, y que dentro de dos días era sábado. La maleta, que había sacado nuevamente de debajo de la cama, las manos delgadas con las uñas roídas que colocaban el trajecito blanco de aquel muñecote tan curioso, con pajarita, una risita: ¿te gusta?, ¿te gusta?, ¿no te recuerda a nadie? Bien, ahora cogemos este hilo, hay que hacer unos nudos, un nudito aquí, un nudito allí, tú repite conmigo esta palabra, así no, idiota, con convicción, si no, no hará efecto. Y finalmente el alfiler empuñado como un puñal, en busca de la

zona del cuerpo más adecuada para herir: los ojos, el corazón, la garganta, había que decidirse, ¿yo qué le aconsejaba? Nada, qué le aconsejaba, no quería aconsejar nada, no habría querido aconsejar nada, ahora ya no era un juego como los de los años anteriores, un juego más, para pasar el verano.

El sábado por la noche el tío Tullio nos llevó a los baños Andrea Doria. Sin embargo ya habían quitado *El hijo de Tarzán*, daban una película que no podíamos ver porque no estaba autorizada para menores, pero el paseo fue igual de bonito, entre otras cosas porque Clelia había aceptado venir con nosotros. La tía Ester estaba radiante, se le leía la felicidad en la cara. Nos quedamos hasta tarde, porque después comenzó a tocar la orquestina, la tía Ester quería un batido, y Clelia y yo nos sentamos entre las macetas de palmeras a escuchar «Mamma solo per te la mia canzone vola» y a recoger los tapones de los botellines de Recoaro, que tenían el dibujo de las camisetas del campeonato de fútbol. Luego la tía Ester y el tío Tullio bailaron sobre la tarima rodeada de macetas de palmeras y regresamos a casa caminando por el paseo marítimo, era una noche hermosísima y la avenida arbolada estaba fresca y tranquila, la tía Ester y el tío Tullio caminaban del brazo, a buen paso, mientras Clelia canturreaba como si estuviera muy contenta. Me parecía haber vuelto a los veranos anteriores, cuando todo tenía aún que suceder, y me habría gustado correr a abrazar a los tíos, o escribir a mi padre que no viniera a buscarme, que no hiciera caso de mi deseo de verle llegar en un coche rojo, daba igual, yo me sentía contento de todas maneras. Después Clelia me tiró de una manga y me dijo: ocurrirá mañana, estate atento.

Pero al día siguiente no ocurrió nada, y fue una mañana espléndida. Fuimos todos juntos a misa de nueve, para no pasar demasiado calor, la tía Ester tenía un poco de jaqueca, por culpa de las locuras de anoche, dijo contrita, pero los ojos le brillaban de alegría, Flora había preparado una sopa de pescado, a nuestro regreso en la casa se respiraba un olorcillo apetitoso, Cecé, en su cesta, vivía una convalecencia de príncipe, y Flora estaba excitadísima porque en el Don Bosco daban una película de Yvonne Sanson, que era su actriz favorita. Fue un almuerzo como no lo teníamos desde hacía tiempo, lleno de alegría y de charlas. Luego la tía Ester se fue a dormir su siestecita diciendo que nos veríamos a las seis para la merienda, el tío Tullio tenía que hacer unas cosas en el garaje, si quería ir con él me dejaba

desmontar la tapa del distribuidor, yo le dirigí una mirada a Clelia pero no alcancé a entender si podía hacerlo sin peligro, me habría gustado muchísimo desmontar la tapa del distribuidor, pero no quería que Clelia se preocupara, y entonces dije que sí, bueno, haría con mucho gusto de ayudante de mecánico, pero no por mucho rato, porque Clelia y yo estábamos leyendo un libro apasionante y queríamos terminarlo aquel día, y al decir esto me sentí empapado de sudor. Pero el tío Tullio no se dio cuenta, estaba contentísimo por aquella jornada, en el garaje se puso unos guantes de goma para no ensuciarse las manos y abrió el capó, esto es la culata, esto es la dinamo, esto es el ventilador, esto son las bujías, ahora dame la bolsa de las herramientas que está en el mostrador de la derecha, mira, para desmontar la tapa del distribuidor basta con apretar estos dos muelles, luego aflojamos con el destornillador estos dos tornillos, eso sí, así, muy bien, cuidado con tirar demasiado, si no se rompen los cables. Era un bonito coche, claro que no estaba nuevo y flamante como el Aprilia de papá, pero no había por qué despreciarlo, alcanzaba los ciento diez sin problemas, y estuve trabajando hasta las cuatro. Luego le dejé sumergido en el motor y regresé a casa. Flora debía de estar durmiendo en la tumbona de la parte trasera de la cocina, por la noche iría al cine y era evidente que no quería dormirse en lo mejor de la película. Cecé yacía debajo del canapé de la entrada, asomando la cabeza de vez en cuando, subí la escalera de puntillas y llamé suavemente a la puerta de Clelia, todo funciona a las mil maravillas, dijo ella haciendo un gesto incomprensible, me parece que él no sospecha nada, ¿tú qué crees? Dije que sí, que también a mí me parecía que no sospechaba nada, pero, en fin, tal vez conviniera variar nuestros planes, era tan simpático el tío Tullio, ahora nuestro juego se estaba convirtiendo en algo... algo malo, que me disculpara pero era lo que pensaba. Clelia me miraba y callaba, la casa callaba, hasta los ruidos en la carretera de la costa parecían haberse apagado, me habría gustado tanto que alguien diera señales de vida, la tía Ester, Flora, Cecé, y en cambio no se oía nada, y hasta respirar me daba casi miedo. Porque ahora ya no había manera de volverse atrás, tenía que entenderlo, todo estaba hecho, todo estaba a punto, solo faltaba una hora para el momento previsto, las agujas del reloj corrían inexorables, tic-tac, tic-tac, el reloj de pared de la entrada. Y entonces dije: yo bajo. Pero cuando lo dije no sé cuánto tiempo

había pasado, me había sentado en la alfombra, frente a la ventana entornada, y tal vez había soñado, o todavía seguía soñando: papá corría por la carretera de la costa en un automóvil rojo y me sonreía, es decir, sonreía al viento, pero era una sonrisa dedicada a mí, y yo estaba allí sentado y le estaba esperando, y al mismo tiempo le veía y le hacía gestos con el brazo para que se parara. Luego Clelia me tocó un hombro y dijo: vamos, y yo la seguí escaleras abajo como si estuviera en otro lugar, Flora ya había preparado la merienda en el comedor, lo había hecho silenciosamente, sin que se la oyera, estaba la tetera y la jarra con el zumo de frutas, las galletas y las tostadas, Clelia se sentó y yo la imité, Flora llegó solícita y dijo que los mayores llegarían enseguida, mientras tanto podíamos comenzar, el tío Tullio entró por la puerta del parque con una gran sonrisa y Flora subió las escaleras para avisar a la tía Ester, llamó a la puerta del descansillo, después se asomó y dijo en voz alta: señora, el té está servido, yo comencé a untar de mantequilla una rebanada de pan y Flora gritó. Estaba ante la puerta de la habitación de la tía Ester y tenía una mano en la boca, como para dejar de seguir gritando, pero de la garganta le salió otro grito inarticulado y agudo, como un lamento de horror y de desesperación, Clelia se levantó volcando una taza, e intentó subir, pero el tío Tullio se lo impidió, también él se había levantado y miraba con estupor a Flora, y luego retuvo a Clelia y la abrazó como si quisiera protegerla, y yo vi que ella se había quitado las gafas y su ojo había vuelto a girar, me miró de un modo terrible, en su rostro había una expresión de terror y de náusea, y al mismo tiempo de extravío, como si suplicara silenciosamente mi ayuda. Pero ¿cómo podía ayudarla, qué podía hacer? ¿Escribir a mi padre? Oh, sí, me habría gustado tanto, pero mi padre no era como Constantino Dragacete, desde donde se encontraba ni siquiera me enviaba la representación de sus pies para ir al encuentro de mi recuerdo.

HABITACIONES

Amelia contempla la ligera capa de niebla que está cayendo en la lejanía sobre el tejado de la casa y piensa: es tarde, tenemos que apresurarnos. El sendero es empinado y sinuoso, recubierto de anchas losas de granito, con la humedad del atardecer parece un arroyuelo petrificado por el tiempo, lo flanquean matorrales de romero y de salvia, el aire es fresco y el aroma intenso, manchas amarillas alfombran ya la ladera de la colina: otra vez octubre, piensa Amelia, puede que mañana tengamos el primer día de lluvia. Amelia se habla siempre a sí misma en plural, es una costumbre que adquirió hace años, si lo pensara no sabría decir cuándo comenzó. Se ha entretenido en el órgano más de lo debido, y eso le hace sentir una leve inquietud. Pero no ha sabido resistirse, le gustaba ensayar Pergolesi en la iglesia desierta, las vísperas habían concluido, las viejecitas se habían ido y el párroco siempre deja que sea ella la última en cruzar la portezuela lateral que se cierra de golpe; la rectoría está al lado y tiene ya las ventanas encendidas, la luz sobre el campo va ganando el azulado de la noche inminente. Lo hemos tocado muy bien, se dice Amelia, y aprieta el paso.

Desde la plaza de la iglesia apenas se divisan el tejado y las ventanas del piso superior de su casa; hay una enredadera que trepa hasta los antepechos de las ventanas, está ya semidesnuda por el otoño; la ventana de Guido tiene una luz tenue: la lamparilla con su pantalla de la mesita de noche. Junto a la lámpara de latón, sobre el tapete de encaje amarillo, un Dante con la encuadernación dorada como un libro de horas, el frasco de cristal graduado con los polvos para la poción durante las crisis más suaves, una cajita de marfil con un rosario de madreperla, un cuerno rojo de coral. Amelia, mientras camina, pasa revista de memoria a los objetos como puede hacerlo quien conoce la minuciosa geografía de una habitación. El armario de nogal ocupa la pared del fondo. Su madre guardaba en él los linos y los cáñamos, allí los conserva también ella todavía: sábanas gruesas y amarillentas que han albergado durante generaciones los sueños de su familia; tiempo atrás el armario tenía una enorme llave que destacaba en el mazo colgado del clavo

del guardarropa donde estaban colgadas las llaves de toda la casa con letreros escritos con tinta marrón: *despensa, lencería, arcón despensa, armario habitaciones*. A la derecha del armario, debajo de la ventana, hay una mesita con un tablero de mármol, cuando Guido aún era capaz de levantarse era allí donde escribía, contemplando por el recuadro de la ventana las copas de los árboles y las laderas de la colina. En el cajón de la derecha, oculto en un pequeño tablero de ajedrez plegable, guardaba su diario que ella ha leído puntualmente cada mañana, durante años, confrontando su impresión del día transcurrido con la descripción realizada por su hermano. Piensa en cuán falsa es la escritura, con su implacable prepotencia hecha de palabras definitivas, de verbos, de adjetivos que aprisionan las cosas, que las escarchan en una fijeza vítrea, al igual que una libélula encerrada en una piedra durante siglos mantiene la apariencia de la libélula aunque ya no sea una libélula. Así es la escritura, que tiene la capacidad de alejar varios siglos el presente y el pasado próximo: fijándolos. Pero las cosas son difusas, piensa Amelia, y por eso están vivas, porque son difusas y sin perfiles y no se dejan aprisionar por las palabras.

Sobre la mesita de Guido están alineados los libros de su vida; algunos de ellos tienen encuadernaciones de piel antigua, otros una encuadernación de cartón que parece un mármol oscuro, con vetas color ceniza: los Evangelios, una *Eneida* del siglo XVIII impresa en París por los hermanos Michaud, la *Aminta* de Tasso, la *Vida* de Alfieri, Petrarca, Shelley, los poemas de Goethe, *Adelchi* de Manzoni. En la página en blanco antes del frontispicio, arriba a la derecha, el exlibris de Guido, un cuadrado color sepia con un faro que despide un haz de luz sobre un mar nocturno y debajo, en cursivas, *guido*, con la inicial minúscula.

En el cajón izquierdo, atadas con cintas de diversos colores, están las cartas que Guido ha recibido en su vida. Ella las ha ordenado durante años, catalogándolas por orden de importancia: la Academia, la universidad, los literatos italianos y extranjeros, los editores, las revistas, los pedigüños. Algunas de ellas comienzan así: *Querido Maestro y Amigo*; otras solo dicen: *Excelencia*, y tienen pomposas caligrafías con ringorrangos. En los últimos meses de la enfermedad han llegado unas pocas cartas de los pocos amigos verdaderos y una carta formal de la Academia, que expresaba su

preocupación por el estado de salud del Maestro y deseaba un pronto restablecimiento. Amelia contestó con una nota cortés y breve: «Mi hermano no se halla en condiciones de responder, por el momento; aprecio mucho Su generosa atención.»

En la cómoda con espejo, al lado de la ventana, están los retratos. Casi todos son retratos de Guido y de ella, y uno de mamá cuando era niña; los de mamá y papá juntos ha querido tenerlos ella en su dormitorio, sobre su cómoda. Mientras camina, Amelia contempla aquellos retratos y piensa en cómo pasa el tiempo. Cómo pasa el tiempo. En el primer retrato Guido tiene doce años, viste una chaqueta de hombre, los pantalones de terciopelo le llegan a media pierna, abrochados al final por tres botones laterales. Lleva unas botitas altas, con hebillas, y el pie derecho está apoyado en un tronco de cartón piedra que el fotógrafo ha colocado en el estudio para crear un ambiente rústico. Sobre el fondo de tela hay pintada una balaustrada absurda que da sobre una especie de golfo de Nápoles, pero sin pinos y sin Vesubio. En el ángulo derecho, transversalmente, la caligrafía del autor ha dejado su nombre: Estudio Savinelli, Fotógrafo.

Amelia contempla la fotografía contigua y ya han pasado diez años. Está enmarcada en un marco de plata; la humedad, que tal vez ha reaccionado con el metal, ha dibujado en los bordes una mancha sinuosa como la orla dejada por las olas en una playa. Guido está a la izquierda de Amelia y le ofrece el brazo derecho en el que ella se apoya airoosamente, como una recién casada. Guido lleva un traje oscuro y una corbata ancha y, a la altura de las caderas, sostiene el sombrero por el ala. Ella tiene un vestido blanco, ligeramente vaporoso, con una cinta en el talle. En la cabeza lleva un sombrero de paja que le oscurece la cara, la línea oscura le corta la frente hasta los ojos, que apenas se adivinan: pero el resto de la cara está inundado de luz y una sonrisa ingenua y acaso feliz deja al descubierto sus blanquísimos dientes. Es verano. Detrás de ellos, una parra dibuja charcos de sombra sobre el patio. En la mesita de hierro forjado hay una jarra que alguien ha llenado de flores. Parecen de verdad dos recién casados, como si la ceremonia acabara de concluir. Es el día de la licenciatura de Guido, ha habido, en efecto, un almuerzo debajo de la parra, Amelia lo recuerda perfectamente: mamá y papá todavía no han muerto, papá se ha excedido con la comida y con el vino,

ahora está sentado a la sombra del porche, la cara reluciente, el chaleco desabrochado sobre la camisa debajo de la cual se ve subir y bajar, al compás de la respiración, su grueso vientre. Papá, piensa Amelia con una nostalgia terrible. Por mamá no, no siente esa nostalgia: piensa en ella casi sin dolor, apenas con una leve pena desvaída por la memoria lejana; era una mujer silenciosa y pálida, diminuta, pasaba por las habitaciones de puntillas, cruzó por la vida de puntillas. Murió muy pronto, antes de que Amelia entendiera qué es el auténtico dolor, dejando una huella casi imperceptible: el recuerdo de sus faldas crujientes y de sus manos pálidas, su modo de cepillarse el largo cabello que luego camuflaba en una trenza enrollada en la nuca. Papá en cambio tenía un vozarrón, su paso por las habitaciones era sonoro, y llenaba la casa con su presencia. Y tenía un abrazo vigoroso que le daba seguridad y un extraño calor que le hacía sonrojarse.

Amelia sabe que odia aquella fotografía. Ha aprendido a odiarla muchos años después, cuando odiarla ya no tenía sentido. Lo sabe y prefiere desconocer el auténtico motivo. Prefiere que de aquel lejano momento que la placa capturó, le molesten detalles insignificantes: su sonrisa tan infantil y casi estúpida, el hombro derecho de Guido ligeramente caído que denota tal vez un leve embarazo; cosas así, insignificantes. Y además hay otras dos fotografías junto a esta, pero estas no las odia, forman parte de su vida auténtica, cuando las decisiones ya estaban tomadas. Las decisiones.

¿Qué decisiones?, piensa Amelia mientras camina y aparta con el bastón un matojo de moras que desde el borde ha invadido el sendero. Hace poco que usa bastón, no porque sea ya tan vieja, anda muy bien y no necesita apoyos: pero le gusta salir el domingo por la tarde con el bastón que perteneció a su padre; es una caña de Indias elegante y fina, con un puño de plata en forma de cabecita de perro. Qué decisiones.

En la tercera fotografía Guido tiene una expresión solemne, como requiere la ocasión: lleva toga, sostiene en la mano un pergamino enrollado y con la otra mano se apoya en el borde de una fuente sin agua, en el claustro de la universidad. La última fotografía es un banquete oficial, el homenajado es Guido, que está sentado en el centro de la mesa. Los han fotografiado al final del banquete, cuando las libaciones han disuelto en los rostros la prosopopeya del acontecimiento, dejándolos disponibles e indefensos. Hay literatos y

artistas, el flacucho al fondo de la mesa es un famoso músico que a ella siempre le pareció tan insípido como sus composiciones. Ella está sentada a la derecha de su hermano, en sus ojos se lee satisfacción y complacencia, pero los labios se le han adelgazado respecto a la fotografía de sus dieciocho años: han perdido generosidad y ofrecimiento, son labios avaros, precavidos, vigilan las palabras, los pensamientos, la vida.

Qué extraño es el tiempo.

El señor Guido ha sufrido una crisis, le dice Cesarina en voz baja, el dolor debía de ser insoportable porque se mordía las manos para no gritar, luego ha empezado a quejarse en voz baja como un animal, ahora tal vez se ha adormecido, ya no puede más.

Cesarina, que no lleva mucho casada, tiene las mejillas blancas y rojas y un pecho enorme, toda ella leche y sangre, lleva consigo a su último niño, al que hace dormir en un cesto de paja sobre la artesa, es un chicarrón pacífico que solo se despierta para reclamar su comida, ella lo amamanta sentada en un taburete de la cocina. Ha ocupado en el servicio el lugar de su madre, su madre se llamaba Fanny, sirvió en casa durante toda la vida, era coetánea de Amelia y de niñas jugaban juntas, si Amelia se hubiera casado tendría ahora una hija de su edad, a veces lo piensa, y dos o tres nietos.

Le contesta que ahora ya se ocupará ella, gracias, últimamente le pasa muy a menudo; y ahora váyase a casa, se ha hecho tarde y el camino hacia el pueblo es oscuro y lleno de baches. Le devuelve las buenas noches y coge la jarra de agua; la sopa está preparada, sigue diciendo Cesarina, he hecho un consomé ligero. Mientras sube las escaleras oye el ruido de la verja que se abre y se cierra; ahora en la casa solo queda el leve rumor de sus pasos, de la habitación de Guido se filtra una rendija de luz, al pasar percibe su respiración pausada y lúgubre: duerme. Abre con precaución la puerta contigua, su dormitorio, y la cierra con no menor cautela, apenas un chirrido de la vieja madera; se quita la capa a oscuras y la cuelga del perchero de tres pies que está junto a la puerta; sobre la cómoda arde una lamparilla perenne delante de la fotografía de papá y mamá: son dos rostros antiguos en un óvalo desenfocado que sonrían a la nada. En la semioscuridad busca la bata y abre la ventana. El aire es punzante y la luna que asoma por la colina difunde en el cielo un halo deshilachado por los árboles. Amelia se tiende en la cama y

mira hacia fuera, la noche. Esa cama era de sus padres, es allí donde dos personas, hace tantos años, la concibieron. La pared en la que está apoyada su cama la separa de la cama de Guido. Así, separados por una pared, durante tanto tiempo. Amelia piensa en esto y piensa de nuevo en el tiempo. Casi le parece sentirlo pasar, ahora que el campo duerme y el silencio es grande: es como un zumbido, el ruido de un río subterráneo. Piensa en cuántas noches ha dormido en aquella cama pensando en la persona que dormía al otro lado de la pared. Y piensa en el odio. También el odio es algo difuso, no se deja aprisionar por las palabras, tiene múltiples formas de vivir, matices, flecos, claroscuros imperceptibles, flujos, oscilaciones. Consigue que se llegue a desear realmente la muerte de una persona. Ella ha sentido este deseo tanto tiempo, secretamente. Pero no sabría decir cuándo empezó: el odio tiene una concreción propia, muy extraña, cuando se vuelve definido y formulable ya había nacido en nosotros, preexistía en silencio agazapado en un pliegue del ánimo. Y, además, quizá no era odio. Amelia piensa en esta expresión: los pliegues del ánimo. Y piensa en su verdad, porque el ánimo tiene muchos pliegues.

Le llega un gemido agudo, como un silbido. Así es como se despierta Guido cuando comienzan los dolores. Después el lamento se hace desgarrador, un aullido, y a veces un único grito inmenso y horroroso en la noche. Se levanta y enciende la luz. Sobre el paño de lino tendido sobre el lavabo está preparada la cajita de metal, con la jeringuilla hervida, el alcohol, el algodón, la ampolla. Ahora Guido se ha despertado, araña la pared con un dedo, arriba y abajo, su uña ha excavado un profundo surco en el enlucido de la pared encima de su cama. Amelia coge la sierrecilla de hierro y rasca rápidamente la ampolla, saca la jeringuilla del estuche, expulsa el agua que ha quedado en la aguja, aspira el líquido de la ampolla, gira la jeringuilla hacia arriba y mueve hábilmente el émbolo para expulsar las últimas burbujas de aire, sumerge un trozo de algodón en el frasco de alcohol, lo estruja. Voy enseguida, Guido, dice a su vez. Piensa en lo que significa la piedad y sabe que sus manos la están administrando. Dentro del pecho siente un vacío, como un túnel gélido. Pero las manos que sostienen la jeringuilla están firmes: sin un estremecimiento, sin un temblor.

ANY WHERE OUT OF THE WORLD

Lo que son las cosas. Y lo que las conduce. Una nimiedad. A veces puede comenzar con una nimiedad, una frase perdida en este vasto mundo lleno de frases y de objetos y de rostros, en una gran ciudad como esta, con sus plazas, y el metro, y la gente que camina apresurada saliendo del trabajo, los tranvías, los automóviles, los jardines, y también el plácido río sobre el que se deslizan al atardecer los barcos hacia la desembocadura, allí donde la ciudad se ensancha en un suburbio bajo y blanco, tortuoso, con grandes charcos vacíos entre las casas como ojerás oscuras y una escasa vegetación y pequeños cafés sucios, restaurantitos donde se puede comer de pie, mirando las luces de la costa, o bien sentados a las mesitas rojas de hierro, un poco oxidadas, que hacen ruido sobre la acera, camareros con cara de cansancio y chaqueta blanca con unas cuantas manchas. A veces me paseo de noche por esa zona, tomo un tranvía lentísimo que desciende toda la avenida y las callejas de la ciudad baja y luego enfile el paseo fluvial y parece emprender una eterna carrera de asmáticos con los remolcadores que se deslizan al lado, más allá del parapeto, tan cerca que se podrían tocar con la mano. Hay viejas cabinas telefónicas todavía de madera, a veces con alguien dentro, una anciana con aire de bienestar perdido, un ferroviario, un marinero y yo pienso: ¿con quién hablará? Luego el tranvía rodea la plaza del Museo de la Marina, es una plazuela con tres palmeras centenarias y bancos de piedra, donde en ocasiones niños pobres juegan a juegos de niños pobres, como en mi infancia, saltando con una cuerda o sobre un dibujito trazado con tiza en el suelo. Yo me apeo y comienzo a caminar con las manos en los bolsillos, el corazón me late, no sé por qué, puede que sea el efecto de la pobre música que procede de aquel café, debe de ser un viejo gramófono, siempre es un vals en fa o un fado con armónica, pienso: estoy aquí y nadie me conoce, soy un rostro anónimo en esta multitud de rostros anónimos, estoy aquí de la misma manera que podría estar en otro lugar, es lo mismo, y esto me provoca una gran pesadumbre y una sensación de libertad hermosa y superflua, como un amor contrariado. Y a continuación pienso también: nadie lo sabe, nadie

sospecha nada, nadie podrá inculparme, estoy aquí, soy libre, puedo imaginar incluso que no ha ocurrido nada, si así lo quiero. Me miro en un escaparate. ¿Tengo acaso un rostro culpable? Me arreglo el nudo de la corbata, me aliso el pelo. Tengo buen aspecto, tal vez ligeramente cansado, tal vez ligeramente triste, para los demás una persona que ha vivido su vida, pero nada especial, una vida como las demás, con algunas cosas buenas, algunas cosas malas, y todo eso deja alguna huella, al igual que en el rostro de los demás. Pero respecto al resto no se ve nada. Y también eso me da esa sensación de libertad hermosa y superflua, como cuando has pensado mucho tiempo en hacer algo y por fin lo has conseguido. Y, ahora, ¿qué hacer? Nada, no hacer nada. Siéntate en ese café, en la mesita, estira las piernas, tráigame un zumo de naranja y unas almendras, gracias, abre el periódico, lo has comprado por pura apatía, las noticias no te interesan, el Sporting ha empatado con el Real Madrid en la Copa de Europa, el precio del marisco subirá, la crisis de gobierno parece superada, el alcalde ha firmado el plano urbanístico que prevé una zona peatonal en el centro histórico, pondrán unas macetas de flores entre la calle tal y la calle cual y esa parte de la ciudad se convertirá en un oasis para ir de paseo y de compras, en el norte del país un autobús urbano se ha metido en una tienda situada en una esquina porque al chófer le ha dado un ataque y ha muerto de repente, no a consecuencia del choque, sino por un infarto, no ha habido más víctimas, solo importantes daños en la tienda, que ha quedado completamente destrozada, era una tienda de bomboneras y otros artículos para bodas y comuniones. Recorres distraídamente los anuncios por palabras, sin especial interés, porque el Instituto Lingüístico paga bien, y además tienes la ventaja del horario, solo cinco horas al día, a dos pasos de casa, y el resto del tiempo es todo tuyo, puedes pasear, puedes leer, puedes escribir, que siempre te ha gustado, o bien ir al cine: las películas de los años cincuenta, tu pasión; también podrías dar clases particulares, algunos compañeros lo hacen, la única molestia es soportar a chiquillos mal educados de buena familia, pero compensa. Miremos de todos modos, nunca se sabe: a veces. Empresa ramo alimenticio busca representante excelente conocimiento francés inglés, zona centro, respuesta apartado de correos 199. Casa farmacéutica suiza inaugura sucursal en ciudad, perfecto conocimiento alemán, preferible licenciados química. Agencia import-export Europa-

América Latina, se requiere conocimiento inglés español, recomendable experiencia contabilidad. Empresa navegación, línea Bangkok-Hong Kong-Macao, vigilancia y entrega mercancías, disponibilidad desplazamientos frecuentes. El cine. Por qué no, mañana es tu día libre, puedes permitirte acostarte tarde. Incluso la sesión de medianoche. Primero un tentempié en la desembocadura, en el Porto de Santa Maria, solo gambas agridulces y arroz cantonés, hay un festival de John Ford, una delicia, puedes volver a ver *The Horse Soldiers*, un poco aburrida, *Río Grande*, *A Yellow Ribbon*. La alternativa es la retrospectiva francesa, escenas lentísimas e intelectuales con bufanda, y luego las complicaciones de Duras, descartado. En alguna parte ponen *Casablanca*, cine Alpha, nunca lo he oído mencionar, debe de estar en el quinto pino, calle desconocida. Pero ¿qué debió de hacer Ingrid Bergman cuando llegó a Lisboa y en la pantalla aparecía *The End*? Habría que continuar la historia, ha escrito el periodista, le conozco, es un hombre de mi edad, bigotes negros y ojos vivos, también escribe excelentes relatos. Pero es posible que estés cansado. Debe de ser el ambiente que se ha cargado de humedad. A veces el Atlántico se porta así, trae una densa neblina que te penetra por los poros y te los obtura, haciéndote sentir las piernas como dos pedazos de madera. Tráigame otro zumo de naranja, y unas pocas almendras más. En las Galerías Capitol lanzan una reedición de Duke Jordan, una grabación del sesenta y cuatro, te acuerdas de ella perfectamente, *Sultry Eve* y *Kiss of Spain*, París, mil novecientos sesenta y cuatro, bocadillos y un frío de muerte, ella todavía no había hecho su aparición, aún en las nieblas del futuro. Y ahora los anuncios personales: son los más interesantes, la humanidad se desnuda ocultándose lastimosamente detrás de eufemismos. Ah, el velo de las palabras, qué pena. Viuda, seria, busca amistad duradera. Tres anuncios especiales con siglas indescifrables en mayúscula. Un jubilado que se consume de soledad. La agencia de siempre para encuentros garantizados: ¿por qué no os habéis dirigido todavía a nosotros para encontrar a vuestra alma gemela? Y luego, de repente, el corazón comienza a latirte tumultuosamente, tum tum tum, lo sientes en la garganta, te parece que hasta pueden oírlo los parroquianos de las demás mesas, el mundo se desdibuja, todo entra en una opacidad sorda, todo se apaga, luces, ruidos, rumores, es como si un silencio antinatural e inmenso hubiera paralizado el universo,

miras de nuevo la frase, la relees, sientes un extraño sabor de boca, no es posible, piensas, es una horrible coincidencia; y después consideras la palabra «horrible» y piensas: solo es una coincidencia, solo es una casualidad, una pequeña casualidad entre los billones de casualidades que existen en este mundo, algo que está sucediendo. Pero ¿por qué te está sucediendo a ti? Eso es lo que te preguntas: y por qué ahí, en esa mesa, en ese lugar, en ese periódico. No es posible, piensas, es una frase desplazada, un plomo sin fundir que se ha quedado en la tipografía, sepultado entre otras planchas de plomo, que un tipógrafo distraído ha sacado por error y ha impreso entre los anuncios; llegas a pensar en esa hipótesis, e incluso en otras hipótesis más absurdas: me han dado un periódico viejo, piensas, por error he comprado un diario de hace cuatro años, el hombrecillo del quiosco tenía el periódico debajo del mostrador, llevaba cuatro años olvidado ahí, se ha dado cuenta de que soy una persona distraída y ha pensado que podía venderme un diario viejo, no es más que una pequeña estafa estúpida, no pierdas la calma. Tus apuros ligeramente embarazosos para volver a ordenar el periódico y comprobar la fecha en la primera página la atribuyes a la brisa marina que remueve las hojas e impide que las dobles como es debido, tú no estás nervioso, tú estás perfectamente tranquilo, estás tranquilo. Es el diario de hoy, de este hoy que estás viviendo, y de este año del calendario gregoriano: es el diario de hoy el que tú estás leyendo hoy. *Any where out of the world.* Relees la frase por décima vez, esto no es un anuncio normal, es una frase clandestina publicada previo pago en un periódico de la tarde, no hay apartado de correos, direcciones, nombres, empresas, escuelas, nada. Solo esto: *Any where out of the world.* Pero tú no necesitas saber más, porque la frase arrastra con ella, como la crecida de un río arrastra los detritus, residuos de palabras que tu memoria va ordenando claramente, con una calma que te hiela: «Cette vie est un hôpital où chaque malade est possédé du désir de changer de lit. Celui-ci voudrait souffrir en face du poêle, et celui-là croit qu'il guérirait à côté de la fenêtre.»⁶ Su zumo, señor, se nos han terminado las almendras, lo siento, ¿desea tal vez piñones? Haces un gesto con la mano que tanto quiere decir que sí como que no, lo importante es que no te interrumpan, porque ahora miras la costa, las luces se han encendido de nuevo para tus ojos y tu recuerdo, las palabras regresan, también ellas se

encienden en tu mente, casi te parece verlas brillar, son pequeños faros en la noche, marcan la lejanía y sin embargo podrías agarrarlas, caben en el espacio de una mano: «Il me semble que je serais toujours bien là où je ne suis pas, et cette question de déménagement en est une que je discute sans cesse avec mon âme.»⁷ Has cogido el vaso entre las manos y bebes a pequeños sorbos. Pareces un parroquiano tranquilo y algo soñador que observa el agua y la noche como otros parroquianos en otras mesas, has doblado el periódico y lo has colocado cuidadosamente sobre la mesita, con esa atención exagerada y meticulosa que tienen a veces algunos jubilados que tal vez han pedido el diario prestado al barbero y tienen que devolvérselo, lo miras con distraída indiferencia, no es más que el diario, el diario de hoy, trae noticias viejas ya, porque el día ha terminado y en algún lugar hay alguien que ya está haciendo otros diarios, con noticias que desalojarán dentro de pocas horas estas noticias coaguladas en palabras, pero para ti trae una noticia demasiado vieja y novísima, de una novedad que te inquieta, que por poco que quisiera te alteraría, pero tú no te dejas alterar, no debes dejarte alterar, tranquilo. Y solo entonces te percatas de la fecha: 22 de septiembre. Piensas una vez más: es una coincidencia. Pero ¿una coincidencia con qué? Es una coincidencia imposible, porque es una segunda coincidencia, la frase y la fecha, la misma frase, la misma fecha. Es imparable, como si poseyera una voz propia dentro de tu memoria, casi como una pegajosa cantilena infantil de la que creías haberte librado solo porque había sido engullida por el pasado, pero que no había desaparecido, se hallaba solo en una oquedad profundísima dentro de ti, la medida de esas páginas se despierta, ves llegar su fraseo, comienza a gotear, tic tic tic, apremia contra una pared de roca, brama, busca una salida y luego comienza a manar como un manantial, irrumpe y te empapa, es un líquido tibio que sin embargo te da escalofríos, un chorro arrollador que te transporta consigo en sus remolinos, no vale la pena resistir, es fuerte, vertiginoso, imparable, remonta túneles subterráneos, corre con violencia, te conduce. «Dis-moi mon âme, pauvre âme refroidie, que penserais-tu d'habiter Lisbonne? Il doit y faire chaud, et tu t'y regaillardirais comme un lézard. Cette ville est au bord de l'eau; on dit qu'elle est bâtie en marbre... Voilà un paysage selon ton goût, un paysage fait avec la lumière et le minéral, et le liquide pour les réfléchir!»⁸ Y entonces caminas por esta

ciudad construida en mármol, paseas lentamente ante los edificios dieciochescos, son arcadas que vieron los comercios coloniales, veleros, alboroto y auroras neblinosas de partida, tus pasos resuenan solitarios, hay un viejo vagabundo apoyado en una columna, más allá de los arcos se abre la plaza que termina en el río, el agua fangosa la lame, del embarcadero se alejan los barcos iluminados que llevan a la otra orilla, dentro de poco la prisa de los últimos pasajeros será engullida por la hora tardía y quedará únicamente la noche silenciosa con vagos transeúntes retrasados, noctámbulos distraídos, almas inquietas que sacan de paseo sus cuerpos insomnes conversando consigo mismas. También tú hablas contigo mismo, primero dentro de ti, en silencio, y luego con más claridad, articulando las palabras de modo nítido, como si las dictaras, como si el agua del río pudiera grabarlas y conservarlas ahí, en un archivo acuático, con el fin de que los fondos las guarden celosamente entre los guijarros, la arena y los detritus, y dices: la culpa. Es una palabra que nunca has pronunciado, tal vez porque te faltaba valor para hacerlo, sin embargo es una palabra sencilla, unívoca, resuena clara en la oscuridad y parece entrar por completo en ese breve halo de aliento que se condensa un instante en el aire húmedo y se desvanece después. Entrás en la plaza desierta, el monumento es impresionante y el caballero, alto, espolea su caballo contra la noche. La culpa. Te sientas en el pedestal del monumento, enciendes un cigarrillo, llevas en el bolsillo el diario doblado, con solo sentirlo experimentas un malestar sutil, como un alfiler detrás de la nuca, un insecto. No es posible, nadie sabe que estoy aquí, me he perdido entre los millones de rostros del mundo, no puede ser un mensaje para mí, es solo una frase que mucha gente conoce, otro lector de Baudelaire que comunica de ese modo secreto un secreto a otra persona. Y por un momento persistes en esa extraña idea de una repetición, de una copia de la vida, como si fuera posible que la rueda del destino poseyera unos estereotipos y los fuera imprimiendo al azar por el mundo, en la existencia de otras personas con ojos diferentes y manos diferentes y diferentes modos de ser personas; en calles diferentes, en habitaciones diferentes: otro hombre que ahora está diciendo a otra mujer en otra habitación: «Une chambre qui ressemble à une rêverie.»⁹ Y entonces tu fantasía crea la ventana iluminada de una habitación que parece una fantasía, puedes acercarte a los cristales

empaños y espiar a través de los viejos visillos de encaje, es una habitación con muebles antiguos y un papel de tulipanes desteñidos en las paredes, hay un hombre y una mujer en la cama, se han amado, es evidente por las posiciones de sus cuerpos y por las sábanas desordenadas, y él le acaricia el pelo y le dice: «Laisse-moi respirer longtemps l'odeur de tes cheveux.»¹⁰ En ese momento suena un reloj, es tarde, dice ella, tengo que irme. Pero tú le dices: los chinos ven la hora en los ojos de los gatos, todavía no es la hora, Isabelle, todavía tiene que ocurrir todo, todavía tengo que arrastrarte a la verdadera traición, pero no será culpa mía, créeme, es culpa de las cosas, que así lo quieren, quién sabe lo que guía las cosas, y tú todavía tienes que dejarte arrastrar a la traición, pero tampoco eso será culpa tuya, y luego a mi manera tendré que llevarte a la muerte, será casi como si te hubiera matado yo, pero tampoco eso será culpa mía, serán tus remordimientos, y mientras tanto él nunca sabrá nada de mi traición, bastará un día un anuncio en un periódico, una pequeña frase secreta que solo conocemos nosotros dos, *any where out of the world*, será la señal, y todo sucederá. Pero en cambio ya ha ocurrido todo, solo que el hombre que está en esa habitación no lo sabe, y dice: es cierto, se ha hecho tarde, vete, luego saldré yo. Sales, y estás de nuevo en la plaza, una conductora detiene el coche y te lanza una pequeña señal con los faros, dices que no con la cabeza y sigues pensando: no es posible, solo es una coincidencia del destino. Pero algo te dice que no lo es, el frío se te ha metido en los huesos y el hielo que sientes dentro es una especie de certidumbre, el reloj de la catedral marca la misma hora que un reloj de pared hace cuatro años, es una historia que se repite, piensas de nuevo, quizá podría comer algo, es solo que tengo frío y hambre. Pasa un tranvía, pero no te apetece tomarlo. Prefieres subir a pie por esa calle empinada que lleva del río al castillo, hay turistas extranjeros que circulan riendo, algún autobús del Cityrama, un pequeño restaurante indio donde vas a comer con frecuencia *balchão* de pollo, el propietario es un oriundo de Goa que charla por los codos, quizá beba demasiado, hace una salsa buenísima para mezclar con el arroz y a veces tiene vino con especias. Hay dos parejas de americanos que comen alegres cerca de la ventana, sobre las mesas cuelgan lámparas con pantallas de tela a cuadros blancos y rojos, difunden una atmósfera agradable y al mismo tiempo íntima, el suelo está un poco sucio, con alguna servilleta de

papel debajo de las mesas aún sin recoger, esta noche el señor Colva está menos charlatán que de costumbre, parece cansado, debe de haber tenido demasiados clientes. Es posible que el *balchão* esté demasiado picante, te dice, le traeré una cerveza helada. Siempre atento, pero sin servilismo. Luego pone cara de haberse acordado de repente de algo y se da un golpecito en la frente, es un modo de pedir excusas y al mismo tiempo de manifestarte su atolondramiento, se dirige con pequeños pasitos al mostrador y regresa sonriente. Su periódico, dice ofreciéndote el periódico. Te das cuenta de que has palidecido, y al mismo tiempo estás sudando, es un sudor frío, te tocas la chaqueta con la mano, llevas el periódico en el bolsillo, doblado en cuatro, antes lo has metido ahí, forma un pequeño bulto en el costado. Miras el periódico que el señor Colva te ofrece pero no lo coges, él, probablemente, solo lee en tu rostro la sorpresa, no el terror que ahora sientes en forma de una hilera de hormigas que te suben desde los tobillos hasta la ingle. Seguro que lo han traído para usted, te dice, solo usted lee este periódico en mi restaurante. Ah, sí, consigues contestar con una calma que te asusta, ¿quién? No sabría decírselo, señor, mi hijo lo ha encontrado esta mañana debajo de la puerta, iba envuelto en una faja, naturalmente, pero el maleducado lo ha abierto para ver los resultados del fútbol, ¿sabe que el Sporting ha empatado con el Real Madrid? Admites que efectivamente ha sido un buen resultado, lástima que la televisión no haya retransmitido el partido, dicen que el Sporting merecía incluso ganar de no haber sido por ese poste y por el árbitro, claro, en estos casos el arbitraje es fundamental, aunque el Real Madrid tiene un campo impecable, hinchas que parecen verdaderos caballeros, pero ¿está realmente seguro de que estaba tu nombre en la faja? Mira a su alrededor desconcertado, tiene que disculparle, ah, esta juventud malcriada, en sus tiempos era distinto, se usaba el látigo, asume un aire grave, se mete en la trastienda con su pasito ágil, antes de la cocina hay una escalera que lleva a su habitación, pero de todos modos tú ya sabes que aquella faja no llevaba escrito ningún nombre, no te lo confirmarán, por el simple motivo de que algo de este estilo no se puede confirmar porque no tiene explicación, esa es la verdad, y entonces comienzas a pensar qué significa *realmente* exigir una explicación a algo como lo que está ocurriendo. O una explicación a todo lo que ha ocurrido: todo, pero verdaderamente todo, vayamos realmente a las

explicaciones: ella, él, tú, y el carrusel de subterfugios, de aplazamientos, de enredos que fue aquella historia. Y entonces empiezas a repartir responsabilidades morales, que es lo peor, porque eso no lleva a nada, hace tiempo que lo sabes, la vida no se mide con un metro ético: acontece. Pero él no se lo merecía. Claro. Y también ella sabía que él no se lo merecía. Eso también es cierto. Y tú sabías que ella sabía que él no se lo merecía, pero no te importó. Sí, pero porque tú nunca habías merecido quedarte con ella, la habías conocido después, mucho después de todo, también eso es cierto, cuando la suerte ya estaba echada. Pero ¿en qué juego? La vida no tiene plazos, no posee un croupier que levanta la mano y advierte que la suerte está echada, todo corre y nada está inmóvil, por qué evitarnos si nos hemos encontrado, si el auténtico juego así lo ha querido; los mismos gustos: casas blancas con palmeras exiguas o una vegetación escasa y esencial, pitas, tamariscos, una roca; las mismas pasiones: Chopin o músicas pobres, viejas rumbas, «Tengo el corazón maluco»; la misma alma: el *spleen* de París. Salgamos de aquí, de este *spleen*, busquemos una ciudad blanca hecha de mármol a flor de agua, busquémosla juntos, una ciudad así u otra similar, no importa dónde, en cualquier sitio fuera del mundo. No puedo. Puedes, basta con desearlo. Por favor, no me obligues. Te enviaré un mensaje, yo me voy, ya me he ido, no aguanto más, si quieres me encontrarás, compra este periódico, será la señal, te dirá dónde encontrarme, déjalo todo, no lo sabrá nadie. No puede saberlo nadie, eso piensas mientras el señor Colva te hace un gesto de contrariedad desde la puerta de la trastienda, no tiene importancia, señor Colva, solo lo sabíais tú y ella, y el difunto Baudelaire. También con él has jugado, y no se puede jugar con ciertas cosas, no se puede hostigar el misterio que las dictó. Pero nadie más lo sabía. De eso estás seguro. Él no, sin duda; y aunque lo hubiese sabido, ahora ya... Porque todo es «ahora ya», esto es lo que hace que te tiemblen las manos mientras pagas la cuenta, no tiene sentido. Pero sí tiene un sentido, también eso lo sabes, mejor dicho, lo sientes. Y quieres probarlo. Vas al teléfono al lado del lavabo, introduces una moneda, marcas aquel número muerto. También este es un número «ahora ya», la compañía telefónica no ha vuelto a atribuirlo, no corresponde a nadie, son cifras que lanzan una señal acústica hacia nadie, lo sabes de sobra desde hace cuatro años. Marcas el número lentamente, oyes sonar una vez, dos

veces, tres veces, luego el teléfono hace crec, pero no contesta ninguna voz, oyes solo una presencia, ni siquiera es una respiración, porque no respira, al otro lado del hilo hay una presencia que está allí escuchando la presencia de tu silencio. Y entonces cuelgas, sales a la calle, ni se te ocurre volver a casa, sabes perfectamente que sonaría el teléfono, tú lo dejarías sonar una vez, dos veces, tres veces, luego cogerías el auricular y te lo llevarías a la oreja, y al otro lado nada, solo la densidad perceptible de una presencia que en silencio escucha el silencio de tu presencia. Llegas de nuevo al río, ahora los embarcaderos están desiertos, los barcos han terminado su servicio, ya no hay nadie. Te sientas en el parapeto de la orilla, el agua está fangosa e inquieta, tal vez haya pleamar y el río desemboque con dificultad, sabes que es tarde, pero no en el sentido del reloj, alrededor de ti la hora es vasta, solemne, grande como el espacio: una hora inmóvil que no está señalada en el cuadrante, y sin embargo es ligera como un suspiro, rápida como una mirada.

EL RENCOR Y LAS NUBES

–Los otros te hacen el bien y tú se lo pagas con rencor, ¿por qué?

Estaba leyendo el final de aquel poema que aún tenía que analizar y se le vino a la cabeza aquella frase de una tarde de tantos años antes, su primer traje elegante, chaqueta y pantalones, una gabardina marrón con una raya amarilla, un traje horrendo, se había dado cuenta después, cuando entendió cómo debe uno vestirse, pero entonces le había parecido perfecto. O mejor aún, importante. Exagerado para la oficina, pero indispensable para la tesis de licenciatura. Se había mirado en el escaparate, era una tienda de ropa de Viale Libia, trajes baratos pero impecablemente cortados, se sentía bien en aquel traje recién estrenado, puede que le diera un aspecto un poco arrogante, pero eso no era malo, con los demás uno no podía mostrarse condescendiente, si no era el fin. Rencor. Llamémoslo dinamismo, más bien, o ritmo vital, pensó, una manera como otra de no ser devorado en este mundo de lobos. Pero no había contestado a Cecilia, no había nada que contestar, ella no lo habría entendido, y los lobos ya se la habían comido. Los lobos por no decir la vida, bastaba con mirarla. Era una vieja, y tenía solo treinta años. El pelo peinado con raya en medio de la frente, ya con algunas canas, y aquel aspecto deprimente de mujer resignada, y su eterno cansancio. ¿Qué culpa tenía él, por lo tanto, si unos años antes la había amado y ahora ya no la amaba? Pero puede que más que amor lo suyo hubiera sido solidaridad, su matrimonio se había basado en la solidaridad, pero no había sido él desde luego quien la había reducido a aquel estado. Por eso le tenía rencor, por el modo en que se había estropeado: un rostro triste y anodino en el cuerpo de una mujer cansada. Que era una forma inconsciente pero a su manera páfida de exhibir los sacrificios que había hecho por él. Era una queja, una forma de reproche, una protesta mediocre. En realidad, solo era la fachada perversa de su frustración. Pero ¿qué culpa tenía él de la derrota de una mujer abocada a la derrota? Había hecho de todo por echarle una mano. La posguerra había sido dura para ambos, se encontraron con sus títulos de bachillerato en la horrible periferia de aquella gran ciudad, sus padres muertos, nadie en quien apoyarse,

con ganas de montar una casa aunque solo fuera para hacerse compañía. ¿Qué hacer? La oficina de correos les ofreció una solución. Pero si bien les proporcionó comida y un piso, no les dio riqueza, sino mediocridad. Una mediocridad con humeante estufa de madera en invierno y charcos delante de la puerta, calor y mosquitos en verano; y la perpetua inexpresividad en las caras de aquella colega que hacía de viuda sin ser viuda y de aquel empleado de segunda que solo hablaba de partidos de fútbol sin gastarse nunca un céntimo en ir a los partidos de fútbol. Le había dicho: «Cecilia, mejoremos nuestra condición, matriculémonos en la universidad, intentemos hacer carrera en algún sitio.»

Pero ella siempre estaba cansada. ¿Cansada de qué, además? ¿Acaso él no estaba cansado, no trabajaban las mismas horas en la oficina? No podía estar cansada por sus cuatro tareas domésticas, una cama para hacer y dos platos sucios; si por lo menos la casa hubiera estado hecha una patena habría podido entender su cansancio. Pero el desbarajuste de aquellas tres habitaciones, con las zapatillas de ella asomando siempre por debajo de la cama, no era la casa de dos jóvenes recién casados, era un asilo para ancianos prematuros, ni siquiera había tenido el valor de invitar a su hermana. Y luego había nacido Gianna, pero también en este caso, ¿qué culpa tenía él? Fue ella la que la quiso.

–No es el momento –le había dicho–, aplacémoslo, programémoslo bien, un hijo es un estorbo serio, ocupará el poco tiempo que nos queda.

Pero ella lloraba de noche, el deseo de la maternidad la consumía como un fuego, debía de ser lo único que ardía en ella, porque aparte de eso el desierto era total. Y al final, se avino a un pacto por un hijo, la muy idiota. Ella se encargaría de él, de verdad que podía matricularse en la universidad, podía incluso dejar su empleo y dedicarse por entero a los estudios, con un único sueldo bastaba y más ahora que había subido de categoría y había pasado al escalafón superior; y además si él no ponía objeciones cogería también trabajo para hacer en casa los fines de semana, una empresa de mensajeros privados del barrio buscaba gente dispuesta a hacer trabajo en negro, y ella estaba dispuesta, de veras. Pues bien, de acuerdo, si eso era lo que quería no sería él quien frustrara su avasalladora maternidad, pero que quedara claro que él pañales no cambiaba, el fin de semana lo pasaba en la biblioteca, había

hecho amistad con el bedel de la facultad, que le permitía entrar también los domingos, si ella quería un hijo él quería una licenciatura, a cada cual lo suyo. Los pactos habían sido claros, y él los había respetado. A decir verdad también ella los había respetado, y en silencio, aparentemente sin quejarse, al contrario, con su triste resignación: la oficina, la casa, el trabajo extra, la niña. Una niña idéntica a su madre, son cosas que pasan, la naturaleza es implacable. La misma mirada resignada, la misma apatía, la misma derrota dibujada en la cara. Los escasos domingos que no estudiaba en la biblioteca, la niña ya era mayorcita, había intentado hacer que se interesara por algo, despertarla de su precoz sopor.

—¿Quieres ir a dar un paseo con papá, quieres ir al zoo?

Y aquella vocecita de mujercita sensata y humilde contestaba:

—Tengo que hacer compañía a mamá, me ha pedido que la ayude en las tareas domésticas, gracias, papá.

Así eran los domingos por la tarde, las imágenes vivas de su «privilegio» de estudiante tallado que perdía noches y noches para recuperar la desventaja con respecto a todos aquellos estudiantillos que por la mañana llegaban a clase frescos y desenvueltos, con los pantalones bien planchados y el jersey a la última moda, los señoritos. Pues claro que odiaba a esos señoritos. Digamos incluso que era rencor, también en este caso un ritmo suyo vital y auténtico que venía de lo más hondo. Era un odio sordo e inexpresable, aumentado por el hecho de tener que considerarlos sus semejantes a nivel ideológico. Padres ricos, tradición liberal, familias del Partido de Acción: su progresismo era un lujo, ser de izquierdas un lujo todavía mayor. Para él no, había sido una conquista: un viaje penoso, sufrido, obstaculizado por respetos humanos, por convenciones, por el temor de una madre devota, por la sumisión de un padre con demasiados hijos que alimentar para interesarse por la política. Esta era su manera de ser de izquierdas; atañía a la ofensa, el resentimiento y la revancha, no tenía nada que ver con la ideología teórica y abstracta, geométrica, de sus jóvenes compañeros. Se lo dijo claro como el agua a uno de ellos, el más estúpido, un día que, al salir de clase, este le había expresado su desaprobación porque había decidido hacer tesina con un profesor gris y mal considerado al que todos llamaban «el Nostálgico». Le había mirado fijamente a los ojos y le había dicho:

–Para ti es fácil ser de izquierdas, ¿verdad, señorito? No tienes ni idea de lo difícil que es la vida.

Y él le había mirado más asombrado que nunca.

El Nostálgico. Por supuesto que no era una lumbrera, sobre esto no había ninguna duda. Pero ¿cuántos geniecillos rebosantes de inteligencia habían torcido el gesto cuando él había ido a proponerles la tesina? El Nostálgico se había mostrado inmediatamente comprensivo por su situación de estudiante mayor y padre de familia, y no había puesto pegas.

–Por lo menos confío en que no será usted uno de esos presuntuosos que en lugar de recordar nuestro heroico pasado solo piensan en un radiante futuro.

Y él, prudente, había contestado:

–Cada régimen tiene sus aspectos positivos, hoy se tiende a ver todo lo negativo, profesor.

Su entendimiento se había basado en eso, por lo menos al principio, en un mutuo respeto, y había dado sus frutos. La elaboración de la tesis no había sido larga, su redacción sí: noches en blanco escribiendo hojas y hojas en la máquina de escribir que Cecilia traía de la oficina cada tarde, añadiendo al reproche de su cara cansada la fatiga subrayada de tener que subir cuatro pisos de escaleras con aquella vieja Olivetti que parecía un tanque, mientras Gianna aprendía la tabla pitagórica en la cocina. El resto había sido fácil. La nota máxima en el examen de licenciatura, porque la tesina era buena, sin duda, y el viejo Nostálgico, si quería, podía contar con algo de apoyo entre sus colegas. Y tampoco su publicación resultó difícil, la editó una pequeña tipografía que también imprimía apuntes universitarios, y no le cobró, lo contrario de lo que suele ocurrir en estos casos. La dedicatoria *A mi Maestro* le había parecido de rigor, además de útil. Las amarguras habían llegado después, con la ayudantía, porque ahora los discursos del Nostálgico eran menos neutros y respetuosos: pedían aprobación y complicidad, ya no era cuestión de respeto mutuo.

El día que se fue de casa lo hizo de manera elegante e indolora: dejando una nota. Era el día que recibía su primer sueldo de asistente universitario. Una miseria, pero para una persona bastaba. Había encontrado una habitación en un viejo edificio detrás del Policlínico, un agujero con una ventana que

daba sobre un patio lleno de camillas, no era un lugar grato, se pasó una semana pintándola de blanco, instaló una mesa comprada en un chamarilero, una silla, un perchero; ya había cama, bastaba con un colchón. Se habría podido pensar que era miseria, pero él sabía que era sobriedad. Pensaba con frecuencia en Machado, que en Soria había vivido en una habitación como esa, con una mesa, una cama y un lavabo de hierro, en la pensión de doña Isabel Cuevas. Había leído *Campos de Castilla* y había encontrado grandes afinidades espirituales. Especialmente en el «Retrato» que abría el libro, con aquella especie de relación de sucesos, incluso anecdótica, pero al tiempo alusiva, de toda una vida: las púdicas pero firmes declaraciones ideológicas y éticas, la humorística alusión al desaliño de su propia vestimenta. Era una tarde de domingo, estaba sentado en su mesa de trabajo, releía aquel «Retrato» por enésima vez. Primero subrayó tres versos, y luego los copió. *Mi historia, algunos casos que recordar no quiero; Ya conocéis mi torpe aliño indumentario; Hay en mis venas gotas de sangre jacobina.* Sentía que aquellos tres versos le pertenecían íntimamente, podrían haber sido suyos. Y luego añadió dos más. Estaba mirando, más allá de la ventana, el patio del hospital. Era mayo y los enjutos árboles del patio verdeaban. En un momento dado, por una portezuela de hierro en la que estaba escrito «Radiología» sobre un triángulo amarillo, salió una enfermera que llevaba de la mano a una niña. Avanzaban muy lentamente, porque la niña tenía las piernas enjauladas en dos estructuras metálicas que le llegaban hasta la ingle. Tenía dos piernecillas delgadísimas y rígidas, sin duda anquilosadas, y caminaba con evidente fatiga, como imitando un grotesco paso de la oca pavoroso y lúgubre. No debía de tener más de ocho años, era una niña con el pelo claro y un vestidito a cuadros. La enfermera hizo que se sentara en una camilla, luego le dio un cachetito en la mejilla y la dejó allí sentada, con un gesto tranquilizador que invitaba a la paciencia. La niña se sentó pacientemente, contemplando el patio vacío, y la enfermera regresó al hospital. Y en aquel momento, por la esquina contraria, asomó un gato blanco. Quién sabe si fue el gato el primero en ver a la niña o la niña la primera en ver al gato. Ambos se miraron, luego el gato trotó hacia ella como si fuera un perrito, llegó hasta la camilla y se encaramó ágilmente en ella de un salto, la niña lo cogió en brazos y lo besó. Él inclinó la mirada hacia el poema, releyó un verso, *Mi*

historia, algunos casos que recordar no quiero, se percató de que las palabras impresas temblaban a través de las lágrimas, y añadió en su cuaderno otros tres versos a los que ya había copiado: Hay en mis venas gotas de sangre jacobina / Pero mi verso brota de manantial sereno / Y, más que un hombre al uso que sabe su doctrina / Soy, en el buen sentido de la palabra, bueno.

Aquel verano hizo un viaje a la península ibérica.

El Nostálgico le buscó una subvención del Ministerio de Asuntos Exteriores español a través de la asociación «Amici di Spagna». No había en ello nada que le comprometiera, nada de eso, era una simple invitación, mejor dicho, un premio para quien se interesaba por la cultura ibérica, los españoles estaban muy orgullosos de su cultura y les halagaba que estudiosos de universidades extranjeras frecuentaran sus bibliotecas. El único compromiso que debía cumplir era la entrega de las galeras de un artículo que el Nostálgico había escrito para una revista de Madrid de la que era asiduo colaborador. Se trataba de una revista ínfima, pero eso no le incumbía en lo más mínimo. Barcelona le conquistó. Era una ciudad inmensa, clara, con grandes avenidas arboladas y espléndidos edificios de finales de siglo, y una gente comunicativa y cordial que había sufrido las mayores desgracias de la guerra civil. Solo se quedó allí diez días, y al final se sentía uno de ellos. Sentía que su corazón, su temperamento, eran hermanos de la gente que animaba la zona baja de la ciudad, el puerto, las Ramblas; que poblaba de noche los pequeños cafés, las bodegas, las sucias tabernas de las callejuelas. Y sintió una especie de rabia por tener que vivir en aquel hotel elegante del centro donde el ministerio le había alojado; mientras cenaba en el salón lleno de luces, en compañía de personas elegantes que comían marisco, se lamentó de no poder cenar en medio de la gente humilde y ruidosa de las tabernas que había vislumbrado en sus paseos vespertinos, mientras robaba con un placer casi físico la líquida habla catalana, tan diferente de la seca sonoridad del castellano. Todo esto reforzó su antifranquismo. Sintió de manera inequívoca que su corazón estaba con aquella gente que había sufrido: recordó de repente las dificultades que había vencido, y eso le conmovió. Decidió que aprendería catalán, sería su homenaje a Cataluña. Y mientras tanto pensaba en otro homenaje, aquel libro de Orwell que había leído en el tren dejándolo luego en

una papelera de la estación ferroviaria de la frontera; y sintió que aquel era el homenaje de un señorito, aquel inglesito esnob era como los elegantones que comían marisco en el hotel, no había entendido el alma popular de España. Sintió más rencor que nunca por algunos falsos progresistas conocidos suyos, y un ilimitado afecto por la limpidez de Dolores Ibarruri. Ella era la voz telúrica de España, popular y cristalina, significaba generosidad, y sacrificio: la Pasionaria. Pensó que habría tenido que estar en Moscú para estrecharle la mano y abrazarla; y no allí, en aquel pobre país oprimido por la dictadura franquista, obligado a entregar a una revista del régimen las retóricas páginas del viejo Nostálgico. Pero mientras tanto el tren le estaba llevando a Madrid, el viaje fue monótono y la sede de la revista decepcionante, una oficina anónima en un edificio próximo al Prado, con un empleado distraído que le dio las gracias fríamente. Solo se trataba de eso, a fin de cuentas. Ahora Madrid le pertenecía por completo, aunque no le gustó, detestó la monumentalidad aristocrática de sus edificios, la elegancia de los barrios burgueses, la inmensidad del Prado y aquel Goya paradójico e informe, basado por entero en la monstruosidad barroca y en las fantasías románticas, estilos detestables. No supo resistir la tentación de tomar un trenecito para Soria, de cruzar los campos de Castilla, de dirigirse en peregrinación a un lugar sobrio y esencial donde le llamaba un poema. La habitación de la pensión Cuevas había permanecido intacta: una mesa, una silla, una cama, un perchero. Vagó emocionado por las callejas de aquella pequeña y modesta ciudad, rodeada por el desierto lunar de Castilla; más tarde, en una librería de viejo, después de repetidas insistencias, encontró un retrato de Machado con una dedicatoria autógrafa en una esquina: 22 de enero de 1939. El poeta estaba huyendo hacia la frontera, hacia la muerte, acosado por el cerco franquista. El librero era un hombre suspicaz y cauto, es posible que lo viera como un provocador: y entonces él le habló, ahora su castellano era excelente pero le habló en italiano, sintió que las palabras le salían del corazón, lo tranquilizó y le tendió el dinero, y el retrato fue suyo. En el hotel de Madrid le esperaba un mensaje del Nostálgico, sabía a imposición, a orden. Tenía que ir a Lisboa para otro encargo, también había un billete de tren de primera clase. Pues bien, lo haría con mucho gusto, el Nostálgico quería publicar otro de sus rancios artículos en una revista portuguesa, y él se lo llevaría, iría a

acordar todo lo necesario, por qué no, era casi una satisfacción, una especie de sutil venganza. El rostro honesto y melancólico de Machado le sonreía desde el fondo de la maleta, lo cubrió con las páginas del Nostálgico y con sus efectos personales, tomó el tren y llegó a la frontera, nada que declarar, dijo al aduanero, el pequeño riesgo que estaba corriendo era su revancha, y su talismán.

En Lisboa fueron muy amables y le llenaron de atenciones, a diferencia de los españoles. La sede de la revista estaba en un hermoso edificio de la plaza de los Restauradores, palacio Foz, con fachada inglesa y tejado de pizarra y salas llenas de alfombras. Hicieron todo tipo de elogios a su profesor y él les dio la razón, añadió uno más elegante y sutil, cuya perfidia sin duda no captó aquel director petulante y ceremonioso, símbolo inconsciente de la idiotez. Claro que era amigo de Portugal, asintió, con el incomparable gusto de la hipocresía: amigo de ese pequeño pueblo y de esa gran nación, de momento no estaba capacitado para ofrecerles su colaboración personal, y además su nombre no le decía nada a nadie, no era más que un ayudante universitario y además no le interesaba la política; quizá alguna traducción con seudónimo, su portugués no era perfecto pero podía contar con la amistad de un lector de portugués de una universidad italiana, que sin duda ellos conocían bien; y ellos, a su vez, podían contar con su buena voluntad, el profesor era ya mayor y tenía muchos compromisos, no podía hacer demasiados viajes, pero él los haría con mucho gusto.

Así fue. Los textos para traducir eran fáciles y estúpidos, pero económicamente rentables, y además corroboraban su mejor ritmo vital, lo sentía, nutrían aquel fuego secreto de resentimiento que incubaba en su interior. Colgó el retrato de Machado encima de la mesa de trabajo, entre la cama y la ventana que daba al hospital. Pero ya no seguiría mucho tiempo en aquella sórdida habitación alquilada, lo sabía, las oposiciones eran inminentes, las ganaría y colgaría aquel retrato de una pared apropiada para su belleza. Mientras tanto, inconscientemente, cada vez se parecía más a él. Se dejó crecer el pelo sobre las sienes, algo encrespado, pero sin brillantina. El perfil de la frente, con el nacimiento del pelo tan alto, era el mismo. También el dibujo de la boca era análogo: una boca fina, como una herida de cinismo para camuflar las injusticias sufridas. Ahora leía el diario de Juan de

Mairena de ese gran autor español, le fascinaba su capacidad de asumir máscaras, aquella sutileza seudonímica que le parecía tan connatural. «El fondo de mi pensamiento es triste; sin embargo, yo no soy un hombre triste, ni creo que contribuya a entristecer a nadie. Dicho de otro modo: la falta de adhesión a mi propio pensar me libra de su maleficio; o bien, más profundo que mi propio pensar está mi confianza en su inania, la fuente de Juventa en que se baña constantemente mi corazón.» La falta de adhesión a mi propio pensar me libera de su maleficio. Era un concepto que le hacía sentirse infinitamente ligero, una especie de remisión de las penas, de inocencia. Y en aquella inocencia vivió los días más comprometidos de la oposición, sin ni siquiera darse cuenta de las dificultades de la prueba. Una prueba que, evidentemente, no trataba sobre la poesía de Machado: era un trabajo estrictamente técnico, rigurosamente teórico, de métrica. Sin embargo, aquella gramática poética tan abstracta, tan soberbiamente incontaminada, le pareció la metáfora de su existencia; era el pensamiento en su estado puro: un pensamiento libre del maleficio del propio pensamiento. Aprobó la oposición con facilidad, como, por otra parte, esperaba. Y también desembarazarse del viejo Nostálgico le resultó fácil a esas alturas, casi demasiado fácil, anodino, hasta tal punto que cuando le llevó la segunda edición de su primer libro, de la cual había eliminado aquella odiosa dedicatoria, le pareció estar realizando una tarea insípida y decepcionante. Pero luego no resultó tan decepcionante, porque si por lo menos el Nostálgico hubiera asumido un tono polémico, si le hubiera atacado, como él esperaba, todo habría quedado resuelto con una discusión excitada y obvia. Pero el Nostálgico le aguardaba en su estudio con aire melancólico, había asumido el tono y estilo del hombre traicionado por todos, postergado, y le acogió con los ojos húmedos, sin tener valor para oponerse a él virilmente.

–No sabía que eras mi enemigo –dijo–, es el mayor disgusto de mi vejez.

De este modo intentó castigarle, con un cobarde chantaje sentimental que atañía a su presunta amistad, a la vejez y al desengaño, y todo esto le recordó a Cecilia y su oblicua reprobación; y no pudo soportarlo, porque era una manera refinada y obscena de recordarle Madrid y Lisboa, de reprocharle condescendencias silenciosas y amargas que él sin duda conocía y sobre las cuales pretendía ahora presionar de forma innoble. Y entonces le recitó su

desprecio, lo hizo con flema, con sarcasmo, casi con un ritmo de frase que le recordaba el Machado de las «Coplas por la muerte de don Guido»; y mientras le susurraba sus palabras de desquite cortantes y esenciales, su mente, por cuenta propia, como un pensamiento libre del maleficio del propio pensamiento, iba repitiendo en un metro conocido: «Al fin, una pulmonía mató a don Guido, y están las campanas todo el día doblando por él: ¡dindan! Murió don Guido, un señor de mozo muy jaranero, muy galán y algo torero; de viejo, gran rezador.» El viejo Nostálgico interrumpió sus jaculatorias y le invitó a salir, y él salió con el sabor de la victoria en los labios. Porque era la hora de la victoria, y sabía que a esta le seguirían otras muchas.

La segunda fue Giuliana, pero esta no fue una victoria sobre ella, fue principalmente una victoria sobre la vida. La arrancó de su condición de solterona precoz y le devolvió una juventud que intentaba ocultar, eliminó su convicción de estar enferma y la sustituyó por la convicción de que estaba sana, sanísima, incluso en demasía, solo necesitaba a un hombre que la protegiera y la hiciera sentirse segura. Lo único que le molestaba de ella era su disponibilidad para la conciliación, una transparencia que se le antojaba simplicidad y que podía ser contraproducente para ambos. Le prohibió su perfume de violeta, su modesto abrigo de cordero, sus modales demasiado vistosos y su carcajada sonora. El trabajo universitario se lo enseñaría él, o, mejor dicho, se lo «construiría», es un oficio que se aprende; y esto no significaba que tuviera que convertirse en una criatura suya, que pensarán eso, si lo preferían, las almas simples. Lo suyo era únicamente solidaridad, una especie de sociedad por acciones existenciales, esto era para él el amor, bastaba con que ella lo entendiera. Y ella lo entendió.

Las otras victorias llegaron con placenteras conquistas. Principalmente aquella sobre un colega que le había perjudicado por distracción o por ligereza. Las ofensas provocadas por la ligereza escuecen porque suponen desatención con respecto al ofendido. Y él no toleraba desatenciones: era una forma de humillación que le hacía palidecer, que había experimentado demasiadas veces en su vida, que le devolvía a una condición de paria, cuando tenía que comprarse trajes baratos en aquella tienda de Viale Libia y encima encontrarlos elegantes. Pero las ofensas que escuecen, lo sabía, son

también las más ricas y las más provechosas, porque fermentan en el espíritu, postulan respuestas elaboradas y complejas, no actos liberadores repentinos y decepcionantes. No, él sabía perfectamente que las ofensas que escuecen anidaban en un lugar secreto, permanecían allí agazapadas como larvas en letargo y luego formaban ramificaciones, colonias, termiteras con pasadizos complejos que exigían una topografía propia minuciosa y atenta. Una topografía que él había seguido con detenimiento y con atención, y con paciencia, porque no se trataba de responder con una venganza directa, aparte de alguna insatisfactoria reseña negativa o algún ataque venenoso en las revistas científicas, y debía encontrar, por lo tanto, el modo de encontrar una indirecta. Pero eso suponía alianzas, deliciosas conversaciones alusivas, entendimientos tácitos, afinidades electivas. Qué delicado placer localizar a los amigos del enemigo y convertirlos en el secreto objetivo de su revancha. Había sido necesario un trabajo de meses, incluso de años. El alumno favorito de su enemigo acababa de entrar en una universidad del norte, también él con un oficio análogo: son las coincidencias de la vida. Encontrarle un posible enemigo había resultado difícil pero no imposible, había bastado con estudiar atentamente el mapa de sus colegas. Había acertado en la elección al segundo intento. Con aquel profesor de materia afín no tenía gran intimidad, lo había conocido en un congreso, podía tutearle y llamarlo por su nombre; era un hombre mediocre y arrogante, una especie de maestrillo presuntuoso con una obra de sintaxis retorcida y tesis poco concluyentes: ensayos y artículos mediocres que tejían el elogio de autores mediocres en revistas mediocres. Pero su talón de Aquiles no era este, y él lo sabía. El centro neurálgico de su posible aliado era una fatigosa carrera a la sombra de un maestro despiadado que durante años le había humillado arrastrándole detrás de él hasta el infinito como un cachivache inútil en espera de colocación, y llamándole Smerdiakov, como el criado de los Karamazov. Había que presionar en ese centro, y no demasiado: bastaba con rozar la tecla con delicadeza, con alguna alusión, con ese entendimiento que no exhibe el chantaje pero que lo deja entrever subrepticamente, como ocurre entre almas gemelas. Bastó con una breve conversación, luego las cosas se pusieron en marcha por sí solas, y él se quedó contemplándolas con la satisfacción que procura el placer paciente. Un placer que había seguido en

su movimiento pacato y casi solemne hasta el agotamiento, como la música de una sinfonía. Y cuando concluyó lo encendió de nuevo y lo completó con un movimiento breve y sincopado, un rondó, pero eso había sido más fácil y menos gratificante: hallar una aliada en aquella antipática colega joven y ambiciosa no le había procurado grandes satisfacciones; era una persona inequívoca, de una maldad demasiado evidente, había traicionado a su amiga y había ocupado su lugar junto al anciano profesor, se había instalado en aquella facultad casi con jactancia, tenerla de su parte le había parecido incluso tedioso, para sus adentros la llamaba «la muñeca del gangster».

Por último las otras victorias, las oficiales. Las obras, las revistas, los congresos. El éxito más importante se lo proporcionó la península ibérica. De nuevo allí. Pero ahora las dictaduras habían terminado, nada le ataba a nada, y nadie podía impedirle ejercitar las armas de su crítica sobre aquel poeta cortesano del siglo XVI para cuya conmemoración se habían dado cita estudiosos de toda Europa. El congreso se celebró en un palacete barroco, una residencia aristocrática de campo, en una localidad alejada de la capital, entre olivos y viñedos. Se había hecho reservar una intervención para la clausura. Pensaba hacer una intervención sobria y técnica, una lectura rítmica aparentemente neutral pero que, por el contrario, desvelase inflexiblemente las artimañas estilísticas de aquel poeta cortesano, sus camuflados plagios de los grandes autores coetáneos. Pero en un momento dado se produjo la intervención del dominico. Era un hombre de su edad, un profesor de cultura clásica, un sacerdote que llevaba años dirigiendo una revista literaria que había manifestado, durante el pasado régimen, un antifascismo vago y genéricamente liberal, en nombre de la «cultura», sin ningún matiz político definido. Y ahora aquel sacerdote, aquel campeón del antifascismo nebuloso, comparecía allí para hablar en tono conciliatorio y absolutorio de un poeta cortesano y comprometido con el poder, apelando al concepto de la autonomía del texto poético, de la debilidad humana, de la necesidad de prescindir de la biografía, porque «los poetas no tienen biografía, su obra es su biografía»; y del respeto que merece la Palabra interior y solitaria, misteriosa, que dictó aquellas palabras poéticas. Había un platonismo intolerable en aquella alusión engañosa y subrepticia, una divagación que remitía a un *logos* metafísico, una influencia espinosiana que el clasicista

relacionaba con gran desenvoltura con el pensamiento presocrático, pero que en realidad significaba un neoidealismo de derechas. Y además esa humildad, esa conciliación, ese perdón de las debilidades humanas en nombre del texto poético eran una forma de sutil soberbia, lo percibió claramente, un sistema de censura invertido, su quintaesencia, una expresión coercitiva de la condonación de las deudas. No, ninguna deuda debía ser condonada, no toleraría una visión semejante del mundo, no se dejaría engatusar por una fórmula de tamaña malignidad. Y entonces habló como sentía que debía hablar en aquella circunstancia. Primero pidió excusas por tener que citarse a sí mismo, pero se veía obligado a hacerlo. Para empezar proponía a la atención de los participantes los segmentos rítmicos, fónicos y léxicos que había aislado pacientemente para una confrontación textual con la poesía manierista coetánea. Porque él se daba perfecta cuenta de la autonomía del texto poético; pero cada texto encuentra su colocación adecuada en un contexto: y el contexto era este. Y llegado a ese punto desenvainó la navaja de sus instrumentos, porque el clasicista hablaba con un léxico anticuado y anacrónico, no estaba al corriente de las novedades críticas, era un hombre sin recursos. Así que habló de Bachtin, y de lo que significa el contexto en el interior del texto, hizo brillar las gemas aisladas de sus segmentos rítmicos en un vasto panorama cultural; y esto no admitía concesiones ni compromisos: era un discurso implacable, no dejaba espacio para esa supuesta tierra de nadie donde se formaba platónicamente la literatura; era, de manera perentoria e incontrovertible, una radiografía que se llamaba literatura y vida. Fue un éxito. No en términos inmediatos, por supuesto, porque su intervención le valió el ataque muy polémico de tres jóvenes intelectuales; pero lo importante era haber adquirido con desenvoltura en los ambientes académicos fama de estudioso desprovisto de frenos y componendas, cortante como el diamante.

Y después obtuvo las victorias domésticas, confortables y tranquilizadoras: el piso en el centro, la rica biblioteca, su despacho, el retrato de Machado colgado por fin en un lugar decoroso, cerca de libros dignos de él. Transcribió el terceto de la curiosa poesía que había decidido analizar y pensó de nuevo en el título del congreso. Intentó traducirla al italiano y probó a leerla en voz alta, para percibir el efecto que ocasionaría sobre el auditorio:

*¿Cuál es la sustancia de nuestras poesías? ¿Y dónde se forman? Qué sueño envenenado les responde,
si el poeta es un rencoroso, y el resto son nubes?*

A fin de cuentas el poeta no le disgustaba: sobrio y realista, con una mirada lúcida sobre las cosas, aunque tal vez empañado por una veta metafísica que le parecía superflua. Pensándolo bien había algo quejumbroso en aquella alusión tardorromántica a un empíreo no mejor definido en el que se supone que vagan de forma abstracta los conceptos poéticos para descender después en forma de palabras al recipiente vil del poeta: hombre mortal y contaminado por el pecado y por el resentimiento. Pero puede que aquel poeta de veta elegantemente melancólica fuera realmente inconsciente: era, a su manera, un señorito, había escrito aquellas palabras sin entender su significado, creyéndolas misteriosas y procedentes de quién sabe qué profundidades del espacio cósmico. Y en cambio no tenían ningún misterio para él, que las leía, eran claras como el agua, sentía que poseía su clave, podía tomarlas y contenerlas todas en la palma de la mano, jugar con ellas como con las letras de madera de un alfabeto infantil. Sonrió y escribió: *El rencor y las nubes. Para una lectura rítmica de un poema del siglo xx.* El auténtico poeta era él, lo sentía.

ISLAS

1

Pensó que habría podido decirlo con estas palabras:

Querida Maria Assunta, yo estoy bien y espero que tú también estés bien. Aquí ya hace calor y estamos casi en verano, y puede que, en cambio, donde estáis vosotros no haya llegado todavía el buen tiempo porque siempre se oye hablar de la niebla y además tenéis los residuos industriales y en cualquier caso yo os espero si quieres venir de vacaciones incluso con Giannandrea y que Dios os bendiga. Quiero darte las gracias por tu invitación y también a Giannandrea, pero he tomado la decisión de quedarme aquí, porque, mira, mamá y yo hemos vivido aquí treinta y cinco años, hemos tardado mucho tiempo en ambientarnos, cuando llegamos del pueblo nos parecía otro mundo, nos parecía estar en el norte, y en el fondo para nosotros lo era, y ahora ya le he cogido cariño a este lugar y tengo tantos recuerdos, y además desde que murió tu madre me he acostumbrado a vivir solo, y aunque echaré de menos el trabajo podré hacer muchas cosillas para distraerme, como cuidar las plantas, que a mí siempre me ha gustado, y ocuparme de los dos mirlos de reclamo, que también ellos me hacen compañía, y en cambio qué haría en una gran ciudad, de modo que he decidido que me quedo en estas cuatro habitaciones, por lo menos veo el puerto y si un día me entran ganas tomo el transbordador y voy a ver a mis antiguos colegas y juego una partida de brisca, al fin y al cabo con el transbordador son pocas horas y yo en el transbordador me siento como en mi casa, porque uno luego siente nostalgia por el lugar en que ha estado durante toda su vida, todas las semanas de una vida entera.

Mondó la naranja y dejó caer las mondaduras al agua y miró cómo flotaban en el surco de espuma que el barco abría en el azul e imaginó que había terminado la página y que cogía otra porque sentía la necesidad de decir que ya sentía nostalgia, qué tontería, era el último día de servicio y ya sentía nostalgia; nostalgia de qué, además, de una vida que había pasado así, en el

barco, un viaje hacia adelante y un viaje hacia atrás, no sé si te acuerdas, Maria Assunta, tú eras pequeñísima, tu madre decía: pero ¿esta niña llegará a crecer algún día?, y yo me levantaba tan pronto que era de noche, en invierno, e iba a darte un beso y luego salía y menudo frío hacía, nunca nos dieron ropa que nos abrigara, viejas mantas de caballos teñidas de azul, ese era el uniforme. Tantos años así crean hábito, así que te repito: ¿qué haría en una gran ciudad?, ¿qué haría en vuestra casa a las cinco de la mañana? Yo no sé estar en la cama, me levanto a las cinco, lo he hecho durante cuarenta años, es como si dentro tuviera un despertador. Y además tú has estudiado, los estudios cambian a las personas aunque hayan crecido en una misma familia, y también con tu marido, ¿tenemos algo que decirnos?, él tiene sus ideas, que no pueden ser las mías, y en este sentido no congeniamos mucho. Vosotros dos sois personas instruidas, aquella vez que fui con tu madre y después de cenar llegaron vuestros amigos yo no dije una sola palabra en toda la noche, lo único que podía decir eran las cosas que conozco, lo que he conocido durante toda mi vida, y tú me habías rogado que no hablara de mi oficio. Y hay otra cosa más, puede parecerte una tontería y no quiero ni saber lo que se reirá Giannandrea, pero yo no conseguiría estar entre los muebles de vuestra casa, son de cristal y yo tropiezo con ellos porque no los veo. Tantos años igual, date cuenta, entre mis muebles, despertándome a las cinco.

Pero esta última página la arrugó mentalmente tal como la había escrito y la arrojó al mar, y le pareció que la veía flotar junto con las mondaduras de naranja.

2

Le he hecho llamar para que me quite las esposas, dijo en voz baja.

Llevaba la camisa abierta sobre el pecho y tenía los ojos cerrados, como si durmiera. Le pareció de un colorido amarillento, pero tal vez fuera la cortina corrida sobre el ojo de buey lo que daba aquel color a toda la cabina. ¿Cuántos años podía tener, treinta, treinta y cinco? Puede que no más que Maria Assunta, la cárcel envejece pronto. Y además con aquel aspecto macilento. Pensó en preguntárselo, de repente sintió curiosidad. Se quitó el

sombrero y se sentó en el camastro de enfrente. El hombre había abierto los ojos y le estaba mirando. Tenía los ojos azules y eso, quién sabe por qué, le hizo experimentar una sensación de pena. ¿Cuántos años tiene?, preguntó. No solía tratar de usted a los detenidos, no por maldad, pero esta vez no fue capaz de actuar de otra manera. Tal vez porque ya se sentía fuera de servicio. O porque aquel era un político, y los políticos son personas especiales. El hombre se sentó y le miró largo rato en silencio, con sus ojos claros y grandes. Tenía un bigote rubio y el pelo rizado. Era joven, pensó, más joven de lo que parecía. Le he dicho que me quite las esposas, dijo con voz cansada. Quiero escribir una carta, y además tengo los brazos entumecidos. Hablaba con acento del norte, pero él no sabía identificar bien los acentos del norte. Piamontés, quizá. ¿Le da miedo que me escape? Ahora había un tono irónico en su voz. Le aseguro que no me escaparé, que no le atacaré, que no haré nada. Tampoco tendría fuerzas para hacerlo. Se apretó una mano contra el estómago y esbozó una rápida sonrisa que le trazó dos surcos profundos en las mejillas. Y además es mi último viaje, dijo.

Una vez sin esposas comenzó a rebuscar en su bolsita de tela. Sacó de ella un peine, un bolígrafo y un cuaderno amarillo. Si no le molesta preferiría escribir a solas, dijo, su presencia me incomoda. Le agradecería que me esperara fuera de la cabina. Puede quedarse a la puerta si teme que haga algo, le prometo que no le ocasionaré problemas.

3

Y además, en fin, ya encontraría alguna ocupación.

No te sientes tan solo cuando tienes una ocupación. Pero una ocupación seria, que aparte de la satisfacción dé también un poco de dinero. Por ejemplo las chinchillas. Lo sabía todo sobre chinchillas, teóricamente. Se lo había explicado un preso que antes de ir a parar a la cárcel tenía un criadero. Son animalillos deliciosos, basta con no acercar demasiado las manos. Y son resistentes, se adaptan bien, se reproducen incluso en ambientes poco luminosos. Tal vez bastaría con el trastero del sótano, siempre que la comunidad de propietarios se lo permitiera. Pero también podía mantener el

asunto medio en secreto. Y además el inquilino del primer piso tenía en su trastero conejillos de indias.

Se apoyó en el parapeto y se desabrochó el cuello de la camisa. Comenzaba a hacer calor y no eran más que las nueve. Se dio cuenta de que sería la primera jornada de auténtico calor veraniego. Y le pareció notar un olor de tierra quemada, y con el olor llegó la imagen de un sendero campestre entre higos chumbos, un paisaje amarillo bajo el sol, un niño que caminaba descalzo hacia una casa donde había un limonero: su infancia. Sacó otra naranja y comenzó a mondarla. Había comprado una bolsa la noche anterior. Su precio era prohibitivo, teniendo en cuenta la época, pero se había permitido ese capricho. Arrojó una cáscara al mar y vio, nítida, la costa. Las corrientes dibujaban franjas más claras en el azul, como las huellas de otras naves. Hizo cálculos rápidamente. El coche celular le esperaba en el embarcadero, luego la operación de la entrega llevaba un cuarto de hora; podría estar en el cuartel a eso del mediodía, a pie eran dos pasos. Se palpó el bolsillo interior en busca del módulo de la baja. Si tenía la suerte de encontrar al sargento en el cuartel, terminaría a eso de la una. Y a la una y media ya estaría sentado bajo la pérgola de aquella taberna al final del puerto. La conocía desde siempre y nunca había comido allí. Siempre se había parado, al pasar, a leer el menú expuesto en un cartel coronado por un pez espada pintado de color azul metálico. Sintió una especie de languidez en el estómago, pero no podía ser hambre. De todos modos se entretuvo haciendo suposiciones gastronómicas, porque se le habían venido a la cabeza algunos platos anunciados en el cartel del pez espada. Hoy guiso de pescado y salmonetes, pensó. Y también calabacines fritos, le apetecían mucho. Para acabar macedonia, no, mejor cerezas. Y un café. Y luego pediría una hoja y un sobre y se pasaría la tarde escribiendo la carta: porque verás, Maria Assunta, tampoco estás tan solo cuando tienes una ocupación, pero una ocupación seria, que aparte de la satisfacción te dé también un poco de dinero. Así que he decidido criar chinchillas, son animalitos simpáticos, basta con no acercar demasiado las manos. Y son resistentes, se adaptan bien, se reproducen incluso en ambientes poco luminosos. Pero en vuestra casa esto no sería posible, tú ya lo entiendes, Maria Assunta, no es a causa de Giannandrea al que aprecio mucho aunque nuestras ideas no sean siempre las

mismas, sino que es realmente una cuestión de espacio, porque aquí tengo por lo menos el trastero de los sótanos, que quizá no sea lo ideal, pero si el inquilino de debajo tiene en el suyo conejillos de indias, no sé por qué no voy a poder criar chinchillas en el mío.

La voz a sus espaldas casi le sobresaltó. Señor cabo, el recluso le llama.

4

El escolta que le habían dado era un larguirucho con la cara llena de forúnculos y las mangas demasiado cortas sobre unos brazos demasiado largos. Vestía el uniforme con aire apesadumbrado y hablaba como le habían enseñado en la academia. No ha especificado el motivo, añadió.

Le contestó que podía quedarse en cubierta en su lugar y enfiló la escalera que llevaba a los camarotes. Al cruzar la sala de reunión vio al capitán del barco en la barra del bar charlando con un pasajero. Le había visto durante años. El capitán también le vio y le hizo un gesto de complicidad, más que un saludo. Era un gesto que quería decir que volverían a verse por la noche, en el viaje de vuelta. Aminoró el paso porque sintió ganas de decirle que aquella noche no se verían: es mi último día de servicio, esta noche me quedo en el continente, tengo que resolver unas cuantas cosas. Luego le pareció ridículo. Enfiló las otras escaleras que llevaban al nivel de los camarotes, recorrió el largo y reluciente pasillo, sacó la llave de la cartera. El detenido estaba de pie junto al ojo de buey y contemplaba el mar. Se dio la vuelta y le miró con aquellos ojos claros de niño. Quisiera confiarle esta carta, dijo. Sostenía en la mano un sobre y se lo tendió con gesto tímido, pero perentorio al mismo tiempo. Tómela, prosiguió, tiene que echarla al buzón. Se había abrochado la camisa y se había peinado, ahora su cara ya no tenía el aspecto demacrado de antes. ¿Se da cuenta de lo que me pide?, le dijo él, sabe perfectamente que no puedo hacerlo

El detenido se sentó en el camastro. Le pareció que le miraba con aire irónico, o puede que fueran sus ojos tan infantiles. Claro que puede hacerlo, dijo, basta con que quiera. Había vaciado su pequeño equipaje y había ordenado los objetos en fila sobre la cama, como si estuviera haciendo

inventario. Yo sé lo que tengo, dijo, mire la hoja de admisión que lleva en el bolsillo, mírela, ¿sabe qué quiere decir?, quiere decir que yo de ese hospital ya no saldré, estoy haciendo un viaje definitivo, ¿me explico? Había subrayado la palabra *definitivo* con una extraña entonación, como si fuera una broma. Hizo una pausa como para tomar aliento. Se apretó de nuevo los puños en el estómago, como a causa de un extraño tic, o un dolor. Esta carta es para una persona muy querida, no quiero que pase por la censura, por motivos que no deseo explicarle, procure comprenderlo, de todos modos lo ha comprendido perfectamente. La sirena del barquito silbó. Lo hacía siempre al avistar el puerto, era un sonido alegre, casi un resoplido.

Contestó de forma resentida, con aire duro, quizá demasiado duro, pero era el único modo de acabar con aquella conversación. Ponga de nuevo sus cosas en el saco, dijo apresuradamente procurando no mirarle a los ojos, llegamos dentro de media hora, regresaré en el momento del desembarco para colocarle las esposas. Empleó este verbo: colocar.

5

En un instante los escasos viajeros se dispersaron y el embarcadero quedó desierto. Una enorme grúa amarilla se desplazaba en el azul hacia dos edificios en construcción con las ventanas tapiadas. La sirena del astillero silbó la interrupción del trabajo y casi al mismo tiempo le contestó una campana del pueblo. Era mediodía. Quién sabe por qué las operaciones de atraque habían sido tan largas. El rosario de casas que daban al puerto tenía las fachadas rojas y amarillas, pensó que nunca se había fijado en ellas y se puso a mirarlas, se sentó sobre un noray de hierro al que estaba atado el cabo de una barca. Se quitó la gorra. Hacía calor. Comenzó a recorrer lentamente el puerto en dirección a la pasarela sobreelevada. A la puerta del bar-estanco estaba el viejo perro de siempre con el hocico entre las patas que movió la cola cansadamente cuando pasó junto a él. Cuatro chicos en camiseta, al lado del juke-box, bromeaban en voz alta. Una voz de mujer, ronca y un poco masculina, le hizo retroceder muchos años. Cantaba *Ramona*. Le sorprendió

que aquella canción hubiera vuelto a ponerse de moda. Estaba comenzando el verano.

El restaurante del final del puerto todavía estaba cerrado. El dueño, con delantal blanco, estaba atareado en la puerta. Tenía una esponja en la mano y limpiaba las contraventanas del salitre y de la arena del invierno. El hostelero le miró y le reconoció. Y le sonrió, como se sonríe a las personas que se han visto durante toda la vida y por las cuales no se siente nada. También él le sonrió y pasó de largo. Enfiló la calle acompañada por las viejas vías en desuso y la recorrió hasta llegar al depósito de mercancías. Debajo de la marquesina del depósito había un buzón. El óxido había devorado parcialmente su pintura roja. Leyó en el letrero la hora de la próxima recogida: las diecisiete. No quería saber adónde iba dirigida aquella carta, pero sintió curiosidad por conocer el nombre de la persona que la recibiría. Solo el nombre de pila. Mantuvo cuidadosamente oculta con la mano la dirección y vislumbró únicamente el primer nombre. Lisa. Se llamaba Lisa. Pensó que era un bonito nombre. Y solo entonces se le ocurrió que era extraño: sabía el nombre de la persona que recibiría aquella carta, pero no la conocía; y conocía a la persona que había escrito aquella carta pero no sabía su nombre. Ya no se acordaba porque no se retiene en la memoria el nombre de un detenido que hay que entregar. Echó la carta y se volvió a mirar el mar. El sol era intenso y el resplandor del horizonte ocultaba los puntitos de las islas. Notó que empezaba a sudar y se quitó la gorra para secarse la frente. Yo me llamo Nicola, dijo en voz alta. No había nadie cerca de él.

LOS TRENES QUE VAN A MADRÁS

Los trenes que van de Bombay a Madrás salen de Victoria Station. Mi guía aseguraba que una salida de Victoria Station vale por sí sola un viaje a la India, y este era el primer motivo que me había llevado a preferir el tren al avión. Mi guía era un librito algo excéntrico que daba consejos perfectamente incongruentes, y yo lo estaba siguiendo al pie de la letra. El hecho era que también mi viaje era perfectamente incongruente, así que aquel libro estaba hecho exprofeso para mí. No trataba al viajero como a un saqueador ávido de imágenes estereotipadas al que se aconsejan tres o cuatro itinerarios obligatorios como en los grandes museos visitados a toda prisa, sino como a un ser vagabundo e ilógico, disponible para el ocio y el error. En avión, decía, disfrutará de un viaje cómodo y rápido, pero se perderá la India de las aldeas y de los paisajes inolvidables. Con los trenes de largo recorrido se enfrentará al riesgo de paradas fuera de programa y puede incluso llegar un día más tarde de lo previsto, pero verá la *verdadera* India. En todo caso, si tiene la suerte de tomar el tren adecuado, será puntualísimo y confortable, dispondrá de comida excelente y un servicio perfecto, y un billete de primera clase le costará menos de la mitad que un billete de avión. Y no olvide además que en los trenes indios se pueden tener los encuentros más imprevistos.

Estas últimas consideraciones me habían convencido definitivamente; y puede que también me hubiera tocado en suerte el tren adecuado. Había atravesado paisajes de rara belleza, o inolvidables en cualquier caso por la humanidad que había visto; el vagón era de una comodidad extraordinaria, el aire acondicionado agradable, el servicio impecable. Estaba cayendo el crepúsculo y el tren atravesaba un paisaje de montañas rojas y abruptas. El criado entró con un tentempié sobre una bandeja de madera lacada, me ofreció una toallita húmeda, me sirvió el té, me informó con discreción de que nos hallábamos en el centro de la India. Mientras yo comía, preparó mi litera, señaló que el vagón restaurante estaba abierto hasta medianoche y, si deseaba cenar en mi compartimento, bastaba con que tocara el timbre. Le di

las gracias con una pequeña propina y le devolví la bandeja vacía. Luego me quedé fumando y contemplando por la ventanilla aquel panorama ignoto, pensando en mi extraño itinerario. Ir a Madrás a visitar la Sociedad Teosófica y emplear, además, dos días de tren, era, para un agnóstico, una empresa que probablemente habría sido del agrado de los extravagantes autores de mi extravagante guía de viaje. Pero la verdad era que una persona de la Sociedad Teosófica podría proporcionarme una información que me interesaba muchísimo. Era una tenue esperanza, tal vez una ilusión, y no quería quemarla en el breve espacio de un viaje aéreo: prefería acunarla y saborearla con cierta comodidad, como es preferible hacer con las esperanzas a las que nos sentimos muy apegados y que sabemos que tienen pocas posibilidades de realizarse.

El frenazo del tren me arrancó de mis consideraciones, y puede que de mi sopor. Probablemente me había adormilado unos pocos minutos y el tren ya había entrado en una estación sin que yo pudiera leer su nombre en el cartel. Había leído en la guía que una de las paradas intermedias era Mangalore, o quizá Bangalore, no lo recordaba bien, pero ahora no tenía ganas de ponerme de nuevo a hojear el libro para buscar el itinerario de la vía férrea. Debajo de la marquesina había escasos viajeros: indios vestidos a la occidental con aspecto de personas adineradas, un grupo de mujeres, unos cuantos faquires atareados. Debía de ser una ciudad importante e industrializada. En la lejanía, más allá de las vías, se veían las chimeneas de una fábrica, grandes edificios y avenidas arboladas.

El hombre entró mientras el tren se estaba poniendo en marcha. Me saludó apresuradamente, comprobó que el número de la litera disponible correspondía al de su billete y, después de haber comprobado que no había errores, me pidió disculpas por su intrusión. Era un europeo de una gordura flácida, vestía un traje azul bastante fuera de lugar teniendo en cuenta el clima y un elegante sombrero. Como equipaje solo llevaba un maletín de fin de semana de piel negra. Se sentó en su lugar, sacó del bolsillo un pañuelo blanco y se limpió cuidadosamente las gafas, sonriendo. Tenía un aire afable pero reservado, casi compungido.

—¿Usted también va a Madrás? —me preguntó sin esperar respuesta—. Este tren es muy puntual, llegaremos mañana por la mañana a las siete.

Hablaba un inglés correcto con acento alemán, pero no me pareció alemán. Holandés, se me ocurrió pensar sin saber por qué, o quizá suizo. Tenía aspecto de hombre de negocios, a primera vista parecía tener unos sesenta años, pero puede que fuera más viejo.

–Madrás es la capital de la India dravídica –añadió–, si nunca ha estado allí tendrá cosas extraordinarias para ver.

Hablaba con la desenvoltura algo distanciada de los europeos que conocen la India, y me preparé para una conversación basada en banalidades. Decidí que era oportuno informarle de que podíamos cenar en el vagón restaurante, prefiriendo intercalar los previsibles tópicos del inevitable diálogo con los necesarios silencios previstos por una cena consumida civilizadamente.

Mientras caminábamos por el pasillo me presenté, disculpándome por la distracción de no haberlo hecho antes.

–Oh, las presentaciones se han convertido ya en un formalismo inútil – afirmó con su aire afable. Esbozó una leve inclinación con la cabeza–. Yo me llamo Peter –concluyó.

En la cena resultó ser un inestimable experto. Me desaconsejó las chuletas vegetales hacia las que me estaba inclinando por mera curiosidad, «porque las verduras tienen que ser muy variadas y elaboradas –dijo–, y es difícil que eso pueda producirse en las cocinas de un tren». Sugerí tímidamente otros platos al azar, suscitando siempre su desaprobación. Al final acepté el *tandoori* de cordero que había elegido para él, «porque el cordero es un alimento noble y sacrificial, y los indios poseen el sentido de la ritualidad de la comida».

Hablamos mucho de las civilizaciones dravídicas, mejor dicho, habló casi siempre él, porque mis intervenciones se limitaban a las típicas preguntas del profano, a alguna tímida objeción, y, fundamentalmente, al consenso incondicional. Me describió con profusión de detalles los relieves rupestres de Kancheepuram y la arquitectura del Shore Temple, me habló de cultos arcaicos y desconocidos, ajenos al panteísmo hinduista, como el de las águilas blancas de Mahabalipuram; del significado de los colores, de los ritos fúnebres, de las castas. Le expuse con ciertos titubeos lo que yo sabía: mis conocimientos sobre la penetración europea en las costas del Tami; hablé de la leyenda del martirio de Santo Tomás en Madrás, del fallido intento de los

portugueses de fundar otra Goa en aquellas costas, de sus guerras con los reyes locales, de los franceses de Pondicherry. El completó mis datos y corrigió algunas de mis inexactitudes sobre las dinastías indígenas citando nombres, fechas, lugares y acontecimientos. Hablaba con seguridad y competencia, y su erudición denotaba una vastedad de conocimientos que llevaban a suponer que era un calificado experto, tal vez un profesor universitario o un ilustre estudioso. Se lo pregunté de manera directa, con una ingenuidad evidente, convencido de que la respuesta sería afirmativa. Él sonrió, no sin falsa modestia, y sacudió la cabeza.

–Solo un simple aficionado –dijo–, es una pasión que el destino me ha invitado a cultivar.

Su voz tenía un tono dolorido, me pareció, como una añoranza o una pena. Sus ojos brillaban, y su rostro lampiño parecía más pálido bajo la luz del vagón restaurante. Tenía las manos delicadas y los gestos cansados. Había una especie de inconclusión en su aspecto, algo a medio terminar, pero era difícil decir qué: pensé en algo enfermizo y oculto, como una vergüenza.

Regresamos a nuestro compartimento sin dejar de conversar, pero ahora su verborrea se había debilitado y nuestro coloquio iba intercalado de largos silencios. Mientras nos disponíamos a prepararnos para la noche, solo por decir algo, sin un motivo específico, le pregunté por qué viajaba en tren y no en avión. Creía que para una persona de su edad resultaría más fácil y cómodo utilizar el avión, en lugar de soportar un viaje tan largo; y probablemente yo esperaba que me confesara su temor a semejante medio de transporte, como les sucede a veces a las personas que no se habituaron a él en su juventud.

El señor Peter me miró perplejo, como si no hubiera pensado nunca en ello. Luego se le iluminó el rostro de repente y dijo:

–En avión uno disfruta de viajes cómodos y rápidos, pero se salta la India auténtica. Es verdad que los trenes que hacen largos recorridos corren el riesgo de llegar hasta con un día de retraso; pero si se tiene la suerte de dar con el tren adecuado se puede hacer un viaje muy confortable y llegar con absoluta puntualidad. Y además en tren siempre existe el placer de entablar una conversación, cosa que el avión no permite.

Fue más fuerte que yo y murmuré:

–India, a travel survival kit.

–¿Qué? –dijo él.

–Nada –contesté–, me he acordado de un libro –Y luego dije con seguridad–: Usted no ha estado nunca en Madrás.

El señor Peter me miró con candor.

–Para conocer un lugar no siempre es preciso haber estado en él –afirmó.

Se quitó la chaqueta y los zapatos, metió su maletín debajo de la almohada, corrió la cortina de su litera y me deseó buenas noches.

Me habría gustado decirle que él también tenía una tenue esperanza, y que por eso había tomado el tren: porque prefería acunarla y saborearla largo rato, en lugar de quemarla en el breve espacio de un viaje aéreo, estaba seguro. Pero naturalmente no dije nada, apagué la luz central, dejé la *veilleuse* azul, corrí mi cortina y le deseé buenas noches.

* * *

Nos despertó la molestia de la luz encendida de repente y una voz que pedía algo. Por la ventanilla se veía una barraca de tablones iluminada por una débil luz, con un letrero incomprensible. El revisor iba acompañado de un policía muy oscuro de aire sospechoso.

–Estamos entrando en el estado de Tamil Nadu –dijo el revisor con una sonrisa–, es un mero formalismo.

El policía tendió la mano y dijo:

–Documentación, por favor.

Examinó mi pasaporte con aire distraído y lo cerró de inmediato. Con el documento del señor Peter se entretuvo con mayor atención. Mientras lo examinaba descubrí que era un pasaporte israelí.

–¿Míster... Shi...mail? –silabeó dificultosamente el policía.

–Schlemihl –corrigió mi compañero de viaje–, Peter Schlemihl.

El policía nos devolvió los documentos, apagó la luz y se despidió fríamente. El tren corría de nuevo por la noche india, la luz de la bombilla azul creaba una atmósfera onírica, permanecemos largo rato en silencio, después al final yo hablé.

–Usted no puede llamarse así –dije–, existe un único Peter Schlemihl, es

una invención de Chamisso, y usted lo sabe perfectamente. Algo semejante solo se lo cree un policía indio.

Mi compañero de viaje no contestó. Después me preguntó:

–¿Le gusta Thomas Mann?

–Algunas cosas –repliqué.

–¿Qué le gusta?

–Los relatos, algunas novelas cortas, *Tonio Kröger*, *Muerte en Venecia*.

–No sé si conoce un prólogo a Peter Schlemihl –dijo–, es un texto admirable.

Se hizo de nuevo el silencio. Pensé que mi compañero se había dormido, pero no podía ser, claro. Solo esperaba que hablara yo, y yo hablé.

–¿Qué va a hacer usted en Madrás?

Mi compañero de viaje tardó en responder. Tosió ligeramente.

–Voy a ver una estatua –susurró.

–Es un largo viaje para ver una estatua.

Mi compañero no contestó. Se sonó la nariz varias veces.

–Quiero contarle una pequeña historia –dijo luego–, tengo ganas de contarle una pequeña historia.

Hablaba quedamente y su voz me llegaba afelpada desde el otro lado de la cortina.

–Hace muchos años, en Alemania, conocí a un hombre. Era médico, y tenía que visitarme. Estaba sentado detrás de un escritorio y yo estaba desnudo de pie delante de él. Detrás de mí había una fila de hombres desnudos que él tenía que visitar. Cuando nos llevaron a aquel lugar nos dijeron que servíamos para el progreso de la ciencia alemana. Junto al médico había dos guardias armados y una enfermera que llenaba las fichas. Él nos hacía preguntas precisas referentes a nuestras funciones viriles, la enfermera procedía a realizar ciertos análisis sobre nuestros cuerpos, y después escribía. La fila avanzaba con rapidez, porque aquel médico tenía prisa. Cuando ya había pasado mi turno, en lugar de continuar hacia la habitación a la que nos conducían, me entretuve unos instantes, porque mi mirada fue atraída por una estatuilla que el médico tenía sobre el escritorio. Era la reproducción de una divinidad oriental, pero yo no la había visto nunca. Representaba una figura danzante, con los brazos y las piernas en posiciones armónicas y divergentes

inscritas en un círculo. En aquel círculo solo quedaban unos pocos espacios abiertos, pequeños vacíos que esperaban ser cerrados por la imaginación de quien los miraba. El médico se dio cuenta de mi arrobo y sonrió. Tenía una boca delgada y burlona. Esta estatua representa el círculo vital, dijo, en el que deben entrar todas las escorias para alcanzar la forma superior de la vida que es la belleza. Le deseo que en el ciclo biológico previsto por la filosofía que concibió esta estatua pueda usted tener, en otra vida, un peldaño superior al que le ha correspondido en su vida actual.

Mi compañero de viaje se calló. Pese al ruido del tren podía percibir perfectamente su respiración pausada y profunda.

–Siga, por favor –le dije.

–No hay mucho que añadir –dijo él–, esa estatua era la imagen de Shiva danzante, pero yo entonces no lo sabía. Como ve, todavía no he entrado en el círculo de la renovación vital, y mi interpretación de aquella figura es otra. Lo he estado pensando todos los días, es lo único que he pensado en todos estos años.

–¿Cuántos años han pasado?

–Cuarenta.

–¿Se puede pensar en una única cosa durante cuarenta años?

–Creo que sí, si se ha vivido la vileza en propia carne.

–¿Y cuál es su interpretación de esa figura?

–Creo que no representa en absoluto el círculo vital. Representa simplemente la danza de la vida.

–¿En qué consiste la diferencia? –pregunté yo.

–Oh, es muy distinto –susurró el señor Peter–. La vida es un círculo. Hay un día en que el círculo se cierra, y no sabemos cuál. –Se volvió a sonar la nariz y luego dijo–: Y ahora discúlpeme, estoy cansado, si me permite me gustaría intentar dormir.

* * *

Me desperté en las afueras de Madrás. Mi compañero de viaje ya estaba afeitado y vestido con su impecable traje azul. Su aspecto era reposado y

sonriente, había subido su litera y me mostraba la bandeja del desayuno colocada encima de la mesa al lado de la ventanilla.

–He esperado a que se despertara para tomar el té juntos –dijo–. No he querido molestarle, dormía tan a gusto.

Entré en el cuartito de baño y me lavé con rapidez, recogí mis cosas, ordené mi equipaje y me senté delante del desayuno. Comenzábamos a atravesar un lugar habitado, una zona de aldeas populosas con los primeros indicios de la ciudad.

–Como ve, vamos perfectamente bien de horario –dijo mi compañero–, son las siete menos cuarto. –Dobló cuidadosamente su servilleta–. Me gustaría que también usted fuera a ver esa estatua –añadió–, se encuentra en el museo de Madrás. Me gustaría saber qué le parece.

Se levantó y cogió su maletín. Me tendió la mano y me saludó en su tono afable.

–Le agradezco a mi guía de viaje que me aconsejara este medio de transporte –dijo–, es cierto que en los trenes indios se pueden tener los encuentros más inesperados: su compañía ha sido para mí un placer y un consuelo.

–El placer ha sido recíproco –repliqué–, yo soy quien está agradecido a los consejos de mi guía.

Estábamos entrando en la estación, frente a un andén atestado de gente. El tren accionó los frenos y el convoy se paró suavemente. Le cedí el paso y él bajó en primer lugar, saludándome con la mano. Mientras se alejaba le llamé y él se volvió.

–No sé cómo hacer para comunicarle mi opinión –grité–, no tengo su dirección.

El retrocedió, con ese aire perplejo que yo ya conocía, y reflexionó un instante.

–Déjeme un mensaje en la oficina de American Express –dijo–, pasaré a recogerlo.

A continuación cada uno de nosotros se perdió entre la multitud.

* * *

Solo pasé tres días en Madrás. Fueron días intensos, casi febriles. Madrás

es una ciudad enorme de casas bajas y de inmensos espacios sin edificar, atascada por un tráfico de bicicletas, de autobuses inconexos y de animales; para recorrerla de una punta a otra hace falta mucho tiempo. Una vez resueltas las obligaciones que me esperaban me quedó un solo día de libertad, y preferí, antes que el museo, hacer una visita a los relieves rupestres de Kancheepuram, que distan muchos kilómetros de la ciudad. También en esta ocasión mi guía resultó ser una preciada compañía.

La mañana del cuarto día me encontraba en una estación de los autobuses que hacen el recorrido a Kerala y a Goa. Faltaba una hora para la salida, hacía un calor tórrido y las marquesinas del enorme hangar de la estación eran el único refugio contra el ardor de las calles. Para distraer la espera compré el diario en lengua inglesa de Madrás. Era un diario de solo cuatro hojas, con aspecto de hoja parroquial, muchos anuncios de todo tipo, resúmenes de películas populares, crónica urbana. En la primera página, muy destacada, estaba la noticia de un homicidio ocurrido el día anterior. La víctima era un ciudadano de nacionalidad argentina que vivía en Madrás desde 1958. Se le describía como un señor esquivo y discreto, sin amistades, setentón, que vivía en un chaletito del barrio residencial de Adyar. Su mujer había fallecido tres años antes por causas naturales. No tenían hijos.

Había muerto de un disparo en el corazón. Era un homicidio aparentemente inexplicable, porque el asesino no había actuado con intención de robar. La casa estaba en orden, no había nada roto. El artículo describía la vivienda como una residencia sencilla y sobria, con algunas piezas artísticas de buen gusto y un pequeño jardín. Parecía que la víctima era un entendido en arte dravídico; el diario mencionaba algunos servicios prestados a la catalogación del museo local y publicaba la fotografía de un desconocido: el rostro de un anciano calvo, de ojos claros y boca delgada. Era una descripción neutra y anodina. El único detalle curioso era la fotografía de una estatuilla pegada al rostro de la víctima. Se trataba sin duda de una combinación plausible, porque la víctima era un entendido en arte dravídico y la danza de Shiva es la pieza más famosa del museo de Madrás, una especie de símbolo. Pero aquella asociación plausible suscitó en mí otra asociación. Todavía faltaban veinte minutos para la salida, busqué un teléfono y marqué el número de la oficina de American Express. Me contestó una amable señorita.

–Querría dejar un mensaje para el señor Schlemihl –dije.

La señorita me rogó que aguardara un instante y luego dijo:

–De momento no tenemos a nadie registrado bajo ese nombre, pero si lo desea puede dejar de todas maneras su recado, le será entregado tan pronto como pase. Oiga, oiga –repitió la telefonista, que ya no oía mi voz.

–Un segundo, señorita –dije–, déjeme pensar un segundo.

¿Qué podía decir? Pensé en la ridiculez de mi recado. ¿Que había entendido tal vez? ¿Y qué había entendido? ¿Que el círculo se había cerrado para alguien?

–No tiene importancia –dije–, he cambiado de idea.

Y colgué.

No descarto la posibilidad de que mi imaginación haya volado más de la cuenta. Pero si hubiese adivinado cuál era la sombra que el señor Schlemihl había perdido, y si alguna vez se da la casualidad de que lea este relato, por el mismo extraño azar que nos llevó a encontrarnos aquella noche en el tren, me gustaría hacerle llegar mi saludo. Y mi pena.

CAMBIO DE MANO

Dado que en el fondo la costumbre es un rito, creemos hacer algo como si fuera un placer y en realidad estamos obedeciendo un deber que nos hemos impuesto. O también un conjuro, pensó, puede que la costumbre sea también una forma de exorcismo, y después se percibe como un placer. Pensó si era realmente un placer tomar el ferry aquel sábado en Battery Park, en medio de la multitud de turistas con aire estúpido, realizar esa pequeña travesía que siempre le provocaba cierto malestar en el estómago, pasear por el enorme pedestal de granito contemplando los rascacielos y las gaviotas. Ningún placer, decidió. O mejor dicho: ya ningún placer. Era un rito, evidentemente, un homenaje a una excursión realizada muchos años atrás, por primera vez, cuando estaba Dolores. Y además contemplar la Libertad desde abajo, su mole enorme, la antorcha tendida como una promesa. ¿Hacia quién? ¿Y para cuándo? Pero entonces tenía otro sentido: había sido una peregrinación, y al mismo tiempo un talismán, como un bautismo por la primera operación. Posiblemente era por Dolores, pensó, lo estaba haciendo por ella, por su memoria, era un acto repetitivo y continuado, como quien no cambia una costumbre para no eliminar un recuerdo. Y por el mismo motivo le gustaba tomar el autobús hasta Brooklyn Heights, pasearse por sus calles con las destartadas casitas del siglo XIX, le parecía seguir oyendo su voz, su graciosa manera de pronunciar «brownstones», con aquella ese tan especial que tienen los sudamericanos, como cuando decía «la Causa», y parecía que lo estaba diciendo con una doble ese. Como Rosario. «Da Rosario», el helado en Little Italy, también aquello formaba parte del ritual, homenaje a los tiempos pasados, a Dolores le gustaban los italianos, a él menos, pese a su madre siciliana, el viejo italiano había muerto dos años antes, ahora lo llevaba el hijo, americano ya, nadie se conocía, caras anónimas, un helado de pistacho con seltz, por favor, con Dolores se sentaban a la mesa de la esquina con la mampara de cuero, una vista del Etna en un marco, un arpa de boca, quitapenas, quítame las penas, estoy cansado. Pensó: cansado; la Causa; noche de ópera. Qué idea tan genial. A veces se les ocurrían cosas así a esos.

Le habría gustado verlos alguna vez. ¿Dónde estaban, en Nueva York, en Londres, en Ginebra, dónde? Administraban el dinero, enviaban las órdenes, todo limpio, eficiente, silencioso, a distancia. Apartado de correos, nombre falso, pasar una vez al mes, a veces durante meses sin hacer nada, nada de nada, silencio, a veces una nota de ese estilo, de un día para otro. The Met, domingo 2 de noviembre, cuarta fila, Rigoletto, escena séptima, entregar en el momento de «Sparafucil mi nomino»,¹¹ retirar la suma como de costumbre, viva la Causa. Nada más: el billete de entrada, la primera butaca de la cuarta fila, de modo que pueda vigilar toda la fila inclinando apenas la cabeza. Imbéciles. Y para todo lo demás procura apañártelas solo. Todo lo demás que no era poco. Fue al servicio y telefoneó a Bolívar, en la oficina había un ruido infernal, pero la conversación era de lo más sencilla: ¿lo tienes? Lo tengo. Paso inmediatamente. Te espero. Pero no colgó enseguida, sabía que infringía las reglas, pero era la rabia que sentía: esos idiotas me mandan al teatro, quieren jugar a James Bond. Colgó el auricular con rabia, como si fuera culpa del teléfono, quitapenas, quítame las penas, y ahora todo lo demás. Una palabra, todo lo demás. En primer lugar el hotel, veamos, se llama... ¿cómo se llama?, había pasado por delante quién sabe cuántas veces y ahora no se acordaba del nombre, inútil. La vejez, a eso se debía. Pero qué vejez ni qué narices, viejo estúpido, son esos idiotas con sus jueguecitos los que están atontados. Es inútil, mejor que llame a información. Sí, señorita, por favor querría el nombre de tres o cuatro hoteles de Central Park, los mejores, y sus respectivos teléfonos.

Un momento. Nada de un momento, una infinidad de tiempo, Rosario júnior que le hace el gesto desde la barra de que su helado de pistacho se está derritiendo, sí, dígame, lo estoy anotando: Plaza, Pierre Hotel, Mayfair Regent, Park Lane, Waldorf-Astoria, es suficiente, gracias. Y ahora comencemos con los intentos, el helado ya se ha derretido, Rosario júnior puede tirarlo. No hay sitio en el Plaza, lógico, esta ciudad está llena de ricos. Lo mismo ocurre en el Pierre. Ojalá fuera el Mayfair, había también un restaurante elegante, Le Cirque, estuvo en él una vez, por lo menos una buena cena después del espectáculo, mire si puede encontrarme una habitación, por

favor, solo es por una noche. Lo siento, señor, el hotel está completo, no insista. Vete al infierno. Park Lane, por fin, era imposible que no hubiera una habitación libre en cuarenta y seis pisos, confirmada, señor Franklin, buenas noches, gracias. Qué cansancio. Pero ahora todo estaba resuelto, al día siguiente iría a retirar el paquete, mejor no dormir con todo ese dinero en casa, y el esmoquin también podía alquilarlo al día siguiente, tenía tiempo, pero ahora le esperaba Bolívar, que le esperase, así que había salido y había tomado un taxi para Battery Park, porque tenía ganas de acariciar la estatua de la Libertad, su viejo ritual, y después contemplar el mar y las gaviotas sentados en un banco y pensar en Dolores. Arrojó al agua un corcho de botella, agua sucia, asfalto sucio, también la Libertad estaba sucia, esta ciudad es sucia. Dos señoras con impermeable transparente le tendieron su cámara fotográfica diciendo por favor, y posaron con la sonrisa forzada de los fotografiados. Las encuadró en el objetivo intentando tomar también un escorzo de los rascacielos, como ellas querían, pensó en lo extraño que era aquel ojito que se abría y se cerraba, clic, y un instante muerto quedaba atrapado allí dentro, eterno e irrepetible. Clic, gracias, de nada, buenas tardes, clic, un instante, diez años pasados en un instante, Dolores fallecida, irrepetible, y sin embargo estaba allí solo un instante antes y sonreía contra los rascacielos, en aquel mismo punto, clic: diez años. De repente notó todos aquellos años sobre los hombros, y también sus cincuenta años, pesados como las toneladas de aquel coloso de metal y de piedra, lo mejor era ir a ver a Bolívar, así no pensaba más en ello, y de paso podía alquilar el esmoquin, era una locura conservar en casa hasta el día siguiente todo aquel dinero, otra infracción a las reglas, pero también ellos estaban locos por obligarle a hacer una entrega semejante, ¿qué era, una prueba de su eficiencia, una comprobación de su posible vejez? Un estreno en el Metropolitan, esmoquin y miles de dólares al contado, vaya broma.

Era una broma, Bolívar, estaba bromeando. Prefirió una excusa tonta, había sido incluso demasiado imprudente. El cabezón rizado de Bolívar, el despacho acristalado en la ruidosa oficina, el paquete en papel de embalar marrón, claro, viejo, de vez en cuando hace falta una broma, a propósito, cómo van los negocios, no me quejo, los accidentes de coche siguen en aumento, ja, ja, Bolívar. Aquella cara un poco gitana con ojos de perro

manso, el mono firestone, diez años así, una amistad sin amistad, sin preguntar nunca nada, sin decir nunca nada: quién eres, qué haces, dónde vas, cómo vives, nada. Un apretón de manos, cómo van los negocios, quieres un cigarrillo, esta es la pasta para ti. Pero quién te da la pasta, Bolívar, dónde la recoges, quién te la trae, me gustaría saberlo. Y Bolívar le miró con los ojos desorbitados, pero qué preguntas haces, cómo se te ocurre. Nada, sin más, he sentido curiosidad de repente, estoy envejeciendo. Eres un chaval, Franklin. Estoy envejeciendo, ya lo sé, ellos también lo saben, dentro de poco ya no les resultaré útil, se desprenderán de mí, ya sabes cómo ocurren ciertas cosas, Bolívar, puede que seas precisamente tú el que se desprenda de mí, un día te llega una orden. Pero qué estás diciendo, Franklin. Nada, bromeaba, Bolívar, hoy tengo ganas de bromear, les he sacado una fotografía a dos turistas y en el instante de un disparo han pasado diez años, cosas que ocurren. Te acompaño a la puerta, Franklin, pero, a propósito, es cierto eso de que te mandan al teatro, qué teatro. Pero qué preguntas me haces, Bolívar, cómo se te ocurre, eso no se pregunta, hasta la vista. Yo también estaba bromeando, Franklin, hasta la vista.

* * *

Para convencer al taxista de que debía llevarle del hotel al Metropolitan, allí, a pocos metros, le pasó bajo las narices un billete de cincuenta dólares. Nada de discusiones con nadie, y mucho menos correr el peligro de recorrer ni siquiera cien metros a pie, con todo aquel dinero encima, y además vestido así, era como decir: adelante, atracador. El taxista se embolsó el billete y ni siquiera puso en marcha el taxímetro. Taxista con corbata de pajarita, de los que paran en Park Lane, educados, una especie rara. Bajó entre la multitud. Luces como de día, gente elegante frente a la fuente luminosa, señoras vestidas de largo, el gran mundo. El vestíbulo ya estaba lleno, dejó la bufanda y el abrigo en el guardarropa, miró a su alrededor. El contacto no estaba en aquel lugar, había cosas que las sentía. Fue al bar de la planta baja, un zumo de naranja y una aceituna, gracias, el contacto estaba allí, entre esa gente. Algunas veces lo había descubierto a la primera ojeada, pero se trataba de lugares fáciles: la biblioteca de la Asociación Hispánica, la sección de

juguetes de los almacenes Sacks, la oficina de turismo de Columbus Circle. Miró a su alrededor. Demasiada gente. Demasiada luz. Demasiado terciopelo rojo. Entró en la sala y se instaló en su butaca, quería observar a sus vecinos mientras llegaban, resultaría más fácil. Ya había bastante gente. Empezó a examinar las caras. Un japonés de unos treinta años, gafas doradas, expresión impenetrable, profesión incomprendible. Un cincuentón intelectual en compañía de un jovencito rubio, manos blanquísimas y rostro delicado. Una pareja madura, él tipo abogado de Boston. Una chica rubia al lado de un señor anciano, difícil afirmar si iban juntos, en caso afirmativo la hipótesis era: él un gran industrial y ella la amiguita, seguro que no estaban casados, de todos modos él llevaba alianza. Luego llegaron dos parejas jóvenes, tipo recién casados ricos de provincias, y un viejecito con un esmoquin demasiado ancho, dos hipótesis: intenso tratamiento adelgazante o traje alquilado. Y por último un joven moreno, fino bigote negro, pelo liso, tipo sudamericano, que se acomodó a su lado. El gong.

Y ahora *le roi s'amuse*. Pero ¿qué rey, y de qué? Rey de fantasmas, de incógnitas, no se divertía. El Duque sí, sabía cómo comportarse, «della mia bella incognita borghese toccare il fin dell'avventura io voglio», lo cantó con la convicción de la estrella que sabe que la velada es suya, habéis venido a verme de toda Nueva York, soy el mejor tenor del mundo, esta es mi tarjeta de visita. Aplausos de inmediato. Público fácil, de estreno mundano. La escenografía era vulgar, con un palacio de Mantua adecuado para un plató cinematográfico, demasiado rosa y demasiado azul, terrible, mejor que la vista descanse. Incluyó ligeramente la cabeza dirigiendo la mirada sobre el abanico de su fila. La rubia se había puesto un par de gafas de *soirée* con las patillas salpicadas de cristales, parecía muy concentrada. Su probable acompañante tenía un aire más distraído, sus ojos seguían a la Contessa di Ceprano, que cruzaba el escenario en compañía de una dama, a veces las mezzo-sopranos son generosas sin desbordarse, belleza adecuada para un gran industrial sesentón, «anco d'Argo i cent'occhi disfido se mi punge una qualche beltà». El japonés tenía un tic en el ojo izquierdo, lo guiñaba dos veces consecutivas y luego enarcaba imperceptiblemente la ceja, no permitía más interpretación. Las dos parejas provincianas rezumaban felicidad. Una de las jóvenes esposas, la menos fea, tenía una mancha de carmín en la comisura

de la boca, quizá a causa de la prisa por llegar a tiempo y el maquillaje retocado en el taxi, si se lo dijeran se moriría de vergüenza. El intelectual estaba aburrido, debía de ser el único con suficiente buen gusto como para que no le gustara el espectáculo; también su rubito parecía aburrido, probablemente por la razón contraria. El anciano señor, en cambio, parecía arrobado, acompañaba con los labios «Monterone, tu che d'un padre ridi al dolore sii maledetto». Hipótesis: no era un gran entendido, los grandes entendidos no se dejan arrebatar por una versión como esta. Otra hipótesis: era un entendido sentimental, de esos que se conmueven con Caruso y las canciones napolitanas, pero ese tipo de entendidos no frecuenta los estrenos del Metropolitan. El probable sudamericano: joven, elegante, aire de conquistador, incongruente con la ópera. Y la mirada receptiva, porque se sintió observado. Volvió los ojos y le miró a su vez, primero con rapidez, después con una mirada más larga. El coro atacó el aria final de la sexta escena, pero el Duque les superó a todos, «più speme non c'è, un'ora fatale fu questa per te». Telón, aplausos ensordecedores. El joven le miró de nuevo y guiñó un ojo, luego aproximó la boca a su oído y le susurró con fuerte acento italiano: canta en un pésimo italiano, es un fatuo, todos los tenores son un poco fatuos. Y sonrió. El también sonrió e hizo un ademán de aprobación con la cabeza. Franklin, te has equivocado, pensó. Le entraron ganas de irse.

Pero la escenografía del callejón era pasable, más realista y menos vulgar. Y el bajo un Rigoletto excelente, también buen actor, preguntó cómo se suele pagar, «una metà si anticipa il resto si dà poi», cantó Sparafucile. Ahora volvió la cabeza por completo, contemplando ostensiblemente la fila. Ah, qué dirección tan lenta, todo se arrastraba, con excesivas pausas, adelantó de memoria los compases, las frases, luego se detuvo y esperó. Ahora, ya está: Sparafucile se llevó una mano al corazón con gesto grandilocuente y estiró el otro brazo, «Sparafucil mi nomino», la muchacha rubia volvió la cabeza unos tres cuartos y sus miradas se cruzaron, ella hizo un leve gesto de asentimiento, tenía una boca maliciosa, casi sonriente, luego dirigió de nuevo la mirada hacia el escenario y ya no se giró. Otro fracaso, Franklin. Y luego también pensó: no es posible. Se metió la mano debajo de la chaqueta, el dinero estaba distribuido uniformemente debajo de la ancha faja elástica de la cintura, lo tocó para asegurarse de que todo estaba en orden, cerró los ojos y

su conciencia abandonó aquella sala, la música, en un instante estuvo lejos, en el espacio y en el tiempo.

La esperó apartado de la multitud del bar, al fondo del pasillo, ella llegó con su asomo de sonrisa en los labios, se dirigió hacia él segura y decidida, era el contacto, no había duda. Buenas noches, ¿quiere tomar algo? No, gracias, preferiría realizar la operación cuanto antes, supongo que habrá dejado una caja de bombones en el guardarropa, ¿nos intercambiamos los resguardos? Si, por el contrario, ha traído el dinero consigo, vamos al teléfono, así por lo menos utilizaré este bolso de noche, para encontrar uno tan grande he tenido que recorrer toda la ciudad. Voz firme, indiferente. Pómulos elevados, ojos marrones, guapa. ¿Treinta años, cuarenta? Difícil atribuirle una edad precisa. Encendió un cigarrillo y lo miró con tranquilidad. Desenvuelva, profesional. Ahora no, dijo él, lo siento, no es el momento, al final del espectáculo, si el gran industrial no se entromete. ¿Qué gran industrial? El que está sentado a tu lado. No digas idioteces, he venido sola, a ese no le he visto en toda mi vida, pero no entiendo por qué me haces esperar hasta el final. Después lo entenderás.

* * *

Pero ¿por qué después? ¿Acaso él lo entendía? No lo entendía, y no tenía ganas de pensarlo. Sin más. Porque estoy cansado, porque he tomado una fotografía. Porque Dolores ya no está, porque ha pasado demasiado tiempo, porque porque porque. Porque sí. Porque quiero ir a cenar, vente a cenar conmigo. Abandonaron la sala mientras el público pedía la reaparición del tenor. Ella le seguía en silencio. En el guardarropa él retiró la bufanda y el abrigo, giró las manos mostrando las palmas, mira, ningún as en la manga, nada de bombones en depósito, he dejado el dinero en el hotel, si lo quieres ven a recogerlo, pero antes voy a cenar, tengo un hambre voraz, no he comido desde ayer, solo un helado de pistacho derretido. ¿En qué hotel estás? Ah, no, si quieres el dinero ven a cenar conmigo, y si no tienes hambre te quedas mirándome mientras como. Ella se rió y le tomó del brazo, decidimos en el taxi. Yo propondría el Lutece, cocina francesa, la mejor de Nueva York, la velada se merece una cena francesa. De acuerdo. Silencio durante el

trayecto, solo esto: no respetas las reglas, tenías que darme la pasta en el teatro. Es cierto, de acuerdo, pero pensemos en la cocina francesa, ahora ya no tiene remedio.

Ocuparon una mesa discreta. Camarero, llévese todas estas velas, con una basta, queremos poca luz. ¿Hacemos locuras? De acuerdo. Entonces ostras para empezar, el champán no muy helado, ¿cómo te llamas? No tiene importancia. Yo me llamo Franklin, ¿cómo te llamas? Llámame como te parezca. Perfecto. Comoteparezca es un bonito nombre, pero parece más bien un apellido, pero si lo quieres así, Comoteparezca. A veces se empieza de este modo, con una broma, luego la conversación fluye sola, sigue su curso, si el canal funciona. Funcionaba, el vino ayuda. Habló casi siempre él: el East River, tanto tiempo antes, y los viajes a México, y luego los entusiasmos, los amigos fallecidos, todos fantasmas. Estoy cansado, dijo, estoy solo, ahora basta. Piña con licor de postre, dos cafés. Camarero, deme también una gran caja de bombones, por favor. Se disculpó y se fue a los servicios, arrojó los bombones a la papelera, llenó la caja con los dólares, al volver pagó la cuenta, le compró una rosa a la muchacha del tabaco y la metió en la caja. Aquí lo tienes, dijo al regresar, es chocolate de marca, lo llevaba conmigo, disculpa la comedia. Ella echó una ojeada en el interior. ¿Por qué lo has hecho? Necesitaba compañía, llevo demasiados años comiendo a solas, espero que la cena haya sido de tu agrado, y ahora discúlpame, me voy a dormir, gracias por la compañía, Comoteparezca, buenas noches, creo que ya no nos veremos más.

Al atravesar la sala le dio una buena propina al camarero, *merci Monsieur, au revoir*, las piernas le sostenían bien, solo estaba algo ebrio, pero nada de mareos, una sensación agradable. Ella llegó cuando ya había subido al taxi, entró decidida, voy contigo, él la miró y ella le sonrió, yo también estoy sola, hagámonos un poco de compañía, solo por esta noche. La responsabilidad es tuya, Comoteparezca, llévenos a Park Lane, por favor.

Dejemos las cortinas descorridas, así vemos la ciudad y la noche, es hermosa Nueva York desde el piso cuarenta, cuántas luces, cuánta gente, cuántas historias detrás de todas esas ventanas, abrázame, es hermoso estar

aquí, mira aquel edificio, parece un transatlántico, si ahora comenzara a moverse y zarpase en la noche me parecería completamente natural. A mí también. Cómo te llamas, Comoteparezca es más bien un apellido, dime el nombre, inventa el que quieras. *Sparafucil mi nomino*. Eso ya está mejor, Sparafucile Comoteparezca, ha sido estupendo, me ha parecido amarte con un amor auténtico, hace años que no me pasaba, discúlpame, voy un momento al cuarto de baño.

Las luces de los cuartos de baño, siempre inadecuadas, demasiado crudas, como si el baño fuera un camerino de teatro. Se miró en el espejo. Con la luz que llovía de las lámparas de foco su calvicie era penosa pero le importaba muy poco. Se enjuagó los dientes y se frotó las sienes. Incluso habría podido silbar. Sobre el estante de mármol estaba el pequeño estuche de maquillaje de ella. No habría sabido decir por qué lo abrió, a veces se hacen gestos así, por intuición. Es curioso encontrarse a uno mismo en un estuche de maquillaje. Su fotografía estaba entre el colorete y el espejito. Tomada con teleobjetivo, de cuerpo entero, por la calle, quién sabe dónde. La sostuvo entre el índice y el pulgar durante unos segundos, antes de conseguir formular una idea clara. Ella no podía saber quién era él, no podía conocerle. No debía. Miró atentamente su imagen en la instantánea de grano grueso de las fotografías tomadas con teleobjetivo, un hombre anónimo entre la multitud, la cara un poco marcada, flaco: Franklin. Imaginó inmediatamente el círculo de la mirilla del teleobjetivo que apuntaba a su rostro o su corazón. Clic. Mientras giraba el pomo de la puerta pensó en el gran bolso de noche que ella llevaba consigo, ahora sabía que no contenía exclusivamente dinero, de haber querido pensar en ello lo habría sabido incluso antes, pero tal vez no había querido pensar en ello. Pensó que le daba pena, no por el hecho en sí, sino por todo lo demás, porque había sido hermoso. Pensó también que le habría gustado decirle que le daba pena que Sparafucile fuera precisamente ella, qué lástima, resultaba gracioso, cuando todo parecía diferente. Pero sabía que no le daría tiempo.

CINE

1

La pequeña estación estaba casi desierta. Era la pequeña estación de una localidad costera, con palmeras y pitas junto a los bancos de madera. En su inicio, más allá de la verja de hierro forjado, había una calle que llevaba al pueblo; al fondo, una escalinata de piedra bajaba hasta la playa.

El jefe de estación se asomó de la cabina de cristal con el tablero de mandos y caminó bajo la marquesina hasta las vías. Era un hombrecillo gordo con bigotes. Encendió un cigarrillo y miró con incertidumbre el cielo cargado de nubes. Sacó una mano fuera de la marquesina para ver si empezaba a llover, luego dio media vuelta y metió las manos en los bolsillos con aire absorto. Los dos obreros que aguardaban el tren, sentados en el banco bajo el rótulo con el nombre de la localidad, le hicieron un breve saludo y él contestó con un gesto de la cabeza. En el otro banco estaba sentada una anciana vestida de negro, con una maleta atada con un cordel. El jefe de estación miró a uno y otro lado de las vías, la campana que anunciaba la llegada de los trenes comenzó a sonar y él entró de nuevo en la cabina.

La muchacha surgió de la verja en aquel momento. Llevaba un vestido de lunares, unos zapatos que se ataban al tobillo y una chaqueta de lana azul. Caminaba rápidamente, como si tuviera frío, y una masa de pelo rubio flotaba bajo su fular. Llevaba en la mano un maletín de tela y un bolsito de paja. Uno de los obreros la siguió con la mirada y dio un codazo a su compañero, que parecía distraído. La muchacha miró al suelo con indiferencia y entró en la sala de espera cerrando la puerta a sus espaldas. Estaba desierta. Había una gran estufa de hierro en una esquina y la muchacha se dirigió a ella quizá con la esperanza de que estuviera encendida. La tocó desilusionada y dejó encima de ella el bolso de paja. Después se sentó en un banco y sintió un ligero escalofrío, llevándose las manos a la cabeza. Permaneció así largo rato, como si llorara. Era hermosa, de facciones delicadas y tobillos finos. Se quitó el fular y se arregló el pelo agitando la cabeza. Su mirada vagó por las paredes

de la sala como si buscara algo. Había carteles amenazadores con instrucciones para los ciudadanos dadas por las fuerzas de ocupación y bandos con fotografías. La muchacha miró a su alrededor atemorizada, luego cogió el bolso que había dejado sobre la estufa y lo depositó a sus pies, como si quisiera protegerlo con las piernas. Encogió los hombros y se subió el cuello de la chaqueta. Sus manos estaban inquietas y se veía que estaba muy nerviosa.

La puerta se abrió de golpe y entró un hombre. Era alto y delgado, llevaba un impermeable claro que se cerraba con un cinturón y un sombrero de fieltro que le cubría parte de la cara. La muchacha se levantó inmediatamente y lanzó un grito que le borboteó en la garganta:

–¡Eddie!

El hombre se llevó un dedo a los labios y avanzó hacia ella. Sonrió y la estrechó en sus brazos. La muchacha dejó caer la cabeza sobre su pecho, abrazándole.

–¡Oh, Eddie! –murmuró cuando se separó de él–. ¡Eddie!

El hombre la obligó a sentarse y caminó hasta la puerta, mirando fuera con aire furtivo. Luego se sentó a su lado y sacó del bolsillo unas cuantas hojas dobladas.

–Entrégaselas personalmente al mayor inglés –le dijo–, después te diré cómo.

La muchacha las cogió y se las metió en el seno. Parecía asustada y tenía los ojos llenos de lágrimas.

–¿Y tú? –preguntó.

Él hizo un gesto de contrariedad. En aquel momento se oyó el ruido de un convoy y un tren de mercancías desfiló ante el cristal de la puerta. El hombre se hundió el sombrero sobre la frente y sumergió el rostro en un diario.

–Ve a ver qué ocurre.

La muchacha se encaminó hacia la puerta y echó una ojeada al exterior.

–Es un tren de mercancías, han subido los dos obreros que estaban en el banco.

–¿Hay alemanes?

–No.

Se oyó el silbato del jefe de estación y el tren arrancó. La muchacha

regresó hacia el hombre y le cogió las manos.

–¿Y tú? –repitió.

El hombre dobló el periódico y se lo metió en el bolsillo.

–No es el momento de pensar en mí –dijo–. Ahora cuéntame con detalle el calendario de la compañía.

–Mañana estaremos en Niza, tres días de espectáculos. El sábado y el domingo Marsella, y luego Montpellier y Narbona, un día en cada sitio: toda la costa.

–Será en Marsella, el domingo –dijo el hombre–. Después del espectáculo recibirás a tus admiradores en el camerino. Hazlos pasar de uno en uno. Muchos te traerán flores, habrá sin duda espías alemanes, pero también algunos de los nuestros. De todos modos, tú lee siempre las notas en presencia del visitante, porque no tengo ni idea de cómo se presentará la persona a la que debes pasar la información.

La muchacha le escuchaba con atención. El hombre hizo una pequeña pausa y encendió un cigarrillo.

–Una de las notas llevará escrito: *fleurs pour une fleur*. Entrégale los documentos al hombre que te traiga esas flores, es el mayor.

La campana de debajo de la marquesina volvió a sonar y la muchacha miró su reloj.

–El tren estará aquí dentro de unos minutos y..., Eddie, por favor...

El hombre no la dejó terminar.

–Prefiero que me hables del espectáculo, el domingo intentaré imaginármelo.

–Salen todas las chicas de la compañía –contestó ella sin entusiasmo–, cada una de ellas imita a una actriz actual o del pasado, ese es el espectáculo.

–¿Y el título? –preguntó él con una sonrisa.

–Cine Cine.

–Me parece un título hermoso.

–Es un desastre –dijo ella convencida–, las coreografías las ha hecho Saverio, imagínate, y yo bailo con un traje con el que me tropiezo siempre, hago de Francesca Bertini.

–Cuidado –bromeó él–, las grandes trágicas no pueden caer.

La muchacha se llevó otra vez las manos a la cara y se echó a llorar. Estaba

más hermosa que nunca, con las mejillas surcadas de lágrimas.

–Ven conmigo, Eddie, por favor, ven –murmuró.

El hombre le secó las lágrimas con dulzura, pero su voz se endureció, como si tuviera que vencer un gran deseo.

–Calla, Elsa –dijo–, procura entender la situación. –Luego adoptó un tono ligeramente gracioso–. ¿Cómo crees que podría pasar, vestido de bailarina con una peluca rubia?

La campana de la marquesina dejó de sonar. Empezó a oírse en la lejanía el ruido del tren. El hombre se levantó y se metió las manos en los bolsillos.

–Te acompaño al andén.

La muchacha sacudió la cabeza con firmeza.

–No quiero, es peligroso.

–Te acompaño de todos modos.

–Por favor.

–Otra cosa –dijo él moviéndose–, sé que el mayor es un hombre galante, no le dediques demasiadas sonrisas.

La muchacha le miró suplicante.

–¡Oh, Eddie! –exclamó con tono desgarrador ofreciéndole la boca.

Él quedó desconcertado un instante, como si no supiera qué hacer, como si no tuviera valor para besarla. Luego le dio un beso casi paternal en una mejilla.

–¡Stop! –gritó el ayudante de dirección–. ¡Corten!

–¡Así no! –retumbó la voz del director por el megáfono–. ¡Hay que repetir la última parte!

Era un joven barbudo con una larga bufanda al cuello. Bajó del taburete móvil pegado a la cámara y fue a su encuentro.

–¡Así no! –resopló disgustado–, hace falta un beso apasionado, a la antigua, como en la primera película. –Abrazó demostrativamente a la actriz con el brazo izquierdo, obligándola a volverse hacia atrás–. Échese sobre ella y bésela con pasión –le dijo al actor. Y después les gritó a los demás–: ¡Descanso!

El café de la pequeña estación estaba invadido por el equipo, que se amontonaba en la barra. Ella se quedó en la puerta ligeramente perpleja sobre lo que debía hacer, mientras él desapareció entre la gente. Al cabo de un rato reapareció con dos cafés con leche en precario equilibrio y le hizo un gesto con la cabeza señalando hacia fuera. En la parte trasera de la caseta del café había un pequeño patio rocoso, cubierto por una pérgola emparrada, que también servía como almacén del bar. Había cajas de bebidas vacías y viejas sillas desvencijadas. Se sentaron en ellas utilizando otra de mesita.

–Hemos llegado al final –dijo él.

–Se ha empeñado en rodar la última escena al final –contestó ella–, no he entendido por qué.

Él sacudió la cabeza.

–Es *moderno* –dijo, enfatizando el adjetivo–, parece un producto de los *Cahiers du Cinéma*. Cuidado, el café con leche está ardiendo.

–Sigo sin entenderlo –dijo ella.

–¿En América son diferentes?

–Creo que sí –dijo ella con seguridad–, menos presuntuosos, menos... intelectuales.

–Pero este es bueno.

–De todos modos en otros tiempos las cosas no se hacían así –replicó ella.

Permanecieron en silencio sorbiendo el capuchino. Eran las once de la mañana y el mar centelleaba. Se podía ver al otro lado del seto de ligustros que rodeaba el muro del patio. El sol había perforado las nubes y parecía comenzar a animarse. Los pámpanos de la pérgola eran de un rojo flamante y la luz del sol creaba manchas móviles sobre la gravilla del suelo.

–Es un otoño espléndido –dijo él contemplando el techo de hojas. Y luego prosiguió como absorto–: En otros tiempos. Causa cierto efecto oírte decirlo.

Ella no contestó y se abrazó las rodillas doblándolas contra el pecho. También ella tenía un aire absorto, como si hasta entonces no hubiera pensado en lo que significaban sus palabras.

–¿Por qué has accedido a hacerlo? –preguntó por fin.

–¿Y tú?

–No lo sé, pero yo he sido la primera en preguntar.

–Por ilusión –dijo él–, en fin... revivir... eso, algo así, no te lo sabría decir.

¿Y tú?

–Tampoco sabría decírtelo, por lo mismo también, creo.

El director asomó por el sendero que rodeaba el café. Parecía muy alegre y sostenía en la mano una jarra de cerveza.

–¡Mira dónde se han metido las estrellas! –exclamó, y se desplomó sobre una de las butaquitas maltrechas con un suspiro de satisfacción.

–Por favor, ahórrenos los discursos sobre la belleza del sonido directo –dijo ella–, ya nos ha dado suficientes lecciones.

El realizador no se lo tomó a mal y comenzó a charlar con desenvoltura. Habló de la película, del significado de esa nueva versión, de por qué había elegido los mismos actores tantos años después y por qué quería dar un tono tan enfático a su *remake*. Cosas que ya había dicho, resultaba evidente por la indiferencia con que era escuchado, pero que por supuesto él las contaba encantado, era casi como si se hablara a sí mismo. Terminó su cerveza y se levantó.

–Solo necesitaríamos que lloviera un poco –dijo al alejarse–, sería una lástima rodar las últimas escenas con mangueras.

Antes de doblar la esquina precisó:

–Seguimos dentro de media hora.

Ella miró a su compañero con aire interrogante y se encogió de hombros agitando la cabeza.

–En la última escena llovía –especificó él–, yo me quedaba bajo la lluvia.

Ella rió y apoyó una mano sobre su hombro, como para explicar que lo sabía perfectamente.

–¿En América siguen proyectándola? –preguntó él con una expresión algo estúpida.

–¡Pero si el director nos ha obligado a verla once veces! –rió ella con más fuerza–. De todos modos, en América siguen proyectándola alguna vez en los cineclubs.

–Aquí también –dijo él. Y luego preguntó de repente–: ¿Cómo está el mayor?

Ella le miró con expresión interrogante.

–Howard –especificó él–, yo ya te había avisado de que no le dedicaras demasiadas sonrisas, pero evidentemente no seguiste mi consejo, aunque

después no incluyeran la escena en la película. –Pareció reflexionar un instante–. Nunca he entendido por qué te casaste con él.

–Yo tampoco –dijo ella con tono algo infantil–, era muy joven. –Su expresión se relajó, como si hubiera apartado la desconfianza y quisiera dejar de mentir–. Para hacerte un desaire –dijo con calma–, esta fue la razón principal, pero puede que no fuera muy consciente. Y además quería ir a América.

–¿Y Howard? –volvió a preguntar él.

–Nuestro matrimonio no tardó en fracasar, él no estaba hecho para mí, y yo no estaba hecha para el cine.

–Desapareciste en la nada, ¿por qué has dejado de actuar?

–A la gente como yo, que había hecho una película de éxito por casualidad, porque había ganado una prueba, les resultaba difícil continuar en este oficio. En América son profesionales, una vez hice una serie de telefilms para una cadena televisiva, yo era un desastre, me habían dado el personaje de una mujer rica y un poco amargada, envidiosa de la vida, ¿tú crees que era mi tipo?

–Creo que no, tienes aspecto de mujer feliz. ¿Eres feliz?

Ella sonrió.

–No –dijo–, pero tengo muchas cosas.

–¿Muchas cosas cómo?

–Una hija, por ejemplo. Es una muchacha deliciosa, estudia tercero en la universidad, nos queremos mucho.

Él la miró como si no se lo creyera.

–Han pasado más de veinte años –dijo ella–, casi una vida.

–Sigues estando guapísima.

–Es el maquillaje, estoy llena de arrugas. Si casi soy abuela.

Permanecieron en silencio largo rato. Del café llegaba el ruido de las voces, alguien puso en marcha el jukebox. Él parecía a punto de hablar, pero miraba al suelo, como si no encontrara las palabras adecuadas.

–Me gustaría que me hablaras de tu vida, he querido pedírtelo durante toda la película y no me he decidido hasta ahora.

–Claro –afirmó ella con entusiasmo–, a mí también me gustaría que me hablaras de la tuya.

En aquel momento asomó por la esquina la señorita Ferraretti, la secretaria de producción. Era una flacucha fea y petulante, con gafas redondas y una pequeña cola de caballo.

–¡Señora, maquillaje! –gritó–, rodamos dentro de diez minutos.

3

La campana de la estación dejó de sonar. Empezó a oírse el ruido del tren en la lejanía. El hombre se levantó y se metió las manos en los bolsillos.

–Te acompaño al andén.

La muchacha sacudió la cabeza con firmeza.

–No quiero, es peligroso.

–Te acompaño de todos modos.

–Por favor.

–Otra cosa –dijo él moviéndose–, el mayor es un hombre joven y galante, no le dediques demasiadas sonrisas.

La muchacha le miró suplicante.

–¡Oh, Eddie! –exclamó con tono desgarrador ofreciéndole la boca.

Él la tomó por la cintura con un brazo, obligándola a doblarse ligeramente hacia atrás. Mirándola a los ojos acercó lentamente su boca a la de ella y la besó con pasión. Fue un beso intenso y largo, se oyó un murmullo de aprobación y alguien silbó.

–¡Corten! –gritó el ayudante–. ¡Final de la escena!

–A comer –anunció el director por el megáfono–, continuaremos a las cuatro.

El equipo comenzó a dispersarse en distintas direcciones. Muchos se dirigieron al café, otros se metieron en las roulottes que había en la placita delante de la estación. Él se quitó la gabardina y la dobló sobre el brazo. Fueron los últimos en salir al andén desierto y se dirigieron hacia el paseo marítimo. Una lámina de luz invadía el grupo de casas rosas sobre el pequeño puerto y el mar era de un color azul celeste claro, casi diáfano. En una terracita apareció una mujer con un balde bajo el brazo y comenzó a tender la

colada. Colgó cuidadosamente unos pantalones y unas camisetas de niño. Luego accionó una polea y las prendas de ropa se deslizaron a lo largo de un hilo tendido de una casa a otra, revoloteando como banderas. Las casas formaban ahora unos arcos porticados debajo de los cuales se veían unos tenderetes cubiertos con hules. Algunos tenían áncoras pintadas de azul y la inscripción *Especialidades marineras*.

–Hace tiempo aquí había una pizzería –dijo él–, me acuerdo perfectamente, se llamaba Da Pezzi.

La mujer miró al suelo y no contestó.

–Es imposible que no te acuerdes –prosiguió él–, había un cartel que decía *pizza para llevar*, y yo te dije: llevémonos un pedazo de pizza de Pezzi, y tú te reíste.

Bajaron los pocos peldaños de un callejón con dos ventanas unidas por un arco. Sus pasos resonaban sobre el brillante enlosado, daba la sensación de que era invierno, con el mismo límpido chasquido que tienen los sonidos en el aire frío. Soplaba, por el contrario, una brisa tibia y se advertía el aroma de los pitosporos. Las tiendas del paseo marítimo estaban cerradas y las sillas del café, junto a las mesas ordenadas con las patas hacia arriba, estaban amontonadas las unas sobre las otras.

–Estamos en temporada baja –observó la mujer.

Él la miró de reojo, intentando captar una posible alusión, pero cambió de tema.

–Allí hay un restaurante abierto –dijo haciendo un gesto con la cabeza–, ¿qué te parece?

Se llamaba L’Arsella, era un edificio de madera y cristal construido sobre palafitos en la orilla de la playa, junto a unos establecimientos de baños de color azul. Amarradas a unos postes había dos barquitas que se mecían. Algunas ventanas tenían las persianas bajadas y las luces sobre las mesas estaban encendidas, pese a la hermosa luz diurna. Había pocos clientes: una pareja madura de alemanes silenciosos, dos jóvenes con aspecto intelectual, una señora rubia con un perro: los últimos veraneantes. Se sentaron en una mesa de un rincón, lejos de los demás. Es posible que el camarero les reconociera, porque llegó solícito y confuso, pero con una actitud que pretendía ser confidencial. Pidieron lenguados a la plancha y champán,

mirando el horizonte que cambiaba de color a medida que las nubes avanzaban con el viento. Ahora, la línea que separaba el mar del cielo era de color añil, y el promontorio que cerraba el golfo, verdoso y plateado, como un bloque de hielo.

–Es increíble –dijo ella al cabo de un rato–, veinte días para una película, es absurdo, algunas escenas las hemos rodado una sola vez.

–Métodos de vanguardia –contestó él sonriendo–, tipo *cinema-verité*, pero de mentira. Actualmente los costes de producción son excesivos, las películas se hacen también de este modo. –Había empezado a hacer bolitas con la miga de pan y las iba disponiendo en fila delante de su plato–. Anghelopulos –murmuró con ironía–, le gustaría hacer una película como *El viaje de los comediantes*, la interpretación dentro de la interpretación, con nosotros dentro interpretándonos a nosotros mismos. Canciones de época y planos-secuencia, de acuerdo, pero ¿qué se pone en lugar del mito y de la tragedia?

Llegó el camarero con el champán y descorchó la botella. Ella levantó la copa y propuso un brindis. Tenía los ojos maliciosos y brillantes, llenos de reflejos de luces.

–El melodrama –dijo–, se pone el melodrama.

Bebió a pequeños sorbos y luego sonrió abiertamente.

–Por eso ha querido una interpretación tan exagerada –prosiguió–, hemos hecho prácticamente una caricatura de nosotros mismos.

Él también levantó la copa.

–Entonces viva el melodrama –dijo–, en el fondo los grandes también lo son: Sófocles, Shakespeare, Racine, todo es un melodrama, y yo no he hecho otra cosa en todos estos años.

–Me gustaría que me hablaras de ti –dijo ella.

–¿Lo dices de verdad?

–Claro.

–Tengo una granja en Provenza, vivo allí siempre que puedo. El paisaje es suave, la gente cordial, me siento bien, me gustan los caballos.

Se puso a hacer más bolitas de pan, ahora había formado dos círculos en torno a una copa y sus dedos se dedicaban a ir colocándolas una detrás de la otra, como si fuera un juego de habilidad.

–No era eso lo que quería decir –dijo ella.

Él llamó al camarero y pidió más champán.

–Enseño en la academia de arte dramático –dijo luego–, mi vida es esta, Creonte, Macbeth, Enrique VIII. –Esbozó una sonrisa culpable–. Es mi especialidad, gente con el corazón duro.

Ella lo miraba atentamente, tenía un aire concentrado e intenso, como si estuviera angustiada.

–¿Y en el cine? –preguntó.

–Hace cinco años actué en una película policíaca, como detective privado americano, solo tres escenas y después me asesinaban en un ascensor. Pero los títulos de crédito decían: con la participación especial de, con letras que ocupaban toda la pantalla.

–Eres un mito –dijo ella con convicción.

–Un desecho –corrigió él–. Soy esta colilla que sostengo entre los labios, eso, mira.

Adoptó una expresión dura y desesperada, dejando que el humo del cigarrillo prendido entre los labios le velase el rostro.

–No hagas de Eddie –dijo ella riendo.

–Pero si yo soy Eddie –murmuró él haciendo ademán de hundirse sobre la frente un sombrero imaginario. Llenó de nuevo las copas y las levantó–. En el cine.

–Si seguimos así llegaremos borrachos al rodaje. *Eddie* –dijo ella, haciendo hincapié en el nombre con su aire malicioso.

Él se quitó teatralmente el sombrero imaginario y se lo acercó al corazón.

–Mejor, así estaremos más melodramáticos.

De postre habían pedido helado con chocolate caliente. El camarero llegó con aire triunfal llevando en una mano una bandeja con el helado y en la otra la salsera con el chocolate humeante. Mientras les servía les preguntó tímidamente, pero no sin un toque de coquetería, si podían hacerle el honor de escribir sus autógrafos sobre la carta, y ostentó una sonrisa de gran satisfacción al recibir una respuesta afirmativa.

Era un enorme helado en forma de flor, con guindas muy rojas en el centro de la corola. Él cogió una con los dedos y se la llevó a la boca.

–Oye –dijo–, cambiemos el final.

Ella le miró con una expresión ligeramente perpleja, pero quizá solo se

trataba de una expresión retórica, como si hubiera entendido perfectamente y aguardase una confirmación.

–No te vayas –dijo él–, quédate conmigo.

Ella dejó caer los ojos sobre el plato, como si se sintiera confusa.

–Oh, te lo ruego –dijo–, por favor.

–Estás hablando como en la película –dijo él–, es la misma frase.

–Esto no es una película –contestó ella casi enfadada–, deja de actuar, estás exagerando.

Él hizo un gesto con la mano como si en efecto quisiera cambiar de conversación.

–Pero yo te amo –dijo en voz muy baja.

Esta vez fue ella quien adoptó un tono jocoso.

–Claro que sí –aceptó con una pizca de condescendencia–, en la película.

–Es lo mismo –dijo él–, todo es una película.

–¿Qué es una película?

–Todo. –Su mano cruzó la mesa y estrechó la mano de ella–. Hagamos girar la película hacia atrás, volvamos al principio.

Ella le miraba como si no tuviera ánimos para replicar. Dejó que le acariciara la mano y a su vez le hizo una caricia.

–Te estás olvidando del título de la película –dijo intentando hacer un chiste–, no se puede volver atrás.

El camarero llegaba con la cara radiante, agitando la carta para los autógrafos.

4

–¡Estás loco! –protestó ella riendo pero dejándose arrastrar–, todos se pondrán furiosos.

Él le tiró de la mano sobre el embarcadero y apretó el paso.

–Que se pongan –dijo–, que ese presuntuoso espere un poco, la espera estimula la inspiración.

En el barquito no había más de diez personas, diseminadas en los bancos del interior y en las sillas de hierro de popa. Todos eran habitantes de la

comarca, se veía por su manera de vestir y por la desenvoltura de su comportamiento, que denotaba una prolongada convivencia con ese medio de transporte. Tres mujeres que charlaban entre sí sostenían unas bolsas de plástico con el nombre de unos grandes almacenes; evidentemente habían venido de los pueblos del golfo a hacer sus compras en la ciudad. El empleado que marcaba los billetes llevaba unos pantalones azules y una camisa blanca con las siglas de la compañía en el bolsillo. Él le preguntó cuánto tardarían en ir y volver. El revisor mostró el golfo con un amplio gesto del brazo y enumeró los pueblecitos en los que el barco hacía escala. Era un hombre joven de bigote rubio y con pronunciado acento local.

–Alrededor de hora y media –dijo–, pero si tienen prisa hay un barco que regresa del primer pueblo apenas haya atracado el nuestro, estará aquí dentro de cuarenta minutos.

Señaló el primer pueblo a la derecha del golfo, un racimo de casas claras iluminadas por el sol.

Ella seguía pareciendo indecisa, pero con una actitud a medias entre la duda y la tentación.

–Se pondrán furiosos –repitió–, quieren terminar el rodaje esta noche.

Él se encogió de hombros e hizo un gesto de despreocupación.

–Si no terminamos hoy, terminaremos mañana –replicó–, hemos rodado esta película a destajo, supongo que se nos concederá un día más.

–Mañana tomo el avión para Nueva York –dijo ella–, ya tengo hecha la reserva, mi hija me espera.

–Señora, decídase –dijo educadamente el revisor–, tenemos que zarpar.

La sirena del barquito silbó dos veces y el marinero que estaba en el embarcadero comenzó a soltar el cabo de amarre. El revisor sacó el talonario y les ofreció dos billetes.

–En la proa estarán más cómodos –sugirió–, sopla un poco de viento pero se nota menos el mar.

Todas las sillas de hierro blanco estaban libres, pero ellos se apoyaron en la pequeña barandilla para contemplar el paisaje. El barquito se alejó velozmente del embarcadero y empezó a navegar. La pequeña ciudad se distanció en un instante, mostrando su exacta topografía de viejas casas dispuestas en un orden geométrico insospechado y lógico, lleno de gracia.

–La tierra es más hermosa vista desde el mar –dijo ella.

Sostenía con una mano su cabello agitado por el viento y sobre los pómulos se le habían dibujado dos manchas rojas.

–Tú sí que eres hermosa –dijo él–, en el mar, en tierra y en cualquier lugar.

Ella rió y metió la mano en el bolso, tal vez en busca de un fular.

–Te has vuelto muy galante, antes no eras así.

–Antes era estúpido, estúpido e infantil.

–Pues a mí me pareces más infantil ahora –dijo ella–, discúlpame por decírtelo, pero es lo que pienso.

–No –dijo él–, te equivocas, solo soy más viejo. –Le dirigió una mirada preocupada–. Y ahora no me digas que soy viejo.

–No –le tranquilizó ella–, no eres viejo. Pero las cosas no solo dependen de eso.

Sacó del bolso una pitillera de carey y cogió un cigarrillo. El colocó sus manos delante de las manos de ella, en forma de concha, para proteger la cerilla del viento. Ahora el cielo estaba muy azul, aunque del horizonte subía una cortina oscura, y el mar tenía un color turquesa. El primer pueblo del golfo se aproximaba con rapidez. Se divisaba ya perfectamente el campanario rosa, con su cúpula abombada y blanca como un merengue. Una bandada de palomas se alzó de las casas y voló hacia el mar dibujando una amplia curva.

–Allí la vida debe de ser hermosa y sencilla –dijo él.

Ella asintió y sonrió.

–Tal vez porque no es la nuestra.

Se divisaba nítidamente el vaporcito de vuelta anclado en el minúsculo puerto. Era una vieja embarcación con aspecto de remolcador. Al ver el otro barco silbó tres veces, como en señal de saludo. Varias personas aguardaban en el embarcadero, posiblemente en espera de subir a bordo. Una niña vestida de amarillo, de la mano de una mujer, saltaba sin pausa como un pajarillo.

–Eso es lo que me gustaría –dijo él absurdamente–. Vivir no la nuestra. –Comprendió por su mirada que había dicho una frase incomprensible y se corrigió–. Una vida feliz porque no es nuestra –dijo–, como la que hemos imaginado en ese pueblecito que se ve desde aquí.

Le tomó las manos y la obligó a mirarlo, contemplándola largo rato sin hablar.

Ella se liberó con dulzura y le dio un rápido beso.

–Eddie –dijo tiernamente–, querido Eddie.

Luego le tomó del brazo y le arrastró hacia la pasarela que habían colocado para el desembarque.

–Eres un gran actor –dijo–, un auténtico gran actor.

Estaba alegre y llena de vida.

–Pero lo que siento es real –protestó él débilmente, dejándose arrastrar hacia la salida.

–Claro –dijo ella–, real. Como los verdaderos actores.

5

El tren se detuvo bruscamente con un chirrido de ruedas y resoplidos de vapor. La ventanilla de un compartimento se bajó y asomaron las cabezas de cinco chicas. Algunas de ellas llevaban el pelo oxigenado, con tirabuzones sobre los hombros y ricitos en la frente. Empezaron a reírse y a parlotear, gritando «¡Elsa, Elsa!» Una vistosa pelirroja, con un lazo verde en el pelo, gritó a las demás: «¡Ahí está!», y se asomó exageradamente por la ventanilla haciendo amplios gestos de saludo. Elsa apretó el paso y se situó justo debajo tocando las manos acogedoras que se tendían hacia ella.

–¡Corinna! –exclamó, dirigiéndose a la vistosa pelirroja–, ¡qué pintas llevas!

–Saverio dice que así gusto. –Corinna se rió guiñando el ojo y señalando con la cabeza hacia el interior del compartimento–. Sube, rápido, no querrás quedarte en este lugar –dijo con voz de falsete. Luego lanzó un gritito–: ¡Uy, chicas, hay un Rodolfo Valentino!

Todas las chicas se asomaron y comenzaron a agitar las manos para reclamar la atención del hombre señalado por Corinna. Eddie se vio obligado a salir de detrás del cartel de los horarios y avanzó con flema, el sombrero sobre los ojos. En aquel mismo momento dos soldados alemanes entraron por la verja del fondo y se dirigieron a la cabina del jefe de estación. Al cabo de pocos segundos el jefe de estación salió con la banderita roja y caminó hacia la locomotora con un paso rápido que acentuaba la torpeza de su cuerpo

rechoncho. Los dos soldados se habían plantado frente a la cabina de mandos como si tuvieran que custodiar algo. Las chicas habían enmudecido y observaban la escena con preocupación. Elsa dejó la maleta en el suelo y miró a Eddie con aire perdido. Él le indicó que continuara y se sentó en un banco debajo de un cartel publicitario de la costa, sacó del bolsillo el periódico y hundió en él la nariz.

Corinna había observado la escena y pareció haberlo entendido todo.

–Ven, querida –gritó–, ¿te decides de una vez a subir?

Con la mano insinuó un frívolo saludo a los dos soldados que la miraban y ostentó una sonrisa deslumbrante. Mientras tanto el jefe de estación regresaba con el banderín enrollado debajo del brazo y Corinna le preguntó qué estaba sucediendo.

–Cualquiera sabe –contestó el hombrecillo encogiéndose de hombros–, parece que tenemos que esperar un cuarto de hora, pero la razón no la sé, son las órdenes.

–Oh, entonces podemos bajar a estirar un poco las piernas, ¿no es cierto, chicas? –gorjeó Corinna encantada de la vida; y en un instante saltó del tren seguida por las demás–. Tú sube –susurró al pasar junto a Elsa–, ya nos ocupamos nosotras de distraerlos.

El grupo se dirigió a la parte opuesta a la que se hallaba Eddie, pasando delante de los soldados.

–¿Cómo es posible que en esta estación no haya cantina? –se preguntaba en voz alta Corinna mirando a su alrededor.

Era sublime llamando la atención, se contoneaba ostentosamente y movía el bolsito que se había puesto en bandolera. Vestía un traje de flores muy ajustado al cuerpo y unas sandalias con suela de corcho.

–¡El mar! –gritó–, ¡chicas, mirad el mar, y decidme si no es divino!

Se apoyó teatralmente en la primera farola y se llevó la mano a la boca adoptando una expresión infantil.

–Si llevara el traje de baño desafiaría el otoño –dijo moviendo la cabeza mientras la cascada de rizos pelirrojos le ondeaba por los hombros. Los dos soldados la contemplaban atónitos, sin quitarle los ojos de encima. Y entonces Corinna tuvo una ocurrencia genial. Puede que fuera la farola la que se la sugirió, o la necesidad de resolver una situación que no sabía cómo

resolver de otro modo. Se bajó la camiseta hasta dejar al descubierto los hombros, se apoyó de espaldas en la farola, balanceando el bolsito, luego abrió los brazos y se dirigió a un público imaginario, guiñando un ojo como si todo el paisaje fuera cómplice suyo.

–La cantan en todo el mundo –gritó–, ¡hasta nuestros enemigos!

Se dirigió a las chicas y dio unas palmadas. Seguramente era un número del espectáculo, porque se pusieron en fila en posición de firmes, moviendo las piernas a paso de marcha pero sin desplazarse, con una mano en la frente haciendo el saludo militar. Corinna se agarraba a la farola con una mano y, utilizándola como perno, dio una vuelta alrededor de ella, con paso gracioso. Su falda revoloteó y dejó al descubierto sus piernas.

–*Vor der Kaserne vor dem grossen Tor, stand eine Laterne, und steht sie noch davor... so wollen wir uns da wiedersehen, bei der Laterne wollen wir stehen, wie einst Lili Marleen, wie einst Lili Marleen.*

Las chicas aplaudieron, un soldado silbó. Corinna dio las gracias con una inclinación festiva y se dirigió a la fuente al lado del seto. Se mojó las sienes con un dedo, mirando atentamente la calle de abajo, luego se dirigió de nuevo al estribo del vagón, seguida por las chicas.

–*Auf wiedersehen*, simpáticos –gritó a los soldados al subir–, nosotras nos vamos, nos espera la *tournée*.

Elsa la esperaba en el pasillo y la abrazó.

–Oh, Corinna, eres un ángel –le dijo besándola.

–Cállate –contestó Corinna con un suspiro, y se echó a llorar como una niña.

Los dos soldados se habían acercado al tren y habían empezado a mirar a las chicas, intercambiaban con ellas algunas frases, uno de ellos sabía un poco de italiano. En aquel momento se oyó el ruido de un motor y un automóvil negro asomó por la verja del fondo, recorrió todo el andén de la estación y se detuvo en la cabeza del convoy, junto al primer vagón. Las chicas se asomaron para intentar ver qué estaba ocurriendo, pero la vía férrea hacía una ligera curva y no era fácil distinguir nada. Eddie no se había movido del banco, aparentemente inmerso en la lectura del periódico que le ocultaba la cara.

–¿Qué pasa, chicas? –preguntó Elsa intentando demostrar indiferencia.

–Nada –contestó una de ellas–, debe de ser un pez gordo, pero va vestido de paisano, ha subido en primera.

–Pero ¿va solo? –preguntó Elsa.

–Creo que sí –dijo la chica–, los soldados se han puesto firmes, no suben.

Elsa se asomó para ver. Los soldados, a la altura de la locomotora, dieron media vuelta y tomaron la calleja que llevaba al pueblo. El jefe de estación llegó arrastrando el banderín por el suelo, mirándose los zapatos.

–Nos vamos –dijo con filosofía como quien está al cabo de la calle, y agitó el banderín.

El tren silbó. Las chicas volvieron a sentarse. Solo Elsa permaneció en la ventanilla. Se había peinado el cabello hacia atrás y tenía los ojos brillantes. Fue en aquel momento cuando Eddie se levantó y se colocó debajo de la ventanilla.

–Adiós, Eddie –murmuró Elsa, y le tendió la mano.

–¿Volveremos a vernos en otra película? –preguntó él.

–¡Pero qué demonios dice! –gritó el director detrás de él–, ¿¡qué demonios está diciendo!?

–¿Paro la acción? –preguntó el ayudante.

–No –dijo el director–, de todos modos esto lo doblamos. –Y después gritó por el megáfono–: Camine, el tren se está moviendo, apriete el paso, acompañelo a lo largo del andén, ¡coja su mano!

El tren se puso en marcha y Eddie obedeció, corriendo mientras pudo mantenerse a su lado, luego el tren aumentó de velocidad y se curvó para tomar el cambio de agujas. Él giró sobre sí mismo y caminó unos pasos, luego encendió un cigarrillo y siguió avanzando lentamente hacia la cámara. El director le hacía gestos con las manos frenando su marcha, como si le estuviese moviendo con hilos invisibles.

–Haga que me dé un infarto, por favor –dijo con aire implorante.

–¿Cómo dice? –exclamó el director.

–Un infarto –dijo Eddie–, aquí, sobre ese banco. Adopto una expresión de dolor, así, mire, me siento en el banco y me llevo una mano al pecho, como el doctor Zivago. Haga que me muera.

El ayudante miraba al director esperando instrucciones para detener la

escena. Pero el director hizo un gesto de tijeras con los dedos, como queriendo decir que ya lo cortaría, e indicó que continuaran.

–¿Qué es eso de un infarto? –dijo–. ¿Cree que tiene cara de infarto? Húndase más el sombrero en la frente, así, a lo Eddie, sea razonable, no me obligue a repetir la escena.

Hizo un gesto a los obreros para que pusieran en marcha las mangueras.

–Ánimo –le incitó–, está empezando a llover, usted es Eddie, por favor, no un patético enamorado..., métase las manos en los bolsillos, así, muy bien, venga hacia nosotros... El cigarrillo que le cuelgue entre los labios..., perfecto..., la mirada en el suelo.

Se volvió hacia el operador y gritó:

–¡Cámara hacia atrás, travelling, cámara hacia atrás!

El ángel negro

Engel und Puppe: dann ist endlich Schauspiel. (Ángel y marioneta: por fin ya hay espectáculo.)

RAINER MARIA RILKE,
Duineser Elegien, IV, 57

NOTA

Estos relatos, que me han acompañado durante cierto tiempo de mi vida, hubiera deseado acompañarlos por mi parte con una nota que fuera un viático o una despedida. Ahora, cuando la página me convoca para la prueba, no lo consigo. Quizá es un simple cansancio. Cansancio de ellos, cansancio de mí mismo, cansancio de una convivencia que no ha sido de las más serenas. Los ángeles son seres que requieren dedicación, sobre todo los de la clase de que se trata en este libro. No tienen suaves plumas, sino un pelaje raso, punzante.

Basta. Que se vayan así, como vinieron. Que nada los justifique, que nada los proteja, mucho menos una nota al margen tejida con palabras de circunstancias. Tan solo de un ángel quisiera hablar. Es el que reverbera en el último de estos relatos, en el cual, en una imaginaria marisma toscana, reviven los rasgos del capitán Nemo de Verne. Esta historia pertenecía a una novela que escribí hace ya muchos años y de la que después me deshice. De improviso, las primeras páginas de aquella novela aparecieron en un cajón, bajo la forma de una revista que pertenecía a mi edad juvenil y que ahora añoro. Esas páginas han actuado. Y han pedido un desarrollo de la historia, no como la escribí hace años, sino como la concibo ahora. Lo que fue, vuelve, llama a nuestra puerta, petulante, postulante, insinuante. A menudo con una sonrisa en los labios, pero no hay que fiarse, es una sonrisa engañosa. Y mientras tanto, nosotros vivimos, o escribimos, lo que es lo mismo en esta ilusión que nos transporta.

El título de este libro pertenece a Eugenio Montale, que antes que yo se topó con un ángel de alas negras. Es un título que quiere ser un homenaje, pero es antes que nada un afectuoso recuerdo.

A. T.

VOCES TRAÍDAS POR ALGO, IMPOSIBLE DECIR QUÉ

A veces puede empezar por un juego, un pequeño juego secreto y casi infantil que solo tú conoces y que por pudor no dirías nunca a nadie, cosas así no se hacen, pero es un juego, digamos una broma para con uno mismo, o con los demás, los ocasionales transeúntes, ocasionales parroquianos, son ellos los inadvertidos compañeros de tu juego, aunque no lo sepan. Porque hablan. Es un juego fácil, no cuesta nada, no hay reglas si no con uno mismo, lo cual lo convierte en atrayente y libre, y basta irse a dar una vuelta, por ejemplo el domingo, el domingo es un día ideal, con todas las parejas que circulan aburridas por los cafés, los grupos de viejos amigos que se cuentan historias, los solitarios que entablan conversación con el camarero, ciertas viejecitas que se quejan y dicen que en sus tiempos era todo distinto y que ahora el mundo parece enloquecido, eso es, así, basta una frase y decides que es esa, la extraes de la conversación como un cirujano que coge con las pinzas un jirón de tejido y lo aísla, por ejemplo: *mi difunto marido, cuando celebramos las bodas de plata*, basta, es una frase óptima para empezar, hoy es domingo, ya entrada la primavera, una bandada de palomas gira sobre el tejado de la catedral y vira dibujando una mancha clara, demasiadas palomas en esta plaza, ensucian, pero es agradable verlas, lo importante es no mirar a la portadora de la frase, es una regla que a veces te gusta observar, por ello miras las palomas, así mantienes los ojos en alto, quién sabe cómo es la vieja señora, de todos modos puedes imaginarla, está hablando con el vendedor de periódicos, has oído que pedía el teleprograma, qué frase más oportuna para empezar tu juego, la cortas con tus tijeras mentales por la palabra *plata*, además es una palabra que casa perfectamente con la mancha clara que las palomas dibujan en el cielo, comienzas a cruzar la plaza, estas obras de consolidación no se acaban nunca, repites la frase para tus adentros un par de veces, la saboreas, una buena apertura, como unas buenas cartas en un póquer, quién sabe qué compondrás esta tarde, es estupendo escribir por la tarde una pieza absurda pero lógica que las voces de los otros te han regalado, algo que te narrará una historia distinta por completo de las historias que han

contado todos aquellos a quienes has robado esta historia y que, en cambio, te pertenece solo a ti, porque ellos con una historia así no sabrían qué hacer, ni siquiera la reconocerían, cada uno ha proporcionado una pequeña tesela, una piedrecilla que has recogido, seleccionado y engastado en el lugar que le correspondía, ese y solo ese, para formar el mosaico que esta tarde mirarás con ojos ávidos, sorprendido al ver cómo se desarrollan las cosas, cómo una palabra se encaja en la otra, un hecho en el otro, un detalle en el otro hasta crear un asunto que no existía y que ahora existe: tu historia.

Podría ser una buena idea sentarse en un café de la plaza Dante, hay una pastelería con una terraza con mesas al aire libre, delante de una tienducha que se llama La Rápida y donde se reparan bolsos y zapatos, a esta hora hay siempre clientes que toman helado y café, hoy con este hermoso día habrán salido a la calle hasta los viejecitos que viven en las casuchas de la plaza, son viejecitos que siempre llevan sombrero, escupen a menudo, juegan a las cartas, de vez en cuando barbotan frases casi incomprensibles y hablan con los demás como si hablaran consigo mismos, es su modo de comunicar quién sabe qué a quién sabe quién, ellos son la ocasión ideal para continuar una frase como la que has recogido hace poco, veamos qué puedes reunir. Bajas por la calle de Santa María, ya están las primeras bandadas de turistas paseando con la cámara fotográfica al cuello, algunos sacan fotografías, desde aquí la torre ofrece una perspectiva extraña, se ve un pedazo torcido que parece a punto de rodar sobre los tejados, causa cierta impresión, hace tiempo en lugar de este snack-bar había un colegio de monjas, lo recuerdas siempre que pasas por delante, ibas a esperar a una chica que se llamaba Cristina, hace muchísimo tiempo, no tienes ni ganas de calcularlo, eras otra persona, qué extraño, pero el recuerdo ha perdurado en esta persona tuya de ahora. *Se hizo pasar por muerto para escapar a la vergüenza de la quiebra.* Esta es regalada, sin que la aísles siquiera de otras frases, porque la cháchara de las dos señoras que han pasado a tu lado, ya se ha hecho confusa a los dos metros, te das la vuelta para mirarlas rompiendo las reglas, solo ves que una de las dos tiene en el rostro la expresión de una extrema sorpresa, como si no creyera lo que oye, y la otra hace un gesto con la cabeza, como si dijera: es exactamente así, querida, créeme; son dos señoras elegantes que con probabilidad se dirigen a la misa de la catedral, la misa es más tarde, pero

ellas pasarán el rato mirando a la gente, charlando, contándose sus secretos, quién sabe de quién hablaban, quién será ese que para escapar a tanta vergüenza se hizo pasar por muerto, en cualquier caso te es indiferente, lo importante es que el principio de la historia empieza a tener una continuación muy prometedora: mi difunto marido, cuando celebramos las bodas de plata, se hizo pasar por muerto para escapar a la vergüenza de la quiebra. No queda nada mal. Por ahora puedes poner un punto y esperar lo que te traiga el destino.

Lástima que el tiempo esté cambiando de repente.

Se ha levantado un fuerte viento, a ráfagas, fresco y salobre, viene del mar, la luz se ha hecho lívida, como de temporal inminente y un muro de nubes de tinta se ha levantado hacia el sur, haciendo resaltar el mármol de los puentes y de la iglesia de la Spina que ahora parece un frágil navío pintado sobre un fondo relumbrante. Hay electricidad en el aire, lo notas, basta un poco de sensibilidad para estas cosas, lo adviertes en el vuelo inquieto de las palomas, en la prisa artificial de la gente, en el nerviosismo de los gatos de la plaza: pero el temporal no es tan inminente, tú bien lo sabes, conoces a la perfección este lugar y su clima, cuando un temporal de primavera llega del mar tienen que pasar dos horas por lo menos para que madure sobre la ciudad, primero habrá relámpagos en el horizonte, con un gruñido de truenos como cañones en la lejanía; después las nubes llegarán compactas, como un bloque sin fisuras, de plomo; entonces la ciudad se oscurece, cae la noche aun en pleno día, y solo en ese momento se desencadena el temporal, con un viento devastador y una lluvia que llega oblicua, a rachas, implacable.

En el café Dante están retirando las mesas prudentemente y las ponen en el interior, una sobre otra, encima de las cajas de licores de la esquina, de forma que no molesten a los clientes. Pides un café, te entretienes un poco para escuchar los comentarios del dueño y de un amigo suyo acerca de las noticias que la radio está retransmitiendo sobre los partidos que se juegan. La Juventus va perdiendo y nadie se lo esperaba, con ese equipillo de provincias; es a causa del terreno de juego, argumenta el dueño del café, está hecho un pantano; pero será un pantano también para los otros, le objeta justamente el amigo; sí, dice el dueño, solo que los campeones están en desventaja en terrenos fangosos, ya sabes qué delicados son los campeones, juegan de

puntillas, son como las bailarinas de la Scala, no puedes hacer bailar a una bailarina de la Scala en las aceras. El amigo asiente poco convencido, dice: ¡bah!, qué tiempo más extraño, hoy parece un día embrujado, va a mirar por la puerta de cristales y mueve la cabeza, será porque este es un año bisiesto, dice concluyendo, parece que los bisiestos son siempre así.

Te llevas la tacita de café a la salita contigua, donde los clientes aficionados juegan a las cartas. Son siempre los mismos. Los conoces desde hace años, también ellos te conocen, saben que vas allí para verlos jugar, o al menos eso piensan, y toleran tu presencia, porque ya se sabe que los jugadores detestan tener curiosos a su alrededor. Pero entre ellos y tú hay casi una complicidad de viejos amigos, aunque no sois amigos, apenas conocidos del café, no saben ni siquiera tu nombre, pero no importa, es lo suficiente como para saludarse con cordialidad: buenas tardes, ¿qué tal va el juego, viejos viciosos empedernidos? Alguno sonrío, uno mueve la cabeza, otro hace un gesto de fingida protesta con una mano; así, miras a tu alrededor sorbiendo el café, indeciso sobre qué mesa elegir. En la del fondo están jugando un póquer dramático, mejor no; en la que hay junto a la puerta juegan una escoba bastante animada; en la mesa de los refinados una brisca de cinco, es un juego extraño la brisca de cinco, participa del azar y de la astucia, es algo parecido a tu juego con las palabras, hay que elegir entre las cartas que el azar te asigna y gracias a ellas adivinar quién es tu cómplice, porque tienes un cómplice y es necesario dar con él entre cuatro posibles cómplices, hay que confiar en la suerte y en la intuición, te decides por la brisca de cinco, acercas una silla y te pones a mirar en silencio, con los ojos atentos a las cartas y el oído atento a las frases que aletean en la sala, frases sibilinas, de jugadores: alguna imprecación, palabras que valen un instante e inmediatamente se pierden empujadas por otras palabras.

Nunca logré decírtelo antes, pero ahora es necesario que lo sepas. La frase ha llegado repentinamente a tus oídos con el estupor de una herida que duele de improviso, una aguja o un taladro, después lo sientes estallar dentro de tu cabeza y resonar pausadamente antes de apagarse: *es necesario que lo sepas.* Te has puesto en pie de un salto, mirando la puerta como acorralado, incluso los jugadores te observan, debes de tener un color térreo y el espanto en los ojos, te sientas intentando controlarte, eso es, ya nadie te hace caso, les

habrá parecido un gesto de aburrimiento, una extravagancia tuya; miras a todos los jugadores, uno a uno, te preguntas de quién habrá salido esa voz, si es que ha salido de una de las personas que se encuentran allí, y piensas de nuevo en la voz, que resuena todavía en tus oídos, es inconfundible esa voz, nasal, un poco arrastrada, con un dejo irónico en el timbre, es una voz que has conocido demasiado bien; y entonces, con lentitud, como para tus adentros, dices: Tadeus, estás aquí, te he oído, dime dónde te escondes. Miras de nuevo a los jugadores, ese viejecito con boina y de aspecto demacrado, ¿será él?, piensas, ¿me habrá hablado Tadeus a través de él? Y luego a los demás: un hombre corpulento de unos cincuenta años de aire pacífico, dos jovencitos con brillantina, los cuatro señores maduros que juegan al póquer; no, piensas, no es ninguno de ellos, Tadeus está aquí, seguro, está aquí vagando, pero ¿dónde? Te pones a mirar la habitación, objeto por objeto, qué absurdo, como si dentro de cada objeto pudiera ocultarse la presencia de Tadeus y su voz: el calendario de la pared, con una reproducción de Fattori, la oleografía al lado del espejo, donde se ve a un cazador que abate una avutarda, la lámpara de cristal falso con pantallas en forma de campana, y repites: Tadeus, te lo ruego, te he oído; qué quieres decirme, desde dónde me hablas, no es posible, tú ya no estás aquí, no puedes estar aquí con tu voz. Pero entretanto tu mente repite: ¿desde dónde me hablas, Tadeus, qué quieres decirme? Y, qué extraño, te das cuenta perfectamente de que la voz ya no está allí, que a través de los seres de aquella habitación no volverá a hablarte, que debes buscarla, perseguirla en el azar, fuera; entonces te levantas, haces un saludo distraído con la mano, ahora tienes la mente despejada, has desechado las frases recogidas durante la jornada, dentro de ti solo queda, nítida y fuerte, una voz que dice: *Nunca logré decírtelo antes, pero ahora es necesario que lo sepas.*

¿Qué es lo que nunca lograste decirme antes? Así vas repitiendo dentro de ti mientras sales del café indeciso sobre qué dirección tomar, ¿qué es lo que no has conseguido decirme antes? Y ahora eres tú el que habla en voz alta, porque dos transeúntes se han dado la vuelta para mirarte, ahora eres tú quien proporciona a los demás frases hechas. Es necesario que te calmes, lo sientes, necesitas sentarte y reflexionar, eliges un banco del pequeño jardín, el cielo va oscureciéndose cada vez más, te pones a pensar en aquellos años, en todo,

es imposible pensar en todo a la vez, hay que ver las cosas en orden, pero ¿tienen un orden las cosas?, ¿y a qué orden se refiere una frase como esta: a qué tiempo, a qué momento, a qué circunstancia? A todo, puede referirse a todo, por lo tanto es inútil pensar las cosas en orden, déjalas que vengan tal como quieran. Y piensas: se refiere a la novela, esa novela acabó mal. ¿Fue solo culpa tuya o hubo algo que hizo que la novela acabase mal? Quizá algo *hizo que*, pero ¿qué? Ahora cuesta demasiado pensar en ello, haría falta ponerse allí a reconstruir todo con minuciosidad, aquellos momentos, aquel verano infausto, las borrascas de septiembre, las veladas de soledad, la villa, Isabel, que siempre quería invitados a cenar, tenía miedo, quizá, aquellas veladas le daban miedo, y la novela acabó mal. Pero no, la novela no tiene nada que ver, simplemente cumplió su destino, porque era justo que así fuera. ¿Pero era justo deshacerse de aquel modo de una creación? No era justo, lo sabes, fue solo el chivo expiatorio, una extraña venganza. Oyes de nuevo el viento nocturno, cuando se desencadenaba la borrasca y las viejas ventanas crujían; Isabel nunca se dio cuenta de nada, nada que concerniera a la novela, nunca le hizo caso, se preocupaba solo de tener compañía, no quería quedarse sola contigo en aquella casa pavorosa sobre la escollera. Y entonces, con un paso incongruente, pero muy lógico para ti, dices: Isabel era infeliz, su miedo consistía principalmente en esto. Se lo estás diciendo al gran duque blanco que se yergue en la plaza con casas de un rojo pompeyano, es la plaza que más te gusta de toda la ciudad, de una geometría insólita, cortada en forma de trapecio por un edificio de rejas panzudas; el cielo está lívido, el gran duque mira hacia el mar, como si también temiera la borrasca y espicara su llegada; era solo infeliz, me equivocaba al creer que tenía miedo, o mejor, también esto es un modo de tener miedo, porque la infelicidad es una forma de miedo. Vas a sentarte en el zócalo de piedra, con la absurda esperanza de que esa estatua de facciones realistas pueda traerte una voz que ahora te rehúye; pero por qué no, es un caballero con una larga capa y el rostro noble y triste; debe de haber conocido el gusto del poder y la amargura de la traición, tal vez él también podría traerte la voz; y por eso te sientas, enciendes un cigarrillo, miras al caballero de abajo arriba, su caballo parece tantear entre las nubes, es un corcel que en sus grandes órbitas vacías lleva el mismo estupor y la misma tristeza que su caballero, dices:

Tadeus, te lo ruego, ¿qué debes decirme?, y mientras tanto piensas de nuevo en aquel verano, que tan esmeradamente habías olvidado ocultándolo en un sótano sobre el que habías colocado una pesada tapadera. Y ahora esta tapadera, como por arte de magia, se ha movido, se ha deslizado abriendo una fisura; respiras a pleno pulmón porque te llega también un perfume de lavanda, el terreno de la villa estaba lleno de lavanda; por la mañana, cuando bajabas por la escollera, el aire sabía a sal y a plantas, luego te das la vuelta porque de la casa ha llegado un alarido, no, no es un alarido, es como un grito sofocado, un sollozo que el viento te trae, estás indeciso sobre si volver atrás o no, pero no quieres saber nada, no ha sucedido nada, es cualquier cosa, que de vez en cuando sucede, un sollozo, y entonces repites: la infelicidad es una forma de miedo, Tadeus, lo he sabido siempre, y no he querido nunca pensar en ello, es esto lo que quieres recordarme, quieres hablarme de Isabel, para eso me llamas. Pero el gran duque mira hacia el mar con sus ojos vacíos, ahora las nubes que se han puesto a galopar hacen galopar también a su corcel, como si volaran juntos hacia su pasado, también ellos en sentido contrario; y te levantas y recorres la plaza que tantas veces has recorrido en tu vida, te acuerdas todavía de aquel viejo cine que se quemó, te llevaban de niño para ver a Charlot, sales al Lungarno y te apoyas en el pretil, hacia la desembocadura se ha abierto una franja de luz violeta, siniestra, hay más gente por aquí, pero son transeúntes con prisas, no hablan, piensas rápidamente adónde ir, él quiere hablarte, su voz necesita una voz, o mejor, eres tú quien quiere que él te hable ahora, debes hablar, Tadeus, no se puede decir algo así y dejarlo a medias; dónde estás, la ciudad es grande, ¿estás aquí o me esperas en alguna parte? Si estás aquí, sígueme, te lo ruego, vamos a buscar un lugar con gente que hable, dime algo más, necesito que me hables todavía, no puedes pararte a estas alturas. Pero ¿de qué tenía miedo, o *de quién*? Ahora ya no puedo dejar de formular este pensamiento, tú me entiendes, Tadeus, eres tú quien me ha hecho pensar en esto, mira, yo no hubiera querido, te lo juro, durante años no he querido pensarlo, pero me has obligado, porque no se puede tener miedo solo de un lugar, de una casa, se tiene miedo a alguien o a algo, te lo digo porque aquel día me alejé, permanecí en la escollera todo el día, lo hice para no saber, no tengo otra explicación, de otra forma, ¿por qué me quedé en la escollera durante todo el

día?, oí el grito sofocado y me di la vuelta para mirar, delante de la villa había un coche, no era tu coche, era un coche desconocido, hubiera tenido que ir a ver, pero tampoco Isabel quería que yo supiera, y así dejé pasar el tiempo contemplando el mar, con una sensación de pérdida y de inutilidad, esperando a que todo se consumase, pero qué todo, Tadeus, tú lo sabes y ahora debes decírmelo. Debes decírmelo porque si no...

Si no ¿qué? ¿Tiene sentido tu amenaza? En lo más profundo de ti bien sabes que no tiene ningún sentido, porque podrías incluso injurarlo, maldecirlo: pero, allá donde se encuentra, él está riéndose de tus maldiciones. Se encuentra ya en un lugar de malditos, lo has sabido siempre, y ahora está riéndose de ti, que quisieras verlo en el infierno; se encuentra perfectamente a gusto en un lugar que ha ido preparándose durante toda su vida, una vida hecha de negaciones y de disipación, empleada en pensar mal de sí mismo y de los demás, dedicada por entero a tentar y a dejarse tentar. Y sabes también que en este momento te está tentando. Su invitación, engañosa y maligna, es en cierto modo un desafío, una tentación, y dices: Tadeus, aquel día eras tú con otro automóvil, fuiste tú quien convenció a Isabel para hacer aquello, te encargaste tú de todo, lo tramaste todo, lo organizaste todo, fuiste tú quien preparó su perdición.

¿Y cómo la preparó? En eso estás pensando ahora, mientras recorres el Lungarno hacia la Ciudadela, en esta parte de la ciudad donde los edificios se van espaciando hacia las viejas murallas almenadas recubiertas de yedra, el viento ahora se ha hecho impetuoso, sopla a ráfagas y forma en el aire remolinos de hojas y periódicos viejos, ¿cómo preparó esa perdición?, ¿cómo cercó a su víctima? Y lo vuelves a ver, con aquella sonrisa irónica suya y la ocurrencia preparada, ingenioso, inconformista, sarcástico: verdaderamente divertido, Tadeus, el amigo del corazón, o mejor, el amigo de la inteligencia, porque era eso lo que más le importaba, la inteligencia era su enseña. Y Magda, piensas, ¿qué papel desempeñó en toda aquella historia? Ella, tan silenciosa y tan solícita, siempre disponible, casi servicial, con sus ojos lánguidos y su eterna nostalgia por algo que parecía haber perdido, aunque no se sabía lo que era: ¿cuál fue tu papel, Magda? Más allá de la puerta de las viejas murallas, antes del cuartel, al abrigo del campo deportivo, está el bar del Rondinella Sport Club, allí te diriges inconscientemente respondiéndote

que Magda tuvo un papel amoroso: sí, a su modo era amor, aunque mal encaminado, aunque con resultados negativos; giras la manilla, en el lugar hay un enorme barullo, humo, ruido; algunos niños vestidos para un encuentro de fútbol, en pantalones cortos y camiseta, esperan el inicio del partido del domingo, pero parece que hay opiniones divergentes; dado el mal tiempo, algunos padres que los acompañan querrían aplazar el partido, un padre vestido de árbitro y con aire perplejo no sabe qué decidir y escucha a los dos grupos contrarios intentando encontrar una solución, los chicos del Rondinella Club esperan el resultado de la discusión con aire indiferente, están sentados en los bancos y beben naranjada; más animado parece el equipo adversario que ha venido de otra ciudad y corre el riesgo de haber hecho el viaje en vano, entre ellos hay un niño particularmente excitado, con el número once en la camiseta, que no se está quieto ni un momento, da vueltas entre los compañeros, dice: hay que jugar el partido, si no ¿para qué hemos venido?, lo miras un momento, es un niño delgado, con pecas y ojos encendidos y, en ese momento, solo para ti, su boca que se abre para hablar a los compañeros te trae una voz inconfundible, nasal y levemente irónica, que retumba en tus oídos como gritada a través de un altavoz: *algo que incluso tú puedes descubrir, basta que vayas escuchando desde el lugar más alto de la ciudad.* Esperas algunos segundos con la esperanza de que la comunicación continúe, pero ahora el niño está hablando con una estridente voz de niño, el rumor de voces ha vuelto a encenderse a tu alrededor, y entonces sales fuera como por instinto, ya cae alguna gruesa gota de lluvia y el viento es fortísimo, bajo el soportal del bar hay un corrillo de hinchas que están discutiendo, algunos sostienen que el partido debe aplazarse, otros que debe disputarse en cualquier caso, entre estos últimos hay un jovenzuelo grande y grueso que pide silencio y que apuntando con el dedo al cartel pegado en la puerta lee en voz alta, para apoyar su tesis, la fecha del encuentro: *el día 10 de mayo a las seis de la tarde.* Y la voz con la que lee es una voz que no deja lugar a dudas, la conoces hasta en sus más sutiles matices; y entonces miras el reloj inmediatamente, porque el mensaje ahora ya está claro, como está clara la cita, faltan veinticinco minutos para las seis y la torre está lejos, al final de la ronda de las murallas, es ese el lugar más alto de la ciudad, es allí adonde él quiere que vayas para que sepas.

Pero ¿saber qué?, todavía tienes la fuerza de murmurar mientras echas a correr; podrías intentar esperar un autobús, pero hoy es domingo y el servicio se reduce a la mitad, es mejor no arriesgarse, corriendo puedes conseguirlo, hacía mucho tiempo que no corrías de este modo, las sienes empiezan a palpitarte y el corazón a latir deprisa, te ves obligado a moderar la carrera, de todos modos así está bien, y además el camino empieza ahora a descender. Rodeas el feo edificio de la facultad de Farmacia para ahorrarte camino, atraviesas los jardincillos y vuelves a salir al paseo, el viento desordena las ramas de los tilos y en el suelo se ha formado una alfombra amarillenta de polen que hace el terreno resbaladizo, por eso te mantienes cerca de las casas, mientras dices: no fue culpa mía, yo no sabía nada. Entretanto miras el reloj, porque has avistado la plaza, la amplia extensión de hierba bajo la puerta en arco y sabes que ahora puedes lograrlo, faltan más de quince minutos. Son pocos los puestos de souvenirs que permanecen abiertos: muchos comerciantes se han apresurado a cerrar, por miedo al temporal. La plaza está casi desierta, pasas como una exhalación cerca de un grupito de señoras americanas con impermeables transparentes, han bajado de un autobús y están fotografiando la torre; cortas por el prado, la hierba está mojada y te empapa los zapatos, pero no haces caso, estás ya en la puerta de la torre, por suerte no hay gente haciendo cola en la taquilla, compras la entrada jadeando, el taquillero te mira perplejo, intentas disimular y te arreglas el pelo, después enfilas la escalera con paso tranquilo porque notas que el taquillero te está observando con demasiada curiosidad y no quieres que sospeche. Pero, nada más superado el primer tramo de escalones, apresuras de nuevo el paso, estás sudando abundantemente, la escalera de esta torre es terrible, escarpada e inclinada, de caracol, como un intestino, y a cada vuelta ves por los ventanales la ciudad cada vez más abajo, primero los tejados de la calle de Santa María, después el cerco de las murallas, luego el río que atraviesa la ciudad con dos amplias curvas, desembocas en la primera terraza, faltan cuatro minutos para las seis, ya solo queda un tramo de escalera, el que lleva a la terraza de las campanas, enfilas el umbral de la puerta, sientes que las piernas están cediendo, pero ahora ya estás ahí, entras en la última plataforma y te asomas a la ciudad. Solo hay dos turistas obstinados, es una pareja madura que mira el panorama con prismáticos, a primera vista parecen

extranjeros, te acercas con naturalidad, te instalas en el parapeto a una distancia que te permita entender sus palabras, ahora han bajado los prismáticos y conversan, ella se ata un pañuelo a la cabeza para protegerse, las nubes oscuras han descendido sobre toda la ciudad, aguzas el oído, hablan en francés, captas algún retazo de frase, es una enfermedad que hoy se puede controlar, dice él, es un virus parecido al herpes zóster. Luego se callan, se cogen de la mano y enfilan la escalera para descender. Miras a tu alrededor maravillado, no ha quedado nadie, estás solo, allá arriba, te sientes traicionado, dices: Tadeus, me has dado una cita falsa.

Y en ese momento empieza a llover a cántaros, con violencia, un rayo dibuja un zigzag sobre el río, las nubes hinchadas se abren y el diluvio se abate sobre la ciudad. Te dejas empapar tranquilamente, aprietas con las manos el hierro del parapeto y en ese momento la campana mayor, a tus espaldas, empieza a tocar las seis, son repiques graves y profundos que hacen vibrar el suelo, parece que tiemble la torre entera, miras a lo lejos, hacia el mar, y después debajo de ti, perpendicularmente. Sientes el vértigo que te captura la mirada y que se transforma en una comezón que desciende por tu espalda y alcanza tus manos que ahora se abren y se cierran por sí mismas sobre el hierro del parapeto: ahora sabes por qué Tadeus te ha atraído hasta allí, solo él podía darte una cita como esta.

NOCHE, MAR O DISTANCIA

Donde tuvo su origen, allí es preciso que retome en su caída, de acuerdo con las determinaciones del destino. Las cosas deben pagar unas a otras castigo y pena según sentencia del tiempo.

ANAXIMANDRO

Cada vez que imaginaba cómo habrían podido desarrollarse los hechos aquella noche, le llegaba la voz nasal e irónica de Tadeus que pronunciaba pausadamente una de aquellas frases suyas que querían decir todo y nada: porque es un buen viático. Y de inmediato todo comenzaba a tomar cuerpo y a dibujarse en sus perfiles: el Jardim do Príncipe Real, con el árbol centenario y su recinto de casas amarillas, la calle estrecha y recorrida por un tranvía chirriante, aquella fría tarde de un año lejano, el noviembre de mil novecientos sesenta y nueve, la habitación del segundo piso, repleta de libros, minúscula, y en el interior, sus amigos, los cuatro con las caras de entonces, hombres y mujeres ya hechos y derechos, sí, pero en aquella época siempre se aparentaban menos años, quién sabe por qué, quizá la manera de vestir o el corte de pelo, y de todas formas los cuatro eran jóvenes, apenas veinteañeros, llenos de esperanza y de buena voluntad, hablando con el célebre poeta, ahora ya casi un viejo, que en su juventud había sido batallador y feroz, y después se había doblegado a su pesar a los acontecimientos, a la vida, la ferocidad se le había transformado en sarcasmo y amargura, y de las batallas conservaba el escepticismo de quien ha librado batallas, las ha perdido y sostiene que es vano librarlas.

Y, a veces, cuando imaginaba aquella noche, intentaba incluso evitar esa frase insidiosa de Tadeus; como si una extraña reluctancia, casi una pequeña náusea, lo empujara hacia la conclusión, hacia el desenlace y la pena que las víctimas tendrían que atravesar; y entonces los veía ya en la calle, a aquella pobre cuadrilla, diciéndose buenas noches, muchachos, después alguno de

ellos decía algo ingenioso o una frase de más, con lo que pasaban otros tres o cuatro minutos, así, porque sí, sin una razón precisa en la noche, y en ese instante llegaba el automóvil, inexorable, a la cita que les esperaba para una experiencia que precisamente ellos habrían de vivir, porque eran ellos quienes la habían vivido. Pero en ese preciso momento, también inexorable, llegaba la frase de Tadeus, casi insignificante y sin embargo engañosa, pensándolo bien, y entonces su imaginación, la de quien después de tanto tiempo estaba imaginando aquella noche, empujaba a los cuatro amigos hacia atrás, como en una película proyectada al revés, y les veía subir las escaleras de espaldas, volver nuevamente al rellano de Tadeus, volver a entrar en casa: ahí estaban, de nuevo en la puerta listos para despedirse, todo adquiría de nuevo su perfil y ellos debían revivir el preámbulo, el prólogo a lo que iba a ser su aventura de aquella noche, estaban en la puerta diciéndole buenas noches al viejo poeta, tras una noche hablando de poesía.

Porque es un buen viático, repetiría después Tadeus, con una de aquellas frases suyas que querían decir todo y nada. Un buen viático, ¿la poesía, acaso?, y además, ¿un viático para qué?, eso seguiría siendo un misterio para todos: en la puerta, con los abrigos ya puestos, entonces, buenas noches, eh, muchachos, adiós, Luisa, Tiago, Tadeus, *aurevoir*, Michel, pero entonces alguien dijo: para la noche, el mar, la lejanía. Quizá fue Tiago, quien volvía siempre sobre argumentos que parecían ya agotados, era muy típico de él, evidentemente se refería al viático, lo entendieron todos, y fue por eso también por lo que, sin saber cómo, alguien volvió a cerrar la puerta. Venga, un vaso más, es una lástima no acabar la botella que ha traído Michel, tú siempre te traes una botella. Michel, ayúdanos a acabarla, y además el verso no es exactamente así, habría que decir: para la noche, el mar, la distancia; no lejanía, distancia, hay cierta diferencia, dijo Tadeus. Pero no fue por eso por lo que se quedaron, para abrir de nuevo el libro de uno de los poetas que habían leído aquella noche y un verso que, en efecto, decía: si es noche, mar o distancia. No, todos sabían que se quedaban por otra razón, porque fuera estaban de verdad la noche, el mar y la distancia, y la frase de Tiago había hecho explícito un sentimiento que era de todos y que nadie tenía el coraje de manifestar: un malestar, como una tenue enfermedad; no miedo, más bien una mezcla de inseguridad y desazón, como sentirse prófugos en una ciudad

que era la suya y tener nostalgia de su verdadera ciudad, que era esa misma, pero en otro momento que no fuera aquella noche hostil, una noche con sus maléficas ondas que vibraban listas para desencadenarse. Fue eso lo que sintieron en la puerta, mientras se despedían; de modo que se quitaron los abrigos recién puestos y volvieron a entrar en la pequeña sala repleta de libros; por lo demás, Tadeus no esperaba nada mejor que complicidad para trasnochar, y cuando leía poesía perdía la noción del tiempo. Dijo: es como cuando la escribo, el tiempo hace *fsssss*, como un balón que se desinfla, se empieza a vivir en un mundo sin atmósfera, en el vacío, lo mismo que cuando se lee, ¿a vosotros no os produce el mismo efecto? Se dejó caer en un sillón, con el libro en la mano, y dijo: ¡*fsssss!*, y todos rieron, porque Tadeus, en aquel momento, estaba haciéndose el joven, y sabía hacerlo bien. Viejo no era, de todos modos, pero se veía cada uno de sus cincuenta años, y además, con la vida que había llevado... Y ahora estaba haciéndose el veinteañero, como los otros veinteañeros. Hizo: *fsssss* y dijo: es el alma que sale por arriba y por abajo, el alma desea salir fuera, le basta un agujero, de lo contrario se ahoga. Y los otros rieron porque intuyeron lo que quería decir. Y porque era necesario reír aquella noche. Pasaban pocos coches, las farolas se habían apagado, una ocurrencia de la policía para que no se formaran en la calle pequeños grupos subversivos; en toda la calle, solo estaba iluminado el portal de la Adegá Val do Rio y más adelante la Guitarra Dourada, con una guitarra de neón como rótulo de la cual se había fundido el tubo de una cuerda; y debajo, también de neón: *crustáceos e mariscos*. Tiago se acercó a la ventana y dijo que parecía el toque de queda, y luego se puso una mano sobre el pecho, como si hiciera un extraño juramento, o como si algo le oprimiera, y dijo: esta vez no conseguirán vencer, no conseguirán amañar también estas elecciones. Pero se volvió rápidamente hacia los cristales y susurró: ¿por qué deberían dejarnos ganar?, hace cuarenta años que mandan. Y entonces alguien rió, quién sabe quién fue, aunque quizá nadie, fue un suspiro que pareció una risa nerviosa, y en aquel momento les llegó el ulular lejano de una sirena, de ambulancia o policía, y como para tapar aquel siniestro sonido Joana dijo: ¿y si siguiéramos leyendo?, y miró a su alrededor con ojos ansiosos, los ojos de una muchacha joven que quería creer en la vida y en la poesía, y sus manos estaban nerviosas, quizá porque intuyó que los demás

habían comprendido su súplica y no conseguían atribuir a la lectura de algunos versos el mismo sentido de esperanza y de ilusión.

Se encontraban en ese momento de la velada: todavía era temprano, pero parecía ya bien entrada la noche; y la noche anticipada ocupaba el espacio con su presencia y había creado una charca inmóvil, un maleficio en el cual, como en un encantamiento que algo debería romper, se sentían prisioneras las personas que ocupaban aquella habitación. Quién sabe si fue para romper aquel encantamiento por lo que uno de ellos se movió, y es imposible decir si fue Tiago o Michel, y fue tal vez porque intuía oscuramente el sortilegio que les aprisionaba, por lo que pronunció sus palabras como si fueran un conjuro, alzó el vaso y, con voz que tendría que haber sido premonitoria pero resultó sombría, dijo: por noviembre de mil novecientos sesenta y nueve, mes de la caída del salazarismo. Fue extraño cómo noviembre se hizo presente, evocado por aquellas palabras. Había sido un transparente día de octubre y lo habían pasado en la playa, llevándose fruta y bocadillos. Alguien había encontrado el valor de zambullirse en el océano, el sol era cálido y al regresar a casa habían sentido que el rostro les ardía. Y ahora, de improviso, noviembre ya estaba allí presente, por las ventanas se oía el susurro de los árboles del Jardín Botánico, se había levantado un viento maligno que silbaba entre las rendijas y las hojas arrastradas por el viento pasaban veloces ante los cristales.

Hubieran debido hacer otro brindis por el libro recién impreso que estaba sobre la mesa, lo sentían, un pequeño libro de versos que Tadeus había recogido en la imprenta aquella tarde para leerles algunos versos antes de que se pusiera a la venta; pero él parecía rehuir aquel brindis, como si sintiera turbación o desgana, o una sutil vergüenza por haber escrito aquellas poesías y por haberlas publicado en aquel noviembre de ilusiones para los demás, pero para él carente de cualquier clase de ilusión, un mes marcado ya por la derrota y en el cual era mejor no depositar esperanza alguna. Hasta que alguien, quizá Luisa o Joana, o quizá ambas, por esas curiosas coincidencias debidas a la timidez que a menudo elige lugares comunes, alzaron los vasos y dijeron al unísono: por la poesía. Y Tadeus, con su voz irónica y nasal, murmuró: porque es un buen viático.

Solo en ese momento, quien estaba imaginando cómo habrían podido

desarrollarse los hechos aquella noche se daba cuenta de que la frase de Tadeus creaba un círculo vicioso; porque en aquel momento los amigos, deduciendo de aquella frase una despedida, se ponían los abrigos, se acercaban a la puerta, la abrían, se entretenían todavía un instante para saludar y en aquel momento, como si fuera un adiós, un conjuro o un irónico augurio, Tadeus repetía: porque es un buen viático. Y entonces alguien respondía: para la noche, el mar o la lejanía; quizá Tiago, y era también por eso por lo que, quién sabe cómo, alguien cerraba la puerta y Tadeus decía: venga, un vaso más, es una lástima no acabar la botella que ha traído Michel.

Y todo volvía a comenzar, en la imaginación de quien imaginaba aquella noche, como una pantomima o una brujería: de la puerta a los sillones, de los sillones a la puerta, como pobres criaturas embrujadas y condenadas a una repetición insensata, forzadas a representar y a recorrer otra vez el prelude a la aventura atroz que les esperaba en la noche y que una imaginación no tenía el valor de hacerles vivir como ellos tenían que vivirla.

Hasta que: ya basta. Ahora han salido, están bajando las escaleras finalmente, la bombilla del rellano del primer piso está fundida, alguien tropieza, se oye una carcajada, Tiago, no empujes (voces de Luisa y de Joana), no os hagáis las remilgadas (voz de Tiago), y ya están finalmente en la planta baja, el chasquido del pulsador que abre la cerradura, un clic, y ya están fuera, ah, finalmente fuera del círculo vicioso de una frase que les mantenía prisioneros en la imaginación de quien imaginaba cómo habrían podido desarrollarse los hechos aquella noche; finalmente fuera, en la noche, frente al jardín débilmente iluminado del Príncipe Real, escasos transeúntes, o más bien, nadie por las calles, como un toque de queda auténtico, una ciudad fantasma a su alrededor, las ventanas cerradas, y ellos allí en la acera diciéndose buenas noches y alguna broma inocente para intentar ahuyentar la melancolía con que la velada les había envuelto como si fuera una tela húmeda.

El automóvil llegó con las luces apagadas, silencioso, y cuando se dieron cuenta ya se había acercado a la acera con una maniobra perfecta, la ventanilla medio bajada, oscuridad en el interior, imposible distinguir al ocupante, solo el cañón de una pistola que les apuntaba y que oscilaba imperceptiblemente, con pequeños movimientos, apuntándoles por turno

como indeciso sobre a quién elegir para abrir fuego. Y después una voz, muy baja y pausada, dijo: quietos, señoritos, sin moverse, quietos, pero de espaldas y las manitas en alto. Dijo así exactamente: las manitas; y en aquel diminutivo incongruente había una violencia compacta, lo sintieron, algo grosero y malvado que les acometió por la espalda como una ráfaga de viento gélido que les hizo temblar. Permanecieron así durante un rato, mirando a la pared, no es posible decir cuánto tiempo, pero bastante, les parecía interminable y absurdo: pocos minutos antes estaban hablando de poesía y ahora una voz ignota acompañada por una pistola les clavaba a la pared. Ahora vuestras chaquetas, amenazó la voz, una por una, y traédmelas caminando de espaldas. El primero fue Tiago, que la acercó con el brazo extendido, sin volverse, como para evitar cualquier contacto directo con el ser que les estaba amenazando. Oyó que le daban la vuelta a la chaqueta, oyó caer la calderilla y las llaves, dijo: no tengo nada en la chaqueta, si es dinero lo que busca lo tengo en el bolsillo de los pantalones. La voz rió casi afable, y después dijo cortante: comunista maricón, ¿me has tomado por un chorizo? Entonces Tiago encontró fuerzas para replicar y preguntó: pero ¿quién es usted?, ¿qué quiere? Y la voz respondió: ya te lo diré luego, chato. La mano que se asomaba por la ventanilla rebuscó entre las chaquetas que le iban acercando y una por una las dejó caer, tras el registro, en el regato que corría entre la acera y el automóvil. Y ahora vuestros bolsos, señoritas, dijo. Primero tú, princesa, dijo a Joana, tengo curiosidad por hurgar en tus pequeños secretos, estoy seguro de que con tu aire de Virgen María debes de tener quién sabe qué secretos en el bolso, ¿verdad? La mano penetró en el bolso, era una mano gruesa, con el dorso ligeramente hinchado y los dedos cortos y robustos.

Y fue en ese momento cuando apareció el mero.

Era un mero carnosos, brillante, aceitoso, que se deslizaba desde profundidades oscuras como la oscuridad del automóvil que amenazaba a las víctimas de aquella noche: por la ventanilla, junto a una mano hinchada de dedos burdos, se asomó el hocico de un mero que boqueaba. Qué incongruencia, una mano y un hocico de mero por la ventanilla de un automóvil negro en la Rua Dom Pedro Quinto en una noche de noviembre de mil novecientos sesenta y nueve.

Pero eso dependía de la imaginación de quien pensaba cómo habrían podido desarrollarse los hechos aquella noche. Así, en ese punto, su imaginación producía un mero. Y la cosa más extraña era que les pareció natural, en medio de aquella oscura noche, casi de toque de queda, con una llovizna que había empezado a caer y las hojas arrastradas por el viento, a todos les pareció natural que por la ventanilla de aquel automóvil amenazador se asomara un mero. Plaf. El mero se escabulló hacia fuera y cayó en el regato que corría entre el automóvil y la acera, en el mismo lugar en que la mano que les estaba apuntando con la pistola había dejado caer las chaquetas de los chicos y los bolsos de las chicas. Y allí, en el sucio regato, el mero permaneció inmóvil, con apenas algún débil movimiento de la cola, boqueando. Estaba muriendo. Era un grueso mero boqueante que estaba muriendo. ¡No lo toques!, gritó Tiago. Se lo gritó a Joana, quien se había arrodillado y lo había cogido en brazos, estúpidamente, como si acunara a un niño. ¡No lo toques!, repitió Tiago, ¡es un pez inmundo! Pero pareció que Joana no oía aquel grito de asco y de alarma. No se puede dejar morir así a este pobre animal, dijo aturdida; y Tiago reanudó: no soy un comunista, soy un demócrata, y quiero saber inmediatamente quién es usted; y la voz en el interior del automóvil chilló: vaya, vaya, y después gritó: demócrata maricón, ¿me habías tomado por un chorizo?

Porque seguro que Tiago había replicado de esa forma, que era un demócrata, y que quería saber quién era aquel hombre. Así debía de haber dicho de verdad aquella noche, y no había hablado naturalmente de ningún mero, porque no había ningún mero en aquel momento, salvo en los pensamientos de quien imaginaba cómo debían de haberse desarrollado los hechos aquella noche. En cambio, aquella noche solo había oscuridad, frente al Jardim do Príncipe Real, y ellos cuatro, aterrorizados e inmóviles delante de una pistola que les apuntaba desde la ventanilla de un automóvil. Incluso el resto del neón de la Guitarra Dourada se había apagado, el camarero con delantal blanco se asomó a la puerta y miró a su alrededor y seguramente vio un automóvil parado con las luces apagadas y cuatro personas con las manos levantadas, de modo que se apresuró a bajar la puerta metálica del restaurante y permaneció en el interior, con las luces apagadas.

Pero ahora hay un pez junto a ellos. Aunque quizá no estuviera aquella

noche, ahora, en esta noche evocada, está allí, presente, y Joana lo sostiene en brazos y parece acunarlo y mira aturdida a su alrededor, y Tiago le dice: ¿qué haces?, tíralo, déjalo en la cuneta, ¿no ves que es un pez infecto?

Joana se agachó hasta el regato y recogió su bolso, que la mano había dejado caer desde la ventanilla; una mano que ahora aferraba una carta y que dijo: esto es un secretito, ¿verdad, princesa? Probablemente Joana sofocó un sollozo o un gemido e intentó hablar sin conseguirlo, de modo que Tiago dijo por ella: esa es una carta de su novio, usted no tiene derecho a tocarla. Ah, dijo la voz, qué interesante. La mano sacó rápidamente la carta del sobre, la abrió y la voz, en aquella oscuridad, como si estuviera guiada por ojos de gato, leyó: amadísima Joana, los certificados están casi todos preparados, creo que podremos casarnos dentro de un mes, en diciembre. La voz interrumpió la lectura y rió: oh, pero qué romántico. Usted no tiene derecho a leer esa carta, dijo Tiago acercándose a la ventanilla. Fue en ese momento cuando la mano gruesa que sostenía la carta y la pistola se disparó con una agilidad increíble, como si volara, y el cañón de la pistola golpeó de soslayo a Tiago en la boca, se oyó el ruido de los dientes al romperse, Tiago se dobló hacia delante escupiendo dientes y sangre, la portezuela del automóvil se abrió y descendió el hombre, con un sombrero de alas anchas que le cubrían el rostro, y dijo: policía política, documentación. Se dirigió a Tiago, había guardado ya la pistola, tenía las manos en los bolsillos y el rostro inclinado, como si mirara los zapatos de sus prisioneros, pero se dirigía a Tiago, porque repitió: tu documentación, so demócrata mariquita; y Tiago, con un pañuelo metido en la boca para taponar la hemorragia, barbotó algo que pretendía ser una respuesta, pero que pareció un estertor, y después hizo un gesto negativo con la cabeza, se apretó la barbilla con las manos, seguro que por el dolor, y quizá fue en aquel momento cuando Tadeus bajó las escaleras y apareció en el portal.

Quien imaginaba cómo debían de haberse desarrollado los hechos aquella noche veía por lo tanto a Tadeus apareciendo en el portal justo en aquel momento, mientras Tiago escupía y tosía en el pañuelo, incapaz de dar una respuesta y como perdido por completo. Pero qué extraño: quien pensaba todo esto no lograba no imaginarse a Tadeus detrás de las cortinas de la ventana, arriba en el segundo piso, agazapado en la oscuridad de su

habitación. Y, entonces, ¿por qué no había descendido antes?, se preguntaba en su imaginación, ¿por qué había esperado a que las cosas llegaran hasta aquel punto? Pero en cualquier caso era inútil detenerse en aquellas consideraciones: lo que importaba era que Tadeus ahora estaba allí, había bajado, estaba presente, había abierto la puerta y decía en voz alta y clara: este señor es conocido mío, yo respondo por él.

Lo que sucedió después le sería difícil decirlo a quien pensaba en aquella noche. Su imaginación, al llegar a ese punto, sufría una especie de parálisis, o de sueño: una suspensión de los actos o de los acontecimientos que era a la vez una suspensión y una inmovilidad de todos los personajes de aquella escena. Y sus ojos, que hasta entonces habían estado presentes y habían sido partícipes, se alejaban como si algo arrastrara su cuerpo, una ráfaga más fuerte que aquel ventarrón gélido, y lo transportara en volandas a un banco del jardín del Príncipe Real, junto a la maraña de plantas de papiro que brotaban al borde del pequeño lago: y desde aquella distancia era imposible entender quién se movió y quién habló, quién decidió, quién quiso acompañar a Tiago que debía ir a buscar los documentos que había dejado en su automóvil, aparcado en la Rua Sampaio Pina, justo delante de la casa de Joana, una veintena de manzanas más adelante, ni siquiera un kilómetro en línea recta, pensándolo bien. Quizá Tadeus dijo que quería ir con Tiago, y también los demás, todos los demás, por supuesto, seguro que había sido así. Pero el hombre con astucia y maldad habría contestado: tú, poeta, quédate en tu casita, entre tus libritos y tus poesías. Así debía de haber contestado. Y a Luisa le habría dicho: tú desaparece, señoritinga, vete enseguida a casa. Y por qué hizo subir al coche junto con Tiago solo a Michel y a Joana es un misterio; ciertamente no le había preocupado que Michel fuera extranjero, porque si lo hubiera pensado mejor habría llegado a la conclusión de que no era un episodio como para dar a conocer fuera del país, debido a la publicidad que los periódicos extranjeros hubieran podido dar al suceso. En cualquier caso, Tadeus volvió a entrar en el portal y se quedó allí con las luces encendidas, con el hombro apoyado en el quicio de la puerta; Luisa empezó a bajar por la calle y se alejó con rápidos pasos hacia el río, mientras Tiago, Michel y Joana entraron en el coche y partieron a toda velocidad; y quien estaba imaginando las cosas de aquella noche permaneció imaginando su

partida desde el banco del jardín, y solo en aquel momento advirtió que se trataba de un Mercedes negro de modelo antiguo, un coche respetable, algo pasado de moda, de los que suelen ser conducidos por un chófer, con una vieja señora ocupando el asiento posterior.

Pero, inmediatamente después, de repente estuvo junto a ellos. Él también estaba allí ahora, entre Joana y Michel; Tiago ocupaba el asiento delantero apretándose el pañuelo sobre la boca y el hombre conducía a toda velocidad, ciñéndose en las curvas y subiéndose a la acera en las más cerradas. Quizá estaba borracho, o había tomado estimulantes, a juzgar por la temeridad con que conducía; o quizá no, era solo otro modo de demostrar su crueldad y su desprecio por la vida.

Allí estaba la iglesia de São Mamede, y después las casas de la plaza del Rato, en la cual giran en dirección prohibida, y después los arcos del parque de las Amoreiras, y más adelante el Ritz, con dos porteros en librea verde y aire espectral, pero incluso el Ritz parece desierto, las luces de los salones estaban apagadas. Y allí, finalmente, la Rua Sampaio Pina. Pero el hombre, como si hubiera imaginado que sus tres prisioneros exhalaban un suspiro de alivio, frenó bruscamente, aparcó, y dijo: primera lección de política, amar al propio país. Ahora había sacado de nuevo la pistola del bolsillo, y jugaba con ella restregándola contra los pantalones. ¿Sabéis lo que quiere decir, señoritos?, dijo, vosotros no lo sabéis, porque no sabéis nada. Lo sé igual que usted o quizá mejor, replicó Tadeus, hace cincuenta años que conozco este país, ahórrese sus lecciones. Lo dijo en voz baja y contenida, pero furibunda; fue él quien habló, porque en aquel coche estaba también él, ¿cómo podía no haber pensado, quien estaba imaginando los hechos de aquella noche, que Tadeus nunca habría permitido que aquellos tres muchachos partieran solos en compañía de aquel sórdido individuo? No, seguro que Tadeus había pretendido ir él también, quizá se había puesto frente al coche con los brazos abiertos, con una actitud algo teatral que en aquellas circunstancias habría parecido grotesca, y había dicho con firmeza: yo también iré con ellos.

Y así, quien estaba imaginando los hechos de aquella noche tuvo que imaginar de nuevo la escena, y en la oscuridad de la Rua Pedro Quinto, con los rótulos del último restaurante que estaban apagándose, vio a Tadeus delante del Mercedes negro, deslumbrado por el haz de los faros, blanco,

espectral; y luego vio subir en silencio a los cuatro, los tres chicos y Tadeus; pero quien imaginaba estar mirando había sido transportado ahora por una ráfaga de viento a un banco del Jardim do Príncipe Real, y desde aquella distancia le habría sido imposible decir en qué posición se habían dispuesto en el coche.

No se haga tanto el héroe, respondió el hombre, mi trabajo es impartir lecciones de vida, y si usted se sabe la lección de memoria, repásela, que siempre conviene. Eso dijo, pero parecía más calmado, menos histérico, y en cualquier caso ahora utilizaba el usted para hablar con Tadeus, y en ese instante volvió a meterse la pistola en el bolsillo y dijo a Tiago que fuera a buscar los documentos, porque evidentemente conocía el coche de Tiago.

Tiago volvió y dijo: aquí están. El hombre los observó con atención, se los devolvió y todo parecía haber acabado. Está bien, buenas noches, chicos, dijo Tadeus; evidentemente, ya no podía más, estaba exhausto y consideraba ya inútil su presencia: se alejó a pie, con las manos en los bolsillos, casi con cierto descaro, al menos así lo pensó quien imaginaba cómo debían de haberse desarrollado los hechos aquella noche. Y cuando Tadeus ya estaba lejos, en la esquina de Rodrigo de Fonseca, justo delante de la carnicería judía, el hombre sacó de nuevo la pistola y dijo: volved a entrar en el coche. Se sentaron, los tres apretados en el asiento posterior, y el hombre, de pie, fuera, dijo: ahora escuchadme bien, porque la lección de política va a empezar. Primera regla de la lección de política: amar al propio país. Y para amar al propio país, ¿sabéis lo que hace falta? No lo sabéis porque sois tres piojosos comunistas, o demócratas, da lo mismo. Pues bien, yo os voy a decir qué hace falta. Hace falta odio. Odio para defender nuestra civilización y nuestra raza. ¿Y sabéis cómo se reconoce una verdadera civilización y una verdadera raza? Se reconoce si se sabe dominar a otra raza. Y para dominar a otra raza, es menester, si me permitís esta expresión añeja, es menester en primer lugar dominarla sexualmente, y así lo ha hecho un servidor, ciudadano portugués a todos los efectos, en servicio en Luanda y Lourenço Marques en los años de gracia de 1964-1968. Así, mis queridos mierdecillas, con este rabo. Y mientras decía esto se abrió los pantalones y mostró el sexo, lo agitó adelante y atrás y orinó contra la noche. Y luego se abrochó los pantalones y dijo: con este rabo he defendido nuestra raza, violando a las niñas de esos

hijos de puta del MPLA que tendían emboscadas a nuestros heroicos soldados que habían dejado sus hogares para ir a defender a esos pueblos de zulúes del comunismo. Y las he violado con esmero, como Dios manda, y todas eran de una edad indefinida, pero, palabra de honor, todas menores de trece años, porque a los trece años las negras ya están hechas unas mujeres, yo entiendo de eso. Y después de haberlas disfrutado a conciencia, con esta pistola amiga mía, a la que llamo María de Lourdes, porque me ha protegido siempre, con esta pistola amiga mía completaba el trabajo probando el trasero de aquellas putitas, quiero decir que les metía el cañón en el culito, y cómo se agitaban las condenadas, oh, si lo hubierais visto, y yo, pum pum, dos tiros, solo dos, lo justo para agujerearles los intestinos, y tras este tratamiento intensivo tendríais que haber visto lo locuaces que acababan siendo los padres, denunciaban incluso a sus hermanos, lo decían todo después de que les devolviéramos a sus hijitas con dos balas en la barriguita, porque hijas aquellos activistas tenían muchas, sí, sí, muchas, de verdad, los negros tienen un montón de hijos, pero afortunadamente nosotros tenemos un montón de balas.

Fue entonces cuando Joana salió del coche tambaleándose, se acercó a un árbol y se quedó doblada en dos, como si vomitara, y la oyeron gemir, y luego reír, como si tuviera un ataque de histeria o una extraña enfermedad, y en un instante, mientras los otros dos corrían a sostenerla, el Mercedes negro ya estaba lejos, silencioso, vieron las luces de los frenos encendiéndose en el cruce con el Parque Eduardo VII, y Michel y Tiago dijeron: Joana, te llevamos a casa. Pero ella dijo que no, que quería recuperarse con el aire fresco de la noche, y además que quería evitar el encuentro con cualquier familiar en casa, no, gracias, que la acompañaran hasta el portal y después la dejaran tranquilamente, tenía ganas de quedarse un rato sola. De manera que los otros dos se fueron, uno junto al otro, con la cabeza baja, como si fueran culpables, pero culpables ¿de qué?, y cuando se volvieron para decirle adiós con la mano vieron que ella sonreía con una sonrisa incongruente y alarmante.

Esta historia tendría que acabar en este momento, cuando todos se habían alejado, cada uno por su cuenta, en la noche: ¡fuera!, que desaparezcan las personas que aquella noche siniestra había unido en un mismo destino, que

desaparezca aquel coche y su impúdico ocupante y que desaparezca incluso la noche, que estaba llegando a su final a punto de ceder ante un nuevo día que estaba comenzando. Pero quien imaginaba cómo habrían podido desarrollarse los hechos aquella noche, en ese instante sentía una zozobra indescriptible, y una pena, como si aquella vicisitud tuviera que concluir, disolverse o encontrar un pliegue en el que esconderse ella misma y lo que había causado en el ánimo de alguien. Y entonces, por tentación, por pura tentación, la imaginación de quien pensaba en aquella noche se ponía a seguir a Joana, que bajaba por el paseo, porque Joana no entraba en casa, empezaba a bajar hacia la Braancamp, y él la seguía mientras atravesaba la Alexandre Herculano, Joana caminaba lentamente, como si no tuviera prisa y todo fuera ineluctable; la veía recorrer el trecho final de la Rodrigo da Fonseca donde hay árboles de jacarandá, doblar en la Rua de São Mamede, coger la Rua da Escola Politécnica, y luego la Rua Dom Pedro Quinto, toc-toc, sus tacones resonaban en el pavimento, no había nadie en aquella fría noche de mil novecientos sesenta y nueve, Joana llegaba frente al portal de la casa de Tadeus y en el portal, con el hombro apoyado en el quicio, estaba él, Tadeus, que no le decía nada, pero le sonreía como si dijera: te esperaba, sabía que vendrías, que no habrías resistido a la tentación. Y entonces ella asentía, como si admitiera que había ido porque *debía* y no se puede resistir a las cosas que se deben hacer; agachándose, recogía del regato que corría junto a la acera al mero boqueante y tomándolo en sus brazos le decía a Tadeus: no se puede dejar morir aquí a este pobre animal, tenemos que llevarlo a casa, meterlo en el agua, y él se apartaba en silencio para dejarla pasar. Y mientras Tadeus cerraba el portal, quien imaginaba aquella noche imaginó inusitadamente que subían las escaleras a horcajadas sobre aquel mero moribundo: y, cosa curiosa, que el mero, deslizándose con sus exhaustos coletazos, subía la espiral de las escaleras una vez, dos veces, tres veces, hasta entrar en un torbellino que escapaba de aquella casa y atravesaba paredes y tiempo; terco, aceitoso, moribundo, pero incansable: adelante, año tras año, mientras la vida pasaba, años y años, para arribar el mero un día hasta él, hasta quien ahora estaba imaginando aquella noche de hace tantos años. ¿Hasta él y hasta dónde?

ASERRÍN, ASERRÁN

Era el momento de pensar en ello, era el momento justo para pensar en ello, además, no tenía otra cosa que hacer sino pensar en ello. La sala de espera estaba desierta. Era una habitación austera, con bancos y una vieja mesa. Pero al menos era cálida. Entró y dejó la maleta sobre la mesa. Eso, pensar en su historia. ¿Qué habría escrito si tuviera que escribir su historia? Se sonrió en el espejo que estaba junto a un cartel de los ferrocarriles. No eres vieja, se dijo, todavía no eres vieja. Levantó un dedo y mentalmente se amonestó. Pero ya no eres joven, ya no eres una muchacha. Volvió a sonreírse. Pensó: eres una mujer con una historia. Pero ¿cómo era esa historia? ¿Qué habría escrito si tuviera que escribir su historia? El problema era por dónde empezar. ¿Dónde empieza una historia? Pensó que las historias no empiezan, las historias suceden y no tienen un principio. O al menos ese principio no se ve, se escapa, porque estaba ya inscrito en otro principio, en otra historia, el principio es solo la continuación de otro principio. Pero sin embargo es necesario empezar por alguna parte y ella se dijo que habría empezado con Edoardo. Edoardo era el principio, pero era también el final de algo, claro. Era el final de la mocedad, de la ingenuidad, de aquel modo espantosamente infantil que ella había tenido de enfrentarse a la vida hasta entonces. Edoardo, el gran seductor. Bello, inteligente, dominante, seguro de sí mismo: con la altivez de quien conoce a la gente a simple vista, con la conciencia de la propia inteligencia, la había elegido a ella para ser su gregaria. Eran jóvenes, entonces, y a ella hacer de gregaria le parecía una condición de vida normal; por ello había aceptado ser su «pequeña esclava», efectuar las investigaciones para el libro que todos esperaban de él y, pensándolo bien, había sido casi hasta hermoso. Entonces vivían en una pequeña ciudad atravesada por un río, una ciudad dulce y tranquila que a ella le gustaba recorrer por la mañana en bicicleta siguiendo las arboledas de los paseos que flanqueaban el río para entrar en las callejuelas húmedas del centro medieval. Llegaba a la biblioteca universitaria y entraba en el patio austero. La biblioteca era una enorme sala con grandes ventanas de ojiva,

conocía perfectamente al bibliotecario, le llamaba con confianza señor Jacopino, era un viejecito ceremonioso que llevaba una bata negra, estos son los libros que encargó ayer, señorita, decía Jacopino, y ella se ponía a trabajar. Sabía perfectamente lo que le era útil a Edoardo. Tomaba apuntes y las horas pasaban veloces. En un instante sobre la ciudad caía la tarde y se encendían las luces. Se levantaba de la mesa e iba a una ventana. Miraba ensimismada los árboles del paseo del río y los tejados del centro histórico. Quizá se sentía feliz. Por la noche volvía a casa llena de entusiasmo. Edoardo la esperaba en el salón, tenía un aire satisfecho, hoy he escrito todo el día, decía, eres una chica maravillosa, sabes exactamente lo que necesito, el libro está quedando sublime, me faltan solo tres capítulos y ya está acabado. Y ella sentía que se le encogía el corazón. ¿Qué haría después? Su simple vida consistía en eso, buscar la bibliografía para Edoardo, pasar los días en la biblioteca, charlar con el señor Jacopino, aquella era su vida de gregaria insignificante y feliz, mientras Edoardo la miraba con ojos irónicos pero tiernos, él pasaba sus días en los cafés del paseo del río, allí escribía su libro, y por la noche era afable y bromista, porque era un especialista en bromas, y le gastaba alguna broma inocente, como dejarle sobre la mesa una nota que decía «no volveré nunca», o esconderse en la pequeña habitación de la despensa para saltar hacia fuera dando un grito aterrador, ¿te ha gustado la broma?, le preguntaba, y ella reía solo para complacerle. Edoardo quería que quedara claro que él de bromas entendía, por algo estaba escribiendo un libro sobre la broma en la literatura barroca: anagramas, criptografías, polisemias, mnemotecnias, paronomasias; eran su campo de estudio. El juego o, mejor, la jocosidad, ese era su carácter, y con aquel libro conseguiría la plaza en la universidad, solo hacía falta esperar un poco de tiempo, mientras tanto, el padre de Edoardo les pasaba una mensualidad para ir aguantando, también el padre de Edoardo era una persona jocosa, también a él le gustaban las bromas, cuando iba a verlos y se quedaba a comer inventaba siempre alguna pequeña broma y ella fingía divertirse, por ejemplo escondía la servilleta bajo las posaderas y decía que el servicio no era perfecto, ella le seguía la corriente y se azoraba pidiendo perdón, se llevaba una mano a la boca como si se sonrojara, entonces él sacaba triunfante la servilleta y ella exclamaba: «¡oh, papá!».

Pero Edoardo no sabía en qué consistían las verdaderas bromas. Ella se encargó de gastarle una en serio. Pensándolo bien, no se daba cuenta de cómo podía haber sucedido. Digamos que había sido un impulso, no había sido capaz de resistirlo. Era un hermoso día de primavera, ella paseaba por las alamedas en bicicleta, la naturaleza se estaba despertando, los cafés estaban llenos de gente. De repente sintió el deseo de ver a Edoardo, de pasear con él, de pasar la mañana sentada frente a él en un bonito café al aire libre, discurriendo sobre cosas sin importancia. Primero pensó en telefonarle, pero después le pareció infantil. Entonces se apresuró hacia casa, pedaleando con ímpetu, colorada y feliz como una niña. Subió las escaleras a la carrera. Edoardo, Edoardo, llamó. La casa estaba desierta. Se paseó por las habitaciones perpleja, sin saber qué pensar. Después, sobre el escritorio, encontró la nota. «El libro está acabado. Estoy agotado. Voy a ver a mi padre. Vuelvo mañana.» Así, con una nota seca e impersonal, Edoardo le informaba de que había acabado el libro. Acabado. Y con el libro, pensó, habían acabado también sus días en la biblioteca, sus investigaciones, las charlas con el señor Jacopino, la vida que había llevado durante casi dos años. Sintió una gran añoranza por todo aquel tiempo transcurrido, y también un enorme vacío. Y ahora, ¿qué haría ahora?, ¿cómo afrontaría su vida, su tiempo, el sentido de sus días? Fue un impulso. Cogió el texto mecanografiado y empezó a hojearlo. Edoardo escribía bien, sabía hacer las conexiones necesarias, era un hombre culto, dotado de una inteligencia sistemática y puntillosa. Pero aquel libro no era de Edoardo, le pertenecía a ella, estaba hecho de infinitos momentos, de investigaciones, de copias, de días pasados en la biblioteca, de paseos en bicicleta. Aquel libro era su juventud, lo sentía. Metió el texto mecanografiado en la bolsa. Ese fue el impulso. Dejó sobre el escritorio solo la primera página en la cual estaba el título y el nombre de Edoardo y, de prisa, escribió con lápiz rojo: «a Edoardo, en broma». Después hizo sus planes con calma. Se cambió, preparó la maleta, miró el horario de los trenes, escogió una ciudad lejana, en el norte, porque ahora necesitaba una gran ciudad: las ciudades pequeñas, los paseos junto al río, las dulzuras de la provincia habían terminado, pertenecían a su juventud, y la sentía como algo ya pasado.

Se encontró bien en aquella ciudad del norte. Y la publicación del libro dio

sus frutos, establecerse le fue fácil, y un gran semanario le encomendó la dirección de una sección de libros. Pensó que era oportuno ocuparse sobre todo de libros que estuvieran relacionados con la especialidad por la cual todos la conocían ya, y su especialidad eran las bromas. Cualquier clase de bromas: las bromas lingüísticas, las extravagancias, lo grotesco, las novelas expresionistas, las invenciones verbales, en fin, en una palabra, el nuevo barroco. Y el azar hizo que aquellos años fueran pródigos en pruebas literarias similares. Fuera por la moda, fuera porque verdaderamente todos los escritores habían descubierto de repente una vena de inspiración vanguardista en su interior, abundaban las invenciones formales, los ejercicios literarios o lo que se llamaba «la experimentación». Comenzó un período de aventuras. Porque lo que contaba era precisamente la aventura, los libros no importaban, en el fondo. Lo importante era buscar, vivir aquel momento eufórico, casi febril, en el que todo estaba estallando, el mundo, la sociedad, las convenciones: e incluso las palabras estallaban, incluso las palabras eran frenéticas y febriles. Fue entonces cuando tuvo lugar el descubrimiento de Céline. Y fue un descubrimiento que la turbó. Céline entró casualmente en su sección de libros por una simple reseña y desde entonces ya nada volvió a ser igual. Con él comprendió que los libros sí que eran importantes: Céline era una mina que estallaba entre las piernas de los bienpensantes, era un enorme estallido, una explosión de vísceras que volvía a cuestionarlo todo: el orden, la sociedad, los sentimientos. Con la lectura de Céline había comprendido que el pasado ya no podía ser igual.

Ay, el pasado, pensó, estoy cansada del pasado, estoy cansada de los prolegómenos, todo esto pertenece a mi prehistoria, pero mi historia no empieza aquí, si tuviera que escribirla no empezaría nunca desde este punto.

Necesitaba beber algo, de improviso sintió una enorme necesidad de ello. Algo fuerte que le devolviera la moral, que le infundiera calor. Salió de la sala de espera con la esperanza de que hubiera un bar, antes no se había fijado. La estación estaba desierta. Al fondo, cerca de la entrada, vio una puerta sobre la que se destacaba el rótulo del estanco, con una luz de neón rosa, se dirigió hacia allí con la esperanza de que además de cigarrillos vendieran también licores.

Más que un bar parecía una tienda, pero podía servir. El camarero, un

jovenzuelo con la cara devastada por el acné, se entretenía jugando en el millón. El local estaba desierto, había solo un hombre anciano con una bolsa que estaba sentado a una mesa. Hubiera deseado tomar un gin-tonic, pero el muchacho le dijo que no tenía tónica, solo gaseosa. Se hizo poner un whisky abundante y se lo bebió como si fuera una medicina, esperando un efecto que no llegó, porque continuaba sintiéndose helada. Pero se dio cuenta de que el frío le venía de dentro, y esto la alarmó, le infundió un extraño temor. Miró de soslayo al anciano y él se alzó un momento el sombrero en señal de deferencia.

«Parece que hay problemas», dijo el anciano con aire entre misterioso y resignado.

Ella le miró de forma interrogante.

«Me lo ha dicho el jefe de estación», especificó el anciano, «una interrupción en las líneas, parece que ha habido un accidente o algo por el estilo.» Y puso una sonrisa afligida.

Ella pagó y salió. Estaba cayendo la noche, y con la noche la niebla. En torno a las farolas había una aureola azulada. Dios mío, ¿por qué había escogido el tren? Tres horas de viaje, dos enlaces y ahora ese ferrocarril secundario como última etapa. Si lo hubiera consentido, habrían ido a recogerla en coche, habría hecho un viaje cómodo y tranquilo; en cambio había dicho que no, que prefería el tren. Qué estúpida. Solo porque temía que durante el trayecto sus acompañantes le hicieran alguna pregunta sobre su credo político o entonaran «Giovinezza» o cualquier otra canción nostálgica. Se llamó ingenua. Tenía de ellos una imagen estereotipada que no correspondía a nada, esos eran jóvenes eficientes, serios, bien vestidos, no tenían nada que ver con la parafernalia fascista, eran muchachos de derechas inteligentes y despiertos que querían redescubrir la cultura de derechas. Se acercó a los andenes y encendió un cigarrillo. Intentó pensar en otra hipótesis y un escalofrío le recorrió la espalda; vio un local con una bandera italiana y algún estandarte, un público de viejecitos irascibles y de viejas empolvadas, algún muchachito fanático: lugares que ya conocía. Cerró los ojos y borró la imagen a duras penas. No era así, estaba segura. Era un círculo juvenil, no un nido de nostálgicos; eran jóvenes curiosos y ardientes. La hipótesis la tranquilizó. La hipótesis, se dijo, cuadra con mi historia. Qué gracioso, el

pensamiento retornaba como si le estuviera poniendo un cuestionario, como si la atosigara. Su historia. Ciertamente su historia no empezaba con Edoardo, con él terminaba solamente. Pero si hubiera tenido que contársela, ¿por dónde habría comenzado esa historia? Se puso a caminar a lo largo del andén. Era una bonita noche de invierno, se dijo, hay un poco de niebla, el tren lleva retraso, te esperan en una pequeña ciudad para oír tu conferencia, estás sola, tienes tiempo, nadie te busca, es el momento justo de narrarte tu historia. Encendió otro cigarrillo, se lo dejó entre los labios y enfiló las manos en el abrigo. El hecho era, sin embargo, que no tenía ganas de contarse esa historia. Sintió de nuevo aquella desagradable sensación de frío: un charco de hielo en el estómago que se ramificaba por los brazos y las piernas. Eres una estúpida, se dijo, eres una perfecta estúpida, ¿no te acuerdas que de pequeña querías ser actriz? Era extraño lo fácilmente que se olvidaban las ambiciones de juventud. Pero ahora las recordaba, claro que sí, y en el fondo había cumplido su destino, había sido una gran actriz, durante toda su vida había interpretado una única comedia. O un único drama, quizá era más acertado decir un drama. Pero no, un comedión. Sonrió en la oscuridad y dijo: un comedión. Uno de aquellos viejos espectáculos teatrales de antaño, hechos de buenos y malos, una comedia de grandes pasiones, aunque interpretada con ligereza, una bonita comedia que tenía por título *La broma*. Eso es, así la habría llamado, ese era el título justo si tuviera que escribir su historia: la broma. Aunque la que había gastado a Edoardo quizá hubiera sido la primera broma, su historia no empezaba ahí; aquella, más que una broma, había sido una toma de conciencia. No, las verdaderas bromas habían venido después. Eran bromas serias, de las que importaban de verdad. Su sección en el semanario, por ejemplo, aquello era una verdadera broma. Con todas esas chapuzas que había hecho pasar por obras maestras, esos fárragos insensatos, esos desvaríos que ella había ratificado, que había contribuido a difundir, que había alabado. Y después había llegado Beniamino. ¡Pobre Beniamino! Tan pueril, tan desprevenido, tan convencido de ser un escritor, tan amante de las palabras, tan confiado en la literatura. Porque a Beniamino le había amado de verdad, no había sido como con Edoardo y con los otros, había sido un sentimiento fuerte, maduro, responsable. Le había amado y había sufrido por él, cuando le había gastado aquella broma. Quizá también por aquel defecto

suyo de pronunciación, podía parecer gracioso pero realmente era así, porque él tartamudeaba realmente, tropezaba con las palabras. Un escritor expresionista que tropezaba con las palabras, parecía paradójico, pero Beniamino era así, sobre todo cuando se emocionaba, entonces se bloqueaba en la primera sílaba, su cuello era sacudido por un tic nervioso, la nuez le subía y le bajaba, no había manera de desbloquearlo. Volvió a imaginárselo delante, la tarde en que le anunció que había aceptado aquella oferta. Beniamino intentó decir algo inmediatamente, pero su voz vaciló, abrió los ojos por completo, parecía un niño maravillado, escúchame, Beniamino, le decía ella con paciencia, la vanguardia ha acabado, han acabado todas las vanguardias, querías hacer la revolución con tus libros, pero los libros no hacen las revoluciones, mira, todo ha acabado, ha acabado el movimiento, han acabado los estudiantes, mira a tu alrededor, hay cuatro desesperados, estamos yendo en la dirección equivocada, yo no hago más que cambiar de dirección, y además Céline no era de los nuestros, no lo ha sido nunca, fuimos nosotros quienes le reclutamos, pero él era un hombre de derechas, qué hay de malo en decirlo, digo solo la verdad, pues bien, he aceptado hacer este prólogo, pero no es el dinero lo que me ha convencido, quizá sea un libro infame, pero las cosas infames las ha escrito él, hemos sido nosotros los que nunca hemos querido ser conscientes de ello, perdóname, yo soy así, intenta comprenderlo.

Sacó otro cigarrillo. Estás fumando demasiado, se dijo. Pero tenía ganas de fumar, le daba la impresión de que el humo le deshacía el hielo que sentía en el estómago. Se dijo que aquello había sido una broma pesada, pero no solo hacia Beniamino. También hacia sí misma, claro. Y en el fondo también hacia Céline, porque ella había ido más lejos que Céline, le había puesto una etiqueta, le había atrapado en sus debilidades y sus rencores, le había reducido, domesticado, conformado a una idea. No lo pienses más, se dijo, basta de pensar en tu historia, me has cansado. Había dejado la maleta en la sala de espera. Se dirigió hacia allí cansinamente, como si aquella sala de espera fuera una especie de destino y ya nada importara. Y en efecto, ¿qué importaba? Se lo preguntó, dio una patada al paquete de cigarrillos vacío y se preguntó: ¿qué es lo que importa? Una vocecilla infantil y burlona que subía desde el hielo que sentía en el estómago dijo: importan los niños. Y por un

instante se vio a sí misma de niña, un pequeño ser de trenzas oscuras, un día de verano, un jardín, una pérgola, alguien que la acunaba, que le acariciaba los cabellos, pero no consiguió enfocar completamente la imagen. Siempre deseé un niño, se dijo, ¿por qué nunca lo quise tener?

En la puerta de la sala de espera el anciano señor que había encontrado en el bar estaba hablando con el jefe de estación. «Es un problema serio, señora», dijo con aire disgustado el jefe de estación, «no sé qué decirle», y se alejó. Ella miró de forma interrogante al anciano y él abrió los brazos. «Hay una interrupción en la línea», dijo, «parece que están trabajando en ello, pero es una red secundaria, serán necesarias dos horas como mínimo.» La miró y sonrió con aire de complicidad. «La he reconocido», susurró, «he visto su fotografía en un cartel de la ciudad, usted es la de la conferencia.» Después se puso serio y dijo: «el título no me gusta, no promete nada bueno». Su voz se hizo casi despectiva, o así se lo pareció a ella: «nuestro camarada Céline», añadió el anciano con una leve mueca, «creía que a estas cosas se las había tragado el tiempo».

«Yo no soy responsable del título», respondió ella casi con vehemencia. Se dirigió hacia su maleta y la aferró con decisión. «Escuche», dijo luego, «empleemos nuestro tiempo de manera más provechosa, tenemos dos horas de espera, quizá podríamos ir a un restaurante a comer algo.» En su interior sintió que era una súplica, pero quizá el anciano no se había dado cuenta.

Eso es, ahora estaba mejor, se sentía más serena, más calmada, y la presencia de aquel anciano de modales educados la tranquilizaba, lo advertía. Porque era agradable y tranquilizador estar en aquel vetusto y simpático restaurante con el camarero esperando pacientemente sus pedidos.

Tienes que actuar de forma que no salga de nuevo el tema, se dijo, y lo consiguió durante un rato, habló prácticamente solo ella, habló del tiempo, de viajes, de trenes, de un viaje que no había hecho nunca y que describió hasta en sus mínimos detalles. Pero durante una pequeña pausa él volvió sobre el tema. Dijo su nombre y apellido y añadió: «discúlpeme si hace un rato he estado brusco, señora».

«No creo que haya estado brusco», respondió ella con la esperanza de que la conversación acabara allí. «Sí», insistió él, «he sido brusco, pero debo serle franco, no me gustan los fascistas.»

«Si es por eso no se preocupe», atajó ella, «tampoco me gustan a mí.» Observó atentamente la expresión que su afirmación provocaba en la cara de él. Era una expresión de asombro infantil, y era curiosa una expresión de asombro infantil en la cara de un hombre anciano, lo volvía vulnerable y lo desarmaba.

«No lo entiendo», rebatió él seriamente.

También ella sintió que tenía que ser seria, y en el fondo lo era de veras, cierto, ahora lo sentía con fuerza, con la seriedad que le daban el ambiente y aquella persona honesta, sentía que había dicho la verdad, porque aquella era la verdad, su profunda verdad que nunca conseguiría explicar a nadie. «No creo que pudiera entenderlo», dijo con tono firme, «créame.»

Y entonces él, con delicadeza, empezó a hablar de otra cosa. Primero se puso a hablar de aquella pequeña ciudad, y después, inevitablemente, pero siempre con delicadeza y pudor, empezó a hablar de sí mismo y de su vida. ¡Cómo le gustaba estar escuchándole! Sintió de nuevo aquella sensación de serenidad y de bienestar. Era agradable escuchar a un hombre que le hablaba; mientras escuchaba aquella voz tranquilizadora podía pensar en otras cosas, huir lejos por un momento y después volver a prestar atención y luego huir de nuevo lejos, total él contaba una vida banal y previsible. Era viudo, eso se lo había imaginado, quién sabe por qué. Y estaba jubilado, esto también se lo había imaginado. Había sido profesor de latín en un instituto de la pequeña ciudad vecina en la que ahora vivía la hija, casada y con dos niños. En cambio él vivía allí, en aquel pueblo grande a cincuenta kilómetros de la pequeña ciudad, se había retirado a residir allí porque no quería vivir con la hija y el yerno, tenía una casa que había pertenecido a sus padres y en la que había pasado su juventud, pero ir a ver a la hija era fácil, la línea estaba bien comunicada, al menos cuando no había problemas como ahora, precisamente aquella tarde iba a ver a su hija, de todos modos ya le había advertido del retraso, le había telefonado. Y después le habló de su mujer, de una vida feliz, había muerto hacía cuatro años, se sentía muy solo. Habló de la soledad, de una vida gris e improductiva en aquella provincia estúpida, del aburrimiento, de la melancolía. Su única compañía eran los clásicos latinos. Y además tenía un gato. Como si se despertara de repente de su meditación

en voz alta miró el reloj con aire alarmado. «Tenemos que irnos», dijo, «de lo contrario nos arriesgamos a perder el tren.»

Fue entonces cuando se le ocurrió la idea. No habría sabido decir por qué se le ocurrió, quizá por el lugar cálido y hospitalario, o porque fuera estaba oscuro, o porque él hablaba con aquella voz tranquila que le daba seguridad. «Este restaurante es también un hotel», dijo, «quedémonos aquí.»

Observó otra vez con atención el asombro que se dibujaba en el rostro de él, de nuevo un asombro juvenil, indefenso; le miró a los ojos y él rehuyó su mirada y recorrió la sala con la vista, como si temiera algo, como si alguien hubiera podido escuchar, después tosió ligeramente y balbuceó: «¿por qué precisamente conmigo?».

«Porque ambos estamos solos», respondió ella, «por eso también.»

«¿Y su conferencia?»

«Ya veremos.»

«Pero la estarán esperando.»

«Pongamos que les gasto una broma.»

«Pero aquí me conocen», arguyó él, «quiero decir, no quisiera que... »

«Podemos coger dos habitaciones», le interrumpió ella, «así nadie tendrá nada que murmurar.»

Él puso una sonrisa melancólica y con una mano le rozó la mano. «Pero yo soy viejo», susurró.

«¿Del todo?», preguntó ella.

«No», dijo él, «quizá no, no sabría decirlo.»

¿Por qué?, se preguntó, ¿por qué? ¿Solo porque fuera estaba oscuro y la oscuridad le daba miedo, o porque no quería volver a sentir aquel hielo en el estómago que la había atenazado con aquella terrible opresión? Era un viejo, un hombre melancólico y cansado que quizá le lloraría en el hombro y le contaría cosas de su difunta mujer. ¿O había alguna otra oscura razón, una razón que anidaba debajo, en una zona profunda a la que no llegaban ni su razón ni su voluntad, en una zona que tenía cuidadosamente cerrada y de la que había perdido la llave? Se miró en el espejo del armario. La alcoba era humilde, un poco miserable. Depositó su maleta en una silla y se desnudó lentamente, doblando con cuidado el vestido. Él golpeó la pared, era la señal convenida, pero ella no respondió, porque sintió que necesitaba tiempo

todavía. Quizá una ducha muy caliente le sentaría bien. Pero en el cuarto de baño no había ducha. Abrió los grifos de la bañera y esperó a que se llenara. Cuando la bañera estuvo llena se le ocurrió una idea absurda, qué ridículo, sintió el deseo de darse un baño con un barquito de papel, hacía siglos que no jugaba con un barquito de papel, pero todavía sabría hacerse uno. Se preguntó qué papel podía utilizar. Miró a su alrededor pero no vio nada que le sirviera. Entonces pensó en el libro de Céline. Abrió la maleta y lo cogió. Arrancó la última página del prólogo, la que tenía su nombre y apellido. Así, transformada en barquito, le pareció que aquella página renacía a una vida nueva. Se sumergió en el agua e hizo deslizar el barco sobre sus senos, después lo dejó flotar tranquilamente. Se secó con cuidado y se metió en la cama. Habría podido golpear en la pared, pero pensó en dejar pasar todavía algunos minutos. Tenía ganas de decir algo en voz alta, de oírse hablar. Tenía ganas de una cantinela, y se puso a pensar en las cantinelas que alguien le había cantado en su infancia. Tomó un cojín entre sus brazos y comenzó a acunarlo. «Aserrín, aserrán, los maderos de San Juan, los de abajo piden vino, los de arriba piden pan...» No, no eran aquellas las palabras que quisiera haber dicho, quisiera haber dicho cualquier otra cosa, pero no sabía qué. Oyó llamar a la puerta y se llevó la sábana hasta la barbilla. Él entró tímidamente, pidiendo permiso, cerró la puerta con llave y sonrió. Se veía que estaba turbado. Se había parado en medio de la alcoba y la miraba con una sonrisa cohibida, sin moverse. Ella deslizó la sábana y descubrió el pecho. Él apartó la mirada rápidamente, atravesó la habitación y se paró entre el armario y la butaca, donde empezó a desnudarse. Le daba la espalda, por lo que ella podía observarle sin ser vista. Sintió que no quería observarle, pero algo le impedía apartar su mirada. No le gustaba mirarle y al mismo tiempo se sentía atraída. Era un hombre corpulento, con una gran barriga flácida. Se dio cuenta de que en una nalga tenía un antojo, una gran mancha oscura y aterciopelada, y eso le provocó un escalofrío, le hizo sentir un hormigueo en las manos, como una pequeña sacudida eléctrica. Se preguntó si era repulsión u otra sensación, pero no tenía ganas de pensar en ello. Él se metió en la cama y apagó la luz. Resultó muy difícil y ella trató de ayudarle. «Ya te había dicho que era un viejo», dijo él. Jadeaba y su aliento era pesado. Ella sintió que debía abstraerse, que tenía que estar lejos, que no debía pensar en aquel viejo que

se agitaba penosamente encima de ella, pensó en el barquito de papel de la bañera y eso la confortó.

Él se había dormido como un niño, respirando reposadamente entre los cabellos. Ella alargó la mano y encendió la luz de la mesita de noche. Ahora sabía cuál era la cantinela que hubiera querido entonar, pero no era una cantinela, era una plegaria. Se deslizó fuera de la cama y se arrodilló sobre la alfombra. Juntó las manos, con los codos apoyados en la cama. Era una plegaria que pertenecía a un pasado remotísimo, al pasado de una niña de ojos grandes y de trenzas oscuras. «Ángel de la guarda, dulce compañía, no me dejes sola...» No sabía continuar, no recordaba nada más. Giró la cabeza y se miró en el espejo del armario. Fue entonces cuando lo vio. Era un pequeño ángel de la guarda que, detrás de una mujer desnuda arrodillada, tenía las alas abiertas de par en par en señal de protección. Y aquel ángel tenía el rostro de una niña de ojos grandes y trencitas oscuras. Pero el rostro era el de una niña vieja, y las alas no tenían plumas, sino un pelaje oscuro y raso como el de una rata. Fue un instante. Escondió la cabeza entre las manos y volvió a mirar al espejo: el ángel había desaparecido.

Al principio no se dio cuenta de que estaba llorando, notó tan solo las lágrimas mojándole la cara. Después llegó el sollozo, intentó sofocarlo con una mano, pero no lo consiguió. Él se despertó y la miró. En su rostro se dibujó una vez más la acostumbrada expresión de asombro infantil. «¿Qué te pasa?», le preguntó en voz baja, «¿qué te pasa?»

«Vete a tu habitación, por favor», respondió ella conteniendo los sollozos, «vete a tu habitación.»

¿EL ALETEO DE UNA MARIPOSA EN NUEVA YORK PUEDE PROVOCAR UN TIFÓN EN PEKÍN?

«El abajo firmante, nombre y apellidos, desea formalizar una confesión completa de todas las acciones que ha cometido en nombre de un acto de justicia mal entendida que le fue inspirado por algunos individuos que se aprovecharon de su simplicidad, y de las cuales está ahora firmemente arrepentido.»

El señor vestido de azul se secó el sudor con un pañuelo, miró a su interlocutor con aire ausente, como si no estuviera allí, y continuó: «Su confesión deberá empezar exactamente así, y subrayo la palabra *arrepentido*, no sé si ha entendido usted bien su sentido, pero por si no lo hubiera entendido, y me he dado cuenta a simple vista de que usted no lo ha entendido, sepa usted que todo lo que diga se basará en su arrepentimiento, toda esta historia se basará en su arrepentimiento. Me olvidaba de un detalle, usted ha recibido un nombre en clave con el que hemos decidido bautizarlo y con el que de ahora en adelante lo llamaré o lo llamaremos, si es necesario. Usted es el señor Mariposa, y en su momento le explicaré por qué.»

El hombre de pelo gris que estaba sentado frente a él miró a su alrededor como si buscara una salida. Sudaba y su rostro tenía un color violáceo. «Quisiera saber por qué tengo que ser yo», dijo, «o sea..., ¿por qué tengo que ser precisamente yo?»

El señor vestido de azul hizo un leve gesto de impaciencia con la mano que sostenía el pañuelo. «¡Ah, señor Mariposa!», dijo, «esto no tendría que habérmelo dicho, no señor.» Se secó el sudor de la frente con toquecitos suaves y suspiró. «Es usted un insolente, un descarado insolente, pero debe usted nadar entre dos aguas: el papel del descarado insolente, aunque aplastado por el remordimiento, es el que le corresponde delante de los jueces, pero con nosotros debe ser usted humilde, mejor dicho, humildísimo. Pero como parece que no ha aprendido usted todavía a nadar entre dos aguas, quiero decir, puesto que pretende hacer el papel del descarado insolente entre nosotros, le diré una cosa muy sencilla: está usted hundido en la mierda,

señor Mariposa. Y nosotros, que está usted hundido en la mierda, lo sabemos perfectamente. Es más, para que tenga usted las ideas claras en su cabecita, le voy a explicar con todo lujo de detalles lo que sabemos.»

El hombre de pelo gris hizo un gesto con la mano como si dijera, no, por favor, déjelo. Pero el señor vestido de azul no pareció darse por enterado: «Las deudas, lo primero», dijo, «conocemos todas sus deudas, y al decir sus deudas quiero decir las tuyas y las de su hermana. Pero las deudas serían lo de menos si no fuera por los chantajes o por los intentos de chantaje. Y lo de los chantajes sería lo de menos si no fuera por los negocios, y usted sabe muy bien a qué me refiero cuando digo negocios; bueno, digamos que no se trata precisamente de un tipo de actividad estimulada por nuestra legislación. Con sus negocios usted está jugando con la vida de la gente y eso no está nada bien, ¿no le parece, señor Mariposa? Pero incluso esos negocios tan simpáticos serían lo de menos si no fuera por los robos. Ay, señor Mariposa, aquellos robos, permítame que se lo diga, fueron una verdadera estupidez. Es verdad que era usted joven y entusiasta, un revolucionario convencido; es verdad que lo hizo por un espíritu de justicia mal entendida, que le fue inculcado por personas que no habrían debido aprovecharse de su simplicidad, pero de todas formas no se va por ahí asaltando supermercados a mano armada. Usted se preguntará cómo es que sabemos todas estas cosas que sucedieron hace tantos años; bueno, puedo decirle que hay otras personas en su situación, o sea, firmemente arrepentidas de las acciones cometidas. Ya sabe usted, el arrepentimiento es como la cadena de San Antonio, si alguien me dice algo de usted, usted me dice algo de otra persona, y además usted sabe muy bien que obró espontáneamente, por iniciativa propia, precisamente porque era usted un entusiasta, tenía usted un entusiasmo incontenible, pero los entusiasmos se pagan incluso treinta años después, no sé si es usted capaz de cuantificar en términos de años de cárcel el precio que tiene que pagar, ya le ayudo yo, digamos unos quince años; ¡ah!, se me olvidaba decirle que en uno de esos robos hubo de por medio un muerto, pero usted lo sabe mejor que yo, por lo tanto los años aumentan, eche usted mismo la cuenta.»

El señor vestido de azul sacó el pañuelo y se limpió con delicadeza el sudor de la frente. Cerró los ojos por un instante como si estuviera muy

cansado, después los abrió y miró fijamente a su interlocutor con aire interrogativo. «¿Quiere beber algo?», dijo.

«¿Dónde me encuentro?», preguntó el hombre de pelo gris, «quisiera saber dónde me encuentro.»

El hombre de pelo gris se desabrochó el cuello de la camisa. Permaneció meditabundo, miró a su alrededor con aire desconfiado. «Pero ¿por qué tengo que ser yo?», dijo.

El señor vestido de azul hizo un gesto de contrariedad, después abrió los brazos. «Señor Mariposa», dijo, «venga, no me haga este tipo de preguntas, mire usted, este es simplemente un lugar como cualquier otro, un edificio como cualquier otro, aquí no hay letreros en las puertas, este es un lugar adecuado para encuentros anónimos, entre amigos anónimos como somos nosotros.»

El señor vestido de azul se puso a jugar con un bolígrafo que estaba sobre la mesa. «Quizá no le basten las razones que le he explicado ya, es usted duro de pelar, señor Mariposa, no le bastan las razones prácticas. De acuerdo, si no tiene bastante con las razones prácticas pasaré a las razones teóricas, veamos si así lo entiende. Por qué precisamente usted. Es muy sencillo: porque es usted un infeliz. Y como todos los infelices alberga resentimiento. Quiero decir: usted odia a las personas que viven normalmente, que de una manera o de otra han logrado salirse con la suya, y querría usted verlos en su misma situación, es decir, hundidos en la mierda. Usted es la persona ideal porque es usted un desgraciado, señor Mariposa, no sé si me explico.»

«Pero yo no tengo nada que ver con el homicidio del cónsul extranjero», dijo el hombre de pelo gris, «quiero decir, soy totalmente ajeno a lo sucedido.»

«Pero no es ajeno a las otras cosas de las que le he hablado antes, elija usted mismo», dijo el señor vestido de azul.

«No sé qué decir», dijo el hombre de pelo gris.

«Pues entonces escúcheme», dijo el señor vestido de azul, «le propongo un juego. Juguemos a hacer una bonita suposición, ¿está de acuerdo?»

«Lo estoy», respondió el hombre de pelo gris.

«Muy bien, me alegro por usted», dijo el señor vestido de azul.

«Supongamos por ejemplo que en aquellos lejanos años los jefes de aquel movimiento político en el cual militaba usted por entonces le hubieran dado la orden de conducir un automóvil. ¿Lo habría hecho? Piénselo bien.»

«No me hace falta pensarlo», dijo el hombre de pelo gris, «claro que lo habría hecho.»

«Pero usted no iba solo, naturalmente, en aquel automóvil había otra persona.» El señor vestido de azul rebuscó en el bolsillo y sacó un paquete de tabaco. Encendió un cigarrillo con calma y apagó de un soplo la cerilla. «Pues bien, supongamos que esta persona que viajaba con usted tuviese una pistola, no le costará demasiado, espero, hacer esta suposición.»

El hombre de pelo gris indicó con un gesto que no, que no le costaba demasiado.

«Por lo demás usted tiene cierta familiaridad con las pistolas, señor Mariposa, no sería la primera vez. Pero prosigamos. Supongamos que la persona a la que usted acompañaba hubiera tenido que usar aquella pistola, es decir, si sus jefes le hubieran ordenado que acompañara a una persona que debía utilizar una pistola, ¿lo habría hecho usted? Piénselo bien.»

«Creo que sí», dijo el hombre.

«¿Lo cree o está seguro de ello?»

«Estoy seguro.»

«Bien», dijo el señor vestido de azul, «y ahora le toca a usted continuar con nuestra suposición. ¿Dónde supone que habría llevado al hombre de la pistola? Piénselo.»

El hombre de pelo gris no contestó de inmediato y se miró los pies. «A dar vueltas por la ciudad.»

«Usted conoce bien esa ciudad, ¿no es cierto?»

«La conozco perfectamente, he vivido allí muchos años.»

«A un hombre armado no se le lleva de paseo por la ciudad, se le conduce a alguna parte, a un lugar ya establecido.»

«Pero yo no he establecido ningún lugar.»

«Intente suponerlo.»

«Hágalo usted.»

«Para mí es fácil, ya conozco la historia. Lo que quiero es que la conozca usted también.»

«Cuéntemela, entonces.»

«Preferiría que fuera usted quien me la contara. Ya le he dicho que se trata de un juego.»

«No soy capaz.»

«De acuerdo, volvamos al principio. Supongamos que sus jefes le hubieran ordenado que condujera el coche para transportar al asesino del cónsul hasta el lugar del delito. ¿Lo habría hecho usted?»

«¿En aquella época?»

El señor vestido de azul hizo de nuevo un imperceptible gesto de impaciencia. «Señor Mariposa», dijo, «no me haga perder el tiempo, es de aquellos años precisamente de los que estamos hablando.»

«En aquellos años, sí», dijo con convicción el hombre de pelo gris, «habría hecho todo lo que me hubieran ordenado mis jefes, en aquellos años.»

«¿Incluso servir de chófer a un asesino?»

«Claro que sí», dijo el hombre de pelo gris, «incluso servir de chófer a un asesino, hasta eso habría hecho por la causa justa.»

«Estaba seguro de que lo habría hecho», dijo el señor vestido de azul, «y ahora hagamos una pausa, nos merecemos beber algo.» Se levantó y se dirigió a un armario al fondo de la habitación, en cuyo interior había una pequeña nevera. Cogió dos naranjadas y dos vasos. Destapó las botellas y las dejó sobre la mesa. «Hoy hace un calor sofocante», dijo, «no es el día ideal para trabajar, pero hay que tener paciencia.» Se sentó y bebió con calma su naranjada. Después encendió un cigarrillo. «Usted trabaja al aire libre», continuó, «debe de ser estupendo trabajar al aire libre, ¿sabe usted que le envidio?» Siguió hablando sin esperar respuesta. «Y además vive en una hermosa zona, cerca del mar, siempre he soñado con vivir cerca del mar, tal vez lo haga cuando me jubile. A propósito, ¿qué coche era?»

El hombre de pelo gris le miró con aire desorientado.

«¿A qué se refiere?», preguntó.

«¿Cómo que a qué me refiero, señor Mariposa? Le he preguntado qué coche era.»

«Pero ¿qué coche?»

«El que estábamos suponiendo.»

«Un coche cualquiera.»

«Ah, no, no existen coches cualesquiera. Los coches tienen una marca, un color, una cilindrada. Hay coches y coches. Elija uno.»

«Un Ford.»

«¿Por qué un Ford?»

«Porque sí.»

«Ah, no», suspiró el señor vestido de azul, «ese motivo no me convence.»

«Porque los Ford se abren con facilidad, vaya, porque yo soy capaz de abrirlos.»

«¿Qué quiere decir?»

«Perdone, no pensará usted que iba a llevar al ejecutor al lugar del delito con mi coche o un coche prestado por un amigo.»

«Claro que no.»

«Por lo tanto tendría que ser robado. Por eso he pensado en un Ford, porque para mí es fácil abrirlo, me basta con un cortaplumas.»

«Muy bien, señor Mariposa, veo que está entrando perfectamente en el espíritu del juego. Estoy encantado con su colaboración. Por lo tanto, ¿el Ford lo habría robado usted mismo?»

«Sí, lo habría robado yo.»

«¿Y qué tipo de Ford era?»

«Un Taunus gris.»

«¿Y dónde lo habría robado?»

«En la avenida Buenos Aires.»

«Perfecto. Y ahora intente usted contarme aquel día.»

El hombre de pelo gris esbozó una sonrisa, aunque quizá fuera una vaga mueca. «Si todo esto hubiera sucedido, la culpa no sería mía», dijo, «sería de quien me hubiera ordenado que lo hiciera.»

«Naturalmente», dijo el señor vestido de azul, «pero de esto hablaremos después, ahora intente contarme qué pasó aquel día.»

«Y en el fondo la culpa no sería ni siquiera de quien utilizó el arma», continuó el hombre de pelo gris, como si no hubiera oído, «él habría sido solo el ejecutor material, la culpa sería de los organizadores, de los instigadores.»

«Naturalmente», repitió con paciencia el señor vestido de azul, «pero de esto ya hablaremos luego. Ahora intente relatarme aquel día. El juego ha pasado ahora a sus manos, pero yo puedo intervenir si lo desea.» Encendió

otro cigarrillo y dejó que se consumiera en el cenicero. «Ánimo», dijo, «empecemos por la mañana.»

«Por la noche», replicó el hombre de pelo gris, «quiero decir por la noche anterior, porque los coches se roban de noche, es más fácil.»

«Bien, entonces por la noche.»

«Pues nada, bueno, es decir, aquella noche fue una noche normal. Cenamos en una pizzería, el compañero que iba a ser el ejecutor material de la operación y yo. Teníamos que ponernos de acuerdo sobre la hora de la cita y sobre otros detalles.»

El señor vestido de azul sonrió con satisfacción. «Va usted muy bien, señor Mariposa», dijo, «veo que comienza a usar un léxico adecuado, ni siquiera parece que está usted improvisando, se diría que no es la primera vez que lo cuenta.»

«Que se lo cuento a otra persona sí», susurró el hombre de pelo gris, «es la primera vez.»

«Pero no a sí mismo, naturalmente, estoy convencido de ello, la historia existía ya, al menos dentro de usted.»

El hombre de pelo gris hizo un gesto negativo con la cabeza, con decisión. «En absoluto», dijo con precipitación, «le aseguro que no he pensado jamás en ello, de verdad.»

El señor vestido de azul abrió el paquete de cigarrillos y se lo ofreció al hombre de pelo gris. «Intente fumar un cigarrillo y reflexione bien sobre ello. Escuche, juguemos a este juego de una manera honesta, incluso una partida como esta tiene sus reglas y las reglas hay que respetarlas. No hemos sido nosotros quienes hemos ido a buscarlo, ha sido usted el que nos ha hecho una señal, y nosotros hemos entendido por qué nos ha enviado una señal, veamos si me explico mejor, el único motivo es que usted tenía ganas de contarnos una bonita historia con todo lujo de detalles. Mire, nosotros somos muy listos, señor Mariposa, no nos subestime, somos más listos que usted y por lo tanto no debe usted hacerse el listo con nosotros, debe comportarse exactamente igual que lo haría en confesión; mire, a nosotros no nos interesan solo los hechos al desnudo, no nos confunda con pragmáticos, no sé si entiende la palabra, a nosotros no nos interesa solo lo que ocurre fuera, nos interesa también lo que sucede dentro de la cabeza de la gente. Los juegos

entre nosotros tienen que ser claros. La claridad es nuestra forma de limpieza.»

El hombre de pelo gris encendió el cigarrillo que se le había ofrecido. Su mano temblaba ligeramente. «Es verdad, tenía ganas de contar una historia», dijo con un susurro.

«Estaba seguro de ello», replicó brevemente el señor vestido de azul. «Y ahora discúlpeme por la interrupción y volvamos a aquella noche. Estábamos en la pizzería.»

«Yo estaba muy nervioso aquella noche, no conseguí ni siquiera cenar. El compañero, en cambio, parecía tranquilísimo, tenía apetito, se comió dos pizzas de marisco.»

«Tiene usted una memoria formidable», dijo gélido el señor vestido de azul.

«Puedo decirlo porque conozco los gustos del compañero, es una persona a la que le encanta el marisco.»

«Perdone, hay un detalle que no es insignificante», le interrumpió el señor vestido de azul, «¿estaría usted dispuesto a testificar con absoluta firmeza sobre la identidad de esa persona?»

«Claro que sí», respondió el hombre de pelo gris, «solo había una persona, entre todos aquellos a los que conocía, que habría tenido el estómago necesario para disparar. Al menos esa es mi convicción. No hubiera podido ser nadie más que él.»

«Entonces podríamos empezar por darle a él también un nombre en clave. Yo sugeriría que le llamáramos el compañero Beretta, dado que el homicidio se consumó con una pistola Beretta.»

«El compañero Beretta y yo salimos de la pizzería hacia las once de la noche y nos dirigimos a pie hacia la avenida Buenos Aires. Una vez allí, vimos un Taunus gris aparcado junto a la acera y decidimos servirnos de él para la operación del día siguiente. Lo abrí yo personalmente con mi cortaplumas de bolsillo, nos marchamos en él, conduje yo para ir acostumbrándome al vehículo, llevé al compañero Beretta a su casa, y después me dirigí a la mía y aparqué el coche cerca de mi domicilio, a unos trescientos metros de distancia. Eso es todo lo concerniente a aquella noche.

Si le parece oportuno podría intentar pasar al día siguiente. Pero me resulta más difícil hacer hipótesis sobre el día siguiente.»

«Más difícil ¿por qué?»

«Embarazoso, quiero decir.»

«No me parece la palabra más apropiada.»

«Pero es una cosa grave, mejor dicho, gravísima.»

«Recuerde que usted se habría limitado a conducir.»

«Sí, pero incluso de ese modo se trata de complicidad en un homicidio, estoy informado sobre ello.»

«En todo caso usted lo habría hecho en nombre de un acto de justicia mal entendida que le fue inspirado por personas que por su mayor cultura no hubieran debido aprovecharse de su simplicidad. Y lo que es más importante, usted está ahora firmemente arrepentido de ello. Aún diría más, destrozado por el arrepentimiento. Un arrepentimiento que debe confiar no solo a las autoridades, sino también a un confidente sereno, a un religioso. Usted tiene que vivir su arrepentimiento, necesita expiar sus culpas.»

«Pero a mí no me interesa cómo habrían podido desarrollarse los hechos, a mí me interesan las personas que habrían podido darme las órdenes, de ellos es de quien yo dependía entonces, podían disponer de mí como de un juguete, estaba en sus manos, estaba en su poder, por ellos habría hecho de todo, y al final, ¿cómo me han correspondido? Olvidándome. Me han usado y después me han tirado.»

«Pero para llegar a las personas que le han usado y tirado debe usted pasar antes a través de los hechos, estará de acuerdo conmigo.»

«Los hechos, en el fondo, podrían ser simples.»

«Quisiera escucharlos de su boca.»

«Creo que podría ser la parte más sencilla de la historia.»

«¿Cómo la vería usted esa parte más sencilla?»

«De esta forma: veamos, el compañero Beretta me estaría esperando a las seis de la mañana en la esquina de la calle Viena. Cuando yo pasara, él entraría rápidamente en el coche. Después yo cogería la avenida Washington y giraría en la calle Berlín. Allí nos detendríamos, frente al bar donde el cónsul iba cada mañana a desayunar. Estaríamos esperando una media hora, aproximadamente. El cónsul habría llegado puntual, a las siete, a pie. El

compañero Beretta bajaría, iría a su encuentro con indiferencia. Cuando hubiera llegado a su altura, sacaría la pistola con un movimiento fulminante y le descargaría tres disparos en el tórax. El cónsul no habría tenido ni tiempo de caer cuando nosotros ya estaríamos lejos, porque yo estaría esperando con el motor en marcha e iría a recoger al compañero Beretta. Prácticamente, no habría testigos. El estanquero, asomándose a la puerta, habría podido vernos solo de soslayo, mientras nos estábamos alejando. ¿Y qué habría visto? Dos personas de espaldas que huían en un Taunus gris.»

«Continúe», dijo el señor vestido de azul.

«Hay poco que añadir. Seguiría el recorrido inverso, conduciendo con calma para no despertar sospechas: avenida Washington, calle Viena, avenida Buenos Aires. Al final de la avenida Buenos Aires está la plaza Varsovia, donde aparcaríamos el coche; después entraríamos en el metro, separándonos, yo en dirección norte y el compañero Beretta en dirección sur. ¿Qué le parece?»

«Me parece muy verosímil», dijo el señor vestido de azul, «realmente muy verosímil, creo que la historia no podría contarse mejor. Naturalmente falta algún detalle, una cosita aquí, otra cosita allá, los detalles son muy importantes para añadir veracidad a las historias, en especial a las historias hipotéticas, no sé si me explico. Y menos frialdad, más pasión. Y lágrimas. En resumidas cuentas, el tormento. El nuestro es un asunto fundado sobre el arrepentimiento, no lo olvide.»

«En cualquier caso, no es eso lo que me interesa», insistió el hombre de pelo gris, «no es esa posible historia, lo que me interesa son las personas que habrían podido darme la orden de hacer todas esas cosas, eso es lo que me interesa.»

El señor vestido de azul se levantó y comenzó a pasear lentamente por la habitación. «Estamos llegando a ello», dijo, «estamos llegando al punto que le interesa a usted y que más nos interesa a nosotros. Como puede ver, sobre este punto hay una convergencia de intereses. Se trata solamente de hallar a las personas adecuadas, porque los jefes eran muchos y quizá no todos habrían estado de acuerdo con una operación como esta. Por lo demás estoy convencido de que una decisión de este tipo habría sido tomada en un círculo muy restringido. ¿Usted qué piensa acerca de ello?»

«Muy, muy restringido», dijo rápidamente el hombre de pelo gris, «y además lo que cuenta son los que habrían podido darme la orden.»

«¿Cuántas personas?»

«Dos.»

«Vamos a ver si lo entiendo, pero sin mencionar ningún nombre.»

«Esos a los que llaman los profesores.»

El señor vestido de azul sonrió con satisfacción. «Me parece perfecto», dijo, «continúe.»

«Fue el diez de marzo, exactamente un mes antes del homicidio. En la ciudad había un congreso sobre la guerra en el mundo organizado por el movimiento. Habían acudido incluso organizaciones francesas y alemanas. Los dos profesores habían estado ausentes de la ciudad varios meses, habían ido al sur a desarrollar tareas políticas. Yo fui a verles mientras tenía lugar una mesa redonda presidida por ellos. Me encontraba en una difícil situación, mi hijo había sido ingresado en un hospital por una enfermedad vírica y el casero me había deshauciado. Necesitaba dinero, no mucho, solo algo de dinero. Pensé en pedírselo a ellos. Había hecho de todo por ellos. Había distribuido octavillas, me había matado a trabajar, había sido el esclavo del movimiento. Fui a hablar con ellos. En cinco minutos se libraron de mí, dijeron que no podían ayudarme, que estaban cansados de mis peticiones. Cansados de mis peticiones. Hace falta cara. Había hecho de todo por ellos, algunos años antes. Cansados de mis peticiones. En cinco minutos se libraron de mí, diciendo que tenían otras cosas en que pensar.»

El señor vestido de azul volvió a sentarse. Tenía un aire de preocupación, con el ceño fruncido. «Vamos a ver», dijo, «razonemos. El asunto no me parece convincente. Una conversación apresurada, con todas aquellas personas alrededor, no me parece la ocasión ideal para recibir una orden tan grave, los dos profesores no habrían elegido nunca una ocasión parecida, es una versión que no convencería a nadie.»

«No tengo elección, es la única vez en la que les he visto antes del hecho. Es la única vez en la que he hablado con ellos. Hay testigos que me han visto hablando con ellos, esa es la ventaja. Es necesario jugar con esa ventaja.»

«¿Y qué le habrían dicho?»

«Me habrían dicho que la operación estaba planeada para el nueve de abril,

que estuviera preparado y que todas las instrucciones me las daría el compañero Beretta.» El hombre de pelo gris hizo una pausa y suspiró. «De este modo puedo decir que el plan le había sido expuesto al compañero Beretta con todo tipo de detalles y que fue él quien me hizo partícipe de ello, que tuve un encuentro con él posteriormente, un encuentro a solas, él podrá negarlo cuanto le parezca.»

«Me parece una versión aceptable», dijo el señor vestido de azul, «pensándolo bien, me parece una versión aceptable. Supongo que puede ser una versión aceptable para todo el mundo. Veo que tiene usted buena memoria, señor Mariposa, lo importante es conservarla.»

En la habitación cayó el silencio. En la lejanía, atenuado por la distancia y por las ventanas cerradas, se advertía el ruido del tráfico. Un reloj, en alguna parte, daba las horas.

«Bien», dijo el señor vestido de azul, «tengo la impresión de que esto es todo.»

El hombre de pelo gris hizo un ademán como si fuera a levantarse pero se quedó sentado. «Perdone», dijo, «pero hay algo más.»

«¿O sea?»

«Verá, es una cosa, no sé cómo decirlo, ah, sí, bueno, no lo veo claro.»

«¿Qué quiere usted decir?»

«Quiero decir que conozco las razones por las cuales estoy haciendo todo esto, pero no conozco las de ustedes.»

En el rostro del señor vestido de azul se dibujó una ancha sonrisa. Era la primera vez que sonreía tan abiertamente, con satisfacción. «Le responderé con una pregunta, ¿quiere escucharla?»

«Me encantaría», dijo el hombre de pelo gris.

El señor vestido de azul hizo un vago ademán levantando la mano, un gesto leve, como el de un pájaro y dijo: «¿El aleteo de una mariposa en Nueva York puede provocar un tifón en Pequín?»

El hombre de pelo gris se le quedó mirando con aire torvo. «No se burle usted de mí.»

«No me estoy burlando de usted, es una pregunta seria.»

«Entonces, no le entiendo.»

«No tiene importancia, se trata de la teoría de los fractales o quizá de las

catástrofes. Usted sabrá seguramente qué son las catástrofes, pero tal vez no sepa qué son los fractales.»

«No tengo ni la menor idea.»

«¡Qué le vamos a hacer!», dijo amablemente el señor vestido de azul, «ahora sería demasiado largo de explicar, y demasiado complicado, pero piense usted una cosa: que estamos en un fractal. Usted también forma parte del fractal, un movimiento por su parte modifica el fractal, querido señor Mariposa, por ello debe agitar las alas como es debido.» El señor vestido de azul hizo un gesto de cansancio, dobló cuidadosamente el pañuelo y se lo puso en el bolsillo. «Creo que ya no tenemos nada más que decirnos», susurró.

El hombre de pelo gris se levantó apresuradamente.

Se sentía incómodo, como si no supiera cómo despedirse. Después hizo un gesto de saludo con la cabeza y retrocedió hacia la puerta. Cuando estuvo en medio de la sala se detuvo y tosió cohibido. «Ustedes me han dado incluso un nombre en clave», dijo en voz baja, «pero si yo le necesitara no sabría a quién buscar; no sé cómo se llama y no quiero saberlo, pero déme por lo menos una referencia, un nombre convencional, algo así, no sé cómo decirle.»

El señor vestido de azul se había levantado. Permanecía con las manos apoyadas en la mesa. «Usted no debe buscarme por ninguna razón, señor Mariposa», dijo, «pero si quiere saber con quién ha estado hablando, puedo inventarme un nombre circunstancial para usted. Considéreme el doctor Conciencia. Me ha tocado convertirme en su conciencia, señor Mariposa, tal vez en la parte más oscura de su conciencia, esa que usted no querría ni siquiera conocer y que tiene cuidadosamente cubierta con una trampilla. Hoy esa trampilla ha sido abierta, y no puedo ocultarle mi satisfacción. Y tampoco mi cansancio. No es fácil vagar por conciencias como la suya. Así es mi trabajo, es una forma de mayéutica y la mayéutica es fatigosa, no sé si me entiende. Quién sabe si cuando me jubile no podré dedicarme a una actividad al aire libre, tal vez cerca del mar, en un lugar semejante a donde vive usted. Y ahora, adiós, mi trabajo ha terminado, creo que no tendremos ocasión de volver a vernos.»

LA TRUCHA QUE SE AGITA ENTRE LAS PIEDRAS ME RECUERDA TU VIDA

Total, no iba a venir nadie. Fue lo primero que pensó y sintió un dolor en la rodilla derecha. Paseó la mirada a su alrededor, observando las paredes. Los cuadros le parecieron intolerables. Acuarelas, pensó, malditas acuarelas. Y mientras tanto el día se había abierto en una tarde luminosa, el cielo era azul sobre los tejados de la gran ciudad, tejados todavía brillantes por la lluvia matutina. Tuvo ganas de abrir la ventana de par en par, pero no se movió. Hubiera podido hacerla pasar inmediatamente, pero decidió que era mejor que esperase un poco. Hágala pasar al salón, dijo al ama de llaves, dígame que estoy escribiendo. Total, no iba a venir nadie. La idea, por un momento, le hizo sentirse más fuerte. Qué extraño, era una idea que le agobiaba, que provocaba en él una rabia sorda, porque quería decir abandono. Pero ahora no, pensó, ahora hay una persona. Rió para sus adentros. Digamos una visita, más bien, se dijo. Ay, estos insoportables cuadros. Y, junto a las acuarelas, los cuadros al óleo, monstruosos, rostros retratados a la manera perentoria y rugosa de los años treinta, cuando lo que contaba era la superficie. Y además rostros de muertos. Insoportables. Alzó la mano e hizo un gesto. Hasta pronto, rostros muertos, murmuró, dentro de poco volveremos a vernos. Se quitó la manta de las rodillas y tuvo ganas de levantarse. Por lo menos ir hasta la ventana, mirar afuera, volar con la mirada. Pero no, no se movió. Canallas, pensó, canallas todos. ¿A quién me refiero?, se preguntó. Bueno, me refiero a todos. Sonrió para sus adentros. Mejor dicho, gilipollas, para ser más precisos, gilipollas todos. Después miró la fotografía de Lucrezia en la librería y murmuró: más bien gilipollas todos, como habrías dicho tú, Lucrezia. Lucrezia le sonrió desde el retrato. Contigo sí que me entendía, Lucrezia, dijo él, tu agresividad me defendía de todo. Tuvo ganas de cantar, pero no lo hizo. No estaba bien cantar a su edad. Un viejo que canta es un viejo que chochea, aunque en otros tiempos lo habrían encontrado divertido. Otros tiempos. Dijo: otros tiempos, Lucrezia, tengo ganas de hacerte una visita yo también, nos veremos dentro de unos

segundos. Se arrellanó en el sillón y fingió para sí mismo que dormitaba. Lucrezia venía a su encuentro por un paseo marítimo. Era Rapallo, claro, no podía ser más que Rapallo. Llevaba una falda de tweed y unos zorros alrededor del cuello. Fue a su encuentro jugando al escondite entre las palmeras del paseo marítimo. Hola, Lucrezia, dijo. Lucrezia lo miró y sonrió de un modo extraño. Quiero un helado, dijo, un helado enorme. ¿En qué año estamos?, preguntó él. Estamos en los años cuarenta, dijo Lucrezia, este pueblo es un horror y yo querría vivir en París, estamos en los años cuarenta, ¿no lo notas por mis vestidos? Claro, respondió él arreglándose el abrigo, ya lo veo. Y pensó: caramba, estamos en los años cuarenta, estoy escribiendo mis mejores poesías. Y después preguntó: pero, exactamente, ¿en qué año estamos? En mil novecientos cuarenta y nueve, respondió Lucrezia. Cáspita, dijo él, estoy escribiendo mi poema más célebre, «El cardo entre las rocas». Lucrezia lo miraba con aire irónico. Eres un capullo, dijo. Él se arregló el sombrero y dio un paso. Lucrezia lo cogió del brazo. El mar estaba espléndido, una tabla azul. Has muerto demasiado pronto, dijo él, no sabes en qué poeta me he convertido en los últimos cuarenta años, un objeto de culto, no soy yo quien lo dice, son los críticos, las historias de la literatura. Pero Lucrezia no estaba escuchándolo, sonreía, estaba distraída, parecía una chiquilla. Mientras caminaban del brazo esbozó un paso de danza, allí, en el paseo marítimo. Algunos peatones se volvieron a mirarla. Lucrezia, dijo él, nos están mirando, no te pongas en ridículo. Ella se detuvo de pronto y le volvió la espalda, se cruzó de brazos y se quedó mirando el mar con obstinación. Los vientos recorren estas habitaciones, recitó, y tú te has rendido. Después lo miró con aire enojado y dijo: esa poesía la has escrito para mí, mejor dicho, la has escrito gracias a mí; fui yo quien te trajo aquí, es exactamente aquí, en estas colinas, si no te hubiera traído no la habrías escrito nunca, pero yo no me he rendido, aunque esté muerta. No quería decir eso, la interrumpió él justificándose. No importa, dijo Lucrezia con tono práctico, vamos a tomar un helado. Atravesaron la calle y se sentaron en un velador del café Rapallo. El camarero acudió diligente y Lucrezia pidió una copa de helado de chocolate. Él tomó un café. Era hermoso estar en los años cuarenta, pensó él, y se arrellanó en el pequeño sillón como si se arrellanase en el tiempo. Era hermoso y confortante. Lucrezia no había muerto todavía,

incluso sus amigos estaban todos vivos, todos vivos y llenos de fervor, allá en Florencia, desde donde le escribían. Y aquel crítico entusiasta que quería verlo más comprometido políticamente y que le escribía largas cartas patéticas: eso también era hermoso. Y la dificultad de reconstruir todo, en aquella Italia tan mísera, eso también era hermoso. Era vital, por lo menos. Y las largas tardes de paseo por la ciudad, el trabajo en la editorial, las nuevas amistades: todo era hermoso. Claro, era mucho más hermoso que quedarse encerrado en ese apartamento tapizado con rostros de difuntos, solo, esperando a nadie, porque ya no venía nadie a visitarlo, excepto ella, la rubia. Todos lo habían abandonado, periodistas, críticos, amigos. Ya no era noticia, ¿a quién puede interesarle un poeta decrepito y enfermo, que vive con su ama de llaves? Cogió una mano de Lucrezia y le preguntó: ¿a quién puede interesarle un poeta decrepito y enfermo, que vive con su ama de llaves? Ella lamió el helado y sonrió con aire astuto. ¿Por qué no te quedas conmigo? No puedo, dijo él, ha pasado ya demasiado tiempo, pero vendré pronto. Ella seguía sonriendo. Y entretanto, ¿qué haces?, le preguntó, háblame de ti. Él suspiró profundamente. Me aburro, dijo, me aburro una barbaridad. Ya no salgo, las piernas no me sostienen. Paso el tiempo mirando los rostros de los muertos en las paredes, ya no viene nadie a verme, solo ella, la rubita. Espera, espera, déjame que lo adivine, dijo Lucrezia, escribe poesías y quiere un prólogo. Puede ser, dijo él, meditando, no lo sé, pero ha oído a muerto, quiere sacarme algo antes de que estire la pata. Pero, qué lenguaje, dijo Lucrezia, no te reconozco, no reconozco ya a mi simpático capullín. Bueno, ya has entendido, replicó él, lo has entendido bien. Lo he entendido perfectamente, dijo Lucrezia, es una gilipollas, ¿y qué quieres decirme con esto? Con esto quiero vengarme, dijo él, eso es, es esto lo que he pensado. ¿Vengarte de quién?, preguntó Lucrezia con interés. Bueno, de mí mismo, dijo él, que es la venganza más perfecta, pero junto a mí, de los demás también, quiero incluirlos a todos, a esos imbéciles. *Pardon*, dijo ella, gilipollas. Y después añadió: finge que te enamoras de ella, hazle la corte, tú eres un genio en eso de fingir que te enamoras, una pasión senil y patética, *voilà*. Lucrezia abrió el bolso y sacó un espejito y el colorete. Se retocó el maquillaje rápidamente, con discreción. Era fea, Lucrezia, era francamente fea. Incluso el estar en los años cuarenta no la mejoraba para nada, la

juventud no puede hacer nada contra la fealdad. Tú tampoco es que seas tan guapo, dijo ella como si hubiera adivinado su pensamiento, no eres más que un viejo carcamal. Pero tengo el pelo blanco, respondió él, las canas me dan un cierto aire de nobleza. No hay canas que valgan, replicó ella, las canas no pueden hacer nada contra la fealdad. Él le sonrió y ella también esbozó una sonrisa cansada, desde la lejanía del retrato. Él se sobresaltó y miró a su alrededor. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Un minuto?, ¿una hora? Nada, pensó, no ha pasado nada, el tiempo no pasa cuando se va hacia atrás en el tiempo. Tocó el timbre y Rita se asomó. Le dijo que la hiciera esperar todavía un poco más, tenía que escribir. ¿Le digo que se vaya?, preguntó Rita. No, claro que no. Era su visita, la visita que había estado esperando todo el día, es más, que se preparara, quizá la invitara a cenar. Rita gruñó algo y desapareció. No le gustaba la señora rubia. Rita tenía un olfato formidable, era casi analfabeta y, sin embargo, casi nunca se equivocaba en lo que se refería a la gente. Y entretanto estaba cayendo la tarde, en octubre los días son cortos. Sentía una gran nostalgia, pero nostalgia ¿de qué? Qué extraño, una nostalgia así, sin saber de qué. Nostalgia de escribir, tal vez. Pero de escribir de verdad, como entonces, con fuerza, con pasión, con convicción, no como se preparaba a hacerlo ahora. Y nostalgia de aquellos días. Pero ¿de qué días? No, nostalgia de nada. Solo una nostalgia en estado puro. Se levantó del sillón y dobló con cuidado la manta. Le hubiera gustado quitarse las pantuflas, pero no era capaz y por tanto renunció a ello. Qué le vamos a hacer, querida mía, pensó, me encontrarás en pantuflas. Y se puso a silbar por lo bajo. Se sentó ante la mesa, cogió una hoja de papel y empezó a escribir. Lo hacía con soltura, total se lo sabía prácticamente de memoria. Dobló la hoja con cuidado y la metió en el bolsillo de la bata. Se miró al espejo y se ajustó el foulard. Después fue hacia la ventana. Había caído la tarde. Miró la plaza y la iglesia y sintió de nuevo la nostalgia. Había estado ya una vez en una tarde de octubre en una plaza delante de una iglesia. Estaba con una mujer, sentados en un banco. O tal vez solamente se lo había imaginado, quién sabe. Los recuerdos, cuando son lejanos, se asemejan a la imaginación, parecen un sueño. Habría querido tocar el violín, sentía un deseo devastador de hacerlo, pero no sabía tocarlo y no tenía ningún violín. O por lo menos escucharlo, degustar un *Capricho* de Paganini y marcharse lejos con la

imaginación o con el recuerdo, que era lo mismo, flotar en el aire y volar, salir de aquella habitación insoportable, pasar en vuelo rasante sobre la ciudad, coger la dirección del mar y planear sobre la playa de Bocca di Magra, tragándose los años hacia atrás, como si los respirara, hasta llegar a los años treinta. Los años treinta, Lydia, la tarde de un adiós. Durante toda la vida le había pesado aquel adiós, el modo de aquel adiós, habría querido cambiarlo y, por lo tanto, lo cambió. Entró en el café y la vio. Estaba sentada al fondo, bajo el espejo grande. Se le acercó y le besó la mano. Connie sonrió, Lydia, le dijo, desde hoy tú serás Lydia, con y griega. Llamó al camarero y encargó champán. Por Lydia, dijo alzando la copa. Te he traído un madrigal, continuó, lo he escrito para ti, en nuestro verdadero adiós no te lo traje, qué estúpido fui, no te lo traje porque estaba enfadado contigo, te odiaba porque me abandonabas, porque volvías a tu país, estaba celoso de ti y de tu libertad, no quería darte una poesía de amor, me parecía una debilidad, te la he traído hoy, sí, ya sé lo que estás pensando, piensas en cómo es posible que en la vida se pueda vivir dos veces el mismo momento, pues bien, es un sortilegio que nos ha sido concedido porque tú eres Lydia y yo soy tu poeta, y el sortilegio se cumple aquí, en este café.

Encendió la luz del escritorio y fue a abrir la puerta con cautela. La mujer, sentada en una butaca del salón, estaba leyendo, al menos aparentemente. Era rubia y bella. Se veía enseguida que también era estúpida, al menos eso pensó él. Pero no, no era estúpida, era solamente rubia y bella, por eso parecía estúpida. Le hizo un gesto con la mano y ella dijo: Maestro. Perdóneme por haberla hecho esperar tanto tiempo, se excusó él, estaba escribiendo. Y, mientras tanto, pensó, ha caído la noche. Y la noche había caído también dentro de él, lo sentía. Una vez acabados sus paseos por el tiempo, se encontraba allí, en esa vieja casa suya de siempre, hablando, justificándose, teniendo siempre que decir algo, siempre algo. La mujer abrió el bolso y sacó un libro que le tendió. Y mientras tanto sonreía, satisfecha y contenta. Él percibió algunas palabras lejanas, comprendió vagamente que se trataba de la revista americana donde había salido el ensayo sobre él, pensó también: ¿y qué hago con esto?, y, sin embargo, asintió con aire contrito y dijo: se lo agradezco. Y mientras tanto ella se había levantado, tenía un aire de ligera turbación, no le molestó más, dijo, había venido solo para esto. Entonces él le

cogió una mano con gesto amistoso, quédese a cenar, dijo, Rita ha puesto ya la mesa y esta noche tenemos trucha. La sonrisa de ella se hizo radiante, la trucha que se agita entre las piedras, citó, y él hubiera querido detenerla, hizo un gesto que supo desesperado, pero ella continuó inexorable: me recuerda tu vida. Era demasiado, era verdaderamente demasiado, no habría sido capaz de soportar mucho más, lo sentía. Se sentó en un sillón y ella le preguntó si se encontraba mal. Él no respondió y cerró los ojos. Connie también cerró los ojos y abrió los brazos entre las sábanas. Estaba desnuda, era hermosa, era joven, era Connie. Pero él tenía puesto el abrigo y estaba de pie, mirándola, en aquella habitación de hotel. Siempre tienes el abrigo puesto, dijo Connie, no eres un hombre, eres un abrigo. Él se quitó el abrigo y empezó a desnudarse. Se quedó en calzoncillos delante de ella. Sentía un gran deseo y una gran melancolía. Estaba cayendo la tarde y la habitación daba a un pinar. Se deslizó bajo las sábanas y la abrazó. Perdóname, le dijo. No sé si podré, respondió Connie, y además no sé qué debo perdonarte. Él permaneció en silencio. Sonó el teléfono de la mesilla. No estoy para nadie, dijo Connie al auricular. Lo dijo en inglés y él sintió una enorme lejanía. Por mi indecisión, dijo él, me refería a eso. Connie no respondió y le hizo una caricia. No importa, dijo, todos los poetas son indecisos, conozco bien a los poetas, quiero hacer el amor contigo. Yo también, dijo él, y hundió el rostro entre sus cabellos. Fue bellissimo. Cuando se despertó, se dio cuenta de que estaba solo en la cama. Connie estaba en el baño, apareció con un albornoz azul y una toalla en la cabeza. Me marcho dentro de dos días, dijo sonriendo, vuelvo a mi país. Quisiera despedirme de ti mañana, dijo él, no aquí, en esta habitación. Estaré en el café de siempre a la hora de siempre, dijo ella, te espero. Él se levantó y se vistió. Connie lo miraba, sentada en la cama. Ahora él estaba de nuevo allí, con su abrigo y se sentía ridículo. Hubiera querido decirle algo, pero no sabía qué. Y entonces, al abrir la puerta para marcharse, susurró para sí, sin que ella pudiera oírlo: la trucha que se agita entre las piedras me recuerda tu vida. Pero, entretanto, Rita se asomó y dijo que la cena estaba lista. Pasaron al comedor, ella con su esbelta zancada, él con sus pasitos inciertos. Caballerosamente le sujetó la silla y se sentó a su izquierda. Rita llegó con la bandeja. Era una trucha asalmonada hervida, con zanahorias y patatas de guarnición. Ella se sirvió con abundancia, él tomó un trozo

pequeño. Eres una poetisa hambrienta, hermosa rubia, pensó, eres una poetisa hambrienta. Estaba buena la trucha. La saboreó y se sirvió otro trocito. Dios mío, cuánto tiempo había pasado. Sintió todo el peso del tiempo. ¿Cuánto tiempo había pasado?, pero ¿desde cuándo? Desde cuando la trucha se agitaba entre las piedras. Y ahora de todo aquello que había sido quedaba tan solo una trucha hervida delante de él, y él sentía que era un buen plato. Y mientras tanto la mujer rubia seguía hablando. Hablaba de poesía, le pareció, de un campus universitario americano, de lecturas de poesía. Pero ¿qué era la poesía? Se detuvo un momento en esta idea y sonrió. Y ella pensó seguramente que sonreía por lo que ella estaba diciendo, lo que la empujó a hablar con más excitación. No paraba de hablar. Ahora hablaba de las traducciones que se habían hecho de las poesías de él en los más diversos países y dijo: el traductor americano en este verso se ha ofuscado un poco. ¿Qué verso?, preguntó él. El verso del cenicero, dijo ella, el cenicero del hotel, en la poesía del cuarenta y uno. Oh, dijo él, me ofusqué yo también aquella vez. Y después pensó: la poesía es la ofuscación, eso es la poesía. Hubiera querido decírselo, pero ella no lo habría entendido. Mejor no decir nada. Permaneció callado y se secó la boca con la servilleta. Coño, pensó, coño, pero ¿qué coño estoy pensando? Le gustaba pensar así, con palabras vulgares. Le daba una sensación de seguridad y, al mismo tiempo, de consuelo. Pensó en aquel escritor que le escribía cartas compungidas, un hombre profundamente vulgar que se las daba de neorromántico. Y en aquel crítico que le odiaba porque era un burgués, un hombre en pantuflas que no había amado nunca a las masas. Las masas. Pensó en Ortega, que lo había entendido todo. Eran otros tiempos. Ahora el mundo era un caos. Pero encerrado en aquella casa no se notaba. Se notaba solo el tiempo que se agitaba como ráfagas de viento. ¿Era el final, entonces? No, pensó, no había acabado todo, su historia continuaba. Su invitada estaba comiendo una piña, porque habían llegado ya a la piña. Él sacó el pedazo de papel del bolsillo y dijo: he escrito un madrigal para usted. Le tendió la hoja y ella adoptó un aire sorprendido. Maestro, dijo, me siento confusa. Léalo, dijo él. Ella se puso a leer esa horrible parodia y dijo: es magnífico. Era lo que él quería escuchar. Necesitaba cosas magníficas. Claro que sí, era magnífico el engaño, la falsedad era magnífica, gracias, Lucrezia. Está dedicado a usted, dijo, y bebió

un poco de vino blanco. Había caído la noche, eso era lo que sentía. Una noche fría, inexorable, que le pesaba en el corazón. Se levantó y con sus pasitos inciertos se dirigió hacia la ventana. La iglesia estaba todavía abierta e iluminada. Algún raro paseante permanecía en la plaza. Asiduos, pensó, son asiduos. Y no sabía qué quería decir con ello. Un confesor, pensó, ¿habrá en esa iglesia un confesor? Sería hermoso ponerse una chaqueta, bajar hasta allí, cruzar la nave y dirigirse al confesionario. Soy yo, diría, soy un poeta, la poesía es mentira, he mentido durante toda mi vida, toda la escritura es mentira, incluso las cosas más verdaderas, absuélvame por favor, no he hecho nada más que mentir. Y después diría: y ahora estoy preparando otra mentira, una mentira doble, estoy imitándome a mí mismo, me remedo y me da igual, más aún, me divierto. No te absuelvo, hijo mío, diría el confesor, este es un pecado grave, es un pecado contra uno mismo. Y él respondería: toda la escritura es un pecado contra uno mismo, ¿me entiende?, durante toda mi vida me he inmolado, me he sacrificado, he pecado contra mí mismo. Y lo gritaría en la iglesia desierta, tan fuerte que el confesor saldría del confesionario. Hijo mío, diría el confesor, no te entiendo. Entonces él gritaría más fuerte, pero, qué extraño, cuanto más gritaba, menos conseguía distinguir sus palabras, su voz se había convertido en un balbuceo mezclado con gritos lacerantes, y, entonces, con ímpetu y pasión, se puso a cantar. Sí, eso es, haría exactamente eso, se pondría a cantar el *Réquiem* de Verdi y con ese réquiem absolvería a todos, a los presentes y a los ausentes, a los vivos y a los muertos, y sobre todo a sí mismo. Y tras el canto, recorrería la nave, saldría fuera, cruzaría la plaza, se introduciría en su portal, subiría de nuevo a su apartamento, donde la señora rubia estaría esperándolo con un trozo de piña enfilada en el tenedor y le diría: ahora estoy absuelto, puedo entregarle mi poesía.

He escrito este madrigal para usted, repitió. Ella lo miró intensamente, balbuceó algunas sílabas incomprensibles y una lágrima brilló en sus ojos. Es verdaderamente estúpida, pensó él, la he elegido realmente bien. Y al mismo tiempo lo deploró, le pareció demasiado fácil. Si al menos hubiera sido inteligente, inteligente y un poco pérfida, de esas inteligencias ásperas que comprenden el mal del mundo. Y en cambio era una mujer dócil, ahí delante de él, dispuesta a creerle, era una inteligencia servil, eso era, una inteligencia

que creía en lo bello. Se lo preguntó: ¿cree usted en la belleza, querida amiga? La mujer le miró con aire absorto, en busca de una respuesta. Estaba completamente desorientada, le advirtió. Maestro, repitió, me está usted confundiendo. Y después confesó: amo la poesía, pero soy una mujer práctica. Esto le alivió. ¡Una persona práctica! ¡Por fin una persona práctica! Si era una persona práctica no tenía una inteligencia completamente supina, sabía afrontar el mundo, sabía llevar a cabo las cosas. Le cogió una mano y dijo: gracias. Ella le miró aún más desorientada y dijo: soy yo quien le da las gracias, Maestro, pero quisiera preguntarle: ¿por qué precisamente a mí? Él miró hacia el techo y encendió un cigarrillo. Querida mía, hubiera querido decirle, sería demasiado largo explicártelo y demasiado complicado, te haré una lista por tanto de las razones prácticas. Porque usted es bella, dijo, sensible y práctica, me parecen tres razones más que suficientes. Pero ¿qué tengo que hacer?, preguntó ella. Después del café se lo explicaré, dijo él. Sí, esa noche iba a tomarse un buen café. Y pasaría una buena noche de insomnio, total la noche de insomnio la hubiera pasado de todas formas. Y además quería pensar en Lucrezia y en Lydia, una bella noche de insomnio con Lucrezia y con Lydia, les contaría todo, aunque quizá ya lo supieran, allá donde ellas se encontraban todo estaba claro. Rita entró con el café sobre la bandeja de plata. Siempre impecable la querida vieja Rita. Tenía un aspecto ligeramente enojado y preguntó si el café debía servirlo en el despacho. Él asintió y dobló la servilleta. Se levantó y se dirigió hacia allí con sus trémulos pasos, mientras la mujer lo seguía con sus zancadas. Pensó en cómo debía decírselo y decidió que lo mejor era hablar con claridad y con sentido práctico, dado que ella era una mujer práctica. Pero, mientras tanto, ella le preguntó si podía releer el madrigal y él le dijo que sí, naturalmente, debía hacerlo. Ella se puso a leer y él se acercó a la ventana. El portón de la iglesia estaba atrancado, la plaza estaba desierta. Probablemente se dará cuenta, pensó, no será tan estúpida como para no darse cuenta. Se dio la vuelta y la miró. Ella también le estaba mirando y tenía los ojos brillantes. Es bellissimo, dijo ella, es un madrigal bellissimo. Y él sintió de nuevo ganas de cantar el *Réquiem* de Verdi, lo cantó silenciosamente en su interior, acarició todas sus notas, era hermoso absolverse y pecar, en vez de pecar y absolverse, porque la absolución debe venir antes del pecado, debe haber una absolución

precedente, un perdón preventivo. Esta es la primera de una serie de veinte poesías, dijo, he programado veinte y las escribiré todas para usted. Escúcheme bien, querida mía, yo le daré estas veinte poesías antes de morir y usted, después de mi muerte, deberá publicar cinco de ellas al año, durante cuatro años: cada año convocará a la prensa y hará públicas cinco poesías. Quiero a su lado a los mejores críticos y a los periodistas más refinados, en resumidas cuentas, quiero una notable audiencia, después podrá formar un pequeño volumen, y, mientras tanto, yo estaré muerto. ¿Será capaz de hacerlo? Ella se levantó y se apretó las manos como una chiquilla. Maestro, dijo, puede contar conmigo. Entonces él dijo fríamente: discúlpeme, estoy cansado y ahora tengo que acostarme, le deseo buenas noches. La acompañó hasta la puerta con sus pasitos inciertos, mientras advertía alarmado las largas zancadas de ella. En la puerta le besó la mano. Esperó la llegada del ascensor y permaneció en el vestíbulo hasta que oyó que el ascensor había llegado al piso bajo. Estaba a punto de encaminarse a su habitación cuando sonó el portero automático. Era ella. La trucha que se agita entre las piedras me recuerda tu vida, dijo su bella voz joven, y colgó. Permaneció un momento pensativo. Lo ha entendido, pensó, al final lo ha entendido. O tal vez no, quién sabe, era otra vez una simple cita. Ah, si al menos lo hubiera entendido, pensó. Sonrió. Quizá ahora se pondría a cantar el *Réquiem. Confutatis maledictis*, canturreó en voz baja. Se dirigió hacia su habitación. Lucrezia y Lydia estaban esperándole.

NOCHEVIEJA

1

A través del espeso cristal de la escafandra vio cómo el capitán Nemo se abría paso a golpes de hacha en el bosque de algas, haciéndole gestos para que le siguiera por el estrecho pasaje de coral que se abría entre las hierbas oscilantes. Sentía un gran cansancio y movía con fatiga los pies lastrados por las botas de plomo, pero dándose ánimos continuó avanzando. La garganta de coral tapizada por miríadas de crustáceos y de conchas se abría en una ancha cueva cubierta por un techo asaeteado por extrañas estalactitas coralinas. El capitán Nemo encendió la linterna que sostenía con la mano izquierda y el haz amarillento desgarró las tinieblas de los abismos. Pensó que la luz de los aparatos Ruhmkorff atraería a algún monstruoso habitante de aquellas oscuras regiones del mundo, pero vio solo bandadas de peces que se alejaban coleando, molestos y asustados. El capitán Nemo se detuvo de repente. Un imponente muro de rocas se alzaba ante ellos, un cúmulo de bloques gigantescos de granito horadado en su base por innumerables grutas. El capitán Nemo, indeciso, escudriñaba con el haz de luz cada una de las entradas de las aberturas, como para reconocer una señal, una indicación. Después enfiló decididamente por una galería semiescondida entre las algas que descendía abruptamente. La luz de la resistencia producía mágicos efectos sobre la áspera rugosidad de los corales rosados, en los arbustos y cepas calcáreos, en las ramificaciones transparentes como curiosos cristales de Bohemia. Finalmente, tras un largo descenso por la garganta, sintió de nuevo el terreno llano bajo sus pies. Consultó el instrumento que llevaba en la muñeca y advirtió que se hallaban a quinientos metros de profundidad. Aquí triunfaban los bosques inmensos y las grandes vegetaciones minerales, los enormes árboles petrificados en una alfombra deslumbrante de tuberosas y de cariofiláceas. El capitán Nemo se detuvo. Se encontraban en el centro de un vasto claro entre la alta vegetación del bosque. Sus lámparas proyectaban en aquel espacio una luz crepuscular que alargaba desmesuradamente las

sombras sobre el terreno. En el borde del claro, la oscuridad se hacía profunda, se veían solo algunas minúsculas chispas atrapadas por las crestas vivas del coral. En medio del claro, sobre un pedestal de peñascos amontonados desordenadamente, se erguía una cruz de coral de largos brazos purpúreos. El capitán Nemo le hizo un gesto para que se acercara. Le pareció advertir que, tras el cristal de la escafandra, una vaga mueca de desprecio y de piedad aleteaba sobre los labios de su guía. Se detuvo temeroso y turbado, pero el gesto de invitación de Nemo era perentorio. Avanzó tímidamente, con un presagio de disgusto y de sacrilegio. En el centro de la cruz había un marco ovalado con una pequeña fotografía difuminada en los bordes: su padre, vestido de oscuro y con la pistola en un costado, saludaba eternamente con el brazo extendido a los abismos que tenía enfrente. Su primera reacción fue la de huir, para desahogar su pena lejos de la mirada de su compañero. Pero en ese momento sintió la mano de Nemo que se apoyaba sobre su hombro. Se dio la vuelta y vio aquel rostro que siempre había conocido impassible y férreo, desencajado por el dolor, con los ojos humedecidos por el llanto. Entonces comprendió cuánto le amaba Nemo, y sintió el deseo de abrazarle, de estrecharse contra aquel pecho paterno y de olvidar llorando su dolor infantil. Pero Nemo había recobrado ya el control de sus nervios e indicaba con la mano el nivel del oxígeno, que estaba descendiendo rápidamente. No quedaba mucho tiempo para llegar hasta el *Nautilus*, y, además, lo advertía, Nemo tenía algo más que mostrarle. Cobrando ánimo, le siguió por el borde del claro, donde se erguían, espectrales, los brazos monstruosos de los árboles de piedra. El terreno ascendía notablemente con amplias e irregulares escalinatas de coral con flecos en los bordes. Ante ellos se abría una gruta excavada entre las rocas recubiertas de la más suntuosa flora de los abismos. Nemo entró en ella haciéndole una señal para que lo siguiera. Muy pronto sus ojos se acostumbraron al nuevo ambiente alumbrado por los rayos de la lámpara Ruhmkorff. ¿Por qué le había arrastrado su guía hasta el fondo de aquella cripta submarina? Estaba preguntándose cuando el capitán Nemo se detuvo indicándole un espectáculo fascinante. Era una ostra de extraordinarias dimensiones, de un diámetro seguramente superior a los dos metros. Con su biso estaba adherida a una mesa de granito, reclinada en las aguas inmóviles. Las valvas estaban

entrecerradas como dos labios que respiraran en el sueño. El capitán Nemo se acercó e introdujo en ella el puñal, después alzó con una mano la túnica membranosa con flecos en los bordes que era la capa del animal. Entonces las valvas se abrieron lentamente y él vio, recostada en la viscosa superficie del molusco, a su madre, blanca como una perla a la luz de la lámpara Ruhmkorff, que intentaba esconder con las manos su desnudez y cantaba. Hubiera querido taparla, hubiera querido arrancarla de esas valvas monstruosas y llevársela consigo al *Nautilus*, hubiera querido preguntar cómo podía haber permanecido allí, escondida durante tanto tiempo, y cómo podía cantar con el agua entrándole en la boca, pero en aquel momento las valvas de la ostra comenzaron inexorablemente a cerrarse y una corriente marina, liberada de quién sabe qué sinuosidad de la roca, golpeó violentamente el cristal de su escafandra, embistiéndolo con una fuerza enorme. Quedó braceando en la oscuridad hasta que sintió la sólida mano de Nemo que le desataba el cinturón de plomo para que subiera, mientras la corriente seguía agitándose en sus oídos.

2

Oyó el agua que golpeaba contra los cristales y tuvo la sensación de que era tarde.

En verano, por el contrario, se despertaba muy temprano: a las seis entraba el sol por las persianas y dibujaba una escalera anaranjada en la pared del fondo. Le gustaba levantarse en silencio, atravesar el pavimento con los pies descalzos y apostarse tras la ventana del parque, detrás de la cortina ligera que la brisa de la mañana hinchaba como una vela. Se veía que iba a ser un día de canícula por la capa de niebla que fluctuaba a ras de tierra, sobre el colchón de las agujas de los pinos. Desde allí arriba, a esa hora, el monte era una compacta masa parda ondulada por los sombreros verde oscuro de los pinos. Era la hora en que los faisanes venían a comer atravesando el claro hasta el corral donde se hallaban los comederos con el maíz que Corrado preparaba cada noche. Venían casi siempre por parejas, la hembra algunos metros más adelante, ágil y erguida, con el rígido balanceo de la cabeza; el

macho, más lento, como de mala gana, con un paso oscilante y arrastrando por la hierba su larga cola empapada. Saltaban al borde del comedero de piedra y comenzaban a picotear rápidamente sin levantar la cabeza, apremiados por el sol que se encaramaba sobre las copas de los pinos. De noche venían también los jabalíes, pero él no los había visto nunca. Eran los solitarios, esos cuatro o cinco expulsados de la manada, vencidos en combates o simplemente eremitas por naturaleza: cenceños verracos ancianos y maniáticos, astutísimos, los únicos que en las batidas consiguen salir airosos, capaces de resistir escondidos en un arbusto de zarzas un día entero, sin ceder al terror, insensibles a los perros histéricos que ladran furibundos a su alrededor. Una vez, en cambio, había visto un gamo joven, tímido y angustiado, trotar al descubierto a lo largo del borde del claro, atraído por el olor de la comida, sin el valor de llegar hasta los comederos.

Abandonaba la ventana y comenzaba el ritual matutino, intentando conjugar las viejas costumbres domésticas con las recientes prácticas del despertar en el colegio. Lo primero, la higiene, recomendaba el prefecto. Y él obedecía a distancia. Abría el armario de nogal que ocultaba el pequeño lavabo, se restregaba la cara con agua fría, se cepillaba el pelo, se enjuagaba los dientes. Dejaba correr un hilo de agua apenas, para no despertar a su madre que tenía el cabezal de la cama justo contra el lavabo, al otro lado de la pared. Mientras se lavaba la cara, con los ojos cerrados, era capaz de imaginársela, sola en aquella enorme cama con el dosel de columnas salomónicas, los largos cabellos sueltos sobre la almohada, el camisón rosa con volantes alrededor del cuello con los que se parecía a una de las damas antiguas de su libro de historia. Con la imaginación recorría de puntillas la penumbra de la alcoba, en la que las pesadas cortinas de terciopelo azul repelían la luz de la vidriera sobre la galería. El pequeño tocador con el espejo y el taburete de raso pespuntado está repleto de frascos y cepillos, con las redecillas para el pelo colgadas de los pequeños adornos de las esquinas, flácidas como viejas telarañas. Sobre la repisa de mármol de la gruesa cómoda los objetos que conoce desde siempre: el jarrón chino, la palmatoria; y, entre ambos, los dos retratos en marcos de plata, uno enfrente del otro lanzándose una sonrisa fuera del tiempo: a la izquierda su madre y su padre, él le pasa el brazo por la cintura, ríen rodeados de palomas, una paloma se ha

posado sobre la mano abierta de la madre; detrás está San Marcos, refulgente bajo una luz vívida que la placa fotográfica ha fijado como un destello. El zapato de la madre, el derecho, con dos cordones enlazados en el tobillo, ha invadido la fecha escrita en tinta: Venecia, 12 de abril de 1941. Es el cuerpo de una mujer joven, delgado y todavía algo indefinido en sus formas, la gabardina ancha cae ligeramente sobre los hombros redondos y el rostro emerge de entre los zorros dispuestos alrededor del cuello, con ese hocico felino reseco que con un gancho de metal entre los dientes sujeta la cola. Dos rostros yuxtapuestos: el hocico puntiagudo del animal parece haber hallado un refugio en la cascada de cabellos claros que delimitan vagamente un rostro ancho y todavía infantil, cruzado por una sonrisa que la máquina ha fijado en su fase final, cuando estaba a punto de apagarse dando paso de nuevo a la habitual laxitud de los rasgos, con una apatía melancólica y sentimental revelada por los ojos que miran fijamente, más allá del objetivo, tal vez el canal o el vuelo de las palomas.

El padre tiene el otro brazo apoyado en la cadera, una posición rígida, casi militar, la corbata a rayas anchas ha quedado enganchada en el cinturón y su tirantez endereza, por un efecto óptico, esa figura delgada que se inclina hacia un lado para abrazar a su mujer. Del bolsillo del abrigo sobresale un periódico plegado, pero es imposible descifrar la cabecera. Hay un aire de impaciencia en el rostro masculino, casi como si quisiera comunicar con educación al fotógrafo que se apresurara, o tal vez el *vaporetto* estaba a punto de partir; a pocos metros del fotógrafo estaban las maletas ya listas, la cuenta del gran Hotel Danieli ya está pagada y, mientras esperan el *vaporetto* paseando al sol, han pensado que podían hacerse una foto de recuerdo, algo divertido, entre todas aquellas palomas; pero después, entre encontrar la pose y la lentitud del fotógrafo, se ha hecho tarde, el *vaporetto* ha aparecido echando humo al otro lado del canal y dentro de pocos minutos estará en el embarcadero. Hay que darse prisa, pagar, dejar la dirección al fotógrafo, echar a correr con las maletas, rápido, porque no pueden perder el tren de la mañana, les esperan en la finca para la cena, vendrá el jefe de centuria y el general de quien depende el padre; para un oficial no hay tiempo para largas lunas de miel, fotografías, palomas, venecias.

Bastaban unos pocos centímetros de mármol para atravesar los años que

separaban al padre de la fotografía de enfrente. Del fondo veneciano hemos pasado a la ribera de un lago con una villa desenfocada en la lejanía. El padre es un guerrero delgado con una camisa oscura cruzada por un cinturón de cuero, los puños en los costados y los pantalones bombachos. En el pelo rizado y abundante perdura aún la juventud de la otra fotografía, pero los ojos nostálgicos están ausentes, como si buscaran, tras el objetivo que los retrata, el paisaje de un viaje de novios del que se han evadido demasiado pronto para encerrarse en esa imagen sellada por una acotación en tinta azul: Desde la heroica Salò con el amor de siempre. Lapo.

Se secaba vigorosamente el cuello con la toalla de baño para activar la circulación. Apoyando el oído a la pared habría podido oír la respiración de la madre en el sueño. Después se vestía de prisa, se atusaba el pelo, daba una ojeada al cuadrito encima de la cama con la poesía de Kipling y abría la puerta. El pasillo estaba silencioso y en penumbra. Caminaba ligero, con cautela, procurando no salirse de la alfombra mullida que llevaba hasta las escaleras. Fuera brillaba el verano mediterráneo, invitándole desde la rampa de las escaleras con el olor de los albaricoques que Flora amontonaba en el desván de la cocina para hacer mermelada y conservas. Subía las escaleras ya impaciente, próximo a romper el control que se había impuesto, sin hacer caso a la puertecita de aquella pequeña habitación situada en la galería de las escaleras que llevaban hasta la buhardilla. No le hacía ningún caso en verano. Porque en verano era simplemente una habitación oscura llena de muebles viejos, y el capitán Nemo no vivía aún allí.

Vagó con la mirada en la penumbra de la habitación, descifrando perezosamente los adornos colocados sobre los muebles y los grabados de las paredes que se iban perfilando a medida que sus ojos se adaptaban a la oscuridad. Se detuvo en las manchas del enyesado del techo con las que tantas veces había construido confusas historias de caballeros y de corsarios y le parecieron sin fisonomía alguna. Intentó apresar los rumores de la casa,

para saber si había ya alguien despierto y qué hora podría ser, pero no consiguió captar más que los golpes secos y rítmicos provenientes del piso de abajo: quizá era Flora que cortaba la leña en la cocina. Volvió a pensar en el verano, cuando bajaba a la cocina donde Flora estaba pelando patatas y bebía café con leche en esa taza de porcelana que tenía por una parte un barco pesquero que arrastraba una ballena enganchada por un arpón, y por la otra la cara rubicunda de un viejo marinero con una barba blanca a su alrededor, una gorra azul turquesa ladeada y una pequeña pipa de tubo sutil entre los dientes. Flora, gruesa y ceñuda, siempre vestida de negro, se atareaba en silencio entre los hornillos y no le prestaba atención. Eran los momentos en los que podía vagar por la casa a su gusto, total su madre no se levantaría hasta mediodía y el tío Iacopo a veces no se levantaba ni siquiera para comer; se quedaba en la cama entre las almohadas y Flora le llevaba la bandeja a la habitación. Entonces él entraba a hurtadillas en la biblioteca, cerraba la puerta tras de sí y corría apenas las pesadas cortinas para que hubiera un poco de luz. Vagaba confundido ante la imponente fila de volúmenes escarlatas de la *Historia de la Iglesia*, descifraba fatigosamente los lomos corroídos de las actas de familia, se detenía en los libros de efemérides, los gotha y los heráldicos, hacía girar el gigantesco mapamundi ocre donde una ignota mano infantil, quién sabe cuándo, había trazado con incierta caligrafía, con una flecha paralela al letrero Mer Tyrrhénienne y que acababa en la costa toscana, un nombre antiguo: Duccio. Duccio, como él, otro Duccio que una vez fue niño, perdido en el tiempo, ahora quizá un rostro oscuro y senil entre los muchos que tapizaban la escalera. Hacía girar la bola del mundo vertiginosamente, hasta que los nombres desaparecían e incluso los mares y las tierras y todo se convertía en una mancha amarillenta. Después se dirigía ávidamente al pequeño escritorio bajo la ventana y se detenía indeciso y deseoso entre las *Exploraciones polares*, *La guía de África Oriental italiana*, *Los viajes de Antoniotto Usodimare*, *En el África negra* y *Veinte mil leguas de viaje submarino*.

Pensó: cuento hasta diez y después me levanto. Se puso a contar lentamente, extendiendo los dedos uno a uno bajo las sábanas. Pero cuando llegó a diez sintió una pereza cálida sin ningún deseo de levantarse.

Volvió a pensar en cuando aún le llamaban Cino.

«Cino, es hora de acostarse.»

Empezaba a subir por la escalinata. No miraba a los ojos de los viejos que vigilaban la galería. Había un viejo que daba miedo con barba y una pelliza blanca alrededor del cuello. El pasillo era inmenso y terminaba entre las cúpulas de los árboles. Era un verano de luna siempre llena. Desde la terraza llegaba el sonido del gramófono y las cigarras cantaban, cantaban. Un paso sobre un hexágono blanco, un paso sobre un hexágono negro. Cuidado con equivocarse de baldosa, el ángel de la guarda lo seguía. Se daba la vuelta de repente, y sin embargo no conseguía sorprenderlo nunca. Pero sentía el crujido de las alas. ¿O era su aliento frío en el cuello? Sentía escalofríos, se le erizaba la piel. ¿Cómo era el ángel Duccio? ¿Era joven? ¿Era viejo? ¿Había nacido con él?, ¿había custodiado antes al otro Duccio ya muerto? Intentaría verlo en el espejo. No hay que entrar nunca en la habitación con el pie izquierdo: soñaría con el padre en el fondo del lago. En las hierbas del fondo, entre una bandada de lucios. Los lucios muerden con sus dientes puntiagudos. Un lucio había mordido a un pescador en una mano, en el arenal; tienes que chupar, había dicho tío Iacopo y al pescador se le había llenado la boca de sangre, que había escupido en la arena. Lo habían arrojado ahí los partisanos, pero total estaba ya muerto. Flora se lo contaba a la vieja de los colchones, en voz baja. Pero él lo había oído de todas formas, porque fingía que estaba durmiendo con la cabeza sobre la mesa.

Mientras se desnudaba lanzaba ojeadas furtivas al espejo: ángel Duccio no podría prever exactamente todos sus movimientos, tal vez se descubriera. Había que efectuar movimientos rápidos y extraños. ¿Cómo era? ¿Tendría los ojos cerrados? ¿Tendría los ojos azules? ¿Tendría los dientes estropeados? ¿Estaría vestido como él? Y cuando él estaba desnudo, ¿estaría desnudo también ángel Duccio? Entre los árboles había un autillo, esperaba a que la ventana se apagase para empezar a llamar. ¿Se oye todavía cuando se está muerto? ¿Sentirá papá los lucios a su alrededor? ¿Los ángeles de la guarda siguen a la gente incluso en el agua? ¿Habría un ángel entre los lucios que sostenía a papá por los cabellos? Las zapatillas estaban debajo de la cama, era

mejor no cogerlas, ¿y si hubiera una mano con dientes de lucio que te coge y te arrastra debajo? Cruzó la habitación descalzo. Podía arrodillarse también encima de la cama, no era necesario arrodillarse en la alfombra: total la oración valía lo mismo. Había que decirla tres veces, con los ojos bajos y las manos unidas. Jesús, José y María, proteged el alma mía. Jesús, José y María, acoged el alma mía. Jesús, José y María, os dono el alma mía. Las manchas del techo eran caballeros, cada noche ocupaban un lugar distinto. Cerca de la esquina había un caballero ciego de un ojo, pero era valiente y combatía. Tras haber pulsado la pera de la lámpara, había que meter a toda prisa la mano bajo la sábana. El autillo comenzaba a lamentarse. Si estaba con la cabeza bajo las sábanas lo oía poco, como un hipo en la lejanía

Hipo, hipo, hipo tengo,
a mi amor se lo encomiendo,
si me quiere bien que se quede con él,
si me quiere mal que me lo vuelva a mandar.

5

Abandonó el libro abierto sobre la manta y dejó vagar la mirada por el techo. La lluvia había dejado de repiquetear, se oía solo el goteo rítmico del canalón del tejado que caía sobre el cántaro de terracota de la terraza.

De la marea de los recuerdos, hasta entonces contenida a duras penas por el muro de la lectura, se desbordó un violento perfume de jazmines. Era el perfume de un verano en el que había aprendido que las cigarras cantan y que Dios está en el cielo, en la tierra y en todas partes.

6

El conde Tullio era alto con el pelo brillante y a juego con la chaqueta azul llevaba un foulard de seda de lunares. Les hacía una caricia en la cabeza diciendo hola, querido, y traía siempre un ramo de flores envueltas en celofán. Decía que era divino cenar en la terraza y que el parque era sublime.

La madre reía a menudo durante la cena, y en el gramófono sonaban valeses. El canto de las cigarras, en los días de canícula, duraba a veces hasta bien entrada la noche.

«Pero la música de la naturaleza es la música más bella», decía el conde Tullio. «Querido muchacho, ¿sabes cómo es el canto de las cigarras? Chirrían. Chirrían. ¿Y sabes lo que quiere decir? Que están enamoradas. Y viven un solo verano.»

Entonces la madre se levantaba y se apoyaba en la balaustrada. Decía que el perfume de los jazmines le daba vértigo, y tenía los ojos brillantes.

7

¿De qué profundidad de su memoria venía la voz que gritaba: «el subterráneo»? Cerró los ojos. No, Flora, no. Flora decía solamente: los sótanos. «No me gusta tener las patatas en los sótanos, hay ratones.» (Estaba hablando con la vieja de los colchones mientras aclaraba la ropa en el lavadero de los establos; él había ido allí para ver la camada de conejos de Corrado.) «Y además ese sitio me produce impresión. Después de aquel asunto tuve que limpiarlo yo, todas las paredes estaban embadurnadas, llenas de salpicaduras hasta el techo. Y después le di una mano de cal, pero algunas manchas reaparecieron, para quien no lo supiera parecía humedad. Pero a mí me bastaba con mirarlas y se me removía el estómago. Ya lo ves, incluso para los trapos prefiero venir aquí aunque esté más lejos, al menos estoy al aire libre.»

Detrás de la oscuridad de los párpados, en la oscuridad de la noche, una voz gritó: «¡Al subterráneo! ¡Llevalos al subterráneo!» Había bajado de la cama y se había acercado a la ventana. Sentía pasos en la grava y el ruido sordo de un motor. Acercó los ojos a las tablillas de las persianas pero a través de las ranuras vio solo las copas de los árboles. Entonces arrastró una silla hasta el alféizar y pudo mirar hacia abajo. La imagen perdió nitidez. Sí, un camión. Haces de luz en las sombras del parque. Soldados con los cascos bruñidos. ¿Llovía? Fusiles. Palabras extranjeras. Los hombres descendían del camión uno detrás de otro. Un soldado les empujaba con el fusil. Después

oyó gritar: «¡Al subterráneo! ¡Llevadlos al subterráneo!» Había un hombre con un impermeable y un sombrero calado hasta los ojos. Tenía las manos en el bolsillo. ¿Había sido él quien había gritado? ¿Era él, su padre? Sintió que tenía los pies helados porque estaba descalzo sobre las baldosas. El camión se internó en el bosque. Vio los haces de luz que resbalaban sobre los troncos de los árboles. Volvió a la cama. Todo estaba en silencio. Tenía sueño. La cama estaba todavía caliente. Después oyó el grito de su madre, un grito en voz alta, uno solo.

¿O había sido todo un sueño?

8

«Querido Nemo:

»No le diré nunca a nadie dónde estás escondido, yo sé guardar un secreto. Yo también tengo muchos secretos, nadie los sabrá nunca, aunque quizá a ti te los cuente. Pero no temas. El día en que acerqué el ojo al hueco de la cerradura y te vi, creí que era un milagro o un sueño. Tú estabas sentado cerca de la cómoda, leyendo tus cartas de navegación, con un mechón de pelo sobre la frente, el mentón apoyado en una mano. Después alzaste los ojos y miraste hacia la puerta: tal vez había hecho un ruidito y tú me habías oído. Y entonces sonreíste hacia mí. ¿Verdad que me sonreíste? ¿Y cómo conseguiste adivinar que detrás de aquella cerradura era yo quien te estaba mirando?

»Nemo, querido Nemo, a veces me imagino que tú has venido por mí. Sí, porque si no, ¿para qué habrías venido precisamente hasta aquí, a esta parte del mapamundi donde una flecha de tinta en el mar indica la segunda erre de la palabra Etruria? Y me digo a mí mismo que esto no es posible, que algo que me es desconocido ha interrumpido tus peregrinaciones submarinas precisamente en este punto del globo, deteniendo el *Nautilus* a orillas de esta región. Y entonces, si es así, no puedo dejar de pensar en lo maravillosa que es la vida, en esta extraña combinación de mi tiempo y de mi espacio y de tu tiempo y de tu espacio. Date cuenta: la más mínima diferencia y no nos habríamos encontrado nunca.

»Hoy es el último día del año. Yo he nacido aquí y aquí he vivido siempre,

aparte del tiempo que paso en el colegio. No sé si has tenido oportunidad de echar una ojeada a estos parajes, pero me imagino que habrás venido de noche y conocerás la zona solo por los mapas. No sé si has venido a través del bosque o por la vereda de los juncales, porque al mar se puede llegar lo mismo por un sitio que por otro. Claro que el bosque es más seguro, en las veredas se puede uno encontrar con algún campesino en bicicleta que vuelve por la noche del cine del pueblo o del café. Y además están los perros de guardia que arman jaleo en cuanto pasa alguien, aunque no pueden hacer daño porque están atados. El bosque es tupido y oscuro, siempre húmedo, con los troncos de los árboles llenos de musgo y grandes arbustos de zarzas y de mirto. Pero hay un sendero seguro que lleva hasta el mar y será mejor que a la vuelta tú pases por ahí... que pasemos por ahí, si quieres. Te estaba esperando, Nemo, aunque no me diera cuenta. Y ahora que te he encontrado, que estás aquí, que nuestro tiempo y nuestro espacio se han cruzado, no dejaré que te vuelvas a la nada, que desaparezcas en el vasto mundo. Tengo tantas cosas que decirte, tantas, tendré que encontrar el coraje. La primera es que... »

Arrugó mentalmente la carta que había escrito mentalmente y pensó si tendría alguna vez el valor suficiente para decir de verdad ciertas cosas. Debía de ser tarde. Había que levantarse de una vez.

Se levantó y se puso lentamente la ropa. Se lavó la cara de mala gana, tocándose apenas los ojos con la punta de los dedos y se secó con delicadeza, para neutralizar la aspereza de la toalla de baño. Corrió las cortinas y miró hacia fuera. Había dejado de llover, pero en el aire persistía una nieblecita difusa, un vapor que empañaba los cristales por las esquinas. Pasó con la mirada sobre las copas de los pinos y llegó hasta más allá de los campos humeantes, buscando un signo en el paisaje que le diera una idea de la hora. Después se le ocurrió que desde la ventana del sur se veía, además de la

cancela, la capilla con el reloj, y de este modo se acordó de los días de verano en los que iba a hablar con Anselmo.

Detrás del seto de ligustro, salpicado por las raras nubes de las adelfas, corría el perímetro incierto del viejo muro que rodeaba el olivar. Desde ahí comenzaban los campos de la propiedad, con las casas amarillas de los aparceros esparcidas aquí y allá, bajo las pérgolas de cardenillo, que se ajaba durante las lluvias invernales y volvía a florecer en primavera: casas minúsculas para contener el silencio de los terrenos bonificados con el ladrido de perros iracundos y melancólicos, resignados desde hacía años al breve trayecto consentido por la cadena que se deslizaba a lo largo de la cuerda de tender. Luego las perspectivas convergentes de las carreteras blancas que huían hacia las playas, saliéndose del trazado perentorio de los cipreses que en verano las carretas y los tractores velaban de polvo; tras un breve soto de zarzas, encorvado por las dunas donde crecían juncos y jusbarbas, se llegaba a una marina pálida que se extendía por el arenal de la desembocadura del río en la cual estaban colgadas dos o tres grandes redes redondas. En aquel preciso lugar se hallaban las cabañas de juncos del barquero y de los pescadores, que podían estar allí gracias al permiso del tío Iacopo, Una mañana el tío Iacopo se lo había llevado consigo mientras iba a pintar una acuarela. Habían ido con el Aprilia¹² rojo, el caballete y la caja de pinturas sobre la baca.

A este lado del viejo muro, antes del parque y de los invernaderos, empezaban los bojés y ligustros de los setos del jardín de grava, hasta la verja negra de hierro forjado que bordeaba la carretera provincial. El pueblo empezaba inmediatamente después de la calle, con la capilla de piedra guarnecida por el enorme plátano lleno de huecos alquitranados en el que estaba clavado el cartel de la parada del autobús. Anselmo estaba sentado en el banco de piedra junto a la capilla. Estaba sentado al borde, debido a que la humedad y la hiedra habían invadido la piedra, royéndola de musgo verde. Era un lugar muy fresco, incluso en agosto, gracias a la sombra oscura del plátano y a la corriente fresca que salía de la puerta de la capilla, como si fuera una bodega. Anselmo parecía estar durmiendo siempre, con las piernas extendidas y el bastón apoyado a su lado: pero bajo los párpados cerrados los ojos despiertos navegaban entre los recuerdos. Debían de ser recuerdos

ahogados en el tiempo, porque Anselmo era viejo, el más viejo que él conocía. Tenía tembleque en las manos y dejaba que el cigarrillo se le consumiera en la boca, con la ceniza que le ponía perdido el chaleco. Cada mañana, cuando él se despertaba, Anselmo estaba ya en el sitio de siempre. Entonces bajaba por las escaleras de puntillas, atravesaba la cocina todavía desierta, levantaba el pestillo de la puerta de rejilla y entraba en el aire de la mañana. El sombrero de Anselmo aparecía y desaparecía entre los setos de boj de la verja mientras cruzaba el sendero de grava; después, para tardar menos, atajaba a través de la verja de servicio donde estaba la manilla del timbre para los proveedores conectada con la cocina, con una placa de cerámica desportillada: *Tirar suavemente*, y el dibujo de una pequeña mano con el índice extendido que indicaba la manilla. Se sentaba al otro extremo del banco, daba los buenos días y después esperaba. Si Anselmo hablaba, cuando hablaba, no abría los ojos. Y su voz cascada movía apenas con su aliento los amarillentos bigotes caídos.

10

Cogió una hoja y escribió: Querido capitán Nemo.

Después borró *Querido* porque sintió vergüenza. Luego escribió de nuevo sobre el borrón: Querido capitán Nemo. Rompió el papel en trocitos y cogió otra hoja. Escribió: Querido Nemo. Y puso la fecha: *31 de diciembre del presente año*. Lo rompió en mil pedazos. Cogió una tercera hoja y escribió: Querido Nemo. Y como fecha: último día del año. Después apoyó el mentón en los brazos cruzados sobre la mesa y se puso a pensar en qué le podía contar. Le vino a la memoria aquel último día de verano, cuando había decidido que antes de partir para el colegio debía entrar en los subterráneos.

11

Por la ranura de la puerta no se filtraba ninguna luz.

Tal vez estaba durmiendo todavía. O quizá estaba simplemente meditando

en la oscuridad. Acercó un ojo al agujero de la cerradura pero vio solo la oscuridad. Entonces recordó la primera vez que le había visto.

Estaba de pie sobre el dorso del *Nautilus* que flotaba sobre la superficie del agua. Llevaba una larga casaca sin cuello con un amplio fajín en la cintura y calzaba botas de cuero. De perfil, con el pelo al viento miraba el goniómetro que tenía entre las manos, mientras las gaviotas revoloteaban a su alrededor.

Sacó la carta del bolsillo y le dio una última ojeada.

En el sobre había escrito: *para N.* Enfiló la lengüeta dentro del sobre y lo deslizó por debajo de la puerta. Él también se deslizó fuera del sótano, caminando silenciosamente sobre la alfombra del pasillo.

12

Uno de los ojos de la liebre se había quedado pegado al cráneo, colgando un poco, y goteaba en el pavimento dejando manchitas carmín, como si fuera confeti. Se veía que no había saltado con el último tirón de Flora, el más enérgico, cuando la piel, ya dada completamente la vuelta como un guante sobre el vientre azulado, se engancha en el cuello del animal y es necesario un tirón decidido. Con ello los ojos, previamente desencajados de las órbitas, se despegan junto con la piel. Habitualmente Flora era precisa y eficiente. Atenazaba la cabeza del animal entre las rodillas, tirando de las patas posteriores con la tripa hacia arriba. Incidía con la punta del cuchillo partiendo del ano, penetraba un centímetro oblicuamente en la dermis, y después actuaba con precisión, sin torcerse. El saco azul de las vísceras rebosaba de la cremallera que se iba abriendo tras la punta aguda que corría como un patín sobre el hielo, hasta el cuello. Y allí se detenía. Flora daba la vuelta al animal poniéndolo boca abajo, enfilaba tres dedos bajo el pelaje, en la cola, y tiraba. La piel girada se deslizaba como un guante. Después dejaba el animal sobre el mármol del fregadero con la cabeza fuera para que goteara por la boca y por los ojos sobre el montículo de serrín dispuesto en el suelo. Las pieles se las llevaba a secar a su casa para venderlas al peletero que pasaba los sábados con el triciclo. Las espachurraba contra el muro rugoso de la leñera donde se adherían como enormes babosas, y cuando las despegaba

crujían arrancando el yeso que había penetrado en la dermis y dejaban huellas del engrudo viscoso entre los edemas verduzcos del moho.

Una cazuela estaba cociendo en el fuego, pero Flora no estaba. Tal vez había ido a por hierbas aromáticas al huerto. Levantó la tapa y le embistió el olor de cebollas. El sofrito. En otra pequeña cacerola estaba hirviendo un puñado de tomates morados. Comprendió: liebre a la cazadora para la cena de medianoche.

13

En el garaje no estaba el coche del tío Iacobo. Debía de haber ido a la ciudad de compras. Quién sabe si volvería para la comida. Quizá pudiera aprovechar para ir a dar una ojeada a su habitación. Se acercó con cautela a las cajas de cartón o que habían ido amontonándose a lo largo de los años y les dio algunos golpes con los pies. Le respondió un chillido y comprendió que esta vez la había atrapado. Cogió una escoba para abrirse paso, porque a causa del sonido le daba asco y miedo tocar las cajas con las manos. Era una rata gruesa, corpulenta y rechoncha, marrón, quizá vieja, con los ojos inyectados de sangre. Giraba enloquecida sobre sí misma, mordisqueaba las rejas de la trampa, silbaba. Se había herido en la boca a fuerza de hincar los colmillos en el alambre y le caía entre los bigotes una baba sanguinolenta que había embadurnado todo el fondo de la trampa. Intentó introducir el bastón de la escoba entre los barrotes de la jaula, pero estaban demasiado juntos. Miró a su alrededor en busca de algo más adecuado. Vio sobre una repisa las herramientas de Corrado y rebuscó entre ellas. Cogió unas tijeras de podar de cuchillas larguísimas con los ojos forrados de cinta aislante verde. Dijo: «Rata asquerosa, repugnante rata asquerosa.» El animal, cuando sintió las puntas de hierro en el dorso se quedó inmóvil y comenzó a gruñir. Se dio cuenta de que no tenía la fuerza necesaria para apretar, estaba sudando, sus manos estaban empapadas. Salió a tomar el aire y respiró con fuerza. Se puso a pasear de arriba abajo, se lavó las manos en el grifo donde Corrado limpiaba las herramientas. Después recordó lo que decía tiempo atrás cuando no tenía ánimos para hacer algo que debía. Trazó una cruz imaginaria en el

suelo con el pie, cerró los ojos, cruzó el dedo mediano sobre el índice y murmuró: «La cruz del gato, que haga un buen salto.»

La rata se había acurrucado en una esquina de la jaula, en posición de defensa, como si le estuviera esperando. Cuando se acercó comenzó a silbar furibunda. Intentó tocarla con la punta de las tijeras y el animal se giró de modo fulminante con el vientre hacia arriba, inmovilizó el metal con las patas anteriores e hincó los colmillos. La herida de la boca se le abrió y un chorro de sangre le manchó el pelaje del vientre, claro y raso. Habría sido el momento de apretar, le habría traspasado el cuello. Dejó caer las tijeras y las alejó con una patada. Tapó la trampa con una cajita y volvió a colocar el resto de las cajas. Se acercó al fregadero y se frotó enérgicamente las manos con un pedazo de jabón lleno de grietas que estaba en la pila. Se secó el sudor de la frente con el viejo delantal que estaba colgado de un clavo junto al grifo. Se sentó sobre un taburete y cerró los ojos.

«La cruz del gato, que haga un buen salto, la cruz del gato, que haga un buen salto.»

El reloj del pueblo dio un toque y unos instantes después tres campanadas seguidas. Las dos menos cuarto. La comida debía de estar lista, pero no tenía hambre.

14

En la cocina le pareció que hacía un calor insoportable. Flora, sentada en la mesita cerca de la despensa, aprovechaba para reposar mientras lustraba la plata con un palo de fieltro. La muchacha, de pie delante de la mesa, sostenía entre las manos una cesta de paja donde Flora depositaba los cubiertos que iba limpiando. Charlaban en voz baja, pero en cuanto lo vieron entrar, se callaron.

«Mamá está todavía ocupada con la peluquera», dijo Flora. «Bajará luego. Yo te estaba esperando para sentarnos a la mesa.»

Advirtió que la mesa de la cocina estaba preparada para tres personas.

Dijo que no tenía hambre, pero se sentó de todas formas en su sitio. Tenía las orejas ardiendo, sentía la cara en llamas.

«Estás morado, Duccio, estás sudando.»

«Hace demasiado calor.»

Empezaron a tomar la sopa en silencio. El ruido de las cucharas en los platos le pareció lejanísimo. Comió callado, con la cabeza baja, esperando inútilmente que las dos mujeres dijeran algo sobre la cena y los invitados. Le pareció que la muchacha tenía ganas de hablar, pero dos miradas perentorias de Flora la hicieron desistir. La cazuela con la liebre seguía cociéndose a fuego lentísimo sobre la estufa, con el rumor sordo y apagado de la salsa que estallaba en innumerables pompas. Se imaginó el estofado denso y grasiento, la salsa rojiza surcada por regueros de aceite, y sintió una náusea violenta que le atrancó la garganta. Rechazó el segundo plato y se puso a jugar con la miga del pan, formando bolas entre el pulgar y el índice.

«Ya no tengo hambre», dijo apartando el plato.

No habría sabido decir cuánto tiempo permaneció con la mirada fija en un punto del mantel. Seguía como en el sueño los rumores habituales de la cocina, las mujeres que recogían. Apoyó la cabeza entre los puños y cerró los ojos. Tal vez un momento.

Le espabiló el ruido del coche de tío Iacopo que chirriaba sobre la grava del sendero.

Dejaban el Aprilia bajo la copa de uno de los últimos pinos del bosque, al borde del arenal. Detrás de las dunas delgadas de cardos pálidos fluía la plácida desembocadura del río, ondulada por los cañaverales. El tío Iacopo le dejaba llevar la caja de las pinturas, una maleta de madera con el asa de cuero, y el taburete plegable de tela a rayas. El tío miraba la luz como si la palpase, indagaba en las tintas de la naturaleza para elegir lo que iba a pintar ese día. En los días inmóviles de bochorno, cuando la canícula inmovilizaba la playa bajo una gelatina temblorosa, el litoral palidecía en un amarillo difuminado de gris, como si estuviera detrás de un cristal opaco, y el mar, perdiendo el cobalto, empalidecía en un celeste tenue y dulcísimo. En días así, el tío Iacopo desdeñaba el litoral y fijaba en el papel el horizonte marino,

con pinceladas delicadas de un tono perláceo imperceptible, con más agua que tinta, de un celeste apenas desvaído. Pero no le ponían alegre, decía que le provocaban melancolía. Prefería los días límpidos y soleados, con esa leve brisa que desempolvaba el lindero del bosque restituyéndole el hermoso verde negruzco que contrastaba con el verde luminoso de los pinos. Entonces el arenal relucía como un espejo, era una extensión de pajitas de plata. Y el agua de la desembocadura, azul y clara como la del mar: un cristal; estando atentos se podían ver bancos de anguilas. Esos eran los verdaderos días mediterráneos, decía el tío. Días solares. Días faunescos.

«Tío Iacopo», le rogaba entonces, «cuéntame.»

Y permanecía escuchando, con los ojos abiertos de par en par por la admiración, el relato de los faunos y los silenos, ebrios de luz y de vida, que se zambullían en el azul y salían riendo, chorreando salitre en los leonados torsos vellosos, y desaparecían persiguiéndose en el bosque, saltando entre los nogales.

«¿En este bosque, tío?»

«Sí, claro, en este bosque. Aquí entre el tamarisco y el mirto, en esta playa mediterránea donde rió el etrusco, aquí se renueva el mito.»

De esta forma llegaban hasta el tenue dique de arena que custodiaba la desembocadura del río, a unos cincuenta metros de los barracones de los pescadores. Era un lugar discreto, porque el tío Iacopo quería observar a los pescadores al natural, sin que, al sentirse observados, se cohibieran en sus movimientos al tirar las redes. Se sentaba en el taburete de tela y formando un tubo con la mano como si fuera un objetivo, encuadraba a uno de los pescadores, absorto en dar la vuelta al cabrestante de la gran red. Y si el hombre miraba hacia ellos o se detenía perplejo, tal vez sintiéndose observado, entonces el tío Iacopo le hablaba en voz baja, persuasivamente, rogándole que continuara, que no fuera tonto; «¡Haz vibrar tus músculos, oh, rústico fauno feliz que danzas inconscientemente sobre una playa antigua!».

Y reía para sí mismo, pintando. Era feliz.

Luego pasaba el barquero, remando con brazadas lentas. Desde lejos los saludaba con la mano. Transportaba a la gente a la otra orilla, a la lengua sutil de arena blanca que la desembocadura del río había formado frente al mar: algunos campesinos de las casas rojizas, una vieja que iba a tomar baños de

arena con una sombrilla negra, niños vocingleros, gruesas madres llenas de bultos. Era un jovencuelo oscuro y delgado, se llamaba Ciro, llevaba unos calzones de fustán descolorido que resaltaban junto al pecho tostado por el sol. Tío Iacopo respondía al saludo agitando el pincel, y canturreaba. Si estaba especialmente de buen humor, recitaba versos de alguna poesía:

... Emanan un aroma
de agua de mar tu piel
a la que el sol hizo oscura. Delgadas
tienes las piernas, como bronce lisas...

El sol cayendo a plomo señalaba que era el mediodía. Del cilindro de corcho sacaban la comida que había preparado Flora: bocadillos rellenos de pollo y ensalada aderezados con mayonesa, zumos de naranja fresquísimos, y peras. Comían a la sombra del cañizal, escuchando el cabrilleo de la desembocadura que chapoteaba en el silencio de la solana. Después el tío Iacopo decía que iba a charlar un rato con Ciro y le rogaba que no se moviera por ninguna razón. A veces le daba incluso permiso para pintar, y antes de marcharse quería que le prometiese solemnemente que no iba a ir a buscarle. Pero él no tenía en realidad ningunas ganas de ir a buscarle: hacía calor y la brisa que soplaba del mar no era suficiente para atenuar el encanto de la luz que volvía pesados los párpados. Intentaba resistirse al sueño, distraerse con algún lagarto que se deslizaba veloz entre las zarzas, pero el sopor de aquel lugar acababa imponiéndose, las cigarras cantaban, cantaban y no admitían ningún ruido más. Se reclinaba en la arena, utilizando las manos como almohada y sentía que se volvía ligero, ligerísimo. Como si volara.

Había dejado de llover pero en el aire persistía un vapor fresco que humedecía el pelo y velaba las pestañas. El parque humeaba. Cerró la puerta tras de sí y bajó los escalones. Cruzó el sendero de grava brillante y llegó hasta la verja. Evitó entrar en el césped para no mojarse los zapatos y siguió los ladrillos resbaladizos que delimitaban la hierba. La capilla estaba cerrada.

La hiedra había cubierto completamente la piedra del banco. Llegó el autobús y se detuvo en la parada. La puerta posterior se abrió y vio descender dos piernas de mujer con medias negras. Se escondió por instinto detrás del seto y se puso a espiar. Era una vieja con un ramo de flores y una espuesta de paja que se encaminó hacia el pueblo. El autobús hizo sonar el claxon en la curva, pero la carretera provincial estaba desierta. Se acercó a la verja de servicio y abrió el buzón, levantando el pequeño pestillo de hierro. Era un viejo buzón teñido de verde, con adornos de hierro forjado, metido entre las barras de la reja, con un rostro de león en relieve en la parte frontal, cuya boca era una ranura suficiente. Encontró un anuncio de un libro francés. Leyó: *Poupées du monde entier*. Se enorgulleció de saber francés. Era un folleto de papel satinado con la fotografía de una muñequita delgadísima que agitaba un pequeño bolso de perlititas. Estaba vestida con una faldita ajustada, llevaba una melena corta con dos rizos sobre las sienes y tenía las piernas separadas. Encima estaba escrito: *original déco*. Iba dirigida al tío Iacopo. Lo volvió a meter en el buzón. Se dio la vuelta y se puso a mirar la villa. Las persianas de la habitación de la madre estaban cerradas todavía. Intentó calcular a qué habitación correspondía cada ventana. Se saltó la planta baja, y pasó al primer piso: la de su madre, la suya, el baño, tío Iacopo, el vestidor. El salón que correspondía al salón de la planta baja, la habitación de los niños (¿por qué se llamaba así, a qué niños se refería, quizá a su padre y al tío Iacopo cuando eran niños?). Sobre las ventanas del primer piso, antes de los orificios redondos de los desvanes, había una hilera de pequeñas ventanas más espaciadas: las habitaciones del servicio. Sintió que el corazón le daba un vuelco cuando vio que una tenía las contraventanas entornadas. Después se dio cuenta de que era la habitación de la joven campesina, junto a la de Flora. La habitación en la que estaba pensando no tenía ventanas, no era más que un trastero que siempre había servido para guardar los muebles viejos.

Pensó en ir a ver si habían retirado la carta, pero en aquel momento apareció Flora al final del sendero, por el lado de los huertos del viejo muro. Si se apresuraba le daría tiempo a entrar en la cochera. Mientras se escabullía volvió a pensar en aquel día de hacía tanto tiempo, cuando llegó el paquete con la cinta rosa.

El paquete estaba en el buzón. Un paquetito apaisado de papel azul, atado con una cinta rosa. Consiguió alcanzarlo a duras penas poniéndose de puntillas. Le gustaron los dos enormes sellos coloreados que ocupaban la esquina derecha, pero antes había que obtener permiso para arrancarlos. Miró el destinatario: Señora do-ña... Seguía el nombre de su madre. Estaba escrito en rojo, a máquina, y le invadió el deseo de deshacer el lazo. Quizá fuera del conde Tullio. A veces, durante sus viajes, el conde Tullio mandaba postales, pequeños regalos, souvenirs. Una vez, desde un país lejano, llegó incluso un paquetito para él: *Para el pequeño Duccio*. Era una marioneta mágica, vestida de gaucho con una guitarra en bandolera, que se ponía a bailar si se le accionaba una oreja, mientras en el interior de su vientre un carillón tocaba la cumparsita. Venía acompañado de una postal en la que se veía una terraza rodeada de flores y en el reverso, en vez de los recuerdos, una palabra española incomprensible: «soledad». La madre la había hecho bailar toda la tarde sobre la mesa blanca de la terraza y se le habían puesto los ojos rojos.

Resistió ferozmente a la tentación de abrirlo. Si había algo que causaba dolor a su madre era la grosería. Decía siempre que podía tolerar cualquier cosa, pero no la grosería. Era una grosería intolerable abrir la correspondencia ajena. Corrió hacia la casa sosteniendo el paquete en alto como un trofeo. En la puerta tropezó y le faltó poco para caerse. En la cocina estaba Flora, preparando el desayuno para su madre. La madre, cuando había pasado una mala noche, desayunaba en la cama. Se levantaba solo hacia las doce y aparecía en la terraza con el camisón y el salto de cama, cepillándose los largos cabellos. Hacia la una bajaba al comedor, tenía los ojos hinchados y no tenía ganas de comer.

«Hay un paquete para mamá.»

Flora colocó un mantelito en la bandeja de plata.

En el fuego se estaba tostando una rebanada de pan. Una sola. La madre, por la mañana, detestaba masticar. Flora untó de mantequilla el pan tostado y lo puso sobre un platito. Después vertió el zumo de naranja del exprimidor en una copa de cristal de pie alto. Llenó una minúscula ánfora de plata con jalea real y metió en ella una cucharilla. La madre tomaba todas las mañanas dos

cucharaditas de jalea real. Flora colocó el paquetito junto al desayuno y le puso la bandeja en las manos. «Te dejo que hagas de camarero, pero no provoques desastres, por el amor de Dios.»

Le latía fuerte el corazón cuando comenzó a subir la escalera, poniendo la máxima atención en cada paso. Frente a la puerta, ante la imposibilidad de llamar, dijo en voz alta: «Mamá, soy yo.»

Silencio. Intentó llamar a la puerta con la punta del zapato, pero el zumo de naranja osciló peligrosamente en la copa y algunas gotas cayeron en el platito. Apoyó la bandeja en el suelo y giró la manilla, llamando al mismo tiempo a la puerta. Le respondió un sonido prolongado, casi un lamento: «Cino.» Entró triunfalmente, procediendo con seguridad en la penumbra. Apoyó la bandeja en la cómoda, empujando hacia el espejo las fotografías del padre y de la madre. Se acercó a la ventana y corrió un centímetro las cortinas con el fin de que la luz violenta no hiriera los ojos de la madre. «Ese frasco», suspiró la madre, indicando una pequeña botella de cristal tallado sobre el tocador, «y el algodón.»

Le alcanzó el agua de rosas y el algodón que ella se colocó sobre los párpados y las sienes. Mientras le ponía la bandeja sobre las rodillas le dio un rápido beso sobre la frente.

«¿Y esto qué es?»

«Estaba en el buzón.»

La madre lo sopesó con curiosidad y le dio la vuelta para leer el nombre del remitente. Pero no había nada escrito. Se ajustó en el pecho los encajes del camisón y se echó el cabello hacia atrás. Deshizo ávidamente el lazo rosa y extrajo un envoltorio de papel de aluminio. «Qué cosa más extraña», rió. Se incorporó sobre los almohadones y comenzó a abrirlo. «Cino, por favor, cierra un poco las persianas.»

Oyó el grito mientras estaba trajinando con la manilla de la persiana, que no funcionaba bien debido al óxido. En el rostro de la madre se dibujaban el disgusto y el asombro. Tenía entre las manos un pez, un lucio con el vientre hinchado y las fauces abiertas del que pendía una tarjeta colgada de un anzuelo hincado en las agallas. No supo nunca si la madre había tenido tiempo de leer aquella tarjeta. Vio solamente que sus manos se abrían dejando caer el animal en la bandeja, oyó el ruido del cristal roto, observó la

mancha rojiza del zumo que se extendía sobre las sábanas mientras la madre se apretaba la garganta como si estuviera sofocándose y gritaba, gritaba. Después se oyó un ruido de pasos apresurados en el pasillo, Flora que hacía preguntas vanas, su grito de socorro en la ventana, los gemidos de la madre aferrada a la almohada, alguien que corría en la grava del sendero.

Los días siguientes los recordaba silenciosos y mullidos, llenos de soledad, de recomendaciones de no hacer ruido, de frases intercambiadas en voz baja, de guiños secretos entre Flora y la joven campesina que venía a realizar las tareas más pesadas. «Dice el doctor que ni siquiera una píldora más al alcance de su mano, y si no duerme, qué le vamos a hacer, que lo intente con la manzanilla o con la adormidera...»; susurros en la tediosa sobremesa de la cena en la cocina, mientras él dormitaba en la mesa con la cabeza entre los brazos.

«Cino, es hora de acostarse.»

Le habían dado permiso para dar las buenas noches a su madre. La lámpara de la mesilla estaba cubierta con un velo azul. Los largos cabellos de la madre eran una onda sobre el blanco de la almohada. Se acercaba de puntillas, temiendo hacer ruido. Le rozaba una mejilla con los labios. La madre entornaba los ojos y sonreía. «Cino», susurraba, «Cino.»

«Sí, mamá.»

«Prométeme que recordarás siempre una cosa, durante toda tu vida.»

«Sí, mamá.»

«Cino, oigas lo que oigas, Cino, recuerda que tu padre era un héroe. Un héroe, Cino.»

«Sí, mamá.»

Se marchaba despacio, cerrando la puerta suavemente.

Le despertó el ruido de una portezuela que se cerraba. En principio pensó que era el tío Iacopo, después oyó el golpe sordo de otra portezuela y comprendió que no podía tratarse de un automóvil. Se levantó aterido del sofá, moviendo un pie que se le había dormido debido a la posición contraída

y apartó las cortinas con cautela. Caía ya la noche. Vio una furgoneta cargada de grava y dos hombres con mono de obrero que charlaban con Corrado. Sus palabras le llegaban con nitidez a través de la cristalera. Corrado sacó el paquete de tabaco y se lo ofreció a los dos obreros. Luego encendieron un cigarrillo los tres. Fumaron hablando en voz baja. Comprendió que estaban hablando de política. Uno dijo: «Te digo que Togliatti es más listo que...», pero no consiguió entender más listo que quién. Corrado dijo: «Démonos prisa porque, si no, se nos hace de noche.» El más joven de los obreros comenzó a desatornillar los ganchos del lateral, se subió encima de la furgoneta y empujó el lateral con un pie. La grava se derramó formando una nube de polvo. Corrado cogió un rastrillo y comenzó a esparcirla por el sendero. «Echadme una mano», dijo, «hay dos palas bajo el pórtico, lo haremos en diez minutos.»

Se echó para atrás justo en el momento en el que el obrero más viejo entraba en el pórtico para coger las palas. Soltó la cortina y se sentó en el sofá esperando a que acabaran. Le pareció un rato interminable. Quería escribir una carta pero, si encendía la luz, se darían cuenta de que se encontraba allí. El reloj del pueblo sonó cinco veces. Por fin, oyó el ruido de la furgoneta que se alejaba. Fue al escritorio y encendió la lámpara con la pesada base de latón que parecía un candelabro de iglesia. Cogió una hoja con membrete y escudo y eliminó la parte impresa con el abrecartas. Escribió:

Querido Nemo:

En la habitación en la que estás ahora hay un arcón cerca del muro. Está lleno de vestidos viejos y otras cosas. Te ruego que mires dentro y comprenderás. Yo iba a rebuscar en él cuando era niño. Después me lo prohibieron.

Escribió de un tirón, relleno rápidamente las dos caras de la hoja. Ni siquiera lo releyó. Dobló la hoja en cuatro y la metió en un sobre. Después la volvió a sacar y añadió una posdata: «He decidido ir a ver el subterráneo. ¿Sabes? Iré a verlo y por fin lo sabré todo. Ya lo hice una vez hace años, tenía mucho miedo, me repetía una cantinela: énquete, pánquete, pínquete, iné.»

Se entretuvo en el comedor para que le vieran.

Flora estaba atareada con una sopera de nata montada. Supo que la madre estaba ocupada con la peluquera y que no bajaría hasta más tarde. La mesa del comedor estaba ya puesta, la muchacha daba los últimos retoques, colocando los claveles en los finos cálices de plata. Notó que la muchacha estaba ya vestida con el uniforme de gala: traje negro con falda plisada y delantal blanco. En el momento de servir la mesa se pondría la cofia de encaje. Pensó en quiénes podrían ser los dos invitados. Uno, tal vez el conde Tullio. Pero no, era imposible. Si ese estafador se atreve a poner los pies en Italia, le mandan de vacaciones al penal de Porto Azzurro: lo había dicho Flora en aquellos días en los que la madre había llorado tanto. Robó un bastoncito de pan del cestillo y salió por la puerta principal, porque no tenía ganas de que le vieran en la cocina.

Había caído la noche, pero consiguió ver que el Aprilia no estaba todavía en su lugar en la cochera. Se palpó en el bolsillo para controlar si llevaba la linterna. Era una cajita aplanada de laca verde con un extremo transparente por el que salía la luz; representaba una iglesia monstruosa con este letrero: *a Montenero fui, en ti pensé y este recuerdo te regalé*. Se la había traído Flora hacía años cuando había ido de excursión con el párroco del pueblo.

Se detuvo delante del portón de los sótanos. Se dio cuenta de que sudaba y respiró profundamente. Dio un paso adelante y tres atrás, tres adelante y uno atrás, tres a la izquierda y uno a la derecha. La sangre le martilleaba en las sienes, tumultuosamente. Dijo: «Calma, Duccio, se trata solo de borrar.»

Encendió la linterna solo después de haber cerrado el portón. Incluso el chirriar de los zapatos se convertía en aquel sitio en un ruido profundo y resonante, debido al techo abovedado. El frío era punzante. Por eso servía antiguamente de cantina cuando la propiedad producía aún vino de marca, antes de que de las viñas se ocuparan solo los campesinos. En una esquina habían sobrevivido viejos barriles estropeados llenos de telarañas. Junto a la tina de cemento había una enorme pila con una antigua bomba manual. Un tenue hilo de óxido cruzaba toda la pila hasta el agujero del desagüe.

Avanzó y comenzó a explorar las paredes con el haz de la linterna. Las

manchas eran bien visibles, parecían realmente de humedad. Tuvo la tentación de tocarlas pero retiró la mano. Cogiendo el trozo de carbón por un extremo, para evitar el contacto de la mano con el muro, las marcó con atención por los bordes que subían y bajaban sin criterio, imprevisiblemente. Hizo un trabajo minucioso y cuidadoso en todas las paredes. Cuando hubo acabado, las manchas estaban perfectamente en evidencia. Parecían una excéntrica cadena de montañas, un seto de nubes oscuras. Descansó un rato al borde de la pila. El trozo de carbón se había consumido notablemente, pero quedaba lo bastante para acabar el trabajo sin correr el riesgo de tocar el muro con las manos. Comenzó por la pared del fondo, de modo que, al acabar el trabajo, se encontrara cerca de la salida. Velozmente trazó sendas cruces en las manchas, procediendo casi a la carrera. Las contó: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis...

Cuando salió, se dio cuenta de que estaba llorando. En silencio y con profusión, sin ser capaz de detenerse.

20

«He olvidado la bicicleta en el jardín», mintió, «voy a meterla en la cochera.»

Flora no puso objeciones: estaba demasiado ocupada colocando los vasos en las bandejas y pelando cuidadosamente gajos de naranja que disponía en elegantes posiciones dentro de copas de cristal inmersas en un recipiente lleno de hielo triturado.

Se aseguró de haber cogido la pluma y la cinta adhesiva. Las otras cosas las había escondido ya en la cochera. Había una luz encendida en el balcón de la madre, que debía de estar maquillándose para la velada. La ventana del tío Iacopo estaba encendida también. El reloj del campanario dio las nueve. Le pareció que un coche en la carretera provincial disminuía la velocidad y dirigía los faros hacia la verja. Pero era demasiado temprano para los invitados: Flora estaba segura de que no vendría nadie antes de las diez.

Encendió la luz y cerró la puerta metálica. Podía trabajar sin ser molestado. Movi6 las cajas con los pies intentando hacer ruido. Silencio. Golpe6 los

cartones con la palma de la mano y permaneció a la escucha. Le pareció una buena señal, pero por precaución apartó la caja con la escoba. La alzó con cautela, sosteniéndola con dos dedos. La rata parecía muerta. Estaba encogida a un lado de la jaula, con el vientre hacia arriba y las patas rígidas. Cogió las tijeras de podar y la pinchó varias veces. Estaba realmente muerta. Agitó la jaula y el animal se deslizó pesadamente de un lado a otro.

Buscó la caja en la que había escondido todo lo necesario, no recordaba ya cuál de ellas era. Después le vino a la memoria: una caja grande, llena de virutas, con un letrero rojo en diagonal: Frágil. Cogió la hoja de papel de plata y la extendió por el suelo, alisándola cuidadosamente para eliminar las arrugas, abrió la portezuela de la jaula y dejó resbalar la rata. La colocó exactamente en el centro de la hoja ayudándose con las tijeras. Después cogió el cartoncito blanco que había atravesado con un pequeño aro de alambre, como si fuera un collar. Hizo una prueba de escritura en otro trozo de papel y estuvo considerando si había conseguido camuflar la propia ortografía. Quizá era mejor usar la letra de imprenta. Hizo una segunda prueba y quedó satisfecho. Entonces escribió en el cartoncito: *Ha muerto el ratón Barbarillo, dueño de este castillo*. Enfiló el aro en el cuello de la rata intentando mantener la mirada desviada hacia otra parte. Sintió los bigotes del animal en los dedos y se estremeció. Dobló el papel de plata haciendo un paquete y lo selló con cinta adhesiva. Cogió de la caja grande un trozo de papel de regalo e intentó envolver el paquete lo mejor que pudo. Para que los pliegues de las esquinas no se levantaran, los fijó con otras dos tiras de cinta adhesiva. Buscó el mejor lugar para poner el nombre del destinatario y escribió en letra de imprenta el nombre de la madre, preocupándose de especificar su título.

Escondió la trampa, puso en orden las cajas, y barrió cuidadosamente los trocitos de papel de plata que habían quedado por el suelo. Notó que en el pavimento había una pequeña mancha de sangre y la limpió con un trapo húmedo. Por último se lavó las manos en la pila, arremangándose y restregándose enérgicamente incluso los antebrazos. Antes de salir, apagó la luz.

El balcón de la madre estaba todavía iluminado, la ventana de tío Iacopo también. Evitó cruzar por el jardín para pasar por la verja de servicio. Prefirió pasar por detrás del seto de ligustro que lo ocultaba de cualquier mirada.

Colocó el paquete en el buzón y volvió a entrar en casa rápidamente. Flora estaba preparando los cubitos de hielo para los aperitivos, las almendras saladas y los cacahuetes.

«Tu mamá quiere que pases a despedirte antes de irte a tu habitación», le dijo mientras intentaba extraer los cubitos de hielo de las cubeteras. «No te ha visto en todo el día.»

21

Y ahí estaba, de nuevo solo, como en aquel tiempo lejano...

¿Estaba prohibido? ¿Era pecado? ¿Ángel Duccio se habría chivado? Pero sabía un remedio. Lo canturreó en voz baja:

¡Énquete, pánquete, pínquete, iné,
ábile, fábile, triulité,
résete, pésete, raus, straus!

Descalzo sobre las baldosas. ¡Oué largo era el pasillo! La madre estaba descansando, quizá Flora también. Él también debería descansar en aquella tarde veraniega cuando las cigarras enloquecidas cantan y cantan. Pero el sueño no venía. Lo intentó varias veces. Quería dormir. Cerraba los ojos, pero bajo sus párpados había muchas pequeñas luces. ¡Había que dormir!, ¡había que dormir!

A la nanita nana, nanita ea,
mi niño tiene sueño, bendito sea.
Pimpollo de canela, lirio en capullo,
duérmete vida mía mientras te arrullo.

Se lo repitió varias veces, abrazando la almohada.

Tal vez contemplando a los caballeros del techo el tiempo pasaría más deprisa. Tictac, tictac, en el silencio, el reloj de pesas del vestíbulo. El tiempo es una cosa redonda, cada día es siempre igual. Está ahí y gira y gira. Si pasaba alguien por el sendero, entraba inadvertido a través de las persianas

entre los caballeros del techo. Corrado boca abajo que acababa bajo el caballo de Constantino, el caballero sin un ojo. ¡Hay que dormirl ¡Hay que dormir! Eso es, cinco minutos más con los ojos cerrados, respirando profundamente como hace Flora por la tarde en la cocina, sentada en una silla; ahora Ángel Duccio se ha quedado dormido, seguro que no ha podido resistir, nos podemos levantar. Pero muy despacio, con los pies descalzos. ¡Dios mío, qué largo es el pasillo! ¿Pero era tan largo hace una hora o es que se ha alargado mientras tanto? La madre estaba descansando, quizá Flora también; del piso de abajo no llegaba ningún ruido. Pero en el momento de girar el picaporte, una duda horrible: ¿y si Ángel Duccio no se hubiera quedado dormido? ¿Si estuviera detrás de él, disimulando, en silencio? Era mejor decir algo más, pero mentalmente, sin que le oyeran:

An tan tés,
fili mani pes,
fili mani cuculús,
an tan tus.

Dentro estaba oscuro, olía a polvo, sin ventanas, solo una ventanilla clausurada con un cristal opaco que daba a la segunda rampa de las escaleras, antes de los desvanes. Muebles amontonados: un armario con el espejo manchado, una mesilla encima de una mesa, un sofá con un respaldo tallado y una pila de cajones. Cerraba la puerta y encendía la luz, una bombilla colgada del cable en el centro de la habitación. El baúl estaba lleno de mariposas; si lo abría saldrían en enjambres. Las cosas que estaba buscando estaban en el fondo, antes había una capa de periódicos, después viejos platos envueltos entre pajas. Se ponía aquel sombrero alto, con borla y una calavera. Y después el cinturón con la pistola y los cartuchos. Se miraba en el espejo del armario. Incluso Ángel Duccio habría tenido miedo.

«Nemo:

»A veces estoy convencido de que eres un incapaz y un bellaco, un hombre

que piensa solo en sus cartas náuticas, un egoísta que no sabe ver nada más que un minúsculo trocito del mundo. Y entonces me entran ganas de hundir la puerta de la habitación en la que te has encerrado y de darte una paliza porque no eres como yo creía que eras.

»Te lo ruego, vuelve a ser el Nemo que eras, Nemo, antes de que sea demasiado tarde. Y entonces piensa un poco en mí también, porque creo que desde el ojo de buey de tu puente de mando se ven las cosas que yo ignoraba y que ahora he comprendido. Y cuando acerques tu ojo al periscopio de los torpedos, cuando estas cosas estén exactamente en el centro de la cruz del punto de mira, tú me harás un gesto, bajando el brazo, yo bajaré la palanca y los torpedos saldrán disparados salpicando en el agua, fsssss...»

23

Cerró la puerta con llave.

Pensó que era inútil desnudarse, total, se tendría que levantar dentro de poco. De abajo llegaba una musiquita en sordina, algo alegre. Se volvió a levantar para correr las cortinas, para no ver lo negro de las ventanas. Se acercó a la mesa, para hacer desaparecer de los cajones todo lo que no quería que encontrasen allí. Recogió todas las hojas en las que había escrito algo. Todas, incluso las que tenían viejas composiciones escolares, frases insignificantes o pequeñas cosas sin importancia. Las amontonó todas sobre la mesa y las contempló con satisfacción. Después recordó que en el último cajón, bajo las camisas de verano, había escondido la página que había escrito de memoria, intentando recordar el *Pequeño tratado de toxicología* de la biblioteca. La cogió y, antes de romperla, la releyó:

MICOBACTERIUM MURINUM. Género tuberculoide, unicelular, procariota, posee material genético, pero no organizado como en los eucariotas. Poco visible al microscopio normal debido a sus reducidísimas dimensiones, para su individuación se hace necesario el uso de sustancias evidenciadoras (colorantes comunes), o mejor el cultivo. La siembra se efectúa sobre placas con un terreno de cultivo orgánico o sintético (en tal

caso se aconseja el uso de Agar como solidificante), donde crece en colonias de desarrollo notablemente rápido (ca. 20 min. de crecimiento), provocando excrecencias visibles incluso a simple vista. La entrada en circulación de la bacteria es casi siempre irreversible, porque el microorganismo ataca las vías pulmonares con capacidad destructiva inmediata. Pero su terreno de cultivo más idóneo es el pescado putrefacto, empleado normalmente sobre las placas como terreno de siembra. Una gota de líquido cultivado contiene algunos millones de bacterias. Es raro, o prácticamente imposible, poder localizar el micobacterium m. en la autopsia, porque este provoca un colapso cardiocirculatorio sin producir toxinas u otros restos tóxicos y no presenta, por otra parte, durante la fase de crisis del paciente, los síntomas típicos de envenenamiento, como los agentes tóxicos del género «Boletum» (Véase.)

Secó cuidadosamente el lavabo, apelotonó allí todos los papeles y les prendió fuego. Ardieron en un momento, dejando una cordillera de humo sobre la loza. Limpió la suciedad con un trapo mojado y dejó correr el agua. Abrió la ventanilla bajo el lavabo y olisqueó el aire. Perfecto, no se percibía ningún olor. El saquito estaba cerrado herméticamente. Apretó con un dedo el pequeño envoltorio de plástico. Era blancuzco, acuoso. El pez rojo debía de estar completamente podrido.

El tiempo envejece deprisa

μετά τήν σκιάν τάχιστα γηράσκει χρόνος

«Persiguiendo la sombra, el tiempo envejece deprisa.»

Fragmento presocrático atribuido a CRITIAS

EL CÍRCULO

«Le pregunté sobre aquellos tiempos en que éramos aún tan jóvenes, ingenuos, entusiastas, tontos, inexpertos. Algo de eso ha quedado, excepto la juventud, respondió.»

El viejo profesor se había interrumpido, tenía una expresión casi contrita, se había enjugado precipitadamente una lágrima que se le había asomado a una pestaña, se había dado un golpecito en la frente, como diciendo qué idiota, perdonen, se había aflojado el corbatín de aquel increíble color anaranjado y había dicho con su francés marcado por un fuerte acento alemán: les ruego que me disculpen, les ruego que me disculpen, se me había olvidado, el título del poema es «El viejo catedrático», de la gran poetisa polaca Wisława Szymborska, y en ese momento se había señalado a sí mismo, como queriendo indicar que el personaje de ese poema en cierto modo coincidía con él, después se había bebido otro calvados, más responsable de su conmoción que el poema, y se le había escapado una especie de sollozo, todos de pie, consolándolo: Wolfgang, no hagas eso, sigue leyendo, el viejo profesor se había sonado la nariz con un amplio pañuelo de cuadros: «Le pregunté por la fotografía», prosiguió con voz estentórea, «esa en el marco, sobre el escritorio. Fueron, pasaron. Mi hermano, mi primo, mi cuñada, mi esposa, mi hijita sobre las rodillas de mi esposa, el gato en los brazos de mi hijita, y un cerezo en flor, y sobre el cerezo un pájaro volador no identificado, respondió.»¹³

El resto ya no lo había escuchado, o tal vez ya no quiso seguir escuchándolo, qué amable el viejo profesor del cantón de San Galo, los primos de San Galo son un poco paletos, eran palabras de la tía abuela oídas en alguna ocasión en la cocina, criaturas extrañas, son buena gente, pero viven en ese sitio tan aislado entre montes y lagos, en cambio quien le parecía delicioso a ella era el viejo profesor de San Galo, hasta había hecho fotocopias del poema que quiso leer en el brindis, qué delicadeza, y las había dejado a disposición de los invitados sobre la mesa ya puesta, entre el postre y los quesos, porque, según decía, ese era el mejor homenaje a la memoria

del abuelo, «mi añorado e inolvidable hermano Josef, en cuyo lugar el Señor hubiera debido llamarme a mí». Y, en cambio, era él el que estaba vivo y coleando, con sus abundantes venillas rojas en la nariz que el alcohol hacía aún más evidentes, y entretanto la abuela escuchaba embelesada (o acaso dormitaba) el elogio poético de su cuñado hacia su difunto marido, porque el aniversario de aquella muerte, ya hacía una década, era el motivo de la solemne reunión de familia, hay que conmemorar a los difuntos aunque a pesar de todo la vida siga, y la vida que sigue merece ser celebrada tanto o más que los difuntos, y que se fastidien los envidiosos, porque la familia es la familia, sobre todo una familia histórica como la nuestra, que ya a principios del siglo XIX tenía casas de postas que llegaban desde Ginebra hasta el cantón de San Galo, y desde el lago Constanza hasta Alemania, y desde Alemania hasta Polonia, quedan aún grabados y fotografías, están todos en el álbum familiar, de esas antiguas casas de postas nació después la red comercial que hace hoy célebre a la familia Ziegler en Suiza y en toda Europa, los fundadores hace tiempo que murieron, los herederos más viejos no tardarán en hacerlo, pero la familia continúa, porque la vida continúa, por eso estamos aquí, para celebrar la vida que continúa, con nuestros hijos y nietos, concluyó triunfalmente el tío abuelo de San Galo.

Y ahí estaban, los herederos de tanta tradición. El gesto teatral del tío abuelo de San Galo, que declamaba con voz conmovida el poema, parecía dirigirse precisamente a ellos: al chiquitín de ricitos rubios que ya llevaba corbata y a la niña del rostro lleno de pecas, ignoras ambos de que aquella mano se dirigía precisamente a ellos, e ignoras de la memoria del desconocido abuelo Josef, abstraídos como estaban en disputarse una porción de tarta de chocolate, y el varón, que había sobrepujado a su hermana, llevaba ya el signo de la victoria bajo la nariz, como unos bigotes en un teatrillo de títeres, y la última nuera, la blanca Greta, tan cumplida, con una servilletita de encaje, de San Galo también, como el tío abuelo, limpió la mancha de chocolate del rostro de su hijo y sonrió. Una hermosa sonrisa sobre un lozano rostro de leche y de sangre, como había oído decir una vez en aquel pueblo, aunque tal vez no fuera en Ginebra, sino en Lugano: leche y sangre. Qué extraña mezcla, la primera vez que había oído esa expresión le había causado un extraño efecto, casi de náusea, tal vez porque se había imaginado una jarra

de leche en la que caían unas gotas de sangre. Y su pensamiento, por su cuenta, había vuelto a una infancia que no era la suya, sin embargo, a una aldea perdida en el tiempo, a los pies de las montañas de un país que allí, en esa ciudad donde estaban conmemorando ahora a un abuelo Josef que no era el suyo y a quien no llegó a conocer, llamaban el Magreb, como si perteneciera a una abstracta geografía. Cuando ella era niña, no sabía que el lugar en el que vivían sus padres se llamaba Magreb, ni siquiera ellos lo sabían, vivían allí y nada más, y no lo sabía tampoco su abuela, cuya imagen le afloró desde el recuerdo como desde un pozo enterrado, qué extraño, porque no era el recuerdo de una persona, era el recuerdo de una persona que le habían contado, ella no llegó a conocer a su abuela, ¿cómo podía acordarse tan bien de un rostro que nunca había visto? Y después se le vino a la cabeza su madre, porque su madre era fuerte, pero muy frágil también, y qué hermosa era, con ese perfil altivo y los ojos grandes, y se acordó de su forma de hablar, y de su acento antiguo, antiquísimo, porque provenía del corazón del desierto, donde nunca se habían atrevido a penetrar los saqueadores árabes que comerciaban con los cuerpos de las personas, ni los sacerdotes católicos, que comerciaban con las almas, lo mejor era dejar en paz a los bereberes, son personas no comerciables. Y pensó al mismo tiempo de dónde provenía esa profunda percepción de sí misma que sintió aflorar por un instante frente al gesto perfecto y decidido con el que Greta limpiaba la mancha de chocolate de la mejilla de su hijo. De la nada, esa percepción provenía de la nada, como su recuerdo, que no era un verdadero recuerdo, sino el recuerdo de un relato, y no era aún un sentimiento, era una emoción y, en el fondo, ni siquiera emoción era, no eran más que imágenes que su fantasía había construido de niña escuchando recuerdos ajenos, pero de aquel lugar remoto e imaginario se había olvidado después, y eso la sorprendió. ¿Por qué aquellos lugares de arena de los que le había hablado su madre cuando ella era una niña habían quedado sepultados en las arenas de su memoria? Los Grands Boulevards, esa era la geografía que pertenecía a su memoria, las grandes avenidas de París donde su padre tenía un elegante despacho de notario con florido papel pintado en las paredes y sillones de cuero, su padre, conocido abogado de un gran despacho parisiense. En la planta de encima del despacho estaba el piso en el que se había criado, un

piso de ventanas altísimas y molduras de estuco en los techos: es un edificio construido por Haussmann, en casa siempre se había dicho eso: es un edificio de Haussmann, y Haussmann era Haussmann, punto y final, pero ¿qué tenía Haussmann que ver con lo que ella era?

Se lo preguntó mientras Greta limpiaba con el pañuelo de San Galo la mancha de chocolate del rostro de su hijo, y eso que se preguntaba a sí misma le hubiera gustado preguntárselo a todos los comensales de aquella fiesta familiar, a aquella familia tan hospitalaria y generosa que celebraba a un abuelo emprendedor que había sabido transformar unas viejas casas de postas en una rentable empresa comercial que ahora le pertenecía a ella también, porque le pertenecía a Michel. Pero ¿a qué propósito sacar a relucir ahora a Monsieur Haussmann? La habrían mirado como si estuviera loca. Querida mía, le habría dicho Greta (quizá se lo hubiera dicho Greta precisamente), pero ¿a qué viene eso de Haussmann? Es el mayor urbanista francés del siglo XIX, rehízo París, tú te criaste en uno de los edificios que él construyó, ¿por qué se te ha venido a la cabeza Haussmann? Greta se sentía acomplejada por vivir en Ginebra, que en comparación con París consideraba una ciudad de provincias y tal vez lo hubiera tomado como una provocación. La verdad es que no era algo que pudiera decirse en el comedor de una fiesta familiar, en aquella sólida casa de amplias ventanas que daban al lago, ante una mesa aparejada en la que había de todo, hubiera podido hablar del desierto, pero le habrían preguntado a qué venía eso del desierto, ella hubiera podido contestar que el desierto, si tenía algo que ver, era por oposición, pues vosotros, aquí, delante de vosotros, tenéis un magnífico lago rebosante de agua que tiene incluso un surtidor en el centro que lanza el agua verticalmente a cien metros de altura, y en cambio mi abuela estaba rodeada de arena y cuando era niña, para ir a coger un cántaro de agua, por la mañana tenía que ir al pozo de Al Karib, ahora se me ha venido a la cabeza hasta el nombre, y ella tenía que recorrer tres kilómetros a oscuras de ida y tres kilómetros bajo un sol ardiente para volver con el cántaro sobre la cabeza, y vosotros no podéis saber lo que es de verdad el agua, porque tenéis demasiada.

¿Eran esas cosas que debían decirse? ¿Y ellos qué culpa tenían? ¿A lo mejor podía decirles que se le había venido a la cabeza la expresión leche y sangre, realmente monstruosa, en su opinión, porque cuando era muy

pequeña su abuela se la llevaba con ella a veces por la noche al establo y ella miraba fascinada aquel líquido cándido que su abuela extraía de las ubres de las cabras en una palangana de zinc, y después lo llevaban a casa con la reverencia debida a un regalo divino, pero si en ese cándido líquido hubieran caído unas gotas de sangre, habría resultado monstruoso, habría huido espantada, pero no podía decirlo, porque no era un recuerdo, era una fantasía, un falso recuerdo, ella nunca había estado en aquel establo, y así, huyendo de un falso recuerdo, ahora me hallo aquí, pensó, con esta amable familia que con tanto afecto me ha abierto sus brazos, pido disculpas a todos, lo que digo no tiene lógica, será porque estaba mirando mis manos algo más oscuras y la expresión leche y sangre me ha sonado realmente extraña, es que quizá me haga falta un poco de aire fresco, en verano en Ginebra hace más calor incluso que en París, hay más humedad, quizá lo que me haga falta es tomar el aire, esta fiesta me ha gustado mucho, sois todos de lo más amable, pero es como si realmente me hiciera falta un poco de aire, hace años, cuando éramos novios, Michel me llevó hasta unos prados de los montes, fuimos en autobús, el que llega a la última aldea, si no recuerdo mal, en el fondo no estaban muy lejos, si cojo un taxi llegaré en media hora, en el fondo los prados no están ni a mil metros, Michel debe de haberse ido ya a echar la siesta, decidle que no se preocupe, estaré de regreso antes de cenar.

* * *

Hacía mucho calor. Se preguntó cómo era posible que a mil metros de altitud hiciera más calor aún que en la ciudad. Tal vez la ciudad se aprovechara del efecto benéfico del agua, es lógico que una gran cuenca de agua refresque el aire que la rodea. Pero tal vez la temperatura fuera la misma que en Ginebra, tal vez el calor lo sintiera ella, un calor interior como cuando la temperatura del cuerpo, por razones que solo el cuerpo conoce, se vuelve mucho más alta que la del ambiente circunstante. El sol caía a plomo sobre el altozano, además no había árboles, solo una inmensa extensión de prados, mejor dicho, una pradera pajiza, hacía muchos años, cuando Michel la había traído allí por primera vez, era primavera, el altozano estaba verde a causa de las lluvias invernales, acababan de conocerse, ella no había estado nunca en

Suiza, eran unos críos o poco más, Michel estaba haciendo el último año de medicina, de modo que fue hacía quince años más o menos, porque aquel junio había terminado la carrera y con el título habían celebrado también su cumpleaños, veinticinco años. Durante un instante pensó en el tiempo, y en qué era en realidad, pero fue solo un instante, porque el panorama de aquella llanura amarillenta capturó de nuevo sus ojos y sus pensamientos, era de una paja corta sobre la que se andaba mal, probablemente la hierba había sido cortada en junio para el aprovisionamiento invernal de los campesinos, pensó que el verde amarilleaba, y después su mente volvió al calendario, los meses, los años, las fechas, casi cuarenta años, dijo en voz alta, treinta y ocho, mejor dicho, aunque treinta y ocho son casi cuarenta, y aún no he tenido un hijo. Se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta, como si le estuviera hablando a un patio de butacas inexistente en aquella requemada llanura amarillenta, y en voz alta continuó: ¿por qué no me lo he preguntado antes? ¿Cómo es posible que una mujer casada desde hace casi quince años no haya tenido aún un hijo y no se pregunte por qué? Se sentó en el suelo, sobre la paja hirsuta. Si hubiera sido una cosa acordada, un pacto con Michel, habría tenido sentido, pero no había ocurrido por voluntad de ambos, así habían ido las cosas, no había llegado nunca un hijo, punto y final, y de aquello ella no se había preguntado nunca la razón, le había parecido normal, de la misma forma que le había parecido normal criarse en una hermosa casa de los Grands Boulevards, como si aquel elegante piso parisiense fuera la cosa más natural del mundo, y no lo era, no existe la cosa más natural del mundo, las cosas existen como tú quieres si las piensas y las quieres, entonces puedes guiarlas, en caso contrario van por su cuenta. De acuerdo, se dijo, pero entonces ¿qué es lo que lo guía todo? ¿Había algo que guiara desde fuera esa especie de enorme aliento que percibía a su alrededor? La hierba que se vuelve heno y que volverá a ser verde con el paso de las estaciones, aquel sofocante día de finales de agosto que estaba agonizando, y la vieja abuela de la casa de Ginebra, por la que de repente notó que sentía un enorme cariño, y el tío abuelo de San Galo también, que bebía demasiado y leía poesías, pensó en su pajarita desatada y en sus venillas rojas en la nariz y se le saltaron las lágrimas y, quién sabe por qué, vio la imagen de un niño que, cogido de la mano de su madre, vuelve de una feria de pueblo, la feria se ha terminado, es

un domingo por la tarde y el niño lleva un globito lleno de aire atado a la muñeca, lo sujeta con orgullo como un trofeo y, de repente, pluf, el globito se deshinchó, algo lo ha pinchado, pero qué, ¿la espina de un matorral, tal vez? Le pareció que ella era ese niño que se encontraba de repente con un globito flácido entre las manos, alguien se lo había robado, pero no, el globito estaba aún ahí, solo le habían sustraído el aire que tenía dentro. ¿Era eso pues, era el tiempo aire y ella lo había dejado exhalar por un agujerito minúsculo del que no se había percatado? Pero ¿dónde estaba el agujero?, no era capaz de verlo. Pensó otra vez en Michel, en aquellos primeros años en los que él se pasaba los días en el laboratorio, por la noche volvía tardísimo, muerto de cansancio, era hermoso esperarlo hasta medianoche y tomarse unos espaguetis hechos en ese mismo momento. Michel estaba buscando un fármaco que salvara a los niños de una feroz enfermedad, y eso era muy hermoso, pero ¿por qué salvar a niños abstractos si entre los salvables no estaba su hijo? Nítidas en el recuerdo volvieron aquellas veladas, los nocturnos de Chopin en sordina, Michel proponía a veces un disco de músicas bereberes, decía que el ritmo de los tambores calmaba su cansancio y su desasosiego, pero ella esos tambores no era capaz de soportarlos, después se iban a la cama en aquel pequeño apartamento que daba a una desangelada plaza de París y se amaban con un amor intenso, pero de aquel amor no había nacido nunca un niño.

¿Y por qué el porqué se lo preguntaba precisamente ahora, en aquel lugar que no le pertenecía, en aquella llanura desolada envuelta por el calor de agosto? ¿Acaso porque Greta, que tenía dos años menos que ella, había producido dos magníficos hijos? Pensó exactamente esa palabra, producido, y se arrepintió, le pareció obscena, pero al mismo tiempo intuyó su íntima verdad, que es la verdad de la carne, porque el cuerpo produce, y la carne se reproduce a sí misma, transmitiéndose, mientras está viva, con los humores vitales que le circulan por dentro, cuando hay agua, ese líquido amniótico que dentro de la placenta alimenta el minúsculo testigo que ha recibido la transmisión de la carne. El agua. Le pareció comprender que todo dependía del agua y no pudo dejar de preguntarse si no le faltaría a su cuerpo el agua, si ella tampoco podía sustraerse al destino de sus gentes que durante siglos habían luchado contra el desierto resistiendo a la arena que todo lo cubre, y al final habían tenido que rendirse y marcharse a otra parte, y, para entonces,

donde vivían sus antepasados los pozos estaban ya enterrados, solo había dunas, lo sabía. La invadió el pánico, su mirada deambuló extraviada por aquella llanura amarillenta sobre cuyo horizonte un sol demasiado rojo empezaba a declinar. Y en aquel momento vio los caballos.

* * *

Era una manada de una decena de caballos, tal vez más, casi todos de pelo grisáceo, algunos jaspeados. Pero ligeramente más adelantado que los demás, con el cuello tenso en una actitud altanera, como si fuera el jefe de la manada, había un semental negro que escarbó con una pezuña la tierra y relinchó. No estaban muy lejos, a no más de doscientos o trescientos metros, pero no se había fijado en ellos y solo al verlos le pareció que ellos también la miraban, y fue entonces cuando el semental relinchó con más fuerza, y como si el haberse mirado constituyera una señal de entendimiento, los caballos se movieron ondeando en el aire tembloroso de aquella cálida tarde, el semental sacudió las crines, relinchó con mayor fuerza aún y arrancó al galope, arrastrando tras él a la manada. Ella los veía avanzar, incapaz de moverse, percatándose de que el espacio de la vasta llanura había falseado la perspectiva, estaban más lejos de lo que le había parecido, o bien empleaban demasiado tiempo en acercarse, como esas escenas que se ven en el cine en las que los movimientos se realizan más lentos en el espacio, casi líquidos, como si los cuerpos estuvieran dotados de una gracia oculta que un extraño sortilegio nos está revelando. Así avanzaban los caballos, con esa escansión líquida que a veces nos da el sueño, casi como si estuvieran navegando por el aire, pero sus cascos tocaban el suelo, porque por detrás de ellos se había levantado una tupida cortina de polvo que por aquel lado velaba el horizonte. Avanzaban cambiando de disposición, en fila india, abriéndose en abanico, quebrándose como si cada uno tuviera una meta distinta, y reuniéndose al final en una hilera compacta, mientras la cabeza y el cuello de cada uno seguía el mismo ritmo con la misma cadencia apenas se abrían de nuevo en abanico, como una ola marina formada por cuerpos. Por un instante pensó en huir, pero comprendió que no podía. Se dio la vuelta hacia los animales y permaneció inmóvil, con las manos cruzadas sobre los senos, como si

quisiera protegerlos. En aquel momento, el caballo negro frenó su carrera clavando los cascos en el polvo, y con él se detuvo toda la manada, como si la batuta de un maestro desconocido hubiera decretado una pausa en aquel misterioso ballet sin música, no era más que un intermedio, eso lo notó claramente. Los miró y esperó, no estaban a más de diez metros de distancia, podía ver perfectamente sus grandes ojos húmedos, las aletas que latían afanosas, el sudor que relucía sobre sus grupas. El caballo negro levantó la pata derecha, como hacen los caballos del circo cuando empieza el espectáculo ecuestre, la dejó suspendida en el aire durante un instante y arrancó después con ímpetu empezando a dar vueltas a su alrededor, y sus cascos, al girar, excavaron en el terreno un círculo preciso, y entonces, como si fuera una señal preestablecida, los demás caballos empezaron a seguirlo, primero al trote y después con un galope que poco a poco fue aumentando en intensidad, marcado por la velocidad que dictaba el semental, como un carrusel al que se le han roto los frenos y gira enloquecido. Así los veía pasar veloces a su lado en un círculo que cada vez se volvía más rápido, a tal velocidad que casi no había espacio entre caballo y caballo sino únicamente un muro de caballos que se había convertido en un único caballo, la silueta ininterrumpida de un caballo cuya cabeza volvía a empezar con una cola y cuya cola era una cabeza, y los cascos, levantando una nube de polvo que los envolvía, resonando en el terreno árido, le parecieron el sonido de los tambores de un lugar del que no guardaba memoria alguna pero que sintió con nitidez absoluta, y por un instante vio unas manos que percutían sobre la piel de los tambores, la música que llegaba a sus oídos salía del suelo, como si la tierra se estremeciera, lo notó, antes de llegar a sus oídos subía por los pies hasta las piernas, el tronco, el corazón, el cerebro. Y, mientras tanto, los caballos giraban en círculo, cada vez más rápidos, tan rápidos como sus pensamientos, que se habían convertido en un círculo también, un pensamiento que se pensaba a sí mismo, se dio cuenta de que estaba pensando que pensaba, nada más, y en ese momento el jefe de la manada, de la misma forma repentina con la que había dibujado el círculo, lo rompió, con un quiebro brusco que parecía sustraerse a las leyes de la naturaleza dibujó una tangente de huida arrastrando consigo a toda la manada y en pocos instantes los caballos se alejaron al galope.

Ella seguía allí, miraba el relucir de las pajitas levantadas en el polvo que brillaban a la luz del atardecer, pensó que tenía que seguir pensando que no pensaba en nada, se sentó rebuscando con los dedos entre la paja hirsuta, buscando la tierra, el sol estaba desapareciendo y la luz anaranjada tenía ya algunas motitas de índigo, desde aquellas alturas el horizonte era circular, era lo único que era capaz de pensar, que el horizonte era circular, era como si el círculo trazado por los caballos se hubiera dilatado hasta el infinito transformándose en el horizonte.

CLOF, CLOP, CLOFETE, CLOPETE

El dolor que lo despertó discurría por su pierna izquierda, desde la ingle hasta la rodilla, pero su proveniencia estaba en otra parte, lo sabía ya perfectamente. Empezó a presionar con el pulgar desde el coxis hacia arriba, al llegar a la zona entre la tercera y la cuarta vértebra sintió una especie de descarga eléctrica que le recorría el cuerpo, como si en aquel punto hubiera una emisora de radio que lanzara sus ondas por todas partes, desde el cuello hasta los dedos de los pies. Intentó darse la vuelta en la cama. Al primer intento, el dolor lo paralizó. Permaneció de costado, o mejor dicho, ni siquiera de costado, de medio costado, que no es una posición precisa, es una tentativa de posición, una transición. Quedó suspendido en el movimiento, si es que puede decirse así, como ciertos cuadros de los barrocos italianos en los que la santa o el santo, graciosamente atarantados por el ayuno o por Cristo, han quedado en una suspensión que el pintor ha escarchado para siempre con sus pinceladas, porque los pintores locos, que en el fondo son los geniales, son extraordinarios en captar el movimiento inacabado del personaje que representan, por lo general loco también, y el milagro pictórico se realiza en forma de extravagante levitación que parece prescindir de la fuerza de gravedad.

Intentó mover los dedos de los pies. No sin cierto dolor, se movían, incluido el dedo gordo, el que más riesgo corría. Permaneció así, sin atreverse a desplazarse ni un solo milímetro, mirándose los dedos de los pies, y pensó en aquel pobre muchacho de Praga que se había despertado un día fuera de contexto, en el sentido de que en vez de estar de espaldas se hallaba sobre su caparazón, y mirando el techo de su cuartito, que él, quién sabe por qué, se imaginaba de un celeste pálido, movía en vano sus patitas pelosas, preguntándose qué hacer. La idea lo irritó, no tanto por la comparación cuanto por su pertenencia genérica: literatura, una vez más literatura. Se atrevió a una fenomenología experimental de la situación. Armándose de valor, movió un centímetro la cadera. El dolor arrancó de la cuarta vértebra tan preciso como un dardo y se dirigió en primer lugar hacia la cerviz –casi

pudo oír su silbido— y desde allí hizo el recorrido inverso, llegó hasta la ingle y se difundió por toda la pierna. *Cómo hablar con tu propio cuerpo* era un libro que había leído con escepticismo aunque con cierta curiosidad, no podía negarlo, divulgativo y probablemente poco fiable en términos científicos, pero ¿por qué no va a poder hablar uno con su propio cuerpo?, hay gente que habla con las paredes. De joven leyó una novela de un escritor muy leído entonces, después injustamente olvidado, un tipo valioso, que en ciertas cosas iba al grano y que en aquel libro hablaba con su propio cuerpo, mejor dicho, con un punto muy preciso de su cuerpo, al que llamaba su «él» y con el que entablaba un diálogo muy lejos de resultar trivial. Aquí, sin embargo, no se daba el caso, porque su «él» no tenía nada que ver, así que se limitó a decir: ¡pierna, oh, pierna! La movió y ella contestó con un dolor lancinante. El diálogo resultaba imposible. La extendió con la mayor cautela y el dolor se concentró sobre la columna. Columna infame. Se irritó de nuevo. Pensó que si llamaba al doctor, con quien tenía ya demasiada confianza, le diría que estaba enfermo de literatura, observación ya realizada en el pasado. Le parecía estar oyéndolo: querido amigo mío, el problema reside sobre todo en el hecho de que adoptas posturas equivocadas, mejor dicho, de que has adoptado posturas equivocadas durante toda tu vida, para escribir, porque el problema es que por desgracia tú escribes, dicho sea sin ánimo de ofender, en vez de llevar una vida más conforme a la higiene y al bienestar, es decir, irte a la piscina o a correr en pantalones cortos, como hacen otros hombres de tu edad, te pasas días enteros completamente doblado escribiendo tus libros, y además de estar doblado hacia delante, como yo te he visto, estás también completamente torcido, que pareces una rosquilla mal hecha, tu columna vertebral parece el mar cuando sopla el ábrego, está completamente torcida, a estas alturas no te queda ya tiempo para recomponerla, pero podrías intentar atormentarla menos, las radiografías que te he traído eres incapaz de leerlas, creo yo, mañana, para que lo entiendas de una vez por todas, voy a traerte la columna vertebral de plástico con la que estudiaba yo en la universidad, que es articulada y la modelaré sobre la tuya, a ver si ves de una vez cómo la has dejado.

* * *

Le hemos puesto oxígeno porque su respiración presenta dificultades, dijo el médico, pero sus condiciones son estacionarias, quédese tranquilo. Lo que quería decir: quédese tranquilo, que esta noche la pasa. Entró de puntillas. La habitación estaba en penumbra. La paciente de la cama de al lado dormía. Era una señora rubia regordeta que el día anterior se había pasado toda la tarde pegada al móvil, tumbada en bata sobre su cama, aguardando una operación que debían practicarle lo antes posible, decía. Y añadía: no sé por qué he ingresado en el hospital precisamente ahora, cuando con estos días de Semana Santa el restaurante que tenemos en Portovenere estará a rebosar, sabe, querido usted (así lo llamaba, querido usted), el nuestro es uno de los poquísimos restaurantes de Liguria que aparecen en la guía Michelin, y fíjese, no se me ha ocurrido otra cosa que hacerme esta operacioncita justo en estos días, cuando la clientela hace cola, cómo podré ser tan idiota, para cuatro cálculos en la vesícula. Armando, Armando (entretanto Armando, que debía de ser su marido, la había llamado al móvil), por favor, no dejes que la Leopoldina prepare las mesas, hace lo que puede pero se confunde siempre con las copas, la del vino la pone en el lugar equivocado, me he pasado el invierno explicándoselo, pero no le entra en la cabeza, es una chica de pueblo, adiós, Armando, te dejo al mando. Y, una vez liquidado el tal Armando con una rima, había proseguido: ya se lo imaginará, querido usted, clientes de lo más exigentes, casi todos de Milán, o lombardos en todo caso y, como sabe usted perfectamente, es Lombardía la que tira del carro de nuestro país, son ricos porque trabajan, así que se entiende muy bien que sean exigentes, y si un milanés te dice pago y pretendo, no es que pueda uno objetar nada, porque si uno paga, pretende, querido usted, es lógico. Y después se había puesto a describirle con todo detalle la especialidad de la casa, tallarines con bogavante, aunque por suerte se había quedado a medias porque el tal Armando la había llamado.

* * *

Se cuidó mucho de pasar a su lado, rodeó la cama y se sentó al otro lado, en la cabecera de la otra camita. La tía no estaba dormida, parecía siempre que dormía, pero en cuanto notaba un murmullo, abría los ojos. Cuando vio

que había llegado, se quitó la cánula del oxígeno. Se esforzaba por mostrarse como si su cuerpo no estuviera devastado por la enfermedad, incluso desde aquella posición supina fue capaz de escrutarlo de arriba abajo, notó el bastón enseguida, quizá le leyera el sufrimiento en el rostro, por más que con los calmantes los dolores más fuertes ya se le hubieran pasado. ¿Qué te ha ocurrido?, preguntó, ayer estabas bien. Es desde esta mañana, dijo él, no lo sé, he hablado con el médico, parece que mi columna vertebral ha sufrido otro crac como en mayo del año pasado, haría falta una nueva radiografía, me la haré cuando pueda. Ella le hizo un gesto con el dedo, una señal de advertencia: en Italia los cracs dan buenos resultados solo si son financieros, susurró, hoy la señora de la cama de al lado se ha pasado toda la tarde viendo la televisión, ha exigido un televisor, dice que tiene derecho porque es una habitación de pago, le han dado un auricular para que no me molestara, en determinado momento han entrevistado a ese petimetre de la Telecom que ha dejado un agujero de no sé cuántos millones, con ese crac ha resuelto su vida. Por desgracia, el mío es solo vertebral, replicó él. La conversación tenía lugar entre susurros al oído, no fuera a ser que la del restaurante se despertara y se pusiera a contarles la segunda parte de los tallarines con bogavante. No sé para qué vienes, dijo ella, días y noches enteros sentado en esa silla te dejan hecho polvo, con esa columna vertebral que tienes, quédate en casa unos días. Pero ¿qué dices?, dijo él, perdona, no querrás que me quede en casa boca arriba como pretende el doctor mientras tú estás aquí en esta cama, en casa me deprimó, por lo menos charlamos. No digas tonterías, dijo ella, qué charlas ni charlas, si al cabo del día habré dicho como mucho cuatro palabras, mi respiración no me permite más. Y sonrió. Era extraña la sonrisa de su tía; en la máscara de sufrimiento dibujada por la enfermedad, la sonrisa le devolvía a esa mujer hermosísima de pómulos prominentes y ojos enormes que el mal había enterrado en una hinchazón difusa, como si reaflorara obstinadamente la muchacha que de niño le había hecho de madre, cuando la suya no podía ejercer de madre. Y volvió a aparecersele una imagen que la memoria había borrado, una escena precisa, la misma expresión que su tía tenía ahora en el rostro, y su voz que le decía a su hermana: no te preocupes por nada, vete tranquila al hospital, del niño ya me encargo yo como si fuera mío, sin pensar en nada más. Y de inmediato llegó la imagen de Enzo,

aflorando desde una eternidad de tiempo llegó Enzo, el juicioso estudiante de jurisprudencia, Enzo, tan buen chico y tan educado, que una vez acabada la carrera entraría como pasante en el bufete del abuelo, porque se casaría con la tía, Enzo, un muchacho de tan buena voluntad, como decía todo el mundo, y aflorando también desde el pozo de los recuerdos vio a Enzo agitando los brazos y gritando, él, tan buen chico y tan educado, gritándole a su tía que estaba loca: pero ¿es que estás loca?, estoy preparando las oposiciones y tú te marchas tres meses con el niño a las montañas, ¡y cuándo vamos a casarnos nosotros! Y volvió a ver al sí mismo de entonces, un niño muy delgado, ya con gafas de miope, no entendía, y además por qué ese dolor constante en la rodilla izquierda, no quería ir a las Dolomitas, con lo lejos que estaban, y además en las montañas no estaba su amigo Franco para jugar a los bandidos, la tía se volvió de repente, su voz era gélida y firme, jamás la había oído emplear ese tono, Enzo, tú no entiendes nada, eres un pobre hombre, y, además, algo fascista, ¿crees que no he oído cómo criticabas con tus amigos a mi padre por sus ideas?, este niño tiene tuberculosis en una rodilla, le hace falta la montaña, y a la montaña me lo llevo, y con mi dinero, no con el tuyo, que no tienes, de no ser por el que te pasa mi padre cada mes por caridad, y si quieres decidirte de una vez a ir a tomar una bonita curva ha llegado el momento. Irse a tomar una curva: ¿sería posible que la tía hubiera usado esa expresión? Y sin embargo esas palabras le resonaron en los oídos: irse a tomar una curva.

Durante el resto de la tarde me estuvo hablando de sus cálculos en la vesícula biliar, le susurró al oído, cómo que la van a ingresar en un servicio como este por unos cálculos en la vesícula biliar, menudos cálculos serán, pobrecilla, y después estuvo viendo *Gran Hermano*, es su programa preferido, yo hacía como si estuviera dormida, de modo que se quitó el auricular y bajó el volumen, pero el caso es que lo oía yo también, no quise llamar a las enfermeras, de qué sirve, educar al pueblo es perder el tiempo, por lo demás este pueblo ahora se ha puesto a ganar dinero y está siendo educado por el *Gran Hermano*, por eso lo votan, es un círculo vicioso, votan a quien les ha educado, te perdiste el final de los tallarines con bogavante, pero yo desde luego quise sacarme una espina, ¿sabes cuánto les hace pagar a esos clientes suyos tan exigentes por un plato de tallarines?, cincuenta euros,

y el bogavante es congelado, conseguí que me lo confesara. Parecía que ya no tenía ganas de hablar, había girado la cabeza sobre la almohada. Pero siguió murmurando: Ferruccio, tengo ganas de decirte ciertas palabras que nunca he dicho en mi vida, o que he dicho muy pocas veces, cuando no me oía nadie, pero ahora siento realmente ganas de decirlas en voz alta, y si esa de ahí se despierta, qué se le va a hacer. Él hizo un gesto afirmativo con la cabeza y le guiñó un ojo. Qué cretina, pobre mujer, dijo. Y después añadió: son todos una panda de gilipollas. Cerró los ojos. Quizá se hubiera quedado dormida de verdad.

* * *

Ferruccio. Se le vino a la cabeza el nombre de Ferruccio. En alguna rara ocasión lo había llamado Ferruccio, pero cuando era niño, después se acabó. Su tío se llamaba Ferruccio, pero no lo llamaban Ferruccio, era un nombre de registro civil, de esos que se ponen pero no se usan, allí de donde él venía era algo habitual, al recién nacido se le ponía el nombre de uno cualquiera de sus antepasados, en homenaje a su memoria, y después se le llamaba con otro nombre. Al hermano de su tía siempre había oído que le llamaban Cesare, y a veces Cesarino, tal vez fuera su segundo nombre, Ferruccio Cesare, quién sabe, pero en la lápida de su tumba no aparecía Cesare, solo aparecía Ferruccio. La tía era la única persona que siempre llamaba Ferruccio a su hermano Cesare, murió en la guerra de Mussolini, en las fotografías enviadas desde aquella isla griega donde se había negado a rendirse a los alemanes era un oficialillo delgado con cara de persona honesta y pelo rizado, estudiaba ingeniería, cuando en el treinta y nueve le llegó la carta de reclutamiento la tía tuvo con él una discusión furibunda, una vez se lo contó, no quería que se marchara, pero ¿adónde quieres que vaya, objetaba él, estás loca?, a los montes de aquí detrás, decía ella, a alguna de las cuevas que hay, no te vayas a la guerra por esas cucarachas. Pero en el treinta y nueve al monte no se había echado todavía nadie, solo había conejos silvestres y algún zorro, la tía siempre se adelantaba a su época, de modo que Ferruccio se marchó a luchar por el Duce y por el rey.

Se acercó hasta rozarle la cara. No estaba durmiendo: abrió los ojos de

golpe y le puso un dedo en los labios. La voz de la tía era un susurro tan débil que parecía el murmullo del viento. Pon aquí la silla y acerca tu oído a mi boca, dijo, pero no te creas que estoy expirando, si hablo así es porque si no la del restaurante se despierta, si le interrumpimos el sueño, se inquieta, está soñando con un bogavante. Él se rió en voz muy baja. No te rías, tengo ganas de hablar, quisiera hablar contigo, además, no sé si volveremos a tener otra ocasión. Él hizo un gesto con la cabeza y le preguntó al oído: ¿de qué quieres hablar conmigo? De tu infancia, dijo ella, de cuando eras un niño tan pequeño que no puedes acordarte. Era el tema que menos se esperaba. Ella lo intuyó, a la tía no se le escapaba nada. No te asombres, dijo, no es tan extraño, te crees muy inteligente y quizá nunca hayas reparado en ello, los recuerdos de cuando uno es un niño los tienen quienes entonces eran ya adultos, nadie puede acordarse de recuerdos tan lejanos, hacen falta personas que en aquella época fueran mayores, si no te lo cuento yo puede que te quede algo pero en una niebla confusa, como cuando has soñado pero no te acuerdas bien de qué y de esa forma no te esfuerzas ni siquiera por recordar porque no tiene sentido intentar recordar un sueño del que no te acuerdas, el pasado está hecho de esa manera, sobre todo si es pretérito perfecto, de cuando tu tío Ferruccio y yo éramos niños yo no debería acordarme de nada y en cambio me acuerdo como si fuera ayer y han pasado más de ochenta años, porque la abuela, en los últimos días de su vida, tuvo la ocurrencia de contarme cómo era yo cuando no sabía aún quién era, cuando no tenía aún conciencia de mí misma, ¿lo habías pensado alguna vez? Él hizo un gesto de que no, de que nunca lo había pensado, y dijo: por ejemplo, ¿de cuándo quieres hablarme? De cuando tenías cinco años y en casa se habían resignado a creer que eras algo retrasado, como había dicho la maestra del jardín de infancia, pero a mí la cosa no me convencía, cómo podías ser un niño retrasado si ya sabías escribir tu nombre, te había enseñado el alfabeto y lo habías aprendido en un dos por tres, dibujo las letras en la pizarra, decía la maestra, se las hago repetir, todos las repiten y él se queda callado, una de dos, o es un niño difícil y se niega, o es que realmente no entiende nada. Intuí cuál era el problema de repente, un mes de julio, estábamos en Forte dei Marmi, por la playa pasaba una mujer con un delantal blanco y una cesta al brazo que iba gritando: ¡al rico bollo! Estábamos debajo de la sombrilla, tú querías un bollo y tu padre

iba a llamarla, pero yo te dije: Ferruccio, ve a comprártelo tú solo, ya te doy yo el dinero, ¿te acuerdas? Él no dijo nada, vagó en la memoria. Haz un esfuerzo, dijo ella, intenta atrapar el recuerdo, estabas sentado en un flotador de caucho blanco y negro que te había fabricado tu padre con la cámara de aire de un ciclomotor a la que había pegado un cuello de pato de cartón piedra impermeable que había encontrado en los almacenes donde construían los carros del carnaval, debía de ser uno de los primeros carnavales de Viareggio después del desastre, tú te quedaste abrazado a él toda la mañana pero no te atrevías a meterlo en el agua, ¿te ves ahora? Se vio. Mejor dicho, le pareció verse, vio un niño esmirriado que abrazaba un neumático al que habían pegado un cuello de pato y el niño le decía a su padre: quiero un bollo. Lo veo, tía, creo que ahora sí. Y entonces yo te dije que fueras a comprártelo, susurró ella, tú abandonaste el pato y corriste al encuentro de aquel delantal blanco en la playa, a toda prisa, por temor a que se fuera, un señor imponente que estaba en la orilla para que todos vieran lo elegante que iba con su precioso albornoz blanco te cogió de la mano sin llegar a entender y nos llamó con afectación, y yo le dije a tu padre: el niño de lejos no ve nada, ha confundido a ese señor con la mujer de los bollos, es miopísimo, nada de retrasado, hay que llevarlo al oculista.

Se le vino a la cabeza el vocabulario de la tía. Ella no decía nunca que un juego era divertido, un juego era divertidísimo, y no le había comprado un libro coloreado, sino coloreadísimo, y había que ir a dar un paseo porque aquel día el cielo estaba azulísimo. Pero, entretanto, ella ya había pasado a otro recuerdo, susurrando en el silencio de aquella habitación llena de artilugios por encima de la cama: las bombonas, los tubos de plástico y las agujas que le penetraban en los brazos, después calló y de repente el silencio se volvió pesado, los ruidos de la ciudad llegaban como desde otro planeta a los amplios jardines que aislaban de todo al hospital. Y en aquel silencio él escuchaba la voz que le estaba susurrando al oído, inclinado hacia delante, curiosamente, el dolor de la espalda había cesado y siguiendo aquella voz tan débil estaba navegando en un sí mismo que había perdido, hacia delante y hacia atrás como una cometa que da vueltas sostenida por un hilo, y desde lo alto, desde esa cometa sobre la que estaba sentado, empezó a divisar: un triciclo, la voz de un programa vespertino en la radio, una virgen de la que

todos decían que lloraba, una niña de una familia de «evacuados», con lazos en las trenzas, que saltando sobre un dibujo de tiza trazado en el suelo exclamaba: casilla uno, mi caballo y mi mulo, y otras cosas parecidas, la tía ya estaba hablando a oscuras porque incluso la luz tenue del techo se había apagado, no quedaba más que el resplandor azulado de encima de la cama y la cuchilla de un neón lívido que se filtraba por el resquicio de la puerta. Ella cerró los ojos y calló, parecía exhausta. Él se irguió en la silla y sintió un dolor agudo entre las vértebras, como un alfiler. Se ha quedado dormida, pensó, ahora se ha quedado dormida de verdad. En cambio, ella le rozó la mano y le hizo un gesto para que se acercara otra vez. Ferruccio, oyó que le decía el soplido, ¿te acuerdas de lo hermosa que era Italia?

* * *

Qué presente puede hacerse la noche. Hecha solo de sí misma, es absoluta, todo espacio le pertenece, se impone con su mera presencia, con la misma presencia del fantasma que sabes que está ahí frente a ti, aunque esté por todas partes, incluso a tus espaldas, y si te refugias en un pequeño espacio de luz de él quedarás prisionero, porque a tu alrededor, como un mar que rodea tu pequeño faro, se halla la intransitable presencia de la noche.

Instintivamente se metió la mano en el bolsillo y cogió las llaves del coche. Estaban colgadas de un pequeño artilugio negro del tamaño de una caja de cerillas con dos pulsantes: uno accionaba un puntito de luz roja que abría y cerraba el coche, del otro, un minúsculo ojo con una lente convexa, salía un potente haz de luz fluorescente. Dirigió la luz blanca contra el pavimento. Atravesaba la oscuridad como un láser. Trazando garabatos de luz llegó hasta sus propios zapatos. Qué extraño, no se había percatado de que seguían siendo *esos* zapatos. Italian shoes?, le había preguntado la mujer de la mesa de al lado, mirándolos con interés. Así había empezado, por los zapatos. Cómo no, italian shoes, Madame, farfulló para sus adentros, hechos a mano, piel de primera calidad, y mire el empeine, los zapatos hay que valorarlos sobre todo por el empeine, Madame, toque aquí, meta un dedo, no tenga miedo, no, no me hace cosquillas, do you like? Pero ¿por qué ha de conservar alguien un par de zapatos durante veinte años, por muy italian shoes que

sean?, acaban convirtiéndose en un desecho, los zapatos viejos hay que tirarlos. La cuestión es que me siento cómodo, Madame, siguió farfullando, los llevo porque me siento cómodo, no se haga ilusiones de que estos zuecos zarrapastrosos representen la *madeleine* de sus hermosas pestañas, es que últimamente los pies se me hinchan un poco, sobre todo por la noche, es la circulación, esta discopatía de las narices me ha provocado una estenosis en la arteria de la pierna, los capilares se resienten y me hinchan los pies, Madame.

Levantó con cautela el sutil rayo de luz hacia la pared, como un detective que investigara para buscar huellas en la nada, evitó el espacio de la enferma, su cuerpo sobre todo, deslizando despacio el punto luminoso por encima de la cama, partiendo desde lo alto. Catalogaba. Uno: el saquito de plástico lleno de esa cosa lechosa, con un tubito que bajaba hasta el estómago: el alimento. Dos: a su lado una especie de gotero que terminaba junto a las sábanas. Tres: el oxígeno que hervía sin ruido en el agua y que ahora salía del respirador que ella se había quitado. Cuatro: una botellita blanca, enjaulada boca abajo, con un tubito fino y un dobléz en forma de codo donde las gotas se estampaban una tras otra antes de bajar hacia el brazo con un ritmo inmutable: la morfina. Con ese ritmo, sin variaciones durante todo el día y la noche, los médicos administraban una paz artificial a un cuerpo al que en caso contrario el dolor habría sacudido como una tempestad. Hubiera querido retirar la mirada, pero no fue capaz, como si el ritmo monótono de las gotas le provocara un estado de fascinación, de hipnotismo. Apretó el pequeño pulsante y apagó la luz. Y entonces las oyó, oyó las gotas. Empezaron con un ruido sordo y subterráneo, como si provinieran del suelo o de la pared: clof, clop, clofete, clopete, clof, clop, clofete, clopete. Le llegaron hasta el interior del cráneo, pero sin retumbar, chocaban contra el cerebro pero no tenían eco, cada una de ellas era precisa como un chasquido que golpea y desaparece para dejar sitio inmediatamente al chasquido sucesivo, aparentemente parecido al chasquido anterior, pero en realidad con un timbre distinto, como cuando empieza a llover a orillas de un lago y si aguzas el oído te das cuenta de que hay una variación de sonido entre gota y gota, porque la nube no forma todas las gotas iguales, algunas son más gruesas y otras más pequeñas, es cuestión de aguzar el oído: clof, clop, clofete, clopete, siguiendo ellas también su propia escala

musical, sonaban así, y tras haber llegado en sordina al interior de su cráneo, empezaron a crecer en intensidad hasta tal extremo que las oyó estallar dentro de la cabeza, como si su bóveda craneal no pudiera ya contenerlas, y evadirse después a través de las orejas para deflagrar en el espacio que lo rodeaba, como campanas enloquecidas cuyas ondas sonoras crecieran hasta el espasmo. Y entonces, como por ensalmo, casi como si su cuerpo fuera un imán capaz de atraer las ondas sonoras, sintió que se dirigían hacia él a enjambres, pero no ya hacia el cerebro, hacia las vértebras, hacia un punto preciso, como si sus vértebras fueran el pozo de agua donde el cable del pararrayos descarga el relámpago. Y sintió también que precisamente en ese punto, al apagarse, desgarraban la campana que la noche imponía sobre el mundo, dilacerando su presencia. Los resquicios de las persianas empezaron a palidecer. Era el alba.

* * *

¿Y si jugáramos al juego del si? El recuerdo le llegó como una voz desde la mesa de al lado, como si su tío estuviera escondido allí, detrás del seto que delimitaba la terraza del café. Esta vez era la voz de su tío, y por lo demás, aquel juego se lo había inventado él. ¿Por qué? Porque el juego del si sienta bien a la imaginación, sobre todo en determinados días de lluvia. Por ejemplo, estamos en la playa, o en la montaña, da lo mismo, dado que el niño está malo y le sientan bien el mar o la montaña, depende, en caso contrario una carcoma malvada le roe la rodilla y, por ejemplo, estamos en septiembre, y en septiembre a veces llueve, qué le vamos a hacer, en su casa, si llueve, un niño puede hacer muchas cosas, pero en este veraneo forzado, sobre todo en una casita de alquiler amueblada a la buena de Dios, o peor aún, en una pensión, si llueve llega el aburrimiento, y con él la melancolía. Pero por suerte tenemos el juego del si, de manera que la imaginación se pone a trabajar, y gana el que propone cosas de locos, de locos de atar, madre mía, qué risa, escuchad esta: ¿y si el Papa aterrizara en Pisa?

Pidió un café doble en taza grande. El jardín del hospital se estaba animando: dos jóvenes médicos con batas blancas que charlotaban, una furgoneta en la que estaba escrito suministros sanitarios se puso en marcha,

por el sendero lateral apareció un hombre con un mono azul provisto de una escobilla y un saco de plástico, de vez en cuando se detenía y recogía algunas hojas, algunas colillas. Extendió sobre la mesa la servilleta de papel doblada junto a la taza y la alisó cuidadosamente para poder escribir en ella. En una esquina de la servilleta una marca: Café Honduras. La rodeó con la pluma estilográfica. El papel, poroso, absorbía en parte la tinta, pero aguantaba: podía probar. La primera frase resultaba obligada: ¿y si me fuera a Honduras? Prosiguió numerando las frases. Dos: ¿y si bailara un vals vienés? Tres: ¿y si me fuera a la luna a comerme los buñuelos de Caín? Cuatro: ¿y si Caín nunca hubiera hecho buñuelos? Cinco: ¿y si nos marcháramos con el carguero? Seis: ¿y si el carguero ya se hubiera marchado? Siete: ¿y si con un silbido regresara? Ocho: ¿y si Betta se echara marido? Nueve: ¿y si el gato maltés tocara el piano y cantara en francés?

Leída como un poema, tenía cierta personalidad, tal vez le gustara a esa señora que le había pedido un texto para una antología de poemas infantiles, pero no habría sido honesto, no era para niños, era un *poème zutique*. Pero las poesías *zutiques* les gustan a los niños, lo importante es decir tonterías, si en realidad uno las dice a causa de la melancolía los niños no se dan cuenta. Le llamo por teléfono, se dijo. No le hacía falta el móvil, que por lo demás nunca había tenido: a dos pasos, junto al café, había una cabina telefónica y, sobre la mesa, tentadoras, las monedas del cambio. Desde luego, no resultaría fácil explicarse, era necesario plantear bien el razonamiento, como pretendía para la redacción en clase la profesora, porque si uno plantea bien el razonamiento, está a salvo, incluso si no se expresa bien. Tal vez, antes de entrar en el tema, haría falta un código, algo que señalara la complicidad de otros tiempos, algo así como la consigna, como cuando los centinelas se dan el relevo en la trinchera. A las cuatro salta el gato, a las cinco doy un brinco. Seguro que lo entendería. Y después le diría: sé perfectamente que no se despierta a nadie a estas horas después de no haber llamado en tres años, pero la cuestión es que en cierto sentido me he echado al monte. A las cuatro salta el gato, a las cinco doy un brinco. Prosiguió: se me había metido en la cabeza el escribir una gruesa novela, por decirlo así, esa novela que todo el mundo espera, antes o después, el editor, los críticos, porque claro, dicen, los cuentos son espléndidos, y también esos dos libros de divagaciones, y hasta el falso

diario es un texto de primer orden, no cabe duda, pero ¿y esa novela?, ¿cuándo nos escribe una auténtica novela?, están todos obsesionados con la novela, de manera que me había obsesionado yo también, y para escribir la novela que todo el mundo quiere de ti, que será tu obra maestra, ya comprenderás que hace falta la atmósfera adecuada y el lugar adecuado, y el lugar adecuado hay que ir a buscarlo quién sabe dónde, porque donde uno se halla no es nunca el lugar adecuado, de modo que me había echado al monte para buscar el lugar adecuado para escribir mi obra maestra, no sé si me explico. A las cuatro salta el gato, a las cinco doy un brinco. Ingrid está en Göteborg, ha ido a ver a nuestra hija, no sé si sabes que se casó en Göteborg, volvió a las raíces maternas, lo cierto es que está mejor allí que aquí en torno a una moribunda, pero eso ya te lo explicaré después, o mejor dicho, te lo explico enseguida, estoy en el terruño, en el hospital de mi ciudad, no, no, yo estoy estupendamente, claro que me gustaría verte, voy al grano porque mi llamada no es otra cosa más que el eseose de un marconista que había apagado la radio, pero no es que haya una tormenta a mi alrededor, si acaso hay una bonanza increíble, sin líneas de sombra ni tan siquiera que cruzar, ya las han cruzado hace tiempo, más bien lo que había era un banco de arena en el que la quilla se había encallado. A las cuatro salta el gato, a las cinco doy un brinco. Se está muriendo mi tía, dicho sea *en passant*. La mía, no la tuya, tenemos una madre cada uno, y nuestro padre no tenía hermanas, de modo que la tía es la mía, pero no es eso por lo que te llamo, es que en realidad quería leerte un fragmento al menos de la novela que he escrito en estos tres años de silencio para que te hagas una idea del tesón que he puesto en ella, estoy seguro de que entenderás por qué no he vuelto a dar noticias, ¿estás listo? Dice así: ¿y si me fuera a Honduras? ¿Y si bailara un vals vienés? ¿Y si me fuera a la luna a comerme los buñuelos de Caín? ¿Y si Caín nunca hubiera hecho buñuelos? ¿Y si nos marcháramos con el carguero? ¿Y si el carguero ya se hubiera marchado? ¿Y si con un silbido regresara? ¿Y si Betta se echara marido? ¿Y si el gato maltés tocara el piano y cantara en francés? Me ha costado un ojo de la cara, ¿te gusta?

* * *

Estaba allí, con una moneda en la mano, mirando la cabina telefónica, entre el dicho y el hecho, que hay un largo trecho, y el dicho era: escucha, he vuelto, estoy aquí en el hospital, no, yo estoy estupendamente, o mejor dicho, estupendamente no estoy, es que estos tres años se han apretujado los unos sobre los otros como si fueran un solo día, mejor dicho, una sola noche, ya sé que no me explico bien, intentaré explicarme mejor, piensa en las botellas de plástico, las del agua mineral, la botella tiene sentido mientras está llena de agua, pero cuando te la has bebido puedes estrujarla y tirarla, pues eso es lo que me ha ocurrido, se me ha estrujado el tiempo, y también las vértebras un poco, si es que puede decirse así, ya sé que salto de una cosa a otra pero no soy capaz de expresarme mejor, ten un poco de paciencia. Y mientras pensaba en lo que a él le parecía una explicación notó que no muy lejos del café había un pabellón bajo de cuya puerta de cristal, que acababa de abrirse como accionada desde dentro, salía una enfermera vestida de blanco que empujaba una silla de ruedas. Y sobre la puerta, que volvió a cerrarse a sus espaldas, había un cartel amarillo con tres paletas como un ventilador. La enfermera avanzaba despacio porque desde el pabellón al café el sendero del jardín discurría ligeramente cuesta arriba, y en la silla de ruedas había un niño, o por lo menos de lejos le pareció un niño porque no tenía pelo, pero a medida que se acercaban comprendió que era una niña. Los rasgos de la cara, aunque fuera una cara joven, no eran masculinos, porque la diferencia ya se nota perfectamente a los diez o doce años, que esa, a ojo de buen cubero, parecía la edad de aquel niño, es decir, de aquella niña, y también la voz era ya femenina, porque a esa edad las cuerdas vocales ya están bien diferenciadas, y hablaba con la anciana enfermera que conducía la silla de ruedas, pero desde allí no conseguía distinguir lo que estaban diciéndose, captaba únicamente el sonido de las voces. Se había levantado con la moneda en la mano para encaminarse hacia el teléfono, mejor dicho, casi se había levantado, porque se había quedado a medio camino, igual que le había ocurrido el día anterior al bajar de la cama, la habitual cuchilla de afeitar que había vuelto a penetrarle en la espalda, traspasándolo hasta el bajo vientre. Permaneció así, como esa figura de Pontormo que tanto le gustaba que lleva en su rostro el asombro del dolor, casi como si fuera él quien llevara la cruz y no el encargado de tamaña tarea. Las voces de las dos seguían siendo

demasiado tenues para ser descifradas, pero eran alegres, eso lo comprendió por el tono, parecían un gorjeo, como el de unos pajarillos que se cuentan algo, él cerró los ojos y el gorjeo se convirtió en un gañido porque pensó más bien en unos ratoncitos que se hablaban en la jaula, esos ratoncitos blancos con los que los científicos hacen sus experimentos, eran dos cobayas para la ciencia de la llamada vida, que es la ciencia más tormentosa de todas, una la estaba padeciendo precozmente, la otra, la anciana, había resistido a los experimentos, y proseguía. Callaron, tal vez porque a la que empujaba la silla de ruedas le estaba costando y la niña no quería cansarla, pero nada más superar la joroba del sendero, la niña reemprendió la charla, y estaba contestando sin duda a algo que le había dicho la enfermera, por el tono de su voz se notaba que la suya era una afirmación, una solemne afirmación que nadie podía desmentir. Tenía una voz jubilosa, llena de vida, como cuando la vida, a través de la voz, se afirma a sí misma, testaruda. La niña repitió la frase justo cuando pasaban a su lado, y mientras hablaba se iluminó con una amplia sonrisa: pero si eso es lo más bonito del mundo. ¡Pero si eso es lo más bonito del mundo!

El sendero seguía cuesta abajo hasta una clínica que se hallaba en medio del parque. Habían dejado de hablar, pero seguía oyendo el ruido de las ruedas de la silla sobre la grava. Hubiera querido darse la vuelta, pero no fue capaz. Lo más bonito del mundo. Lo había dicho una niña calva en una silla de ruedas empujada por una enfermera. Ella sabía lo que era lo más bonito del mundo. Él, por el contrario, no lo sabía. ¿Cómo era posible que a su edad, con todo lo que había visto y conocido, no supiera aún qué era lo más bonito del mundo?

NUBES

–Te pasas todo el día aquí a la sombra –dijo la chica–, ¿es que no te gusta bañarte?

El hombre hizo un vago gesto con la cabeza que tanto podía querer decir que sí como que no, pero no dijo nada.

–¿Puedo tutearte? –preguntó la chica.

–Si no me equivoco, ya me estás tuteando –dijo el hombre sonriendo.

–En mi clase tuteamos incluso a las personas mayores –dijo la chica–, algunos profesores nos lo permiten, pero mis padres me lo tienen prohibido, dicen que es de mala educación, ¿usted qué cree?

–Creo que tienen razón –contestó el hombre–, pero puedes tutearme, no se lo diré a nadie.

–¿No te gusta bañarte? –preguntó ella–, yo lo encuentro singular.

–¿Singular? –repitió el hombre.

–Mi profesora nos ha explicado que no puede usarse chulísimo para todo, que en algunos casos puede decirse singular, en realidad quería decir chulísimo, a mí, bañarme en esta playa me parece singular.

–Ah –dijo el hombre–, estoy de acuerdo, yo también creo que es chulísimo, yo diría que hasta singular.

–Tomar el sol también es chulísimo –continuó la chica–, los primeros días tuve que ponerme protección cuarenta, después pasé a la de veinte, y ahora puedo usar el bronceador efecto dorado, ese que hace que la piel reluzca como si tuviera pajitas doradas, ¿lo ve?, pero ¿por qué está usted tan blanco?, lleva aquí una semana y siempre está debajo de la sombrilla, ¿es que tampoco le gusta el sol?

–Me parece chulísimo –dijo el hombre–, te lo aseguro, yo creo que tomar el sol es chulísimo.

–¿Es que tiene miedo a quemarse? –preguntó la chica.

–¿Tú qué crees? –contestó el hombre.

–Yo creo que usted tiene miedo a quemarse, pero si uno no empieza poco a poco, no se pone moreno nunca.

–Es cierto –confirmó el hombre–, me parece lógico, pero ¿tú crees que es obligatorio ponerse moreno?

La chica reflexionó.

–Obligatorio, lo que se dice obligatorio, no es, nada es obligatorio, aparte de las cosas obligatorias, pero si uno viene a la playa, no se baña y no se pone moreno, ¿para qué viene a la playa?

–¿Sabes una cosa? –dijo el hombre–, eres una chica lógica, tienes el don de la lógica, y eso es chulísimo, yo creo que hoy en día el mundo ha perdido la lógica, es un auténtico placer conocer a una chica con lógica, ¿me concedes el honor de una presentación formal?, ¿cómo te llamas?

–Me llamo Isabella, pero mis amigos íntimos me llaman Isabel, pero con el acento en la e, no como los italianos, que dicen Ísabel con el acento en la i.

–¿Por qué, es que no eres italiana? –preguntó el hombre.

–Claro que soy italiana –objetó ella–, italianísima, pero el nombre que usan mis amigos es importante, porque en televisión dicen siempre Mánuel o Sebástian, yo soy italianísima como usted y quizá más que usted, pero me gustan los idiomas y me sé incluso de memoria el himno nacional entero, este año el presidente de la República vino de visita a nuestro colegio y nos habló de la importancia del himno de Mameli, que es nuestra identidad italiana, con la cantidad de tiempo que ha hecho falta para construir la unidad de nuestro país, a mí por ejemplo ese señor de la política que quiere abolir el himno de Mameli no me gusta.

El hombre no dijo nada, tenía los párpados entornados, la luz era intensa y el azul del mar se confundía con el del cielo, como si hubiera engullido la línea del horizonte.

–Quizá no sepa a quién me refiero –dijo la chica rompiendo el silencio.

El hombre no habló, la chica pareció vacilar, hacía garabatos con un dedo en la arena.

–A ver si va a ser usted de su partido –prosiguió después como para infundirse valor–, en casa me han enseñado que hay que respetar siempre las opiniones ajenas, pero a mí la opinión de ese señor no me gusta, no sé si me explico.

–Perfectamente –dijo el hombre–, hay que respetar las opiniones ajenas

pero no faltar al respeto a las propias, sobre todo no faltar al respeto a las propias, ¿y por qué no te gusta ese señor?

–Bueno, verá... –Isabella parecía vacilar–. Aparte del hecho de que cuando habla en televisión le viene una espumilla blanca en las comisuras de la boca, pero eso podría dar igual, es que dice un montón de palabrotas, se las he oído con mis propios oídos, y si las dice él me pregunto por qué cuando las digo yo me regañan, pero por suerte el presidente de la República es más importante que él, si no, no sería presidente de la República, y él nos explicó que el himno de Mameli hay que respetarlo y cantarlo como lo canta la selección en los campeonatos del mundo, con la mano en el corazón, en el colegio lo cantamos junto al presidente, nosotros lo leíamos en las fotocopias que nos había repartido la profesora pero él no lo leía, se lo sabía de memoria, a mí me parece chulísimo, ¿no cree usted?

–Prácticamente singular –confirmó el hombre.

Rebuscó en la bolsa que tenía al lado de la tumbona, cogió un frasco de cristal y se metió en la boca una pastilla blanca.

–¿Hablo demasiado? –preguntó ella–, en casa me dicen que hablo demasiado y acabo por molestar a las personas, ¿le estoy molestando?

–En absoluto –contestó el hombre–, lo que dices me parece incluso singular, sigue, por favor.

–Y después el presidente nos dio una clase de historia, porque, como usted sabrá, la historia moderna no se estudia en clase, al acabar el colegio los mejores profesores consiguen llegar hasta la Primera Guerra Mundial, pero lo normal es quedarse en Garibaldi y en la unidad de Italia, nosotros, en cambio, hemos aprendido un montón de cosas modernas, porque la profesora ha sido muy buena, pero el mérito es del presidente, porque es él quien dio el input.

–¿Qué dices que os dio? –preguntó el hombre.

–Se dice así –le explicó Isabella–, es una palabra nueva, quiere decir uno que empieza y arrastra a los demás, si quiere le repito lo que he aprendido, es de verdad un montón de cosas que poca gente sabe, ¿te las digo?

El hombre no contestó, tenía los ojos cerrados y estaba completamente inmóvil.

–¿Se ha quedado dormido? –Isabella adoptó un tono tímido, como lamentándolo–. Discúlpeme, quizá haya hecho que le entre sueño a fuerza de

charloteo, esa es otra razón por la que mis padres no quieren comprarme un móvil, dicen que les llegarían unas facturas astronómicas con todo lo que hablo, sabe, en nuestra casa no podemos permitirnos gastos superfluos, mi padre es arquitecto pero trabaja para el ayuntamiento, y cuando uno trabaja para el ayuntamiento...

–Tu padre es un hombre con suerte –dijo él sin abrir los ojos.

Ahora hablaba en voz baja, como si susurrara.

–Sea como sea –prosiguió–, la profesión de construir casas es preciosa, mucho mejor que la profesión de destruirlas.

Isabella dio un gritito de sorpresa.

–Dios mío –exclamó–, ¿es que existe también la profesión de destruir casas?, no lo sabía, eso no nos lo han enseñado en el colegio.

–Bueno –dijo el hombre–, no es que sea exactamente una profesión, también puede aprenderse de manera teórica, como en la academia militar, pero al final llega un momento en el que determinados conocimientos hay que llevarlos a la práctica, y a fin de cuentas el objetivo es ese, destruir casas.

–¿Y usted cómo lo sabe? –preguntó Isabella.

–Lo sé porque soy un militar –contestó el hombre–, o mejor dicho, lo era, ahora estoy jubilado, por decirlo así.

–Pero, entonces, ¿usted destruía casas!

–¿No me estabas tuteando? –replicó el hombre.

Isabella no contestó de inmediato.

–Es que soy algo tímida de carácter aunque no lo parezca porque hablo demasiado, le estaba preguntando si antes tú también destruías casas.

–Personalmente no –dijo el hombre–, y tampoco mis soldados, para ser sincero, la mía era una misión bélica de paz, es un poco complicado de explicar, sobre todo en un día como este, pero me gustaría decirte una cosa, Isabel, que quizá no te hayan dicho en el colegio, en el fondo en el fondo la historia se resume en lo siguiente: hay hombres, como tu padre, que como profesión construyen casas y hombres de mi oficio que esas casas las destruyen, y así funciona la cosa desde hace siglos y siglos, hay quienes construyen casas y hay quienes las destruyen, construir, destruir, construir, destruir, es un poco aburrido, ¿no te parece?

–Aburridísimo –contestó Isabella–, realmente aburrido, si no fuera por los

ideales, menos mal que hay ideales.

–Desde luego –confirmó el hombre–, menos mal que en la historia hay ideales, ¿eso te lo ha dicho el presidente o la profesora?

Isabella pareció reflexionar.

–Ahora mismo no sé bien quién me lo explicó.

–Quizá fuera el presidente quien diera el input –dijo el hombre–, ¿y qué sabes decirme de los ideales?

–Que son todos respetables si uno tiene fe en ellos –contestó Isabella–, por ejemplo en el de la patria, después puede ser que uno se equivoque porque es joven, pero si va de buena fe su ideal es válido.

–Ah –dijo el hombre–, eso es algo sobre lo que debo reflexionar, pero no creo que sea el día más adecuado, hoy hace mucho calor y el mar parece tan apetecible.

–Pues date un baño –lo provocó ella.

–No es que tenga muchas ganas –contestó el hombre.

–Eso es porque no estás motivado –dijo Isabella–, yo creo que lo tuyo es estrés, no puedes ni imaginarte el efecto negativo del estrés en nuestro espíritu, lo he leído en un libro que mi madre tiene en la mesilla, ¿quieres que vaya a buscarte algo al bar del hotel, algo para combatir el estrés?, siempre que no sea una Coca-Cola, a eso me niego.

–Eso tienes que explicármelo, no te queda más remedio –dijo el hombre.

–Pues porque la Coca-Cola y el McDonald's son la perdición de la humanidad –dijo Isabella–, lo sabe todo el mundo, en mi colegio lo saben hasta los bedeles.

El hombre rebuscó en la bolsa y cogió otra pastilla.

–¡Cuántas cosas te tomas! –exclamó Isabella.

–Tengo una tabla horaria –dijo el hombre–, me lo impone la receta médica.

–Yo creo que todas esas pastillas te hacen daño –afirmó ella con convicción–, los italianos consumen un montón de pastillas, lo han dicho incluso por televisión, cuando en cambio lo importante es sintonizar nuestro espíritu con las fuerzas positivas que hay en el universo, por eso algunos alimentos y algunas bebidas hay que evitarlas, porque transmiten energía negativa, no son naturales, no sé si me explico.

–Isabel, ¿puedo decirte una cosa en confianza?

El hombre se pasó un pañuelo por la frente. Estaba sudando.

–La Coca-Cola y el McDonald’s no han llevado nunca a nadie a Auschwitz, a esos campos de exterminio de los que te habrán hablado en el colegio, los ideales, en cambio, sí; ¿se te había ocurrido alguna vez, Isabel?

–Pero esos eran nazis –objetó Isabella–, gente horrible.

–Perfectamente de acuerdo –dijo el hombre–, los nazis eran gente realmente horrible, pero también ellos tenían sus ideales e hicieron la guerra para imponerlos, desde nuestro punto de vista era un ideal perverso, pero desde el suyo no, y tenían una gran fe en esos ideales, hay que estar atentos con eso de los ideales, ¿qué te parece, Isabel?

–Tengo que pensarlo –contestó la chica–, quizá lo piense mientras como, son las doce y media, dentro de poco sirven la comida, ¿tú no vienes?

–Probablemente no –dijo el hombre–, hoy no tengo excesivo apetito.

–Perdona si me repito, pero yo creo que tomas demasiadas medicinas, haces lo mismo que todos los italianos que toman demasiadas medicinas.

–Pero, bueno, ¿tú eres italiana o no lo eres? –insistió el hombre.

–Ya me lo has preguntado y ya te he contestado –replicó molesta Isabella–, soy italianísima, tal vez incluso más que tú, en cualquier caso, si no vienes a comer tú te lo pierdes, hoy hay buffet en el hotel y, después de las muchas cosas croatas que nos han dado, nos ofrecen por fin *fettuccine all’arrabiata*, a decir verdad en la hojita del menú lo que está escrito es *fetucine all’arrabiatta*, pero deben de ser las nuestras, algunas veces en el extranjero hay que disculpar los errores de ortografía, pero perdona, por qué te tomas tantas pastillas, ¿no serás un niño mimado de esos que van a la discoteca?

El hombre no contestó.

–Venga, dímelo –insistió Isabella–, no se lo diré a nadie.

–Seré sincero –dijo el hombre–, no soy un niño mimado de discoteca, me las ha mandado el médico, son pastillas legales, me quitan un poco el apetito, eso es todo.

–También te hacen vomitar –dijo Isabella–, me he dado cuenta, ayer viniste a comer y en determinado momento te levantaste y te fuiste corriendo al baño y cuando volviste estabas tan blanco como un cadáver, yo creo que te fuiste a vomitar.

–Has acertado de pleno –dijo el hombre–, eso fue lo que hice, ir a vomitar,

es el efecto de las pastillas.

–¿Y entonces por qué te las tomas?, no te las tomes –concluyó ella.

–Razonamiento lógico, es que por una parte me sientan bien pero por otra me sientan mal, tal vez las pastillas sean en cierto modo como los ideales, depende de quién se vea obligado a tomarlas, yo no se las impongo a los demás, no le hago daño a nadie.

La muchachita seguía haciendo garabatos en la arena.

–No lo entiendo –dijo–, a veces es difícil entenderos a vosotros los adultos.

–Es que los adultos somos estúpidos –dijo el hombre–, a menudo somos estúpidos, en todo caso a veces ocurre que uno debe realmente tomarse pastillas, independientemente del hecho de que uno sea italiano o no, pero tú, Isabel, que dices ser italianísima, ¿me dices dónde naciste?, oye, no es que sea algo fundamental, yo por ejemplo nací en un pueblo que ya no existe en los mapas porque ahora lo llaman de otra forma, pero soy italiano, hasta el punto de que soy, o mejor dicho era, un capitán del ejército italiano, y para ser un capitán del ejército italiano no puedes ser extranjero, ¿no te parece lógico?

Isabella asintió.

–¿Y dónde naciste? –preguntó.

–En un condado que han inventado ahora, ¿sabes quién es Walt Disney?

A Isabella le brillaron los ojos.

–Cuando era niña vi todas sus películas.

–Pues eso, es un lugar así –prosiguió el hombre–, un lugar de fábula, todo de cristal, un cristal que no es más que vulgar vidrio, desde un punto de vista real está en el norte de Italia, del mismo modo que la Toscana está en el centro de Italia y Sicilia en el sur de Italia, pero la geografía se ha vuelto ya una cosa secundaria y también la historia, de la cultura es mejor ni hablar, lo que hoy cuenta es la fabulación, pero dado que los adultos además de estúpidos son también complicados, no quiero seguir haciéndome el complicado, vayamos al grano, la pregunta te la he hecho yo antes, ¿tú dónde naciste?

–Nací en una pequeña aldea del Perú –dijo Isabella–, pero me hice italiana prontísimo, en cuanto mis padres me adoptaron, por eso me siento tan italiana como tú.

–Isabel –dijo el hombre–, sinceridad por sinceridad, ya me había dado cuenta de que no eres aria como yo, por lo demás, yo soy tan blanco que parezco un muerto, tú misma lo has dicho, tú en cambio eres algo más oscurilla, es decir, no eres de pura raza aria.

–¿Y eso qué es? –preguntó la muchachita.

–Es una raza inexistente –contestó el hombre–, se la inventaron unos falsos científicos, pero verás, si la Guerra Mundial la hubieran ganado quienes tenían ideales de esa clase, tú ahora no estarías aquí, es más, quizá no estarías en absoluto.

–¿Por qué? –preguntó Isabella.

–Porque los que no fueran de raza aria no tendrían derecho a existir, querida Isabel, y a las personas con la piel algo más oscurilla como la tuya, que tiene un color realmente precioso, sobre todo ahora que tienes el bronceador dorado, las habrían...

–¿Qué les habrían hecho? –preguntó ella.

–Dejémoslo correr –dijo el hombre–, es un asunto algo complicado y en un día como este no merece la pena complicarnos la vida, ¿por qué no te das un buen chapuzón antes de ir a comer?

–También puedo bañarme más tarde –contestó Isabella–, ahora se me han pasado las ganas a mí también y además, perdona, en cuanto te vi la semana pasada, siempre aquí debajo de la sombrilla leyendo, se me ocurrió que tú serías capaz de explicarme ciertas cosas que no había entendido, pensaba que la tuya sería una conversación interesante de esas que resulta difícil mantener con los mayores, y en cambio es incluso peor que antes, hace media hora que estamos hablando y con toda sinceridad me pareces un pelín fuera de onda, que si pueblos inexistentes, que si unos destruyen las casas, tú que te dedicabas a la guerra pero te dedicabas a la paz, yo creo que tienes una gran confusión en la cabeza, y además no he entendido dónde ejercías eso que llamas tu profesión.

–Consistía en mirar a quienes se dedicaban a destruirse las casas unos a los otros –contestó el hombre–, era esa la misión bélica de paz, y eso sucedía precisamente aquí.

–¿En esta playa? –preguntó Isabella–, perdona, pero no me parece posible, no te ofendas.

El hombre no contestó. Isabella se levantó, se había puesto las manos en las caderas y miraba el mar, estaba delgada y su silueta se recortaba contra la luz violenta del mediodía.

–Yo creo que dices cosas de esas porque no comes –dijo con una voz ligeramente alterada–, no comer hace que uno diga cosas extrañas, estás desvariando, perdona que te lo diga, aquí hay un hotel de primera categoría, es carísimo porque he visto los precios, no puedes ir diciendo cosas así porque se te ha aflojado alguna tuerca, tú no comes, no tomas el sol, no te bañas, yo creo que tienes algún problema, tal vez te haga falta meterte algo entre los dientes o beberte un buen batido de fruta, si quieres puedo ir a buscarte uno.

–Si fueras tan amable preferiría una Coca-Cola –dijo el hombre–, me quita la sed.

–Claro que quiero ser amable –afirmó Isabella–, eres tú el que no es amable, antes tienes que explicarme por qué has venido de vacaciones precisamente aquí si hubo una guerra y se destruían las casas y tú estabas aquí mirando, aunque vete a saber si es verdad todo eso.

–Así era, solo que entonces nadie quería saberlo, ni tampoco ahora, verás, a la gente no le gusta saber que en los lugares de vacaciones hubo antes una guerra, porque si lo piensan se les amargan las vacaciones, ¿entiendes la lógica?

–¿Y entonces por qué has venido tú?, la mía es una pregunta lógica, si me lo permites.

–Digamos que es el descanso del guerrero –dijo el hombre–, aunque el guerrero no hiciera la guerra en el fondo era un guerrero, y el guerrero debe hallar su descanso donde antes estuvo la guerra, es un clásico.

Isabella parecía reflexionar. Se había arrodillado en la arena, la mitad de su cuerpo estaba al sol y la otra mitad a la sombra, su delgado cuerpo infantil llevaba un bikini al que no le hubiera hecho falta la parte superior, sus hombros delgados empezaron a agitarse como si estuviera llorando, aunque no llorara, parecía que hubiera cogido frío, tenía las manos hundidas en la arena y el rostro pegado a las rodillas.

–No te preocupes –murmuró–, cuando hago esto todo el mundo se preocupa, es solo una pequeña crisis propia de la edad evolutiva, es que tengo

los problemas de la edad evolutiva, lo ha dicho el psicólogo, no sé si lo entiendes.

–Tal vez si levantas la cara te entienda mejor –dijo el hombre–, no te oigo bien.

La chica levantó la cabeza, tenía el rostro colorado y los ojos húmedos.

–¿A ti te gusta la guerra? –susurró.

–No –dijo él–, no me gusta, ¿y a ti?

–¿Y entonces por qué la hacías? –preguntó Isabella.

–Ya te he dicho que no la hacía, asistía a ella, pero yo también te he hecho una pregunta, ¿a ti te gusta?

–La odio –exclamó Isabella–, yo la odio, pero tú hablas como todos los mayores y haces que me vengan las crisis de la edad evolutiva, porque el año pasado yo no tenía crisis de la edad evolutiva, pero después en el colegio nos explicaron las distintas clases de guerras, las malas y las buenas, y nosotros tuvimos que hacer nada menos que tres redacciones sobre el tema y a continuación me entraron las crisis de la edad evolutiva.

–Tienes todo el tiempo que quieras para explicarte –dijo el hombre–, cuéntamelo con calma, total los *fettuccine all'arrabbiata* te los mantendrán calientes bajo las lámparas halógenas, ni siquiera te he preguntado a qué curso vas.

–He terminado la primaria –dijo Isabella–, pero después del primer ciclo iré al instituto, así estudiaré también griego.

–Magnífico –dijo el hombre–, pero ¿qué tiene que ver eso con tus crisis?

–Tal vez nada –dijo Isabella–, es que durante el curso estudiamos a César y también un poco de Heródoto, pero sobre todo si la guerra puede servir para la paz, ese ha sido el tema de historia, no sé si me explico.

–Intenta explicarte mejor.

–Pues que a veces es necesaria, por desgracia –dijo ella–, la guerra sirve a veces para llevar la justicia a los países donde no existe, pero un día llegaron dos niños de ese país al que están llevando la justicia y los ingresaron en el hospital de nuestra ciudad, y la encargada de llevarles golosinas y fruta fue mi clase, es decir, yo, con Simone y Samantha, los mejores, no sé si me explico.

–Continúa –dijo el hombre.

–Mohamed tiene más o menos mi edad y su hermana es más pequeña, aunque no me acuerdo de su nombre, pero cuando entramos en la habitacioncita del hospital es que Mohamed no tenía brazos y su hermanita...

Isabella se interrumpió.

–El rostro de su hermanita... –murmuró–, me da miedo que si te lo cuento me vuelva a entrar otra crisis de la edad evolutiva, quien estaba con ellos era su abuela porque su padre y su madre murieron bajo la bomba que les destruyó la casa, así que a mí se me cayó la bandeja con los kiwis y el tiramisú, me eché a llorar y después me entraron las crisis de la edad evolutiva.

El hombre no dijo nada.

–¿Por qué no dices nada?, te pareces al psicólogo que se queda escuchándome y no dice nunca nada, dime algo.

–Yo creo que no deberías preocuparte demasiado –dijo el hombre–, crisis de la edad evolutiva las tenemos todos, cada uno a su manera.

–¿Tú también?

–Te lo puedo garantizar –dijo él–, a pesar de la opinión de los médicos, creo estar en plena crisis de la edad evolutiva.

Isabella lo miró. Por fin se había sentado con las piernas cruzadas, parecía más relajada y ya no tenía las manos hundidas en la arena.

–Estás de broma –dijo.

–En absoluto –contestó él.

–Pero ¿cuántos años tienes?

–Cuarenta y cinco –contestó el hombre.

–Igual que mi padre, es tarde para tener crisis de la edad evolutiva.

–Ni lo sueñes –objetó el hombre–, la edad evolutiva no acaba nunca, en la vida no hacemos otra cosa más que transmutar.

–Transmutar es un verbo que no existe –dijo Isabella–, se dice evolucionar.

–Muy bien, aunque en el idioma antiguo sí que exista, y de hecho, todos, al transmutar, tenemos nuestras crisis, también tu padre y tu madre tienen las suyas.

–¿Y tú cómo lo sabes?

–Ayer oí a tu madre hablando por el móvil con tu padre –dijo el hombre–,

era fácil darse cuenta de que están en plena crisis de la edad evolutiva.

–Eres un espion –exclamó Isabella–, no se escuchan las conversaciones ajenas.

–Perdona –dijo el hombre–, tu sombrilla está a tres metros de la mía y tu madre hablaba como si estuviera en su casa, ¿qué querías, que me tapara los oídos?

Los hombros de Isabella se vieron sacudidos de nuevo por un escalofrío.

–Es que ya no viven juntos –dijo–, así que mi custodia se la dieron a mamá, y la de Francesco a papá, uno a cada uno es lo justo, dijo el juez, Francesco nació cuando ya no se lo esperaban, pero yo le quiero como no quiero a nadie y por la noche me entran ganas de llorar, aunque también mamá llora de noche, la oigo, y ¿sabes por qué?, porque entre ella y papá hay disparidades existenciales, eso dijeron, ¿a ti te dice algo?

–Pues claro que sí –dijo el hombre–, es una cosa normal, las disparidades existenciales son cosas que le pasan a todo el mundo, no te lo tomes así.

Isabella tenía de nuevo las manos en la arena, pero había adoptado un aire casi travieso, soltó una breve carcajada.

–Tú eres un listillo –dijo–, no me has dicho aún por qué te pasas todo el día debajo de la sombrilla, de mí ya lo sabes todo y de ti no hablas, pero ¿para qué has venido a la playa si te pasas el día en la arena tomando pastillas, qué es lo que haces?

–Bueno –dijo él–, por decirlo de forma sencilla estoy esperando los efectos del uranio empobrecido, y para esperarlos hace falta paciencia.

–¿Y eso qué es? –preguntó Isabella.

–Es largo de explicar, los efectos son efectos y para entender los resultados no queda más remedio que esperar.

–¿Y tienes que esperar mucho?

–Ya no mucho, supongo, un mesecillo, tal vez menos incluso.

–Y, mientras tanto, ¿qué haces todo el día debajo de la sombrilla?, ¿no te aburres?

–En absoluto –dijo el hombre–, ejercito el arte de la nefelomancia.

La chica abrió los ojos de par en par, hizo una mueca y sonrió después. Era la primera vez que sonreía de verdad, mostrando sus pequeños dientes blancos sobre los que se deslizaba un hilo de plomo.

–¿Es un invento nuevo?

–Oh, no –dijo él–, es una cosa muy antigua, fíjate que ya habla de ello Estrabón, porque atañe a la geografía, pero a Estrabón no lo estudiarás hasta el instituto, a tu edad como mucho se estudia un poco de Heródoto como has hecho tú este año con la profesora de geografía, la geografía es una cosa muy antigua, querida Isabel, existe desde siempre.

Isabella lo miraba titubeante.

–¿Y en qué consiste eso que has dicho..., cómo se llama?

–Nefelomancia –contestó el hombre–, es una palabra griega, *neféle* quiere decir nube, y *manteía* adivinación, la nefelomancia es el arte de adivinar el futuro observando las nubes, o mejor dicho, la forma de las nubes, porque en esta clase de arte la forma es la sustancia, y por eso he venido de vacaciones a esta playa, porque un amigo mío de la aeronáutica militar especializado en meteorología me ha asegurado que en el Mediterráneo no hay otra costa como esta, donde las nubes se forman en el horizonte en un instante. Y así como se han formado, en un instante se disipan, y es precisamente en ese instante cuando un auténtico nefelomante debe ejercer su propio arte, para comprender lo que predice la forma de determinada nube antes de que el viento la disuelva, antes de que se transforme en aire transparente y se convierta en cielo.

Isabella se había puesto en pie, se sacudía mecánicamente la arena de sus piernecillas delgadas. Se arregló el pelo y echó al hombre una ojeada de escepticismo, pero su mirada estaba también llena de curiosidad.

–Te pongo un ejemplo –dijo el hombre–, siéntate en esa tumbona al lado de la mía, para estudiar las nubes en el horizonte antes de que se desvanezcan hay que permanecer sentados y concentrarse bien.

Señaló con el dedo en dirección al mar.

–¿Ves aquella nubecilla blanca, allá arriba?, sigue mi dedo, más a la derecha, cerca del promontorio.

–Ya la veo –dijo Isabella.

Era un pequeño copo que rodaba por el aire, lejanísimo, en el cielo de esmalte.

–Obsérvala bien –dijo el hombre–, y reflexiona, para la nefelomancia hace

falta una intuición rápida pero la reflexión es indispensable, no la pierdas de vista.

Isabella se puso la mano sobre la frente, a modo de visera. El hombre se encendió un cigarrillo.

–Fumar no es bueno para la salud –dijo Isabella.

–No te preocupes por lo que hago yo, concéntrate en la nube, en este mundo hay un montón de cosas que no son buenas para la salud.

–Se ha abierto por los lados –exclamó Isabella–, como si hubiera desplegado las alas.

–Mariposa –dijo el hombre con competencia–, y la mariposa tiene un solo significado, no cabe duda.

–¿Y cuál es? –preguntó Isabella.

–Las personas que tienen disparidades existenciales dejarán de tenerlas, las personas que están separadas se reunirán de nuevo y sus vidas serán tan graciosas como el vuelo de una mariposa, Estrabón, página veintiséis del libro principal.

–¿Qué libro es? –preguntó Isabella.

–El libro principal de Estrabón –dijo el hombre–, ese es su título, por desgracia nunca ha sido traducido a ninguna lengua moderna, se estudia el último año de universidad porque solo puede leerse en griego antiguo.

–¿Y por qué no lo han traducido nunca?

–Porque las lenguas modernas tienen demasiadas prisas –contestó el hombre–, con la prisa por comunicar se vuelven sintéticas y al hacer eso pierden el análisis, un ejemplo, el griego antiguo en la declinación de los verbos tiene el dual, nosotros solo tenemos el plural, y cuando nosotros decimos nosotros, en este caso tú y yo, también puede significar muchas personas, pero los antiguos griegos, que eran muy exactos, si lo que fuera lo estábamos haciendo o diciendo solo tú y yo, que somos dos, usaban el dual. Por ejemplo, la nefelomancia de aquella nube la estamos haciendo solo tú y yo, la sabemos solo nosotros, y para eso ellos tenían el dual.

–Chulísimo –dijo Isabella, y soltó un gritito llevándose una mano a la boca–, ¡mira hacia ese otro lado, hacia ese otro lado!

–Es un cirro –especificó el hombre–, un precioso cirro niño que dentro de poco será engullido por el cielo, las personas comunes podrían confundirlo

con un nimbo, pero un cirro es un cirro, lo siento mucho por ellos, y la forma de un cirro no puede tener otro significado que no sea el propio, que otras nubes no tienen.

–¿Y cuál es? –preguntó Isabella.

–Depende de la forma –dijo el hombre–, tienes que interpretarla, ahí te quiero ver, porque si no, ¿qué clase de nefelomantes seríamos?

–Me parece que se está separando en dos –dijo Isabella–, mira, acaba de separarse en dos, efectivamente, parecen dos ovejillas que trotan una al lado de la otra.

–Dos corderos cirrinos, tampoco aquí caben dudas.

–No entiendo nada.

–Es fácil –dijo el hombre–, el manso cordero por sí solo representa las evoluciones de la humanidad, Estrabón, página treinta y una del libro principal, fíjate bien, pero cuando se separa, son dos guerras que avanzan en paralelo, una es justa y la otra es injusta, es imposible distinguirlas, algo que por lo demás no nos interesa mucho, lo importante es comprender en qué acabarán ambas, cuál será su futuro.

Isabella miró al hombre con el aire de quien espera una respuesta urgente.

–Acabarán de forma miserable, puedo asegurártelo, querida Isabel.

–¿Estás seguro de verdad? –preguntó la chica con voz ansiosa.

–Eso debes decírmelo tú –susurró el hombre–, yo ahora voy a cerrar los ojos, eres tú quien debe interpretarlas, míralas y aguarda con paciencia, pero intenta captar el instante, porque después ya no te dará tiempo.

El hombre cerró los ojos, extendió las piernas, se puso un sombrerito tapándose la cara y permaneció inmóvil, como si se hubiera adormecido. Tal vez pasara un minuto, algo más incluso. En la playa reinaba un gran silencio, los bañistas se habían dirigido al restaurante.

–Se están disgregando en una especie de papilla –dijo Isabella en voz baja–, como cuando la estela de los aviones se deshilacha, ahora ya casi no se ven, qué extraño, casi ya no consigo verlas, mira también tú.

El hombre no se movió.

–No hace ninguna falta –dijo–, Estrabón, página veinticuatro del libro principal, él nunca se equivocaba, la profecía del final de toda guerra la

estableció hace dos mil años, solo que nadie hasta ahora la había leído bien y nosotros hoy, finalmente, la hemos descifrado en esta playa, nosotros dos.

–¿Sabes que eres un hombre chulísimo? –dijo Isabella.

–Soy perfectamente consciente de ello –dijo el hombre.

–Creo que ya es hora de irme al restaurante –continuó ella–, quizá mamá ya esté sentada a la mesa y se esté poniendo nerviosa, ¿podemos seguir hablando esta tarde?

–No lo sé, la nefelomancia es un arte que cansa bastante, quizá por la tarde tenga que echarme un rato porque si no, esta noche ni siquiera podré ir a cenar.

–¿Por eso tienes que tomar tantas medicinas?, ¿a causa de la nefelomancia? El hombre se quitó el sombrero de la cara y se la quedó mirando.

–¿Tú qué crees? –preguntó.

Isabella se había levantado, salió del círculo de sombra, su cuerpo brilló a la luz del sol.

–Ya te lo diré mañana –contestó.

LOS MUERTOS A LA MESA

*C'était un temps déraisonnable,
On avait mis les morts à table,
On faisait des châteaux de sable,
On prenait les loups pour des chiens.*¹⁴

LOUIS ARAGON

En primer lugar le diría que de la nueva casa le gustaban sobre todo las vistas a Unter den Linden, porque eso le hacía sentirse aún como en casa. Es decir, era una casa que le hacía sentirse como en casa, como cuando su vida tenía sentido. Y que le gustaba haber escogido la Karl-Liebknecht-Strasse, porque ese también era un nombre que tenía sentido. O que lo había tenido. ¿Lo había tenido? Claro que lo había tenido, sobre todo la Gran Estructura.

El tranvía se detuvo y abrió sus puertas. La gente entró. Esperó a que se cerraran. Vete, vete tranquilo, prefiero ir andando, así me doy un sano paseo, hace un día demasiado bueno para desaprovechar la ocasión. El semáforo estaba en rojo. Se vio reflejado en el cristal de la puerta cerrada, aunque una tira de goma lo separara en dos. Estás bien así, partido en dos, querido mío, siempre partido en dos, una mitad aquí y otra allí, es la vida, así es la vida.

No estaba mal, no: era un apuesto hombre entrado en años, el pelo cano, una chaqueta elegante, mocasines italianos comprados en el centro, el aire de posibles de una persona de posibles: las ventajas del capitalismo. Canturreó: *tout est affaire de décor, changer de lit, changer de corps.*¹⁵ Ese tipo sí que lo sabía bien, se había pasado la vida haciéndolo. El tranvía arrancó. Se despidió con la mano, como si dentro hubiera una persona a la que dijera adiós. ¿Quién era esa persona que iba en tranvía al Pergamon? Se dio un cachete afectuoso. Pero, bueno, si eres tú, querido mío, precisamente tú, à

*quoi bon, puisque c'est encore moi qui moimême me trahis.*¹⁶ Canturreó el final de la estrofa con voz profunda y ligeramente dramática, como lo hacía Léo Ferré. El chico en la motocicleta de Pizza Hut que esperaba a que se pusiera en verde lo miró con estupor: un anciano señor elegante que canta como un pinzón en una parada de tranvía, cómico, ¿no? Venga, jovenzuelo, que ya se ha puesto verde, dijo con la mano invitándolo a marcharse, lleva tu repugnante pizza a su destino, circulen, circulen, no hay nada que ver, soy solo un anciano señor que canturrea los poemas de Aragon, fiel compañero de los buenos tiempos ya idos, él también se había ido, nos vamos todos, antes o después, y también su Elsa tiene los ojos opacos, buenas noches, ojos de Elsa. Miró el tranvía que giraba hacia la Friedrichstrasse y dijo adiós a los ojos de Elsa. El taxista lo miró desconcertado. A ver, ¿monta usted o no monta? Se disculpó: mire, es un equívoco, estaba despidiéndome de una persona, el gesto no era para usted. El taxista sacudió la cabeza en señal de desaprobación. Debía de ser turco. Esta ciudad está llena de turcos, de turcos y gitanos, nos han tocado a nosotros todos esos vagabundos, ¿y para qué?, para mendigar, eso es, para mendigar, pobre Alemania. Pues no protesta encima, este emigrante, qué cara más dura. Ya le he dicho que se ha equivocado, replicó con una voz que se iba alterando, es usted quien lo ha entendido mal, me estaba despidiendo de una persona. Solo le he preguntado si necesitaba ayuda, explicó el chico en un mal alemán, perdone, señor, ¿necesita ayuda? ¿Que si necesito ayuda?, no, gracias, contestó secamente, gracias, estoy perfectamente, jovenzuelo. El taxi arrancó.

¿Estás bien?, se preguntó. Claro que estaba bien, era un magnífico día de verano, como raramente se dan en Berlín, si acaso hacía algo de calor. Eso es, si acaso, hacía algo de calor para su gusto, y con el calor la tensión tiende a subir. Nada de platos salados y nada de esfuerzos, había sentenciado el médico, su tensión ha alcanzado el nivel de alarma, pero probablemente sea a causa de la ansiedad, ¿hay algo que le preocupa, consigue descansar, duerme bien, sufre de insomnio? Qué preguntas. Pues claro que dormía bien, ¿por qué habría de dormir mal un viejo señor tranquilo, con una buena cuenta corriente, un magnífico apartamento en el centro, una casita de vacaciones en

el Wannsee, un hijo abogado en Hamburgo y una hija casada con el dueño de una cadena de supermercados?, ¿a usted qué le parece, doctor? Pero el médico insistía, ¿pesadillas, dificultad para conciliar el sueño, despertares bruscos, sobresaltos? Sí, de vez en cuando, doctor, pero es que la vida es larga, ¿sabe?, a cierta edad vuelve uno a pensar en las personas que ya no están, se echa la vista atrás, hacia las redes que nos han envuelto, las redes rotas de los que pescaban, porque ahora son todos ellos pescados, ¿me entiende? No, no le entiendo, decía el médico, en definitiva, ¿duerme o no duerme? Doctor, hubiera querido decirle a aquel buen hombre, pero ¿qué más se me puede pedir?, he hecho todos los solitarios, he vomitado todo el kirsch posible, he amontonado todos los libros en la estufa, doctor, ¿pretende que siga durmiendo tranquilo? Y en cambio contestó: duermo bien cuando duermo, y cuando no duermo procuro dormir. Si no estuviera usted jubilado le diagnosticaría una forma de estrés, declaró el médico, pero francamente no es posible, por lo tanto su tensión alta tiene que deberse a la ansiedad, es usted una persona ansiosa aunque aparentemente tranquila, dos de estas pastillas antes de acostarse, nada de sal en las comidas y a dejar de fumar.

Se encendió un cigarrillo, un estupendo cigarrillo americano de sabor dulce. Cuando trabajaba en la Gran Estructura había gente que por un paquete de cigarrillos americanos hubiera denunciado a sus propios padres, y ahora los americanos, después de haber conquistado el mundo, decidían que el humo era dañino. Menudo gilipollas ese médico vendido a los americanos. Cruzó Unter den Linden, a la altura de la Humboldt Universität, y se sentó bajo las sombrillas cuadradas del quiosco donde vendían salchichas. En fila ante el quiosco, con la bandeja en la mano, había una familia de españoles, el padre, la madre y dos hijos adolescentes. Había turistas por todas partes, la verdad. Estaban indecisos sobre cómo se pronunciaba el plato. *Kartoffeln*, sostenía la mujer. No, no, observaba el marido, como eran fritas había que pedir *pommes*, a la francesa. Muy bien el español con sus bigotitos. Al pasar a su lado se puso a silbar *Los cuatro generales*.¹⁷ La mujer se dio la vuelta y lo miró casi alarmada. Él hizo como si no pasara nada. ¿Serían unos nostálgicos o votarían a los socialistas? Vaya usted a saber. Ay, Carmela, ay, Carmela.

Se levantó de repente una ráfaga fresca que alzó del suelo servilletas y

paquetes de cigarrillos vacíos. Sucede a menudo en Berlín: un día de bochorno y de repente llega un viento fresco que hace que las cosas revoloteen y el humor cambie. Es como si trajera recuerdos, nostalgias, frases perdidas, del estilo de la que se le vino a la cabeza: las inclemencias del tiempo y la fidelidad a mis principios. Sintió un arrebató de cólera. ¿Fidelidad?, dijo en voz alta, pero de qué fidelidad hablas, si en tu vida privada has sido el hombre más infiel del mundo, yo de ti lo sé todo, principios, claro que sí, pero cuáles, de los del partido nunca quisiste saber nada, a tu mujer la cubriste de cuernos, de qué principios presumes, so cretino. Una niña se le paró delante. Llevaba una faldita que arrastraba por el suelo y los pies descalzos. Le puso bajo los ojos un pedazo de cartón donde estaba escrito: vengo de Bosnia. Vete al infierno, le dijo sonriendo. También la niña sonrió y se alejó.

Tal vez lo mejor fuera coger un taxi, ahora se sentía cansado. Quién sabe por qué se sentía tan cansado, se había pasado la mañana sin hacer nada, zanganeando y leyendo el periódico. Los periódicos cansan, se dijo, las noticias cansan, el mundo cansa. El mundo cansa porque está cansado. Se dirigió a la papelera metálica y tiró un paquete de cigarrillos vacío y después el periódico de la mañana, no tenía ganas de llevarlo en el bolsillo. Era un buen ciudadano, no quería ensuciar la ciudad. Pero la ciudad estaba ya sucia. Todo estaba sucio. Se dijo: no, me voy andando, así domino mejor la situación. ¿La situación?, pero ¿qué situación?, bueno, pues la situación que estaba acostumbrado a dominar en otros tiempos. Entonces sí que era un gusto: tu Objetivo que caminaba delante de ti, ignaro, tranquilo, dedicado a lo suyo. Y tú que también, aparentemente, te dedicabas a lo tuyo, pero no ignaro en absoluto, todo lo contrario. De tu Objetivo conocías a la perfección los rasgos somáticos por las fotografías que te habían obligado a estudiar, hubieras podido reconocerlo incluso en el patio de butacas de un teatro. Él, en cambio, de ti no sabía nada, tú eras para él un rostro anónimo como millones de otros rostros anónimos en el mundo, él iba por su camino, y yendo por su camino te guiaba, porque debías seguirlo. Él representaba la brújula de tu recorrido, bastaba seguirlo.

Escogió un Objetivo. Cuando salía de casa siempre necesitaba encontrar un Objetivo, en caso contrario, se sentía perdido, perdía la orientación. Porque el

Objetivo sabía bien adónde ir, y él en cambio no, ¿adónde podía ir, ahora que el trabajo de siempre había acabado y que Renate estaba muerta? Ah, el muro, qué nostalgia del muro. Estaba allí, sólido, concreto, subrayaba una frontera, marcaba la vida, daba la seguridad de una pertenencia. Gracias a un muro uno pertenece a algo, está a este lado o al otro, el muro es como un punto cardinal, a este lado está el este, a ese otro el oeste, sabes dónde estás. Cuando Renate aún vivía, aunque ya no existiera el muro, por lo menos sabía adónde ir, porque todas las tareas de casa debía hacerlas él, de la mujer que venía algunas horas no se fiaba, era una indiecita de mirada oblicua que hablaba un pésimo alemán y que repetía continuamente *yes, Sir*, incluso cuando la mandaba al infierno. Vete al infierno, horrenda negrita estúpida: *yes, Sir*.

En primer lugar, iba al supermercado. Cada día, porque no le gustaba hacer compras grandes, solo pequeñas compras cotidianas, según los deseos de Renate. ¿Qué te apetece esta mañana, Renate, te gustarían por ejemplo esas chokolatinas belgas rellenas de licor o prefieres praliné con avellanas? O mejor, mira, iré a la sección de fruta y verdura, no puedes imaginarte lo que hay en ese supermercado, verás, no tiene nada que ver con las tiendas de alimentación de nuestros tiempos, aquí se encuentra de todo, de todo de verdad, por ejemplo, ¿te apetecerían unos hermosos melocotones jugosos en este gris día de diciembre?, te los traigo, vienen de Chile, o de la Argentina, de sitios así, ¿o prefieres peras, cerezas, albaricoques?, te los traigo. ¿Quieres un melón, amarillo y muy dulce, de esos que tan bien van con el oporto y con el jamón italiano? Te lo traigo también, hoy quisiera hacerte feliz, Renate, quisiera que sonrieras.

Renate le sonreía cansinamente. Se volvía a mirarla en el sendero del jardín mientras ella le hacía un gesto con la mano desde el ventanal de la terraza. El borde de la terraza ocultaba las ruedas de la silla. Era como si Renate estuviera sentada en un sillón, parecía una persona normal, seguía siendo guapa, tenía todavía el rostro liso y el pelo rubio, a pesar de la edad. Renate, Renate mía, cuánto te he amado, ¿sabes?, no puedes ni imaginarte cuánto, más que a mi propia vida, y te sigo amando, de verdad, aunque debería decirte una cosa, pero ahora ¿qué sentido tendría decírtelo?, tengo que encargarme de ti, lavarte, cuidarte como si fueras una niña, pobre Renate,

el destino ha sido cruel contigo, seguías siendo guapa, y en el fondo no eres tan mayor, en el fondo no somos tan mayores, podríamos disfrutar aún de la vida, qué sé yo, viajar, Renate, y en cambio mira en lo que te has convertido, qué lástima todo, Renate. Doblaba por el sendero de casa y entraba bajo los árboles de la gran avenida. La vida está desfasada, pensaba, nada llega a su hora. Y se dirigía hacia el supermercado, dispuesto a pasarse allí una mañana estupenda, era una buena manera de pasar el tiempo, pero ahora, desde que Renate ya no estaba, era difícil pasar el tiempo.

Miró a su alrededor. Al otro lado de la calle se detuvo otro tranvía. De él bajaron una señora madura con la bolsa de la compra, un chico y una chica que iban cogidos de la mano, un señor anciano vestido de azul. Le parecieron Objetivos ridículos. Qué se le va a hacer, no seas chiquillo, ¿es que te has olvidado de tu oficio?, hace falta paciencia, ¿o es que ya no te acuerdas?, mucha paciencia, días de paciencia, meses de paciencia, con atención, con discreción, horas y horas sentado en un café, en el coche, detrás de un periódico, siempre leyendo el mismo periódico, días enteros.

¿Por qué no esperar un buen Objetivo leyendo el periódico?, eso es, para saber cómo va el mundo. En el quiosco de al lado compró *Die Zeit*, que siempre había sido su semanario, en los días de Objetivos verdaderos. Después se sentó en la terraza del quiosco de las salchichas, bajo los tilos. Todavía no era la hora de comer, pero una buena salchicha con patatas claro que podía tomársela. ¿La prefiere normal o con curry?, preguntó el hombrecillo del delantal blanco. Optó por el curry, una novedad absoluta, e hizo que añadieran ketchup, realmente posmoderno, que era una palabra que se oía por todas partes. Se lo dejó prácticamente entero en la bandejita de papel, un auténtico asco, quién sabe por qué estarían tan de moda.

Miró a su alrededor. La gente le pareció fea. Gorda. Incluso los delgados le parecieron gordos, gordos por dentro, como si les viera por dentro. Eran untuosos, eso era, untuosos, como si se hubieran rociado con aceite solar. Le pareció incluso que reducían. Abrió *Die Zeit*, veamos cómo va el mundo, este vasto mundo que baila tan alegre. Bueno, no tanto. El escudo espacial con armas nucleares, eso pretendía el Americano. ¿Contra quién?, sonrió, ¿contra quién?, ¿contra nosotros, que estamos todos muertos? Había una fotografía del Americano encima de un podio, junto a una bandera. Debía de tener un

cerebro no mayor que un dedal, como decía la cancioncita francesa. Recordó la canción que tanto le gustaba, ese Brassens sí que era un tipo curioso, odiaba a la burguesía. Años lejanos. París había sido la misión más bonita de su vida. *Une jolie fleur dans une peau de vache, une jolie vache déguisée en fleur*. Su francés seguía siendo perfecto, sin acento, sin inflexiones, neutro como esas voces que resuenan en los altavoces de los aeropuertos, así era como lo había aprendido en la escuela especial, en aquellos tiempos se estudiaba de verdad, nada de tonterías, de cien se seleccionaba a cinco, y esos cinco debían ser perfectos. Como lo había sido él.

Había una fila ante la taquilla de la Staatsoper, debía de haber un concierto importante, esa noche. ¿Y si fuera? ¿Por qué no?, casi, casi sí. Un señor estaba bajando por la escalinata de la biblioteca, calvo, elegante, con una carpeta debajo del brazo. Ahí estaba, ese era el Objetivo ideal. Fingió estar inmerso en la lectura del periódico. El hombre pasó por delante de él sin hacerle caso. Un infeliz, era realmente un infeliz. Dejó que recorriera un centenar de metros y después se levantó. Cruzó la calle. Siempre era mejor estar en la otra acera, era la vieja regla, jamás descuidar las viejas reglas. El hombre se encaminó hacia Scheunenviertel. Qué Objetivo más simpático, iba justo en su misma dirección, no se puede ser más amable. El hombre parecía dirigirse hacia el Pergamon. Y en efecto allí fue donde entró. Qué listillo, como si él no lo hubiera comprendido. Sonrió para sí: disculpa, mi querido infeliz, si estás aquí en una misión con la apariencia de un profesor universitario, lo lógico es que entres en el Pergamon, ¿o es que pensabas tal vez que uno con mi experiencia se dejaría engañar por este truquillo de tres al cuarto?

Se sentó en el pedestal de una estatua y lo esperó con calma. Se encendió un cigarrillo. El médico ya no le toleraba más que cuatro cigarrillos al día, dos después de comer y dos después de cenar. Pero el Objetivo se merecía un cigarrillo. Mientras esperaba, echó una ojeada al periódico, a la página de espectáculos. Había una película americana que estaba suscitando el entusiasmo del público, la de mayor éxito de taquilla. Era una película de espionaje ambientada en el Berlín de los años sesenta. Sintió una fuerte conmoción. Le entraron ganas de marcharse a donde había decidido ir y de no perder más tiempo con ese estúpido profesorucho con el que se estaba

entreteniendo. Era demasiado trivial, demasiado previsible. En efecto, lo vio salir con una bolsa de plástico transparente repleta de catálogos que debían de pesar una tonelada.

Tiró la colilla al canal y se metió las manos en los bolsillos, como si estuviera zanganeando. Eso sí que le gustaba: fingir que perdía el tiempo. Pero no estaba perdiendo el tiempo, tenía que hacer una visita, se lo había prometido la noche anterior, una noche algo agitada, sustancialmente insomne. Tenía varias cosas que decirle a ese tipo. Lo primero que le diría es que se las había apañado bien. A diferencia de muchos otros colegas suyos, incluso de los de su nivel, que habían acabado de taxistas, sin más, despedidos de un día para otro, él no, él se las había apañado a la perfección, había sido previsor, siempre es necesario ser previsor, y él lo había sido, había acumulado unos buenos ahorrillos, ¿cómo?, eso era asunto suyo, pero había conseguido acumular unos buenos ahorrillos, y en dólares, y en Suiza, además, y cuando todo se había ido al garete, él se había hecho con un precioso chalet independiente en la Karl-Liebknecht-Strasse, que era un nombre que tenía sentido, a dos pasos de la Unter den Linden, porque eso le hacía sentirse como en casa. Es decir, era una casa que le hacía sentirse como en casa, como cuando su vida tenía sentido. Pero ¿lo había tenido? Claro que lo había tenido.

La Chausseestrasse le pareció desolada. Apenas pasaba algún coche de vez en cuando. Era domingo, un precioso domingo de finales de junio. Los berlineses estaban en el Wannsee, tumbados bajo ese sol temprano en los balnearios de Martin Wagner, tomándose un aperitivo mientras esperaban una buena comidita. Constató que tenía hambre. Sí, si lo pensaba tenía hambre, por la mañana se había tomado un capuchino a la italiana, quizá porque la noche precedente había exagerado un poco. Se había comido un plato de ostras en el Paris Bar, iba al Paris Bar ya casi todas las noches, cuando no variaba con otros restaurantes chics. ¿Me has entendido, cabezota?, murmuró, tú te comportaste como un franciscano durante toda la vida, yo en cambio me divierto en restaurantes chics, me tomo ostras todas las noches, y ¿sabes por qué?, porque no somos eternos, querido mío, así que más vale comer ostras. Le gustaba el patio. Era sobrio, áspero, se parecía al cabezota arisco, como él lo había sido, con unas mesitas bajo los árboles,

donde una pareja de turistas extranjeros se estaban bebiendo una cerveza. El hombre tendría unos cincuenta años, con gafitas de intelectual como su querido cabezota, redondas, metálicas, con entradas y una calva en la coronilla. Ella, morena, guapa, con un rostro decidido y franco, grandes ojos oscuros, más joven que él. Hablaban en italiano, con algunas frases en una lengua desconocida. Aguzó los oídos. ¿Español? Le pareció español, pero estaban demasiado lejos. Pasó por delante de ellos con un pretexto y dijo: buenos días, bienvenidos a Berlín. Gracias, contestó el hombre. ¿Italianos?, preguntó él. La mujer le sonrió: portuguesa, contestó. El hombre abrió los brazos con aire divertido: cambiábamos de país más que de zapatos, un poco portugués soy yo también, dijo en italiano, y él cogió al vuelo la cita. Pero mira qué listo mi intelectualillo, se ve que has leído al cabezota, enhorabuena.

Decidió comer en el interior. Había que bajar al sótano, o quizá en sus orígenes fuera realmente un sótano. Pero sí, claro, era el sótano, ahora se acordaba, a menudo el cabezota recibía allí a una actriz fracasada, una cabrona más vieja que Helene que después había revelado todo en un libro publicado en Francia que se titulaba..., ya no se acordaba de cómo se titulaba, y mira que había seguido él todo el asunto, en sus años parisienses, ah, sí, se titulaba *Ce qui convient* y aparentemente hablaba de teatro, pero a su manera era una filosofía de vida: el chismorreó. Pero ¿qué año era? Ya no se acordaba. El cabezota había instalado en aquel sótano un sofá y un *abat-jour*, y todo ante los ojos de Helene, que durante su vida había engullido más malos tragos que bocanadas de aire.

El restaurante era bastante oscuro, aunque con cierto aire de cabaret, del tipo Maria Farrar y esas cosas expresionistas a las que el cabezota se había dedicado en su juventud. Las mesas eran de madera sin desbastar, los adornos graciosos, las paredes estaban llenas de fotografías. Se entretuvo en mirarlas. Las conocía casi todas, habían pasado muchas veces ante sus ojos en los dossiers de su oficina. Y alguna hasta había ordenado que la sacaran sus ayudantes. Putañoero, dijo para sí, era un auténtico putañoero, un moralista sin moral. Estudió la carta: la señora no había sabido imponerse sobre las amantes, pero al menos en la comida lo había conseguido, durante toda su vida había impuesto la cocina austriaca, y el restaurante respetaba sus gustos. De entrantes mejor nada. Sección sopas. Se puso a reflexionar. Había una de

patatas que le gustaba incluso más que la alemana. Por lo demás nunca había sido un admirador de la cocina alemana, demasiado grasienta, los austriacos son más finos, pero tal vez no fuera buena idea la sopa de patatas, hacía calor. ¿Corzo? ¿Y por qué no corzo?, los austriacos son insuperables preparando el corzo. Muy pesado, el médico no estaría de acuerdo. Se decidió por un simple *wiener schnitzel*. Es que el *wiener schnitzel* hecho a la austriaca puede ser algo sublime y además con ese pastel de patatas crujientes que hacen ellos, venga, que sea un *wiener schnitzel*. Bebió vino blanco austriaco, por más que los vinos aromatizados no le gustaran, y mentalmente hizo un brindis a la memoria de Helene. Por tu piel dura, dijo, mi querida *primadonna*. Para acabar, un descafeinado, para evitar las extrasístoles nocturnas.

Cuando salió de nuevo al patio le asaltó la tentación de visitar la casa, ahora era una casa-museo, qué divertido. Aunque, quién sabe, tal vez la hubieran restaurado, pintado, limpiándola de la vida, adaptándola a los turistas inteligentes. La recordaba en una noche del cincuenta y cuatro, mientras aquel cretino estaba entre las bambalinas del Berliner Ensemble y miraba el carro de su madre coraje. Había pasado revista habitación por habitación, cajón por cajón, carta por carta. La conocía como nadie: la había violado. Lo siento, dijo despacio, lo siento de verdad, pero eran órdenes. Salió a la calle y recorrió unos cuantos metros. Al pequeño cementerio que daba a la calle, protegido por una reja, se accedía por un callejón lateral. Estaba desierto. Había muchos árboles, todos descansaban a la sombra. Cementerio pequeño pero *racé*, pensó, y menudos nombres: filósofos, médicos, escritores: *happy few*. ¿Qué hacen las personas importantes en un cementerio? Duermen, duermen ellos también, al igual que los que no cuentan una mierda. Y todos en la misma posición: horizontal. La eternidad es horizontal. Deambulando sin rumbo vio la lápida de Anna Seghers. De joven había admirado mucho sus poemas. Se le vino a la cabeza uno que un actor judío, hacía muchos años, recitaba todas las noches en un teatrillo del Marais, era un poema terrible y desgarrador, y no tuvo valor para repetirlo mentalmente.

Cuando llegó ante la tumba dijo: hola, he venido a verte. De repente ya no tenía ganas de hablarle de la casa y de lo bien que le iban las cosas en su

vejez. Vaciló y después dijo solamente: tú no me conoces, me llamo Karl, es mi nombre de bautismo, mira que es mi auténtico nombre. En ese momento llegó una mariposa. Era una mariposilla común de alas blancas, una mariposa de la col vagabunda que vagaba por el cementerio. Él se quedó quieto y cerró los ojos como si expresara un deseo. Pero no tenía deseos que expresar. Abrió de nuevo los ojos y vio que la mariposa se había posado sobre la punta de la nariz del busto de bronce que se erguía delante de la lápida.

Lo siento por ti, dijo, pero no te han puesto el epitafio que habías dictado en vida: aquí yace B. B., limpio, objetivo, malvado. Lo siento, pero no te lo han puesto, no hay que hacer nunca epitafios anticipados, total, los que te sobreviven no te obedecen. La mariposilla sacudió las alas, las levantó en perpendicular como si estuviera a punto de alzar el vuelo, pero no se movió. La verdad es que tenías una buena narizota, dijo, y un pelo híspido como un cepillo, eras un cabezota, siempre fuiste un cabezota, me diste un montón de problemas. La mariposa emprendió un breve vuelo para posarse otra vez en el mismo sitio.

Cretino, dijo, yo era tu amigo, te quería mucho, ¿te sorprende que te quisiera?, pues entonces escucha, aquel agosto del cincuenta y seis, cuando te estallaron las coronarias, yo lloré, la verdad, lloré, no es que haya llorado mucho en mi vida, ¿sabes?, Karl lloró poco cuando estaba a tiempo, y en cambio por ti lloré.

La mariposa alzó el vuelo, dio dos vueltas alrededor de la cabeza de la estatua y se alejó. Necesito decirte una cosa, dijo a toda prisa como si estuviera hablándole a la mariposa, necesito decirte una cosa, es urgente. La mariposa desapareció por detrás de los árboles y él bajó la voz. Yo lo sé todo de ti, lo sé todo de tu vida, día por día, todo: tus mujeres, tus ideas, tus amigos, tus viajes, hasta tus noches y todos tus pequeños secretos, incluso los más minúsculos: todo. Se dio cuenta de que estaba sudando. Tomó aliento. De mí, en cambio, no sabía nada. Creía que lo sabía todo, y de mí no sabía nada. Hizo una pausa y se encendió un cigarrillo. Le hacía falta un cigarrillo. Que Renate me traicionó durante toda la vida no lo descubrí hasta hace dos años, cuando abrieron los archivos. Quién sabe por qué se me ocurrió que yo también podía estar fichado, como todos. Era una ficha completa, detallada, de alguien que había sido espiado cada día. La voz «Familiares» era un dossier

entero, con fotografías tomadas con teleobjetivo. Se veía a Renate y al jefe del Departamento de Asuntos Internos desnudos bajo el sol, a orillas de un río, haciendo nudismo. Debajo estaba escrito: Praga, 1952. Yo entonces estaba en París. Después había muchas otras: en el sesenta y dos mientras salen de un hotel de Budapest, en el sesenta y nueve en una playa del Mar Negro, en el setenta y cuatro en Sofía. Hasta el ochenta y dos, cuando él murió, le estallaron las coronarias como a ti, era viejo, tenía veinte años más que Renate, la verdad es concreta.

Se secó la frente con un pañuelo y retrocedió. Estaba empapado en sudor. Se sentó en el banco de madera, al otro lado del sendero. Sabes, dijo, hubiera querido decírselo a Renate, hubiera querido decirle que lo sabía todo, que lo había descubierto todo, pero la vida tiene esas cosas, Renate tuvo un ictus, había esperanzas de que se recuperara, y en efecto, la atendieron muy bien, incluso con fisioterapia, todo lo que fue necesario, pero no se recuperó, sus últimos años se los pasó en una silla de ruedas y tampoco la parálisis facial desapareció, cada noche yo me decía: mañana se lo digo, pero ¿cómo puedes decirle que has descubierto todo a una persona que tiene la cara torcida y las piernas contraídas?, no tuve valor, la verdad, no tuve valor.

Miró el reloj. Quizá fuera hora de irse. Se sentía cansado, tal vez cogiera un taxi. Dijo: de mi nueva casa me gustan sobre todo las vistas a Unter den Linden, es una casa preciosa con todas las comodidades modernas. Empezó a recorrer el sendero hasta la verja de entrada. Vaciló un instante y se volvió. Hizo un gesto de saludo con la mano, hacia el parque. Por la noche voy a cenar a restaurantes chics, dijo otra vez, por ejemplo, esta noche pienso ir a un restaurante italiano donde hacen unos espaguetis con langostinos que ni te los imaginas, ponen más langostinos que espaguetis. Cerró la verja con delicadeza, evitando hacer ruido. En nuestros tiempos no había locales así, querido mío, dijo para sus adentros, nos hemos perdido lo mejor.

ENTRE GENERALES

«Nunca me he creído eso de que la vida imita al arte, es una *boutade* que ha hecho fortuna porque es facilona, la realidad supera siempre a la imaginación, por eso es imposible escribir determinadas historias, pálidas evocaciones de cuanto ocurrió realmente. Pero dejémonos de teorías, la historia te la cuento de buena gana, pero si quieres escríbela tú, porque tienes una ventaja sobre mí, no conoces a quien la vivió. A decir verdad, él solo me contó los antecedentes, la conclusión la supe por un amigo suyo de pocas palabras; entre nosotros nos limitamos a hablar de música o de teoría del ajedrez, probablemente si Homero hubiera conocido a Ulises le habría parecido un hombre trivial. Creo haber comprendido una cosa, que las historias son siempre más grandes que nosotros, nos ocurrieron y nosotros fuimos inconscientemente sus protagonistas, pero el verdadero protagonista de la historia que hemos vivido no somos nosotros, es la historia que hemos vivido. Quién sabe por qué vino a morir a esta ciudad que a él no le recuerda nada, quizá porque esto es como una Babel y tal vez le haya entrado la sospecha de que su historia parece el emblema de la Babel de la vida, su país era demasiado pequeño para morir allí. Debe de tener casi noventa años, se pasa las tardes mirando desde la ventana los rascacielos de Nueva York, una chica puertorriqueña va por la mañana a arreglarle el piso, le trae un plato del Tony's Café que él calienta en el microondas, después de una religiosa audición de viejos discos de Béla Bartók que se sabe de memoria se atreve a dar un paseo hasta la verja de Central Park, en el armario, metido en una bolsa de plástico, conserva su uniforme de general, al volver, abre sus puertas y le da dos palmaditas en el hombro, como si se tratara de un viejo amigo, después se acuesta, me ha dicho que no sueña, y cuando ocurre solo sueña con el cielo de las llanuras de Hungría, son los efectos de un somnífero que le ha buscado un médico americano. Yo la historia te la cuento en pocas palabras, como me fue contada por quien la vivió, todo lo demás son conjeturas, y tú verás lo que haces.»

* * *

Cuando la historia comienza, su protagonista era un joven oficial del ejército húngaro y, según el calendario gregoriano, estábamos en mil novecientos cincuenta y seis. Por pura convención, lo llamaremos László, nombre que en Hungría supone el anonimato, por más que él en realidad fuera ese László y no otro cualquiera. Desde un punto de vista absolutamente conjetural, podemos imaginárnoslo como un hombre de unos treinta y cinco años, alto, delgado, con el pelo rubio tendente al pelirrojo, ojos grises con un vago reflejo azulado. Puede añadirse que era el último heredero de una familia de terratenientes de la zona colindante con Rumanía y que en su casa, más que húngaro, se hablaba alemán, según la tradición del Imperio habsbúrgico, y que después de la expropiación de sus tierras, la familia se trasladó a Budapest a un enorme piso cedido por el régimen comunista. Puede suponerse que en el instituto fuera versado en letras, que destacara en griego clásico, que supiera de memoria trozos enteros de Homero y que compusiera en secreto odas de sabor pindárico. Su profesor, el único a quien se había atrevido a enseñárselas, le predijo un futuro de gran poeta, un nuevo Petöfi, algo que él fue el primero en no tomar en serio, detalle insignificante por lo demás, dado que se trata de una mera conjetura. El caso es que su padre quería que fuera militar, porque él mismo, en su juventud, había servido como oficial en el ejército austrohúngaro, y que ahora el ejército perteneciera a un régimen comunista le parecía cuestión absolutamente secundaria, porque por encima de todo estaba Hungría, y era por esa tierra por la que se empuñaban las armas, no por los gobiernos, entidades efímeras. Nuestro László acató sin protesta alguna la voluntad paterna: íntimamente sabía que nunca sería un nuevo Petöfi y no toleraba ser segundo de nadie, quería sobresalir en algo, fuera lo que fuera ese algo, fuerza de voluntad no le faltaba y los sacrificios estaban hechos para él. En la academia militar de Budapest no tardó en convertirse en el mejor cadete, después en el primer alumno oficial y, por último, en el oficial escogido, a quien, una vez acabado el curso, le fue confiado un delicado puesto de mando en una zona fronteriza.

A estas alturas, se haría necesaria una digresión que ni siquiera pertenece ya a las conjeturas, sino únicamente a la imaginación de quien relata una

historia escuchada a alguien a quien le fue relatada a su vez. Es lícito pensar que László, en la aldea donde había transcurrido su primera juventud, allá donde su padre poseía en otros tiempos tierras, hubiera dejado su primer amor y a él hubiera permanecido fiel. Es necesaria una puntualización sentimental acerca de nuestro László, pues en caso contrario podía parecer una marioneta vestida de soldado y encomendada a una historia que prevé la fuerza de voluntad y la fuerza física, pero excluye la fuerza misteriosa del músculo cardíaco. László tenía un corazón sentimental, y atribuirle los sentimientos que pertenecen al corazón de cada uno de nosotros no es una conjetura sin fundamento, de modo que también el corazón de László latía por un gran amor, y su gran amor añorado era una hermosa muchacha de campo a la que, de joven, tras una tarde en un campo de trigo había jurado fidelidad eterna, y ella en aquella gran casa paterna protegida por las hileras de los árboles le aseguraría descendencia. Pero entretanto László estaba allí, en Budapest, grandes los edificios de aquella ciudad, se había granjeado la simpatía del general en jefe del Estado Mayor, todos los últimos domingos del mes daba una fiesta en la que los invitados lucían uniformes de gala, después de cenar se bailaba, un pianista de frac ejecutaba vales vieneses, la hija del jefe del Estado Mayor, mientras bailaba, tenía los ojos perdidos en los suyos, y quién sabe si en los ojos de László veía realmente a László o al oficial más brillante de la academia militar descrito por su padre. Pero eso resulta del todo secundario, la cuestión es que, tras un breve noviazgo, se casaron. No cabe excluir que en László la imaginación fuera más fuerte que la realidad. Él amaba a su mujer, que era guapa y amable, pero en ella no era capaz de recobrar un amor que creía traicionado, es decir, la imagen ya desenfocada de una muchacha de campo de cabello rubio. Por eso fue a buscar ese fantasma a los burdeles de Budapest, al principio en compañía de algunos compañeros de armas, después, melancólicamente solo.

Y, entretanto, hemos llegado a mil novecientos cincuenta y seis, año en el que el ejército de la Unión Soviética invadió Hungría. El motivo de la invasión, como se sabe, fue de naturaleza ideológica, pero resultaría imposible establecer si la reacción de László fue análoga u obedeció a motivos distintos: la educación que había recibido en casa, por ejemplo, porque aquel era el suelo de Hungría, y como le había enseñado su padre el

suelo de Hungría está por encima de cualquier gobierno; o bien por motivos puramente técnicos, llamémoslos así, porque un militar obedece antes que nada a su propio jefe de Estado Mayor, y las órdenes no se discuten. Es verdad también, sin embargo, que László, al haberse criado en una gran familia, disponía de una gran biblioteca, lo que puede autorizarnos a otras conjeturas más especiosas, por ejemplo, que estuviera familiarizado con Darwin y creyera que los sistemas políticos, al igual que los organismos biológicos, estaban sometidos a una evolución, y que aquel sistema más bien tosco, cimentado sin embargo sobre bases de buenas intenciones, de ser guiado por un hombre como Imre Nagy, podía conducir a un sistema mejor. O tal vez que hubiera leído el *Regreso de la URSS* de André Gide, que por lo demás toda Europa había leído y que circulaba clandestinamente también en Hungría. Entre estas conjeturas de orden secundario podemos introducir otra: que pudiera sentirse alentado por el eventual apoyo de determinados partidos comunistas de algunos países europeos, en particular por las palabras de un joven funcionario del partido comunista de un país que le parecía importante, un hombre elegante que hablaba un francés perfecto y que lo sabía todo sobre los gulags, quien le había confesado en un cóctel que era un comunista *mejorista*, definición cuyo sentido le había resultado vago pero que había creído análogo a sus propias ideas.

La noche en que los tanques soviéticos cruzaron la frontera húngara, László se acordó del «mejorista», y dado que aquel joven dirigente le había dejado su número de teléfono lo llamó inmediatamente antes de que los rusos cortaran las líneas: sabía que el apoyo simbólico de aquel país democrático resultaría más importante contra los carros de combate rusos que el pequeño ejército mal armado con el que contaba Hungría. El teléfono estuvo sonando largo rato, después contestó una voz adormilada, una criada, cuánto lo sentía, el señor diputado estaba cenando fuera, si lo deseaba podía dejar un recado, László dijo que dijera únicamente que había llamado László. No volvieron a llamarlo, László pensó que no podía uno fiarse de la servidumbre, pero el asunto le preocupó relativamente poco porque en aquel momento tenía otras cosas en las que pensar, y después, dos días más tarde, cuando oyó en la radio que en nombre de su propio partido el camarada extranjero había tachado de contrarrevolucionarios a los patriotas húngaros, comprendió que se había

equivocado. Lo que László está pensando ahora, en cambio, mirando desde su ventana los rascacielos de Nueva York, es lo curiosas que son las cosas, porque acaba de leer un poema de Yeats, «Men improve with the years», y se pregunta si no será exactamente eso, que el tiempo mejora realmente a los hombres, pero que esa mejora significa hacer que se conviertan en otros, porque arrastrándolos consigo hace que parezca un espejismo lo que en otros tiempos fue verdadero verdaderamente, y entretanto escucha la música de Béla Bartók, el sol está poniéndose sobre Nueva York, debe darse su saludable paseo hasta Central Park y piensa en los tiempos en que era él quien quería mejorar su tiempo.

Cómo fue capaz László de mantener en jaque al ejército soviético durante tres días, es imposible de establecer. Pueden aventurarse algunas conjeturas: su capacidad estratégica, su obstinación, su férvida fe en lo imposible. La verdad de los hechos es que, fuera como fuese, los tanques del ejército invasor no consiguieron pasar, los soviéticos sufrieron muchas pérdidas hasta que al cuarto día la superioridad de sus fuerzas hizo que pasaran por encima del frágil pelotón al mando de László. El comandante ruso era un hombre poco más o menos de su edad, por convención lo llamaremos Dimitri, lo que en Rusia asegura el anonimato, aunque él fuera *aquel* Dimitri, y no otro cualquiera. Georgiano, había estudiado en la academia militar de Moscú, en la vida amaba tres cosas: a Stalin, porque era obligatorio amarlo y porque era georgiano como él, a Pushkin y a las mujeres. Militar de carrera, jamás había sentido interés por la política, amaba sencillamente el suelo de Rusia, era un hombre iracundo y jovial, infeliz acaso, que, jovencísimo, en la guerra contra los nazis había sido condecorado por su valor, porque a los nazis los odiaba de verdad, pero no era capaz de odiar a los húngaros y no entendía por qué debía hacerlo. Y, con todo, la inesperada resistencia de aquel pueblo lo irritó, lo afligió la muerte de sus soldados y sobre todo la inutilidad de aquella resistencia cuyo sentido era incapaz de comprender, los húngaros sabían que iban a ser barridos como ramitas y que cualquier hora de resistencia no sería más que una ilusión hecha de sangre. ¿Por qué derramar sangre por una ilusión? Aquello lo dejó turbado.

Cuando en Budapest quedó restablecido el orden que exigía Moscú y el gobierno poco grato fue sustituido con hombres más fieles, los oficiales

húngaros que habían participado en la rebelión, como se denominó a la resistencia, fueron procesados. Entre ellos, naturalmente, estaba László, había sido uno de los peores rebeldes y le correspondía una condena ejemplar. Aquel falso tribunal, para alentar sus propias acusaciones, solicitó un informe por escrito al oficial Dimitri, quien lo envió desde Moscú. La sentencia ya estaba escrita, se trataba únicamente de pura fachada, y sin embargo László, dada la fuerza que tienen las cosas escritas, pensó que si era condenado se debía sobre todo al informe de Dimitri. Le cayó la condena que le correspondía a un rebelde como él: fue degradado públicamente, expulsado del ejército a continuación y, por último, encarcelado en su condición de civil, de modo que el uniforme húngaro quedara sin tacha. Cuando lo liberaron era ya un hombre anciano, su casa había sido confiscada, no tenía medios de subsistencia, su mujer había muerto, padecía artritis. Se fue a vivir con su hija, que se había casado con un veterinario de provincia. Y así fue pasando el tiempo, hasta el día en que, con la caída del Muro de Berlín, se derrumbó también el imperio de la Unión Soviética y los sistemas de los países satélites como Hungría. Un par de años después, el gobierno democrático de su nueva nación decidió rehabilitar a los militares que en mil novecientos cincuenta y seis habían dirigido la sublevación contra la Unión Soviética. Eran pocos los que quedaban con vida, y entre esos pocos estaba László.

* * *

A veces el sentido profundo de unos hechos solo se revela una vez que esos hechos parecen haber concluido. La vida de László había llegado aparentemente a su fin, su historia también. Y, por el contrario, es precisamente en ese momento cuando adquiere un significado inesperado.

Su hija y su nieto lo acompañaron a Budapest para la solemne ceremonia con la que se le reintegraba en el ejército y se le concedía la medalla de héroe de Hungría. Acudió vistiendo su viejo uniforme, que había resistido al tiempo a pesar de los orificios de alguna polilla. Fue una ceremonia solemne, retransmitida por televisión, en aquel inmenso salón del Ministerio: al igual que muchos años antes fue degradado de un momento a otro, de un momento

a otro ascendió de grado, se vio como general de tierra y le colgaron muchas medallas del pecho. El Ministerio de Defensa le había reservado una lujosa suite en el mejor hotel de la ciudad. Aquella noche László se quedó dormido enseguida, tal vez porque había bebido demasiado, pero se despertó en plena noche, víctima de un largo insomnio, y en aquel insomnio meditó una idea. Es difícil hacer conjeturas acerca de los motivos que impulsaron aquella idea, el caso es que a la mañana siguiente László telefoneó al Ministerio de Defensa, facilitó su nombre y su grado, dictó el nombre y el apellido de cierto general ruso y solicitó sus coordenadas. Se las facilitaron en escasos minutos: los servicios secretos húngaros lo sabían todo de él y hasta le facilitaron su número de teléfono. Dimitri, al igual que él, era general; medalla de oro de la Unión Soviética, ya jubilado, vivía solo en un pequeño piso de Moscú. La nueva Rusia le pasaba una asignación mensual; viudo, estaba inscrito en la asociación de ajedrecistas rusos y tenía un abono para todos los sábados por la noche en un pequeño teatro donde solo se representaba a Pushkin. László lo llamó bien entrada la noche. Dimitri contestó tras el primer timbrado, László le dijo su nombre y Dimitri recordó inmediatamente. László le dijo que quería conocerlo, Dimitri no le preguntó el porqué, lo entendió, László le propuso que viajara a Budapest, él se encargaría de pagarle el viaje y la estancia durante un fin de semana en un gran hotel de Budapest, Dimitri se negó alegando razones plausibles: una Hungría que no le gustaba, determinados servicios secretos extranjeros, quién sabe lo que podía sucederle, confiaba en que lo comprendiera. László dijo que lo comprendía y que por lo tanto, si Dimitri estaba de acuerdo, sería él quien fuera a verle.

Partió hacia Moscú al día siguiente. Su hija intentó oponerse como pudo, pero László le rogó que volviera a casa, que no dejara demasiado solo al veterinario. Cuando regresó, a su hija y a su yerno les contó únicamente que el viaje había ido bien. Ante la insistencia sobre los detalles volvió a repetir que el viaje había ido bien, nada más. Acerca de aquel fin de semana suyo en Moscú no fue más explícito hasta más tarde, cuando se hallaba ya en una ciudad cuyos rascacielos contemplaba desde su pequeño piso de Manhattan.

El sábado por la noche iba a cenar a un pequeño McDonald's entre la calle 70 y Amsterdam Avenue. Lo frecuentaba por dos motivos. En primer lugar, porque había descubierto que en Nueva York en los restaurantes elegantes,

del pollo sirven solo pechuga, al considerar despreciables las demás partes, que acaban en los McDonald's, restaurantes de pobres, y a László lo que le gustaba precisamente eran esas partes del pollo reservadas para los restaurantes modestos. Además, porque en aquel local había conocido a un grupillo de compatriotas que se entretenía hasta tarde jugando al ajedrez. Entre estos había empezado a jugar con un coetáneo suyo, que como él se había opuesto a los soviéticos y que tenía la gran virtud de saber escuchar. Fue a él a quien László decidió contar su viaje a Moscú: era tarde, estaba nevando y en el local solo quedaban ellos dos y el camarero que barría el suelo. Querido Ferenc, dijo, tres días en Moscú, una ciudad donde nunca había estado, qué gran ciudad, te hubiera gustado a ti también, la gente es parecida a nosotros, no como aquí, donde todos nos sentimos unos extraños. El primer día, Dimitri y yo estuvimos hablando de esto y de lo de más allá y jugamos al ajedrez, él me ganó tres veces seguidas y a la cuarta gané yo, pero tuve la impresión de que se dejaba ganar. Al día siguiente estuvimos paseando largo rato por el Moscova y por la noche fuimos a ver un drama de Pushkin. El tercer día me llevó al burdel, es un lugar muy elegante como ya no los hay en Budapest, me sentí muy bien y recobré una virilidad que creía muerta. Ferenc, quiero decirte una cosa, tal vez tú no te lo creas, pero en Moscú pasé los días más hermosos de mi vida.

YO ME ENAMORÉ DEL AIRE¹⁸

El taxi se detuvo ante una verja de hierro forjado pintada de verde. Este es el jardín botánico, dijo el conductor. Él pagó y se bajó del coche. ¿Sabe desde qué lado se ve un edificio de los años veinte?, le preguntó al taxista. El hombre no conseguía entenderle. Tiene unos frisos modernistas en la fachada, especificó, debe de ser un edificio de cierto valor arquitectónico, no creo que lo hayan derribado. El taxista meneó la cabeza y arrancó. Debían de ser casi las once y empezaba a notar el cansancio, el viaje había sido largo. El portal estaba abierto de par en par y un letrero informaba a los visitantes de que los domingos la entrada era gratuita y cerraban a las catorce horas. No le quedaba mucho tiempo, a fin de cuentas. Entró en un paseo orlado de palmeras de tronco altísimo y grácil, con un exiguo penacho de verde. Pensó: ¿serán estas las burití?, en casa se hablaba siempre de las palmeras burití. Al final del paseo empezaba el jardín con una explanada empedrada de la que arrancaban pequeños senderos en dirección a los cuatro puntos cardinales. Sobre las losas del empedrado estaba dibujada una rosa de los vientos. Perplejo, se detuvo sin saber qué dirección tomar: el jardín botánico era grande y no le iba a resultar posible encontrar lo que buscaba antes de la hora de cierre. Escogió el Mediodía. Nunca había dejado de buscar el Mediodía durante toda su vida, y ahora que había llegado a esa ciudad del sur le parecía justo proseguir en la misma dirección. Sin embargo, por dentro, sentía una brisa de tramontana. Pensó en los vientos de la vida, porque hay vientos que acompañan la vida: el céfiro suave, el viento cálido de la juventud que más tarde el maestral se encarga de refrescar, ciertos ábregos, el siroco que te abate, el viento gélido de tramontana. Aire, pensó, la vida está hecha de aire, un soplo y ya está, y por lo demás tampoco nosotros dejamos de ser soplo, aliento, nada más; después, un día, la máquina se detiene y el aliento se termina. Se detuvo él también porque estaba jadeando. Menudo resuello el tuyo, se dijo. El sendero se empinaba rápidamente, en dirección a unas terrazas que se divisaban por detrás de las sombras de magnolias gigantes. Se sentó en un banco y sacó del bolsillo una libreta. Iba apuntando en ella los

nombres de los lugares de proveniencia de las plantas que lo rodeaban: Azores, Canarias, Brasil, Angola. Dibujó con el lápiz algunas hojas y algunas flores, después, utilizando las dos páginas centrales de la libreta, dibujó la flor de un árbol que tenía un nombre muy extraño, que provenía de las Canarias-Azores. Era un gigante majestuoso con largas hojas lanceoladas y unas enormes flores túrgidas en forma de panocha que parecían frutos. La edad de aquel gigante era realmente respetable, echó cuentas: en tiempos de la Comuna de París ya debía de ser adulto.

Sintió que había recobrado el aliento y se encaminó a paso ligero hacia el final del sendero. El sol lo embistió de lleno, deslumbrándolo. Hacía mucho calor, y sin embargo, la brisa que venía del océano era fresca. La zona sur del jardín botánico terminaba en aquella enorme terraza cortada a pico sobre la ciudad, desde donde se veía una panorámica completa, el valle ocupado por los barrios más antiguos en una densa cuadrícula de calles y callejuelas, con la mayoría de casas blancas, amarillas y azules. Desde allí arriba podía abrazarse todo el horizonte, y al fondo, a la derecha, más allá de las grúas del puerto, el mar abierto. La terraza estaba delimitada por un muro que le llegaba hasta el pecho, sobre el que estaba representada la ciudad con un mosaico de *azulejos*¹⁹ amarillos y azules. Se puso a descifrar la topografía intentando orientarse en aquel dibujo de trazo ingenuo: el arco de triunfo de la ciudad baja desde donde arrancaban las tres arterias principales, con aquella arquitectura ilustrada debida a la reconstrucción que siguió al terremoto; el centro, con las dos grandes plazas una pegada a la otra, a la izquierda la rotonda con el enorme monumento de bronce, la zona nueva más hacia el norte, con una arquitectura tipo años cincuenta y sesenta. ¿Para qué has venido aquí, se dijo, qué estás buscando?, todo ha desaparecido, todo se ha evaporado, ¡te chinchas! Se dio cuenta de que había hablado en voz alta y se rió de sí mismo. Hizo un gesto hacia la ciudad, como si saludara a alguien. Una campana, a lo lejos, dio tres tañidos. Miró el reloj, faltaba un cuarto de hora para el mediodía, decidió visitar otra zona del jardín botánico y giró sobre sí mismo para encaminarse hacia el otro sendero. En aquel momento llegó hasta él una voz. Era la voz de una mujer que cantaba, pero no conseguía saber dónde. Se detuvo e intentó localizarla. Retrocedió, se asomó al muro y miró hacia abajo. Solo entonces se dio cuenta de que a su

izquierda, casi al abrigo de la escarpada pendiente del jardín botánico, se erguía una casa. Era un edificio viejo cuyo lateral daba al jardín botánico, pero la fachada, bien visible, daba a entender que se trataba de un edificio de principios de siglo, al menos a juzgar por sus grandes cornisas de piedra y por los frisos de estuco que representaban máscaras teatrales enlazadas por coronas de laurel. Estaba coronado por una terraza, una enorme terraza sobre la que se asomaban las chimeneas y por donde corrían las cuerdas para tender la ropa. La mujer le daba la espalda, vista por detrás parecía una muchacha, estaba tendiendo unas sábanas y para llegar a las cuerdas se ponía de puntillas, con los brazos levantados hacia lo alto, como una bailarina. Llevaba un vestido de algodón estampado que dibujaba su cuerpo delgado, y estaba descalza. La brisa hinchaba la sábana contra ella como una vela y parecía que ella la estuviera abrazando. Ahora había dejado de cantar, se había inclinado sobre una cesta de mimbre, colocada sobre un taburete, de la que sacaba ropa de color, camisetas, le parecía, como si escogiera la que debía tender primero. Se dio cuenta de que estaba ligeramente sudado. La voz que había oído y que ahora ya no oía no se había apagado, aún la sentía por dentro, como si hubiera dejado un eco que continuaba, y al mismo tiempo sentía una especie de extraña conmoción, una sensación realmente curiosa, como si su cuerpo hubiera perdido peso y estuviera huyendo hacia una lejanía que no sabía dónde estaba. Sigue cantando, murmuró, por favor, sigue cantando. La muchacha se había puesto un pañuelo en la cabeza, había retirado la cesta de la ropa del taburete y se había sentado en él, intentando protegerse del sol bajo la escasa sombra que formaban las sábanas. Le daba la espalda y no podía verlo, pero él, como magnetizado, la contemplaba fijamente sin ser capaz de apartar la mirada. Sigue cantando, dijo a flor de labios. Encendió un cigarrillo y se percató de que la mano le temblaba ligeramente. Pensó que había tenido una alucinación sonora, a veces creemos oír aquello que querríamos oír, esa canción ya no la cantaba nadie, quienes la cantaban habían muerto todos, y, además, ¿qué canción era esa, a que época se remontaba? Era muy antigua, del siglo XVI o más tardía, vaya usted a saber, ¿era una balada, una canción de caballería, una canción de amor, una canción de despedida? Él se la sabía en otros tiempos, pero esos tiempos ya habían dejado de ser suyos. Rebuscó en la memoria, y en un instante, como si

un instante pudiera absorber los años, regresó al tiempo en el que alguien lo llamaba *Migalha*. Migalha quiere decir migaja, se dijo, tú eras entonces una migaja. De repente llegó una ráfaga de brisa más fuerte, las sábanas restañaron al viento, la mujer se levantó y empezó a tender unas diminutas camisetas de colores y un par de pantalones cortos. Sigue cantando, susurró él, por favor. En aquel momento las campanas de la iglesia cercana se pusieron a tocar sin pausa el mediodía y, como si hubiera sido evocado por ese sonido, de la pequeña garita donde estaban sin duda las escaleras que conducían a la terraza se asomó un niño y corrió a su encuentro. Tendría cuatro o cinco años, llevaba el pelo rizado, dos sandalias con dos ojos de luneta en las puntas y los pantalones cortos sujetos por los tirantes. La muchacha dejó la cesta en el suelo, se acuclilló, gritando: ¡Samuele!, y abrió los brazos y el niño se arrojó a ellos, la muchacha se levantó y empezó a dar vueltas sobre sí misma abrazada al niño, giraban ambos como un carrusel, las piernas del niño estaban extendidas en horizontal, y ella cantaba: *Yo me enamoré del aire, del aire de una mujer, como la mujer era aire, con el aire me quedé.*²⁰

Él se dejó resbalar hasta el suelo con la espalda apoyada contra el muro y miró hacia lo alto. El azul del cielo era un color que pintaba un espacio abierto de par en par. Abrió la boca, para respirar aquel azul, para engullirlo, y después lo abrazó, estrechándolo contra su pecho. Decía: *Aire que lleva el aire, aire que el aire la lleva, como tiene tanto rumbo no he podido hablar con ella, como lleva polisón el aire la bambolea.*²¹

FESTIVAL

Me preguntó qué me parecía. No era fácil encontrar las palabras, era ya tarde, el cansancio pesaba, me hubiera gustado irme a dormir, miraba las luces del golfo, se había levantado una brisa cargada de humedad, en la terraza del hotel solo quedaban los tres o cuatro trasnochadores habituales, me costaba esfuerzo seguirlo, en una lengua extranjera para los dos además. De vez en cuando él hacía una pausa para buscar la palabra adecuada y en esos vacíos mi atención se perdía más aún, un país bajo vigilancia, confiaba en que lo entendiera, claro que lo entendía, lo entendía perfectamente, por más que para entender mejor las cosas haya que haberlas tocado con la mano, pero sabía perfectamente que en aquellos años el suyo era un país bajo vigilancia, es más, un país policíaco, mejor dicho. Exactamente eso, dijo él, un país policíaco, y yo era un pobre empleado estatal, porque todo era del Estado, ¿me entiende?, usted quiere saber por qué en la biografía que le he dado al jurado del festival en el apartado profesión he escrito abogado, muy sencillo, porque era mi profesión, yo era un abogado a sueldo del Estado, defendía por cuenta del Estado a las personas a las que el Estado quería condenar, no sé si entiende usted el círculo vicioso, me hallaba dentro de un círculo vicioso, aquel era el cometido de mi profesión, aceptar el círculo vicioso, yo era el perro que se mordía la cola, mejor dicho, era la cola mordida por el perro. Y después añadió: ¿y si nos tomáramos algo? Es una idea excelente, desde luego, concedí, para mí una tisana quizá, las imágenes violentas de la última película que nos habían hecho tragar aquel día se habían quedado en tecnicolor en mis retinas cansadas. La violencia en tecnicolor, continuó él, entre nosotros, en cambio, la violencia era gris, ni en blanco y negro siquiera, gris, y yo tenía que adecuarme a ese gris, porque era el gris funcionario de un Estado que para hacer creer en el extranjero que la democracia pertenecía al pueblo aseguraba a los imputados un abogado de oficio como en las democracias de verdad, solo que los imputados de los que yo me encargaba no habían cometido robos, estafas, homicidios o cualquier otro delito de los que aparecen en el código penal, habían cometido el delito

de pensar de manera distinta a como pensaba el Estado y habían expresado sus ideas en público, o en privado, porque tal vez hubieran hablado de ello con su primo o con su cuñado y estos habían ido a contárselo a la policía estatal. Hizo una pausa, y entretanto el camarero se había acercado con lo que le habíamos pedido, pero yo había cambiado de idea, prefería un café, un expreso a la italiana, hay ocasiones en las que hay que estar bien despiertos, son ocasiones raras, le pregunté si conocía el proverbio, seguramente había una variante parecida en su país, evidentemente lo conocía, si esta noche no duerme atraparé una liebre insólita, dijo sonriendo, un perro al que le mordían la cola, lo mejor es tomárselo a broma, así no caeré demasiado en lo dramático, voy a hablarle de un perro al que le mordían la cola.

La brisa había menguado de repente dejando una noche transparente, por el paseo marítimo pasó un grupillo que cantaba «Cielito lindo», por la mañana habíamos visto una película mexicana a concurso, no tenía posibilidades de ganar, el director y los actores lo sabían, era una película sencilla y muy auténtica, de esas que en los festivales importantes no reciben premios, si acaso habla de ella algún crítico fino. Lo han entendido y se prestan al juego, dije yo. Yo también me prestaba al juego en cierta forma entonces, dijo él, porque se presta uno al juego incluso cuando este está trucado esperando que un día salga la carta ganadora, es esa la perversidad del círculo vicioso, es como Aquiles y la tortuga, sobre el papel la tortuga gana la carrera, la lógica es convincente, pero la verdad es que Aquiles es Aquiles, y tú eres la tortuga, discúlpeme por estas divagaciones zoológicas, del perro he saltado a la tortuga, es que en los procesos partíamos a la par, y la tortuga podía llegar en teoría antes que Aquiles, y la meta consistía en la absolucón de los imputados, pero esa meta para la tortuga no llegaba nunca, mi carrera consistía en arrancar penosamente detrás del de los pies ligeros de manera que no cruzase la meta demasiados metros por delante de mí, total, la carrera era suya, digamos que yo me contentaba con centímetros, trabajaba centímetro a centímetro, no sé si me explico, le hago una ecuación: un centímetro, un año de trabajos forzados menos, dos centímetros, dos años menos, y así en adelante, a veces nos veíamos obligados a contentarnos incluso con milímetros, intentaba roer algunos milímetros, dos o tres meses menos de cárcel son muchos en la vida de un hombre, por ejemplo: señorías,

mi defendido no pretendía atentar contra la seguridad del Estado en absoluto, es verdad que los libros hallados en su piso han sido publicados en Francia, pero me permito hacer notar a este respetable tribunal que se trata de libros sobre la Revolución Francesa, que como todos sabemos puso fin a la monarquía absoluta: cosas de ese estilo, y jamás vi que el Ministerio Fiscal planteara una sola objeción, un interrogatorio, una pregunta, total, la carrera ya la tenían ganada de entrada, la sentencia estaba ya escrita, a los jueces les bastaban unos cuantos minutos de falsa reunión en la sala de deliberaciones para leer después una hoja que tenían ya en el bolsillo, pero con cuánta compunción escuchaban mi alegato, esos razonamientos míos que apelaban a la clemencia o reivindicaban el derecho a pensar, según los milímetros que debía roer en cada circunstancia. Hizo un gesto con la mano como diciendo basta, cogió los cigarrillos y el mechero de la mesa, dejó un billete en el platito de la cuenta. No quisiera seguir aburriéndole, dijo en voz baja, estará usted cansado, y esta es una historia que ya ha caducado. Y entonces, con un gesto de intimidación no muy adecuado para lo poco que nos conocíamos, le detuve sujetándolo de un brazo. No podemos permitir que esa historia se la engulla la noche, dije, por favor. Me estaba perdiendo en demasiados detalles, dijo él, discúlpeme, procuraré ser sintético, por lo demás esta vieja historia en el fondo es muy simple, o por lo menos vista desde aquí ahora me parece simple y los detalles la empobrecen, es que cierto día, un día fatídico, no tenía absolutamente ningún milímetro que roer, era el cero absoluto, iba a quedarme en la línea de salida, hubiera podido sostener que mi defendido no estaba en pleno uso de sus capacidades mentales, pero ni siquiera podía alegar algo así, no era un atenuante adecuado para un periodista de talento conocido por no haber disentido jamás del régimen, pero cómo, ¿un hombre así no era responsable de sus propias acciones?, se hubieran desternillado en mi propia cara. El caso era este: mi defendido había filtrado a un semanario alemán ciertos documentos sobre la represión del régimen, tenía un topo en el Ministerio del Interior y había preparado las cosas con cuidado, había solicitado el pasaporte para viajar a Frankfurt y realizar un reportaje sobre la decadencia de Alemania Occidental, imagínese usted, iba a cruzar la frontera el diez de enero y el doce de enero, un sábado, el semanario publicaría las fotocopias de los documentos con un reportaje firmado por un seudónimo

que, claro, era él. No sé lo que ocurrió, el semanario tenía las fotocopias desde hacía tiempo y tal vez temiera que se le pasara el punto, a la prensa de ustedes siempre le da miedo que la noticia envejezca, lo inesperado no sucede nunca, lo imprevisto siempre, como ha escrito alguien, y lo imprevisto fue eso, un trivial problema de anticipación, esa era la situación de la tortuga, ya no se trataba únicamente de roer milímetros, quizá pudiera obtener para él el manicomio criminal, algo mejor que los trabajos forzados, porque los intelectuales que acababan allí no tenían que afanarse tanto y eran tratados con más respeto, pero desde un punto de vista moral era aún peor, cuando me levanté para pronunciar mi alegato no me sentía ni perro ni tortuga, me sentía exactamente un gusano, para seguir descendiendo en la escala biológica, pero, como le decía antes, lo inevitable no sucede nunca, lo imprevisto siempre. Y lo inesperado fue que la puerta de la sala se abrió, entró un ujier precediendo a un señor hasta el estrado de la corte, era un hombre alto, con algunos hilillos grises en sus cabellos, pensé que sería un oficial de justicia, llevaba una hoja en la mano que les enseñó a los jueces, los magistrados lo fueron leyendo por turnos y se pusieron a confabular entre ellos, el presidente del tribunal hizo un gesto al ujier, este se acercó a la puerta de la sala y dejó entrar a un joven que llevaba una cámara cinematográfica y un micrófono, el joven colocó el micrófono en medio de la sala, abrió después el caballete y situó en él la cámara de modo que filmase la corte de cara y a mí y al imputado de espaldas, el presidente del tribunal me hizo un gesto para que me levantara, me tocaba a mí, la toga sobre los hombros nunca me pareció tan pesada y sentí de repente un calor exagerado en aquella sala donde uno se congelaba, estaba defendiendo un caso realmente difícil pero pronuncié mi alegato con convicción por más que supiera que no serviría de nada, como ya le he dicho, apenas permanecían unos pocos minutos en la sala de deliberaciones, los jueces de esa democracia tenían prisa por regresar a casa, sobre todo en invierno, cuando las calles de Varsovia están llenas de nieve helada y es mejor volver antes de que se haga de noche. Y, por el contrario, tardaban en volver, y los minutos pasaban. Reinaba el silencio, en aquella sala, no puede usted imaginárselo, decir un silencio de tumba es un lugar común pero es que no encuentro otras palabras, mire, mejor, para rendir un homenaje a un escritor del país en el que nos hallamos, le diré que era un

silencio de ultratumba. Por fin regresó el tribunal, pero antes de leer el veredicto el presidente se tomó la molestia de decir que errar es humano, es perseverar lo que resulta diabólico, y el tribunal estaba seguro de que el imputado no perseveraría, era una persona demasiado estimada por el gobierno y por el pueblo para perseverar en su error y que, ese era el veredicto, la enmienda que se esperaba de él era un reconocimiento público de sus propios errores, eventualmente en el diario del partido, que le ofrecía toda su generosa hospitalidad. Por más que hubieran hallado una solución páfida, porque como en los procesos estalinistas pretendían que él mismo se reconociera culpable, con todo no lo habían condenado, no habían tenido valor para condenarlo, y eso era realmente insólito en aquellos tiempos, en mi país. Felicité a mi defendido, que tenía en su rostro una expresión incrédula, yo tenía prisa por salir de la sala para ir a conocer a aquel señor elegante, al ilusionista que había hechizado a las fieras cambiando ante los ojos de los espectadores el número del circo. Él no había notado nada extraño, a veces los artistas son así, a aquel cineasta yo no lo había visto nunca en persona, solo lo conocía de nombre; el porqué de aquella irrupción, eso era lo que quería saber, menuda pregunta, no era una irrupción en absoluto, él era simplemente uno de los directores de los Estudios Estatales del Documental, un instituto del Estado, y se le había ocurrido la idea de realizar un documental sobre los procesos a los ciudadanos acusados de actividades contra el Estado, de modo que había solicitado el correspondiente permiso al Estado, y el Estado obviamente se lo había concedido, porque una institución estatal no puede negar a uno de sus directores el que ruede los procesos que atañen al Estado. Naturalmente, todo el material filmado pasaba por el filtro de los altos funcionarios del Estado para recibir la aprobación antes de ser montado, estaba seguro de que tal aprobación no la obtendría nunca pero esa era una cuestión secundaria, porque lo importante era filmar la realidad, y esos funcionarios la realidad tendrían que meterla en los archivos, no podían tirarla a la basura, y yo sabía igual que él que a los funcionarios del Estado, en este caso a los jueces, no les gusta ser juzgados por otros funcionarios del Estado, porque el nuestro era un Estado fundado en la recíproca sospecha, el único elemento de cohesión que lo mantenía en pie: pues eso, ahí estaba la finalidad, rodar para dejar en los archivos nuestro presente, ¿satisfecho? Y,

llegados a ese punto, le pregunté si podía darme su dirección, el teléfono era mejor evitarlo, me gustaría mucho hablar con él, yo era un gran aficionado al cine. Sin embargo, no fui a verle enseguida, en realidad el cine me interesaba más bien poco, fui cuando llegó el momento, seré breve, porque si no, acabaría por hacer de esto un guión, estábamos a finales del invierno, me recibió en su piso, un lugar sobrio, no había más que libros y carteles, en aquella época éramos todos pobres. Le dije que tenía otro caso que proponerle para sus documentales, un proceso más difícil incluso que el primero, un asunto digno de quedar en los archivos porque el imputado esta vez no era ni siquiera una persona, era una representación, no sé bien si drama o comedia, podía llamarla como prefiriera, era teatro, una representación prácticamente sin texto, casi no se pronunciaban palabras, se hablaba con el cuerpo, había un director, es cierto, pero en la representación hay actores que la interpretan, el autor de la música, el responsable de las luces, el escenógrafo, era imposible llevar a toda esa gente al banquillo de los imputados, en definitiva, ni una sola palabra contraria a los ideales del Estado, el imputado, si es que así puede llamársele, era la manera de poner en escena aquella representación, que se consideraba subversiva, pero hasta los cargos resultaban muy poco claros, ¿cómo era posible acusar a una manera? Venga a filmar un proceso contra la ficción, le dije, un proceso contra la pura ficción. Él vino, y filmó la lectura del acta de imputación por parte del Ministerio Fiscal, una lectura que resultó tan grotesca que hasta el fiscal se percató de ello y en determinado momento empezó a vacilar, la corte no tuvo necesidad de retirarse a la sala de deliberaciones, el presidente del tribunal objetó que la acusación carecía de consistencia jurídica y que la pieza podía representarse. Después pasaron los meses, un año tal vez, durante los cuales no tuve necesidad de ir a buscarlo. Hasta un buen día, en que me vi de nuevo obligado a llamar a su puerta. Pero esta vez no se trataba de una representación, se trataba de la realidad, de la vida de un hombre, así fue como se lo dije, porque con la condena que iban a imponerle era como enterrarlo vivo. Le expuse el caso, y él me escuchó con atención. Es una lástima, dijo, hubiera ido con mucho gusto, por desgracia su documental estaba parado por el momento, al Instituto del Cine se le había acabado la película, se había cursado la solicitud a las autoridades competentes desde

hacía más de un mes y aún no se había procedido a su reposición, conocía mejor que él las demoras de nuestra burocracia, quizá no recibiera la película hasta después del verano. Por mi parte fue un impulso, creo que ni siquiera tuve tiempo de pensar en lo que estaba diciendo, dije: venga incluso sin película, maestro.

Hizo una pausa. Se encendió un cigarrillo, vacilaba como quien teme no ser creído. Fue así como se filmaron mis procesos sucesivos, continuó, con la cámara vacía, y en todas las ocasiones las sentencias fueron generosamente indulgentes. De aquel breve documental, que no llegaba a la media hora, que había filmado efectivamente y que sigue enterrado en los archivos de un Estado difunto, toda la continuación, un par de horas de rodaje por lo menos, es decir, las imágenes filmadas sin película, son las más emocionantes, pero estas viven solo en el archivo de mi memoria y en determinado momento casi me ha parecido verlas proyectadas en la pantalla de esta clara noche de mayo. Calló, dándome a entender que no había nada más que añadir, levantó su vaso en un brindis por algo que solo sabía él y dijo después: ahora entenderá por qué en mi ficha biográfica no he escrito guionista, pero eso no tiene importancia, lo más divertido de toda esta historia es la frase que le dije para convencerlo de que viniera a rodar sin película, le dije: maestro, aquí se trata de la realidad, no de una película. Dese cuenta de la estupidez que le dije: aquí se trata de la realidad, no de una película. Ahora que él ya no se encuentra entre nosotros y que este festival dedica una retrospectiva a toda su cinematografía, excluida la más importante de sus obras, esa que no quedó grabada en película, me ha entrado un deseo que no sé si es nostalgia o añoranza: quisiera que gracias a algún sortilegio saliera de repente de la noche, aunque no fuera más que por unos instantes, para reírse conmigo de aquella frase mía.

Se había puesto en pie. Hizo un gesto amplio que me pareció sin significado, como si estuviera abrazando la noche. De aquella frase mía, añadió, aunque no solo de aquella frase mía, de muchas otras cosas podríamos reírnos solo él y yo, realmente de muchas cosas, ahora que ya no es posible, pero me temo que he abusado de su paciencia y de su cansancio, ya nos veremos mañana en la primera sesión, es una película basada en un bestseller, buenas noches.

BUCAREST NO HA CAMBIADO EN ABSOLUTO

Y además en ese sitio se encontraba bien, demasiado incluso. ¿Que exageraba? No, qué iba a exagerar, estoy mejor que en mi casa, decía, la comida lista, la cama hecha, las sábanas cambiadas una vez a la semana, y una habitación solo para mí, y hasta con un balconcito, es verdad que las vistas no son gran cosa, una explanada de construcciones de cemento, pero en la parte frontal del edificio, desde el balcón común donde están las mesitas y los sillones de mimbre, se disfruta de un magnífico panorama, toda la ciudad, y a la derecha, el mar, no es una residencia, decía, es un hotel. Lo decía casi con rabia, como hablan a veces los viejos, y él no se atrevía a contradecirlo. Papá, murmuraba, no te acalores, yo sé perfectamente que aquí estás bien, ya me doy cuenta. Tú no sabes nada, borbotaba el viejo, qué vas a saber tú, lo dices para contentarme, tú has tenido la suerte de nacer en este país, cuando tu madre y yo conseguimos marcharnos tu madre tenía un tripón así de grande, ¿se te ha ocurrido alguna vez que si no lo hubiéramos conseguido tal vez te habrías convertido en un jovenzuelo fervoroso de ideales con un pañuelo rojo en el cuello, uno de esos boy scouts que escoltaban el cortejo cuando la magnífica pareja pasaba con el coche presidencial bendiciendo a la multitud?, ¿sabes qué hubieras gritado mientras agitabas la banderita?, larga vida al Conducator que conduce a nuestro pueblo hacia un radiante futuro. Y así hubieras crecido, y olvídate de los idiomas que has aprendido aquí y de toda tu cultura y de la lingüística, olvídate de la lingüística, esos te cosían la lengua si no eras un jovenzuelo obediente a los ideales de la magnífica pareja conductriz que conducaba al pueblo hacia un radiante futuro.

Quizá haya terminado ya, pensaba él, ahora sí que se ha desahogado, estará cansado, hubiera querido decir algo para no repetir las obviedades de la visita precedente, de acuerdo, papá, no te acalores, si acabas de decir que aquí estás muy bien, mejor que en tu casa, yo también lo creo, deja en paz el pasado, no pienses en eso, sucedió hace mucho tiempo, por favor, papá. Pero no era capaz de encontrar otras palabras: de acuerdo, papá, no te acalores, si acabas de decir que aquí estás muy bien, mejor que en tu casa, yo también lo creo,

deja en paz el pasado, no pienses en eso. El viejo no le dejaba terminar, le correspondía a él hablar, era justo que así fuera, ahora tenía la mirada perdida en la nada, se acariciaba las rodillas como si quisiera alisar la raya de los pantalones, estaba sentado en aquella butaquita acolchada con un cojín blanco detrás de la nuca mirando fijamente una fotografía en un marco de plata que tenía en la mesilla. Era la imagen de un chico y una chica que estaban abrazados, él le rodeaba la cintura con su brazo derecho, ella le pasaba una mano por el hombro casi sin apoyarla, como si sintiera pudor al ser fotografiada, llevaba una cinta en el pelo, un peinado vaporoso y un vestido modesto, de un corte que le recordaba a ciertas películas de antes de la guerra, qué extraño, aquella fotografía la había visto siempre en casa sobre la cómoda de la habitación de sus padres, una vez, de niño, preguntó a su madre quiénes eran y ella contestó: personas a las que no llegaste a conocer.

¿A que no sabes que esa pareja atroz fue recibida por todas partes con los máximos honores hasta ayer mismo?, el viejo no dejaba de hablar siguiendo el hilo de sus pensamientos, ¿lo sabes o no lo sabes? Él no le contestaba, se limitaba a asentir levemente, no era ayer, papá, osaba murmurar, los mataron hace más de quince años, papá. El viejo no le había oído. Le daban doctorados honoris causa uno tras otro, a la gran científica, continuaba, había inventado una poción mágica, una gelatina que hacía rejuvenecer, detenía el tiempo, déjate de las glándulas de mono de ese otro charlatán ruso, unas gachas de sémola, jalea real y cieno del Mar Negro, y por ese maravilloso descubrimiento suyo los jefes de Estado de los países que ahora visitas tú la recibían como una benefactora de la humanidad, doctorados honoris causa a toneladas, en Francia en Italia en Alemania, no me acuerdo bien, en esa Europa tuya, en cualquier caso, ¿tú ahora dónde das clase?, ¿en Roma? No te olvides de que las leyes raciales fueron inventadas precisamente allí; en cambio, a ese precioso país donde hicimos que nacieras van de visita personajes siniestros, fascistones, y son recibidos con todos los honores, todo al revés, a ese otro donde nacimos tu madre y yo acudían en cambio los devotos del sol del porvenir, los atraía la papilla de la eterna juventud de la falsa científica, vejestorios como yo que no se resignaban, se instalaban en un bonito hotel a orillas del Mar Negro, se daban unos banquetes de órdago, pero cada mañana se tomaban en ayunas dos cucharadas de la mágica jalea

real, después se iban con toda libertad a la playa reservada, progresistas y naturistas, a mirarse debajo de la tripa a ver si el remedio de la conductriz causaba efecto. Era una enfermera, empezó su carrera de científica metiendo palanganas bajo el trasero de los viejos en lugares como este, después se casó con el condotiero del pueblo y se convirtió en una científica, ¿me has dicho que vuelves a Roma mañana?, si tienes ocasión dale recuerdos al tipo ese, cuando se asome a la ventana, lo vimos en el televisor mientras se iba de excursión a esos sitios adonde me llevaron de vacaciones cuando era joven, se había puesto unos zapatitos muy agraciados y vestiduras blancas, precisamente el color más adecuado para ese sitio, la inocencia, si por lo menos hubiera llevado un sayo, que es una vestidura seria para ciertas circunstancias, y como si no bastase, ¿qué se le ocurre decir con esa vocecilla suya de castrado?, pues nada menos que preguntarle al Señor, al suyo, naturalmente, por qué estaba ausente, por qué no estaba allí, y dónde estaba. Pero ¿qué clase de preguntas son esas? *Gott mit uns*, hijo mío, ahí es donde estaba, estaba con ellos, estaba allí, junto a los centinelas de guardia de las verjas, no fuera a ser que a alguno de nosotros se le viniera a la cabeza la idea de huir, por más que no nos tuviéramos en pie.

Se había encendido un cigarrillo que tenía escondido debajo de una servilleta en el cajón donde guardaba las medicinas. Cuando te vayas abre la ventana, dijo, si la enfermera se da cuenta me monta una escena, es un encanto de mujer pero observa el reglamento, aquí son todos unos maniacos del reglamento, en cualquier caso aquí estoy mucho mejor que en mi casa, que por lo demás no es que sea un palacio, y, además, ¿te acuerdas de la asistente social que me había asignado el ayuntamiento para que, según lo previsto, me atendiera cuatro horas a la semana?, ¡pues qué va!, aquella ucraniana cabezota me miraba como si fuera papel timbrado, y ni una sola palabra de rumano, y además a personas como nosotros, estoy pensando ahora en la familia de tu madre, que en Ucrania pasaron lo que pasaron, ¿no se te ocurre nada mejor que darle una ucraniana como asistente social, una cabezota que si le hablas en rumano hace como si no te entendiera y que te contesta en su idioma? Él hubiera querido decirle: papá, por favor, no digas cosas absurdas, ella no te hablaba en su idioma, te hablaba en hebreo, y no es que hiciera como si no entendiera rumano, es que era verdad que no te

entendía, eres tú el que nunca quiso aprender hebreo correctamente, siempre te obstinaste en hablar en rumano, incluso conmigo, yo te lo agradezco porque me has dado tu idioma, pero no puedes hacer de eso una cuestión nacional, yo entiendo el problema que tuviste, cuando mamá y tú llegasteis aquí teníais más de cuarenta años, no debió de resultar fácil, pero no puedes echarle la culpa a la asistente social si no te habla en rumano. En cambio, prefirió no decir nada porque el viejo, entretanto, había retomado su soliloquio volviendo a un tema aparentemente concluso, como tenía por costumbre. Te rogaría que no me obligaras a repetírtelo, dijo, aquí es como estar en un hotel, y si quieres quedarte en Roma dando clases de esas disciplinas tuyas, que no te entren problemas de conciencia, ¿es que no ves esta habitación tan estupenda?, un hotel así no me ha tocado a mí en la vida, tú no puedes ni imaginarte cuando tu madre y yo conseguimos salir de aquella alcantarilla, tú no puedes ni imaginarte el sitio en el que dejé a mi hermano, después de su enfermedad, aquello no era un hospicio, era un campo de concentración, el campo de concentración del gran condotiero del pueblo rumano, lo dejé en una silla de ruedas en el pasillo, intentó seguirnos hasta la salida pero no se movió ni un milímetro, las sillas de ruedas de los hospicios del Conducator estaban atornilladas, y entonces empezó a rezar en voz alta, me llamaba y recitaba el Talmud, para detenerme, ¿lo entiendes?, si tu madre y yo nos marchábamos, nadie más iría a visitarlo, a encargarse de él, pero en aquel momento, mientras yo estaba llorando e intentaba ocultar las lágrimas, con todas aquellas brujas de batas blancas que me miraban, todas espías disfrazadas de enfermeras, digo, en aquel momento, en definitiva, algo así no puede hacerse a un hermano, ¿tú le harías algo así a un hermano aunque nunca lo hayas tenido?, y entonces yo me di la vuelta y dije en voz alta para que las espías en bata blanca me oyeran bien: de los campos de Codreanu nos libramos los dos juntos, pero el del gran condotiero me ha tocado vivirlo a mí solo, durante cinco años, querido hermano mío, y dado que he sido reeducado puedo marcharme, porque a los reeducados en ocasiones les conceden el visado de salida, y de mi reeducación conservaré un recuerdo muy personal.

Calló, como si hubiera terminado, pero no había terminado, no era más que una pausa, lo único que le hacía falta era recobrar el aliento. Sabes, hijo mío,

continuó, por muchas ganas que tengas de contarles tus recuerdos a los demás, podrán escuchar tu relato y puede incluso que lo entiendan todo hasta en sus mínimos detalles, pero ese recuerdo seguirá siendo tuyo y solo tuyo, no se convertirá en un recuerdo ajeno porque se lo hayas contado a los demás, los recuerdos se cuentan, pero no se transmiten. Y fue entonces cuando él, visto que el razonamiento venía a cuento, dijo: a propósito de memoria, papá, me ha dicho el médico que te niegas a tomarte tus medicinas, la enfermera se ha dado cuenta de que finges engullir las pastillas y después las echas al lavabo, ¿por qué lo haces? Estos médicos no me gustan, murmuró el viejo, no entienden nada, créeme, no son más que unos sabiondos ignorantes. No creo que haya mucho que entender, papá, replicó él, lo único que intentan es ayudar a una persona de tu edad, eso es todo, por lo demás el diagnóstico es alentador, no hay ninguna patología seria como nos temíamos, en caso contrario tu actitud sería comprensible porque no sería una actitud, sino el indicio de una patología progresiva, aunque en tu caso es una actitud, o tal vez un hecho puramente psicológico, eso es lo que dicen los médicos, por eso te han prescrito estas píldoras, es un psicofármaco muy ligero, nada especial, una simple ayuda. El viejo lo miró con una expresión que le pareció de conmiseración, tal vez hubiera un tono irónico en su voz. Ayudar, dijo, claro, naturalmente, ayudar, lo que esa gente pretende es abrillantarte la memoria como un espejo, esa es la cuestión, que pueda funcionar no como ella quiere sino como quieren ellos, que deje de obedecerse a sí misma, a su propia naturaleza, que no es de forma geo-métrica, la memoria no puedes representarla con un precioso dibujito geométrico, adquiere la forma que más le place según el momento, según el tiempo, según quién sabe qué, y ellos, esos doctorcitos, pretenden trigonometrizarla, esa es la palabra adecuada, de modo que resulte perfectamente medible, como un dado, por ejemplo, eso les conforta, un dado tiene seis caras, le vas dando vueltas y ves todas las caras, ¿tú crees que la memoria es un dado? Hizo un gesto con la mano como si espantara una mosca. Calló. Sus manos habían dejado de alisarse la raya de los pantalones. Con los ojos cerrados, la cabeza apoyada en el cojín de la butaca, parecía como si se hubiera quedado dormido. Hace muchos años, susurró, tenía un sueño recurrente, empecé a soñarlo a los quince años, en el campo de concentración, y durante media vida me lo llevé arrastrando, era

raro que pasase una noche sin que lo soñara, a decir verdad ni siquiera era un sueño, porque los sueños, incluso los más desarticulados, tienen una historia en todo caso, y el mío era más bien una imagen, como si fuera una fotografía, mejor dicho, era mi cabeza la que sacaba aquella fotografía, si es que puede decirse así, porque yo estaba allí de pie, mirando la niebla y en determinado momento, clic, mi cerebro sacaba una fotografía y ante mí se dibujaba un paisaje, mejor dicho, no había ningún paisaje, era un paisaje hecho de nada, había sobre todo una verja, una magnífica verja blanca, abierta de par en par ante un paisaje que no existía, nada más que aquella imagen, el sueño era fundamentalmente lo que yo sentía al mirar aquella imagen que mi cerebro había fotografiado, porque los sueños no son tanto lo que sucede como la emoción que sientes al vivir lo que sucede, y no sabría explicarte bien la emoción que sentía, porque las emociones no pueden explicarse, para explicarlas hay que transformarlas en sentimientos, eso lo entendió muy bien Baruch, pero el sueño no es lugar adecuado para transformar una emoción en sentimiento, lo que puedo decirte es que era un gran aflicción, porque sentía al mismo tiempo un gran deseo de lanzarme a la carrera, cruzar aquella verja y sumergirme en lo ignoto que se abría ante ella, huir hacia no sé qué, pero al mismo tiempo experimentaba una sensación de vergüenza, como una culpa que no había cometido, el miedo a oír la voz de mi padre reprochándome algo, aunque no hubiera ninguna voz en aquel sueño, era un sueño mudo, con el miedo a oír alguna voz. Aquel sueño desapareció la primera noche que llegamos a este país. Dormimos en Jaffa en casa de unos amigos a los que no llegaste a conocer, murieron pronto, a tu madre ya no le estaba la ropa, teníamos solo dos maletas y soplaban vientos de guerra, por lo demás en este país son vientos que nunca han cesado, dormimos en la terraza, sobre dos jergones improvisados, hacía calor, se oían sirenas en la lejanía y de las calles provenían ruidos poco tranquilizadores para quienes estábamos acostumbrados al silencio de las noches de Bucarest, y sin embargo aquella noche dormí como un niño, y aquella especie de sueño no volvió a presentarse.

Se interrumpió. Abrió los ojos un instante para mirar a su hijo y volvió a cerrarlos después. Empezó de nuevo a hablar con una voz tan baja que el hijo tuvo que inclinarse hacia delante para poder oírlo. La semana pasada regresó,

susurró, exactamente igual, la misma verja de hierro, blanquísima, los sueños no se oxidan, evidentemente, ni tampoco las emociones que los acompañan, es exactamente igual que lo que sentía en otros tiempos, la misma aflicción, el deseo de echar a correr y de cruzarla, correr para ver lo que oculta y adónde conduce, y algo me retiene, pero no es la voz de mi padre, la mía es una película muda al igual que son mudas las fotografías, no es la voz de mi padre, si por lo menos oyera su voz, es el miedo a oírla, y ahora ya basta.

Abrió los ojos y con voz firme preguntó: ¿cuándo te marchas? Él contestó: el miércoles, papá, pero volveré a visitarte dentro de un mes. No malgastes así tu dinero, dijo el viejo, quién sabe cuánto costará un billete aéreo desde Roma hasta aquí. Papá, dijo él despidiéndose, no me seas un viejo judío tacaño, te lo ruego. Yo soy un viejo judío tacaño, dijo el viejo, ¿qué otra cosa podría ser más que un viejo judío tacaño?, antes de irte abre la ventana, por favor, si la enfermera nota el olor a humo se enfada.

* * *

Por suerte solo llevaba equipaje de mano, lo suficiente para un fin de semana, en caso contrario, la espera en las cintas de recogida de equipajes le habría hecho perder quién sabe cuánto tiempo, lo sabía. Cuando desde la sala de las llegadas salió al vestíbulo del aeropuerto le embistió una luz cegadora mucho más feroz que la de Roma, y sobre todo notó el calor y casi se sorprendió por ello, como si hubiera olvidado que a finales de abril en Tel Aviv ya es prácticamente verano, y su olfato captó algunos aromas familiares que le estimularon el apetito. Debía de haber por allí cerca el carrito de algún vendedor que estaba friendo *falafel*, miró a su alrededor porque se le ocurrió la idea de comprar un paquetito para llevárselo a su padre, sabía perfectamente que le tocaría oír que los *falafel* no podían compararse con los *covrigi* rumanos que su madre había cocinado durante toda su vida, pero en el aeropuerto Ben Gurión no podía pretender encontrar *covrigi*, hubiera podido encontrarlos en algún bistró rumano cerca del mercado del Carmel, pero quién sabe cuánto tiempo hubiera perdido a causa del tráfico. Localizó al hombrecillo que vendía los *falafel* y compró un pequeño cucurucho, salió a la

luz que le hería los ojos y se puso en fila para coger un taxi. Le tocó uno conducido por un joven palestino, un muchacho imberbe con una tentativa de pelusa sobre el labio superior que así, a ojo, ni siquiera le pareció mayor de edad. Le habló en árabe, para no obligarlo a hablar en hebreo. ¿Tienes carnet?, le preguntó. El muchacho lo miró con los ojos muy abiertos. ¿Es que cree que quiero que me detengan?, contestó, esa gente detiene a todo el mundo, uno acaba en la cárcel por mucho menos. La respuesta le dejó turbado: esa gente detiene a todo el mundo, ¿esa gente?, ¿quiénes?, si es su país, pensó, «esa gente» era su país. Le indicó el destino de manera aproximativa. Cerca de Ben Yehuda, dijo, ya te explicaré después el lugar exacto. Un lugar elegante, observó el muchacho con una sonrisa pícara. Elegantísimo, dijo él, es un hospicio para viejos. El taxista acababa de meterse en el tráfico cuando se le ocurrió una idea. ¿Conoces una buena pastelería palestina? Ya tenía los *falafel*, los *covrigi* no tenía ganas de ir a buscarlos, ¿por qué no llevarle a su padre una especialidad palestina?, le había oído decir durante toda su infancia que los judíos rumanos son los otros palestinos de Israel. Conozco una extraordinaria, contestó el taxista con entusiasmo, en la que trabaja mi hermano, hacen incluso un *baklava* que no se encuentra en ninguna otra parte. El *baklava* no es palestino, es iraquí, dijo él, disculpa, pero es iraquí, no te ofendas. Qué va a ser iraquí, contestó el muchacho, escandalizado, mira con lo que me sale.

La enfermera de la portería le dijo que probablemente su padre estaría en la terraza común, a esa hora a los huéspedes se les servía una taza de té. Lo encontró sentado ante una mesita en compañía de tres amigos. Junto a la taza había una baraja de cartas, quizá hubieran estado jugando una partida. Casi se sorprendió al ver que se levantaba y salía a su encuentro con los brazos abiertos y un aire festivo.

Se sentaron en una mesita apartada, él dejó los dos pequeños cucuruchos sobre la mesa, no tuvo tiempo de decir una sola palabra antes de que su padre le preguntara si quería un té o un café, no lo había visto nunca tan atento. ¿Cómo estás?, le preguntó. Estupendamente, contestó el viejo, nunca me he sentido tan bien. Tenía en los ojos una expresión pícara, casi socarrona, como de quien pide complicidad para algo. ¿Duermes bien?, le preguntó. Mejor que un niño, contestó el viejo. La terraza daba la vuelta a todo el edificio, en la

última planta, pero desde la mesa en la que estaban sentados no se veía el mar, se veía la ciudad resplandeciente bajo el sol de la tarde. Permanecieron en silencio. Su padre le pidió un cigarrillo. Él no fumaba, pero había comprado una cajetilla de cigarrillos en el aeropuerto, la compraba siempre que iba a visitarlo. El viejo se apoyó en el respaldo de la silla, aspiró con satisfacción una bocanada de humo y con un amplio gesto del brazo, como quien le enseña a un visitante algo que le pertenece, señaló la ciudad que se extendía a sus pies. Me alegra mucho de que hayas vuelto a mi país, dijo, ya era hora. Repitió el amplio gesto con el brazo en el aire. En todos estos años Bucarest no ha cambiado en absoluto, dijo sonriendo, ¿no te parece?

A CONTRATIEMPO

Ocurrió así:

el hombre había embarcado en un aeropuerto italiano, porque todo empezaba en Italia, y que fuera Milán o Roma era secundario, lo importante es que fuese un aeropuerto italiano que permitiera tomar un vuelo directo para Atenas, y desde allí, tras una breve espera, un enlace para Creta con la Aegean Airlines, porque de eso estaba seguro, de que el hombre había viajado con la Aegean Airlines, de modo que había cogido en Italia un avión que le permitía enlazar desde Atenas con Creta alrededor de las dos de la tarde, lo había visto en el horario de la compañía griega, lo que significaba que este había llegado a Creta alrededor de las tres, tres y media de la tarde. El aeropuerto de salida tiene, en todo caso, una importancia relativa en la historia de quien había vivido aquella historia, es una mañana de un día cualquiera de finales de abril de dos mil ocho, un día espléndido, casi veraniego. Lo que no es un detalle insignificante, porque el hombre que estaba a punto de coger el avión, meticuloso como era, le daba mucha importancia al tiempo y consultaba un canal vía satélite dedicado a la meteorología de todo el globo, y el tiempo, según había visto, era realmente espléndido en Creta: veintinueve grados durante el día, cielo despejado, humedad dentro de los límites consentidos, un tiempo de playa, el ideal para tumbarse en esas arenas blancas de las que hablaba su guía, sumergirse en el mar azul y gozar de unas merecidas vacaciones. Porque ese era también el motivo del viaje de aquel hombre que estaba a punto de vivir esa historia: unas vacaciones. Y en efecto eso fue lo que pensó, sentado en la sala de espera de los vuelos internacionales de Roma-Fiumicino, mientras esperaba que el altavoz lo llamara para embarcar hacia Atenas.

Y por fin está en el avión, cómodamente instalado en clase preferente –es un viaje pagado, como se verá después–, agasajado por las atenciones de los asistentes de vuelo. Su edad es difícil de establecer, incluso para quien conocía la historia que el hombre estaba viviendo: digamos que entre los cincuenta y los sesenta, delgado, robusto, de aspecto sano, pelo entrecano,

bigotillos finos y rubios, gafas de plástico para la presbicia colgadas del cuello. La profesión. También acerca de este punto para quien conocía su historia había cierta incertidumbre. Podía tratarse de un mánager de una multinacional, uno de esos anónimos hombres de negocios que se pasan la vida en una oficina y cuyos méritos son reconocidos un día por la sede central. Pero también de un biólogo marino, uno de esos estudiosos que, observando al microscopio las algas y los microorganismos sin moverse de su laboratorio, son capaces de afirmar que el Mediterráneo se convertirá en un mar tropical como tal vez lo fuera hace millones de años. Pero también esa hipótesis le parecía poco satisfactoria, los biólogos que estudian los mares no siempre están encerrados en sus laboratorios, recorren playas y acantilados, hasta se sumergen, realizan hallazgos científicos personales, y aquel pasajero adormecido en su asiento de preferente en un vuelo para Atenas no tenía realmente aspecto de biólogo marino, tal vez los fines de semana iba al gimnasio y mantenía en buena forma su propio cuerpo, nada más. Pero, en realidad, si realmente iba al gimnasio, ¿para qué iba? ¿Con qué objeto mantener su cuerpo con aquel aspecto tan juvenil? Realmente no había motivo: con la mujer a la que había considerado la compañera de su vida ya hacía tiempo que había terminado, no tenía nueva compañera ni amante, vivía solo, se guardaba mucho de cualquier compromiso serio, aparte de alguna rara aventura de esas que pueden ocurrirles a todos. Tal vez la hipótesis más creíble es que fuera un naturalista, un moderno seguidor de Linneo, y que se dirigiera a un congreso a Creta junto con otros expertos en hierbas y en esas plantas medicinales que abundan en Creta. Porque una cosa era cierta, estaba de camino hacia un simposio de estudiosos como él, el suyo era un viaje que premiaba una vida entera de trabajo y de abnegación, el simposio tenía lugar en la ciudad de Retimno, iba a alojarse en un hotel formado por bungalós, a pocos kilómetros de Retimno, adonde un coche a su servicio lo llevaría cada tarde, y tendría todas las mañanas a su disposición.

El hombre se despertó, sacó de la bolsa de mano la guía de Creta y buscó el hotel donde iba a alojarse. El resultado lo tranquilizó: dos restaurantes, una piscina, servicio de habitaciones, el hotel, cerrado durante el invierno, no abría hasta mediados de abril, lo que significaba que debían ser poquísimos los turistas, los clientes habituales, los nórdicos sedientos de sol, como los

definía la guía, estaban aún en sus casitas boreales. Una amable voz ante el micrófono rogó que se abrocharan los cinturones, había empezado el descenso hacia Atenas, donde aterrizarían al cabo de unos veinte minutos aproximadamente. El hombre cerró la mesita y puso derecho el respaldo del asiento, metió la guía en la bolsa de mano y sacó de la redcilla del asiento de delante el periódico que había distribuido la azafata y al que no había prestado atención. Era un periódico con muchos suplementos en color, como ya es costumbre en los fines de semana, el de economía y finanzas, el de deportes, el de decoración y el *magazine*. Descartó todos los suplementos y abrió el *magazine*. En la portada, en blanco y negro, había una fotografía del hongo de la bomba atómica, con este titular: «Las grandes imágenes de nuestro tiempo». Empezó a hojearlo con cierta reluctancia. Después de un anuncio de dos estilistas junto a un jovenzuelo con el torso desnudo, que por un momento tomó por una de esas grandes imágenes de nuestro tiempo, la primera verdadera imagen de nuestro tiempo: la losa de piedra de una casa de Hiroshima en la que, a causa del calor de la explosión atómica, el cuerpo de un hombre se había licuado dejando impresa su propia sombra. No la había visto nunca y se sorprendió, sintiendo una especie de remordimiento contra sí mismo: aquello había ocurrido más de sesenta años antes, ¿cómo era posible que no la hubiera visto nunca? La sombra sobre la piedra estaba de perfil, y en ese perfil le pareció reconocer a su amigo Ferruccio, que el día de Nochevieja de mil novecientos noventa y nueve, poco antes de medianoche, sin motivos comprensibles se tiró del décimo piso de un edificio de Via Cavour. ¿Cómo era posible que la silueta de Ferruccio, aplastada contra el suelo el treinta y uno de diciembre de mil novecientos noventa y nueve, se pareciera a la silueta absorbida por una piedra de una ciudad japonesa en mil novecientos cuarenta y cinco? La idea era absurda, y sin embargo se le cruzó por la mente con toda su absurdidad. Siguió hojearlo la revista, y entretanto su corazón empezó a latir con un ritmo desordenado, uno-dos-pausa, tres-uno-pausa, dos-tres-uno, pausa-pausados-tres, las llamadas extrasístoles, no era nada patológico, se lo había asegurado el cardiólogo tras un día entero de pruebas, solo una cuestión de ansia. Pero, entonces, ¿por qué? No podían ser aquellas imágenes las que le provocaban tanta emoción, eran cosas lejanas. Aquella niña desnuda con los brazos levantados que corría al encuentro de la

cámara fotográfica con el trasfondo de un paisaje apocalíptico ya la había visto más de una vez sin experimentar una impresión tan violenta, y ahora en cambio le provocó una intensa turbación. Pasó la página. Al borde de una fosa había un hombre arrodillado con las manos unidas, mientras un muchachito de aspecto sádico le apuntaba con una pistola a la sien. Jemeres Rojos, decía el pie de foto. Para confortarse se obligó a pensar que eran asuntos de lugares lejanos y definitivamente alejados en el tiempo, pero pensarlo no fue suficiente, una extraña forma de emoción, que era casi un pensamiento, le estaba diciendo lo contrario, aquella atrocidad había ocurrido ayer, mejor dicho, había ocurrido justo esa mañana, mientras él estaba cogiendo el avión, y como por arte de magia había sido impresa en aquella página que estaba mirando. La voz por megafonía comunicó que a causa del tráfico aéreo el aterrizaje se retrasaría un cuarto de hora, y mientras tanto los pasajeros podían disfrutar del panorama. El avión dibujó una amplia curva, inclinándose a la derecha; por la ventanilla del lado contrario consiguió divisar el azul del mar mientras la suya encuadraba la blanca ciudad de Atenas, con una mancha de verde en el medio, un parque indudablemente, y la Acrópolis después, se veía perfectamente la Acrópolis, y el Partenón, notó que las palmas de sus manos estaban húmedas de sudor, se preguntó si no sería una especie de pánico provocado por el avión que daba vueltas sin sentido, y mientras tanto miraba la fotografía de un estadio donde unos policías de cascos con viseras apuntaban con sus fusiles ametralladores a un grupo de hombres descalzos, y debajo estaba escrito: Santiago de Chile, 1973. Y en la página de al lado una fotografía que le pareció un montaje, un truco indudablemente, no podía ser verdad, no la había visto nunca: en el balcón de un palacio decimonónico se veía al papa Juan Pablo II, junto a un general de uniforme. El Papa era sin duda el Papa, y el general era sin duda Pinochet, con ese pelo untado de brillantina, el rostro regordete, los bigotillos y las gafas Ray-Ban. El pie de foto rezaba: Su Santidad el Pontífice en su visita oficial a Chile, abril de 1987. Se puso a hojear a toda prisa la revista, como ansioso por llegar hasta el final, casi sin mirar las fotografías, pero ante una tuvo que detenerse, se veía a un chico de espaldas vuelto hacia una furgoneta de la policía, el muchacho tenía los brazos levantados como si el equipo de sus amores hubiera marcado un gol, pero, mirándola mejor, se

entendía perfectamente que estaba cayendo hacia atrás, que algo más fuerte que él lo había abatido. Debajo estaba escrito: Génova, julio de 2001, reunión de los ocho países más ricos del mundo. Los ocho países más ricos del mundo: la frase le provocó una extraña sensación, como algo al mismo tiempo comprensible y absurdo, porque era comprensible y sin embargo absurdo. Cada fotografía tenía una página plateada como si fuera Navidad, con la fecha en caracteres grandes. Había llegado al dos mil cuatro, pero vaciló, no estaba seguro de querer ver la fotografía siguiente, ¿cómo era posible que mientras tanto el avión siguiera dando vueltas sin sentido?, pasó la página, se veía un cuerpo desnudo arrojado al suelo, evidentemente era un hombre, pero en la foto su zona púbica estaba desenfocada, un soldado con un uniforme de camuflaje extendía una pierna hacia el cuerpo como si alejara con el pie un saco de basura, el perro que sujetaba de una correa intentaba morderle una pierna, los músculos del animal estaban tan tensos como la cuerda que lo sujetaba, en la otra mano el soldado sostenía un cigarrillo. Debajo estaba escrito: cárcel de Abu Ghraib, Irak, 2004. Después de esa, llegó al año en el que él se hallaba, el año de gracia de dos mil ocho después de Cristo, es decir se halló en sincronía, eso fue lo que pensó por más que no supiera con qué, pero sincrónico. Ignoraba cuál sería la imagen con la que estaba en sincronía, pero no pasó la página, y mientras tanto el avión estaba aterrizando por fin, vio la pista que corría por debajo de él con las rayas blancas intermitentes que a causa de la velocidad se convertían en una raya única. Había llegado.

El aeropuerto Venizelos parecía nuevo y reluciente, sin duda lo habían construido con ocasión de las Olimpiadas. Se congratuló consigo mismo por ser capaz de llegar hasta la sala de embarque para Creta evitando leer los letreros en inglés, el griego que había aprendido en el instituto seguía siéndole útil, qué curioso. Cuando bajó en el aeropuerto de Hania en un primer momento no se dio cuenta de que ya había llegado a su destino: en el breve vuelo desde Atenas a Creta, poco menos de una hora, se había quedado profundamente dormido, olvidándose de todo, según le pareció, incluso de sí mismo. Hasta tal extremo que cuando por la escalerilla del avión salió a aquella luz africana se preguntó dónde estaba, y por qué estaba allí, y hasta quién era, y en aquel estupor de nada se sintió incluso feliz. Su maleta no

tardó en aparecer en la cinta, justo al salir de las salas de embarque estaban las oficinas de alquiler de coches, ya no se acordaba de las instrucciones, ¿Hertz o Avis? Si no era una sería la otra, por suerte acertó a la primera, con las llaves del coche le entregaron un mapa de carreteras de Creta, una copia del programa del simposio, la reserva hotelera y el trazado del recorrido que había de seguir para llegar hasta el complejo turístico donde estaban alojados los congresistas. Que a esas alturas se sabía de memoria, porque se lo había estudiado una y otra vez en su guía, muy rica en mapas de carreteras: desde el aeropuerto hay que bajar directamente a la carretera costera, no queda otro remedio, a menos que se quiera ir hacia las playas de Marathi, se gira a la izquierda, porque en caso contrario acaba uno al oeste, y él iba al este, hacia Heraklion, se pasa por delante del Hotel Doma, se recorre la Venizelos y se siguen los letreros en verde que señalan una autopista, pero que es en realidad una autovía costera, que se abandona poco después de Georgopolis, una localidad de vacaciones que es recomendable evitar, como especificaba la guía, y se siguen los letreros del hotel, Beach Resort, era muy fácil.

El automóvil, un Volkswagen negro aparcado al sol, estaba al rojo vivo, pero apenas dejó que se enfriara con las ventanillas abiertas, entró como si llegara tarde a una cita, aunque no llegara tarde ni hubiera cita alguna, eran las cuatro de la tarde, tardaría poco más de una hora en llegar al hotel, el simposio no empezaba hasta la noche del día siguiente, con un banquete oficial, tenía más de veinticuatro horas de libertad, ¿qué prisa tenía? Ninguna prisa. Al cabo de unos cuantos kilómetros de carretera un cartel turístico señalaba la tumba de Venizelos, a pocos centenares de metros de la carretera principal. Decidió hacer una breve parada para refrescarse antes del viaje. Cerca de la entrada del monumento había una heladería, con una gran terraza al aire libre desde la que se dominaba la pequeña ciudad. Se sentó en una mesita, pidió un café a la turca y un sorbete de limón. La ciudad que contemplaba había pertenecido a los venecianos y después a los turcos, era hermosa, y de un candor tal que casi hería los ojos. Ahora se sentía realmente bien, con una energía insólita, el malestar que había experimentado en el avión se había desvanecido completamente. Estudió el mapa de carreteras: para llegar hasta la autovía de Heraklion podía atravesar la ciudad o rodear el golfo de Souda, unos cuantos kilómetros más. Escogió el segundo itinerario,

el golfo desde lo alto era muy hermoso y el mar, de un azul intenso. La bajada desde la colina hasta Souda fue muy agradable, por detrás de la vegetación baja y el tejado de algunas casas se veían pequeñas ensenadas de arena blanca, le entraron muchas ganas de darse un baño, apagó el aire acondicionado y bajó la ventanilla para recibir en el rostro aquel aire caliente que olía a mar. Superó el pequeño puerto industrial, el centro habitado y llegó al cruce en el que, tras girar a la izquierda, la carretera se adentraba en el recorrido costero que llevaba a Iraklion. Puso el intermitente a la izquierda y se detuvo. Un coche por detrás de él tocó el claxon invitándolo a proseguir: por el otro carril no venía nadie. Él no avanzó, dejó que el coche lo adelantara, después puso el intermitente a la derecha y tomó la dirección opuesta, donde un letrero rezaba Mourniès.

Y ahora estamos siguiendo a ese ignoto personaje que ha llegado a Creta para dirigirse a una amena localidad marina y que en determinado momento, bruscamente, por un motivo ignoto también, ha tomado una carretera que lleva a las montañas. El hombre prosiguió hasta Mourniès, cruzó la aldea sin saber hacia dónde iba, como si supiese adónde ir. En realidad no pensaba, conducía y nada más, sabía que estaba yendo hacia el sur, el sol, aún en lo alto, estaba ya a sus espaldas. Desde que había cambiado de dirección volvía a notar aquella sensación de ligereza que durante unos pocos instantes había experimentado en la mesita de la heladería mirando desde lo alto el amplio horizonte: una ligereza insólita, y al mismo tiempo una energía de la que no conservaba memoria, como si hubiera vuelto a ser joven, una suerte de leve ebriedad, casi una pequeña felicidad. Llegó hasta una aldea que se llamaba Fournès, atravesó el centro con seguridad, como si ya conociera la carretera, se detuvo en un cruce, la carretera principal proseguía hacia la derecha, él tomó por otra secundaria que indicaba Lefka Ori, los montes blancos. Prosiguió tranquilo, la sensación de bienestar se estaba transformando en una especie de alegría, se le vino a la cabeza un aria de Mozart y sintió que podía reproducir sus notas, empezó a silbarlas con una facilidad que lo sorprendió, desentonando de manera lastimosa en un par de pasajes, lo que le provocó risa. La carretera se estaba enfilando entre las ásperas gargantas de una montaña. Era un lugar hermoso y agreste, el automóvil corría por una estrecha franja de asfalto que seguía el lecho de un torrente seco, en

determinado momento el lecho del torrente desapareció entre las piedras y el asfalto acabó en un sendero de tierra, en una llanura baldía entre montañas inhospitalarias; entretanto la luz iba menguando, pero él seguía adelante como si ya conociese la carretera, como alguien que obedece a una memoria antigua o a una orden recibida en sueños, y de repente sobre un palo torcido vio un letrero de hojalata con unos orificios, como si hubiera sido agujereado por disparos o por el tiempo, que rezaba: Monastiri.

Lo siguió como si fuera lo que estaba esperando hasta que vio un pequeño monasterio con un tejado semiderruido. Comprendió que había llegado. Bajó del coche. La puerta desvencijada de aquellas ruinas colgaba hacia el interior. Pensó que en aquel lugar ya no quedaba nadie, una colmena de abejas debajo del pequeño pórtico parecía ser su único guardián. Bajó y aguardó como si tuviera una cita. Se había hecho casi de noche. Por la puerta apareció un fraile, era muy viejo y se movía con dificultad, tenía aspecto de anacoreta, con el pelo descuidado sobre los hombros y una barba amarillenta, qué quieres, le preguntó en griego. ¿Entiendes italiano?, contestó el viajero. El viejo hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. Un poco, murmuró. He venido a darte el relevo, dijo el hombre.

De modo que así había sido, y no había otra conclusión posible, porque aquella historia no preveía otras conclusiones posibles, pero quien conocía esta historia sabía que no podía permitir que concluyera de esa manera, y aquí daba un salto temporal. Y gracias a uno de esos saltos temporales que solo en la imaginación son posibles, se hallaba en el futuro, en relación con ese mes de abril de dos mil ocho. Cuántos años más no se sabe, y quien conocía la historia mantenía cierta ambigüedad al respecto, veinte años, por ejemplo, que para la vida de un hombre son muchos, porque si en el dos mil ocho un hombre de sesenta años está aún en la plenitud de sus fuerzas, en el dos mil veintiocho será un viejo, con el cuerpo desgastado por el tiempo.

Así imaginaba la continuación de la historia quien conocía esta historia, de modo que aceptemos encontrarnos en el año dos mil veintiocho, como pretendía quien conocía esta historia y había imaginado su continuación.

Y, llegados a este punto, quien imaginaba la continuación de esta historia veía a dos jóvenes, un chico y una chica, con sendos pantalones cortos de cuero y botas de senderismo, que estaban haciendo un viaje por las montañas

de Creta. La chica le decía a su compañero: a mí me parece que esa vieja guía que encontraste en la biblioteca de tu padre es completamente descabellada, el monasterio a estas alturas solo será un montón de piedras repleto de lagartijas, ¿por qué no volvemos hacia el mar? Y el chico contestaba: creo que tienes razón. Pero justo cuando decía eso ella replicaba: bueno, no, sigamos adelante un poco más, nunca se sabe. Y, efectivamente, bastaba dar la vuelta a la áspera colina de piedras rojas que cortaba una parte del paisaje y el monasterio estaba allí, mejor dicho, sus ruinas, y los chicos seguían avanzando, entre las gargantas soplab el viento y levantaba el polvo, la puerta del monasterio se había derrumbado, nidos de avispas defendían aquel tugurio vacío, y los chicos ya habían vuelto la espalda a tanta melancolía cuando oyeron una voz. En el vano ciego de la puerta había un hombre, era viejísimo y tenía un aspecto horrible, con una larga barba blanca sobre el pecho y el pelo alborotado sobre los hombros. Ooh, llamó la voz, nada más. Los chicos se detuvieron. El hombre preguntó: ¿entendéis italiano? Los chicos no contestaron. ¿Qué ha ocurrido desde dos mil ocho?, preguntó el viejo. Los chicos se miraron, no tenían valor para intercambiarse ni una sola palabra. ¿Tenéis alguna fotografía?, preguntó otra vez el viejo, ¿qué ha ocurrido desde dos mil ocho? Después hizo un gesto con la mano, como para alejarles, aunque quizá estuviera espantando las avispas que revoloteaban bajo el pórtico, y volvió a entrar en la oscuridad de su tugurio.

El hombre que conocía esta historia sabía que no podía acabar de ninguna otra manera. Antes de escribirlas, a él le gustaba contarse sus historias. Y se las contaba de manera tan perfecta, con todos sus detalles, palabra por palabra, que puede decirse que estaban escritas en su memoria. Se las contaba preferentemente a última hora de la tarde, en la soledad de aquella gran casa vacía, o ciertas noches en las que no conseguía conciliar el sueño, ciertas noches en las que el insomnio no le concedía más remedio que la imaginación, poca cosa, pero la imaginación le daba una realidad tan viva como para parecer más real que la realidad que estaba viviendo. Con todo, lo más difícil no era contarse sus historias, eso era fácil, era como si las palabras con las que se las contaba las viera escritas en la pantalla oscura de su

habitación, cuando la fantasía le dejaba con los ojos de par en par. Y aquella historia precisamente, que se había contado ya tantas veces que le parecía un libro ya impreso y que en las palabras mentales con las que se la contaba era facilísima de decir, era en cambio difícilísima de escribir con los caracteres del alfabeto a los que debía recurrir cuando el pensamiento ha de hacerse concreto y visible. Era como si le faltara el principio de realidad para escribir su relato, y era por esto, para vivir la realidad efectual de lo que era real en él pero que no conseguía volverse real en verdad, por lo que había escogido aquel lugar.

Su viaje había sido preparado al detalle. Llegó al aeropuerto de Hania, recogió la maleta, entró en las oficinas de Hertz, recogió las llaves del coche. ¿Tres días?, le preguntó con asombro el empleado. ¿Qué tiene de raro?, dijo él. Nadie viene de vacaciones a Creta solo tres días, contestó sonriendo el empleado. Tengo un largo fin de semana, dijo él, para lo que tengo que hacer me basta.

Era hermosa la luz de Creta, no era mediterránea, era africana; para llegar hasta el Beach Resort emplearía una hora y media, dos como mucho, incluso yendo despacio llegaría hacia las seis, una ducha y se pondría a escribir de inmediato, el restaurante del hotel estaba abierto hasta las once, era un jueves por la tarde, contó: viernes, sábado y domingo enteros, tres días enteros. Bastarían, en su cabeza estaba ya todo escrito.

Por qué giró a la izquierda en aquel semáforo no hubiera sabido explicarlo. Los postes de la autovía se distinguían nítidamente, cuatrocientos o quinientos metros más y embocaría la carretera costera para Heraklion. Y en cambio giró a la izquierda, donde un pequeño letrero azul le indicaba una localidad ignota. Pensó que había estado ya allí, porque en un instante lo vio todo: una carretera arbolada con casas diseminadas, una plaza austera con un feo monumento, una cornisa de rocas, una montaña. Fue como un relámpago. Es esa cosa extraña que la medicina no sabe explicar, se dijo, lo llaman *déjà vu*, un ya visto, no me había ocurrido nunca. Pero la explicación que se dio no lo consoló, porque el ya visto perduraba, era más fuerte que lo que veía, envolvía como una membrana la realidad circunstancial, los árboles, los montes, las sombras de la tarde, incluso el aire que estaba respirando. Se sintió preso del vértigo y temió ser absorbido por él, pero fue un instante,

porque al dilatarse aquella sensación experimentaba una extraña metamorfosis como un guante que al darse la vuelta arrastra consigo la mano que cubría. Todo cambió de perspectiva, en un santiamén sintió la ebriedad del descubrimiento, una sutil náusea y una mortal melancolía, pero también una sensación de liberación infinita, como cuando por fin entendemos algo que sabíamos desde siempre y no queríamos saber: no era el ya visto lo que lo engullía en un pasado jamás vivido, era él quien lo estaba capturando en un futuro aún por vivir. Mientras conducía por aquella carreterilla entre olivares que lo llevaba hacia las montañas, era consciente de que en determinado momento habría de encontrar un viejo cartel oxidado repleto de agujeros en el que estaba escrito: Monastiri. Y que lo seguiría. Ahora todo estaba claro.

NOTA

Algunas de estas historias, antes de encontrar existencia en este libro mío, existieron en la realidad. Me he limitado a escucharlas y a relatarlas a mi manera. Su disposición en este libro no sigue una cronología de escritura.

El relato «Entre generales» está dedicado a Norman y Cella Manea. «Festival» está dedicado a Krzysztof Piesiewicz; «Bucarest no ha cambiado en absoluto» está dedicado a Alon Altaras y está en deuda con una fotografía de Münir Göle. «Yo me enamoré del aire» está dedicado a Davide Benati. «Nubes» está dedicado a Ernesto Chicca, Piero. «Clof, clop, clofete, clopete» fue escrito en Sifnos, en casa de Ioanna Koutsoudaki, y a ella está dedicado. «Los muertos a la mesa» está dedicado a Maria José, que aquel día estaba conmigo en Berlín.

Doy las gracias a Ricardo Barontini, a Caterina Lugliè y a Enza Perdichizzi por la ayuda, no solo práctica, que me prestaron en este libro. Doy las gracias a Anna Dolfi y a Bernard Comment por la atención que le prestaron antes de que se convirtiera en libro.

A. T.

¹ En la segunda edición italiana de *El juego del revés* (Feltrinelli, Milán, 1988) el autor añadió como apéndice, bajo el título común de «Otros cuentos (1981-1985)», tres nuevos relatos, de redacción inmediatamente posterior a los del libro, y de clara consonancia anímica con ellos. Sin embargo, al preparar en 2005 la edición canónica de todos sus libros de cuentos publicados hasta entonces (*Racconti*, Feltrinelli, Milán, 2005), decidió eliminar uno de los tres, «Una jornada en Olimpia», conservando, eso sí, los otros dos bajo el epígrafe de «Dos relatos sin domicilio fijo».

Con el afán de respetar al máximo la voluntad del autor, la edición de *El juego del revés* publicada por Anagrama en 2016 optó por añadir estos «Dos relatos sin domicilio fijo», excluyendo aquel que ya no le satisfacía, pero acaso para respetar la tríada original se decidió incluir en su lugar otro relato, «Fuegos artificiales» –rigurosamente inédito en castellano y en cualquier otro idioma, publicado en italiano en edición limitada en 1986–, en la creencia de que los lectores agradecerían este *bonus track* que con los cuentos aquí reunidos comparte, si bien en clave algo más liviana, la misma llamada de «la otra cara de la moneda, la otra mitad del mundo, la cara oculta de la luna». (*N. del T.*)

² En español en el original, al igual que otros términos que aparecerán señalados en cursiva en el resto del relato. (*N. del T.*)

³ Para una lectura más clara de este relato, quizá resulte oportuno recordar que Tom Barban, Nicole, Dick, Rosemary Hoyt, Abe North, Brady y los señores McKisco son personajes de *Tender is the Night* de Fitzgerald, y Daisy un personaje de *The Great Gatsby*. Por otra parte, según lo referido en las biografías, cuando los Fitzgerald tuvieron a su hija Scottie, Zelda pronunció estas palabras: «Esperemos que de mayor sea tonta, una hermosa tontita.» A. T.

⁴ Que a pesar de todo, y en calidad de modesto instrumento de lectura, ofrecemos: «El amor, entre ellas, sujeto a condiciones difíciles, necesita de un lugar de profunda paz. Al igual que el enorme elefante, que rehúye la mirada profana, la ballena solo ama en el desierto. Acostumbran darse cita en torno a los polos, en las enseadas solitarias de Groenlandia, en las brumas de Bering, sin duda también en las aguas templadas que se encuentran cerca del polo.

»La soledad es inmensa. Un extraño escenario de muerte y de silencio parece dispuesto para esta fiesta de la vida ardiente. Un oso blanco, una foca, un zorro azul quizá, testigos respetuosos, observan a prudente distancia. Las arañas y los candelabros, los espejos fantásticos, tampoco faltan. Cristales azulados, copetes, penachos de hielo resplandecientes, nieves vírgenes, son los testigos que presiden y contemplan la ceremonia.

»Lo que confiere a este himeneo emoción y gravedad es que requiere una voluntad manifiesta. No poseen el arma tiránica del tiburón, esos ligamentos que martirizan al más débil. Al contrario, sus envolturas resbaladizas les separan, les alejan. Se rehúyen sin querer, se escapan, por este desesperante obstáculo. No cabe imaginarse mayor armonía, y diríase un combate. Algunos balleneros pretenden haber visto este espectáculo único. Los amantes, con ardiente transporte, durante unos instantes, puestos en pie, como las dos torres de Notre-Dame, gimiendo por sus brazos demasiado cortos, intentaban abrazarse. Y luego se desplomaban con un peso inmenso... El oso y el hombre huían despavoridos por sus suspiros.» (*N. del T.*)

⁵ «Strada anfosa», ‘calle mojada’, es una popular canción de 1957 interpretada por Domenico Modugno en napolitano, que cuenta una desgarradora historia de amores imposibles y separaciones. (*N. del T.*)

⁶ «Esta vida es un hospital en el que cada enfermo está poseído por el deseo de cambiar de cama. Este querría sufrir frente a la estufa, y aquel cree que sanaría al lado de la ventana.» (*N. del T.*)

⁷ «Me parece que siempre estaré bien donde no estoy, y este problema de mudanza es uno de los que discuto sin cesar con mi alma.» (*N. del T.*)

⁸ «Dime, alma mía, pobre alma aterida, ¿qué te parecería vivir en Lisboa? Allí debe de hacer calor, y

tú te desperezarías como un lagarto. Esta ciudad está a la orilla del agua; dicen que está construida en mármol... Ese es un paisaje a tu gusto; un paisaje hecho de luz y de mineral, ¡y líquido para reflejarlos!» (*N. del T.*)

⁹ «Una habitación que se parece a un ensueño.» (*N. del T.*)

¹⁰ «Déjame respirar mucho tiempo el olor de tus cabellos.» (*N. del T.*)

¹¹ «Disparafusil me llamo.» Sparafucile es el apodo del asesino a sueldo de Rigoletto. (*N. del T.*)

¹² Marca de vehículo italiano de los años cuarenta. (*N. de los T.*)

¹³ Wisława Szymborska, «El viejo catedrático», en *Dos puntos*; traducción del polaco de Gerardo Beltrán y Abel A. Murcia Soriano (Igitur, Zaragoza, 2007). (*N. del T.*)

¹⁴ Eran tiempos irreflexivos, / sentábamos los muertos a la mesa, / hacíamos castillos de arena, / los lobos nos parecían perros.

¹⁵ ... es todo un asunto de decoración, cambiar de cama, cambiar de cuerpo.

¹⁶ ... y por qué razón, porque soy una vez más yo mismo el que me traiciono.

¹⁷ En español en el original. (*N. del T.*)

¹⁸ En español en el original. (*N. del T.*)

¹⁹ En portugués en el original. (*N. del T.*)

²⁰ En español en el original. (*N. del T.*)

²¹ En español en el original. (*N. del T.*)

Edición en formato digital: abril de 2018

Títulos de las ediciones originales:

Il gioco del rovescio, Il Saggiatore, Milán, 1981

Donna di Porto Pim, Sellerio Editore, Palermo, 1983

Piccoli equivoci senza importanza, Giangiacomo Feltrinelli Editore, Milán, 1985

L'angelo nero, Giangiacomo Feltrinelli Editore, Milán, 1991

Il tempo invecchia in fretta, Giangiacomo Feltrinelli Editore, Milán, 2009

El juego del revés, traducción de Carlos Gumpert; a excepción de los cuentos incluidos en «Dos relatos sin domicilio fijo», traducidos por Xavier González Rovira y Carlos Gumpert

Dama de Porto Pim, traducción de Carmen Artal, revisada por Carlos Gumpert

Pequeños equívocos sin importancia, traducción de Joaquín Jordà, revisada por Carlos Gumpert

El ángel negro, traducción de Xavier González Rovira y Carlos Gumpert

El tiempo envejece deprisa, traducción de Carlos Gumpert

© Antonio Tabucchi, 1981, 1983, 1985, 1991, 2009

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2018

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3939-5

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es

www.anagrama-ed.es